

Raymond Williams

El campo y la ciudad

Prólogo a la edición en español
de Beatriz Sarlo

Traducción de Alcira Bixio

PAIDÓS 
Buenos Aires - Barcelona - México

Título original: *The Country and the City*
© 1973 Oxford University Press
Nueva York, Oxford University Press, 1973

Cubierta de Gustavo Macri
Motivo de cubierta: Alberto Durero, *Vista de arco*, acuarela y aguada, 1495

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2001 de todas las ediciones en castellano

Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: paidosliterario@ciudad.com.ar
Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí, 92, Barcelona
Editorial Paidós Mexicana SA
Rubén Darío 118, México DF

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina

Impreso en Verlap
Comandante Spurr 653, Avellaneda, en marzo de 2001

ISBN 950-12-6516-1

Índice

Prólogo a la edición en español.....	11
Raymond Williams: del campo a la ciudad, <i>Beatriz Sarlo</i>	23
Agradecimientos.....	23
1. El campo y la ciudad.....	25
2. Un problema de perspectiva.....	33
3. Poesía pastoral y contrapastoral.....	39
4. Edades de oro.....	63
5. Ciudad y campo.....	75
6. Elegir el propio destino.....	85
7. La moral del mejoramiento.....	91
8. Los hilos de la naturaleza.....	101
9. Criado para labrar la tierra.....	123
10. Privatizaciones, tierras comunes y comunidades.....	135
11. Tres plumas en los alrededores de Farnham.....	149
12. Agradables panoramas.....	163
13. El lenguaje verde.....	171
14. El cambio de la ciudad.....	189
15. Gente de la ciudad.....	203
16. Comunidades conocibles.....	215
17. El campo eclipsado.....	233
18. Wessex y la frontera.....	251
19. Ciudades de oscuridad y de luz.....	271
20. Una figura en la ciudad.....	291
21. Sobrevivientes del campo.....	307
22. Otra vez, la frontera.....	327
23. La ciudad y el futuro.....	337
24. La nueva metrópolis.....	345
25. Ciudades y campos.....	357

Raymond Williams

Apéndice	377
Notas	379
Bibliografía	395
Índice analítico	405

*A los trabajadores rurales que fueron mis abuelos:
James Bird
Mary Ann Lewis
Joseph Williams
Margaret Williams*

Prólogo a la edición en español Raymond Williams: del campo a la ciudad

BEATRIZ SARLO

La dedicatoria de este libro menciona a los “trabajadores rurales” que fueron los cuatro abuelos de Raymond Williams. Esta inscripción biográfica invita a detenerse. Williams revisitó frecuentemente sus orígenes, no solo en sus libros de ficción (desconocidos en castellano) sino en lo que podríamos llamar la “novela familiar” de su actividad como crítico e historiador. La primera frase de *Politics and Letters*, un exhaustivo reportaje de más de cuatrocientas páginas,¹ sirve como una revelación del lugar donde había nacido en 1921:

Vengo de Pandy, una aldea predominantemente agrícola, de estructura rural típicamente galesa; las granjas son pequeñas unidades familiares. Mi padre empezó a trabajar, de niño, como peón de granja. Pero el valle estaba atravesado por el tren y, a los quince años, consiguió un empleo de changarín ferroviario, que mantuvo hasta que entró al Ejército en la Primera Guerra Mundial. A su regreso fue ayudante de señalero y, más tarde, señalero. De modo que yo crecí dentro de esta particular configuración, una trama rural de pequeñas granjas, entretrejida con otro tipo de estructura social a la que pertenecían los trabajadores del ferrocarril. Ellos estaban sindicalizados y podían percibir un sistema social más vasto, situado fuera de los límites de la aldea. Pero, al mismo tiempo, formaban parte de la comunidad inmediata, con sus típicas granjas familiares. Todo el tiempo recibíamos una cierta presión desde el Este, es decir, desde Inglaterra, porque estábamos justo en el límite donde comenzaba una vida rural diferente, con grandes casas de campo cuyos propietarios eran ingleses que habían vuelto de la India. Pero esa presión, de todos modos, era muy marginal y externa.

1. *Politics and Letters; Interviews with New Left Review* (entrevista realizada por Perry Anderson, Anthony Barnett y Francis Mulhern), Londres, NLR Books, 1979. La traducción, correspondiente a la página 12 de dicha edición, es nuestra como en todas las citas, salvo que se indique una edición en castellano.

Este comienzo de *Politics and Letters* es el suelo biográfico sobre el que creció el proyecto de *The Country and the City*, “una obra que a Williams le costó mucho terminar porque sus temas lo tocaban hasta la médula”.²

Como otro de los fundadores británicos de lo que hoy se llama “estudios culturales”, me refiero a Richard Hoggart, también Raymond Williams encontró en el enigma autobiográfico un impulso. Quien haya leído *The Uses of Literacy*³ de Hoggart reconocerá, casi cuarenta años después en su autobiografía, y también antes en varios ensayos de *Speaking to Each Other*,⁴ un conjunto de evidentes coincidencias en el objeto que Hoggart presentó en todos estos trabajos diferentes: la cultura obrera leída desde los recuerdos de infancia en una casa obrera del norte de Inglaterra. En el caso de Williams, estas coincidencias son menos literales, para decirlo de algún modo, ya que la perspectiva de *The Country and the City* no es etnográfica, como en el caso de Hoggart, sino histórica.

Pero ambos, llegados desde familias de clase baja a la universidad inglesa, reducto en los años treinta de las *middle classes*; ambos, niños y adolescentes becados por el sistema que el laborismo había creado como parte de su programa de extensión de derechos y oportunidades, sienten la extranjería que los marca como recién llegados. Williams recuerda, en *Politics and Letters*, que cuando trató de asociarse a la Student Union de la universidad (algo que le parecía completamente natural, entre otras cosas porque la palabra “Union” era la misma que se usaba para designar al sindicato obrero) le comunicaron que debía ser presentado por alguien. Ante su perplejidad, le preguntaron si no conocía a nadie de la escuela, es decir de los años más inmediatos, que para casi todos, en Cambridge, habían transcurrido en las exclusivas *public schools*. Por supuesto, nadie que conociera Williams de su escuela de Pandy estaba a menos de doscientas millas de Cambridge y, de estarlo, de todos modos, hubiera sido perfectamente inútil.

Este choque entre culturas, al que Williams siempre atribuyó un cambio en su carácter (de una energía abierta y dispuesta a una actitud reservada y problemática), fue traducido, reelaborado y criticado en toda su obra. La huella de una diferencia no debió buscarla Williams en los protocolos metodológicos de la investigación. Antes que en ellos, la distancia social y cultural estaba inscrita en el choque de una cultura campesina y obrera con el estilo prescripto por la educación aristocrática de Cambridge que, paradójicamente, en los años treinta, tuvo también un ingrediente izquierdista y comunista.

Williams es un desplazado e incluso cuando su centralidad es casi indiscutible, en las décadas del setenta y ochenta, recuerda siempre su diferencia, la especificidad cultural de su origen de clase. Por otra parte, a lo largo de su vida,

2. Terry Eagleton: “Resources for a journey of hope: the significance of Raymond Williams”, *New Left Review*, número 168, marzo-abril de 1988, p. 8.

3. *The Uses of Literacy*, Londres, Chatto & Windus, 1957.

4. *Speaking to Each Other*, Harmondsworth, Penguin, 1970, 2 vols.

impulsado probablemente por una ola de recuperación de los rasgos culturales regionales, Williams se vuelve “más galés” de lo que había sido a fines de los años treinta, cuando llegó como estudiante a Cambridge.

Hay algo en ese origen en el pueblo de Pandy, a lo que Raymond Williams vuelve. Una fotografía,⁵ publicada sin fecha pero de mediados de los años ochenta, lo muestra recostado contra el cerco de madera de una estación ferroviaria muy pequeña y, en el fondo, se ve el edificio también de madera, con dos tiras de ventanas, de la cabina del señalero. Williams revisita el lugar de su padre, emblemático en los signos de la condición obrera en el marco del mundo rural. Trabajo obrero, cultura sindical, escuela, partido laborista, política, por una parte. Comunidad campesina en decadencia, situación marginal, en el límite entre Gales e Inglaterra, por la otra. En la foto, Williams se recorta contra el lugar de su padre, sonriendo, vestido como un profesor universitario de vacaciones en el campo. Idas y vueltas: de la aldea a Cambridge, gracias a una beca creada por el laborismo; de Cambridge a la educación de adultos, ese vasto laboratorio social, también laborista, donde Williams enseñó durante varios años; de allí, finalmente, de nuevo a Cambridge, en cuyas cercanías vivió, en una aldea rural. Los desplazamientos de un personaje que desde ese margen cultural del país de Gales adquirió, en las décadas anteriores a su muerte, en 1988, una centralidad evidente, sobre todo en el debate cultural de la izquierda británica.

Como lo demostró siempre, tanto en *Marxism and Literature* como en *Culture*, Williams es, antes que un marxista, un materialista cultural. Lo que esto quiere decir podría parecer o demasiado sencillo o enigmático si no se lo sitúa en el marco de las décadas discursivistas y estructuralistas de los sesenta y los setenta, años de crítica del sujeto y de devaluación teórica de la experiencia. Una y otra vez, durante esos años, Williams insistió en el componente material de la dimensión simbólica, en la base material, física y corporal de la experiencia. Dio vueltas alrededor de una idea, la de “conciencia práctica”, que le permitió superar el dualismo entre la praxis material social, los sistemas de ideas y significaciones y la construcción de sentidos en (y de) la experiencia.⁶

Aunque hoy parezca una discusión del pasado, cualquier revisión bibliográfica de los años sesenta y setenta permite comprobar que la discusión sobre las relaciones entre el orden simbólico (la superestructura) y el orden socioeconómico (la base) fue central en los marxismos estructuralistas y no estructuralistas de aquella época. En la larga entrevista de la *New Left Review* ya citada, perseguido

5. La fotografía está reproducida en el cuadernillo gráfico compilado por Robin Gable, en Terry Eagleton (comp.): *Raymond Williams; Critical Perspectives*, Boston, Northwestern University Press, 1989.

6. Véase, especialmente, el capítulo “Lenguaje” en *Marxismo y literatura*. [Ed. cast.: *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1998.]

por sus interlocutores que parecen no considerarlo suficientemente marxista, Williams se resiste a suscribir ninguna determinación económica de lo simbólico y afirma, varias veces, que estas dimensiones (la económica y la cultural) son "indisolubles elementos de un mismo proceso social-material" que no autoriza ninguna prioridad analítica ni ontológica.⁷ Frente a la "europeización" que tocaba al marxismo inglés, el materialismo cultural de Williams intentó una respuesta que afirmaba no la primacía de lo económico, ni cualquier otro esquema de determinación en última o en primera instancia, sino la materialidad inmisma de la producción simbólica: "No existen las actividades superestructurales",⁸ afirmó como desafío a los marxismos escolásticos o, casi, a toda la tradición marxista con la que, como escribió Carlos Altamirano, Williams mantuvo "un vínculo permanente pero siempre desde una posición excéntrica".⁹

Por esos años setenta, al mismo tiempo que Pierre Bourdieu, pero con un estilo siempre menos teórico, Williams señaló la importancia de lo cultural como elemento configurador de las relaciones sociales, subrayando la cualidad material de los procesos productivos y de las condiciones de recepción. Su "materialismo cultural" polemizó, estratégicamente, con el marxismo estructuralista, con el que E. P. Thompson ajustaría cuentas de modo guerrero en *Miseria de la teoría*.

En una época en que esto no era una moda intelectual, sino todo lo contrario, Williams subrayó el momento práctico de las experiencias sociales, cuando las determinaciones de un campo (cultural, económico) son puestas en juego, desafiadas y reformadas por los sujetos. En el caso de Williams lo social es un espacio de hegemonías constantemente jaqueadas por impulsos (más o menos sistemáticos) contrahegemónicos: "La conciencia práctica siempre es algo más que el dominio de formas y unidades establecidas. Existe con frecuencia una tensión entre la interpretación recibida y su experiencia práctica [...] Esta tensión se manifiesta, a menudo, como una cierta incomodidad, una presión, un desplazamiento, una latencia".¹⁰ Esta perspectiva coloca en su centro al conflicto cultural vivido como malestar, inadecuación, rechazo que todavía no ha adquirido sus formas semánticas, rescate de elementos arcaicos o imaginación de alternativas antes que estas puedan presentarse como sistemas opositivos completos.¹¹

Para Williams, la dinámica cultural se manifiesta en la refutación de la hegemonía tanto como en su imposición. Por eso, su teoría cultural es particularmen-

te sensible a los cambios. En este sentido, el modo de conocimiento histórico prevalece siempre sobre la perspectiva estructural y sincrónica. Williams es un historiador sociológico de la cultura, no un sociólogo cultural.¹² Su noción de "estructura del sentir", sobre la que volveré enseguida, es la hipótesis teórica adecuada para captar, en una configuración cultural, los momentos de cambio: "El concepto no se utiliza para describir todos los campos de la acción social sino aquellos comprometidos en un desafío al orden existente".¹³ Esta preocupación por definir nociones con las que se pueda pensar la emergencia de lo nuevo, adquiere en Williams también una cualidad política: su optimismo frente a la realidad contemporánea se sostuvo en la capacidad, que descubrió en la historia intelectual y cultural, de modificar drásticamente las tradiciones antes que en reproducirlas. En este punto, Williams se diferencia claramente del Bourdieu de los años setenta y ochenta, más preocupado por una sociología de la reproducción y la imposición cultural.

Con todo lo que los diferencia, sin embargo, Williams comparte con Bourdieu la explicación institucional, como puede leerlo quien aborde varios capítulos de *Culture*, donde se define, con una sostenida perspectiva histórica, la arquitectura institucional de los hechos artísticos y culturales, sobre los que se propone la distinción siguiente: "Por un lado las relaciones variables entre los 'productores culturales' (término deliberadamente neutro aunque abstracto) y las instituciones sociales reconocibles; por otro lado, las relaciones variables dentro de las cuales los 'productores culturales' han sido organizados o se organizan, las 'formaciones'".¹⁴ Al diferenciar 'instituciones' formales de 'formaciones' informales, Williams considera tanto los movimientos que responden a una hegemonía cultural, instalados e impulsados por las instituciones formales, como los que inician una contrahegemonía o disputan, de algún modo, la dirección del campo cultural. Los fenómenos de competencia, innovación, resistencia, etc., ocurren en los espacios institucionales formales e informales, derivando de uno a otro espacio según cambien la configuración y las relaciones de hegemonía. Para Williams se trata, siempre, de modos particulares, que solo pueden ser captados históricamente, aunque su sistema se describa sociológicamente. La insistencia en la historicidad es un rasgo del marxismo inglés de los años setenta, cuyos principales

7. *Politics and Letters*, ob. cit., p. 138.

8. *Marxism and Literature*, Oxford, Oxford University Press, 1997, p. 93.

9. Carlos Altamirano, "Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura", *Punto de Vista*, número 11, marzo-junio de 1981, p. 20.

10. *Marxism and Literature*, ob. cit., p. 130.

11. Williams caracteriza estas posiciones como arcaicas (cuando la hegemonía cultural es resistida a partir de un horizonte cultural pasado y relativamente inactivo); residuales (en el caso de elementos del pasado que se mantienen dinámicos en el presente); emergentes (en el caso de elementos nuevos, claramente contrahegemónicos).

12. La perspectiva de Williams queda bien de manifiesto en *Keywords*, un notable léxico de semántica histórica. [Ed. cast.: *Palabras clave*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.]

13. Peter Middleton: "Why structure of feeling?", *News from Nowhere*, revista publicada por Oxford English Limited, número 6, febrero de 1989 (número dedicado a Raymond Williams con el título: *Raymond Williams: Third Generation*), p. 52.

14. *Culture*, Glasgow, Fontana Books, 1981, p. 35. [Ed. cast.: *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1994.]

pensadores fueron, como lo reconoce Perry Anderson, Raymond Williams y Edward Thompson.¹⁵

Los años que rodean la publicación de *The Country and the City*, aparecido en 1973, son fundamentales en el giro que convierte a Williams en un interlocutor eminente del marxismo inglés. "El verdadero cambio sucedió, en efecto, a mediados de los años setenta. En parte, la atención de Williams hacia el marxismo teórico se vincula con la llegada a Gran Bretaña, vía la *New Left Review*, de muchos textos del marxismo europeo (de Gramsci a Colletti y de Althusser a Goldmann). Pero, como es una característica de Williams, en él estos textos provocaron una reformulación de las categorías de su propio pensamiento.[...] En este proceso, Williams sostuvo un discurso crítico que no se desplazó fácilmente al impulso de las nuevas modas y las nuevas ortodoxias que llegaron para dominar los estudios literarios".¹⁶ Esta excentricidad de Williams respecto de las grandes corrientes intelectuales está en la base de la peculiar textura argumentativa de *The Country and the City*.

Todo el libro podría resumirse en una pregunta: ¿cómo el capitalismo transformó la sociedad británica? Pero esa pregunta es demasiado general y carece de un foco que la localice. Esta es precisamente la cuestión que encara Williams: concretar la pregunta espacialmente en dos miembros implicados, la ciudad y el campo; buscar la trama que hace que estas dos localizaciones se presupongan siempre, que haya, entre ellas, una comunicación tan conflictiva como inevitable. El caso inglés, hace más de un siglo, fue considerado por Marx "clásico". En términos de desarrollo económico, Raymond Williams no se apartó demasiado de esa argumentación;¹⁷ el atractivo de este libro no está en su teoría económica si-

15. Refiriéndose a su propia formación marxista, Anderson afirma: "Si la herencia del marxismo europeo fue una de las tradiciones en las que me formé, y me condujo a reflexionar sobre Gramsci, la experiencia de la New Left británica fue mi otro *background*. Sus principales pensadores eran Raymond Williams y Edward Thompson" (Perry Anderson: *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, p. xi). Sobre el tema, véase: Robin Blackburn: "Raymond Williams and the politics of a New Left", *New Left Review*, número 168, marzo-abril de 1988. José Szabón ha expuesto un relevante paisaje del momento polémico del marxismo inglés en: "Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson", *Punto de Vista*, número 29, abril-julio de 1987.

16. Aijaz Ahmad: *In Theory; Classes, Nations, Literatures*, Londres, Verso, 1992, p. 49.

17. "He estado sosteniendo que el capitalismo, como modo de producción, es el proceso básico de la mayor parte de lo que conocemos como la historia del campo y la ciudad. Sus impulsos económicos abstractos, sus prioridades fundamentales en lo que respecta a las relaciones sociales, sus criterios de crecimiento, de ganancia y pérdida han modificado durante varios siglos nuestro campo y han creado los tipos de ciudades que tenemos hoy. En sus formas finales, como imperialismo, ha terminado por alterar todo nuestro mundo." (*El campo y la ciudad*, pág. 371).

no en el procesamiento cultural de sus datos: en la producción de una escenografía y una iconografía del "campo" y la "ciudad", ya no como categorías sociológicas sino como espacios culturales.

Hoy parece demasiado sencillo lo que la frase anterior comunica. En efecto, publicado en 1973, este libro de Williams es anterior a la conocida aventura de las *invenciones* de la nación, la ciudad, lo urbano, lo rural, el pasado, etc., etc. Estamos habituados a la idea (quizás repetida con demasiado énfasis) de que cualquier espacio material y cultural ha sido construido por operaciones simbólicas que nos remiten a un imaginario social. *The Country and the City*, entonces, podría aspirar, a lo sumo, a contarse entre los primeros estudios completamente dedicados a demostrar el carácter cultural de los artefactos materiales tal como se presentan en los discursos literarios y sociales. Perry Anderson lo considera una "multisecular ficción de lugares".¹⁸ La frase de Anderson, escrita en 1991, traduce en los términos que hoy nos son habituales (ficción en lugar de hipótesis interpretativa que da un orden a los hechos) el carácter de este libro. Si solo fuera esto, de todas formas, este libro lo sería de manera sensible, erudita y, sobre todo, soberbiamente demostrativa. Creo, sin embargo, que es algo más.

Los lectores podrán tomar *The Country and the City* de modos muy diferentes. Ofrece una disposición original de la literatura inglesa, ordenada de acuerdo con una línea de lectura temática. En efecto, Williams revisa cuidadosamente siglos de producción poética y ficcional; sus observaciones sobre Samuel Richardson, Jane Austen o D. H. Lawrence interesarán especialmente como mirada crítica sobre estos autores. Las páginas dedicadas a Austen, por ejemplo, practican una incisión en las novelas que permite captar la trama económica que reduce y vuelve problemática la dimensión psicológica y sentimental. Sobre Richardson, Williams sintetiza en una frase, "aislante fanatismo", la temperatura moral en la que viven personajes como Pamela y Clarissa, captando la violenta unilateralidad de las costumbres y su implacable opresión sobre las subjetividades. Dispersas en muchas páginas del libro, observaciones de este tipo podrían originar, por sí mismas, análisis más extensos de los autores implicados. Williams lee agudamente aunque su escritura, que tiende a hacer circular la argumentación, retomándola cuando ya se cree que está terminada, no dé siempre la impresión de la agudeza.

The Country and the City también permite ver el funcionamiento de hipótesis teóricas discretamente imbricadas en la discusión de textos literarios, hipótesis que, en su forma más abstracta, son retomadas en obras como *Marxism and Literature*, y que acá aparecen, para decirlo de algún modo, en su movimiento productor de lecturas críticas o interpretaciones históricas. Expondré dos ejemplos.

18. Perry Anderson, *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, p. 255.

En primer lugar, las nociones de "tradición selectiva" y de "adaptación cultural selectiva", que permiten captar la dinámica del conflicto en el interior de la continuidad de una cultura. La "tradición selectiva" no es algo que se establezca como un canon, sino un campo de disputa sobre el armado de las líneas estéticas e ideológicas. Es el campo de un enfrentamiento por la hegemonía cultural. Cada fracción intelectual se relaciona con el pasado *selectivamente*. Incluso el corpus trabajado por Williams en este libro es producto de las elecciones estratégicas que definen operaciones ideológicas respecto del pasado.

En segundo lugar, la noción de "estructura del sentir", ese concepto muchas veces enigmático que, nunca como en este libro, queda tan plenamente justificado. Williams estudia las transformaciones de recursos retóricos y géneros (la Edad de Oro, por caso, o la pastoral y el idilio). Al hacerlo, partiendo desde la Antigüedad y siguiendo las modificaciones que una forma, la de Teócrito o Virgilio, atravesó en diferentes estados del imaginario y de la sociedad, Williams encuentra las razones sociales que, presionando desde afuera de la literatura pero desatando dentro de ella transformaciones formales, inducen cambios en las convenciones. La "estructura del sentir" es un horizonte de posibilidades imaginarias (expuestas tanto bajo la modalidad de ideas como de formas literarias y de experiencias sociales); los cambios en la literatura se desatan cuando esas "estructuras del sentir" ya no pueden encerrar las novedades sociales ni están en condiciones de formularlas dentro del elenco de convenciones conocidas. La "estructura del sentir" es un campo de posibilidades, un límite a ese campo y un conjunto de líneas de desplazamiento hacia fuera.

La Edad de Oro, tópico característico en diferentes momentos de la relación de la ciudad con el campo (también lo es en la literatura argentina, si vamos al caso), le permite a Williams señalar, a través de decenas de textos, que un mismo procedimiento fue utilizado en diferentes momentos, en un proceso de resemanización de las formas. La celebración de una sociedad campesina ideal se recorta, muchas veces, contra un fondo de inestabilidad; otras veces opera como contrapunto utópico del presente. Lo interesante es ver de qué modo, un tópico que parece estabilizado formalmente desde la Antigüedad, registra, pese a su alto convencionalismo, las presiones ideológicas y morales, es sensible a las transformaciones sociales o, por el contrario, sirve como pantalla retórica de la materialidad de las condiciones campesinas y recoge todos los miedos del imaginario. Williams muestra un larguísimo proceso de negociaciones entre los límites formales del tópico y las necesidades expresivas introducidas por cambios que se entienden en la medida en que son puestos en discurso.

Del mismo modo, convenciones como la pastoral, la égloga y el idilio ofrecen sus recursos formales a materiales ideológicos y culturales bien diferentes. El idilio campesino cambia sus funciones, por ejemplo, siguiendo la construcción de un escenario rural aristocrático, dominado por las *country-houses*, a las que los

poetas dedicaron centenares de composiciones poniendo de manifiesto redes de subordinación y patronazgo. De modo que, como se demuestra exhaustivamente en este libro, nunca es posible adscribir un género discursivo o literario a una sola forma de sociedad o a una única configuración ideológica. Las formas se modifican, en una dinámica interna movida por las presiones que llegan desde espacios no literarios.

Otra de las hipótesis centrales de este libro concierne a su mismo objeto. Williams sostiene que el paisaje, tanto en su dimensión material como en su referencia literaria, es la producción de un tipo particular de observador, sustraído del mundo del trabajo. El paisaje es un punto de vista, antes que una construcción estética. Es más: para que la intervención estética paisajística tenga lugar, es preciso su articulación con un punto de vista que, mágicamente (para decirlo con palabras de este libro), anula el trabajo y despersonaliza la fuerza de trabajo. El campo nunca es paisaje antes de la llegada de un observador ocioso que puede permitirse una distancia en relación con la naturaleza.

El paisaje entonces, antes que construcción material, es distancia social. Para que exista paisaje (en el espacio y en la literatura) es preciso la emergencia de un tipo de hombre más que la existencia de una naturaleza dotada de ciertas cualidades. Las mansiones rurales, que parecen hoy la quintaesencia del paisaje campestre inglés, son documento de una "ruptura de escala", resultado de intervenciones que parten de una representación imaginaria de lo rural más que de los datos materiales de la ruralidad, marcada no por la estética sino por el trabajo. Entre las granjas y las mansiones rurales existe una desproporción que traduce, en términos arquitectónicos (estos, a su vez, representados en la literatura), la desigualdad radical entre los campesinos y su explotación por una aristocracia urbana que tiene al campo como escenario de distracción estética, prueba del linaje e ideal de un modo de vida.

En sus observaciones sobre Londres, Williams considera la experiencia urbana como un patrón nuevo, en relación con el mundo rural y con las ciudades precapitalistas. En ello coincide con una larga serie de estudios sobre historia de ciudades. Su posición es, sin embargo, original al señalar en la experiencia urbana un método de construcción ficcional que, conformando no solo las prácticas materiales y sociales, ofrece su modelo a la invención de ficciones. Inversamente, una perspectiva ficcional (aprendida en las novelas) caracteriza la forma de la experiencia urbana moderna. En Dickens descubre un modo compositivo, tanto para situaciones como para personajes, que tiene al espacio urbano como modelo, porque la gran ciudad vuelve indiscernibles los sucesos de la vida respecto de los espacios donde esta transcurre. La expresión "vivir en ciudad" no tiene dos miembros sino uno: vivir-en-ciudad.

De este modo, la ficcionalización de un mundo social y moral responde a su patrón espacial urbano. Williams subraya también la cualidad azarosa de los con-

tactos urbanos, potenciada por un nuevo tipo de espacio, el de la calle de la gran ciudad, caracterizada por su carácter "misceláneo". Con la ciudad moderna, y en especial con Londres, la ciudad capital, se rompe en el imaginario y en la literatura un tipo de comunidad cognoscible o, por lo menos, imaginariamente cognoscible por sus miembros. En la ciudad, la sociedad es ilimitada por definición. Williams encuentra en Thomas Hardy una conciencia particular de la ruptura, de experiencia y conocimiento, que significa la ciudad respecto de las comunidades rurales en las que los sujetos, según la expresión de Hardy, podían percibirse a sí mismos colectivamente.

Esta nostalgia comunitarista, Williams la rastrea desde Wordsworth y los románticos hasta los poetas del siglo XX. Pero su posición no comparte ningún sentido de nostalgia por una hipotética comunidad perdida; subraya, en cambio, que la ciudad hace posible nuevas formas de conciencia y la emergencia de un nuevo tipo de organización, vinculada con el gobierno local, con la política, la extensión del voto y el sindicalismo, con la revolución social y con el mito.

Finalmente, lo que los lectores encontrarán en este libro es algo bien raro: una sostenida argumentación erudita, que se interrumpe, como a fogonazos, por la indignación ideológica y moral experimentada ante los textos que nos enfrentan no solo con la belleza sino con la memoria de las víctimas sociales de un proceso secular en cuyo transcurso se impuso el capitalismo.

No terminaré esta introducción sin mencionar brevemente un episodio relacionado con *The Country and the City*. En 1981, visité a Raymond Williams en su estudio de Jesus College, Cambridge. Le llevaba una revista argentina, *Punto de Vista*, donde se había publicado una entrevista suya. Era la primera vez que aparecía en castellano.¹⁹

El número quedó sobre la mesa, Williams apenas lo hojeó; con la soltura de un británico perfectamente insular, me dijo que no leía español. Más que la revista, donde compartía las páginas con un reportaje a Richard Hoggart, le llamaba la atención que alguien viniera desde un lugar excesivamente distante como la Argentina, donde, en ese momento, era verano (lo ratificó con disgusto y se refirió al clima, las lluvias, la niebla de Cambridge, comparándolas con el clima más dulce que atribuía a su región de Gales). No puedo evitar la suposición de que Williams pensaba, como antes había imaginado Virginia Woolf frente a otra ar-

19. "Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad", *Punto de Vista*, número 6, julio de 1979. En *Punto de Vista*, Carlos Altamirano ha publicado una serie de artículos que, todos ellos, presentan y discuten por primera vez las hipótesis de su teoría cultural en América latina. Véase: "Raymond Williams: proposiciones para una teoría social de la cultura", número 11, marzo de 1981; "Raymond Williams, *Cultura. Sociología de la comunicación y del arte*", número 19, diciembre de 1983; "Raymond Williams, 1921-1988", número 33, septiembre de 1988.

gentina, que su visitante llegaba de una región tropical, ya que, transgrediendo la discreción atribuida a los ingleses frente a las particularidades físicas del interlocutor (pero, claro, Williams era galés), señaló la piel tostada que denunciaba el origen o la estación del año (o ambos factores conjugados). Su mujer, que lo acompañaba, quizá curiosa ante una visita llegada de lugares tan alejados, asintió al comentario que no hizo sino confundir al interlocutor argentino.²⁰ Haciéndose cargo de esa perplejidad, Williams realizó algunas preguntas sobre política y respondió a otras, también sobre la situación de ese año que marcaría un giro, el del thatcherismo, en Gran Bretaña. Escuchó, interesado y sorprendido, que sus libros habían formado parte de una estrategia de trabajo intelectual durante la dictadura militar argentina, tanto como de una revisión del marxismo de los años setenta.

Tal era la dimensión de una distancia que parecía infranqueable. Williams respondió a una pregunta, que ya no ingresaría en ningún reportaje futuro: "¿Por qué en sus últimos trabajos abandonó la noción de estructura del sentir?". Dijo que se sentía aliviado de haber podido dejarla de lado como fórmula, que de todas maneras eso no iba a modificar su percepción de los procesos culturales y, en cambio, le ahorra cantidad de pendencias teóricas y explicaciones que no tenía ganas de repetir. Su interlocutor recordó, aunque no mencionó, el largo reportaje realizado por la *New Left Review*, donde esa noción de Williams había sido sometida al escrutinio de una ortodoxia que Williams rechazaba temperamentamente.

Enseguida, ante un pedido, Williams firmó la carátula de *Marxism and Literature*, el libro donde un capítulo entero exponía la noción de estructura del sentir. Como si percibiera una ausencia, al cerrar *Marxism and Literature*, con alguna timidez, Williams preguntó si su visitante no había leído *The Country and the City*. La interrogación estaba perfectamente motivada: la estructura del sentir era una de las hipótesis básicas de ese libro y alguien que le preguntaba por ella no había dado señal de conocerlo. Con alguna confusión, propia de quien ha dicho que conocía toda su obra y es sorprendido en falta,²¹ se le respondió que ese libro, ago-

20. Años más tarde, la misma visitante argentina comprobaría, después de la muerte de Williams, la sorpresa que su hija mayor sintió ante una conferencia suya donde se hablaba de Williams en el Río de la Plata. La gentileza de su hija aumentaba en proporción a la sorpresa que le producía la difusión de su padre en ese lugar con el cual Gran Bretaña había terminado una guerra, la de Malvinas (y, con esa victoria, contribuido al fin de una dictadura militar).

21. En verdad, el orden de las lecturas de Williams en Argentina había sido un poco azaroso, como lo dice Carlos Altamirano sugiriendo una lógica de los procesos de importación cultural: "Primero fue *Culture and Society*, después *The Long Revolution*, más adelante *Marxism and Literature*, y así sucesivamente, según un orden que dependía de las posibilidades de conseguir los libros en aquellos años de la segunda mitad de los setenta. Y nos convertimos en algo así como «williamsianos» en Argentina, una de esas mezclas medio estrambóticas que el eco de una obra, a la vez sugestiva y culturalmente lejana, suele producir en nuestro país" ("Raymond Williams 1921-1988", *Punto de Vista*, ob. cit., p. 1). Lo que afirma Altamirano, la mezcla de azar,

tado quizás, no había podido conseguirse por ninguna parte. "Voy a regalarle un ejemplar y, si usted quiere, también puedo firmarlo. Me gustaría que lo leyera".

Eso hice. Leí las primeras páginas de *The Country and the City* en el tren que volvía desde Cambridge a Londres. En efecto, la obra de Williams se reordena en este libro que articula los grandes estudios históricos de *Culture and Society* y *The Long Revolution* con las investigaciones conceptuales de *Marxism and Literature* y *Culture*. El ejemplar de *The Country and the City*, firmado por Williams, es el que ahora está sobre la mesa, mientras escribo esta introducción. Un libro que ya ha producido su eco en la cultura argentina, que ha circulado en la universidad, hoy, casi treinta años después de su primera edición, aparece finalmente en castellano.

lejanía y apropiaciones no contempladas por la obra en su lugar de origen, vale para las lecturas latinoamericanas de la teoría europea.

Agradecimientos

Versiones anteriores de partes de este libro aparecieron en *Stand, The Listener, The Critical Quarterly, Eighteenth Century Studies* y *Novel*; también en las introducciones al segundo volumen del *Pelican Book of English Prose*, la edición de Penguin de *Dombey and Son* y en la reimpresión de *Hodge and his Masters* de MacGibbon y Kee; así como en las conferencias publicadas como *The English Novel from Dickens to Lawrence*.

Desde que se publicaron algunos de los primeros trabajos, he tenido varias oportunidades, ocupando diferentes posiciones, de trabajar en colaboración con otros colegas en algunos aspectos del tema del libro que incluyen gran cantidad de investigación detallada. Teniendo presente este aprendizaje recíproco debo mencionar especialmente al doctor G. T. Cavaliero, al doctor J. P. Parrinder y al señor Adrian Poole. También tuve el privilegio de mantener charlas sobre estos temas con el doctor T. F. Eagleton, el doctor H. H. Erskine-Hill, el doctor S. C. Heath, doctor M. D. Long, el señor Charles Swann, el señor John Fekete y muchos otros de mis colegas y estudiantes.

La colaboración de mi esposa en la creación del libro fue alentadora e irremplazable.

Asimismo me siento especialmente en deuda con la doctora Merryn Williams, autora de *Thomas Hardy and Rural England*, que tuvo la gentileza de leer el manuscrito y las pruebas en la especial perspectiva que le brinda su experiencia.

En cuanto al empleo del material de referencia y sus derechos, debo hacer los siguientes agradecimientos: a Faber & Faber Ltd. y Harcourt Brace Javanovich, Inc. por los fragmentos de poemas tomados de *Collected Poems, 1909-1962* de T. S. Eliot. © 1936 de Harcourt Brace Javanovich, Inc. y © 1963, 1964 de T. S. Eliot; a los administradores testamentarios de Hardy, The Macmillan Company of Canada, St. Martin's Press, Inc. y a Macmillan, Londres y Basingstoke, por fragmentos tomados de *Tess d'Urbervilles* de Thomas Hardy; nuevamente a

Raymond Williams

los administradores testamentarios de Thomas Hardy, The Macmillan Company of Canada, The Macmillan Company, Nueva York, y Macmillan, Londres y Basingstoke, por un fragmento de los *Collected Poems* de Thomas Hardy.

R. W.

1. *El campo y la ciudad*

“Campo” y “ciudad” son dos palabras muy potentes, y esto no debería resultar sorprendente si recordamos todo lo que parecen representar en la experiencia de las comunidades humanas. En inglés, la palabra *country* se emplea tanto para referirse al país como a una parte de la “tierra”, *the country* puede significar la sociedad en su conjunto o su zona rural. En la larga historia de los asentamientos humanos, siempre se reconoció profundamente esta conexión entre el campo del que todos, directa o indirectamente, obtenemos lo necesario para vivir y los logros de la sociedad. Y uno de esos logros fue la ciudad: la capital, el pueblo grande, una forma distintiva de civilización.

Sobre los asentamientos concretos —que en la historia real fueron increíblemente variados— se depositaron y generalizaron sentimientos intensos. El campo atrajo sobre sí la idea de un estilo de vida natural: de paz, inocencia y virtud simple. Mientras que la ciudad fue concebida como un centro de progreso: de erudición, de comunicación, de luces. También prosperaron las asociaciones hostiles: se vinculó a la ciudad con un lugar de ruido, de vida inundada y de ambición; y al campo, con el atraso, la ignorancia y la limitación. El contraste entre el campo y la ciudad, como dos estilos fundamentalmente distintos de vida, se remonta a la época clásica.

Sin embargo, la historia real, en toda su extensión fue sorprendentemente variada. El “estilo de vida campestre” incluyó prácticas muy diferentes tales como las de los cazadores, los pastores, los granjeros y los productores rurales. Y su organización varió desde la tribu y la finca a la propiedad feudal, desde el pequeño campesinado y los granjeros agropecuarios a la comuna rural, desde los latifundios y las plantaciones a la gran empresa capitalista y las granjas estatales. La ciudad, en no menor medida, presentó muchas variaciones: la capital del estado, la base administrativa, el centro religioso, el mercado, el puerto, el depósito mercantil, los cuarteles militares, la concentración industrial. Entre las ciudades de

la Antigüedad y de la Edad Media y la metrópolis o el conurbano modernos hay una conexión de nombre, y en parte de función, pero nada semejante a una identidad. Además, en nuestro propio mundo actual hay una amplia gama de asentamientos entre los polos tradicionales del campo y la ciudad: el suburbio, los barrios en las afueras, los conglomerados paupérrimos, el poblado industrial. Hasta la idea de aldea, que parece sencilla, muestra en la historia real una amplia variación: tanto en lo referente a sus dimensiones como a su carácter e, internamente, en sus variaciones entre el villorrio disperso y el poblado nuclear, que en Gran Bretaña se advierte tan claramente como en cualquier otra parte.

Al mismo tiempo, en estas diferencias y a través de ellas, persisten ciertas asociaciones; y el propósito de este libro es describirlas y analizarlas, observarlas en relación con las variadas experiencias históricas. Por razones prácticas, tomo la mayor parte de mis ejemplos de la literatura inglesa, aunque mi interés va mucho más allá. De todos modos, debería quedar claro que la experiencia inglesa es particularmente significativa, por cuanto una de las transformaciones decisivas de las relaciones entre el campo y la ciudad se dio allí en época muy temprana y con una minuciosidad que, en muchos sentidos, aún no ha sido abordada. La revolución industrial no solo transformó la ciudad y el campo; se basó en un capitalismo en alto grado desarrollado que tuvo como característica la temprana desaparición del campesinado tradicional. En la fase imperialista de nuestra historia, la naturaleza de la economía rural, tanto en Gran Bretaña como en sus colonias, también se transformó de manera temprana: la proporción de gente que dependía de una agricultura doméstica alcanzó niveles muy bajos, con no más del cuatro por ciento de los hombres económicamente activos dedicados entonces a la agricultura, y esto ocurría en una sociedad que ya había llegado a ser la primera constituida por una población predominantemente urbana en la larga historia de los asentamientos humanos. Puesto que gran parte del subsiguiente desarrollo dominante —en realidad, la idea misma de “desarrollo” en el mundo en general— se encaminó en esa dirección, la experiencia inglesa continúa siendo excepcionalmente importante. Y no es solo sintomática sino también, en cierta forma, diagnóstica: en su intensidad aún memorable, lo que fuera podía tener éxito. Pues es un hecho crítico que durante y a través de esas experiencias transformadoras, las actitudes inglesas en relación con el campo, con las ideas de la vida rural, persistieron con fuerza extraordinaria, de modo tal que, aun después de que la sociedad fuera predominantemente urbana, su literatura, durante una generación, continuó siendo predominantemente rural; y aún en el siglo XX, en un país urbano e industrial, persisten todavía notablemente ciertas formas de las ideas y experiencias más antiguas. Todo esto confiere a la experiencia y la interpretación inglesas del campo y la ciudad una importancia permanente aunque, por supuesto, no exclusiva.

Esta importancia puede expresarse, y habrá de ser evaluada, como un problema general. Pero también corresponde decir desde el comienzo que esta ha sido

para mí una cuestión personal, desde que tengo memoria. Ocurrió que, en una Gran Bretaña predominantemente urbana e industrial, yo naciera en una aldea remota, en una zona rural poblada desde muy antiguo, en el límite entre Inglaterra y Gales. En un radio de unos treinta kilómetros, en verdad donde terminaba el recorrido de los autobuses, se levantaban hacia un lado la vieja ciudad catedral y hacia el otro un añejo mercado de frontera y, solo unos pocos kilómetros más allá, los primeros pueblos y aldeas de la gran zona del carbón y el acero de Gales del Sur. Aun antes de leer cualquier descripción o interpretación de los cambios y variaciones sufridos por los asentamientos y los estilos de vida, yo los viví en el lugar mismo y en toda su actividad con una claridad inolvidable. En el curso de mi formación me trasladé a otra ciudad, construida alrededor de una universidad, y desde entonces, viviendo, viajando y trabajando, llegué a visitar —y tener la necesidad de visitar— muchas grandes ciudades, de diferentes tipos, a mirar hacia atrás y hacia adelante, en el tiempo y en el espacio, conociendo y procurando conocer más esta relación, como una experiencia y como un problema. Escribí sobre todo esto de otras maneras, pero también fui reuniendo lentamente las pruebas para escribir explícitamente acerca de esta cuestión, como un asunto de historia social, literaria e intelectual.

Este libro es el resultado de ese itinerario, de modo que, aunque a menudo y necesariamente la obra sigue procedimientos impersonales, en cuanto a la descripción y el análisis, permanentemente están detrás de ella el impulso y el compromiso personales. Y puesto que la relación entre el campo y la ciudad no es solo historia ni un problema objetivo, sino que ha sido y aún es para muchos millones de personas una preocupación y una experiencia directas e intensas, no siento ninguna necesidad de justificar, aunque sí convenga mencionarla, esta causa personal.

De modo que, antes de entrar en materia, diré inmediatamente que, para mí, la vida campestre tiene muchas significaciones. Son los olmos, la flor de espino y el caballo blanco que veo ahora en el prado, a través de la ventana junto a la cual estoy escribiendo. Son los hombres que en los atardeceres de noviembre regresan de la poda, con las manos en los bolsillos de sus abrigos color caqui; y las mujeres con las cabezas envueltas en pañuelos, que esperan la llegada del autobús azul a la puerta de sus casitas campestres, el autobús que durante las horas de clase las llevará a trabajar en la cosecha. Es el tractor sobre el camino, que deja sus huellas dentadas de apretado lodo; la luz encendida a altas horas de la noche, en la cabaña de cerdos situada del otro lado de la carretera, durante las pariciones; la lenta camioneta marrón que encuentro en un recodo del camino, atestada de ovejas que se apretujan contra los listones de la caja; el olor pesado, en los atardeceres inmóviles, de las parvas de forraje fortificadas con melaza. También es la tierra árida, sobre la arcilla pedregosa, que se extiende un poco más allá de la carretera y que se vende para construir viviendas, en virtud de un proyecto especulativo, a veinticuatro mil libras la hectárea.

Como dije, nací en un pequeño poblado y aún vivo en un pequeño poblado. Pero aquel en el que nací estaba a los pies de las Black Mountains, en la frontera galesa, donde los prados verdes se destacan contra la tierra roja de los campos arados y los primeros árboles que podía ver a través de la ventana eran robles y acebos. Ahora vivo en el campo llano, sobre un promontorio de arcilla pedregosa, bordeado de acequias y canales, la tierra negra de los pantanos, bajo los altos cielos del este de Inglaterra.

Tengo continuamente presente este contraste, pero ese no es el único. Dentro de la aldea de Black Mountain, como ocurre también aquí, hay un profundo contraste que conserva una gran parte de sentimiento: el contraste entre lo que parece una naturaleza sin ninguna intermediación —una conciencia física de los árboles, las aves, las formas conmovedoras del terreno— y una agricultura activa, que somete la naturaleza a un proceso de producción. Los dos tipos de seto vivo —allá sobre terraplenes, acá sobre la tierra llana alineados a lo largo de una zanja, allí junto a los robles y acebos, aquí junto a los olmos y espinos que siguen sus propias líneas— fueron proyectados, plantados y mantenidos por hombres. Al final del camino que pasaba por la casita campestre donde vivía yo de niño, hay ahora una amplia y recta autopista que los camiones recorren a gran velocidad. Pero también aquel camino vecinal fue mejorado, empedrado, apisonado: es una marca sobre la tierra de no más de dos generaciones, está allí desde que un joven constructor contrajo matrimonio con la hija de un granjero y recibió una parcela en un ángulo del campo para construir su casa y más tarde su cobertizo con la senda que conducía hasta él; y luego construyó casas vecinas y después, sucesivamente, los barracones se convirtieron en nuevos hogares. El primer cobertizo fue el primer hogar de mis padres. En el campo de los olmos y el caballo blanco, detrás de donde se levanta mi casa actual, quedan señales casi imperceptibles de una edificación del siglo diecinueve y unos treinta centímetros por debajo del césped hay un camino adoquinado que sostiene los postes que se están fijando hoy para tender un nuevo cerco de alambre.

Por lo tanto, esta vida campestre tiene para mí muchas significaciones: en cuanto a sentimiento y en cuanto a actividad; en relación con la región y en relación con la época. Los adoquines que hay bajo el campo son más antiguos que la universidad a la que conduce la huella en forma de herradura, ocho kilómetros bajo los delgados setos de espino, que se extiende por los prados abiertos y ventosos más allá del bosque de Starvegoose. Los treinta centímetros de tierra que se acumularon sobre ellos son milenarios, según cualquier cálculo que se haga. En cambio, la senda de aquella aldea de Black Mountain, ahora tan diferente no solo de la autopista sino también del umbrío camino vecinal que recuerdo, es reciente. Se remonta más o menos a la época en que mi padre, al cumplir doce años, entró a trabajar como ayudante en una granja. Tengo guardada la carta de referencia que escribiera el granjero cuando mi padre partió. La letra temblorosa y redondeada asegura que se trataba de un muchacho honesto y bien dispues-

to y que dejaba su trabajo para desempeñarse como mozo de estación en el ferrocarril: aquella línea de cuatro que atravesaban el valle, antigua vía, el tranvía, nueva vía, el ferrocarril; terraplenes y desmontes pasando como estribaciones de colinas; fijos y familiares, instalados cien años antes. Cuando yo nací, mi padre era guardabarrera y tenía su casilla en el valle: parte de una red que se extendía hasta lugares con nombres conocidos, Newport y Hereford, y después de ellos Londres; pero aún era un hombre de aldea con su huerta y sus abejas, que llevaba sus productos al mercado en bicicleta. Era una red diferente, pero él iba en bicicleta a un mercado al que los granjeros llegaban en automóviles y los comerciantes en camiones: nuestro propio siglo. Él había nacido en el campo como su propio padre; sin embargo, ya no podía vivir de la tierra como él. Este hombre, Joseph, mi abuelo, trabajó en una granja hasta alcanzar la mediana edad, cuando perdió su trabajo y con él su casita rural; entonces se convirtió en un hombre del camino dedicado a desmochar y desmalezar los bordes de una extensión de la carretera que conducía a las Midlands, a otras ciudades. Un tío vivía en Londres; otro en Birmingham; mi familia y yo nos trasladábamos del campo a la ciudad y de la ciudad al campo, para hacer una visita o pasar vacaciones, y establecíamos nuestras propias relaciones directas. Éramos una familia dispersa, que se comunicaba por la carretera, el ferrocarril y ahora, las cartas y las publicaciones. Estas fueron las cambiantes comunicaciones, las cambiantes conexiones, entre el campo y la ciudad y entre todos los sitios y comunidades intermedios, los trabajos y poblados intermedios o transitorios.

De modo que esta vida campestre tenía sus significaciones, pero estas cambiaron en sí mismas y también en relación con otras. En el sudoeste, por las noches, solíamos observar las llamaradas que se elevaban por encima de la sierra negra de Brynarnw, provenientes de los hornos de hierro de la industrial Gales del Sur. Ahora, en el este, por las noches, más allá del campo de los olmos y el caballo blanco, miro el resplandor de Cambridge: un blanco con tonalidades rojizas; y en otoño cuando se queman los rastrojos, el fuego a veces abrasa los setos de espino; la primera vez que lo vi, por la noche, creí que se trataba de un extraño incendio accidental. Mi propia red, desde donde estoy sentado escribiendo, junto a la ventana, se extiende hasta Cambridge y Londres y más allá, hasta los lugares que indican los matasellos, las estampillas poco familiares, ciudades distantes: Roma, Moscú, Nueva York.

Las luces de la ciudad. Salgo a la oscuridad, antes de ir a dormir, y miro ese resplandor en el cielo: echo una mirada a la ciudad mientras recuerdo a Jude de Hardy, quien se detenía y observaba la distante, inasible y al mismo tiempo alcanzable Christminster. O recuerdo a Wordsworth que llega desde el campo a Londres y desde el puente de Westminster dice:

No tiene la tierra nada más bello que mostrar:
Torpe de alma sería quien pasara por alto
Una vista tan conmovedora en su majestuosidad:

Esta ciudad lleva puesta ahora, como una prenda,
La belleza de la mañana; silenciosa, desnuda,
Barcos, torres, cúpulas, teatros y templos yacen
Abiertos hacia los campos y hacia el cielo;
Todo brillante y reluciente en el aire límpido, sin humo.¹

Cierto es que se trata de la ciudad observada antes del ajetreo y el ruido de la actividad diaria, pero el pulso del reconocimiento continúa siendo inconfundible y sé que yo mismo lo he sentido una y otra vez: las grandes edificaciones de la civilización; los puntos de encuentro, las bibliotecas, los teatros, las torres y las cúpulas y, a veces aún más conmovedoras que estos, las casas, las calles, la prisa y el entusiasmo de tantas personas, con tantos propósitos diversos. Me he detenido en muchas ciudades a sentir este pulso; en las diferencias físicas de Estocolmo y Florencia, de París y Milán, pude percibir esa cualidad emocionante e identificable: el centro, la actividad, la luz. Como cualquier otra persona, también he experimentado el caos del tren subterráneo y del embotellamiento del tránsito; la monotonía de las filas de casas; la prisa afligida de una muchedumbre desconocida. Pero esta no logra ser en absoluto una experiencia, una experiencia adulta, hasta que llega a incluir también el movimiento dinámico de esos centros de realizaciones arraigadas y a menudo magníficas. H. G. Wells dijo una vez, al salir de una reunión política en la que se había estado debatiendo el tema del cambio social, que esta gran ciudad imponente daba la medida del obstáculo, de cuánto había que transformar, para lograr algún cambio. He experimentado ese sentimiento, al elevar la mirada hacia esos grandes edificios que son los centros de poder, pero comprobé que no decía "Aquí tienes a tu ciudad, tu gran monumento floreciente, la estructura imponente de esta civilización sin embargo precaria"; o que no decía solamente eso; también me decía "Esto es lo que los hombres han construido, con tanta frecuencia de manera magnífica, ¿no es pues todo posible?". En realidad, esta sensación de posibilidad, de reunión y de movimiento, es un elemento permanente del sentido que tienen para mí las ciudades; un sentimiento tan permanente como aquellos otros sentimientos que experimento cuando, desde la cima de la montaña, observo ese gran mosaico colorido de campos que generaciones de mi propia gente desmontaron y convirtieron en setos; o los poblados conocidos, las granjas aisladas, el racimo de cabañas junto al castillo o la iglesia, la línea del río y el bosque, la senda y el camino vecinal; líneas recibidas y construidas. De modo que, si bien el campo y la ciudad tienen esta profunda importancia, en sus diferentes estilos, tengo ante mí, antes de comenzar cualquier razonamiento, mis sentimientos.

Pero también, específicamente, yo llegué desde una aldea a la ciudad: para aprender, para que se me instruyera; para someter los datos personales, los episodios de una familia, a un registro total; para aprender las pruebas y la conexión y modificar perspectivas. Si bien los muros de las universidades eran para mí co-

mo los muros de los parques alrededor de los cuales rondaba yo de niño sabiendo que no me estaba permitido entrar, esta vez había una puerta, una entrada y una biblioteca y, al final de ella, un registro directo al que yo podía tener acceso si aprendía a leerlo. Me resulta irónico recordar que sólo después de llegar oí, de boca de los hombres de la ciudad, de la gente de la universidad, una versión influyente de lo que en verdad significaban la vida campestre, la literatura campestre: una historia cultural preparada y persuasiva. Aún leo textos relacionados con esta idea, en libros académicos y en libros escritos por hombres que dejaron las escuelas privadas para convertirse en granjeros o escritos por otros que crecieron en aldeas y ahora son escritores del campo; toda una serie de libros, periódicos, notas en diversas publicaciones: la vida campestre. Y aún continuo haciéndome la misma pregunta: en una perspectiva histórica, ¿dónde me sitúo yo en relación con estos escritores? ¿En otro campo o en esta apreciada ciudad? Este problema es agudo e irónico por su persistencia cultural.

Pero Cambridge significó mucho más que esto para mí. Una ambivalencia, ciertamente: una universidad de eruditos y profesores, pero también de instructores y señores que ocupaban puestos y procuraban alcanzar posiciones más elevadas; un mundo de hombres que extendían el conocimiento humano y llevaban luz a la naturaleza y a las vidas de otros hombres; un mundo de otros hombres que tendían a la simpatía y mostraban sus paradigmas de calificación detrás de aquellos muros, en una actitud de observancia y consumo ociosa y arrogante. Para mi familia, la universidad había sido igualmente extraña, ya se tratara de Cambridge o de Boloña. Pero también estaba la feria de Cambridge of Stourbridge, que alguna vez fuera el mercado principal del país: "el prodigioso punto de reunión de los comerciantes de todas partes de Inglaterra";² como la describió Defoe en la década de 1720; "un prodigioso complejo humano" y también un modelo, para Bunyan, de "feria de las vanidades". Cuando mucho después regresé allí, como miembro de la junta de gobierno de un Colegio Mayor, comprobé que, en virtud —o por descuido— de un nombramiento intelectual, era yo una apariencia, un involuntario miembro, de un dominio colectivo y perpetuo; y se me pidió, gentilmente, que asistiera a los almuerzos de los copropietarios, que yo nunca pude "digerir". Recordé lo que decía Arthur Young de la Universidad de Cambridge:

con un ingreso de 16.000 libras al año y por un chelín y 6 peniques un miembro puede sentarse a una cena tal como la que un caballero con un ingreso de 1.000 libras al año no puede ofrecer frecuentemente con prudencia.³

Defoe siguió una carretera desde Cambridge:

que corría bordeando los pantanos hacia Huntingdon, donde se encontraba con la gran carretera del norte; sobre este lado se extendía un agradable prado de trigo, como ya dije, adornado con varias casas solariegas de caballeros.⁴

En 1791, Young siguió otra:

Tomando la carretera que desde Cambridge conduce a la de St. Neot, vi seis o siete millas de la peor labranza, espero, que pueda existir en Gran Bretaña... Parece haber cierta coincidencia entre el estado de los cultivos que están a la vista de los venerables chapiteles de Cambridge y el enorme descuido de la agricultura que se observa en el establecimiento de esa universidad.⁵

Esa es precisamente la carretera por la que conduzco ahora, de regreso a casa desde la universidad. Actualmente los campos están bien cultivados. Pero en la siguiente aldea, hacia el oeste, Cobbett vio, en 1822, algo

que se parece mucho a una aldea, casi del mismo tamaño, de Picardía, donde vi a mujeres arrastrando gradas para allanar la tierra en los cultivos de trigo. Por cierto, este poblado no se parece en nada a los otros ingleses salvo a algunos de los municipios pícaros y corrompidos de Cornwall y Devonshire, en los que una justa Providencia parece haber impuesto su curso. La tierra de los alrededores parece ser realmente mala. El campo muestra una superficie desnuda. Las pocas matas que aquí y allá advierte la mirada y hasta los setos de espino están cubiertos de un musgo amarillo. Todo es desolador e inhóspito; y precisamente en la parte más triste de este escenario de inmensa tristeza y monotonía, aparece casi oportunamente un cartel, "Caxton Gibbet", que tiende su brazo amistoso al viandante. Ha sido repintado recientemente y escrito con letras llamativas, para beneficio, supongo, de aquellos que no pueden existir ante la sola idea del trigo a cuatro chelines la arroba.⁶

Esto también es diferente ahora, pero cada vez que considero las relaciones entre el campo y la ciudad y entre el nacimiento y lo aprendido, compruebo que esta historia se repite continua y activamente: las relaciones no son solo de ideas y experiencias, sino también de renta e intereses, de situación y poder: un sistema más amplio.

Aquí es donde yo estoy, y cuando me pongo a trabajar advierto que debo resolver, paso a paso, lentamente, experiencias e interrogantes que alguna vez avanzaron a la velocidad de la luz. La vida del campo y la ciudad es móvil y actual: se mueve en el tiempo, a través de la historia de una familia y un pueblo; se modifica en el sentimiento y en las ideas, a través de una red de relaciones y decisiones.

Un perro ladra —ese ladrido encadenado— detrás del granero de amianto. Ocurre ahora y ocurría entonces; aquí y en muchas otras partes. Cuando hay preguntas que hacer, debo echar hacia atrás mi silla, observar mis papeles y sentir el cambio.

2. Un problema de perspectiva

El problema inicial es de perspectiva. Hace algunos años me enviaron un libro para que lo revisara: un libro campestre, escrito en un lenguaje familiar, cuya lectura normalmente yo habría disfrutado. Pero, como encabezamiento de la experiencia, había una frase:

Un estilo de vida que llegó hasta nosotros desde los días de Virgilio súbitamente ha terminado.¹

Analizada en detalle, era ciertamente una frase curiosa. ¿Desde la época de Virgilio? ¿Aquí? ¿Un estilo de vida campestre?

Pero, en líneas generales, la posición me resultaba familiar. Como reza una memorable oración del mismo libro:

Toda una cultura que había conservado su continuidad desde los primeros tiempos había recibido ahora su golpe de gracia.

Esto había ocurrido, aparentemente, en los últimos cincuenta años, digamos desde fines de la Primera Guerra Mundial. Pero esto planteaba un problema. Yo recordaba un pensamiento de un libro sumamente influyente: *Culture and Environment* de Leavis y Thompson, publicado en 1932. La "comunidad orgánica" de la "Vieja Inglaterra" había desaparecido; "el cambio es en realidad muy reciente".² Esta opinión se basaba primariamente en los libros de George Sturt, que aparecieron entre 1907 y 1923. En *Change in the Village*, publicado en 1911, Sturt escribía sobre la Inglaterra rural "que se está extinguiendo ahora".³ Apenas ayer, como podemos ver, a la vuelta de la esquina.

Pero luego, lo que parecía una cinta transportadora detenida comenzó a moverse. Sturt describió ese final en dos períodos: la privatización de tierras comu-

nes, a partir de 1861, y el asentamiento residencial, desde 1900. Sin embargo, esto nos lleva inmediatamente al período de las novelas de Thomas Hardy, escritas entre 1871 y 1896 y que evocan la Inglaterra rural desde la década de 1830. ¿Y acaso los críticos no insistían en afirmar que era precisamente en la obra de Hardy donde podíamos hallar el registro del gran cambio climatérico de la vida rural: la perturbación y la destrucción de lo que un escritor llamó el “ritmo atemporal de la agricultura y las estaciones”? Y aquel fue también el período de Richard Jefferies, quien echa una mirada retrospectiva desde la década de 1870 hasta el “viejo Hodge” y dice que hubo más cambios en la Inglaterra rural durante el medio siglo anterior —esto es, desde la década de 1820— que en cualquier época previa. Y, ¿no recordaba de un modo similar George Eliot, en *El molino junto al Floss* (1860) y en *Felix Holt* (1866), la antigua Inglaterra rural de la década de 1820 y comienzos de la siguiente?

Pero ahora la cinta transportadora se mueve sin pausa. Porque las décadas de 1820 y 1830 fueron los últimos años de Cobbett, que estaba en contacto directo con la Inglaterra rural de su época pero que evocaba un país más feliz, la vieja Inglaterra de su juventud, durante las décadas de 1770 y 1780. Thomas Bewick, en su *Memoir*, escrita durante la década de 1820, recordaba la aldea más feliz de su propia adolescencia, la de la década de 1770. Este cambio decisivo, sostenían los dos hombres, había ocurrido durante sus vidas. John Clare, en 1809, también echaba una mirada al pasado,

¡Oh, feliz Edén de aquellos años dorados!⁴

a lo que parece, según evidencia interna, ser la década de 1790, aunque este autor también escribió, en otra obra retrospectiva, sobre un orden rural que languidecía, del “prado ido, el escenario ya tiempo atrás desvanecido”.

No obstante, la cinta transportadora continuó moviéndose. Porque los años de la juventud de Cobbett y de Bewick eran los de *The Village* (1783) de Crabbe.

Ya no es cierto, aunque te lo muestren en poemas, desdénalo.
Y admite que la vida aldeana es una vida de dolor.⁵

Y *The Deserted Village* (1769) de Goldsmith:

Y ahora, pienso y, mientras reflexionando estoy
Veo cómo las virtudes rurales abandonan el país.⁶

Y por simple aritmética, en el recuerdo de la Sweet Auburn

la aldea más amada de la pradera,
Donde la salud y la plenitud animaban al zagal laborioso,

Donde la sonriente primavera hacía su primera visita,
Y la floración prolongada atrasaba la partida del verano;
Encantadoras y queridas enramadas de inocencia y tranquilidad,
Asientos de mi juventud, cuando todo juego podía agrandar

podríamos remontarnos hasta la próxima colina, hasta la década de 1750.

Queda claro, por supuesto, que a medida que realizamos este viaje en el tiempo, lo que está en juego es algo más que la simple aritmética y algo más, evidentemente, que la historia corriente. Contra las versiones sentimentales e intelectualizadas de una “antigua Inglaterra” no localizada, tenemos que oponer, por cierto, el más agudo escepticismo. Pero por lo menos algunos de estos testigos escribían desde la experiencia directa. En estos casos, lo que debemos indagar no es el error histórico, sino la perspectiva histórica. En realidad el hecho de que yo haya apelado a la idea de una cinta transportadora puede ser un importante indicio para llegar a la historia real, pero solo cuando comenzamos a ver la regularidad de su configuración.

Quizás valga la pena volver a subir a esa cinta que nos transporta en el tiempo, puesto que lo único que hicimos hasta ahora es trasladar la “antigua Inglaterra” y sus ritmos atemporales de agricultura desde los comienzos del siglo XX hasta mediados del siglo XVIII. Cuando recordamos “nuestro maduro y asentado siglo dieciocho”, nos damos cuenta de que, después de todo, quizás no podamos establecer una diferencia muy grande con las versiones corrientes. ¿Deberíamos remontarnos pues a *The City Madam* y a *A New Way to Pay Old Debts* de Philip Massinger, escritos a comienzos de la década de 1620? Allí vemos que el nuevo mercantilismo está quebrando el antiguo acuerdo de los terratenientes y sus virtudes. Allí está Sir Giles Overreach, obteniendo tierras comunes para sí y monopolizando la producción. Allí está la corrupción de una civilización rural más antigua:

Tu padre era
Un honesto granjero del país, buen hombre humilde.
Por sus vecinos más próximos llamado Señor. Vuestro orgullo
¿Desciende de él?⁷

No podemos afirmarlo, pero podemos remontarnos aún más atrás hasta *Chrestoleros* de Bastard, de 1598, en donde se elevan las mismas quejas, o, si se nos pide que supongamos que la transformación se dio a comienzos del siglo, podemos remitirnos a *Utopía* de Tomás Moro, escrita en 1516, en la que otro antiguo orden está siendo destruido:

En todos los lugares del reino donde se obtiene la lana más fina y, por consiguiente, la más preciada, pululan los nobles, los ricos y aun ciertos abades, muy santos varones,

sin duda, pero que, no satisfechos con los beneficios y las rentas que sus antecesores obtenían de sus tierras y no conformes con vivir en la molicie y en la holganza, sin aportar beneficio alguno a la comunidad, que es la que los mantiene, la perjudican al no dejar ningún campo para los cultivos, todos los reservan para el pastoreo. Derriban las casas y destruyen las ciudades, con excepción de las iglesias, para que sirvan de establos a sus ovejas. Estas excelentes personas convierten en desiertos los lugares más poblados y mejor cultivados, considerando, sin duda, que no se pierde suficiente tierra en bosques, parques, cotos y que las fieras no disponen de espacio bastante.*

Salvo que entonces, por supuesto, se nos remite a la plena Edad Media, a una sociedad orgánica, si es que alguna vez existió algo que pueda considerarse como tal. A la década de 1370, por ejemplo, cuando Piers Plowman de Langland observa la insatisfacción de los labriegos, que no comerán ya las verduras de ayer, sino que deben consumir carne fresca, que culpan a Dios y maldicen al rey, pero que no solían quejarse cuando el Hambre dictaba las leyes. ¿Debemos retroceder a tiempos anteriores a los de la Muerte Negra, al comienzo de las leyes de caza o a la época de la Carta Magna, cuando Inocencio III escribe:

El siervo sirve, aterrorizado por las amenazas, abatido por las faenas, dolido por los golpes, despojado de sus posesiones?º

¿O acaso debemos hallar el ritmo atemporal en los días de las cúpulas, cuando de cinco hombres cuatro eran aldeanos, campesinos fronterizos, colonos o esclavos? ¿O en un mundo sajón libre anterior a lo que luego se consideró como la destrucción y el yugo normando? ¿En un mundo celta, previo al momento en que los sajones llegaron a los ríos? ¿En un mundo ibérico, predecesor de la llegada de los celtas con su dorada barbarie? ¿Hasta dónde debemos remontarnos, pues, para hacer que la cinta transportadora se detenga?

Una respuesta es, por supuesto, el Edén, y tendríamos que volver a echar una mirada a ese jardín tan recordado. Pero antes de hacerlo, debemos descender de la cinta transportadora y considerar su movimiento general.

¿Agrega algo este método al famoso hábito de emplear el pasado, "los buenos viejos días", como un látigo para azotar el presente? Evidentemente hay algo de esto, pero aún nos hallamos en dificultades. Los lugares aparentemente apacibles —las sucesivas Antiguas Inglaterra a las que con toda confianza se nos remite y luego, también ellas, comienzan a moverse y a retroceder— tienen cierta significación real, cuando se los observa en sus propios términos. Por supuesto, advertimos que se sitúan en la infancia de los autores y esto debe tener que ver con la cuestión que estamos analizando. La nostalgia, puede decirse, es universal y persistente; solo las nostalgias de los demás nos ofenden. Podría afirmarse convincentemente que un recuerdo de la infancia tiene cierta significación permanente. Pero, una vez más, lo que parece una sencilla cinta transportadora, un perpetuo

retroceso en la línea de la historia, resulta ser, cuando lo pensamos bien, un movimiento más complicado: la Antigua Inglaterra, las formas de asentamiento, las virtudes rurales, significan en realidad cosas muy diferentes en los diversos momentos, y los que están en juego son valores por completo diferentes. Tendremos necesidad de hacer un análisis preciso de cada tipo de visión retrospectiva, a medida que estas vayan apareciendo. Veremos asimismo las sucesivas etapas de la crítica que cada una de estas visiones retrospectivas sustenta: la religiosa, la humanista, la política, la cultural. Cada una de estas etapas merece en sí misma una indagación. Y luego, dentro de cada una de estas cuestiones, que a su vez nos remiten finalmente a una cuestión formidable y central, hay una consideración diferente.

Los testigos que hemos convocado plantean cuestiones de realidad histórica y perspectiva, pero también otras de realidad literaria y perspectiva. Las cosas que dicen no están siempre dichas del mismo modo. Como datos, han sido tomados de distintos textos, desde un diálogo de una obra de teatro y un pasaje de una novela hasta de una argumentación de un ensayo o de un artículo de un periódico. Cuando estos datos forman parte de poemas, se trata además —y esto quizás sea esencial— de poemas de diferentes tipos. Solo podemos analizar esas importantes estructuras de sentimiento si, desde el comienzo, hacemos estas distinciones críticas. Y el primer problema de definición —un persistente problema de forma— es la cuestión de lo pastoral, de lo que se conoce como literatura pastoral.

3. Poesía pastoral y contrapastoral

I

Ya no es cierto, aunque te lo muestren en poemas, desdénalo.
Y admite que la vida aldeana es una vida de dolor.

Esta copla, que da comienzo al segundo libro de *The Village* de Crabbe, es una significativa introducción al carácter del problema general. ¿De dónde procedía ese tono de diatriba contra la poesía? ¿A quién estaba dirigida esa insistencia por la verdad? El poema de Crabbe, *The Village*,¹ debe leerse atendiendo a estas dos preguntas.

Por tales ejemplos enseñados, yo pinto la cabaña,
Como verdad la pintaré, y como los bardos no lo haré.

Otra vez la verdad, y contra la poesía. Sea lo que fuere que nos preguntemos luego sobre la Inglaterra de Crabbe, está claro que el contraste en que piensa el autor no es el contraste entre la Inglaterra rural del presente y la del pasado, sino entre las maneras verdaderas y falsas de escribir. En términos más generales, el contraste que está marcando Crabbe es el que percibe entre una tradición de poesía bucólica y su propia intención de realismo. Crabbe supone, ciertamente, que alguna vez hubo un fundamento para esa poesía que él conoció como pastoral, pero que eso ocurrió en la época clásica, no en su propia o reciente Inglaterra:

Idos están aquellos tiempos, cuando en armoniosos acordes
El rústico poeta alababa sus praderas nativas:
Ya no hay pastores, en el verso alterno uniforme;

Ni la belleza de su campiña ni la reiteración de sus ninfas.

Lo que se repudia aquí formalmente es una tradición literaria, el estilo pastoral neoclásico: "ecos mecánicos de la canción de Mantua". O, como escribió originalmente Crabbe, antes de que Johnson corrigiera sus versos:

En los escenarios más bellos, donde florecen los placeres serenos,
Tityro podría cantar el orgullo de los mozos de Mantua;
Pero, hechizados por él, o entusiasmados con sus visiones,
¿Han de cortejar a la musa mantuana los poetas modernos?
De la Verdad y la Naturaleza se alejarán en su extravío
Hacia donde conduce la Fantasía o hacia el camino que señaló Virgilio.

Johnson debilitó el poema al corregir el último verso escribiendo: "Hacia donde Virgilio, y no la Fantasía, señaló el camino".² Habría sido mejor que Crabbe no hubiese tenido necesidad de recurrir a la ayuda de Johnson, como en la práctica ocurrió.

"Un estilo de vida que llegó hasta nosotros desde los días de Virgilio súbitamente ha terminado." Pero si existe la continuidad de una cultura campestre permanente, esta se remonta a un tiempo aún más antiguo. La referencia literaria de una supuesta realidad social es la estructura realmente significativa, pues es sintomática de la confusión que rodea toda la cuestión de lo "pastoral".

Porque si nos volvemos hacia la literatura del pasado en busca de textos significativos sobre la vida campestre, llegamos a una época muy anterior a los días de Virgilio, a *Los trabajos y los días* de Hesíodo, en el siglo IX antes de Cristo. Y lo que encontramos allí, en una estructura muy particular de costumbres y creencias, es una épica de la labranza, en el sentido más amplio: la práctica de la agricultura y el comercio dentro de un estilo de vida en el cual la prudencia y el esfuerzo se consideran virtudes primarias. Allí se hacen recomendaciones dentro de la estructura mítica de los males que escaparon de la caja de Pandora —entre ellos el mal del trabajo agobiante—, y se desarrolla la cronología influyente de las cinco eras que se sucedieron desde la primera edad de oro en la cual:

alejados y libres del mal y el dolor [...] (los mortales) tenían todas buenas cosas, pues la fértil tierra, sin que fuera necesario forzarla, les descubría frutos en abundancia y generosamente.¹

Veremos la prolongada influencia de este mito en la Edad de Oro, pero el hecho de que aparezca en Hesíodo, en los comienzos de la literatura bucólica, lo sitúa ya en un pasado remoto. Mediaron otras tres edades, y es el carácter de la "edad de hierro" del propio Hesíodo lo que determina su recomendación de la agricultura práctica, la justicia social y la buena vecindad, pues esas prácticas pueden liberar a una comunidad laboriosa de "la vida de dolor".

Los poetas bucólicos griegos son muy posteriores: aparecen unos seis siglos después. Recién en el mundo helenístico del siglo III antes de Cristo, surge la poesía "pastoral", en cualquier sentido estricto, como una forma literaria específica. Su paisaje no es ya la Beocia de Hesíodo, sino la Sicilia de Teócrito y Mosco, las islas griegas y Egipto; el centro literario de este movimiento es Alejandría. De modo que "lo pastoral" tiene ya una base diferente: el décimo idilio de Teócrito tiene un fondo de siembra y cosecha, pero esto es una excepción: las tareas habituales son el apacentamiento de cabras, ovejas y vacas. Así, el año de trabajo de Hesíodo que transcurre entre labrar la tierra, tender viñedos y criar cerdos, ovejas y cabras, ya se ha alterado significativamente. Generalmente se supone que la literatura pastoral procede de las competencias de canto que se desarrollaban en las comunidades campesinas; pero como se advierte en Teócrito, aunque esta forma a menudo se conserva, en todas partes se manifiesta un grado de elaboración y artificio, que se hace principalmente evidente en el empleo de dialectos literarios. Al mismo tiempo, es posible reconocer el contexto laborioso de los *Idilios* que a veces se destaca con insistencia. Así, leemos en la primera aparición de la larga figura de Licidas:

Y a la verdad que nadie atribuyera al caminante profesión distinta: cabrero pregonabanlo de lejos todo su porte y pastoril ropilla. De piel hirsuta de velluda cabra, llevaba al hombro cándida pelliza oliendo a queso y le abrigaba el pecho vetusta capa de cordón ceñida. En su derecha mano se miraba curvo cayado de silvestre oliva.⁴

Los rústicos cantores del idilio IX solo comienzan a cantar cuando ya han puesto las vacas no paridas con los toros y con la madre cada ternero.⁵

La "blanda cama tendida junto a las frescas aguas" sobre la cual descansa Dafnis está hecha de la piel de una vaca despeñada por un galo. Esta es la "comodidad" del rebaño de bueyes y la "riqueza que ni el avaro sueña" del hato de cabras.

Sinnúmero de ovejas y cabras y sus vellones se amontonan a mi cabeza y a mis pies; me da su carne sólido alimento, su piel abrigo, su vellón asiento, hayas y encinas me proveen de leña.⁶

Los lobos, los zorros, las langostas y los escarabajos son parte de la experiencia tanto como el bálsamo y la jara, las manzanas y la miel. El pastor que va a la fiesta, en el idilio IV, deja a los toros y terneros flacos, "porque lo consume el loco empeño de que un triste laurel lo vea ganar Olimpia". En el hermoso desarrollo de las canciones pastorales está intensamente presente este sentido de una comunidad sencilla, que vive en estrechos márgenes y experimenta las delicias del

verano y la fertilidad, tanto más intensamente por cuanto también conocen el invierno, la esterilidad y los percances:

así como la primavera es más dulce que el invierno y la manzana que la endrina; como la oveja tiene el vellón más espeso que su cordero...

Por supuesto, a medida que la tradición evolucionaba, fue posible extraer, por su evidente deleite, las invocaciones del verano; desde Hesíodo:

Cuando el cardo florece y la cigarra canta alto encaramada en un árbol...
...Oh, dadme, pues, la sombra de una roca, dejando de lado el vino de Biblos, y el mejor pan, y la leche de las cabras extraída hasta la última gota;⁷

O desde Teócrito:

Trinaban las alondras y jilgueros y la cuidada tórtola gemía
Todo el deleite y la abundancia allí estaban
En torno a los perennes manantiales, volaban las doradas abejas;
Todo un verano rico respiraba, todo un fecundo otoño prometía.
Manzanas mil rodaban a sus lados y a nuestras plantas peras infinitas.
Las ramas se doblaban hasta el suelo, cargadas de ciruelas purpúreas.⁸

Mucho tiempo después, esto pudo entenderse, por fragmentos mal citados, como la esencia, la única esencia, de la literatura pastoral. Pero cuando pasamos de Teócrito a Virgilio, es decir, dos siglos después, en el siglo I antes de Cristo, hallamos una continuidad del estilo bucólico que, a través de su elaboración literaria, se mantiene en contacto con los trabajos anuales y con las auténticas condiciones sociales de la vida campestre. Las *Bucólicas* o *Églogas* de Virgilio están, en cierto sentido, más idealizadas y sin duda son mucho más refinadas que los idilios de Teócrito; pero la perturbación rural de su propia Italia a menudo irrumpe en la Arcadia, poéticamente distante. Así en la égloga I, en la conocida invocación de Melibeo:

¡Oh, anciano venturoso! Aquí gozarás del fresco y la sombra, en medio de las corrientes de agua que te son conocidas y de las sagradas fuentes. Te invitará al sueño el ligero zumbido de las abejas de Hyblón, que liban la flor del sauce en las cercas vecinas. Y complacido escucharás la canción que lanza al aire el podador, al abrigo de las altas rocas, mientras gime la tórtola sin cesar en el elevado olmo y también las palomas torcazes, que objeto son de tus cuidados.⁹

Hay un contraste explícito con la condición del propio Melibeo, pequeño granjero expulsado de sus tierras:

Pero nosotros, desterrados de aquí nos iremos, nos iremos, unos a las sedientas comarcas de África y otros, a Escitia, llegando hasta las riberas del Oaxes de Creta, o hasta los mismos britanos, separados enteramente del resto del mundo. ¿Podré ver aún, ¡ay! por tarde que sea, la tierra de mis padres y la techumbre de mi pobre cabaña hecha de leña, y contemplar después mis antiguos dominios y encontrar aún en ellos, con sorpresa, tal que otra espiga?

¿Quién sabe? Tal vez se adueñe de campos tan bien cultivados un soldado impío. Acaso se apodere un bárbaro de tierras tan trabajadas. ¡He aquí adónde condujo la discordia a mis infelices conciudadanos! [...] No se oirán de nuevo mis canciones.

Nuevamente en la égloga IX, el canto pastoral está relacionado directamente con las esperanzas y los temores de los pequeños granjeros que sufren la amenaza de la confiscación de su tierra:

¡Oh, Licidas! Que hayamos vivido tanto para oírnos decir por boca de un advenedizo convertido en detentador de nuestras propiedades lo que nunca pudimos temer: "¡Todo esto es mío! ¡Idos ya, viejos colonos!"

Vencidos ahora, llenos de tristeza, porque todo lo ha revuelto la Suerte, henos aquí enviándole estos cabritos al mercado.¹⁰

La poesía misma podría apuntar a proteger la tierra y a sus granjeros habituales, pero bajo la presión de la violencia y las consecuencias de la guerra, cuando los ex soldados se imponían mediante confiscaciones en gran escala,

nuestros versos valen tanto, ¡oh, Licidas! entre las armas del dios Marte, como la fuerza con que vuelan, según se dice, las palomas de Caonia ante la proximidad del águila.¹¹

Y recordemos que Virgilio mismo era hijo de un pequeño terrateniente cuyas posesiones estaban amenazadas precisamente por este tipo de confiscación.

Por lo tanto, el contraste, dentro de la literatura pastoral de Virgilio, se establece entre los placeres de la finca rural y la amenaza de la pérdida y la expulsión. Esto marca a su vez un contraste ya familiar en obras literarias más tempranas de épocas de guerra y disturbios civiles, cuando la paz de la vida campestre se oponía a las perturbaciones de la guerra o la guerra civil y al caos político de las ciudades. Hay distintas formas de presentar este contraste. Puede tratarse de un hecho presente, como en las *Églogas* —desde la I a la IX—. Puede ser una vívida visión retrospectiva, como ocurre con los tristes recuerdos de Melibeo. O puede comenzar a construirse en un sistema de ideas más amplio: un esquema del pasado o del futuro. En algunos pasajes de las *Geórgicas*, por ejemplo, al final del libro II, hay un tono de idealización, de retrospectiva extendida, que llegaría a ser muy característico. El paisaje pastoral de Teócrito había sido inmediato y estaba al alcance de la mano: apenas a unos pasos de los muros de la ciudad. La Edad de Oro de Hesíodo había sido un recuerdo mítico —que contrastaba con la época de hierro

de los hombres modernos— en el cual el trabajo era necesario y era admirado. En algunas partes de Virgilio se da una transmutación, el paisaje se vuelve más distante, se transforma, en realidad, en Arcadia, y allí la Edad de Oro está presente, al mismo tiempo evocada y celebrada por el poder de la poesía:

Lejos de la discordia y de las armas, la tierra que siempre prodiga en justicia una sustancia fácil [...] El hombre no tiene más que coger los frutos de las ramas y cuanto en su provecho produce, espontáneamente, la campiña. Goza de un reposo sin inquietud y de una existencia rica en recursos variados.¹²

Solo hay un breve paso desde el deleite natural ante la fertilidad de la tierra hasta esta mágica invocación de un campo que no necesita ser labrado. Pero es un paso que algunas veces se ha dado, aunque solo en pasajes aislados, en el complicado movimiento de las *Geórgicas*: esa prolongada y detallada descripción y celebración del ciclo anual de la granja, de sus herramientas, sus métodos, sus peligros, sus enemigos, sus habilidades y de los esfuerzos de toda una vida. Lo que merece destacarse es, no solamente la aparición del tono idealizante, sino también que ese tono no se extiende, sin embargo, a la vida campestre laboriosa en su conjunto. No obstante, la cuerda idílica se hace sonar en otro contexto: el del futuro; la idea de una restauración, un segundo advenimiento de la Edad de Oro, un futuro que hasta es políticamente inminente, como se desprende de la égloga IV:

En cuanto a las cabras, llevarán a casa por sí mismas las ubres plétóricas de leche y los rebaños no se intimidarán ante los feroces leones...
...Penderá de las zarzas espinosas el rojo racimo y las encinas de dura madera destilarán el rocío de la miel...
...Ya no soportará la tierra los rastros, ni la viña la podadera; el labrador, a su vez, descenderá los bueyes.¹³

Esta mágica visión utópica es una profecía: "Apresuráos, Parcas, a hilar tales siglos". Y por lo tanto incluye en su celebración la conciencia de un presente muy diferente respecto del cual la restauración será un alivio.

De modo que hasta en estos desarrollos (de literatura pastoral clásica y de otros tipos) que inauguran tonos e imágenes de un estilo ideal, casi invariablemente hay una tensión con otra clase de experiencias: el verano con el invierno, el placer con la pérdida, la cosecha con la labranza, el canto con la jornada de trabajo, el pasado o el futuro con el presente. La proeza, si podemos llamarla así, de la adaptación renacentista de estos modos clásicos fue ir eliminando, paso a paso, estas tensiones vitales, hasta que no quedara ningún elemento compensatorio y las imágenes seleccionadas se sostuvieran por sí mismas: no en un mundo vivo, sino en un mundo esmaltado. Así, el recuerdo retrospectivo de Melibee de la vi-

da que se vio obligado a abandonar, llega a convertirse en la "fuente" de miles de bonitos ejercicios sobre un deleite y una paz rurales sin perturbaciones. Un caso más notable es el del famoso segundo epodo de Horacio —*Beatus Ille*, al cual se remiten confiadamente miles de poemas sobre el feliz retiro campestre—¹⁴: allí se soslaya habitualmente esa tensión crucial. La celebración de los rebaños y la miel, los frutos, y los límpidos arroyos, lejos de la guerra, la ciudad y la fría práctica de la usura pasa a ser en Horacio la reflexión sentimental de un usurero que sueña con hacerse granjero recuperando el dinero que tiene prestado, y que en el momento culminante del poema vuelve a prestarlo. La "extirpación", primero consciente y luego convencional, de esta ironía es un hecho aún más importante que la continuidad nominal y temática.¹⁵

Todas las tradiciones son selectivas: la tradición pastoral tanto como cualquier otra. El camino que señalan los poetas es el que siguen los eruditos, y las cuestiones sobre la poesía "pastoral" o la poesía del "retiro rural" de nuestros propios siglos XVI y XVII son dejadas una y otra vez de lado para dar lugar a comentarios y justificaciones referidos al pasado. No debemos mirar, junto con Crabbe y otros, cómo era en realidad el campo; esta es una respuesta utilitaria o materialista y quizás hasta una respuesta campesina. Recordemos, en cambio, que este poema se basa en el epodo II de Horacio o en la égloga IV de Virgilio; que entre los nombres más remotos están los de Teócrito y Hesíodo: la Edad de Oro en otro sentido.

Ya es tiempo de poner al descubierto esta artimaña. La glosa académica se ha hecho hasta tal punto el hábito de establecer influencias que necesita la corrección constante que hacía Coleridge a aquellos que

parecen sostener que todo pensamiento y toda imagen posibles son tradicionales; que no tienen idea de que en el mundo existe algo que son las fuentes; las hay grandes y también pequeñas; y quienes por consiguiente hacen derivar todo arroyuelo que ven correr de una perforación realizada en la cisterna de otro hombre.

Prefacio a *Christabel*¹⁶

Y esto es más necesario aun cuando las supuestas fuentes, las "cisternas de otros hombres", han sido tan alteradas y simplificadas que ya nadie puede ver fácilmente qué ocurrió, mientras tanto, con el agua.

II

De modo que debemos apelar a algún artificio ilusorio para hacer que lo pastoral sea encantador; y ese artificio consiste en exponer el mejor costado de la vida del pastor y ocultar sus miserias.¹⁷

Cuando Pope pudo decir esto, la "tradición" ya había sido alterada. "Ya no es cierto, aunque te lo muestren en poemas." La larga disputa crítica sobre el carácter de la poesía pastoral, que se desarrolló entre los siglos XVII y XVIII, por lo menos tuvo esta idea como elemento común. Lo que estaba en juego era principalmente si tal situación idílica, lo pastoral encantador, debía situarse siempre en la Edad de Oro, como sostenía Rapin y otros neoclásicos; o debía considerarse una idea más permanente y, en realidad, atemporal, como afirmaban Fontenelle y otros. En el primer caso, precisamente porque se trataba de la Edad de Oro, había realmente paz e inocencia. En el último caso, podía haber aún cierta idea de estas virtudes, una ilusión literaria convencional en los propios escenarios contemporáneos:

exponiendo a la mirada solo la tranquilidad de la vida del pastor, y disimulando u ocultando su mezquindad, así como también mostrando solo su inocencia y encubriendo sus miserias.

Solo teniendo presente esta idea podemos comprender a Crabbe:

Pero cuando en medio de tales escenas placenteras, describo
A los pobres laboriosos nativos del lugar,
Y veo el sol del mediodía, con los rayos ardientes
Sobre sus cabezas descubiertas y sus sienas perladas;
Mientras algunos con cabezas más débiles y corazones más desfallecientes,
Deploran su fortuna y aun así lo hacen dignamente:
¿Osaré pues ocultar estos males ciertos
En los adornos de oropel del orgullo poético?¹⁸

La pregunta "¿Osaré?" conlleva la sensación de agravio que implica su posición, en uno de aquellos momentos críticos, una crisis de perspectiva que se da cuando las costumbres, las instituciones y las experiencias están en conflicto. ¿Quiénes son ellos? ¿Quién se atreve de ese modo? ¿A quiénes se dirige Crabbe?

Oh, no juguéis con ansias que no podéis sentir,
No os moféis de la miseria de un plato a destajo
Sencillo, poco saludable, humilde y escaso, de tal condición
Que vosotros que lo elogiáis no os dignaríais tocar.
Vosotras, almas amables que soñáis con el sosiego rural
Y os deleitáis con las tersas riveras y los sonetos aún más tersos.
Id, si la plácida cabaña vuestras alabanzas comparte;
Id, mirad su interior y preguntad si la paz está allí.¹⁹

Conforman un conjunto numeroso aquellos que aspiran a la simplicidad. Es posible seguir, desde la obra de Virgilio, una línea directa, al final de la cual, co-

mo en los "augustales" ingleses del siglo XVIII, la égloga ha llegado a ser una forma en alto grado artificial y abstracta: sus ingenuidades son puramente externas. Pero la línea se extiende también desde las *Geórgicas*, y en Policiano y Alamanni, por ejemplo, a fines de los siglos XV y comienzos del XVI, hay imitación, pero también inspiración: el poema *Rusticus* de Policiano está escrito en latín, pero el año de labores campestres que describe es el del campesino toscano; *La coltivazione* de Alamanni es un equivalente italiano moderno de las descripciones de los trabajos rurales de las *Geórgicas*.

No obstante, en el mismo período "lo pastoral", con su significación que alguna vez fue precisa, estaba experimentando una extraordinaria transformación. El elemento más importante de esa transformación era la renovada intensidad de la atención que se le prestaba a la belleza natural, pero esta vez se trata de la naturaleza que surge de la observación, ya sea del científico, ya sea del turista, antes que de la vivencia del labrador o el pastor. De modo que pudo apartarse el elemento descriptivo de lo pastoral original, y toda una potente tradición de "poesía de la naturaleza", que había seguido sendas separadas, pudo fundirse en una línea principal que se prolongó durante varios siglos hasta nuestra propia época. El otro elemento esencial de la transformación fue muy diferente: la literatura pastoral se volvió teatral y romántica, en el sentido estricto de ambos términos. El romance pastoral, desde Boccaccio hasta la *Arcadia* de Sannazaro (circa 1500), fue una forma nueva en la cual la égloga y la descripción natural quedaron absorbidas dentro del mundo esencialmente distinto de un idealizado amor romántico. Que los pastores en las poesías pastorales hubieran cantado canciones de amor era la base nominal, pero los pastores y las ninfas que ahora comienzan a aparecer son figuras legas de un entretenimiento aristocrático. El drama pastoral, que comienza con *Aminta* de Tasso (1572), es, de modo similar, la creación de una corte principesca, en la cual el pastor es una máscara idealizada, un disfraz cortesano: una figura tradicionalmente inocente, a través de la cual, paradójicamente, puede elaborarse la intriga. Este juego de filigrana que se prolongó como una forma de entretenimiento aristocrático incluso hasta los días de María Antonieta y que dejó su legado físico en miles de figuras de porcelana pintada, tiene más conexión, evidentemente, con los intereses reales de la corte que con la vida campestre en cualquiera de sus formas posibles.

Con todo, esto es algo que no siempre fue advertido. Pope tomó el juego por realidad en su ensayo sobre la poesía pastoral y recomendó la descripción

de los pastores, no [...] como son en realidad actualmente, sino como puede haberse concebido que eran, cuando los mejores hombres se ocupaban de esa tarea.²⁰

Si la gente de la corte hubiese asumido el papel de los pastores durante el tiempo suficiente, los pastores originales debían haber sido aristócratas.

Pero la ingenuidad ofrecida no era solo este tipo de disfraz. Un segundo interés real de la época halló su modo de expresarse a través de lo pastoral: el hábito medieval y posmedieval de la alegoría. En 1589, Puttenham sostenía que la égloga había sido concebida

no con el propósito de falsificar o representar las maneras rústicas de los amores o las comunicaciones, sino para, bajo la apariencia de personas sencillas y lenguajes rudos, insinuar las grandes cuestiones y echar una mirada sobre ellas.¹¹

Puttenham continúa afirmando que esto era cierto en el caso de Virgilio, y este es el proceso exacto de adaptación cultural selectiva. Virgilio, como Hesíodo, pudo plantear las cuestiones más serias de la vida y sus propósitos en el mundo directo en el cual las labores anuales y la canción pastoral estaban aún presentes por derecho propio. Lo que se dio en la transformación aristocrática fue una reducción de estas actividades primarias a formas que o bien podían tener la "aparición" de alegoría o el disfraz de los juegos cortesanos. Este cambio es significativo, pero fue tan dominante —aunque sus impulsos, podríamos pensar, desaparecieron hace ya tanto tiempo— que la significación moderna corriente de lo pastoral, en el discurso crítico de los escritores anteriores al siglo XX, fue tomado de esas formas, antes que de la sustancia original o de sus sucesores más representativos. Se nos ha dicho que "lo pastoral" significa la materia simple en la cual aparecen encarnadas o están implícitas verdades generales: ¡hasta una novela industrial proletaria moderna puede ser pastoral en ese sentido! Pero, si bien como procedimiento crítico para comprender, digamos, a Spenser, este enfoque es suficientemente acertado, su extensión resulta absurda y el absurdo tiene un límite. Como en tantas otras esferas del pensamiento literario inglés, hubo un congelamiento efectivo y voluntario en el momento de una transición histórica significativa, la transición del mundo feudal al mundo burgués. Si lo pastoral es solo un disfraz o una alegoría, la pregunta que se hace Crabbe no tiene ningún sentido; no es más que un ruido descortés. Pero, si pretendemos reconocer y entender la realidad de una transición esencial, es necesario responder a ella.

Porque los dramas pastorales de las cortes y de las mansiones aristocráticas, tal como sobrevivieron, no constituyeron el desarrollo realmente significativo. Aislados en el tiempo y en su condición, sus modos y sus realidades son muy fáciles de comprender. Resulta mucho más significativa la transformación interna de este modo artificial precisamente en la dirección y en el interés de un nuevo tipo de sociedad: la del capitalismo agrario en desarrollo. Lo neopastoral como entretenimiento cortesano es una cosa; lo neopastoral en su nueva localización, la casa solariega y la propiedad circundante, es otra muy distinta. Debemos seguir el desarrollo de la égloga y el idilio artificiales, pero solo llegaremos a la transición decisiva cuando los reubiquemos en una nueva ideología, la de la casa solariega.

III

A menudo los poetas les han prestado su voz a los príncipes, quienes están en posición de pagar o retribuir. Pero lo que está en cuestión es, antes bien, lo que se les prestó a los pastores y a qué tasas de interés. No es fácil olvidar que la *Arcadia* de Sidney, que da un título de continuidad a la literatura neopastoral inglesa, fue escrito en un parque que se creó privatizando una aldea completa y expulsando a sus habitantes. El juego elegante estuvo entonces a solo un paso —aproximadamente a un paso— de una realidad visible de la vida campestre.

Hubo, por supuesto, otras metáforas pastorales. El buen pastor era una imagen de Cristo permanentemente disponible, el amoroso pastor, que podía situarse como modelo contra la corrupción de la Iglesia. Hay ejemplos ingleses de este enfoque en las églogas de mayo, julio y septiembre de *The Sheperd's Calendar* de Spenser. De manera más general, por lo que parece una asociación obvia, la vida del pastor puede entenderse como representación de la vida natural y de sentimientos naturales. Esta convención fue refinada al extremo a fines del siglo XVI y a comienzos del XVII, pero en algunos de los poemas más breves hay una frescura que solo aparece rara vez en las elaboradas figuras y recursos del drama y el romance; se trata, sin embargo, de una tierra conocida, y no meramente de Arcadia.

En el feliz mes de mayo,
Una mañana al romper el día,
Avanzaba yo por el límite del bosque,
Cuando como mayo estaba él en su orgullo¹²

Pero este poema de Nicholas Breton, en el cual los amantes que se hallan junto al bosque son súbitamente Filina y Coridon, es menos característico que las fuentes cristalinas, los valles abrasados y las aves del madrigal que son los elementos corrientes de la poesía neopastoral. La metáfora se conserva, en el sentimiento, en la ambigüedad consciente de estos versos de Marlowe:

cinturón de paja y brotes de hiedra,
Con broches de coral y tacos de ámbar¹³

Pero hay un interés más permanente en el modo en que la metáfora neopastoral intenta darse autenticidad en la naturaleza observada. El juego cortesano y la hipérbole del sentimiento han regresado, con algunas pérdidas y algunas ganancias, al paseo campestre. En este momento, más significativamente que cuando la convención neopastoral era un artificio literario total, comienza la indagación más difícil.

Por supuesto, ya había habido cierto tipo de literatura contrapastoral. El laborioso pastor, ya presente en la *Secunda Pastorum* de Towneley, en su papel fi-

gurativo y real en la mencionada Belén, estuvo nuevamente presente en el canto de invierno de *Love's Labour's Lost*. Pero la oposición más corriente era la de Raleigh en relación con Marlowe: la implacable intrusión del tiempo en ese interminable mayo neopastoral:

Pero el tiempo conduce los rebaños del campo al redil,
Cuando los ríos braman y las rocas se cubren de escarcha.²⁴

Si los goces no tuvieran fecha, ni edad ni necesidad, la atracción de lo pastoral sería convincente.

Lo que resulta, pues, interesante es el movimiento hacia el estilo de vida como un todo, más allá del amor romántico y el perpetuo mayo neopastoral: una nueva metáfora, en la campiña inglesa, del más antiguo ideal rural. Ya no hay lugar para las ninfas y los pastores del romance neopastoral en el amor cortesano de los parques y jardines; solo el sosiego, la inocencia, la sencilla plenitud del campo: el retiro metafórico, pero también real. Las imágenes tradicionales, por supuesto, continuaban estando al alcance inmediato de la mano: la Edad de Oro y el Paraíso. Es interesante observar que Michael Drayton, en su poema *To the Virginian Voyage*, sitúa ambas imágenes en una colonia:

Virginia
Único paraíso de la tierra.

Donde la naturaleza tiene su reserva
De aves, venados y peces,
Y el suelo más fértil
Sin que te esfuerces tres cosechas da,
Todas mayores de lo que puedas desear...

...A aquellos que la Edad de Oro
Las leyes de la naturaleza aún le ofrecen,
No tienen más preocupación
Que defenderse
De las iras del invierno
Que allí no mora por mucho tiempo.²⁵

Este tipo de visión llega a convertirse en un lugar común. Hallamos una forma muy pura de ella en un poema anónimo de fines del siglo XVII:

¡Cuán bello fue hecho el mundo al principio!
Antes de que la humanidad, por ambición, lo traicionara.
El feliz zagal en estos campos esmaltados
Posee todo el bien que la plenitud prodiga;

Puro sin mezcla, como en los comienzos surgió
Del gran tesoro del vientre de la naturaleza.
Libre de toda perturbación aquí vive plácidamente,
Satisfecho con el pequeño incremento de su rebaño
Y cubierto por los suaves vientos de la paz.
Ningún temor, ninguna tormenta de guerra, perturban sus pensamientos;
La ambición es ajena a su pecho;
Sus ovejas, su cayado y su flauta es todo lo que atesora.
No necesita más, no codicia nada más.²⁶

Aquí podemos apreciar cómo la sencilla visión de la plenitud natural aparece reabsorbida en una actitud moral con implicaciones sociales: transferida de sus fuentes clásicas a los "campos esmaltados". Y la vida campestre, como ocurre tradicionalmente, es la alternativa inocente a la ambición, la perturbación y la guerra. Hay infinidad de poemas, a veces soñadores, a veces arrebatados. Como vemos en estos versos del poema de Charles Cotton adecuadamente titulado *The Retirement*:

¡Buen Dios! ¡Cuán dulce es todo aquí!
¡Cuán bellos se ven los campos!
¡Cuán limpiamente nos alimentamos y descansamos!
¡Señor, qué buenos momentos nos reservamos!
¡Cuán tranquilamente dormimos!
¡Qué paz! ¡Qué armonía!

Esta es una forma de ese deseo persistente de mantenerse alejado de lo que es considerado "el mundo", o de lo que se concibe —y esto es aún más interesante— como "los demás". El "nosotros" de los primeros versos citados, pasa a ser, al final del poema, "yo":

¡Señor! Si los hombres me dejaran tranquilo,
El más feliz de los mortales
Sentiría yo que soy.

Este mismo tono puede escucharse nuevamente en *The Wish* de Abraham Cowley, en un contraste explícito con "esa gran *colmena*, la ciudad":

¡Oh, fuentes!, ¿cuándo me contemplaré en vuestras aguas,
Libre de pensamientos perturbadores?
¡Oh, campos! ¡Oh, bosques! ¿Cuándo, cuándo llegaré a ser
El feliz inquilino de vuestra sombra?²⁷

Y es, pues, interesante observar la firme inclusión, en lo que hasta cierto punto es una simple ensoñación no localizada, de otra cualidad tomada de la experiencia social y el deseo contemporáneos.

Cowley ve la realización de sí mismo como "el feliz inquilino". Esto se debe en parte a la incorporación de las relaciones sociales y económicas reales dentro de la visión natural, como en el caso del *Pastorall Hymne* de John Hall:

¡Gran Señor! De quien cada árbol recibe
Y luego retribuye como renta, sus hojas.²⁸

Hay un extraño poema de Richard Lovelace, *Elinda's Glove*, en el cual el cumplido romántico se elabora por completo partiendo de este tipo de imaginario:

¡Tú, nevada granja con sus cinco habitaciones!,
Dile a tu blanca ama que aquí estuvo alguien
Que vino a pagar su renta diaria:
Pero ella ha salido a recolectar flores y corazones,
Y te dejó a ti librada a la ruda posesión.

Pero no lamentes la bonita vitrina de *armiño*,
Tu dama de alabastro regresará a casa;
Si no lo hace, lo que el arrendatario pueda allí acomodar,
En los delgados recodos de tu estrecha morada,
¿Deberá ser expulsado por su propia condenación?

Permíteme pues dejar mi renta contigo;
Cinco besos, uno hacia un lugar...²⁹

Aquí, a través de la elaboración del concepto, vemos momentáneamente más de la vida campestre del siglo XVII real que en los poemas de retiro. No obstante, en algunos de los poemas posteriores podemos apreciar una creciente localización en una propiedad social real: la del pequeño terrateniente independiente. Como en el poema de Nahum Tate:

¡Concédeme, indulgente Cielo! Una finca rural,
Antes insignificante que vasta.³⁰

O en el de Pomfret:

Quisiera tener una clara y suficiente propiedad,
De la cual pudiera vivir galanamente, pero no con grandeza;
[que me diera] Tanto como lo que moderadamente puedo gastar.
A veces un poco más, para complacer a algún amigo.
No deberían los hijos de la pobreza afligirse tanto
Por su fortuna, deberían probar la mía.

O la versión incondicional de las odas de Horacio de Pope:

Feliz el hombre cuyo deseo y cuidado
Unos pocos acres paternos mantienen unidos
Satisfecho de respirar el aire nativo
En su propio terruño.

A cuyas manadas no les falta la leche, ni a sus campos el pan;
Cuyos rebaños le proveen el vestido,
Y sus árboles le ofrecen sombra en verano y fuego en invierno.³¹

La providencia espontánea de la naturaleza, esa mítica o utópica imagen adquiere ahora, significativamente, una dimensión social: una "propiedad clara y suficiente", bien provista de ayuda contratada. Como se ve en este fragmento de Matthew Green:

Una granja a unas veinte millas de la ciudad.
Pequeña, estrecha, saludable y mía:
Dos doncellas, que nunca vieron la ciudad,
Un sirviente que no sea un completo patán,
Un zagal que ayude en la siega
Y conduzca mientras otro sostiene el arado...³²

Cuando la realidad económica aparece, queda reabsorbida en la visión natural:

Y pueda mi humilde morada establecerse
En alguna pequeña parcela escogida...
Que dé cabida a una multitud emplumada
Que paga su renta completa con una canción.³³

En este interesante desarrollo, lo que observamos es la conversión de lo pastoral convencional en un sueño localizado y luego, cada vez más, a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII, en lo que puede considerarse una descripción y, a partir de allí, una idealización de la auténtica vida campestre inglesa y sus relaciones sociales y económicas. Es precisamente contra esto, así como contra las ingenuidades convencionales de la literatura neopastoral, que Crabbe eleva su queja.

IV

Pues no se trata de distinguir solamente lo pastoral formal de lo informal, dos formas que, como ya lo mencioné antes, se pueden reconocer muy fácilmente. Aparece otra cuestión más difícil en algunos importantes poemas que habitualmente fueron interpretados como descripciones de una economía rural real: una

base social existente que justificaba la paz e inocencia perpetuas del sueño neopastoral. Estos son los poemas de las casas solariegas, que Cowley celebró como una parte de la naturaleza en *Solitude*:

¡Salve! antiguos árboles patricios, grandes y buenos.
¡Salve! el plebeyo sotobosque,
Donde las poéticas aves se regocijan
Y pagan sus plácidos nidos y su abundante alimento
Con su agradecida voz.

¡Salve! De las pobres musas la más rica de las moradas,
Las casas solariegas y de retiro,
Que los felices dioses tanto aman,
Y por vosotras abandonan tantas veces
Su brillante y grandiosa metrópolis.

Aquí el bosque, las aves, los poetas y los dioses se presentan literalmente (la imagen es tan acabada) como la estructura social —el orden natural— de la Inglaterra del siglo XVII. Es interesante comparar esta visión con la de Fanshawe, que escribe directamente de la situación real de 1630, cuando se le ordena a la pequeña aristocracia que regrese a sus propiedades. Lo que él ve es:³⁴

Una isla bendita:
Que nadaba en un mar de plenitud
Y donde las tórtolas cantaban en todas las ramas.
Un refugio seguro contra lo que pudiera venir,
Como el nuestro es ahora.

Esta es la imagen familiar de un campo sonriente.

No obstante nosotros, como si hubiera allí un enemigo,
Abandonamos los repudiados campos a los patanes,
Y nos ponemos a salvo, por así decirlo,
En ciudades amuralladas.

De modo que deben regresar:

La savia y la sangre de la tierra, que huyeron
A las raíces y sofocaron el corazón,
Recibieron órdenes de diseminar su acelerado poder
Por todas partes.

Es la imagen que Milton desplegó más generosamente, asociándola con la imagen de la cultura como crecimiento natural, en su apelación a una educación

nacional: “comunicando el calor natural del gobierno y la cultura de manera más distributiva a todos los confines, que ahora están entumecidos y descuidados”.³⁵ Fanshawe, en su regreso, anticipa la formación de otro Virgilio (esa referencia era dominante), pero su llamamiento es más directo:

No permitir que la inquina de los aristócratas se instale
En aquellos lugares donde ellos se hacen grandes.

Es un modo de ver la crisis de la Inglaterra rural del siglo XVII, pero también nos recuerda que “la brillante y grandiosa metrópolis” de Cowley no se abandonaba tan frecuente ni tan naturalmente.

Sin embargo, en el centro de la estructura de sentimiento que aquí está en cuestión —una relación entre las casas solariegas y una civilización responsable— están los poemas dedicados a sitios y hombres reales: particularmente los poemas *To Penshurst* y *To Sir Robert Wroth* de Ben Jonson³⁶ y *To Saxham* de Thomas Carew. Estos no son, en un sentido simplista, pastorales o neopastorales, pero dan una versión particular de la vida campestre como un modo de expresar, en la forma de un cumplido a la casa o a su propietario, ciertos valores sociales o morales.

¡Cuán bendito eres tú, que puedes aficionarte al campo, Wroth!
Ya sea por elección, ya sea por destino, ya sea por ambas cosas;
Y, aunque tan próximo estás de la ciudad y la corte,
No te dejas teñir ni por el vicio ni por el juego.

La vida de un caballero rural se celebra, pues, como un contraste explícito con la vida de la corte y de la ciudad. Las figuras del abogado o el capitalista de la ciudad y el cortesano se presentan con la finalidad de señalar un aspecto moral.

En la economía rural de Wroth, a medida que el poema avanza y

la raíz del pueblo rural llega en tropel

se advierte un énfasis en la ausencia de orgullo, codicia y cálculo. Y luego Jonson puede volverse, positivamente, para identificar y localizar la convención pastoral:

Tal, y no otra, era esa época antigua,
que se enorgullece de haber tenido la cabeza de oro.

Pero, ¿es realmente así más allá del límite del cumplido? La visión neopastoral, ¿había adquirido una base social en una mansión campestre Tudor? Algunos críticos consideraron que era en verdad así, pero la complejidad de *To Penshurst*

debería en todo caso hacernos reflexionar. Porque lo más notable de este poema, en cualquier lectura abierta que se haga de él, es el procedimiento de definir mediante negativas:

No fuiste construida, Penshurst, para mostrar envidia
 Por el estilo o el mármol; ni puedes enorgullecerte de una hilera
 De lustrosas columnas o de un techo de oro:
 No tienes ninguna linterna donde sentarse a narrar historias;
 Ni corceles, ni patios; pero mantienes en pie un antiguo pilote,
 Y éstos envidiados, reciben mientras tanto reverencias...
 ...Y aunque tus muros son de piedra del campo,
 Se erigieron sin la ruina de ningún hombre, sobre el terreno de ningún hombre,
 Nadie que more en los alrededores, desea ver su caída...
 ...Ahora, Penshurst, hay quienes te compararán con otros edificios,
 Cuando vean aquellas orgullosas y ambiciosas pilas, y nada más,
 Quizás digan, sus señores la construyeron, pero tu señor te habita.³⁷

Esta declaración mediante la negativa y el contraste, no ya en relación con la ciudad y la corte sino en relación con otras casas solariegas, basta por sí misma para recordarnos que no podemos hacer una simple extensión de Penshurst a toda la civilización rural. Las fuerzas del orgullo, la codicia y el cálculo están evidentemente activas entre los terratenientes, tanto como lo están entre los comerciantes de la ciudad y los cortesanos. Lo que se celebra es, pues, una idea de la sociedad rural, como contraposición a las presiones de una nueva era; y la encarnación de esta idea es la casa en la cual ha sido recibido Jonson.

Y aquí es donde resulta particularmente adecuada la comparación con el poema *To Saxham* de Carew.³⁸ Pues da la casualidad que también allí observamos una definición a través de las negaciones, aunque esta vez la casa sea diferente:

Tú no tienes lacayo a tu puerta
 Que examine o envíe de regreso a los pobres;
 No hay cerrojos ni pestillos; tus puertas solo fueron
 Construidas para permitir la entrada de los extraños.

O aún más sutilmente:

El aire frío y helado habría hecho morir de hambre
 A muchos más pobres, si tú no los hubieras preservado;
 Cuyas plegarias hicieron bendecir tu mesa
 Con una plenitud, muy superior a las demás.³⁹

La isla de caridad es la casa donde el poeta mismo come; pero el hecho de que sea una isla, en una economía que en otros ámbitos es severa, llega a ser el núcleo de los cumplidos sucesivos.

No hay necesidad de negarles a Jonson y Carew la cortesía de sus afortunadas excepciones: sus Penshurst y Saxham "se erigían", a diferencia de otras fincas, "sin la ruina de ningún hombre, sobre el terreno de ningún hombre"; sin que nadie "que more en los alrededores" descara "su caída". No necesariamente debemos dudar de que existieran tales casas y tales hombres, pero constituían, en el mejor de los casos, el ejercicio amable de un poder que en otras partes era, como lo muestran estas mismas descripciones, mezquino y brutal. La moralidad no es, cuando la observamos atentamente, el fruto de la economía; es una situación local y un principio contra aquella economía.

Por supuesto, está claro que en cada uno de los poemas, aunque de manera más potente y convincente en Jonson, el orden social se considera como parte de un orden más amplio: lo que ahora a veces se conoce como un orden natural, con sanciones metafísicas. Ciertamente nada es más notable que el énfasis puesto en la providencia de la naturaleza, pero esta; si lo reflexionamos, tiene dos caras. ¿Qué tipo de entendimiento es exactamente —porque debe tratarse de entendimiento; los tradicionalistas más ardientes difícilmente pretenderían hacerlo objeto de observación— el que hace que las aves y otras criaturas se ofrezcan para ser comidas? La heredad de Penshurst, como la ve Jonson:

Se brinda para tu mesa abierta coronar
 El faisán púrpura de flancos moteados:
 La perdiz pinta habita en todo campo,
 Y, para tu cena, está dispuesta a dejarse matar.⁴⁰

Carew amplía esta misma hipérbole:

El faisán, las perdices y la alondra
 Volaron a mi hogar, como hacia el arca.
 El dispuesto buey vino junto con el cordero,
 Por sí mismo al matadero,
 Y cada bestia se llegó hasta allí para ofrendarse.
 El escamoso cardumen mayor placer obtenía
 Bañado en la fuente que en el arroyo.⁴¹

En realidad el entendimiento depende, en tales pasajes, de un punto de vista compartido y consciente acerca de la naturaleza. El conocimiento de la hipérbole está presente —es en verdad lo convencional de esta convención literaria—, y aparece verificado y ratificado, en cualquier visión más amplia, por una conciencia común. En un nivel, esta es una ética de consumo feliz y espontáneo que se hace manifiesta a través de la organización de los poemas alrededor del carácter central que adquiere la mesa servida. Sin embargo, la posible tosquedad de este recurso, como se advierte en el caso de Carew (una voluntaria abundancia

de hipérbole, presente también en muchos poemas de caballería, como la conciencia de un punto de vista alternativo, hace imposible la enunciación simple), aparece modificada en Jonson por cierto *pathos*, un conocimiento consciente de su situación:

Y yo no desfallezco por sentarme (como lo hacen algunos, en estos días,
A la mesa de los grandes señores) y todavía ceno afuera.
Aquí nadie cuenta mis copas,
ni ningún lacayo, de pie junto a mí, envidia mi glotonería,
Sino que me da lo que pido y me deja comer.

Es difícil no advertir el sentimiento de alivio. En realidad hay más de un indicio, en el tono general de este comer y beber hospitalarios, de esa comodidad, de esa explotación insaciable de la tierra y sus criaturas —un prolongado deleite en una producción y un consumo organizados y corporativos— que es la base de muchas fases tempranas de la agricultura intensiva: la tierra es rica y hay que hacerla rendir. Pero se hace pues más difícil hablar, de una manera simple, de un “orden natural”, como si este fuera el hombre en armonía con la naturaleza. Por el contrario: este orden natural se dirige simple y decididamente hacia la mesa.

Por supuesto, tanto en la obra poética de Jonson como en la de Carew, aunque una vez más de manera más convincente en la de Jonson, esta visión de la providencia de la naturaleza está vinculada a una participación humana: todos son bienvenidos, hasta los pobres, a recibir alimento en esta mesa. Y es el énfasis puesto en este aspecto, más que cualquier otra cosa, lo que ha sustentado la idea de una civilización responsable, en la cual los hombres cuidan de los demás directa y personalmente, antes que a través de las abstracciones de una sociedad más compleja y más comercial. Se nos ha dicho que este es el orden natural de responsabilidad, buena vecindad y caridad: palabras que ahora no comprendemos claramente, puesto que la Antigua Inglaterra ya no existe.

Evidentemente uno advierte lo que esto significaba y, como una primera aproximación, un impulso simple, es una visión benévola. Pero la tradición cristiana de la caridad es débil precisamente en este punto. Porque se trata solamente de una caridad de consumo, como lo señaló en primer lugar Rosa Luxemburgo:

Los proletarios romanos no vivían de su trabajo, sino de las limosnas que el gobierno distribuía. De modo que las demandas de los cristianos de una propiedad colectiva no se relacionaron con los medios de producción, sino con los medios de consumo.⁴²

Y luego, como sostuvo Adrian Cunningham,⁴³ esta versión de la caridad —de relaciones generosas entre los hombres expresadas como una comunidad de consumo, cuyas imágenes naturales eran la mesa cristiana y el pan compartido, y cuyo consumo social era el banquete— se había prolongado en períodos y sociedades

en los cuales llegó a ser periférica y hasta perjudicial. Una caridad de producción —de relaciones generosas entre hombres que en verdad trabajaban y producían lo que finalmente, y en las proporciones que fueran, sería compartido— fue dejada de lado, inadvertida y a veces suprimida, por esta referencia habitual a la caridad de consumo, una comunión del alimento y la bebida que luego, aplicada a las sociedades trabajadoras corrientes, se convirtió inevitablemente en una mistificación. Pronto se supuso que toda falta de caridad existente podía redimirse en virtud de la caridad del consecuente banquete. En el complejo conjunto de sentimiento y referencia derivado de esta tradición es mucho más importante, además, que el nombre del dios y el nombre del amo son, significativamente, uno: nuestro Señor.

No obstante, cualquier mistificación requiere un esfuerzo. El mundo de Penshurst o de Saxham puede entenderse como una economía moral solo en virtud de una selección y un énfasis conscientes. Y esto es precisamente lo que advertimos: no solo en la lectura crítica a la que me he referido, sino en los poemas mismos de Jonson y Carew. Por supuesto, había razones sociales para ver las cosas de este modo: la identificación de los escritores, como huéspedes, con la posición social de sus anfitriones que consumían lo que otros habían producido. Pero una imagen tradicional, que ya se estaba haciendo complicada, era un soporte poético indispensable. No se trata solamente de la Edad de Oro, como en el poema dedicado por Jonson a Sir Robert Wroth, aunque Penshurst, en su primera descripción positiva, es vista a través de la literatura clásica: los bosques de Kent incluyen dríades, a Pan y a Baco y las pródigas deidades de la caridad son penates. No obstante, más profundamente, en una asociación convencional de lo cristiano y el mito clásico, la tierra providente es contemplada como el Edén. Este campo en el que todas las cosas se le ofrecen naturalmente al hombre para su uso y su goce, sin requerir ningún esfuerzo de su parte, es ese Paraíso:

La primera cereza, con la última ciruela,
El higo, la uva, el membrillo, cada uno a su tiempo llega:
El ruborizado damasco y el aterciopelado melocotón
Penden en muros que todo niño puede alcanzar.⁴⁴

Salvo que no es visto como el Paraíso; es visto como Penshurst, un orden natural gobernado por un señor y una señora que son sus propietarios. La manipulación es evidente cuando recordamos los versos de algún modo similares de Marvell en *The Garden*:

La nectarina y el curioso melocotón
Hasta mis manos se inclinan;
Trozando con los melones, al pasar,
Enredado en la trampa de flores, caigo sobre el césped.⁴⁵

Aquí el gozo de lo que parece una magnificencia natural, un sentimiento de paraíso en el jardín, se expone a otro tipo de consideración: el consumo fácil ocurre antes de la caída. Y podemos pues recordar que la principal consecuencia de la caída del paraíso fue que en lugar de tomar cómodamente lo que se desea de una naturaleza que todo lo provee, el hombre tuvo que ganarse el pan con el sudor de su frente; es decir, se determinó que sufriera, como destino común, la maldición del trabajo. Lo que en realidad se da en las celebraciones de un orden rural que hacen Jonson y Carew es una supresión precisamente de esa maldición, mediante el poder del arte: una recreación mágica de lo que puede entenderse como una generosidad natural y luego una caridad espontánea; y ambas contribuyen a ratificar y a bendecir al terrateniente rural o, mediante una reificación característica, su casa. Con todo, esta supresión mágica de la maldición del trabajo se logra mediante la simple eliminación de la existencia de los trabajadores. Los hombres y mujeres reales que crían animales y los conducen a la casa, los matan y los preparan para la cena; que cazan faisanes y perdices y capturan peces; quienes plantan, abonan, podan y cosechan los árboles frutales, no están presentes. Un orden natural se ocupa de hacerles el trabajo. Cuando finalmente aparecen, es meramente como "la raíz del pueblo rural" o, de manera aún más sencilla, como "los muy pobres", y lo que se nos muestra luego es la caridad y la falta de superioridad con la que se les brinda aquello que, ahora y de algún modo, no ellos, sino el orden natural, ofrece como alimento, en las manos del señor. Es esta condición, este conjunto de relaciones, lo que finalmente queda ratificado en virtud del consumo durante el banquete. Vale la pena echar una breve mirada en este sentido a esta tardía descripción de un banquete campestre que hace uno de los labradores, Stephen Duck, a fines de la década de 1720:

Una mesa pródigamente extendida encontramos,
Y jarras de chispeante cerveza para alegrar el espíritu,
Que él, demasiado generoso, ofreció a cada uno con tanto entusiasmo,
Que creímos que ya no habría más tareas que cumplir, a pesar de lo pasado.
Pero la mañana siguiente pronto reveló el engaño,
Cuando los mismos trabajos debimos repetir;
A los mismos graneros debimos regresar,
Para dar cabida allí al trigo del año siguiente.⁴⁶

Es esta conexión entre el banquete y el trabajo lo que, significativamente, oscurecen las imágenes previas, ofreciendo el momento pasajero en el cual todos podrían olvidar las labores y consentir "el engaño", al que toman como "natural" y permanente. Es este modo de ver las cosas lo que en verdad importa. Jonson mira más allá de los campos de Penshurst y ve, no el trabajo, sino una tierra que produce por sí misma. Carew, característicamente, ni siquiera mira:

A pesar del hielo y la nieve, vista desde mi mirada,
Esa belleza que sin puertas se extiende...
...Con todo, tú (Saxham), puertas adentro
Eres tan delicada,
Tan plena de dulzuras nativas, que bendices
Tu techo con felicidad interior;
Como si de tu reserva
El invierno nada pudiera tomar ni la primavera agregar más.⁴⁷

De modo que aquí, en la mistificación cortés, se suprime u oscurece, no solo el trabajo, sino hasta el producto variable de las estaciones, una munificencia inata: "las dulzuras nativas". Llamar a esto "orden natural" es un abuso del lenguaje. Y eso son los poemas: no un reflejo de la vida campestre, sino un cumplido social; las hipérboles familiares de la aristocracia y sus acompañantes.

El orden social dentro del cual adquirió forma convencional la poesía de Jonson y de Carew fue en realidad descrito directamente en otro tipo de poema campestre, del cual *The Hock-Cart* (1648) de Herrick es un buen ejemplo. Aquí se reconoce la realidad del trabajo:

Llegan los hijos del verano, por cuyos esfuerzos
Somos los señores del vino y el aceite:
Por cuyas duras labores y ásperas manos
Desgarramos primero nuestras tierras y luego recolectamos.
Coronados con las espigas de trigo llegan ahora a casa
Y con sus flautas cantan a la cosecha.⁴⁸

Pero este es ese tipo especial de canción al trabajo, dirigida al trabajo de los demás. Cuando la cosecha ha sido llevada a la casa, el poema continúa:

Adelantao, mi señor, y ved el carro.

Este señor es (como se ve en la dedicatoria) el "muy honorable Lord Mildmay, conde de Westmorland", y Herrick se sitúa entre el señor y los labradores para manifestar explícitamente las relaciones sociales dominantes (lo cual había estado implícito y mistificado en Jonson y en Carew). Los labriegos han de beber a la salud del señor conde y luego recordar que deben regresar todos al trabajo, como los animales:

Debéis volver a llamar
Al paciente buey hacia el yugo
Y todos regresar al arado
Y la grada (aunque ahora estén colgados)
Y, debéis saber, que la palabra de vuestro señor es la verdad,

Raymond Williams

Alimentarlo debéis, su alimento os nutre.
Y que este placer es como la lluvia,
No fue enviado para ahogar vuestras penas,
Sino para hacerlas renacer.⁹⁹

Este tipo de manejo de los hombres, temprano y jovial, que utiliza las metáforas de la lluvia y el renacer primaveral para ver hasta en el acto de beber una forma de tener más trabajo (y más dolor) resulta crudo en el sentimiento. Pero lo que allí estaba en la superficie:

Alimentarlo debéis, su alimento os nutre

es la dolorosa paradoja que aparece implícita en las primeras imágenes de la abundancia natural. Quizás no sea sorprendente que *The Hock-Cart* se cite con menos frecuencia como ejemplo de una economía natural y moral que *Penshurst* o *To Saxham*. No obstante, lo que está principalmente en cuestión es el grado de conciencia del proceso real. Lo que Herrick entona con cierto embarazo es la situación en la que Jonson y Carew ofician de mediadores. Es un orden social y un consecuente modo de ver que ahora difícilmente olvidemos.

4. Edades de oro

Pero aún hay una crisis de perspectiva. Cuando retrocedemos en el tiempo y nos dirigimos consecuentemente hacia una Inglaterra rural anterior y más feliz, no podemos hallar ningún lugar, ningún período, en el cual podamos en verdad reposar.

Sin embargo, la referencia retrospectiva tiene su propia lógica. Si tomamos un período suficientemente prolongado, nos resulta fácil advertir una transformación fundamental de la vida campestre inglesa. Pero el cambio es tan extendido y tan complicado —sin contar las importantes variaciones regionales—, que parecería no haber ningún punto en el cual pudiéramos distinguir con toda claridad lo que sería adecuado llamar una división de épocas. En todas partes las historias detalladas indican que muchas formas antiguas, muchas prácticas antiguas y muchos modos antiguos de sentir sobrevivieron en períodos en los cuales la dirección general de un nuevo desarrollo era clara y decisiva. Y entonces lo que parece ser un orden antiguo, una sociedad “tradicional”, continúa apareciendo, reapareciendo, en fechas desconcertantemente diversas: en la práctica aparece, como una idea, hasta cierto punto basada en la experiencia, en comparación con la cual puede medirse el cambio contemporáneo. La estructura de sentimiento en cuyo interior debe entenderse esta referencia retrospectiva no es, pues, primariamente una cuestión de explicación y análisis histórico. Lo verdaderamente significativo es este tipo particular de reacción a la realidad del cambio, y ello tiene causas sociales más auténticas y más interesantes.

Así es que en los poemas que hemos estado examinando no hay una referencia histórica evocadora. Lo que encontramos en cambio es una idealización de los valores feudales y posfeudales inmediatos, de un orden basado en relaciones sociales y económicas arraigadas y recíprocas de un tipo manifiestamente absoluto. Por lo tanto, es importante que los poemas coincidan, en el tiempo, con un período durante el cual otro orden —el de la agricultura capitalista— estaba sentan-

do con éxito sus bases. Porque detrás de esa coincidencia hay un conflicto de valores que continúa siendo crucial. Estas celebraciones de un orden feudal o aristocrático:

Y, debéis saber, que la palabra de vuestro señor es la verdad,
Alimentarlo debéis, su alimento os nutre¹

fueron ampliamente empleadas, en una retrospectiva idealista, como una crítica al capitalismo. El énfasis puesto en el compromiso, en la caridad, en las puertas abiertas al vecino necesitado se suele utilizar, en una familiar corriente del radicalismo retrospectivo, como contraste en relación con el avance capitalista, la reducción utilitaria de todas las relaciones sociales a un riguroso orden pecuniario.

Esto conduce a una crisis evidente de los valores de nuestro propio mundo. Porque ese radicalismo retrospectivo, contra la crudeza y la estrechez de un nuevo orden pecuniario, se concibe a menudo como un enfoque al servicio de la crítica contra el capitalismo de nuestros días, como una perspectiva que implica sentimientos humanitarios y que habitualmente los asocia con un mundo precapitalista y, por consiguiente, irrecuperable. Necesariamente la crítica social se dirige pues hacia el mundo más seguro del pasado: hacia un mundo de libros y recuerdos, en el que los eruditos pueden ser humanitarios en el plano profesional, pero en su propio mundo real están aislados o bien son indiferentes. Pero también, y esto es más importante, esta crítica del capitalismo conlleva valores sociales que, si llegan a ser activos, inmediatamente se elevan en defensa de ciertos tipos de orden, ciertas jerarquías sociales y ciertas estabildades morales, que tienen una resonancia feudal pero también una aplicación contemporánea más relevante y más peligrosa. En los movimientos intelectuales del siglo XX, algunas de estas virtudes "rurales" abandonan el campo para convertirse en la carta de legitimación de una reacción social explícita: en defensa de la composición de la propiedad tradicional o como un movimiento ofensivo contra la democracia en nombre de la sangre y el suelo.

Con todo, muchos retroceden antes de llegar a estos extremos. En Gran Bretaña es fácilmente identificable un radicalismo intelectual rural precario pero persistente: genuina y activamente hostil al industrialismo y el capitalismo; opuesto al mercantilismo y a la explotación del medio ambiente, claramente ligado a las formas de vida, los sentimientos, la literatura y las tradiciones del campo. Pero lo esencial de la decisión, en cualquiera de tales sentimientos, reside en la naturaleza de la transición capitalista. Como ocurre con todo tipo de radicalismo, llega el momento en que cualquier crítica del presente debe elegir su orientación, entre el pasado y el futuro. Y si elegimos el pasado, como ocurre hoy con tanta frecuencia y tan profundamente, debemos impulsar la discusión hasta las raíces mismas que se están defendiendo, dirigir la atención hacia la condición del ser humano en

aquella economía natural, aquella economía moral, en la sociedad orgánica, de la cual han sido tomados los valores críticos.

Y aquí aparece la primera complicación. Los rivales más manifiestos de esta posición son ciertos intelectuales metropolitanos de un tipo igualmente identificable. Y no me refiero únicamente a ese gente que nunca conoció un núcleo rural y cuya ignorancia puede determinarse simplemente por ese hecho, sino también a aquellos que heredaron, de fuentes muy diversas, un antiguo desprecio por el campesino, la gente cerril, el patán rural; y utilizan pues como moneda corriente el tesoro acumulado de imitaciones tendenciosas y pantomimas aceptadas, muy distantes de la vida auténticamente rural; la leche y la paja, los animales y el estiércol como el pie fácil para la parodia y la risa. Y debería dejárselos entregados a sus diversiones si no son capaces de incluir o superponer algunas posiciones más serias. ¿Cuántos socialistas, por ejemplo, se negaron a recoger esa arraigada frase de archivo sobre la "imbecilidad de la vida rural"? Hasta hace muy poco, en realidad hasta que estallaran las revoluciones socialistas campesinas de China y de Cuba, este reflejo era habitual entre los socialistas metropolitanos de Europa. Y detrás de ese reflejo, permanentemente, había una posición más grave, cercana al núcleo de la discusión histórica. Porque desde la época de Marx llegó a ser un lugar común hablar, en ciertos contextos, del carácter progresista del capitalismo y, dentro de él, del urbanismo y la modernización social.² Las grandes acusaciones que se le hicieron al capitalismo y a su largo registro de miseria en fábricas y ciudades coexistieron, dentro de cierto esquema histórico, con este uso repetido del término "progresista" como un adjetivo positivo para calificar los mismos eventos. Oímos una y otra vez esta respuesta enérgica, impaciente y, como suele decirse, realista: para la eficiencia productiva, nada mejor que las fuerzas recién liberadas del avance capitalista; una condena y una idealización simultáneas del capitalismo en sus formas específicas del desarrollo urbano e industrial; una celebración irreflexiva del dominio —el poder, el rendimiento, la producción, la dominación de la naturaleza por parte del hombre—, como si la explotación de los recursos naturales pudiera separarse de la correspondiente explotación de los hombres. Lo que dicen es, condena esto, alaba esto; y la fórmula intelectual para describir esta confusión emocional es, quiero suponer, la dialéctica. Lo único que hace falta agregar, como el colmo del desconcierto, es la última observación, la salvedad de que, en cierta etapa —¿es ahora?; fue ayer—, el capitalismo comienza a perder su carácter progresista, y para lograr una mayor eficiencia productiva, para dominar más eficazmente la naturaleza, debe ser reemplazado, suplantado, por el socialismo. Contra esta poderosa tendencia, en la que algunas formas del socialismo ofrecen completar la empresa capitalista, hasta el viejo, triste y retrospectivo radicalismo parece sostener y encarnar una preocupación humanitaria.

Pero al final no puede hacerlo, no puede hacer lo que sugiere. Entre la simple mirada retrospectiva y el simple impulso progresista, hay espacio para una

larga discusión, pero no para el esclarecimiento. Debemos comenzar de un modo diferente: no con las idealizaciones de un orden u otro, sino con la historia, a la cual aquellas responden solo de manera parcial y confusa.

Tomemos en primer término la idealización de una economía "natural" o "moral" de la que tantos han dependido para marcar el contraste con el empuje implacable del nuevo capitalismo. En ella había muy poco de moral o natural. En el sentido técnico más simple, lo que se consideraba una agricultura de subsistencia "natural", aún no afectada por los designios de una economía de mercado, ya es de por sí dudoso y presenta múltiples excepciones; aunque parte de este énfasis pueda aceptarse fácilmente. Pero el orden social dentro del cual se practicaba esta agricultura era tan duro y brutal como cualquier otro que se haya experimentado después. Aun cuando excluyamos las guerras y el bandolerismo a los que estaban habitualmente sujetos los cientos de miles de personas que cultivaban la tierra y criaban animales solo para sufrir saqueos, el incendio de sus viviendas y ser expulsados con las manos atadas, esta economía, incluso en tiempos de paz, era un orden de explotación del tipo más absoluto: la propiedad se ejercía tanto sobre la tierra como sobre los hombres; la mayor parte de los cuales estaban reducidos a trabajar como animales, sometidos por los impuestos obligatorios y el trabajo forzado o eran "comprados y vendidos como las bestias"; "protegidos" por la ley y la costumbre solo como estaban protegidos los animales y las corrientes de agua, para producir más trabajo, más alimentos, más sangre; una economía dirigida, en todas sus relaciones laborales, a una dominación física y económica del estilo más significativamente total. "El rústico, como el sauce, echa brotes para ser mejor podado".¹ Esa máxima del administrador es, en todo sentido esencial, el principio de esta economía "natural" y "moral".

A lo largo de numerosas generaciones los hombres habían estado desmontando bosques para establecer sus poblados y, en los márgenes y a intervalos, siempre habían vivido durante un tiempo de ese modo, con sus correspondientes imperativos y virtudes. Cuando echamos una mirada al pasado, a los primeros tiempos de Gran Bretaña, siempre debemos recordar qué escasa era la población que la habitaba y qué posibilidad había entonces de establecer núcleos rurales próximos entre sí. Las ampliamente diseminadas fincas celtas; las aldeas del período romano, en las inmediaciones de las cuales solo se cultivaba el dos o el tres por ciento de la tierra que se cultiva hoy; la población total del país que en el milenio histórico se elevó desde apenas algo menos del millón de personas a algo más del millón, son todos datos que nos recuerdan desde cuán temprana época podemos considerar que la colonización constituyó una lucha directa con la naturaleza por hacer cultivables terrenos agrestes. Pero esta no es nunca la historia completa. Los poblaciones tribales vivían bajo la presión de la espada y los tributos; los reinos celtas, sajón y escandinavo se constituyeron sobre la base de la invasión general y local. Y la presión que se ejercía sobre los demás habitantes, aun entonces, los obligaba a seguir desplazándose en pos de la conquista o huyendo

de la tierra infértil, el hambre o el terror. O bien, como las elementales estructuras de la defensa local se construían y desarrollaban dentro de un sistema militar, había otro tipo de invasión; una distribución alterada, dentro de dicho sistema, de la autoridad y el deber. Desde adentro y desde afuera se daba ese avance implacable de las bandas armadas, que contaban con sus títulos de grandeza, sus dignidades y sus baronías, avance destinado a alimentarse de las cosechas de otros hombres. Y las bandas armadas llegaron a constituir órdenes sociales y naturales, bendecidos por sus dioses y sus iglesias, órdenes cuya base piramidal fue, durante unos cuantos siglos, el labrador, el ser humano y natural que a veces encontraba un espacio para vivir, un área fija para trabajar y que con harta frecuencia era despojado de ella, pero que, en todo caso, desgarraba la tierra y se desgarraba a sí mismo para sostener esta estructura social cada vez más dominante, estructura cuyo punto culminante podríamos situar en el "orden" medieval de los normandos y más tarde en el ascenso de los reyes ingleses: una explotación más completa, por estar mejor organizada y más extendida, bajo el lema "Alimentarlo debéis".

Solo tenemos un interrogante auténtico. ¿Dónde nos situamos nosotros? ¿Con quién nos identificamos cuando leemos las quejas sobre los tumultos que sobrevinieron cuando este orden, a su vez, se quebró? ¿Nos identificamos con los siervos, los colonos, los campesinos fronterizos, los aldeanos? ¿O con el orden abstracto para el cual, a través de sucesivas generaciones, cientos de miles de hombres solo fueron instrumentos? Y suponiendo que pudiéramos tomar esta decisión adecuadamente —aunque el historiador que realmente se sitúa junto a la mayoría de los hombres e intenta ver el mundo como ellos lo experimentaban es siempre improbable—, ¿dónde nos identificamos, a medida que el orden evoluciona en nuevos tipos de orden?

Esto depende, en parte, de cómo se describa la ruptura. Convencionalmente, a menudo se la remonta a los tiempos de la Muerte Negra, cuando, en una sola generación, murieron más de un millón de personas y muchos poblados fueron abandonados. Brotes sucesivos de la peste habían reducido la presión de una población creciente sobre una extendida tierra de cultivo, y las relaciones sociales entre los señores, los arrendatarios y los labradores se habían alterado en consecuencia. Pero, dentro del orden mismo, había fuerzas que en todo caso impulsaban el cambio. Una de ellas era el crecimiento de las ciudades y los monasterios: frecuentemente fundados por señores feudales, pero que desarrollaban nuevos y complicados conceptos y relaciones sociales y económicas. Otra era la tarea de desmontar las zonas boscosas con el fin de aprovechar la madera, de obtener combustible y de contar con más pasturas; además, ese impulso por aumentar las praderas de pastoreo, alentado por el creciente comercio de lanas, llevó a privatizar grandes terrenos, a destruir muchas aldeas cultivables y a la rápida aparición de nuevos tipos de terratenientes. Tomada en su conjunto, esta no es una historia de decadencia, en relación con el orden medieval, sino la historia de un cre-

cimiento vigoroso, a menudo brutalmente vigoroso. La supresión de los monasterios liberó grandes parcelas de tierra para que se consolidaran nuevos tipos de propiedades. Hasta la guerra civil, hubo cierta resistencia oficial a vender en masa los grandes terrenos y estas nuevas propiedades, pero con la Restauración tomó finalmente el control el gobierno de esos nuevos señores de la tierra. Esto marcó el establecimiento decisivo de un nuevo orden que había estado evolucionando durante por lo menos dos siglos: un orden que ya estaba físicamente presente en las grandes propiedades pastorales y en las mansiones campestres reconstruidas, especialmente las "casas solariegas" que, desde el comienzo del siglo XVI, habían ido reemplazando a los castillos y las fortalezas, y que, como ya hemos visto, habrían de ser los centros visibles del nuevo sistema social. Finalmente estaba plenamente asentado, en un país más próspero y poblado, un orden más fijo y centralizado. Siguiendo la suerte corrida por los intereses dominantes a lo largo de estos siglos, advertimos que se trata de una historia de crecimiento y logros, pero, para la mayor parte de los hombres, solo se trató de la sustitución de una forma de dominación por otra: el orden feudal mistificado fue reemplazado por un orden capitalista agrario igualmente mistificado, con la suficiente continuidad en los títulos y en los símbolos de autoridad, en las sucesivas composiciones de un "orden natural", como para acentuar la confusión y el control.

Pero entonces el gran problema de la historia rural inglesa es la interminable complicación de las clases intermedias: entre el señor feudal y el siervo; entre el gran terrateniente y los labradores sin tierra contratados. Cualquier descripción simple, del feudalismo mismo o de las sucesivas etapas del capitalismo, subestima la importancia de los grupos intermedios: los hombres libres y algunos de los aldeanos; los dueños de feudos francos y los grandes arrendatarios de tierras; los pequeños propietarios, los granjeros y agricultores menores con derechos al eji-do y a los campos comunes. Los períodos de perturbación incluyen el auge pero también la supresión, las luchas y las divisiones internas de estos grupos intermedios. No obstante, nos basta echar una mirada a la Gran Bretaña rural de nuestros días para ver cómo sobreviven algunas de estas clases intermedias: aún, inevitablemente, bajo graves presiones económicas. Muchos historiadores de la Inglaterra rural, muchos escritores que se basaron en esa experiencia, se identificaron abiertamente con los señores y los propietarios de la tierras. Esta es la posición común de la literatura de imaginación hasta por lo menos el siglo XVIII. Pero, en todos los períodos, también hubo potentes voceros de las clases intermedias: en realidad hubo muchos más de los que tuvo la mayoría real y permanente de los verdaderamente explotados y los desposeídos. Estas identificaciones opuestas, a veces inconscientes, son importantes porque es a la luz de tales versiones que debemos analizar, tanto las reacciones ante la alteración del orden existente, como el mito reiterado de un pasado más feliz y más natural.

Un dato interesante es, pues, que el mito del pasado más venturoso fue utilizado, aunque de diferentes maneras, desde cada una de estas posiciones de iden-

tificación. Lo hemos visto ya en Jonson y Carew al servicio del señor: una mistificación de la tierra y las propiedades en versiones poéticas de la Edad de Oro y el Paraíso. Lo que se celebraba en ellas no era exactamente el feudalismo: la propiedad se entiende como algo dado, no tiene orígenes aparentes, como tampoco hay un trabajo visible. Pero Saxham era el producto de los disturbios agrarios: privatizada alrededor de 1500, pasó a manos de la familia Crofts en 1531 y debió su importancia, en la época en que la visitara Carew, a una conexión con la corte: era un lugar privilegiado de descanso en el trayecto hacia las carreras de Newmarket; allí se realizaban, como parte de los entretenimientos, representaciones teatrales con bailes y máscaras que atrajeron a los poetas. Un escenario muy preciso de las relaciones sociales quedó, pues, mistificado por la imagen del señor paternal.

Todo lo que queda hoy de Saxham es, para citar al historiador de su aldea:

un foso en el medio de un campo, un monumento o dos en la iglesia, y una muy pequeña sociedad benéfica.

El autor agrega, reflexionando sobre los doscientos años de aquella familia:

Deberían haber hecho más.

Penshurst, por supuesto, todavía está en pie y aparece en folletos y anuncios, pero comenzó su prominente existencia:

origida sin la ruina de ningún hombre, sobre el terreno de nadie

como un feudo de la corona que había dejado de ocuparse por ejecución y por extinción de los derechos y que luego fue ofrecida por Eduardo VI a William Sidney, tutor y chambelán de la corte, anteriormente administrador de la residencia de Enrique VIII. Medio siglo después, cuando Jonson la visitó, lo que había allí no era en absoluto un orden atemporal. Como Saxham, era un lugar en el que se patrocinaban notablemente las artes, pero como finca rural, continuaba estando en la situación característica del siglo XVI, en la cual el medio más rauda para prosperar era una asociación con la corte. La imagen social oculta, una vez más, un escenario preciso y reciente de las relaciones sociales. El retorno a la hospitalidad, a la fuente regia de la propiedad, tiene sus compromisos internos, así como sus formalidades.

Es esencial recordar el carácter reciente de estas situaciones "tradicionales" cuando se nos pide que adoptemos una posición en relación con los terratenientes evidentemente más nuevos y más especulativos. Penshurst y Saxham, tomados ahora como símbolos del antiguo orden natural, fueron creaciones directas del nuevo orden, como lo fueron todas las "casas solariegas", hayan sido idealizadas o no. Pero, teniendo en cuenta el ambiente general de provecho consoli-

dado y mistificado, era fácil quejarse, con una humanidad aparente, de la cruda rapacidad de los sucesivos hombres nuevos. En comparación con esta naturaleza que, después del don regio, aparentemente producía por sí misma, es fácil sentir la aspereza de las palabras que Jonson pone en boca de Volpone acerca del capitalismo evidente de la época:

...no empleo comercio, no arriesgo nada;
 No hiero la tierra con desgarrante arado, no engordo animales
 Para alimentar los mataderos; no tengo molinos para hacer polvo
 El hierro, el aceite, el grano o los hombres;
 No soplo el sutil cristal; no expongo navíos
 A las amenazas de un mar con el rostro surcado de arrugas.
 No cambio monedas en el banco público,
 Ni practico en privado la usura.⁵

Estas palabras, en realidad, por su abnegación —su posición por encima del carácter hiriente y “demoledor” de la búsqueda corriente y visible de la riqueza—, podrían formar parte del discurso de un amo de Penshurst. Salvo que quien las pronuncia es Volpone, el hombre de confianza, el zorro: una ironía que merece reflexión.

Desde el otro extremo de la sociedad, desde la posición de quienes no tienen tierra y están más expuestos, la idea de una edad de oro parece más difícil de comprender. Pero la diferencia funcional es evidente. Lo que se advierte marcadamente en el uso señorial es una presencia preternatural: una isla mágica y heredada en un mar creciente y despiadado. Para quienes no tienen tierras, comprensiblemente, la privación es más completa. En realidad, esta es vista desde el interior del “orden natural” mismo, y la referencia a un tiempo previo es, pues, más crítica y absoluta:

Cuando Adán cavaba y Eva hilaba,
 ¿Quién era pues el caballero?

Los que carecen de tierras insisten en la larga corrupción y no en la feliz excepción. Ni siquiera la redención a través de Cristo los alcanzó:

Somos hombres formados a semejanza de Cristo y se nos mantiene como a las bestias.⁶

Esa era la declaración de una de las más notables organizaciones de los campesinos pobres, la Gran Sociedad del siglo XIV. No se trata de una mistificación, sino de un desafío planteado en los términos de una creencia religiosa supuestamente compartida. No obstante, detrás de gran parte del sentimiento de los desposeídos, persistió la idea de una época anterior no corrompida que habría de

hallar una desconcertante variedad de adscripciones históricas a medida que pasara el tiempo y que la privación continuara. En el justificado aborrecimiento por cualquier estirpe contemporánea de señores de la tierra y en una época de ignorancia histórica, podía darse una interminable retrospectiva hacia un tiempo previo, anterior a quienes la evocan y anterior a la existencia de cualquier terrateniente, y resulta por completo secundario y arbitrario establecer el nombre o el período correspondiente a esa época anterior. La mirada retrospectiva es aquí una aspiración, porque semejante idea fue tomada no solo del concepto cristiano del Jardín del Edén —el mundo sencillo, natural, anterior a la caída— sino también de una versión de la Edad de Oro que es mucho más que esa naturaleza capaz de producir mágicamente por sí misma. Esta versión se basa en la idea de una comunidad primitiva, un comunismo primitivo. No es en la obra de Hesíodo donde los hombres de la Edad de Oro vivían como dioses. Los orígenes de esta representación parecen ser helenísticos y su forma explícita aparece en Virgilio:

Nadie había trabajado la tierra antes de Júpiter, porque se hubiese considerado sacrilego amojonar los campos y ponerles lindes; se repartía en común el provecho del suelo y la tierra misma se mostraba tanto más generosa cuanto que nadie solicitaba sus frutos.
 (Geórgicas, I)

Aquí hay una fusión entre las ideas de una tierra que produce por sí misma y una comunidad consciente de la propiedad y el propósito. El fragmento puede compararse con la visión que ofrece Lucrecio de los hombres primitivos, incapaces de ver el bien común. Pero la fusión persistió, por lo menos en una tradición, y esta debe distinguirse de la Edad de Oro asocial y mistificada de los usos señoriales: la tierra que produce por sí misma ratificada por su propietario, su señor. Encontramos muchos rastros de la idea comunal en la literatura renacentista. Como pone Spenser, en boca de otro zorro, en *Mother Hubbard's Tale*:

Ni debería llamarse mío o tuyo; tres veces felices
 Eran entonces los mortales.
 Aquella era la edad de oro del viejo Saturno.⁸

O Chapman:

Mío, y tuyo, no se conocían entonces,
 Todo era común: nada maltratado,
 Copiosamente la tierra sus frutos producía.⁹

Esta versión persistente y particular de la Edad de Oro, un mito que obraba como un recuerdo, pudo ser pues empleado por los desposeídos como una aspiración. En las palabras de la Gran Sociedad:

Todo lo que bajo el cielo está debería ser común.

Esta fue una pretensión que continuó expresándose, a través de los excavadores del siglo XVII hasta los Cartistas de la Tierra y los obreros radicales de nuestro propio tiempo. Y siempre se insistió casi desesperadamente en ese pasado más feliz, pero más como un impulso para lograr el cambio que para ratificar la herencia real.

Sin embargo, el empleo más interesante de la idea de una inocencia perdida no procede ni de los señores ni de los desposeídos, sino que nos llega de los cambiantes grupos intermedios. Pues estos eran hombres atrapados (como en las *Églogas* de Virgilio) en sucesivas, pero provisionales, propiedades: eran hombres que alcanzaban un lugar en la inconstante estructura social del país, pero que continuamente sufrían la amenaza de perderlo, de ser arrastrados, como muchos eventualmente lo fueron, al expuesto anonimato de los pobres desposeídos. Tales hombres, que se habían elevado en virtud del cambio, pronto se amargaban ante la posibilidad de cambios renovados o continuos. Lo que decían acerca de los agentes de una nueva fase histórica era una manifestación de auténtica ira, pero lo que también decían acerca de los hombres situados por debajo de su posición —sobre los “labradores ociosos”— hacía que esa ira tuviese dos caras. Esto puede observarse en el incondicional humanismo de Tomás Moro, en su *Utopía*. Su queja contra los nuevos explotadores y los alquileres exorbitantes es dura y clara:

Una de las principales causas de la miseria pública reside en el excesivo número de nobles, zánganos y ociosos que viven del trabajo y el sudor de los demás y no se contentan con eso. Para aumentar sus rentas, exprimen a los colonos que labran sus tierras.¹⁰

La identificación social con los pequeños arrendatarios y contra los ricos propietarios es igualmente evidente:

Así pues, para que uno de esos codiciosos e insaciables devoradores, plaga de su país, pueda encerrar varios millares de acres en un solo cercado, los agricultores se ven privados de sus bienes y compelidos a abandonar sus casas [...], unos por medios violentos y otros por el engaño; los más afortunados se ven obligados a recurrir a la venta de todo lo que poseen [...]¹¹

Este es el modo de expulsar a los pequeños productores, en el proceso familiar de monopolizar y privatizar. Pero a la decadencia de las propiedades pequeñas y de la hospitalidad se unió otra tendencia, denunciada casi de manera igualmente amarga:

A estas causas de miseria añádense luego los lujos inoportunos y la más desenfrenada prodigalidad. No solo los criados de los nobles, sino los artesanos y hasta los campe-

sinos, todas las clases sociales, en fin, muestran un lujo desmedido en sus ropas y no ahorran en gastos en sus comidas.¹²

Esta es la acerba denuncia del pobre ostentoso que se oía en Langland en la época del Estatuto de los Trabajadores y que desde entonces se oyó en casi todas las generaciones. No solo la repetida y lúdica canción a varias voces del rico, sino la angustia más aguda y más feroz del hombre medio, el que se siente inseguro. Los dos planos de la queja, contra el rico especulador y contra el pobre ocioso, se dan cita en el clímax retórico de otro pasaje de *Utopía*:

Poned coto al pernicioso egoísmo de los ricos, impidiendo que lo acaparen y monopolicen todo, con el fin de manejar los negocios a su antojo y según les convenga. Cread manufacturas de lana, resucitad la agricultura y habréis reducido el número de ociosos y dado trabajo a la legión de hombres que la miseria ha conducido al robo.¹³

Lo que equivale a decir: regresemos al trabajo, en nuestros términos, según nuestras condiciones y de nuestro modo, y mientras tanto que Dios nos proteja de la competencia injusta de los monopolios poderosos. El ideal natural es, pues, la recreación de una estirpe de pequeños propietarios, y esto es lo que se proyecta en la isla de Utopía. Una vez más, el mito de un estado primitivo más feliz emplea algunas sugerencias provenientes de los relatos de las economías primitivas vistas por Vesputio y otros en el nuevo mundo. Pero en el paraíso insular la situación distaba mucho de parecerse a una comunidad de bienes. Antes bien, se trataba de una república de pequeños propietarios con leyes que regulaban y protegían, pero que también imponían, el trabajo.

La experiencia social que se esconde tras esta imagen es clara. Un campesinado superior —que se había establecido en el momento de ruptura del orden feudal estricto y que alentaba ideas e ilusiones acerca de la libertad y la independencia adquiridas a través de la experiencia de unas pocas generaciones— estaba sufriendo la presión y la expropiación de los grandes terratenientes, aquellos miembros de esta estirpe de hombres nuevos que habían alcanzado más éxito adaptándose a los cambios del mercado y a las técnicas agrícolas impulsadas por el aumento del comercio de la lana. La protesta moral se basaba pues en una estabilidad provisionaria; como ocurrió una y otra vez en la historia posterior de los lamentos rurales. El planteo es auténtico y conmovedor, aunque en otros sentidos es irreal. Su ideal de un cuidado paternal local y una legislación nacional que protegiera ciertas formas recientes de propiedad y de trabajo parece inspirarse asimismo en un repudio de la arbitrariedad del feudalismo, un profundo rechazo de la nueva arbitrariedad del dinero y un intento de estabilizar un orden transitorio, en el cual los pequeños productores estuvieran protegidos contra las expropiaciones, pero también contra la ociosidad de sus labriegos. Así es como se extrae de la herencia y la ruptura feudal un orden moral que procura imponerse como ideal en

condiciones que son inherentemente inestables. La santidad de la propiedad tiene que coexistir con relaciones de propiedad violentamente cambiantes, y el ideal de caridad, a su vez, debe coexistir con la severidad de las relaciones laborales tanto del antiguo como del nuevo orden. Esta es pues la tercera fuente de donde procede esa idea de una situación pasada ordenada y más feliz en contraposición con la perturbación y el desorden del presente. Tal idealización, basada en una situación temporal y en un profundo deseo de estabilidad, sirvió para encubrir y rehuir las contradicciones ciertas y amargas de la época.

5. *Ciudad y campo*

Con todo, la eventual estructura de sentimiento no se basa solo en la idea de un pasado más feliz. Se inspira además en esa otra idea, asociada a la primera, de inocencia: la inocencia rural de los poemas pastorales, neopastorales y reflexivos. La clave para analizarlos es el contraste de la vida de campo con la de la ciudad y la corte: aquí la naturaleza, allá la vida mundana. Esta oposición se logra, a menudo, con el mero recurso de suprimir el trabajo campestre y las relaciones de poder a través de las cuales se organiza ese trabajo, como ya lo mencionamos anteriormente. Pero en ese contraste hay otros elementos. Los medios de producción agrícola —los campos, los bosques, los cultivos, los animales— son atractivos para el observador, y en muchos sentidos, durante las estaciones benignas, para los hombres que trabajan en ellos o en contacto con ellos. De modo que también pueden emplearse para marcar la disparidad con los centros de intercambio y las casas de los banqueros del mercantilismo, o con las minas, las canteras, los molinos y los establecimientos fabriles de la producción industrial. Este contraste, en muchos sentidos, todavía se mantiene.

Pero en todas partes hay además una separación ideológica entre los procesos de explotación rural, que fueron disueltos, en efecto, dentro de un paisaje, y el registro de esa explotación que se advierte en los tribunales, los mercados del dinero, el poder político y el gasto conspicuo de la ciudad.

El contraste retórico entre la vida de la ciudad y la del campo es en realidad tradicional: Quintiliano lo utiliza como el primer ejemplo de una tesis del linaje; además, las oposiciones convencionales entre codicia e inocencia, situada cada una en su ubicación característica, son lugares comunes en la literatura griega tardía y en la latina. Pero el contraste se cristaliza esencialmente en relación con Roma, hasta el punto de que la ciudad puede llegar a parecer un organismo independiente. En las feroces sátiras de Juvenal observamos un tono que es más que convencional, un catálogo sostenido y explícito de corrupción:

¿Qué puedo hacer yo en Roma? Nunca aprendí a mentir.¹

Esta vida profusa, de adulación y sobornos, de seducción organizada, de ruido y tráfico, de calles inseguras a causa de los ladrones, con sus casas tambaleantes y atestadas y los peligros constantes de incendio, es la ciudad por sí misma: un organismo que se desarrolla a su manera. El retiro al campo o a la costa, desde esta especie de infierno, es, pues, una visión diferente del mero contraste entre el estilo de vida rural y el urbano. Es, por supuesto, la visión de un rentista: el fresco campo al que se aspira no es la finca laboriosa, sino la residencia de los acaudalados. Las virtudes rurales están allí, pero como un recuerdo, como se advierte en la sátira XIV:

Los antiguos campesinos montañeses
Solían entonar sus canciones...
Y contentarse con una humilde cabaña...²

En la ciudad estas virtudes frecuentemente son una falsa nostalgia:

Esa pandilla de Roma que simula
Las virtudes ancestrales del campesino como una fachada de su lascivia.³

Porque la visión es específicamente urbana, aun cuando sea negativa.

En aquellos días, cuando el mundo
Era joven y el cielo aún límpido, los hombres vivían de modo diferente.⁴

Pero en la sátira VI esta referencia convencional al pasado es la referencia a una época

En la que las ventosas cavernas
Eran las únicas viviendas que los hombres tenían, la chimenea y los dioses hogareños,
La familia y el ganado se recluían juntos en la oscuridad⁵

y en las que las mujeres eran "más velludas que sus maridos que vomitaban bellotas". Lo que se idealizaba era, no la economía rural, pasada o presente, sino un feudo franco adquirido en el campo o un "encantador retiro costero" o hasta "una isla a no mucha distancia de la costa". De modo que este no es un sueño rural, sino más bien una aspiración al suburbio, a las afueras. Y es una reacción directa contra la corrupción interna de la ciudad: el auge de los abogados, los comerciantes, los generales, los alcahuetes y los proxenetes; el hedor de la urbe y las utilidades. El ruido y los peligros de la muchedumbre apiñada. En realidad, en la sátira XV lo celebrado es el ideal urbano:

Razón soberana, el impulso de ayudarse mutuamente,
De reunir nuestros grupos diseminados en poblados, abandonar
Los bosques y las selvas donde alguna vez nuestros ancestros hicieron sus hogares;
Construir casas en grupos, dormir profundamente a causa de la
Presencia de nuestros vecinos, aprender la seguridad colectiva...⁶

Y luego se agrega la nota exacta:

Pero hoy hasta las serpientes concuerdan entre sí mejor que los hombres.⁷

Esta potente sátira de una vida urbana corrompida ha ejercido una influencia extraordinaria en la literatura posterior; y ha sido experimentada una y otra vez, sin necesidad de influencia alguna, en muchos sitios y durante muchas generaciones. Pero lo importante es el modo en que se incorporó en el contraste convencional más moderado de los estilos de vida campesino y ciudadano. Roma, después de todo, era un caso especial: una capital imperial, una metrópolis. Esa perversión podría remontarse hasta sus fuentes, en la explotación de cientos de pueblos. Pero su particular y espectacular corrupción llega a ser muy diferente cuando se la incorpora en una versión de las relaciones entre cualquier orden urbano y cualquier orden rural, como un modo de ratificar este último. Este es claramente el momento de la transición ideológica.

Las razones sociales y económicas del crecimiento de las ciudades, el nuevo movimiento urbano de fines de la Edad Media y los poblados posfeudales son aún en alto grado controvertidas. Hay razones para suponer algún crecimiento independiente, como extensión del comercio (Pirenne). Hubo crecimiento en relación con los establecimientos religiosos y los cuarteles militares. También hubo un importante desarrollo de la producción artesanal independiente, con sus propias tendencias a la concentración y a las formas urbanas de control. Pero, directa o indirectamente, la mayor parte de las ciudades parecen haber prosperado como un aspecto del orden agrícola mismo: en un nivel simple como mercados; en un nivel más complejo, reflejando el orden social real, como centros de finanzas, administración y producción secundaria. Había, pues, todo tipo de interacción y tensión, y algunas ciudades desarrollaron cierta autonomía. Pero en el período del que estamos hablando, en los siglos XVI y XVII, cuando ocurrió la transición ideológica, las bases efectivas de la sociedad eran aún la propiedad de la tierra y la consecuente producción rural; y las ciudades, hasta la ciudad capital, estaban funcionalmente relacionadas con ese orden dominante. Una de esas nuevas bases, la de las utilidades mercantiles, estaba en realidad interrumpiendo precisamente esa relación directa. Gran parte del lamento convencional es una expresión de esta precisa interrupción. Pero, cuando leemos las comparaciones abstractas de la virtud rural y la codicia urbana, no deberíamos caer en la tentación de olvidar los vínculos regulares, necesarios y funcionales que existían entre los órdenes sociales y morales cuyo contraste se marcaba tan fácil y convencionalmente.

Así es que en el poema que Jonson dedica a Wroth todos podemos sentir la antítesis que representan el caballero rural y los hombres mundanos de la ciudad. Pero, ¿qué hacen los abogados, la mayor parte del tiempo, sino verificar los derechos a la tierra? Gran parte de lo que circula en los intercambios es el superávit que producen los desestimados trabajadores en su región y, a medida que evoluciona el comercio, también fuera de ella. Además, a medida que el orden pecuniario de la ciudad extiende su importancia, ¿adónde se dirige gran parte del nuevo capital, sino de regreso a la tierra, para intensificar el proceso de explotación? La codicia y el cálculo, tan fáciles de aislar y condenar en la ciudad, retornan, muy claramente, a las mansiones rurales, y a los campos y labriegos que las rodean. Y este es un proceso doble. La explotación del hombre y de la naturaleza que tiene lugar en el campo se convierte en dinero y se concentra en la ciudad. Pero también ocurre que las utilidades de otro tipo que produce la explotación —la riqueza acumulativa del comerciante, el abogado, el favorito de la corte— llegan a introducirse en el campo, como si, pero solo como si, fueran un nuevo fenómeno social. Como se dijo en 1577 acerca de los comerciantes:

Frecuentemente cambian propiedades con los caballeros como los caballeros lo hacen con ellos; por mutua conversión de los unos en los otros.⁸

Esta conversión mutua es el punto esencial. Hay una manera común de entender el proceso social de este período como una especie de infección procedente de la ciudad:

Desde la cual (como si se tratase de cierto rico y fértil semillero) los cortesanos, los abogados y los mercaderes son continuamente trasplantados.

Pues bien, por cierto, Penshurst es precisamente uno de esos casos. Pero un conflicto real de intereses, entre aquellos afincados en el campo y aquellos establecidos en la ciudad, que se redefinía permanentemente en la inconstante economía de la época, puede considerarse la base de una ideología, según la cual un orden inocente y tradicional estaba siendo invadido y destruido por un nuevo orden más implacable.

Los complicados cambios experimentados en la propiedad en todo el período de la disolución del feudalismo son ciertamente evidentes. Los comerciantes y los abogados eran los prototipos más identificables y más aislables de esos hombres nuevos. A mediados del siglo XVI, Robert Crole criticaba el proceso con una referencia inusualmente precisa a ese orden feudal en el cual se esperaba que cada hombre permaneciera cultivando la vocación para la que había nacido:

Si los comerciantes se entrometieran
Únicamente con sus mercancías,

Y dejaran las granjas a aquellos hombres
Que deben vivir de ellas,
Serían pues mucho más respetables.⁹

Sin embargo, esta rigidez de la herencia y la vocación había estado desapareciendo durante por lo menos dos siglos, tanto en el campo como en cualquier otra parte. Es una fantasía grata, pero finalmente una ilusión, suponer que solo eran los comerciantes quienes, como continúa diciendo Crole,

toman las granjas
Para alquilarlas luego
A los hombres que deben tenerlas,
Aunque sea para hacerlos sufrir:
Para imponerles grandes multas
O aumentarles la renta.

Esto ocurría en todas partes. No hacía falta ningún comerciante para enseñarles a los terratenientes cómo hacerlo, según lo vimos ya en las palabras de Tomás Moro. O, una vez más, como lo dice uno de los personajes de Jonson de *El demonio es un asno*:

Vemos tales cambios diariamente: las bellas tierras
Que pertenecían al defendido, son hoy del abogado;
Y aquellas ricas fincas del buen Taylor,
Tuvieron alguna vez más madera que la vara
Que se utilizó para medirlas cuando se hizo su última venta.
La naturaleza odia estas vicisitudes.¹⁰

Ciertamente, las propiedades se perdían por litigios y los abogados se contaban entre quienes sacaban provecho. Pero, cuando se identifica todo el proceso de transformación de la propiedad de la tierra con el advenimiento de este tipo de "intrusos" estamos ante un simple caso de proyección. Tal identificación depende en realidad de una retrospectiva mistificadora. "El buen Taylor" con sus "ricas fincas" es una figura atractiva, pero no debemos suponer, necesariamente, ni más ni menos que en el caso de Penshurst, que su título se remonta al Edén. Aquí es donde la idea de un orden "tradicional" se revela efectivamente equívoca. Porque no hay ninguna inocencia en los propietarios establecidos, en ningún momento particular de la historia, salvo que decidamos ponerla nosotros. En el largo proceso de conquista, hurto, intriga política y cortesana, extorsión y poder del dinero, muy pocos títulos de propiedad podrían resistir una investigación humanitaria. Existe la profunda y persistente ilusión de suponer que el tiempo confiere a tales procesos familiares de adquisición una inocencia que puede luego

señalarse en contraste con la inclemencia de las etapas posteriores de los mismos impulsos esenciales. No es necesario negar los conflictos de intereses que existieron entre los propietarios ya arraigados y los ambiciosos recién llegados, o entre quienes poseían el capital de la tierra y los dueños del nuevo capital mercantil; además se dio, por supuesto, un reflejo político de tales conflictos en la formación de las facciones "del campo", "de la corte" y "de la ciudad". Pero, para el observador del siglo XX, o para cualquier persona medianamente humanitaria, resulta difícil tratar de insertarse, como partidario de cualquiera de ellas, en los complicados celos y resentimientos de ese variable y relativo proceso histórico. Cuando quiera que indagemos detalladamente sus procedimientos, los terratenientes, de nueva o antigua cepa, parecen adecuadamente descritos en las palabras de un moderno historiador de la vida campestre: "una pandilla inclemente". Los "antiguos linajes", a los que nos hemos referido sentimentalmente, por lo general, son solo aquellas familias que habían estado explotando y presionando a sus vecinos durante el tiempo suficiente. Y los "intrusos", los hombres nuevos, estaban incorporándose a un sistema ya establecido e intensificándolo, un sistema que, por sus presiones internas, estaba desarrollando nuevas formas de deprecación. Si debemos ser compasivos con alguien, sería mejor dirigir ese sentimiento humanitario a aquellos hombres desestimados que trabajaban la tierra y la hacían producir, tanto bajo el dominio de los antiguos terratenientes como de los nuevos.

Ese contraste temporal entre el campo y la ciudad es pues importante solo de manera indirecta. Pero el contraste en su conjunto tiene otra dimensión sobre la que conviene hacer hincapié. Evidentemente, una ciudad como lo que sus vecinos del campo cultivan. Y puede hacerlo a cambio de los servicios que ofrece en las esferas de la autoridad política, la ley y el comercio a quienes están a cargo de la explotación rural, con quienes, de modo característico, está ligada orgánicamente en una necesidad mutua de beneficio y poder. Pero luego, en los márgenes, a medida que los procesos de la ciudad llegan a ser, en determinados aspectos, autogeneradores —y especialmente en el curso de la conquista extranjera y el comercio— se establece una nueva base para señalar la oposición entre un "orden" y otro. Los agentes del poder y las utilidades llegan, por así decirlo, a alienarse y en ciertas situaciones políticas pueden hacerse dominantes. Por encima de la explotación entrelazada se desarrolla lo que podría entenderse como una explotación de hecho del campo en su conjunto por parte de la ciudad en su conjunto.

Puesto que la ciudad habitualmente concentra los procesos sociales y económicos reales de la sociedad toda, puede llegarse a un punto en el que su orden y su magnificencia —pero también su fraude y sus lujos— casi parezcan, como en el caso de Roma, alimentarse por sus propios medios; pertenecer a la ciudad y reproducirse allí, como por generación espontánea. Así es como los parásitos se

reúnen alrededor de los servicios reales, como ocurría en los submundos legales y sociales del Londres del siglo XVII. Alrededor de los abogados monopolizadores se reúnen los hombres de confianza y los estafadores profesionales. Alrededor de los comerciantes generadores de beneficios se reúnen los mercachifles, los petulantes, lo manifiestamente fraudulento. Alrededor de la autoridad política se reúnen los informantes, los correveidiles, los amaños y (en la corte más frecuentemente que en ninguna otra parte) las prostitutas; algunos pertenecientes a lo que se llamaba la aristocracia, otros en procura de alcanzar esa condición.

Hubo otro servicio que la ciudad fue suministrando gradualmente, como resultado de los cambios en las leyes de herencia. Para los relativamente diseminados terratenientes, la ciudad se convirtió en un necesario mercado matrimonial (lo que luego se llamó "la temporada social"). Alrededor de este negocio, nuevamente, se reunieron los alcahuetes y proxenetas, así como los acompañantes profesionales, los guardianes de los salones, los libertinos intermediarios y las rameras. Cuando estos diversos submundos quedaron establecidos de manera por completo visible, fue fácil proyectar una imagen del hombre sencillo llegado del campo con su inocencia rural, que se encuentra en tan sorprendente compañía. Indudablemente, había cierta realidad en esta imagen. En la comedia del reinado de Jacobo I —en *New Way to Pay Old Debts* de Massinger o en *A Trick to Catch the Old One* de Middleton—, la vitalidad de estos submundos es evidente y lo que circula y se trama allí tiene que ver con títulos de propiedad y documentos de hipotecas. Además, resulta fácil de apreciar la tosquedad de un Overreach [Advenedizo], un Lucre [Lucro], un Hoard [Acumulador] o un Witgood [Ingenioso], y si tomamos fragmentos de las obras en momentos específicos, es fácil identificarse con los "propietarios legítimos", los buenos e inocentes que recorrieron el camino hacia sus propiedades, sus heredades rurales, a través de las sendas corrompidas de la sociedad urbana. Pero esto, en su nivel corriente, es en realidad una ideología, puesto que lo que nunca se indagó es el pasado y el presente reales de ese orden campestre "arraigado" y "legítimo" de donde provienen.

En el teatro de la Restauración, es habitual mostrar el contraste entre "el campo" y "la ciudad", pero siempre con cierta evidente ambigüedad. Escritas por miembros de la sociedad de moda de la ciudad y destinadas a ellos, las obras se inspiran en los angustiosos sentimientos de rechazo o en una necesaria apariencia de rechazo hacia la tosquedad y la rudeza, o simplemente el tedio de la vida rural. Se han establecido ciertos estereotipos rurales: la marimacho, el desmañado, el toscó; como luego el pánfilo, todo un linaje de zopencos rurales y el tonto del pueblo. Es fácil burlarse de esos estereotipos en la conversación liviana de la sociedad de moda. Alejados de las casas solariegas, gracias a las cuales muchos de ellos aún se mantenían, los miembros de la sociedad urbana compusieron el tipo más agrio de literatura contrapastoral que alguien pudiera haber imaginado.

Lo que se veía entonces desde esa particular posición era

una gran casa solitaria y laberíntica que parece deshabitada; tan pequeña es la familia. Allí encontraréis a mi madre, una vieja tía coja y a mí mismo, señor, encaramados en nuestras sillas a cierta distancia uno de otro, en un amplio salón, alicaídos como tres o cuatro melancólicas aves en una espaciosa pajarera.¹¹

Esa hastiada vida estable se asociaba todavía, sin embargo, con relaciones igualmente estables. Un amor comprometido se juzgaba, del mismo modo,

...más tétrico que el campo! Emilia, compadézcase de mí, que voy a ese triste lugar. Cuando lo pienso, ya oigo el sonido odioso de los grajos: cau, cau, cau.¹²

Pero lo que gritan las aves es lo que finalmente grita el mundo: que hay que establecerse en una propiedad y en un matrimonio. Y esta es la raíz de la ambigüedad del sentimiento. Lo que se estaba tramando, en virtud de los paseos, las visitas y las intrigas de la sociedad londinense, eran precisamente estos arreglos matrimoniales que constituían además necesarias transacciones inmobiliarias. Era imposible no manifestar cinismo ante esta situación, mientras el juego se jugaba, pero de todos modos ese cinismo nunca alcanzó el punto de una renuncia a las ventajas por las que se estaba jugando; por ello justamente se trataba de cinismo antes que de auténtica oposición.

Joven elegante: De modo que aquí está nuestra herencia, Lory, si solo pudiéramos entrar en posesión de ella. Pero, si lo pensamos bien, la finca de nuestra familia parece el Arca de Noé, como si la parte principal hubiera sido destinada a las aves y las bestias del campo.

Lory: Por favor, señor, no se deje llevar por las órdenes de construir aquí; tome solo a la heredera y deje que el diablo se quede con la casa.

Joven elegante: Toma solo la casa, digo yo, y deja que el diablo se lleve a la heredera.¹³

Y luego, lo que no resulta sorprendente, el abierto cinismo de este "cortejo" —adecuadamente llamado así— preliminar se prolonga en el matrimonio que, cuando está basado en una transacción de inmuebles no es más evidentemente moral que el sexo ventajoso que se ofrece en la ciudad. Porque lo esencial del cinismo de estas intrigas hastiadas y codiciosas —el grosero toma y daca que reduce a sus participantes a un intercambio de objetos— es que sólo constituye la espuma visible de un cinismo más profundo que, por una cuestión de convenios, de construir una sociedad ordenada, ha reducido a hombres y mujeres a la condición de portadores físicos y negociables de herencias e ingresos.

El sabio advertirá una diferencia en nuestro destino; Usted desposa a una mujer, yo una buena heredad.¹⁴

Cuando el matrimonio se entiende en esos términos, ya no resulta adecuado utilizarlo como antítesis moral de las intrigas de las ramerías y los cazafortunas que merodean las residencias. Cualquier sistema que ponga este tipo de ventaja o conveniencia social por encima de una idea de amor o fidelidad personal debe engendrar, en sus centros visibles, aquellos hábitos y matices que ahora, con ligereza, se caracterizan como la "inmoralidad" de las obras de teatro de la Restauración. Lo que una frase como la citada nos señala —ya sea para admirarla o despreciarla— es solo una inmoralidad insignificante y superficial; una frágil y exhausta reacción, aunque desesperadamente rápida y brillante, a la sensata conciencia de las prioridades reales del sistema.

De modo que no hay ningún contraste simple entre la perversa ciudad y el inocente campo, puesto que lo que sucede en la ciudad es el producto de las necesidades de la clase rural dominante. La ratificación moral de este drama no es el matrimonio contra una intriga o un asunto (nuevamente, el término adecuado) amoroso, tampoco es la inteligencia contra la locura, ni la virtud contra el vicio. Aquí se trata de poner las propiedades en las manos que corresponden:

Una escritura de otorgamiento de la herencia completa de Arabella Languish, viuda, en fideicomiso a Edward Mirabell.¹⁵

Porque, en realidad, si uno se detiene a escucharla, la brillante conversación de la ciudad nunca se aparta, por cierto, demasiado de su preocupación muy íntima por la propiedad y los ingresos. Hasta las aparentes excepciones a este estilo —el inocente, el que no tiene pretensiones y el leal— habitualmente se revelan como herederos. Fidelia, al final de *The Plain Dealer*, cuando ya han quedado expuestas y denunciadas las codiciosas triquiñuelas de la ciudad, ofrece no solo su inocencia, sino

un presente como este que yo obtuve por la pérdida de mi padre, un caballero del norte, de extracción en modo alguno humilde, cuya única hija era yo; por lo tanto me deja en la presente posesión de dos mil libras al año [...]¹⁶

Este es, en el sentido más real, el modo en que funciona el mundo.

La transición en el sentimiento, desde el contraste señalado en las obras del período de Jacobo I —entre un Bien nacido y un Advenedizo— a la unidad de la Restauración —un patán desmañado y un joven elegante—, manifiesta un aumento de la franqueza, así como la pérdida de los valores reales y aparentes. Ciertamente, hay una mayor frialdad en la actitud ante los procesos reales mediante los cuales se aseguraba la tierra. Ha desaparecido el ideal y también la mistificación. Pero en ningún momento debemos necesariamente aceptar este contraste ciudad-campo en su valor aparente. Porque en las transacciones lo esencial es determinar quién era, después de todo, aquel que llegaba desde el campo. No se

trataba del labriego ni del granjero; el hambre de sus familias los mantenía en la campiña. Quienes llegaban a pactar sus necesarios negocios eran el terrateniente y su hijo, con una buena dote, la esposa del terrateniente y su hija con posibilidades de conseguir un buen partido. Cuando se los estafaba o se los timaba o se convertían en objeto de burla por no estar a la moda y cuando, en respuesta, de regreso a casa, elevaban sus valores morales de clara y sencilla honestidad, podemos comprender el punto de vista y compartir los sentimientos de esas personas más allá de las formas; pero ahora que sus huesos ya son polvo, debemos mirar esas formas. Lo que traían consigo y lo que llegaban a promover se basaba en las breves y dolorosas vidas de los que permanentemente eran embaucados: los labradores del campo, a quienes nunca tenemos oportunidad de ver; los desposados y los expulsados; todos los hombres y mujeres cuya tierra y cuyo trabajo pagaban los gastos de viaje de aquellos y les suministraban el dinero que gastaban. No había ninguna razón moral que justificara que "Dios hizo el campo y el hombre la ciudad". La campiña inglesa, año tras año, fue hecha y rehecha por los hombres, y la ciudad inglesa fue al mismo tiempo su imagen y su agente (honesto o deshonesto, según se presentara la ocasión de sacar provecho). Si lo que se veía en la ciudad no podía aprobarse, puesto que ponía en evidencia las repelentes relaciones decisivas que mantenían en realidad los hombres, el remedio nunca fue la propuesta moral de un visitante de vivir llanamente y pensar con elevación, ni tampoco parlotear sobre las verdes praderas. Hubo allí un cambio de las relaciones sociales y de la moral esencial. Y fue precisamente en ese punto donde la ficción "ciudad y campo" resultó útil: para promover las comparaciones superficiales y evitar las auténticas.

6. Elegir el propio destino

No obstante, la transición que marcaron la Guerra Civil, el Commonwealth, la Restauración y el acuerdo constitucional de 1688 alteró fundamentalmente el carácter social de Inglaterra, y no resulta sorprendente que también cambiara la literatura del país en cuanto a la ideología, a sus mediaciones y a la nueva obra creativa. En los poemas de retiro rural hay una marcada transición desde el ideal de contemplación al ideal de la sencilla virtud productora, y luego a las complicaciones que trajo esta, como veremos en la obra de Thomson. Pero también hay una interesante transición en la que debe concebirse como la línea más significativa: la de los poemas de las casas solariegas. Si comparamos *Upon Appleton House* de Marvell con *Epistle to Burlington* de Pope, podemos advertir claramente este cambio.

Es posible encontrar semejanza entre *Upon Appleton House* y el mundo de *Penshurst* y *Saxham*, en virtud de ciertas evidentes continuidades. Aquí aparece nuevamente la morada excepcional opuesta a los "palacios huecos", y las "mansiones desproporcionadas" de otros lugares y otros hombres:

Pero todo está compuesto aquí
Como la naturaleza, ordenada e íntimamente.

Y ahora la referencia es histórica y retrospectiva:

En la cual encontramos las dimensiones
De esa edad y ese espíritu más sensatos
Cuando hombres más altos se inclinaban
Para pasar por apretados recodos;
Como si practicara, en portales tan estrechos,
Cómo traspasar con esfuerzo las puertas del cielo.

Nuevamente se advierten aquí las señales de una "economía moral":

Un imponente *frontispicio de pobres*
Embellece por fuera la abierta puerta
Y en no menor medida las habitaciones interiores elogian
El diariamente renovado *mobiliario de amigos*.

Pero los cambios llegan a ser evidentes. El origen de la casa ya no aparece mistificado, sino que se declara y justifica abierta e ingeniosamente. Esta nueva morada construida por Fairfax, el General Parlamentario y fundador del nuevo modelo del ejército, había sido terminada solo uno o dos años antes de que se escribiera el poema. Reemplazaba a una casa anterior, de la misma familia, edificada en tierras que pasaron a manos de los Fairfax como consecuencia de la disolución del priorato cisterciense de Appleton; las ruinas de ese priorato aún eran visibles en el terreno. Así es como una transición explícita, durante la cual se fundaron en verdad tantas propiedades rurales, queda no solo admitida, sino también justificada, a pesar de que se reconozca la existencia anterior de una "edad y un espíritu más sensatos". Como todo establecimiento religioso expropiado, este convento de monjas parecía, a los ojos de sus subsiguientes poseedores, un centro de perversión. Una circunstancia vivida por la familia Fairfax en aquel tiempo —"La tersa lengua de las *monjas* la había absorbido"— se emplea para presentar la imagen de un orden voraz, hipócrita y codicioso, y luego se saca la correspondiente conclusión moral:

Pero por cierto tales establecimientos no duran mucho.
Fundados por la locura, mantenidos por el error.²

De modo que luego puede ratificarse plenamente la expulsión y el cambio:

En el momento de la demolición, este sitio
Cayó en manos de los Fairfax como por renunciamiento.
Y lo que tanto las *monjas* como los *fundadores* deseaban
Pudo así satisfacerse mejor.
Porque si bien la Virgen demostró no ser de ellos,
No obstante el *claustro* continuó perteneciéndole.
Aunque muchas *monjas* allí hicieron sus votos,
Esta no fue una *casa religiosa* hasta ahora.³

Este aumento del candor aparece acompañado, significativamente, por una mayor disposición y capacidad para observar los alrededores inmediatos. La casa se fundó sobre una fortuna militar y su jardín, que fue trazado formando "la exacta figura de un fuerte", es visto como una mutación a la paz, en la forma de un paraíso perdido:

Cuando los jardines solo tenían sus torres
Y todas las guarniciones eran flores.⁴

Sin embargo, la parte más notable y bella del poema (y el hecho de que sea una composición de diferentes modos de ver, de diferentes inclinaciones e intereses esenciales, es en sí mismo significativo) es la observación y el paseo por las praderas y los bosques que se extienden más allá. El campo mágico, que produce por sí mismo, es visto ahora como un paisaje laborioso colmado de personajes: los segadores y recolectores de heno, los "aldeanos en general" que llegan para apacentar su ganado en las praderas segadas, ante la inundación invernal de las pasturas ribereñas. Todos ellos aparecen, pero en una imagen general: la mirada consciente de una escena vista al pasar, la visión explícitamente indiferente del paisaje:

Parecen en la bruñida hierba
Un paisaje pintado en un espejo.

En realidad, el poeta ve las praderas segadas como la tela dispuesta para un pintor:

Un espacio nivelado, tan terso y llano,
Como paños extendidos para pintar *lirios*.⁵

Pero, aun en esta perspectiva, los personajes se *ven*: el "saludable ardor" de la cosecha, la siega y el baile, los "aldeanos en general". Y no es menos significativo que el poeta, habiendo visto este paisaje populoso, se interne más allá en los bosques, el verdadero retiro a la Naturaleza, como un modo de escapar del mundo:

¡Cuán seguro, pienso, y vigoroso, detrás
De estos árboles albergué a mi espíritu!⁶

Cuando regresa, la inundación ha retrocedido y los campos han recuperado el verdor de la primavera.

La tensión que se advierte en este notable poema es, pues, de un orden diferente del de cualquier otro que lo precediera. La mansión y su origen en la expropiación están justificados, como parte de un orden religioso y natural. Pero, al mismo tiempo, hay un movimiento que los trasciende, hacia un paisaje laborioso y hacia el retiro natural del bosque inexplorado. El sentimiento va de un lado al otro guiado solamente por la voz del poema. En el mesurado deleite hay también una nueva tristeza, una conciencia de otras experiencias; la celebración convencional de la casa como

El centro del cielo, el regazo de la naturaleza.
Y el único mapa del paraíso.

se ofrece dentro del contraste sentido con los tiempos precarios:

El mundo ya no es lo que alguna vez fuera;
En un tosco montón arrojados
Negligentemente derrumbados,
Golfos, desiertos, precipicios y piedra.⁷

En el espíritu de un Marvell, era inevitable que esto fuera así. Pero incluso, más allá de ese sentimiento, es una insostenible ironía leer el elaborado elogio formal de la belleza y la inocencia de la hija de la casa y ser conducidos hasta su matrimonio. Ella es el muérdago en el roble de los Fairfax

Por donde, por algún bien universal,
Cortará el sacerdote el sagrado brote;
Mientras sus alegres padres más se regocijan
y eligen su propio destino.⁸

La ironía no es solo el destino personal que este matrimonio habría de depararle al detestable George Villiers, segundo duque de Buckingham, a pocos años de la idealización presente en el poema. También es que el fruto de esta nueva casa sería este tipo de convenio político mediante el cual se reconstituyeron propiedades y títulos. Es el matrimonio entre Villiers, el monárquico, y la hija del prominente general parlamentario. Algunas tierras de Villiers habían pasado a los Fairfax: el matrimonio fue un acuerdo de complicados matices políticos y crematísticos. El destino de una virtud que alguna vez estuvo viva habría de ser en realidad ese tipo exacto de elección, y tanto en la esfera de la posesión de la tierra como del poder político tenemos que reconocer la justicia de otra observación de Marvell, frecuentemente aplicada a la política, pero no del mismo modo, como debería ser, a ese largo proceso de adquisición familiar, expropiaciones y convenios, la base fundacional de las casas:

Las mismas artes que permitieron ganarlo
Un poder deben mantener.⁹

Lo que eventualmente surgió de estos complicados arreglos fue una estructura de sentimiento diferente. El poema de Marvell corresponde auténticamente a la transición: una complicada mezcla de sentimientos entre el viejo y el nuevo orden. Podemos advertir pues la insensatez de los críticos que pretenden asimilar todos los poemas dedicados a las casas campestres en una misma tradición, como

si sus ocupantes constituyeran una especie de línea continua. En sus formas extremas esta es una verdadera reificación de las casas mismas: como si la casa, y luego por derivación, sus ocupantes, fueran el signo evidente de un orden, aun cuando ese orden estaba siendo permanentemente reconstituido por la formación política y económica de una nueva aristocracia como, más tarde, lo sería por un nuevo capitalismo agrario. Cuando llegamos a la época de Pope —no de sus poemas pastorales idealizantes, sino de sus epístolas—, hallamos los sentimientos modificados, más explícitos, precisamente de esta clase. Las epístolas a Bathurst y a Burlington son para “uso de los ricos”, y lo que se recomienda en ellas, entre los vicios extremos de la avaricia y el libertinaje, es la inversión productiva prudente, moderada por una razonable caridad:

El sentido para valorar las riquezas, con el arte
Para gozar de ellas y la virtud para compartirlas,
No perseguidas mezquinamente ni con ambición,
No menguadas por la indolencia ni acrecidas por la sumisión;
Equilibrar la fortuna mediante un gasto justo,
Unido a la economía y la magnificencia;
Con el esplendor, la caridad; con la plenitud, la salud;
¡Oh, enseñanos, Bathurst! ¡Aún no corrompida por la opulencia!

(*Epistle to Bathurst*, 219-226)¹⁰

¿Quién embellecerá o mejorará el suelo?
Quien cultive como Bathurst o quien construya como Boyle.
Solo el uso que santifica el gasto
Y el esplendor que toma prestados de la sensatez todos sus rayos.
Quien disfruta en paz de los acres de su padre,
O hace felices a sus vecinos cuando se engrandece;
Cuyos alegres arrendatarios bendicen su anual labor,
Aunque deben menos al suelo que a su Señor;
Cuyas amplias praderas no se avergüenzan de engendrar
La vaquilla lechera y el digno corcel;
Cuyos bosques se elevan, no por ostentación ni por vanidad,
Sino para futuros edificios y nuevos navíos erigir:
Deja que sus plantaciones se extiendan de un extremo al otro,
Primero para dar sombra el campo y luego para una ciudad construir.

(*Epistle to Burlington*, 177-190)¹¹

Ya no hay aquí un orden recibido y natural, como ocurría en el caso de Jonson o de Carew, ni un orden logrado pero precario, como el que describía Marvell; se trata de una realidad que da lugar a la enseñanza moral consciente. La casa campestre es adecuadamente subsidiaria de los usos del dinero y la inversión productiva, la creación antes que la celebración de la naturaleza: la naturaleza en

la obra del hombre, antes que en un paraíso recibido o afortunado. La poesía se ha modificado precisamente en este sentido, al pasar de la ratificación de imágenes tradicionales, de la fusión consciente del símbolo y la observación, a la argumentación moral directa en términos contemporáneos.

Solo el uso que santifica el gasto.

Pero esta ética burguesa consciente aparece mitigada por dos consideraciones. La idea de la caridad y la benevolencia se reafirma enérgicamente: derivada del ideal de una economía moral natural —con el cual mantiene cierta continuidad discursiva—, pero presentada ahora como ejemplar (como en la celebración del Señor de Ross) y, explícitamente contrapuesta a otro producto del orden terrateniente; irónicamente (en la *Epistle to Bathurst*) ese mismo Villiers, segundo duque de Buckingham, marido de la virgen de Appleton House:

¡El gran Villiers yace, infortunadamente, tan cambiado de aquel que fue,
Aquella vida de placer y aquella alma caprichosa!
...Allí, victorioso de su salud, de su fortuna, de sus amigos,
y la fama; acaba este señor de tantos millones inútiles.¹²

La inobservancia de la caridad no es ya solamente un asunto moral y teológico, es una costumbre en desuso.

La segunda consideración moderadora es parte del aislamiento de la casa como objeto: la culminación y transformación del proceso que comenzara con la celebración moral de las casas solariegas. Gran parte de la *Epistle to Burlington* está entre los poemas señeros de esa importante tradición del siglo XVIII de la construcción de mansiones y el paisajismo, en la cual, como el signo exterior de la nueva moral del mejoramiento, fue remodelado y rediseñado el campo. Se hace una condena a la ostentación inútil y los palacios huecos, como la podrían haber expresado Jonson y Marvell, solo que ahora también hay una recomendación deliberada sobre cómo construir, cómo trazar un parque o un jardín: el mejoramiento de la naturaleza.

En todo, la Naturaleza jamás debe ser olvidada.
Pero ha de tratarse a la diosa como a un hada modesta,
Ni vestirla con excesiva elegancia, ni dejarla completamente despojada.¹³

En esta persuasiva recomendación llega a hacerse explícita, como parte de la nueva economía, una nueva estructura de sentimiento. Y ahora volveremos nuestra atención a las complicaciones que trajo consigo esta moral del mejoramiento.

7. La moral del mejoramiento

I

La verdadera historia de la campaña inglesa se ha concentrado permanentemente en los problemas de la propiedad de la tierra y en sus consecuentes relaciones sociales y laborales. En el siglo XVIII, casi la mitad de la tierra cultivada pertenecía a unas cinco mil familias. Como una forma esencial de este predominio, cuatrocientas familias, de una población total de aproximadamente siete u ocho millones de personas, eran propietarias de casi un cuarto de la tierra cultivada. Por debajo de esta dominación, ya no existía, en ningún sentido clásico del término, ningún campesinado, sino que había una estructura cada vez más regular de granjeros arrendatarios y trabajadores asalariados: las relaciones sociales que podemos calificar adecuadamente como las del capitalismo agrario. La producción se ajustaba progresivamente atendiendo a un mercado organizado.

La transición desde los acuerdos feudales y posfeudales inmediatos a este capitalismo agrario en desarrollo es, por supuesto, inmensamente complicada. Pero sus implicaciones sociales son bastante claras. Es cierto que la clase predominante de los terratenientes era también, en términos políticos, una aristocracia, cuyos títulos y mansiones, antiguos o de apariencia antigua, ofrecían la ilusión de una sociedad determinada por compromisos y relaciones tradicionales entre los diversos órdenes sociales. Pero la principal actividad de esta clase era de una variedad radicalmente diferente. Sus miembros vivían concentrados en el cálculo de la renta y el rédito que les proporcionaban sus inversiones de capital, y precisamente el proceso de elevar los arrendamientos de manera exorbitante, monopolizar la producción y privatizar las tierras comunes era lo que les permitía aumentar su influencia sobre la tierra.

Sin embargo, nunca había ninguna confrontación simple entre las cuatrocientas familias y el proletariado rural. Por el contrario, entre estos polos del proce-

so económico existía una jerarquía cada vez más estratificada de pequeños terratenientes: los grandes arrendatarios, los poseedores de feudos francos y de escrituras públicas que les conferían derecho sobre la tierra común (los pocos sobrevivientes que quedaban de estos dos tipos de heredades), los pequeños y medianos arrendatarios y, por último, los aldeanos y artesanos que conservaban derechos comunes residuales. Un proceso que había comenzado en el siglo XVI estaba desarrollándose aún vigorosamente: muchas de las granjas más pequeñas iban desapareciendo, especialmente las situadas en tierras cultivables mejoradas, mientras al tiempo que las zonas mismas de cultivo aumentaban firme y a veces dramáticamente. Aun dentro de las relaciones sociales del terrateniente, el arrendatario y el labriego, se daba la continua evolución de nuevas actitudes. Una heredad pasó de ser considerada como un legado, portador de tal o cual ingreso, a ser calculada como una oportunidad de inversión que implicaba beneficios mucho mayores. Con este fenómeno se hizo significativa y dominante una ideología del mejor uso de la tierra —de una tierra transformada y ajustada a normas—. Las relaciones sociales que se interponían en el camino de este tipo de modernización se desarticulaban pues con firmeza y a veces implacablemente.

La crisis de valores que resultó de tales cambios aparece representada de diversas maneras en la literatura del siglo XVIII. En la poesía, como veremos luego, la idealización del arrendatario feliz y del retiro rural dejó su lugar a una conciencia profunda y melancólica de cambio y de pérdida, conciencia que eventualmente estableció, de un modo nuevo, una estructura convencional de retrospectiva.

Pero, antes de que esto ocurriera, se advertía un compromiso vívido con las consecuencias humanas de las nuevas instituciones y las nuevas prioridades. En realidad fue precisamente esta preocupación la que hizo que la novela surgiera como la forma más creativa de la época. Los problemas del amor y el matrimonio, en una sociedad dominada por cuestiones de propiedad sobre la tierra, se extendieron desde las postrimerías de la comedia característica del reinado de Jacobo I y la comedia de costumbres de la Restauración, y desde las epístolas morales de Pope, a las novelas de Richardson y Fielding y, en el transcurso de ese largo período, se transformaron. Allworthy y Squire Western, los terratenientes vecinos del *Tom Jones* de Fielding, o Lovelace, de la *Clarissa* de Richardson, son en ciertos aspectos descendientes directos del mundo del Wellborn (bien nacido) y el Overreach (advenedizo) y, luego, de Tunbely Clumsey (el patán desmañado) y el joven elegante. El argumento de *Tom Jones* se basa en el deseo de unir mediante el matrimonio las propiedades más extensas de Somersetshire: la proposición de matrimonio de Sophia Western a Blifil se concibe con ese propósito; cuando ella se casa con Tom Jones, una vez que este finalmente se revela como el auténtico heredero de Allworthy, se logra lo que antes, por razones personales, había sido rechazado. De manera similar, la proposición de matrimonio de

Clarissa Harlowe a Solmes es parte del cálculo que hace la familia de la joven para concentrar ambas propiedades y elevarse en el rango social; de esta situación es de lo que ella se aparta para dirigirse al mundo cínico y destructivo del terrateniente aristócrata establecido, Lovelace.

Lo que se dramatiza, cada vez más enérgicamente, en la acción de estas novelas, es el largo proceso de elección entre la ventaja económica y otras concepciones del valor. Sin embargo, mientras en las obras de teatro observamos todo esto desde un punto de vista particular —el mundo social de Londres, donde se pactaban los contratos y donde, por aislamiento y concentración, podían establecerse y mantenerse el tono de protesta y luego el observador cínico—, en las novelas nos trasladamos hasta las familias mismas y vemos la acción que transcurre en sus hogares y en su carácter privado. A pesar de todas las diferencias que hay entre la obra de Richardson y la de Fielding, este es un cambio evidente en ambas. En lugar de la confrontación formal entre representantes de diferentes grupos —los bien nacidos y los advenedizos— y la divertida y distante observación del mundo, la acción que se presenta es interna y se experimenta y dramatiza como un problema de carácter.

La abierta ideología del mejoramiento es en realidad más evidente en Defoe, pero en una abstracción que marca una diferencia esencial con Richardson y Fielding. Hay cierta ironía en este hecho, por cuanto en su *Tour of England and Wales*, escrita en la década de 1720, Defoe, con sus notas sobre los métodos de producción, comercialización y arriendo, fue un observador incomparable de las minuciosas realidades de la vida campestre. De él aprendimos el grado de especialización y de producción mercantil que había alcanzado la agricultura en el siglo XVIII, así como su intrincada vinculación a las ciudades, los puertos y los primeros establecimientos de la industria textil, del carbón y del hierro. El de Defoe es un mundo francamente comercial, casi sin ningún tinte pastoral, y la combinación que nos ofrece el autor de un intenso interés y un informe puramente práctico es la legítima predecesora de la principal tradición de indagación rural del siglo XVIII que se continúa con William Marshall y sus *County Reports* y los anales de agricultura de Arthur Young hasta Cobbett y el siglo XIX. El acento puesto en estos asuntos es la línea de desarrollo real de una agricultura laboriosa y en sí mismo el principal indicador del cambio. No obstante, con raras excepciones, este énfasis era, a su modo, una abstracción de las relaciones sociales y humanas a través de las cuales funcionaban los nuevos métodos de producción. Solo al final de esta trayectoria, con la crisis de fin de siglo, llegan a unirse adecuadamente las investigaciones sociales y económicas. De modo que no resulta sorprendente que Defoe, a pesar de la observación íntima y especializada de lo que estaba ocurriendo en los campos y los mercados, no considerara en sus novelas la realidad social subyacente. Antes bien, lo que proyectó en sus historias fue el espíritu condensado de mejoramiento y simple provecho económico —co-

mo se ve muy particularmente en *Robinson Crusoe*, y lo que creó fue un mundo ficcional de individuos aislados para quienes los demás seres humanos eran básicamente transitorios y funcionales, como se observa nuevamente en *Crusoe* y en *Moll Flanders*. Consciente e inconscientemente, este énfasis puesto en una condición y una ética fue profético y potente; pero es sintomático del carácter de tal condición y tal ética el hecho de que lo que Crusoe mejora sea una isla remota y lo que Moll Flanders comercia sea su propia persona. Las importantes transformaciones de la producción y el comercio eran al mismo tiempo más próximas y más generales, pero la simple práctica y ética del progreso podían captarse de manera más fácil y resuelta en historias deliberadamente aisladas.

En la vida real del campo, el espíritu comercial debía entretenerse con otras instituciones, consideraciones y formas y dejarse poner a prueba por ellas. Ni Richardson ni Fielding sabían tanto como Defoe de lo que estaba ocurriendo en la Inglaterra rural, pero ambos ponían el acento, de modos muy diferentes, en las relaciones humanas y en su desarrollo más detallado: no en el espíritu de la época, sino en la experiencia más inmediata de tal espíritu.

Pero nosotros no podemos, ahora, hacer una abstracción de estas relaciones humanas. Cuando se propone el matrimonio de Sophia y Blifil, como un modo de unificar las propiedades vecinas, el carácter de Blifil se muestra según el verdadero espíritu comercial de la época:

de modo que la idea misma de esa entera y absoluta posesión del corazón de su amada, que requieren los amantes románticos, nunca entró en sus proyectos. La fortuna y la persona de ella eran los únicos objetos de sus deseos, de los cuales no dudó un instante en obtener la propiedad absoluta [...]

Squire Western, por supuesto, utiliza a su hija para unir ambas propiedades, como si se tratara de lo más natural del mundo. Y, sin embargo, a Allworthy,

ninguno de esos hombres cuyos corazones palpitan ante cualquier noticia súbita e inesperada de provecho mundano,

se lo elogia por su cálculo más sensato y filosófico:

La prudencia [...] solo nos enseña a extender una máxima sencilla, universalmente conocida y seguida aun en la vida más modesta, un poco más allá de donde la lleva esa vida. Y esa máxima es: no comprar a un precio demasiado elevado. Ahora bien, cualquiera que lleve consigo esta máxima al exterior, al gran mercado del mundo, y la aplique constantemente con los honores, las riquezas, los placeres y con todo otro servicio que el mercado provea, es, me aventuraría a afirmar, un hombre prudente, y debe ser reconocido como tal en el sentido mundano del término; porque hace la mejor de las negociaciones, puesto que en realidad compra todo al único precio de un pequeño esfuerzo y se lleva a su casa las mejores cosas que he mencionado, mientras conserva,

enteras y para sí, su salud, su inocencia y su reputación, los precios comunes que otros pagan por aquellas.¹

Esta es exactamente la misma posición desde la que se escribió *Tom Jones*. Es la moral de una sociedad relativamente consolidada, más madura para el cálculo. Desde tal posición, pueden señalarse y criticarse la fría codicia de Blifil y la abierta tosquedad de un Squire Western; pero al cálculo y al costo se les da un esquema de referencia más amplio. El amor, el honor, el placer físico, la lealtad, también son aspectos que deben ser calculados junto con los ingresos y los acres. La humanidad es de una clase resignada y establecida: firme y abierta cuando quienes deben enfrentarla son los calculadores mezquinos, pero aún preocupada por hallar el equilibrio —el verdadero precio de mercado— de la felicidad. Tom Jones aprende de su aparente desapego por el provecho económico, pero no se trata solamente de que sus satisfacciones inmediatas sean tolerantemente respaldadas; Fielding maneja la acción de modo tal que esta tiende a restaurar el equilibrio en el cual la satisfacción personal y el beneficio material se reconcilian, son compatibles y hasta idénticos. La novela plantea continuamente cuestiones sobre las relaciones entre la fortuna material y la necesidad y el impulso humanos, pero las resuelve en virtud de una adaptación en la cual, por un acto de voluntad, mediante una revelación planeada y afortunada, ambas se dan cita libre y fácilmente. La famosa ironía es, pues, el medio literario mediante el cual esta estratagema puede funcionar, reconocerse y hasta llegar a buen puerto. El tono del acuerdo, cuando se descubre a Jones como el heredero legítimo y las propiedades pueden unirse en lo que es también un lance amoroso, es de una deliberada —y podríamos decir calculadora— afabilidad.

en el cual, para gran placer nuestro, aunque contrario quizás a vuestras expectativas, el señor Jones parece ser el más feliz de los mortales.²

Los acuerdos, los ajustes, las pensiones se elaboran pues pulcramente; y la “condescendencia, la indulgencia y la beneficencia” de esta —finalmente feliz— pareja son tales que sus subalternos, los arrendatarios y sirvientes, bendicen el matrimonio.

Ciertamente, esta moralidad consolidada era muy necesaria. La abiertamente cínica arrebatía en procura de tierras y herederas, que había sido el tono predominante de un período anterior, dio lugar, en el proceso más asentado de la primera mitad del siglo XVIII, precisamente a esta construcción de una posición con miras más amplias y a más largo plazo. Los sentimientos humanitarios, el interés familiar, la necesidad personal deben ahora incluirse, en la medida de lo posible, en todo convenio racional y de progreso. Aunque, si esto no era posible, la corriente principal del provecho continuaba su camino, dejando a su paso las inevitables bajas humanas.

Es significativo que esta visión más oscura nos llegue, en la literatura, a través de un fanatismo particular: el aislamiento que hace Richardson del tema de la virginidad, como la única respuesta a toda la lucha por el valor humano. Es cierto que la virginidad aparece tratada, en *Pamela*, como el término de una negociación: no como un valor en sí misma, sino como una posesión que no debe rendirse sin la necesaria seguridad del matrimonio. Pero, en *Clarissa*, la virginidad no es negociable, en ninguna instancia ni por ningún medio; ya no se trata simplemente de una virginidad física, sino espiritual: una integridad de la persona y del alma. Cuando se la ofrece en matrimonio a Solmes, como parte del "encantador propósito de erigir una familia (es decir, de consolidar y mejorar las propiedades familiares), Clarissa responde:

Para beneficio del plan de mi hermano, ¿voy a ser entregada en matrimonio, señora, a un hombre que no puedo tolerar?⁵

Aunque más tranquila, esta respuesta corresponde al mismo espíritu de la que da Sophia acerca de su proyectado matrimonio con Blifil:

¡Oh! Señor, semejante matrimonio es peor que la muerte. Él ni siquiera me resulta indiferente; lo odio y lo detesto.⁶

Pero, en *Clarissa*, el énfasis es completo y permanente. Quedar expuesta a Lovelace no tiene nada que ver con las afortunadas oportunidades del mercado ni con elevar el precio de la persona. Es una exposición total a un mundo cínicamente calculador, significativamente el de un terrateniente de viejo cuño, el caballero que no necesita intermediarios porque pertenece a un linaje reconocido, el "bien nacido". Ningún contrato matrimonial puede convalidar esta exposición; ni siquiera la violación puede destruir la virginidad de Clarissa. Esta es la otra cara de la consolidación, del convenio necesario, la impresión que causa una negociación entre el provecho económico o social y el valor. La integridad del ser humano se preserva fanáticamente, en virtud del rechazo a toda concesión y, luego, aceptando la destrucción.

Al poner el acento exclusivamente en la virginidad, Richardson se apartó de cualquier mundo negociable y, por supuesto, logró particularizar una crisis general haciendo hincapié en una cuestión personal y (en su contexto) muy en boga. *Clarissa* es un importante signo de esa separación de la virtud de cualquier mundo aprovechable en el plano práctico, separación característica de las últimas etapas del puritanismo y, aún después, del romanticismo. Aunque ataca el impulso adquisitivo y la ambición habituales en las familias terratenientes, al final la obra es una crítica, no de un período o una estructura de la sociedad, sino de lo que puede resumirse como "el mundo". Este grado de retiro no debe pasarse por alto, pero, a su manera, también constituye una respuesta a los problemas que

planteaba una sociedad capitalista que confiaba cada vez más en sí misma. La concentración en el tema particular de la virginidad y el aislamiento paradójico y hasta la destrucción del individuo como un medio de supervivencia, están conectados con esa tendencia a la piedad y la caridad y al retiro de la sociedad hacia la naturaleza —que es quien enseña los valores humanos—, que veremos aparecer luego como respuestas a las ininterrumpidas crisis de un orden básicamente despiadado, para las cuales no había —como no hay tampoco hoy— ninguna respuesta social adecuada y asequible.

II

Por consiguiente, el tono cotidiano e instructivo, con tendencia a lo serenamente práctico, de los verdaderos agentes del mejoramiento, debe parecer un mundo por completo diferente del énfasis desesperanzado y privado de *Clarissa*. La crisis social solo puede verse, de algún modo más o menos conectado, cuando se la presenta entretendida en este marco general y cotidiano. Al leer a los autores agrícolas, es fácil aceptar el énfasis que ponen en el buen uso de la tierra, aun cuando este aparezca tan a menudo explícitamente conectado con el cálculo de los arrendamientos (es interesante observar que Lovelace nunca elevaría excesivamente la renta de sus antiguos inquilinos; sus ingresos, como su libertad sexual, eran heredados antes que especulativos). Estos autores instructivos nos enseñan tanto y sus hallazgos para producir más alimento (junto con los de los granjeros que experimentaban las nuevas técnicas y los más conocidos de los terratenientes que hacían lo propio) son tan impresionantes que, para cualquiera que ame el campo, resulta muy fácil ponerse de su lado. Lo que es más difícil de entender, tanto para estos autores como para nosotros, son las consecuencias últimas que tuvieron precisamente esas mejoras que en lo inmediato fueron tan prontamente justificables.

Leer la vida de Arthur Young nos permite captar al mismo tiempo el espíritu del mejor uso de la tierra y sus complicaciones reales. Young creció en una propiedad que había pertenecido a la familia de su padre durante varias generaciones, pero que solo pudo funcionar adecuadamente gracias al capital aportado por el lado de su madre: una familia judía que había llegado, procedente de Holanda, a fines del siglo XVII. La antigua casona fue reconstruida y convertida en una mansión, como ocurría con tanta frecuencia en ese período. Esta ambición social excedió los ingresos de la familia y Arthur entró a trabajar como aprendiz de comercio; él había deseado, como su padre, ser clérigo. Cuando este murió, Arthur tenía muy poco dinero y comenzó a mantenerse escribiendo panfletos. Luego regresó para explotar una parcela de ocho hectáreas obtenida por escritura pública dentro de la pequeña propiedad de su madre. Crónicamente falto

de capital, Young nunca logró convertirse en un granjero de éxito, pero como escritor agrícola, reuniendo y publicando información sobre las técnicas y el espíritu de la producción mejorada, se creó un nuevo estilo de vida. Más que ningún otro hombre, ofreció los fundamentos para el segundo gran período de la privatización de tierras comunes que se produjo a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Viajaba constantemente, y los cuarenta y seis volúmenes de sus *Annals of Agriculture* suministraron los medios esenciales de comunicación para la nueva agricultura experimental. Los cambios se produjeron en el empleo mismo de la tierra: en los nuevos cultivos (especialmente radículas), en los sistemas de drenaje y de entarquinamiento, en la fertilización planificada del suelo y en la cría de ganado. Pero Young hacía hincapié en las conexiones del interés agrícola con el resto de las nuevas fuerzas sociales de la época: con el capital mercantil (que, por su historia personal, tenía buenas razones para conocer); con las técnicas industriales tempranas (como el movimiento de tierras, que había sido mecanizado para construir puertos y para extraer minerales antes de ser aplicado en la agricultura), con las ciencias físicas (como en el caso de su colaboración con Priestley en lo relacionado con la química del suelo) y con el poder y la organización política (como se ve en la propaganda que hizo en favor del rey y el parlamento y en su eventual nombramiento como secretario de la nueva Junta de Agricultura).

Young exploró, en todos sus aspectos, lo que hoy consideramos la modernización del campo que tuvo lugar en su siglo; pero lo que señalaba continuamente era el atraso de la agricultura, su ritmo insuficiente de progreso, la despreocupación por grandes áreas de tierra baldía, la falta de inversión en esa esfera en comparación con la realizada en el comercio de ultramar. Y, hacia el final de su vida, comenzó a reconocer gradualmente su propia experiencia social y el resultado de sus observaciones sociales. El mejor empleo de la tierra exigía la inversión de un capital considerable y, por consiguiente, el liderazgo de los terratenientes. Pero esto no solo aumentó el predominio del interés de los poderosos; creó además, a causa de la privatización de terrenos comunes y de los monopolios de la producción destinados a formar unidades más amplias y lucrativas, una cantidad mayor de desposeídos y desheredados, quienes no podían sobrevivir o competir en las nuevas condiciones. La lentitud de muchos agricultores para adoptar los nuevos métodos estaba relacionada en sí misma con el sistema de posesión de tierras, puesto que el mejor uso de la tierra a menudo llevaba a aumentar los alquileres; es decir, en el centro mismo del proceso de producción había un impedimento interno. Solo hubo un singular terrateniente, como Coke, que mantuvo una relación razonable entre los beneficios de la nueva producción y la locación que exigía a sus arrendatarios. Así es que el proceso económico que tan fácilmente pudo justificarse en sus propios términos limitados, tuvo resultados sociales que a veces lo contradijeron y otras veces condujeron al desastre a familias y comunidades.

Cuando Young vio el conjunto de los resultados sociales que tuvieron los cambios por los que él había luchado, no era ya el único que ponía en tela de juicio sus bondades y planteaba nuevos cuestionamientos:

Preferiría que todos los comunes de Inglaterra se hundieran en el mar, antes que los pobres deban ser tratados en el futuro como lo fueron hasta ahora por el proceso de privatización.⁷

8. *Los hilos de la naturaleza*

En el siglo XVIII de Young –en los cambios y contradicciones de esa Inglaterra rural que él contribuyó a promover y también a registrar incomparablemente– encontramos no solo la afable conciliación de Fielding, los temores desesperanzados y particularizados de Richardson, sino también una versión social novedosa y más seria de la paz y la virtud perdidas de la vida campestre. Los poemas dedicados al feliz arrendatario, al sí mismo idealizado e independiente de la tradición pastoral reflexiva, comienzan a ser reemplazados por poemas de pérdida, de cambio, de arrepentimiento: esa estructura de sentimiento, al mismo tiempo conmovida y meditabunda, consternada y reservada, que aparece exactamente captada en la copla de Goldsmith:

Y ahora, pienso y, mientras reflexionando estoy,
Veo cómo las virtudes rurales abandonan el país.¹

En la primera mitad del siglo aún se conserva la estructura más antigua, aunque en *The Seasons* de Thomson, escrita entre las décadas de 1720 y 1740, hay una gama tan amplia de actitudes –muchas de ellas son en realidad actitudes antes que sentimientos– que ya se advierte un elemento de contradicción. Así es como Thompson puede ensayar una descripción de la Edad de Oro en los términos más convencionales:

La espontánea cosecha ondeaba
Aun en un mar de plenitud ambarina...
...El espino silvestre una lozana lluvia
De semillas derramaba, sobre quien se sentaba a su pie
En saludable tranquilidad y libre de la labor que dora la piel...²

Y, sin embargo, continúa diciendo:

Pero, ahora, lo que hayan querido significar aquellas abigarradas fábulas
Y los blancos minutos que hayan simbolizado,
Ya no se encuentran en estos tiempos de hierro.³

También puede repetir el idilio familiar del retiro:

¡Oh!, no conocí él sino su felicidad, de los hombres
Era el más feliz, quien lejos de la ira pública,
En la profundidad del valle, con unos pocos elegidos retirados
Bebe los placeres puros de la vida rural⁴

pero es suficiente y característicamente ambiguo cuando se refiere a la ciudad, al denunciar sus costumbres y su lujo sin dejar de admirar la erudición y la cortesía, para que el idilio —como en el párrafo precedente, con “los pocos elegidos”— adquiera un tono peculiarmente suburbano. Este se capta muy bien en una última versión de *Winter*, en los versos:

¡permite que la musa rural,
oh Chesterfield, embellezca contigo su canción!
Antes de que a las sombras otra vez humildemente vuele.⁵

También se advierte una ambigüedad adicional —rayana en la genuina contradicción— en la celebración simultánea que hace Thomson del mejor uso de la tierra y la devastación romántica. El primer matiz es novedoso y significativo; pueden hallarse otros ejemplos en *The Fleece* de Dyer y en *Cyder* de Philips, donde se celebran deliberadamente los procesos industriales de origen rural. En *Castle of Indolence* de Thomson, Sir Industry conquista “la encantadora tierra de soñolienta cabeza”⁶ en el auténtico espíritu modernizador. Esto añade una dimensión al idilio del retiro, como en esta estrofa:

Ni fueron desterrados de su profundo retiro
Los graciosos cuidados de la industria rural.
Aun mientras con garboso cambio las estaciones pasan
Nuevas escenas surgen, nuevos paisajes sorprenden la mirada...
Oscuros y ceñudos arbustos crecen lustrosos con la abundancia de Ceres.⁷

Y este espíritu, por momentos llega a ser una verdadera exhortación al progreso:

Vosotros, generosos bretones, cultivad el surco...
Con superior ventaja puede hacerlo tu rico suelo,
Exuberante, que las mejores bendiciones de la naturaleza vierta

sobre cada campo; las naciones desnudas oculte,
y sea el inagotable granero del mundo.⁸

Esta es la abierta ideología de los terratenientes emprendedores y se corresponde muy íntimamente con los desarrollos reales que se reflejaron en el aumento del cultivo de trigo y de las exportaciones. La alabanza de Thomson parece decidida:

Feliz Britania...
Tus valles ondean
Con doradas olas; y sobre tus montañas,
Innúmeros rebaños balan; mientras, errando sin rumbo por sus laderas
Por debajo, las tiznadas manadas, en robusto tropel
Aún más abajo, tus praderas centellean y se elevan indómitas,
Contra el asedio de la segadora. Por todas partes,
Tus aldeas resplandecen. Tu campo abunda en riqueza;
Y la propiedad asegura al zagal,
Complacido y vigoroso, en su labor segura.⁹

En una versión revisada, la labor “segura” fue reemplazada por “protegida labor”, pero en todo caso es el orden social existente el que garantiza la “dispersión de la plenitud”. Este objetivo nunca apareció en los informes de ningún partidario del mejoramiento, pero era lo que la mayoría de la gente quería que ocurriera. En este orden, la poesía tenía un lugar central; es el tesoro de la humanidad, sin cuya ayuda el hombre sería un salvaje. Sin la poesía

Ni excelencia moral, ni bienaventuranza social,
Ni ley serían tuyas; ni propiedad, ni mozo
Que labre el surco, ni mano mecánica
Habituada a la ruda labor, ni sirviente dispuesto, ni comercio.¹⁰

Necesitaremos recordar estos versos en los que Goldsmith transmite la sensación de que la poesía está siendo desterrada al mismo tiempo que los aldeanos de Auburn. Sin embargo, las lisonjas de Thomson al orden social son tan flagrantes y el papel que cumplió la poesía en el mantenimiento de una sociedad sumamente desigual en cuanto a la distribución de la propiedad es tan explícito, que hasta el propio Thomson recapacita. Entre 1727 y 1744 hace ciertas modificaciones en esta estrofa:

...Ni excelencia moral, ni bienaventuranza social
Ni ley guardiana serían tuyas; ni la variada habilidad
Para labrar el surco o guiar la herramienta
mecánica.¹¹

Las artes se han apartado de las relaciones sociales reales y está representada cierto nerviosismo. Hay una escena de la cosecha en la que

Detrás de los paseos del señor, se elevan las garberas;
Y, a sabiendas, ausbando repetidas veces aquí y allá
Su saciado ojo, siente su corazón agitarse gozoso.¹²

Pero, como en los ensayos morales de Pope, el orgullo de la opulencia debe combinarse con la caridad:

¡Oh, piensa! Agradecido piensa
Qué bueno es contigo el Dios de la cosecha;
Quien vierte abundancia sobre tus fluidos campos;
Mientras esos infelices socios semejantes a ti
Rondan a tu alrededor, como las aves del cielo,
Y piden su humilde limosna.¹³

Estos "socios", los pobres, han sido el elemento excluido en el panegírico al orden y la plenitud, y el cambio en la estructura de sentimiento se advierte en el creciente reconocimiento de su existencia. Thomson hasta llega a reflejar ese reconocimiento relativamente nuevo —este es básicamente un "descubrimiento" que las clases superiores educadas hacen en el siglo XVIII— de que "los pobres" no son solamente una carga de la que hay que ocuparse caritativamente, un peso para la economía, sino los auténticos productores de la riqueza:

Vosotros, señores,
Sed considerados pues con la áspera mano laboriosa,
Que os sumerge suavemente en la elegancia y el desahogo.¹⁴

Por supuesto, Thomson no se resuelve a optar por ninguna de estas variadas actitudes ni cuestiona sus contradicciones. Pero es significativo el hecho de que, precisamente en ese momento, y más particularmente en el propio Thomson, oigamos un tono que sería el que habría de dominar luego la literatura campesina: una melancolía y un distanciamiento pensativo.

Hay un largo camino entre la celebración de la campaña mejorada —abierta, desmontada y productiva— y el estilo romántico, un paso bastante más adelante del Marvell de

Dejadme aún penetrar en la profundidad nocturna
De aquel bosquecillo, del más grande y silvestre crecimiento...
...Estos son los sitios favoritos de la meditación...¹⁵

Y también:

Y así, solitario y con aire pensativo
Repetidas veces dejadme errar sobre las praderas bermejas,
Y a través del entristecido monte; donde rara vez se oye
Un agónico son que alegre la labor del leñador.

Es allí, en las profundidades del bosque —con tanta frecuencia sometido al programa de desmonte— donde emocionan la devastación y la desolación. Inesperadamente, en la respuesta a un improductivo otoño tardío,

La desolada perspectiva estremece el alma.
¡Aquí llega! ¡Aquí llega! en cada brisa el poder
De la melancolía filosófica se hace presente.¹⁶

Este es un momento crucial, por lo que tiene de altisonante. La naturaleza, representada hasta entonces como un orden social, como un triunfo de la ley y la plenitud, se ve ahora, alternativamente, como un orden sustituto; solitario, profético, que siente el amor de la humanidad precisamente en aquellos lugares donde los hombres no están; en

bosquecillos crepusculares, y valles visionarios.¹⁷

Habría de pasar todavía medio siglo para que este cambio se instalara plenamente, pero Thomson es particularmente interesante porque en *The Seasons* están simultáneamente presentes ambas versiones de la naturaleza, ambas actitudes en relación con el campo y la tierra.

Lo que está en juego, en realidad, es una dialéctica del cambio. Un poema muy posterior, *Yardley Oak*, de Cowper (1791) representa principalmente una reflexión tradicional y melancólica sobre la historia y la mutabilidad de la fortuna, ante la vista del roble centenario que se ha corrompido y ahuecado:

Los finos hilos de la naturaleza
Que todo lo atraviesan, hasta en sus trabajos más rústicos,
Se deleitan con la inquietud, y aún conservan
La fuerza que agita, no intacta...
Sino cansada por el impulso frecuente. A tratar
De lucir su mejor dignidad debe su disolución.¹⁸

Ese sentido, de una disolución dentro de un ejercicio vívido y productivo, es aquí exacto.

Debemos, pues, distinguir dos fasces de transición en el recorrido que va de la reflexión a la retrospectiva. Por un lado están los poemas que celebran, en un ambiente rural, a los —para utilizar el lenguaje característico de la época— “personajes humildes y meritorios”, y marcan un contraste más o menos consciente con la riqueza y la ambición de la ciudad y de la corte. Y por el otro están aquellos que desarrollan esta disparidad ética, en los cuales la oposición entre el campo y la ciudad es, por así decirlo, una atmósfera o un clima determinante en el marco de un contraste histórico, en el cual las virtudes se entienden como parte inequívoca del pasado, de un período de la vida campestre anterior y ya perdido.

El primer tipo tiene, por supuesto, antiguos antecedentes. Pero puede observarse un notable movimiento social desde, digamos, el poema que Jonson dedica a Wroth, en el cual las virtudes se concentran en un caballero rural, a *The School Mistress* (1748) de Shenstone y *Elegy Written in a Country Churchyard* (1750) de Gray. Este es, en cierto sentido, solo una extensión de compasión social, pero es interesante el cambio de tono radical que lo caracteriza. En los poemas del segundo tipo, hay un sentimiento de incurable melancolía, que se pone claramente de manifiesto si se los compara con la sensación de complacencia, y hasta de satisfacción y autosatisfacción, de una alabanza anterior a la condición humilde, *A Thanksgiving* (1647) de Herrick:

Señor, me concediste una celda
 Donde morar,
 Una pequeña casa, cuyo humilde techo
 Resiste los embates del mal tiempo...
 ...Bajo es mi pórtico, como mi destino,
 Ambos carentes de fasto;
 Aun así, el umbral de mi puerta
 Está horadado por los pobres.¹⁹

Da la casualidad de que, cuando era niño, leí por primera vez este poema bajo un techo y un pórtico probablemente más bajos que el de Herrick y me pasaron dos cosas: por un lado no podía quitarme esos versos de la cabeza y, por otro, no dejaba de experimentar un sentimiento de cólera. Mi padre lo había traído a casa en un libro llamado *Hours with English Authors*, que era un libro de texto de una clase vespertina a la que él asistía en el pueblo. Se le había pedido (así es como se enseñaban los valores) que lo aprendiera de memoria; y él me pidió que verificara si lo había aprendido bien. Recuerdo que yo releía y me preguntaba quiénes eran aquellos pobres y por qué habían desgastado aquel umbral, si la condición del poeta era en verdad tan humilde. Ahora lo comprendo mejor. La pobreza está vista desde la mirada empinada del sobrino del orfebre, el ex poeta

de la corte, el clérigo monárquico, privado de su buen pasar en el Commonwealth. La pobreza de la mayor parte de los hombres es una dimensión diferente, por debajo del nivel de comparación. Pero esta no era la fuente de mi cólera, que procedía más bien de advertir esa especie de juego de humillación que propone el autor, quien colocándose incluso en una situación más baja que el pórtico, se muestra tan complacido. Aún ahora, al repetir los versos, me parece oír el quejido:

Una pequeña casa, cuyo humilde techo

(Herrick tenía la suerte, después de todo, de que el techo fuera resistente a los embates del mal tiempo); la queja corresponde a un tipo de sentimiento que solíamos oír en unas pocas familias, generalmente despreciadas en el pueblo: una postura de tímida humillación cuando el tema giraba alrededor de la caridad o la religión. En mi espíritu, este poema me hacía evocar directamente aquello de:

Dios bendiga al hacendado y sus relaciones
 Y nos mantenga en los puestos que nos corresponden.

Y cuando después leí *The Hock-Cart* de Herrick, con su abierto manejo del sentimiento en favor del conde de Westmorland, sentí que yo había estado en lo cierto, aun cuando había hecho mi primera lectura sin ningún profesor que me guiara (más tarde, por supuesto, en Cambridge me dijeron que el poema era un ejemplo de virtud y satisfacción cristianas, valores que, en esa degradada época progresista, no era fácil apreciar).

No puedo decir que ahora prefiera el tono de Shenstone:

¡Ah!, tan tristemente desamparado se siente mi corazón
 Al pensar cómo yace desdeñado el valor de la modestia.²⁰

Pero cualquiera puede advertir el cambio de tono. Existe la inequívoca sensación de que los aires del tiempo están contra una independencia respetable; de que la bondad está siendo arrastrada a “las monótonas sombras de la pesada oscuridad”.

Shenstone, por supuesto, era un terrateniente y gastaba la mayor parte de su fortuna en uno de los primeros y bellos ejemplos de paisajismo, en Leasowes, en los límites de Shropshire y Worcestershire. Esta era su versión de la preservación de la simplicidad, en el sentimiento de su *Rural Elegance*:

Los acres paternos ya no deleitan
 Adieu al goce sencillo y sincero
 La escena habitual de colinas y valles,

Los rebaños rurales, las tormentas invernales
El vello púrpura de las enredadas arvejas
El fragante perfume de las habas
Sean solamente de quienes cultivan el suelo
Beben la copa de la sed y comen el pan del trabajo.²¹

Este sentido de adiós a la simplicidad es el elemento último de la nueva estructura de sentimiento. Y aquí, en la descripción del jardín de su profesora, aparece brevemente ese perfil histórico familiar:

Y aquí engalana el romero, aquel alguna vez coronado
El jardín más primoroso del par más orgulloso;
Hace tiempo, alejado de su envidiado sitio, encontró
Aquí un sagrado refugio para sus ramas;
Donde sus hojas relucientes, de oro parecen bordeadas.
¡Oh, días de fiesta!; ¡oh, costumbres buenas y convenientes!
Hace tiempo que esto fue desterrado de su elevada esfera:
La simplicidad se procuró entonces esta humilde celda
Ya nunca volvería a vivir junto a nobles y lores.

El arcaísmo de esta imitación de Spenser evidentemente atenúa este sentimiento familiar que en todo caso le corresponde transmitir, en gran medida, al romero. "¡Oh, días de fiesta!", en su nostalgia y a través del estilo literario, es una expresión exacta de la curiosa coincidencia de una retrospectiva rural y una retrospectiva poética, tan comunes en este tipo de poesía y que desde entonces llegó a hacerse explícita en la identificación formal de una cultura rural y una cultura literaria perdidas. Pero el acento positivo está puesto en una independencia respectable, en una morada rural remota y con una prolongada mirada nostálgica. *Elegy*, de Gray, ambientada en un camposanto, retoma un lugar común tradicional:

Los caminos de la gloria no llevan sino a la tumba²²

pero también hay una sostenida y ambigua celebración de "las breves y simples historias de los pobres". La idea es ambigua porque Gray ratifica al mismo tiempo esta remota simplicidad:

Lejos de la innoble lucha de la exasperante multitud
Sus sobrios deseos nunca aprendieron a extraviarse;
A lo largo del fresco y aislado valle de la vida
Mantuvieron el silencioso curso de su camino

y admite, con un dejo de protesta, la condición social como opuesta a la condición rural abstraída:

Pero el conocimiento, a sus ojos, su amplia página
Enriquecida con los trofeos del tiempo, nunca desplegó;
La fría miseria reprimió su noble ira
Y congeló la corriente afable del alma.

En realidad, ambos modos no pueden coexistir: la suerte del "fresco y aislado valle" y la reconocida represión del la "fría miseria". Pero en esta estructura de sentimiento se sostuvieron y transmitieron, temporalmente, las ambigüedades del llamado a la simplicidad.

Quizás esta sea la clave de ese poema desconcertante, *The Deserted Village* (1769) de Goldsmith. A la primera lectura, el sentido del poema parece claro. Los retratos del clérigo y del profesor de escuela proceden directamente (y quizás conscientemente) de Shenstone. Y se sitúan dentro de un contraste más desarrollado, pero aún familiar, entre la felicidad sencilla y el lujo ambicioso. Pero lo que luego resulta difícil de comprender es la precisión evidente del contraste social entre el pueblo feliz y el arruinado. Y no me refiero al gesto ocasional, del tipo de "¡Oh, días de fiesta!".

Hubo una época, hace ya mucho tiempo, en que comenzaron los pesares de Inglaterra
Cuando cada pequeña parcela mantenía a su hombre.²³

Me refiero a la descripción evidente de un proceso social contemporáneo que lleva al poema más allá del contraste relativamente estático entre la simplicidad y el lujo.

Pero los tiempos han cambiado; el movimiento insensible del comercio
Usurpa la tierra y destierra al zagal.²⁴

Nuevamente el tono nos resulta familiar; esto podría encajar en un lamento del siglo XVI o de comienzos del siglo XVII. Lo novedoso en *The Deserted Village* es el sentido de observación: desde una locación social precisa y visible. Es en "la dulce Auburn" —exactamente aquí— donde ocurre la expulsión.

Aun así es muy difícil estar seguro de cuál es el pueblo en que está pensando Goldsmith, en caso de que sea uno real. A veces se ha supuesto que el autor recordaba su juventud pasada en Irlanda, pero a eso debemos oponer la declaración del propio Goldsmith de 1770 (después de residir durante doce años en Inglaterra) según la cual:

Durante estos últimos cuatro o cinco años, me he esmerado cuanto me fue posible, en mis excursiones campestres, para estar seguro de lo que declaro.²⁵

Además hay una carta en *Lloyd's Evening Post* (1762), atribuida hoy generalmente a él, en la cual se dice:

Dondequiera que el viajero se vuelva, mientras ve una parte de los habitantes del país que se hacen inmensamente ricos, ve a los otros que se vuelven cada vez más miserablemente pobres, y la feliz igualdad de condición, ahora enteramente expulsada... En casi todas las partes del reino, el laborioso labrador ha sido menguado.²⁶

Y hasta se encuentra una referencia más inmediata: un corresponsal del *Public Advertiser* (29 de septiembre de 1780) registra un incidente que Goldsmith le había relatado, en el cual "fueron destruidas varias cabañas", cerca de la mansión de un "gran antillano",²⁷ quizás una base local para la insensible incursión del comercio.

El proceso social es en realidad de desmonte, de expulsión y de evacuación, para dar lugar a una mansión y sus terrenos aledaños. Se basa en el monopolio de los terratenientes:

Un solo señor se apodera de todo el dominio

y da como resultado que

...el hombre de riqueza y orgullo
Se apodera de un espacio que muchos pobres le proveen;
Espacio para su lago, los extendidos límites de su parque,
Espacio para sus caballos, sus carruajes, sus palafreneros y sus sabuesos.²⁸

Ya me he referido a un ejemplo anterior de esto —quizás en los "días de fiesta"— en el sitio campestre de Herbert en Wiltshire, donde fue escrito *Arcadia*. Hubo ejemplos notables del siglo XVIII en Oxfordshire y Dorset, y muchos otros casos menores y menos registrados. Goldsmith sigue a la gente expulsada de la aldea a sus posibles destinos alternativos: a otra parte del campo, pero

Si se extravía en los límites no cercados del campo común
Y conduce su ganado a mordisquear las escasas briznas
Aquellos campos no cercados los hijos de la riqueza dividen
y hasta los terrenos comunes desnudos y yermos se le niegan.²⁹

Allí continúa el proceso de privatización de los campos comunes; Goldsmith también los sigue a la ciudad, pero:

Si a la ciudad se apresuraron, ¿qué los espera allí?
Ver una profusión que no han de compartir.³⁰

En ella solo se sienten los contrastes más exagerados de la opulencia y la miseria en la totalidad que la ciudad representa; y finalmente los sigue hasta el exilio y la emigración:

Donde la mitad del convexo mundo se entromete.³¹

En estos casos, la perspectiva es amplia y puede verse una historia real.

No obstante nos vemos obligados a plantear otra cuestión. Lo más extraño del poema es su combinación de la protesta y la nostalgia y el modo en que se relacionan estas emociones, consciente o inconscientemente, con la práctica de la poesía. Observemos en primer lugar la invocación de la aldea que alguna vez fue feliz:

¡Dulce Auburn! La aldea más amada de la pradera,
Donde la salud y la plenitud animaban al zagal laborioso;
Donde la sonriente primavera hacía su primera visita
Y la floración prolongada atrasaba la partida del verano.³²

Lo interesante aquí se apoya en un lugar común pastoral que está a una distancia tanto literaria como histórica de su objeto:

Encantadoras y queridas enramadas de inocencia y tranquilidad,
Asientos de mi juventud, cuando todo juego podía agrandar.³³

Aquí no solo se amalgaman el recuerdo de la infancia y el recuerdo de la aldea: lo que ocurre es que, en este modo de recordar, los objetos parecen disolverse en lo que es en realidad un ejercicio poético personalista:

¡Con cuánta frecuencia me detuve ante cada hechizo!
La protegida cabaña, la cultivada granja,
El inagotable arroyo, el atareado molino,
La respetable iglesia que corona la vecina colina,
El seto de espino, con asiento bajo la sombra,
Hechos para la edad de la conversación y los susurrantes amantes.³⁴

Quizás la clave esté en el seto de espino. Debemos elegir entre la escala no corregida de la visión de un niño y la repetición vaga y al mismo tiempo mecánica de un método literario conocido. Las personas que viven en la aldea se ven, a través de esta lente, como los personajes yacentes del pastoral:

Y todo el grupo de aldeanos, libre de sus labores
Lleva sus diversiones debajo del extendido árbol.³⁵

Una vez más, como en Thomson, ¡bajo el seto de espino!

Estos eran los encantos, ¡dulce villorrio! Diversiones como estas,
En dulce sucesión, enseñaban a hallar gusto hasta en la labor.³⁶

Pero la dulce sucesión es en realidad una serie de reminiscencias literarias: una disolución de las vidas y el trabajo de los otros en una imagen del pasado.

Esta es, pues, la ironía inadvertida del poema y la explicación del destierro de la poesía. Porque lo que está en cuestión, en el verdadero movimiento de los sentimientos, es no solo la vida de la aldea, sino la independencia del poeta, que había deseado retirarse allí, donde (singular eco de Carew)

Ningún hosco guardián se yergue en culpable dignidad
Para rechazar el hambre implorante de la puerta.³⁷

No solo se trata de la frustración de esa comprensible esperanza:

Mis largas aflicciones pasadas,
Para regresar aquí y morir finalmente en casa.³⁸

Lo que se interpreta es que las fuerzas sociales que están despojando la aldea también están despojando simultáneamente la poesía (uno recuerda, irónicamente, la presencia central de la poesía en el orden social abundante y acaudalado de Thomson):

Y tú, dulce poesía, tú la doncella más amada,
Aún la primera en volar hacia donde el goce sensual todo lo invade;
Incapaz, en estos tiempos degradados de deshonra,
De sobrecoger el corazón o conmover para obtener honesta fama.
Querida ninfa encantadora, ignorada y negada,
Mi vergüenza en las multitudes, mi solitario orgullo.
Tú, fuente de toda mi bienaventuranza, y de toda mi aflicción,
Que me encontraste pobre al comienzo y me mantuviste en la misma condición.³⁹

Si lo que está en cuestión es solo la historia social del poblado, esta expulsión simultánea de la poesía es innegablemente curiosa. Pero lo que ocurre es que, desde la intensa situación personal (en la cual la independencia del poeta es insuficiente para mantener su estilo de vida y en la cual toda la humanidad que el poeta pretende representar sufre el atropello y el desalojo del tosco e insensible orden de los nuevos ricos) se extiende un paisaje que es el de la aldea que experimenta una ignominia similar. La observación de la expulsión rural es, como hemos visto, incisiva. Su realidad está presente, palpablemente, por derecho propio. Con todo, la expulsión está sujeta, además, a otro proceso; a lo que en otra parte llamé, en relación con Gissing y Orwell, una identificación negativa. Es decir, la exposición y el sufrimiento del escritor, en su propia situación social, aparecen identificados con la realidad de una historia social que está fuera de su alcance. Lo que ocurre no es pues que el autor sea incapaz de ver la historia social real; a menudo es especialmente sensible a ella, como un hecho presente. Pero la iden-

tificación entre su propio sufrimiento y el de un grupo social que está más allá de él es, al final, inevitablemente negativa. Observa exacta y profundamente el presente, pero sus relaciones con el pasado y el futuro le resultan inaccesibles, porque el proceso que las gobierna es el del autor mismo: un sentimiento acerca del pasado, una idea sobre el futuro, en la cual mediante lo que es realmente una intersección, se hace encajar el presente observado. No debemos necesariamente dudar de la calidez de los sentimientos de Goldsmith en relación con los hombres expulsados de la aldea: esa conexión es definitiva. La estructura se hace ambigua solo cuando este sentimiento compartido se extiende al recuerdo y a la imaginación, porque lo que domina entonces, tanto en el lenguaje como en la idea, es una fuerza diferente: la historia social del escritor. De ahí que los retratos nostálgicos del clérigo y el profesor de la escuela sean de hombres independientes y apreciados en su propio entorno, apoyados por un estilo de vida general en el cual la independencia y la comunidad son reales. Para este poder autodependiente, que es también el del poeta, la invasión de la riqueza y la moda son fatales. Sin embargo, ser poeta significa, irónicamente, ser un poeta pastoral: la condición social de la poesía —porque hasta allí llega Goldsmith— es la economía pastoral idealizada. La destrucción de una es, o representa, la destrucción de la otra. Y luego la aldea misma adquiere un modo pastoral y poético: su expropiación se atribuye a los vicios generales de la opulencia y el lujo. De modo que resulta muy significativo que el antiguo villorrio fuera feliz y productivo mientras la nueva condición es infeliz e improductiva:

Un solo señor se apodera de todo el dominio,
Y medio cultivo reduce la sonriente pradera,
El espejado arroyo ya no refleja el día,
Sino que sofocado por juncos busca trabajosamente su camino entre la mala hierba;
A lo largo de los claros, un solitario huésped,
La garza de sordo graznido cuida su nido;
En medio del paseo desierto vuela el avefría
Y fatiga sus ecos con monótonos gritos.⁴⁰

En realidad sería sencillo si el proceso social fuera verdaderamente así. Pero la historia real, en la cual la destrucción de las antiguas relaciones sociales estuvo acompañada por el uso acrecentado y la mayor fertilidad de la tierra, es algo que el proceso imaginativo pasa por alto; en él, cuando se destruye el orden pastoral, la creación se “reduce”, el arroyo “se sofoca”, el graznido de la garza es “sordo”, los gritos del avefría “monótonos”. Esta creación de un paisaje “desierto” es un proceso imaginario, antes que social; es lo que le provoca el nuevo orden al poeta, no a la tierra. El recuerdo de la “dulce Auburn” es de un tipo de comunidad, un tipo de sentimiento y un tipo de poesía que ya no pueden sobrevivir, bajo la presión del “movimiento insensible del comercio”, pero que tampoco pueden disolverse en una nueva relación e imaginación; que solo pueden tener

cabida en el exilio y en una desesperada protesta, fuera del alcance de la historia:

Deja aún que la voz, que prevalece a través del tiempo,
Compense los rigores del inclemente clima.⁴¹

Es esa poesía exiliada, al final de *The Deserted Village*, la que debe enseñar, esperanzadamente:

Ese orgulloso imperio del comercio corre a su rápida perdición,
Como los océanos barren con el muelle fatigado;
Mientras el poder autodependiente puede desafiar el tiempo,
Como las rocas resisten el cielo y el oleaje.⁴²

Aquí, con precisión inusual, se proyecta lo que luego podemos llamar una estructura de sentimiento romántica: la afirmación de la naturaleza contra la industria y de la poesía contra el comercio; el aislamiento de la humanidad y la comunidad en la idea de cultura, contra las presiones sociales reales de la época. Podemos captar sus ecos, exactos, en Blake, en Wordsworth y en Shelley.

III

Una construcción diferente de un pasado más feliz, con un llamado consciente a la moral en el presente, aparece en *The Country Justice* (1774-1777) de Langhorne. Aquí, la referencia última es a los bretones libres, antes de la invasión de los sajones, los daneses y los normandos: una variación sobre esa idea del yugo normando que interpretó la conquista como la institución de la propiedad, la opresión y el señorío feudales y el período previo a la conquista —especialmente el reino sajón de Alfred— como el de una comunidad rural libre e igualitaria. En Langhorne (y hay tantas buenas razones —o tan pocas— para defender cualquiera de las dos posturas), los antepasados libres eran los bretones; ellos mismos invasores, pero mucho tiempo antes. Con todo, la idea de libertad que representan no es solo “histórica”:

¿Fueron pensamientos como estos el sueño de los antiguos tiempos?
¿Peculiares solo para cierta edad o cierta región?
Y ¿no imparte acaso la naturaleza pensamientos como estos:
Respira en el alma y escribe sobre el corazón?⁴³

Aquí, la idea de una libertad primitiva y del impulso y la enseñanza perpetuos de la “naturaleza” se combinan como en Rousseau, a quien el poema hace una referencia oblicua, a través de la sublevación corsa. Pero Langhorne encuentra un

portador más particular de este ideal: el magistrado de campo, el juez de paz, del reinado de Eduardo III:

En días más felices, con destino más auspicioso
El largamente famoso Eduardo sanó su estado herido...
...Las leyes sociales mudó del insulto a la protección,
Apreciar la paz, cultivar el respeto;
La crueldad desmedida de los ricos refrenar,
Allanar el lecho de la miseria y el dolor...
...Por eso el magistrado rural de antaño,
Tus honores, Eduardo, llevó a su mansión.⁴⁴

El poema pasa luego a una identificación de esta justicia tradicional con las antiguas casonas campestres:

Los claros recintos de la antigua casa solariega.

Y la toma como base para atacar las nuevas formas:

Ni juzguéis a la ligera, los simios de moderna raza,
Las ciudades que hieren con llamativos ropajes el rostro de la naturaleza,
De las principales estructuras que aquí veis;
Estas se elevan por encima de una grandeza jamás vista.⁴⁵

El claro orden antiguo está siendo invadido (como ya hemos oído antes) por los ciudadanos acaudalados que han hecho su dinero en el comercio y por los nuevos vicios de la moda, por los cuales el desprecio de Langhorne es igualmente evidente:

Los arquitectos del reino, cuyo antiguo gusto,
Devastaría los reinos del sentido y la naturaleza.⁴⁶

La llegada al antiguo país de estos hombres nuevos y estos nuevos sentimientos oscurece la justicia tradicional:

¡Oh, Eduardo! ¡Aquí tus más bellos laureles palidecen!
Y tus grandes glorias oscurecen en la sombra.⁴⁷

La severidad para con los ex soldados errantes y el cruel encarcelamiento de las madres solteras son signos de la decadencia. La antigua justicia y su honorable sentido humanitario se muestran como la antítesis de la frialdad y el rigor de los nuevos tiempos.

Langhorne observa luego un ejemplo más particular: el trato que les dan a los pobres de edad avanzada aquellos contratados para ocuparse de ellos.

Pero quien se gana la mayor atención es un monstruo,
Un monstruo dotado de rostro humano,
¡El funcionario de la parroquia! Aunque el VERSO desdén
Los términos que deforman de la canción el esplendor;
Se inclina para ordenarte que te encorves con el ceño severo
Ante el malicioso, ratero y cruel inspector;
El huidizo granjero, leal a ninguna obligación,
¡Implacable como la roca, insaciable como el polvo!
Cuando el pobre labriego, con el transcurso de los años ve sus fuerzas declinar,
se apoya débilmente en su pala alguna vez subyugadora,
Olvidado el servicio que brindó en sus días más capaces,
Su provechosa faena, su honesta valía,
¿Deberá este infeliz abreviar su escaso pan,
Este esclavo, cuya pensión sus antiguos esfuerzos esparcen?
Cuando los soles abrasadores y el aire perjudicial de la cosecha
Arrancan de la debilitada mano laboriosa la apretada hoz,
¿Dónde hallará alimento la desprotegida familia
Que vanamente se consume por el pan del padre?
Ved a la pálida madre, sumergida en el dolor y la inquietud,
Que al orgulloso granjero temerosa acude;
pronto a ser despedida con indolencia
¡pronto a ser enviada a la sacristía y a un día distante!
Enviada ¡a perecer! ¿Mi verso es severo?
¿Poco amistoso con el carácter humano?
¡Ah! Confía en esta visión de la triste experiencia:
La verdad es dura, pero el relato es justo.⁴⁸

No hay razón para dudar de la exactitud de esta versión del tratamiento de los "indigentes". Longhorne cuenta la historia de un pastor y su esposa que fueron encontrados muertos de inanición en su lecho de juncos. Y esto, sostiene el autor, es culpa de la justicia:

Quando tu buen padre sostenía este amplio dominio,
La voz del pesar nunca se lamentaba en vano...
Él no dejaba su interés al cuidado de ninguna parroquia,
Allí ningún alguacil ambicionaba su pequeño imperio.⁴⁹

Esta retrospectiva se generaliza en una evocación familiar de los antiguos días:

¡Oh, días hace tiempo perdidos para el hombre de toda condición!
Los días dorados de la hospitalidad...
Cuando la RIQUEZA era la doncella de la virtud y su puerta
Ofrecía un refugio libre a los errores del destino;
¡El pobre veía de cerca a sus protectores

y los legisladores eran un complemento de la ley!
Idos están aquellos días y la oscilación sin límites de la MODA
Se ha llevado al magistrado del campo...
Ya no es posible contemplan al bienhechor rural.⁵⁰

Nuevamente de regreso a Penshurst y Saxham. Todos sus sucesores han partido a la ciudad o a Brighton. Y, una vez que ha partido el señor de la tierra, ¿quién queda que sea justo y humano? Solo el alguacil rufián y el rastrero, hipócrita guardián de la iglesia que canta sus salmos.

La ira de Langhorne es generosa, pero su visión social es extraña. Después de haber pasado su vida como tutor privado y como clérigo, se casó con una mujer perteneciente a una familia de terratenientes y llegó a ser juez de campo en Somerset. A su modo de ver, la humanidad se proyecta en una tradición rural perdida y los sentimientos inhumanos en los agentes de un proceso contemporáneo. Así es como el alguacil, y no el terrateniente, se apodera del rebaño del pastor que ha muerto de hambre:

Llevado por el señuelo del oro no contabilizado.⁵¹

Por supuesto, tales alguaciles y tales agentes existieron, pero es ocioso aislarlos del proceso social a cuyo servicio estaban y de los terratenientes especuladores que (como reconocía Langhorne) conservaban la responsabilidad de ese proceso. Es como si un ser humano no pudiera situarse en posición de ver los orígenes reales de las miserias que en su tiempo caracterizaban a la clase con la cual él estaba directamente vinculado. Por lo tanto debe, o bien idealizar el pasado, o bien explicar el presente en virtud de la ausencia de los antiguos terratenientes y la irrupción de los hombres nuevos.

Los terratenientes que se ausentaban de sus tierras, por supuesto, existían y constituían una clase que, a pesar de lo que pueda haberse dicho, siempre supo lo que se estaba haciendo en su nombre y en su interés. Pero ni estos ni los comerciantes transplantados pueden identificarse aisladamente como la fuente del impulso al monopolio y la privatización de las tierras comunes y de todos los rigores sociales que surgieron en consecuencia. El proceso real de transformación de la Inglaterra rural estuvo firmemente guiado por las manos de los muy presentes, y comercialmente activos, terratenientes. Y el verdadero origen del cambio fue el sistema evolutivo del capitalismo agrario que, en lo que ha sido un rasgo del capitalismo a lo largo de toda su historia, logró transformar su medio de un modo dramáticamente productivo, utilizando a los seres humanos y la naturaleza misma como instrumentos de un propósito dominante.

En este sentido, el capitalismo siempre fue un proceso ambiguo que aumentaba la riqueza real, pero la distribuía de manera desigual; que permitía a un número mayor de la población crecer y sobrevivir, pero que dentro de esa población

consideraba a los seres humanos solo como productores y consumidores, sin pretender de la sociedad otra cosa que esas capacidades abstractas. Por lo tanto, hubo un contraste permanente entre el extraordinario mejoramiento del uso de la tierra y las consecuencias sociales que tuvo precisamente ese proceso en la situación de los desamparados, los vagabundos, los ancianos, los enfermos, los discapacitados, las madres lactantes y los niños, incapaces de funcionar en esos términos, eran considerados meramente como una carga negativa y no deseada. Para ver la paradoja de una producción que alcanzó el éxito y generó esas consecuencias humanas habría que penetrar en el carácter íntimo del capitalismo mismo. Para hombres como Langhorne, era más fácil separar las consecuencias del sistema y luego atribuirles a la decadencia social cuando en realidad esta era el resultado del crecimiento económico y social.

Evidentemente, en la medida en que el nuevo sistema social se manifestaba más provechoso, más generalizado y más confiadamente agresivo, hubo siempre la posibilidad de que se formara una base local para cierto tipo de lamento retrospectivo. Aquí y allá, podían en verdad recordarse diferentes estilos, diferentes épocas. Pero, bajo la presión de las contradicciones generales del sistema, esta observación local realista se fue convirtiendo en un bosquejo histórico general y luego en un mito. La clase terrateniente inglesa que, al cambiar su mundo, también había cambiado, fue idealizada y colocada en un contraste histórico con sus propias actividades reales. Los hombres vinculados con ella y dependientes de ella tenían dificultades para reconocer su carácter auténticamente inhumano; por su parte, la mayor parte de los pobres y oprimidos no contaban con una voz de enlace que reconociera claramente cuál era su experiencia cotidiana. Así es como el instinto humanitario quedó separado de la sociedad; se transformó en un sentimiento de compasión y piedad *posterior* a los acontecimientos sociales. La verdadera clase rectora no podía ponerse en tela de juicio, de modo que se estimaba que sus miembros estaban temporalmente ausentes o que habían sido buenas personas reemplazadas por personas nuevas y malas, cuando había sido, en realidad, una sucesión de la misma gente. Hemos oído esta triste canción desde hace muchos siglos: una canción seductora que transformó la protesta en mirada retrospectiva, hasta la noche de los tiempos.

La visión que ofrece Langhorne de la antigua justicia y su contraste con la nueva es uno de los elementos principales de todo un modo de ver el pasado rural que ha llegado a ser característico. Como hemos visto, el autor sitúa primero la antigua justicia en un período que corresponde a una generación anterior y luego en otro que corresponde a muchas generaciones previas. Esta vaguedad móvil acerca de los diferentes períodos es usual en todo el debate que se desarrolló posteriormente.

Pero, por el momento, coincidamos en esta mirada retrospectiva. Lo que ha sido llamado el paternalismo de las leyes Tudor de los pobres siempre estuvo vinculado a una ofensiva contra lo que se llamaba el vagabundeo. Este carácter doble de la legislación es característico de la aparición del capitalismo rural como

orden social. En la carente economía medieval, la pobreza podía entenderse como la consecuencia de las que se consideraban calamidades naturales: el hambre, la enfermedad, las pestes. Así, la respuesta a la pobreza era, por lo menos en teoría, una caridad natural de la que todos participaban por el simple hecho de existir, de ser parte de la naturaleza: un deber ante Dios incluía el deber para con los demás hombres, en una perspectiva predominantemente religiosa. Por supuesto, la realidad era muy diferente: la pobreza normal se entendía como parte del orden previsible y la pobreza anormal debía probar fortuna en un sistema arbitrario. Pero fue en la evolución desde una economía en general escasa a la ruptura y la movilidad propias de la sociedad posfeudal, donde apareció decididamente una nueva ideología. Esta organizó de inmediato las respuestas a la pobreza, tales como las nuevas ideas del siglo XVI sobre una tasa obligada de pobres, la clasificación de los tipos de pobreza y la nueva maquinaria administrativa destinada a ocuparse del tema. Y, en el reverso de la moneda, este proceso vinculó de maneras novedosas la pobreza a la mano de obra, de modo tal que el hostigamiento de lo que se llamó el vagabundeo (que en sí mismo era el resultado de una perturbación y una movilidad creadas socialmente) llegó a ser, a su vez, un deber moral. Los recaudadores e inspectores tuvieron, desde el comienzo, esta función doble: organizaban el socorro a los más necesitados y se ocupaban de dar trabajo a los desprotegidos y expulsados. El mayor problema de este sistema siempre fue el modo de tratar la inevitable y natural movilidad. En gran medida, el verdadero propósito de las leyes contra los vagabundos era obligar a quienes carecían de tierra a trabajar por un salario en la nueva organización de la economía. Pero este proceso se racionalizó, a través de la organización de la ayuda alrededor del ámbito parroquial, como el deber que tenía la gente de cuidar de sí misma y de sus vecinos; pero luego, solo de sí misma. La idea del núcleo rural y después la del cuidado paternal fueron formas de contrarrestar las ideas de movilidad, de los "robustos pícaros" errantes, de los trabajadores libres.

Este contraste persistió en una prolongada crisis de valores. Aún hoy es común oír una idealización del asentamiento rural, de la buena vecindad, como si esta fuera la única realidad de comunidad. Ya en pleno siglo XX, T. S. Eliot, al definir la idea de una sociedad cristiana, pudo decir: "En general, parecería ser lo más conveniente que la mayor parte de los seres humanos se fueran a vivir al lugar en el cual nacieron".⁵² ("La mayor parte", por supuesto, excluye a un hombre que se mudó no solo de un lugar a otro, sino de un continente a otro.)

No obstante, alrededor de la idea del núcleo rural creció una estructura real de valores que se inspiró en varios sentimientos profundos y persistentes: una identificación con las personas entre las cuales crecimos; un apego al lugar, al paisaje, en el cual comenzamos a vivir y aprendimos a ver. Yo reconozco inmediatamente estos sentimientos por mi propia experiencia. En sueños, el único paisaje que veo siempre es el de la aldea de Black Mountain en la que nací. Cuando re-

greso a esa campiña, siento que recuperé un tipo particular de vida que a veces me parece una identidad ineludible, una conexión más definitiva que aquellas que he conocido en otras partes. Muchos otros hombres sienten lo mismo en relación con sus propios lugares de origen y la fuerza de la idea del poblado, antiguo o nuevo, es pues auténtica e indiscutible. Pero, para la mayor parte de la gente, el problema siempre ha sido cómo continuar viviendo donde uno lo ha hecho hasta entonces. Conozco esta experiencia también personalmente: no solo porque tuve que mudarme en busca de una educación y continuar haciendo un determinado tipo de trabajo; sino también porque toda la región en la que nací fue perdiendo firme y terriblemente a su gente, que ya no podía ganarse la vida allí. Cuando oigo idealizar el núcleo rural, no necesito basarme en los sentimientos de otros; conozco en su exacto sentido qué significa la vecindad y qué implica separarse y partir. Pero también sé por qué la gente ha tenido que mudarse, por qué tantos miembros de mi propia familia tuvieron que mudarse. De modo que veo la idealización del asentamiento rural, en su habitual versión histórico-literaria, como una indiferencia insolente ante las necesidades de la mayoría de la gente. En particular, la idealización del viejo estilo de la ley de los pobres —ya sea en Langhorne, ya sea en los escritores del siglo XX— me parece un error tan profundo como negar la humanidad que esa idealización convencionalmente expresa. Sin embargo, puedo comprender que para cualquiera que no haya experimentado las condiciones del empleo monopólico o casi monopólico, resulta difícil penetrar en la ideología de ese paternalismo egoísta. Para aquellos que pueden asentarse con cierta razonable independencia, el asentamiento rural es en realidad fácil y es positivamente recibido. Pero para aquellos que no pueden hacerlo —y bajo la presión del cambio producido por un nuevo modo de producción estos llegan a ser mayoría— la vida en un poblado puede convertirse en una prisión: el largo desaliento y la desesperación que impone la rigidez de las condiciones. Y el objeto de las actas de asentamiento era mantener esa rigidez, ese yugo implacable sobre los hombres. Desde la opresión feudal a que estaban sometidos los siervos, hasta la maquinaria más complicada de la ley de los pobres, este control es evidente. Las consecuencias de lo que se idealiza como una economía moral pueden leerse pues claramente. Uno encajaba en el lugar al que pertenecía; si salía de allí, era hostigado. Como se estableció en el preámbulo de una nueva acta:

A causa de cierto error en la ley, no se les impide a los pobres pasar de una parroquia a otra ni, por consiguiente, esforzarse por establecerse en aquellas parroquias donde se halla el mejor ganado, las tierras comunes o los terrenos baldíos más amplios donde construir sus cabañas y donde están los mejores bosques que ellos quemar y destruyen.

Hubo muchos intentos previos para evitar que tales hombres y mujeres procuraran de este modo el sustento. Desde el siglo XIV, hubo sistemas de licencias

para todo sirviente o labriego que abandonara su parroquia; certificados extendidos por los empleadores que demostraban que el individuo estaba realmente “en libertad”, así como la maquinaria de control desarrollada mediante el Estatuto y las ferias de contratación. A través de las diversas etapas de este control de los hombres entendidos como mano de obra, las tareas de socorro a la pobreza, que también incluían ciertos sentimientos naturales y amables, estuvieron amargamente comprometidas. Porque, por un lado, desde mediados del siglo XVII hasta fines del siglo XVIII, los salarios no se elevaron como deberían haberlo hecho, a pesar de que aquel fue un período en el cual la prosperidad de la agricultura aumentó de manera muy notable. Por otro lado, todos aquellos que caían en esa red de control primario —las mujeres con niños, los huérfanos, los hijos ilegítimos, los enfermos y los ancianos— eran tratados en virtud de un sistema de socorro basado en el núcleo rural, el cual, en sus muchas variaciones locales, era en su conjunto inevitablemente cruel. “Las personas de edad avanzada, incapaces o impotentes”, con menos de tres años de residencia, podían ser expulsadas físicamente del poblado o desestimadas legalmente. A los huérfanos se los enviaba a trabajar de aprendices, lo cual los ataba al favor y las condiciones de un amo. Las madres solteras eran enviadas a prisión. Las familias con una cantidad excesiva de hijos eran trasladadas a los lugares donde fuera posible instalarlas; irónicamente, estas personas eran menos vulnerables en las ciudades y en las primeras zonas industriales que en las aldeas; allí, a veces, podían crear una pequeña unidad económica, mientras que en los poblados rurales las personas más apreciadas eran el productor independiente, el hombre soltero y robusto y el sirviente doméstico. Por supuesto, hubo parroquias en las que prevaleció el sentimiento humanitario. Pero el sistema consistió en el perverso traslado de los más desprotegidos de una parroquia a otra y, luego, en la institución de los asilos para desamparados, donde podían concentrarse y por lo tanto controlarse más directamente estos desechos humanos —los enfermos, los ancianos, los dementes, los desheredados y los fugitivos—. Así describió Crabbe, posteriormente, uno de estos asilos mixtos:

Allí moran niños que no saben lo que es el cuidado paterno:
Padres que no saben lo que es el amor de los niños, viven allí;
Matronas con el corazón desgarrado en sus lechos carentes de alegría,
Esposas abandonadas y madres nunca desposadas;
Viudas desoladas cuyas lágrimas nadie tiene en cuenta,
Y ancianos mutilados más temerosos que los niños;
El lisiado, el ciego y ¡por lejos los más felices!
El deprimente tonto y el loco festivo.⁹

Aun aquellos que podían permanecer en sus parroquias estaban sujetos a presiones, cuando pasaban necesidad. A partir de 1693, el socorro a los ancianos

afincados en la aldea —como los hombres que describe Langhorne— dependió de la autoridad de la justicia que llevaba un registro, revisado anualmente, con los nombres de los beneficiarios. Un acta de 1697 ordenó que estos pobres pensionados llevaran una letra “P” roja o azul en sus abrigos: ya eran una categoría y estaban marcados.

Ante todos estos datos, nos resulta difícil aceptar la historia de Langhorne, aunque podemos estar de acuerdo con su observación. Aquel era un sistema largamente establecido que producía la crueldad que tanto impresionó al poeta y nunca hubo ninguna posibilidad de elevar la justicia del campo por encima de los principios morales de la sociedad y la economía rurales a las que él pertenecía. El buen hombre atrapado en el sistema (uno de ellos fue Henry Fielding, en un ambiente diferente) podría mitigarlo con misericordia; podría descubrir maneras de reformarlo. Pero los límites estaban allí, como parte de toda una realidad. La justicia y el inspector, el terrateniente y el alguacil, pertenecían a un mundo común y dominante. Ese relato era en realidad severo y no había reemplazado a los “protectores rurales”. Se fundaba en ellos.

9. Criado para labrar la tierra

Ya no es cierto, aunque te lo muestren en poemas, desdénalo.
Y admite que la vida aldeana es una vida de dolor.¹

Ahora resulta más fácil comprender la insistencia de Crabbe. La observación es la misma que la de Goldsmith o la de Langhorne, pero se presenta dentro de una nueva estructura de sentimiento que puede prescindir de la mirada retrospectiva. Lo que se ve, según una nueva convención, es un contraste social muy presente y activo. La energía de la nueva convención surge del repudio de la antigua, un rechazo de lo “pastoral”:

Admito por cierto que los campos y los rebaños tienen su encanto
Para aquel que cultiva los primeros y apacienta los últimos;
Pero cuando en medio de tales escenas placenteras, describo
A los pobres laboriosos nativos del lugar,
Y veo el sol del mediodía, con los rayos ardientes
Sobre sus cabezas descubiertas y sus sienes perladas;
Mientras algunos con cabezas más débiles y corazones más desfallecientes,
Deploran su fortuna y aun así lo hacen dignamente:
¿Osaré, pues, ocultar estos males ciertos en los adornos de oropel del orgullo poético?²

Aquí se advierte una alteración del paisaje, en virtud de una alteración del modo de ver. La inclusión del trabajo, y por lo tanto de los hombres laboriosos, es un cambio consciente de filiación. Para percibir su magnitud nos basta recordar los campos que rodean a Penshurst y para reconocer la corrección consciente del sentimiento, solo necesitamos evocar *The Hock-Cart*.

En cierto sentido, ese reconocimiento que manifiesta Crabbe tuvo un antecesor. Un siglo y medio antes, había quien se oponía con energía a la idealización pastoral:

Raymond Williams

Ninguna fuente murimura aquí, ningún cordero retoza,
Ni trina el pardillo, ni hay praderas de apariencia feliz;
Todo conforma una escena sombría y melancólica
Capaz únicamente de provocar de la musa el hastío.
Cuando nosotros trillamos los guisantes color de hollín, apenas podemos reconocer
Nuestro color natural, al regresar de la labor:
El sudor, el polvo y el sofocante humo
Nos hacen semejantes a los etíopes.
Espantamos a nuestras esposas, cuando el atardecer nos lleva de regreso a casa;
Y los atemorizados niños creen que llega el ogro.
Semana tras semana, esta tediosa tarea realizamos,
Salvo cuando los días ventosos crean una nueva;
Nueva, por cierto, pero ¡a menudo peor!
La trilladora solo se somete al castigo del Señor.²

En estos versos hay un cambio decisivo, en la particularidad de la tarea y, sobre todo, en el pronombre personal determinante:

Cuando *nosotras* trillamos los guisantes color de hollín.

Porque quien habla es Stephen Duck, aún llamado con prolongada condescendencia el "poeta trillador". Conocemos su historia, en todo sentido, por la página introductoria de su primer volumen:

Quien fue durante muchos años un pobre trillador en un granero de Charleton, en el condado de Wilts, por un salario de cuatro chelines y seis peniques a la semana, hasta que Su Difunta Majestad la reina CAROLINA supo de su existencia y, en reconocimiento a su gran genio, le concedió un apartamento en Kew, cerca de Richmond, en Surry, y un salario de treinta libras al año; desde entonces, él estudió las lenguas eruditas, tomó los hábitos y hoy goza de la dignidad de clérigo.

De todos modos, nada puede disminuir la fuerza sencilla de uno de sus primeros poemas *The Thresher's Labour*:

Dejad que aquellos que se regalan en su desahogo con delicados bocados
Se compadezcan de los segadores que preparan sus fiestas:
Pues las labores casi no cesan de pesarnos;
El descanso nunca llega, solo los domingos:
Y apenas esto han de permitir nuestros amos.
Pensad qué vida de dolor llevamos diariamente;
Cada mañana al alba estamos en pie y ya tarde volvemos al lecho;
Ni cuando dormimos, estamos seguros de librarnos de las penas;
También entonces repetimos una y otra vez la labor:
Nuestra imaginación imitadora nunca parece hallar sosiego;

Criado para labrar la tierra

Y lo que en la vigilia realizamos, ella lo renueva en sueños...
...Así es como gira el curso del año,
Sin que podamos hallar respiro a nuestra faena;
Como Sísifo, nunca logramos completar nuestro trabajo;
Continuamente rueda colina abajo la incansable piedra.
Nuevas y mayores tareas suceden a las cumplidas;
Y al ser siempre nuevas, por siempre han de durar.¹

Estos versos fueron escritos cuando Duck era un trillador, cuando

Trabajaba todo el día para su amo; y, después de las labores de la jornada, por las noches, se dedicaba a sus libros.

Es fácil sentir la tensión de la voz de este labriego a medida que se va adaptando, lentamente, a los modelos de versos en boga: la explicación formal, la angustiosa referencia clásica, las ordenadas cláusulas subordinadas de ese estilo literario sereno. No obstante, el sentimiento se impone a través de esos recursos, a su manera, y es notable, leyendo esta simple y evidente verdad, que el nombre de Duck, aún en el siglo XX conlleve asociaciones "restrictivas".

Un blanco aún mejor para el ingenio —y, ciertamente, para el desprecio— es la subsiguiente absorción social. Lo que ocurrió era probablemente inevitable:

Personas distinguidas comenzaron a requerirlo de diferentes maneras.

Expuesto ya a una ideología convencional,

La pobreza satisfecha no es cosa tan terrible,
Libre de las inquietudes que las complicadas riquezas traen...
...La labor del pobre condimenta su comida;
Su bocado es grato y su descanso, dulce...
...Pero plantemos la situación de otro modo:
Si fuera la pobreza tan odiosa como dicen,
Es más noble soportar alegremente nuestro destino,
Que murmurar y quejarse bajo su peso¹

Duck había pasado de esa dignidad sufriente, defensiva aunque comprometida, a un tono diferente. Poco después de su mudanza, escribió *Gratitude, a Pastoral*: aquellas dos palabras, juntas, constituyen la parte esencial de la historia.

Oh, tú, MENALCAS, conoces mi abyecto nacimiento,
Nacido en una cabaña y criado para labrar la tierra:
Condenado siempre a servir a inflexibles gentes mundanas,
Obligado a recibir de sus frugales manos mi pan:

Pero cuando CAROLINA supo de mis miserias,
Me bendijo con una pradera propia
Y esto hizo arder en mi pecho placeres nuevos;
Estas miradas gozosas, a su magnificencia yo las debo.⁶

El enfoque es franco y comprensible, de modo que no es realmente sorprendente oír uno o dos años después:

A los bienaventurados bosquecillos yo les canto y a las floridas praderas:
Las ninfas de la floresta estimulan mi canción rural.⁷

Esto, como es característico, ocurre en *On Richmond Park, and Royal Gardens*, donde lo "pastoral", como un juego, estaba perpetuamente al alcance de la mano. William Kent había diseñado, para la reina Carolina, un pabellón llamado la Caverna de Merlín —"una fachada de estilo seudoclásico bajo un techo de paja"— y Duck había sido destinado allí en calidad de guía. ¿Qué decía entonces el guía?

Ningún ejército rapaz saquea nuestra fructífera llanura;
Sino que, bendecido por la paz y la plenitud, sonrío el zagal.
No sonrío así en las costas extranjeras;
Los pobres campesinos con sus severas cargas gimen,
y labran la gleba para una cosecha que no les pertenece.

Hay una breve y dramática transición desde:

La mañana ya pasada, sudamos bajo el sol;
Y con gran desasosiego nuestro trabajo continúa.
Ante nosotros confusos cardos encontramos,
Y el trigo marchito se vuelve hostil con el envolvente viento.
Detrás, nuestro amo espera; y si descubre
Una compasiva espiga, grita de mala gana:
"Derramáis la mitad de vuestro salario sobre la tierra".
Luego roza los rastrojos con su codiciosa mano.

Pero no se trata solamente de una transición desde un campo de Wiltshire a Richmond Park y los Jardines Reales; es una transición literaria decisiva, un cambio desde el "nosotros" a "el zagal". A los pocos años, Duck estaba escribiendo sus imitaciones de los clásicos, elevadas y trabajadas hasta obtener las formas de esa cultura de moda que no era únicamente una postura literaria —la tradición "elevada"— sino, como siempre, una ratificación social. Podemos representarnos de la manera más clara el consecuente desánimo y la inconsciente ironía, en uno de sus poemas, imitación de los claudinos, que por otras razones imprevisibles, llegó a resultar ridículo:

Cuán bienaventurado es el zagal de la pradera de Bethnal
Que nunca contempló una corte,
Y cuyos ojos nunca vagaron más allá del panorama,
De su campo paterno.

Con esta triste historia tras de sí, Crabbe tenía, en cierto sentido, que recomenzar todo nuevamente. Crabbe hace la distinción entre el campo grato de "aquel que lo cultiva o que apacienta sus rebaños" y la realidad de los "pobres y laboriosos naturales del lugar". Esto es en sí mismo interesante, como una observación de la realidad social: la distinción efectiva entre el propietario que "cultiva" y "apacienta sus rebaños" y los labriegos que solo hacen el trabajo. Como ocurre ahora con los constructores o arquitectos; se dice que ellos "construyen", pero que los obreros solo "trabajan en la construcción" o, según otra convención, "colocan ladrillos" o "son los carpinteros" o "hacen la mezcla de concreto"; realizan las partes, pero no el proceso en su conjunto del cual se apropió el empresario o el contratista y que, como en realidad no es un proceso que vaya en la dirección de los obreros, no les pertenece auténticamente. Pero la distinción más inmediatamente dominante es la que Crabbe establece entre "aquel que cultiva" y el "yo" del poeta. La convención se ha modificado con esta separación esencial: el escritor es el observador independiente y no ya (o no plenamente; veremos un ejemplo luego) el poeta invitado por el terrateniente. Al mismo tiempo, desde este tipo de posición independiente, Crabbe, como Langhorne, observa, característicamente, al labriego ya entrado en años:

Porque ahora va hacia su sepulcro con dolor;
El rico lo desdén, no el pobre;
Los amos, sucesivos, ordenan a su esclavo,
Apreman los débiles esfuerzos de su frágil mano,
y, cuando sus años intentan cumplir la tarea en vano,
Con crueles pullas se quejan del pobre holgazán.⁸

Aquí vemos el quiebre de una ideología, en virtud de lo que a primera vista es una observación humanitaria. Pero la ruptura se extiende. La primera prueba general de la postura antipastoral de Crabbe es una extensión de la tierra yerma; el suelo improductivo, invadido por mala hierba, de los alrededores de Aldeburgh en Suffolk. Y es importante hacer hincapié en este aspecto porque cualquier estudio de la literatura y la historia de la Inglaterra rural debe siempre prestar atención a la región y al lugar a los que se hace referencia. "Una sonriente campiña", como veremos en *Rural Rides* de Cobbett, puede dar lugar, después de un viaje de una mañana, a "una extensión de arena abrasadora". Las generalizaciones sobre la Inglaterra rural, en este período como —aunque en menor medida— en

nuestra propia época, a menudo tienen que atender a este dato de un desarrollo desigual. El Suffolk de Arthur Young estaba a solo un día de viaje del de Crabbe y ambos datan del mismo período.

No obstante, la visión de Crabbe es más que una respuesta a la realidad de la tierra yerma, que siempre puede —como proponía Young en sus campañas— ser mejorada. Crabbe regresa de la “extensión de arena abrasadora” y señala un aspecto esencial:

Pero estas son escenas en las que la naturaleza con mano avarienta
Concedió una porción sobrante a la tierra hambrienta;
Ella tiene la culpa, si aquí la humanidad se lamenta
Del suelo estéril y la labor realizada en vano;
Y sin embargo en otros panoramas a la vista más hermosos,
En los que la plenitud sonríe —infortunadamente, les sonríe a unos pocos—
Y aquellos que no la sáboean contemplan no obstante su abundancia,
Son como los esclavos que excavan las doradas minas de oro o cobre,
La riqueza que los rodea los hace doblemente pobres.⁹

Esta es precisamente la condición:

Pero famélico camina a través de la profusa abundancia de la naturaleza¹⁰

que había advertido Duck y que luego situó para mayor seguridad más allá del mar. Es la crisis especial del capitalismo tanto rural como industrial. En Inglaterra hay ahora muchos lugares en los que podría situarse la escena:

En los que la plenitud sonríe —infortunadamente, les sonríe a unos pocos—

pero probablemente se trate de Leicestershire o de los campos de aldeas dependientes del castillo de Belvoir, donde Crabbe se desempeñaba como capellán doméstico del principal terrateniente, el duque de Rutland. Algunas de estas tierras se habían privatizado poco antes de que él escribiera este poema: por ejemplo, Croxton fue privatizada en 1766, mediante un ardid combinado del duque y el clérigo local. En esa región, bajo ese gobierno, el labriego es pobre en medio de la plenitud. En la tierra yerma, la culpa era de la naturaleza; pero aquí, ¿quién es el culpable?

La pregunta está formulada, pero finalmente la respuesta no está en el carácter o la fuerza de la visión de Crabbe. *The Village* es en verdad un poema contrapastoral que opone sus descripciones del dolor a las descripciones “pastorales” del placer. Del mismo modo, es una réplica contra las versiones halagüeñas de una economía moral; la asistencia que debería brindarse no se brinda. Como dice Crabbe, echando una mirada retrospectiva a Goldsmith:

¿Y no aparece él, el hombre piadoso,
El “rico de paso con cuarenta libras al año”?
¡Ah, no; el pastor de diferente linaje
Y muy distinto de él, alimenta este pequeño rebaño!¹¹

Clérigo y médico —los propios hombres de Crabbe; Crabbe mismo— pasan por alto y hasta violan lo que debería ser un deber moral.

La ambigüedad de esta posición social y moral —la del observador humanitario e indignado que también es el capellán doméstico del duque de Rutland— aparece reflejada de manera interesante en la estructura y hasta en la forma gramatical del poema. Crabbe anuncia un asunto central:

Lo que el trabajo produce y lo que, pasado ya ese trajín,
La edad, en sus horas de languidez, halla al fin.

Con todo, la dimensión de su respuesta indica cuál era su verdadero auditorio y, por consiguiente, la cuestión que en verdad abordaba.

¿O los juzgas suficientemente pagados con la salud,
La bella hija del trabajo que languidece con la opulencia?
Ve pues y míralos levantarse con el sol
Correr a través de la larga jornada de la labor diaria;
Obsérvalos bajo el furioso calor de Sirio
Cuando las rodillas tiemblan y las sienas laten;
Contémplos, inclinarse sobre las guadañas, observando
El trabajo ya hecho y atisbando el que vendrá;
Míralos alternar soles y aguaceros acoplar
Y acumular dolores y la angustia por la edad;
A través de las cercas y los páramos pantanosos sus pasos prosiguen,
Cuando sus poros calientes absorben el rocío del atardecer;
Luego, propia esa faena tan fatalmente puede ser
Para estos tus esclavos, como tuyo el exceso para ti.¹²

A esta altura, el lector debe preguntarse quién puede ser ese “tú”. El “tú” del poema es en general el poeta pastoral y, por extensión, sus complacientes lectores:

Las almas amables que sueñan con el sosiego rural.

No obstante, en estos otros versos, brevemente, hay otro personaje: “tus esclavos”; “tuyo el exceso”. No es el poeta pastoral, sino el opulento terrateniente quien aparece brevemente acusado y a quien se insta a ver el sufrimiento de sus labriegos. Sin embargo, la recriminación se sustenta en lo que es en efecto una

suposición pastoral: que "la salud" es "la bella hija del trabajo" que "languidece" en la opulencia. Esto es más que una observación sencilla de que la salud depende del ejercicio físico; es una asociación tendenciosa de la salud con el trabajo y, por lo tanto, de la enfermedad con la riqueza, asociación que en cualquier mundo real es ingenua. Crabbe derriba parte de esa ingenuidad de una manera completamente directa: este tipo de faena y de exposición destruye físicamente a las personas. Pero el autor nunca contrarresta esta observación porque traslada la atención desde los terratenientes que dirigen y exponen de ese modo a los trabajadores a la figura más sencilla del consumidor excesivo. Cuando Crabbe vuelve a dirigirse directamente a aquellos, hacia el final del primer libro, esa identificación implícita se hace explícita:

Decidme vosotros, oprimidos por ciertas extravagantes tribulaciones,
Algún desapacible nerviosismo que perturba vuestro sosiego,
Que os tumbáis en el mullido diván, mientras los esclavos se aproximan
Con ojo tímido tratando de interpretar el distante mirar;
Que con tristes lamentos al hastiado médico fastidiáis,
Para que le ponga nombre a la innominada y siempre renovada enfermedad;
Quien con simulada paciencia calamitosos lamentos soporta;
Que solo el dolor verdadero, y solo eso, puede curar;
¿Cómo toleraríais con auténtico dolor yacer
Desdeñados, descuidados, para abandonados a vuestra suerte morir?¹³

Esto está tomado de la vida, podemos estar seguros de ello: son los tiempos de estudiante de medicina de Crabbe. Pero el desprecio por una clase de consumidores ávidos y neuróticos y el potente contraste con la condición de los labriegos, nos hace olvidar lo que se sugería en aquel pasaje crucial desde "tus esclavos" a "tuyo el exceso". La atención se traslada, como ocurre con tanta frecuencia, desde los directores activos del proceso social a sus beneficiarios más identificables y pasivos: la gente de la ciudad que vive en el lujo. También ellos tienen a sus "esclavos", sus sirvientes domésticos, pero se los ataca, no por su conexión con la explotación, ni siquiera por su indiferencia; sencillamente, por el daño que se han hecho a sí mismos y a quienes los rodean.

La estructura de los valores de Crabbe queda, pues, esencialmente clara: es el humanitarismo del siglo XVIII, con su apasionada insistencia en los cuidados y la compasión, basada en los valores implícitos de una manera de vivir llana, virtuosa y responsable. En este sentido, esta es aún una visión pastoral, de simplicidad e independencia, que se vuelve amarga y desesperanzada en virtud de escenas en las cuales es constantemente denegada: el descuido de los pobres, los excesos de los ricos. Lo que pide Crabbe es dignidad y caridad: sostiene que los ricos deberían aprender estas virtudes; que los pobres deberían beneficiarse con ellas. Es un llamado conmovedor, dentro de una visión social que ha sido, por momentos, dinámica:

En la que la plenitud sonrío –infortunadamente, les sonrío a unos pocos–

pero que finalmente es estática: un contraste moral en oposición al contraste social de la pobreza y la opulencia.

Así es como la independencia anunciada por Crabbe, en su condición de observador no comprometido que ha de decir la verdad contra las mentiras de las convenciones pastorales, es al final, precisamente, la independencia del sacerdote o el médico: de aquellos que cuidan del alma y el cuerpo, en medio de las consecuencias de un sistema social. La necesidad de brindar asistencia es tan grande que la indignación se concentra en aquellos que son indiferentes o se salvan de la necesidad. Cuando el labriego, después de trabajar toda su vida, está viejo y enfermo, necesita un verdadero médico, en oposición a

Un eficaz curandero, largamente versado en males humanos,
Que primero insulta a la víctima que mata

o un verdadero clérigo, en oposición a

Un muchacho jovial, que cree que su tarea del domingo
Puede con justicia pedírsela tanto Dios como el hombre.

Estas razones y esta protesta son, por supuesto, honorables. Sin embargo, como ocurre en toda la tradición, tienen sus límites y estos aparecen en *The Village*. Jonson y Carew, huéspedes y poetas de las casas solariegas de sus protectores, halagaban a sus anfitriones con una visión de una economía moral que, aunque idealizada, finalmente ratificaba la posición social del terrateniente. Crabbe no lisonjea, cuando le devuelve al paisaje idílico la realidad de sus labores; pero tampoco él, médico y clérigo, capellán doméstico de un terrateniente que había obtenido dominios que alguna vez fueron comunes, es en verdad independiente. En el primer libro de *The Village* abrió un espacio para la observación independiente y la invocación moral. Con todo, al final, la moral se separa de las relaciones sociales que fomentan la pobreza y la indiferencia. Es el cuidado de los indigentes y no la producción de la indigencia lo que retiene la atención y el sentimiento.

En el segundo libro, el autor conserva por un momento cierta independencia limitada: los vicios de los pobres –la calumnia, el alcoholismo, la prostitución– no son solo defectos propios de esa condición; hasta han sido, explícitamente, tomados de los ricos:

La enfermedad de los pares a su vez ataca al patán.¹⁴

La hipocresía de los principios morales dobles –los de una sociedad de clases– se advierte en las cortes, cuando la querida de un juez, mirando a una pobre jovencita que ha sido seducida:

Agradece al ciclo haber hecho grande a su protector.

Esa indignación social muestra una vez más, temporalmente, una independencia social. Pero luego algo se quiebra:

Con todo, ¿por qué, preguntáis, estos humildes delitos relacionáis?
¿Por qué hacer al pobre tan culpable como al grande?
Para mostrar a los grandes, a aquellos hijos más poderosos del orgullo,
Qué próximos en el vicio los inferiores aliados están...
...Así verá el hombre de poder y placer
En su propio esclavo un infeliz tan vil como él;
En su fastuoso señor el sirviente encuentra
Sus propios bajos placeres y su mente depravada;
Y cada uno halla las huellas en el vicio afín,
De una raza pobre, ciega, confundida y errada;
Todos, después de un breve lapso en variada fortuna
Mueren y son iguales en el polvo al fin.

El fragmento tiene suficiente sonoridad, pero es un camino de regreso desde aquellos campos que rodeaban el castillo. La "variada fortuna" está ahora moralmente relacionada con la "igualdad" de la muerte. Es la raza la que "yerra"; la "condición humana". Se nos ha dicho esto con tanta frecuencia, según una ideología familiar que se presenta como la verdad más elevada, que la patética marcha atrás de Crabbe puede no sorprender. Pero el anuncio de una moral independiente de las condiciones sociales, situada "por encima" de la mera "variación" de la "fortuna" es aquí, como en otras partes, el prelude de una particular ratificación social. Esto en modo alguno nos asombra, aunque después de la calidad de las primeras observaciones, resulta deprimente comprobar que Crabbe concluye diciendo:

Y vosotros, los pobres, que aún os lamentáis de vuestro destino
Absteneos de envidiar a aquellos que llamáis los grandes;
Y sabed que, en medio de las bendiciones que poseen,
También ellos, como vosotros, son víctimas de la aflicción.

El caso citado entonces —la muerte de un pariente del duque de Rutland— es, por supuesto, real. Pero en la estructura del poema

el verdadero retrato de los pobres

es —y debe ser— retórico. La percepción, la indignación, la preocupación por la asistencia del observador independiente pasan, a través de varias etapas, a un moralismo general abstracto y, de allí, a una homilía conveniente y convalidante:

abstencos de envidiar... ellos son, como vosotros...

Y esta es, pues, aunque presentada en una nueva forma, esa indiferencia justificadora de la realidad y la "variada fortuna" contra la cual —cuando había aparecido en los modos pastorales convencionales— el poema se había propuesto obrar.

10. Privatizaciones, tierras comunes y comunidades

Hemos considerado varios ejemplos de la melancolía característica de los poemas del siglo XVIII sobre la vida campestre y vimos cómo, en el caso de Crabbe, esa melancolía culminaba en aflicción. Vale la pena hacer hincapié en estos sentimientos predominantes de pérdida y dolor a medida que nos acercamos a ese bosquejo común de la historia de la Inglaterra rural, según el cual la campaña de privatización y vallado de las propiedades, llevada a cabo por el Parlamento, fue considerada culpable de la destrucción de una comunidad rural tradicional y estable.

Ya vimos, al tratar la obra de Arthur Young, una primera estimación de lo que significó el proceso de privatización, en cuanto a sus contradictorias consecuencias sociales y económicas. Nadie que siga en detalle el desarrollo de tales consecuencias querría subestimarlas. Sin embargo, en cierto sentido, la idea de las privatizaciones de los terrenos comunes, situada precisamente en ese período en que comenzaba a gestarse la Revolución Industrial, puede desviar nuestra atención de la historia real y constituir un elemento más de ese potente mito de la Inglaterra moderna según el cual la transición de una sociedad rural a una sociedad industrial fue una especie de decadencia, la causa y el origen verdaderos de nuestros sufrimientos y nuestras perturbaciones sociales. Resultaría difícil sobreestimar la importancia que tiene este mito en el pensamiento social moderno. De hecho, es una de las fuentes esenciales de la estructura de sentimiento con que comenzamos nuestra indagación: la persistente mirada retrospectiva hacia una sociedad "orgánica" o "natural". Pero también es la fuente esencial de esa última ilusión protectora de la crisis de nuestra propia época: la idea de que lo que nos está perjudicando es, no el capitalismo, sino ese sistema más identificable, más evidente, del industrialismo urbano. Las cuestiones implicadas en esta idea son en verdad complejas, pero precisamente por esta razón requieren que se analice cada punto y cada período en el cual se advierte la gestación de algún elemento de esta estructura.

No hay razón para negar la importancia crítica del período de privatizaciones dispuestas por el Parlamento, desde el segundo cuarto del siglo XVIII hasta el primero del siglo XIX. Mediante la redacción de aproximadamente cuatro mil actas, más de dos millones y medio de hectáreas de tierra pasaron a manos privadas, principalmente a manos de los terratenientes políticamente dominantes: más o menos un cuarto de todas las tierras cultivadas. Sin embargo, es necesario advertir la continuidad esencial de esta apropiación que se dio tanto en etapas anteriores como después de ese período. Es necesario enfatizar, por ejemplo, que antes de que se aplicara este cambio de método, a través de actas parlamentarias, a mediados del siglo XVIII, ya gran parte del campo había sido privatizado y cercado. El proceso había comenzado por lo menos en el siglo XIII y había alcanzado su pico máximo en los siglos XV y XVI. En realidad, si observamos la historia, este fenómeno no fue más que la continuación de ese otro largo proceso de conquista e incautación: la obtención de tierras mediante matanzas, represión y negociaciones políticas.

Además, atendiendo a la evolución de la economía, la privatización de terrenos comunes nunca puede realmente aislarse de la corriente dominante orientada al mejoramiento de la tierra, los cambios en los métodos de producción, los movimientos de los precios y aquellos cambios más generales operados en las relaciones de propiedad que fluían todos en una misma dirección: la extensión de la tierra cultivada, pero también la concentración de la propiedad en manos de una minoría.

El procedimiento parlamentario para conceder la propiedad de las tierras dio un carácter más público a este proceso y, al mismo tiempo, permitió que se llevaran registros más completos. En este sentido, tal procedimiento estuvo directamente relacionado con la aceleración del ritmo del mejoramiento agrícola de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. En este período la región mayormente afectada fue un cinturón que se extendía desde Yorkshire a Dorset, pasando por los condados intermedios, y llegaba, hacia el este, hasta Norfolk. El mismo proceso se dio, un poco después, en las tierras bajas de Escocia. Pero también en otras partes fueron efectivamente cercados amplios territorios: Kent, partes de Surrey y Sussex, partes de Essex y Suffolk; Devon, Cornwall, Somerset y la región occidental de Dorset; así como la mayor parte de Gales y los condados limítrofes de Hereford, Shropshire, Staffordshire y Cheshire; y también las importantes zonas cultivadas de Lancashire, Cumberland, Westmorland, Northumberland y Durham. La importancia social de la privatización y el cerco de tierras no reside, pues, en que hayan introducido un elemento por completo novedoso en la estructura social, sino en que, al terminar con las aldeas a campo abierto y los derechos comunes sobrevivientes en algunas de las regiones más populosas y prósperas del país, complementaron la presión económica general que se ejercía sobre los pequeños propietarios y especialmente sobre los pe-

queños arrendatarios y, en realidad, a menudo fueron el resultado de esa presión. Hoy no contamos con cifras confiables, pero sería razonable sostener que el continuo proceso de elevar las rentas y pactar arrendamientos breves, así como la necesidad de tener un mayor capital para sobrevivir en un mercado cada vez más competitivo, expulsaron del campo —quitándole con ello la relativa condición de independencia de que gozaba— a tanta gente como la que desterró la privatización explícita.

De todos modos, la cantidad de personas carentes de tierras era ya elevada antes del período de privatización parlamentaria: en 1690, había cinco labriegos sin tierras por cada tres arrendatarios, y en 1831 esa proporción había pasado a una relación de cinco desposeídos por cada dos arrendatarios. La mayor parte del campesinado, en otro sentido —el clásico sentido de los pequeños propietarios que vivían y trabajaban en su propia tierra bajo compromisos sociales y políticos—, había sido obligado a vender sus parcelas y a abandonarlas durante el período de formación de las grandes propiedades a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII. G. E. Mingay llegó a la conclusión de que aquellos que sobrevivieron a este proceso resistieron hasta la caída del precio de los productos ocurrida en la década de 1820 y su número continuó declinando firmemente a lo largo del siglo XIX, bajo las presiones generales:

En general parece que el nivel de precios y la prosperidad de los cultivos tuvo un impacto mayor en los pequeños propietarios residentes que en las grandes propiedades privatizadas.¹

El campesinado, en otro sentido mucho más sutil, el de los pequeños agricultores arrendatarios, ya era por supuesto parte del sistema del capitalismo agrario. Su cantidad se vio afectada por la economía de escala y por la unión de propiedades, pero la privatización como tal no ejerció gran influencia: en 1831, aproximadamente la mitad de todas las granjas eran de pequeñas dimensiones, sea cual fuere el patrón de medida que se tomara. De modo que no sería oportuno decir que a fines del siglo XVIII se produjo una expropiación del campesinado. Lo que realmente ocurrió fue que en las zonas económicamente dinámicas el sistema social capitalista fue impulsado a una posición de dominio, mediante una forma de incautación legalizada promulgada por los representantes de la clase beneficiaria. Este fenómeno fue esencialmente importante y, por la cantidad de hectáreas incluidas en ese proceso —un cuarto de toda la tierra cultivada—, puede decirse que fue decisivo. Pero este hecho no puede aislarse del prolongado proceso de concentración de la propiedad, ni de la consecuente estratificación de propietarios y arrendatarios ni del aumento del número de desposeídos que fueron las consecuencias generales del capitalismo agrario.

Los vínculos con la Revolución Industrial son además importantes, aunque no deben ser considerados como el remplazo de un "orden" por otro. Es cierto

que muchos de los campesinos que quedaron sin tierras pasaron a formar parte —a menudo sin otra posibilidad de elección— de la clase obrera de las nuevas ciudades industriales, con lo cual dieron continuidad a ese desplazamiento de trabajadores asalariados hacia las ciudades, que ya se había hecho evidente desde hacía tiempo. Pero el crecimiento de la clase obrera industrial debe relacionarse también —y quizás principalmente— con el crecimiento de la población que fue en sí mismo impresionante y que, aunque estuvo primariamente vinculado con las modificaciones en las tasas de nacimientos y muertes (en el marco de la modernización general de la sociedad), también estuvo influido por el aumento de la producción agrícola, tan notable en el siglo XVIII: especialmente la producción de trigo, pero también la de las carnes, y estos cambios estuvieron relacionados a su vez con las privatizaciones y con una producción más eficiente. La crisis de la pobreza, tan marcada en las ciudades como en las aldeas a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, fue el resultado de este proceso social y económico en su conjunto y no puede explicarse como la caída de un orden y la institución de otro. Las conexiones esenciales entre la ciudad y el campo, que habían sido evidentes durante los períodos anteriores, alcanzaron un estadio explícito y finalmente crítico. Antes y después de la Revolución Industrial fue un hecho característico de la Inglaterra rural que esta estuviera expuesta a la creciente penetración de las relaciones sociales capitalistas y de la dominación del mercado, precisamente porque esas relaciones habían estado evolucionando firmemente en el seno de sus propias estructuras. A fines del siglo XVIII podemos hablar ciertamente de una sociedad capitalista organizada, en la cual lo que ocurriera en el mercado, ya fuera en la producción industrial o en la agrícola, se reflejaba en el campo y en la ciudad por igual, como aspectos de una misma crisis.

Dentro de este proceso muchos miles de arrendatarios y labriegos y cientos de comunidades aldeanas sufrieron violentas alteraciones en su condición. El nuevo tono que vimos aparecer en la literatura campestre del siglo XVIII está, pues, relacionado con estos cambios de condición, pero también, como ya lo vimos, con las formas de interpretarlos. Podemos encontrar el sentimiento de derrumbe en Langhorne —que escribía desde un sector del campo en el cual las privatizaciones no eran una cuestión esencial, pero donde todo el proceso económico y social estaba ejerciendo sus presiones—, tanto como en Goldsmith, Crabbe, Cowper, y luego Clare y Cobbett, pertenecientes a condados en los que la privatización de los terrenos comunes era el dato social más visible.

No obstante, en cierta etapa, la privatización llegó a identificarse como una causa principal. El cambio de opinión de Young, su reconocimiento de las realidades sociales, se producen en los primeros años del siglo XIX: los pobres han sido perjudicados, a veces groseramente, por la mayor parte de las actas de privatización y Young imaginaba a la víctima de esta situación diciendo:

Lo único que sé es que yo tenía una vaca y el Parlamento me la quitó.

En la década de 1820, Cobbett hablaba de la “locura de las privatizaciones” y hasta negaba, con muchos ejemplos convincentes, que hubiera crecido la producción. Señalaba —lo cual era innegable— que el aumento de la inversión y la concentración de dinero en la tierra había

sido en detrimento del labriego. Los medios procedían de sus huesos. Se obtenían de la deducción que se le hacía a través del aumento de los precios y mediante el congelamiento de su salario (la bastardilla es de Cobbett).²

Cobbett defendía su posición en los términos sólidos de la economía agrícola, pero inevitablemente sus datos procedían de la observación de casos aislados, como por ejemplo, cuando calculó que el valor de las abejas de un campo común de Hampshire era por sí solo mayor que el valor de ese mismo terreno cercado y privatizado, sin contar el ganado bovino y porcino y las aves de corral, las manzanas y las cerezas que también se producían allí. Pero este es el caso familiar de un contraste local entre una economía mixta de granja y la economía de la especialización y de gran escala: en el largo plazo, en términos comerciales, esta última, por supuesto, prevaleció.

Luego se agregó un elemento interesante a la discusión en virtud de la observación social de la vida que se llevaba en los antiguos campos comunes. Por ejemplo, Thomas Bewick, el grabador, en su *Memoir* escrita en la década de 1820, recuerda un ejido común de Northumberland de la década de 1780 y comenta:

En este terreno común —la herencia del pobre de épocas pasadas, donde mantenía unas pocas ovejas o una vaca de las tierras altas del oeste, quizás algunos gansos y principalmente una reserva de colmenas— yo contemplaba con infinito placer la bella escena silvestre que allí se exhibía y con el sentimiento opuesto encuentro que hoy todo eso ha sido barrido. Aquí y allá en este terreno común se podía ver la cabaña; o más bien la choza, de algún hombre laborioso, construida a sus expensas y mayormente con sus propias manos; a la que siempre agregaba un huerto cerrado y un pequeño cultivo, a los que dedicaba grandes penas y esfuerzos para hacerlos productivos [...] Estas variadas preocupaciones incitaban la atención y la laboriosidad de los robustos habitantes y les permitían prosperar y despreciar a quien los contara siquiera entre los pobres de la parroquia. Aquellos hombres [...] podrían ser cabalmente llamados: “Un valiente campesinado, el orgullo de su país”.³

Este es un relato atractivo y completamente creíble, y Bewick nos permite aprender ciertas cosas a medida que continúa su descripción de la independencia y originalidad de espíritu de muchos de esos hombres:

Me parece verlo aún, sentado en un montículo o en una silla, al borde de su jardín, haciendo caso omiso del frío, observando absorto los cuerpos celestes, señalándolos con sus largas manos e impartiendo ansiosamente su conocimiento.⁴

o su descripción de Anthony Liddell

Todos los rasgos de su carácter habían sido moldeados por la Biblia, libro que él había leído atentamente una y otra vez. Manifestaba desprecio por aquellas actas del Parlamento que le parecían contrarias a las leyes establecidas en la Biblia como la Palabra de Dios. Sostenía que las aves del cielo y los peces de los mares eran gratuitos para todos los hombres; en consecuencia, las leyes de caza o las leyes de protección pesquera carecían de autoridad para él.

o de Thomas Forster, el apicultor, que ocultaba muchas de sus colmenas en los troncos huecos de los árboles, para mantener alejados a los "excesivamente curiosos".

A partir de datos como estos y de relatos más deliberados y extensos sobre las aldeas de años anteriores a las privatizaciones, se construyó una imagen que aún posee una gran fuerza emotiva: la imagen de hombres independientes y honorables que vivían en una laboriosa democracia rural y que fueron fría y "legalmente" destruidos por el nuevo orden de privatizaciones y cercamientos.

Es esta imagen en su conjunto la que debemos, aunque de mala gana, cuestionar. El carácter derivado de la independencia difícilmente pueda ser discutido, aunque el personaje de Thomas Forster, el apicultor que vendía la miel de sus colmenas familiares a sus vecinos y la de las colmenas de los tojos a clientes más alejados, parece tender más bien a una independencia de otro tipo: la del empresario privado que tiene, en el mejor de los casos, una relación ambigua con su comunidad. El otro tipo de personaje, el del hombre que tiene el tiempo y el espíritu para observar, pensar y leer, obviamente floreció en la independencia relativa del aldeano, pero es parte también de toda la historia —la gloria y la tragedia— de los hombres laboriosos en cualquier parte. No conozco ninguna condición social en la cual, a pesar de todas las aparentes dificultades, no hayan surgido ese tipo de personajes: ya sean los habitantes de tierras comunes pintados por Bewick, ya sean los labriegos como Stephen Duck o los diaristas pastores de Sussex, los geólogos y botánicos aficionados de las ciudades industriales de Lancashire o los estudiosos de la clase obrera de nuestro propio siglo, los etimólogos, los economistas o los historiadores locales. Es parte del insulto a la inteligencia que hace la sociedad de clases suponer que esta historia dé pensamiento común sea sorprendente. Hubo, por supuesto, en todas estas condiciones, hombres de gran capacidad que se forjaron sus propias vidas en virtud del esfuerzo prolongado y la sabiduría. Los valores que representaron estos hombres y por los cuales vivían sufrieron siempre y en todas partes la oposición de la ambición y el orgullo del dinero, el poder y, con excesiva frecuencia, la erudición establecida. En ese sentido general, se trataba de un sistema que la ambición y el orgullo racionalizados destruyeron y continuaron destruyendo. Pero lo que también debemos tener en cuenta es hasta qué punto debían tener una actitud defensiva y con

qué poco espacio para una vida esclarecida contaban los aldeanos para mantener su independencia. La pregunta que debemos formularle a esta versión de la historia social no es si algunos hombres surgieron y sobrevivieron —siempre lo han hecho, aun ante las más fuertes presiones—; lo que debemos preguntar es si, tomado en su conjunto, el estilo de vida existente podía promover una independencia general. Esta, después de todo, es la forma de poner a prueba a la comunidad toda, a diferencia de los datos que puedan brindar los casos ocasionales de independencia privada. Y de inmediato advertimos, pues, aun en la obra de Bewick, que "los pobres de la parroquia" están siempre allí, como una clase identificable. Debemos tener en cuenta, Bewick también nos dice, que los aldeanos independientes:

tenían en gran estima y respeto a la pequeña aristocracia local; y esta, a su vez, no se desentendía de ellos, sino que se interesaba por saber si eran felices y se hallaban en buenas condiciones.

Lo que tenían era, pues, una independencia relativa y afortunada, en un intervalo de armonía que felizmente duró varias generaciones. Pero no se trata necesariamente de un orden que podamos considerar opuesto al que lo sucedió, cuando la misma pequeña aristocracia vecina mostró su interés de un modo diferente y cercó los campos que eran comunes. El sistema de clases rural ya estaba instaurado allí y los hombres vivían como podían, a veces bien, en los límites, en los márgenes, en las zonas aún no incautadas ni desarrolladas.

La mayor parte de los registros de pérdida proceden de estas tierras marginales: los campos comunes y los terrenos abiertos no cultivados y cubiertos de arbustos. Pero los cercamientos parlamentarios no solo tuvieron efecto sobre ellos. En realidad no es posible comprender las consecuencias sociales de las privatizaciones si no distinguimos entre dos procesos fundamentalmente diferentes: el vallado de tierras "baldías", que en los siglos XVIII y XIX representaban unas 800.000 hectáreas, y la privatización y cercamiento de campos abiertos arables que ya estaban siendo cultivados y que sumaban alrededor de 1.600.000 hectáreas. Es evidente que los efectos sociales de estos dos procesos tuvieron que ser radicalmente diferentes. Lo que se estaba suprimiendo en las tierras baldías era una independencia marginal, de campesinos, usurpadores, colonos aislados en tierras principalmente no cultivadas. En las aldeas de campo abierto, en cambio, lo que se suprimía debe de haber sido un tipo muy diferente de comunidad: las aldeas íntimamente nucleadas de una antigua economía de cultivo. Vale la pena señalar, como lo observó W. G. Hoskins, que en la literatura hay muy pocos datos que registren lo que realmente ocurrió en tales aldeas, aunque los lamentos por la pérdida de los terrenos comunes son muy numerosos. Es posible interpretar *The Deserted Village* de Goldsmith como un registro de este tipo, aunque es característicamente indirecto. No obstante, si pretendemos tener alguna idea de

una "democracia rural" anterior a los cercamientos, lo que más debe llamar nuestra atención es la transformación del carácter social y económico de las aldeas cultivables de campo abierto. Ciertamente los cambios ocurridos allí fueron los que contribuyeron más sustancialmente a promover una nueva prosperidad y a consolidar el capitalismo agrario. Pero, ¿cuál era el tipo de orden social que realmente existía en las antiguas aldeas de campo abierto? Debemos evitar confundir las técnicas de producción —las franjas de terreno abierto— con lo que fácilmente se puede proyectar de ellas, es decir, una sociedad "abierta" y relativamente igualitaria. Vale la pena echar una mirada a la descripción que hace un historiador rural moderno, Fussell,⁶ de una "típica aldea de campo abierto" de comienzos del siglo XVIII cuya población asciende a trescientas almas. De ellas, aproximadamente doscientas son aldeanos y labriegos con sus familias, sirvientes domésticos y pobres aislados —viudas, huérfanos y personas de edad avanzada—. Unos setenta son los granjeros arrendatarios con derechos establecidos y sus familias. Otros veinte son los pequeños propietarios y sus familias. Los diez o doce restantes son el señor del lugar y el clérigo, cada uno con su respectiva familia. La distribución es interesante pero, a simple vista, no parece diferir tanto de la estructura social corriente del capitalismo rural maduro, como para sugerir un orden social radicalmente diferente. Hay, en efecto, tres clases: la pequeña aristocracia, los pequeños productores y los pobres que carecen de tierras. Las desigualdades de la condición social que existen en la aldea y que esta respalda son profundas y nadie puede, mediante un ejercicio sentimental, presentar esta organización como una "democracia rural" o, absurdamente, como una comuna. La estructura social que habría de completarse después del proceso de vallado de los campos privatizados ya estaba básicamente perfilada.

Con todo, en la aldea hay ciertas especializaciones cuya importancia trataremos de aclarar. Entre los propietarios de pequeñas cabañas y los labriegos, por ejemplo, algunos son artesanos y comerciantes (herrero, carpintero, zapatero, carretero, tabernero) y tanto estos como otros (aunque no todos los otros) tienen ciertos derechos limitados para apacentar sus animales en los prados comunes o recoger leña en los terrenos baldíos. Retrospectivamente, resulta fácil considerar insignificante la importancia de tales derechos, pero entonces, por lo menos para algunos hombres, constituían una importante protección para no depender únicamente de un salario. Siempre ha ocurrido, y aún ocurre en nuestros días, que la gente que vive en pequeños poblados rurales trate de crearse este tipo de espacio marginal: una pequeña parcela o un surco de tierra alquilada, un huerto familiar en el jardín, unas pocas colmenas o árboles frutales. Cuando yo era niño, mi padre tenía no solamente el huerto que correspondía a su cabaña, sino que además cultivaba un surco de patatas en una granja en la cual ayudaba en la época de cosecha y mantenía dos huertos en terrenos que le alquilaba a la compañía de ferrocarril de la cual obtenía su salario. Tales posibilidades marginales eran

importantes, no solo por lo que producían, sino además por las satisfacciones directas e inmediatas que le proporcionaban al trabajador, que así podía sentir la realidad de un espacio de su actividad laboral que él mismo controlaba. Bajo las prolongadas presiones de la economía salarial dominante, estas áreas excepcionales tuvieron una importancia crítica; y aún la tienen, incluso en las ciudades, donde la gente trata de diversificar sus ingresos haciendo algún pequeño negocio o tomando un empleo subsidiario. Y, sin duda, la aldea del período previo a las privatizaciones puso —más que cualquier otra comunidad inmediatamente alternativa— estas oportunidades a disposición de una mayor cantidad de gente. En este sentido, el sentimiento de pérdida responde hasta cierto punto a una realidad. Pero solo hasta cierto punto, porque estos métodos, al ser únicamente marginales, no permitían sustentar económicamente a ninguna comunidad en su conjunto, y la estratificación en el seno de tal comunidad continuaba siendo inevitable.

Entonces, ¿en qué medida existió siquiera una comunidad genuina en esas aldeas, a pesar de las desigualdades económicas y sociales? Resulta muy difícil responder a esta pregunta porque los datos con que contamos muestran importantes variaciones (aún necesitamos reunir muchos más estudios y ejemplos locales) y cualquier estimación que se haga de la "comunidad" a una distancia temporal tan grande ha de ser, hasta cierto punto, subjetiva. Por supuesto, nos queda el recurso de echar una mirada a las instituciones. Los tribunales señoriales, en los cuales se dirimían los negocios de la aldea de acuerdo con los derechos consuetudinarios, a menudo aparecen citados como "tribunales comunales". Con todo, se trataba de una institución que había visto disminuir firmemente su importancia antes de las privatizaciones y que solo conservó un menguante poder hasta que fue sustituido por el sistema ya completo de dominio de los acaudalados. Los procesos del derecho y el gobierno locales manifestaron la misma evolución: una firme concentración del poder en manos de los latifundistas y una arbitrariedad aún más evidente (si no ya más severa) a medida que estos comenzaron a representar gradualmente un sistema y un interés nacional deliberado para transformar a los terratenientes en una clase política. La realidad de la comunidad debe, pues, haber variado enormemente. El detallado registro de la aldea de Tysoe en la región de Warwickshire, que podemos estudiar en la notable biografía de su padre escrita por M. K. Ashby (*Joseph Ashby of Tysoe*, 1961) es un ejemplo conveniente:

Hasta fines del siglo XVIII, los registros señalaban que Tysoe había sido una aldea de pequeños propietarios, artesanos, comerciantes y unos pocos labriegos que no constituían clases separadas, sino que celebraban matrimonios entre sí, intercambiaban oficios dentro de la comunidad y estaban unificados por la cooperación en las tareas agrícolas y por una gran dependencia mutua en otras cuestiones [...] En épocas anteriores, en Tysoe la división de clases no había sido más que una función o costumbre requerida o una perspicacia mundana adquirida [...] Después de los años de miseria era un foso tan profundo que todo espíritu necio caía en él.⁷

Lo que resulta pues interesante es que ese cambio operado "en los años de miseria" no fue el resultado de las privatizaciones, sino que fue anterior a él. La creciente pobreza de la aldea llegó a constituir un sistema de indigencia y por ello

en Tysoe no se le podía echar la culpa a los vallados.

Las letras escarlatas comenzaron a coserse en la ropa de los pobres en la década de 1740. La denominación de "pobre" en el registro de entierros llegó a hacerse más frecuente a lo largo del siglo XVIII y finalmente fue abreviada con una simple y llana "P". El desempleo comenzó a registrarse a partir de la década de 1780. El sistema de inspección por rondas se puso en actividad desde 1760. La viruela atacaba regularmente y las consecuencias de su mortandad llevaron a que en la década de 1770 el socorro a los pobres alcanzara sus picos más altos. Esta comunidad, evidentemente, estaba tan implicada en las crisis de un sistema general y tan expuesta a ellas que su buena vecindad era, en el mejor de los casos, relativa. La beneficencia fraterna y comparativamente informal de un período anterior dio paso, precisamente bajo esta presión, a un trato más frío y severo hacia una clase separada, la de los "pobres". Al mismo tiempo, también antes del período de privatizaciones y cercamientos, pero particularmente después de él, se advertía la más evidente conciencia de clase de los clérigos, como muestra el nuevo estilo de las casas parroquiales, separadas por setos de "sus" parroquianos y de los granjeros más prósperos, llamados ahora "granjeros gentilhombres". De modo que el proceso de privatización y cercado es solo un factor dentro de este complejo conjunto de cambios, pero no una causa única y aislada.

Otra cuestión que deberíamos tener en cuenta es que la comunidad no siempre debe verse en retrospectiva. En Tysoe hubo un renacimiento de la comunidad, cuando la aldea se unió en el siglo XIX para luchar por sus derechos a la asignación de tierras urbanas. En muchas partes de la Bretaña rural se desarrolló un nuevo tipo de comunidad como uno de los efectos de la lucha contra los terratenientes dominantes o —como sucedió con los levantamientos de los trabajadores en la época de la destrucción de maquinaria de Swing y la quema de parvas o con la formación de sindicatos de obreros desde Tolpuddle a Joseph Arch— contra todo el sistema de clases del capitalismo rural. En muchas aldeas, la comunidad solo llegó a ser una realidad cuando comenzó la lucha por los derechos económicos y políticos y se obtuvo alguna victoria parcial, en el reconocimiento de los sindicatos, en la extensión del derecho al voto y en la posibilidad de participar de nuevas instituciones representativas y democráticas. En muchos miles de casos, hay más comunidad en los pueblos modernos, como resultado de este proceso de nuevos derechos legales y democráticos, que en cualquier otro momento del pasado registrado o imaginado.

Estamos hablando de una comunidad activa que debe diferenciarse de otra versión que a veces no es más que el vínculo de los oprimidos y en otras épocas,

la ayuda recíproca de la gente que vivía en los bordes o en los márgenes de un sistema generalmente opresivo. Este tipo de comunidad se da de varias maneras diferentes, o bien superponiéndose a la comunidad de lucha o bien persistiendo como un hábito local y tradicional. Un modo de considerar la supervivencia de estos vínculos sería tener en cuenta la distancia que separaba la aldea de la residencia de su principal terrateniente. Hemos oído hablar tanto del efecto civilizador de esta clase de hacendados, tanto por su propia boca como por las bocas que ellos contrataban, que vale la pena consignar el advenimiento de una conciencia de clase más extrema —una humillación sistemática de los trabajadores y los pobres— procedente de lo que entonces eran las frecuentemente reconstruidas casas solariegas y, a menudo, a través de los clérigos empleados en ellas. El hecho de que tantas familias pobres se separaran de la Iglesia de Inglaterra para incorporarse a sectas no conformistas estuvo directamente relacionado con esta experiencia de religión terrateniente-clerical. Las capillas-cobertizo de la remota Bretaña rural son aún hoy testigos conmovedores de esta respuesta radical de la comunidad. Pero esa misma condición remota fue muy a menudo un factor, o bien regional o bien local. Siempre me pareció, a partir de algunas experiencias importantes de mi familia, que la distancia o la ausencia de una de esas "grandes mansiones" de los señores de la tierra puede ser un factor crítico para la supervivencia de un tipo tradicional de comunidad: el de la buena vecindad tolerante. Matthew Arnold dio un indicio de esta idea en *Culture and Anarchy*:

Cuando atravieso el campo y veo esta y aquella imponente mansión de tales señores coronando el paisaje, me digo: "He aquí un gran puesto fortificado de los bárbaros".⁸

Por cierto, ellos habían estado allí desde los períodos de gobierno y ocupación directamente militares; pero se habían establecido formando un orden más social. Y fue en el siglo XVIII cuando se hicieron más visibles estos puntos fuertes de una clase diseminada en una estrecha red sobre una gran extensión de Bretaña, así como sus efectos subsidiarios en cuanto a su actitud ante el paisaje y la naturaleza, como veremos seguidamente.

Pero consideremos directamente su efecto social. Algunos de ellos habían estado allí durante siglos, triunfos visibles sobre la ruina y el trabajo de otros. Pero la extraordinaria fase de extensión, reconstrucción y ampliación, que se alcanzó en el siglo XVIII, representa un aumento impresionante del nivel de las ganancias: gran parte de ellas, por supuesto, correspondió a los beneficios del comercio y a la explotación colonial; sin embargo, otra gran parte se debió al mayor superávit que dejaba un modo nuevo y más eficiente de producción. Está de moda admirar estas residencias extraordinariamente numerosas: las extendidas fincas, las mansiones de estilo neoclásico que se erigen tan próximas unas de otras en la Bretaña rural. La gente aún recorre los poblados, llevando consigo las guías de viaje, para contemplar uno y otro ejemplo, para observar la piedra y el mobi-

liario. Pero detengámonos en cualquier punto y miremos el campo. Observemos lo que aquellos campos, aquellos arroyos y aquellos bosques aún producen. Si los concebimos en relación con la labor agrícola, advertiremos hasta qué punto deben de haber sido prolongadas y sistemáticas la explotación y la incautación para que fuera posible erigir tantas casonas señoriales de tales dimensiones. Comparémoslas, en cambio, con lo que cualquier antigua granja aislada llegó a ser gracias al trabajo de incontables generaciones, a los esfuerzos de una única familia real, no obstante su continuidad en el tiempo. Y luego volvamos otra vez la mirada a lo que esas otras "familias", esos propietarios sistemáticos, han acumulado y declarado con arrogancia. Al mirar la tierra y luego la mansión uno advierte no solo la magnitud del robo y el fraude que debe de haber habido, durante tanto tiempo, para provocar ese grado de disparidad, esa desproporción brutal de la escala. Las pequeñas granjas y cabañas son tan insignificantes junto a ellas! son lo que los hombres en verdad erigen en virtud de sus propios esfuerzos o haciendo producir la porción que se les ha dejado, en la escala corriente del logro humano. Lo que esas "grandes" casas hacen es quebrar la escala, mediante un acto de voluntad que corresponde a la verdadera y sistemática explotación que sus dueños han hecho de los demás. Basta observar los solares, las fachadas, los muros y avenidas que cercan, los enormes portones de hierro, los pabellones destinados a los cuidadores. La intención con que fueron elegidos no era solo la de producir un efecto sobre quien mirara desde el interior, desde donde tantos admiradores, muchos de ellos escritores, se asomaban y compartían aquella visión y hallaban deleite en su perspectiva. Ahora advertimos que se los construyó también para producir el efecto inverso sobre quien mirara desde afuera hacia adentro: un sello visible del poder, de la riqueza y el dominio exhibidos, una desproporción social concebida para impresionar e intimidar. Gran parte de los dividendos reales producidos por una agricultura más moderna no se reinvertía en el proceso productivo sino que iba a fortalecer esa explícita declaración social: una exposición mutuamente competitiva, pero aun así uniforme, en cada recodo del camino, de un poder de clase establecido y dominante.

Detenerse bajo su sombra es, aún hoy, un modo de saber lo que muchas generaciones de campesinos aprendieron amargamente y lo que se les inculcó deliberadamente: que aquellas eran las "familias", aquella era la forma de la sociedad. ¿Y vamos a pensar que allí había una comunidad? Uno sólo llega a ver una comunidad moderna en los signos positivos de ciertos reclamos parciales: las mansiones adaptadas a algún uso general como hospitales o escuelas agrícolas. Pero también tiene el visitante idénticas probabilidades de ver el antiguo estilo de poder aún declarado: en los explotadores sobrevivientes y en sus relaciones modernas —la casa campestre de una corporación, la mansión de un industrial, el colegio destinado a la formación de la clase dirigente—. Físicamente, están allí: son las formas explícitas de una sociedad de clases de larga data.

Pero trasladémonos por un momento a otra parte: a las aldeas que lograron eludir la inmediata presencia de las casas solariegas; los bordes, los antiguos terrenos comunes que aún se conservan en los nombres de algunos sitios; a los caseríos sobre los que se ejercía un control más tenue. Si uno se detiene a observar el desarrollo de lo cotidiano, advierte que el hecho de hallarse fuera de la vista de un dominio tan explícito establece una diferencia. Y no dudo de que esto continúa siendo así en muchas comunidades precarias que sobreviven, las granjas dispersas del oeste o algunas aldeas próximas del este y de la región central, lugares donde ninguna casa cercana ha superado tanto en tamaño a sus vecinas para llegar a alterar visiblemente la escala. El hecho de que aquellas otras personas y sus dominantes afirmaciones de piedra estén ausentes, o por lo menos a una agradable distancia, establece una diferencia real en las relaciones cotidianas.

En algunos lugares aún puede sobrevivir, en los antiguos términos, una comunidad efectiva en la que los pequeños propietarios, los arrendatarios, los artesanos y los campesinos logran sentirse primero vecinos y, solo después, miembros de las distintas clases sociales. Este, sin embargo, es un aspecto que nunca debe idealizarse, puesto que en el momento de las decisiones, tanto en aquellos tiempos como ahora, las realidades sociales habitualmente terminan por manifestarse. Pero en varios intervalos, en muchos períodos de concordia, se da una amabilidad, una cooperación mutua que aún se las arregla para fluir. Es una cuestión de grado, como lo fue en las aldeas antes y después del período de privatizaciones y cercamientos. Cuando la presión de un sistema es grande y crece gradualmente, es importante hallar un espacio de respiro, una distancia benéfica de los controles inmediatos y visibles. Lo que el proceso de privatización y vallado redujo drásticamente fue precisamente ese respiro, una independencia cotidiana marginal que le fue quitada a miles de personas. Es justo lamentar esa pérdida, pero debemos observarla claramente. Lo que se produjo no fue tanto la "privatización" —el método de vallado— sino el establecimiento más visible de un sistema que se había estado desarrollando desde mucho tiempo antes, que había adquirido —y habría de adquirir— muchas otras formas. Los numerosos kilómetros de vallas y muros nuevos, los derechos establecidos ahora en documentos, fueron la declaración formal de dónde residía el poder. El sistema económico del terrateniente, el arrendatario y el labriego, que había estado extendiendo su influencia desde el siglo XVI, se manifestaba ahora mediante un control explícito y afirmativo. Para poder sobrevivir, la comunidad tuvo, pues, que cambiar sus términos.

11. *Tres plumas en los alrededores de Farnham*

En este período de cambio, era muy importante el sitio desde donde uno mirara. Los puntos de vista, las interpretaciones, la selección de las realidades pueden ahora cotejarse directamente. En la historia, este es un período de sociedad rural. En la literatura, es una compleja serie de diferentes modos de ver incluso la misma vida local.

Imaginemos, por ejemplo, un paseo por un triángulo encerrado en cuarenta y ocho kilómetros de carreteras en los cambiantes años de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Estamos en los límites de Hampshire y Surrey: nueve kilómetros desde Selborne a Chawton; dieciséis kilómetros desde Chawton a Farnham; veintitrés kilómetros desde Farnham de regreso a Selborne, ciudad donde en 1793 moría Gilbert White. En 1777, cuando White había estado llevando su famoso diario durante nueve años, un muchacho de catorce, William Cobbett, abandonaba la pequeña granja de su padre situada en Farnham. Cobbett habría de regresar y cabalgar muchas veces a través de estas aldeas en la década de 1820 para escribir sus *Rural Rides*. Cuando Gilbert White murió, Jane Austen, no muy lejos de allí, en otra casa parroquial, estaba comenzando a escribir sus novelas sobre la sociedad campestre. Desde 1809, en Chawton, comenzaba a publicar y a escribir sus obras de madurez. En esta pequeña comarca, superpuestas en una sola generación, convergieron estas tres personas, tres escritores que difícilmente podrían haber sido más diferentes entre sí. Tanto el campo mismo que veían como la idea del campo que tenían varían hasta tal punto en sus obras que, al leerlas, nos vemos obligados a tomar un nuevo tipo de conciencia.

Lo que nos brinda Cobbett es la observación social detallada, desde el punto de vista de la condición de la mayor parte de los hombres. Cobbett combinó la atención que prestaba Arthur Young a la práctica detallada de una agricultura laboriosa con un cuestionamiento y una observación sociales más persistentes. Así es como en 1821 escribía:¹

(Al oeste de los cultivos altos):

[...] un grupo de mujeres campesinas, que estaban esperando la llegada del revisor encargado de medir la tarea de siega realizada, presentaban una colección tal de andrajos como yo nunca había visto antes, ni siquiera entre los lisiados de Farnham, muchos de los cuales son pordioseros comunes. Téngase en cuenta que nunca antes vi gente *del campo*, ni segadores, de apariencia tan miserable como la de estas mujeres. Había entre ellas algunas muchachas bonitas, pero harapientas como potrillos y pálidas como la ceniza.

(Cerca de Cricklade):

[...] los labriegos parecen miserablemente pobres. Sus viviendas son apenas mejores que los camastros de los cerdos y su aspecto indica que el alimento que reciben ni con mucho se asemeja al de un cerdo. Sus miserables casuchas están enclavadas en pequeñas porciones de terreno *al costado de la carretera*, donde el espacio fue algo más ancho que el que se necesitaba para el camino. En muchos lugares no cuentan ni con veinte metros de terreno para su barraca. Parece como si un huracán los hubiera barrido de los campos y ellos hubieran encontrado refugio en los terraplenes que bordean la carretera! Ayer por la mañana había caído una fuerte helada y eso había impulsado a las pobres criaturas a desenterrar las patatas de sus pequeñas parcelas [...]. ¿Y esto es la prosperidad?

El gran mérito de la observación de Cobbett es su minuciosidad. Esta incluía los datos de la variación local:¹

(Cerca de Gloucester):

[...] al pasar junto a ellas, las viviendas de los labriegos me parecieron buenas, y los campesinos mismos tenían buen aspecto, tanto por el vestido como en cuanto a salud. Las jóvenes que trabajan en los campos (siempre mi modelo de referencia) no están harapientas, ni llevan trozos de calzado atados a los pies ni guñapos atados a los tobillos, como los he visto usar en Wiltshire.

Este es un tono nuevo, un cambio radical de punto de vista social:

Los terratenientes y los granjeros pueden contar su propio cuento. Cuentan su propia versión en las protestas y súplicas que dirigen a la Cámara. Nadie cuenta la versión del labriego.

Esta conciencia del punto de vista, de un punto de vista de clase, marca la distancia que separa a Cobbett de la mayor parte de las exposiciones previas; y donde Cobbett había tenido predecesores —como en parte lo fue Crabbe— la gama de detalles incorpora un mundo que marca la preparación esencial para la transición del poema compasivo a la novela realista.

Al leer la manera en que Cobbett considera las relaciones entre la pobreza y la calidad de la tierra,¹ recordamos a Crabbe:

(En Kent):

¡Qué diferencia entre la esposa de un labriego de esta región y la esposa de un campesino de los bosques y los montes de Hampshire y Sussex! Invariablemente he observado que cuanto más rico es el suelo y más desprovisto de bosques, es decir, cuanto más limpios son los campos de trigo, tanto más míseros son los campesinos.

En los sembrados de trigo es donde más se había desarrollado el cultivo capitalista. Y Cobbett insiste precisamente en ese contraste de las condiciones sociales:

Los campesinos parecen estar bastante bien. Tienen cerdos. E invariablemente prosperan más en los *montes*, los *bosques* y las *zonas agrestes*. Donde el poderoso controlador *tiene todo bajo su mirada*, solo pueden obtener poca cosa.

Esta era la base social de la oposición de Cobbett a la política de cercamiento: no lo que ocurría con la producción, como una cifra total, sino lo que le sucedía, en detalle, a la gente y a la tierra. En este sentido observaba:

Este lugar presenta otra prueba de la verdad de mi antigua observación: *tierra rica y labriegos pobres*.

Y nuevamente al comparar la desventaja del trabajo asalariado con el antiguo sistema de brindar alimentación y alojamiento (los granjeros “no pueden conservar a sus trabajadores *por tan poco* gasto como el que representa darles un sueldo”), insistía:⁴

La tierra produce, en promedio, lo que siempre produjo, pero hay una nueva distribución de lo producido.

Mientras tanto, ¿qué les ocurría a los terratenientes y a su estructura social, a medida que el capitalismo rural se extendía? Cobbett observó muy atentamente este aspecto e hizo una distinción familiar entre

una pequeña aristocracia *lugareña* residente, vinculada al suelo, que cada granjero y cada labriego conocía desde su infancia, frecuentemente entremezclada con ellos en aquellas actividades en las que se han perdido todas las distinciones artificiales, en las que se practica la hospitalidad sin ceremonias, por costumbre y no por cálculo; y una pequeña aristocracia, que solo residía en el lugar de cuando en cuando, que no sentía afición por los deleites campestres, extraña en sus maneras, distante y arrogante en su comportamiento, que considera el suelo solo por la renta que puede procurarle, que lo mira como a un mero objeto de especulación, no familiarizada con sus labriegos, que desprecia tanto a esa gente como a sus intereses y que para ejercer influencia confía, no en la buena voluntad del vecindario, sino en el temor que despierta su poder.

La guerra y el sistema de escrituras ha traído consigo nuevos ricos que prosperaron en las colonias, negreros, generales, almirantes, gobernadores, comisarios, contratistas, pensionistas, beneficiarios de sinecuras, funcionarios, usureros, corredores de lotería, banqueros, agiotistas; para no mencionar la larga *lista negra* de gente de toga y peluca de tres colas. Pocas son las buenas mansiones que puede uno ver que no estén en posesión de uno u otro de estos personajes. Estos, junto con los clérigos, son ahora los magistrados.

La lista es impresionante y Cobbett da varios nombres como ejemplos. El hecho de que haya habido el mismo tipo de invasión, desde por lo menos el siglo XVI, debe calificar significativamente el relato. Lo que Cobbett no se pregunta es de dónde proceden los "invasores". En realidad, muchos de ellos eran los hijos más jóvenes de esa misma "pequeña aristocracia lugareña residente" que habían partido a recorrer esos nuevos caminos de riqueza y ahora regresaban. Ya se trataba de "lugareños" o de "invasores", las presiones por obtener mayor renta, que se trasladaban a la relación entre el arrendatario y el peón, fueron aumentando visible y dramáticamente. Cobbett abrevia la escala de tiempo real, pero luego advierte lo que está ocurriendo a medida que se extiende el capitalismo agrario. Identifica el dinero —primero la plata y el oro, y luego el papel moneda— como el agente del cambio. Al principio:

sus consecuencias se presentaron lenta y gradualmente; el dinero hizo una transferencia de la propiedad, pero la hizo en un grado tan menor y dejó durante tanto tiempo que cada nuevo poseedor maneja a su manera la propiedad, que el efecto no fue violento ni fue, de ningún modo, de tal índole que extirpara a los propietarios de distritos enteros, como el huracán devasta los bosques.

Esta es una subestimación del cambio que se produjo a partir del siglo XVI y hasta el XVIII, pero lo que Cobbett intentaba registrar era la inquietud visible de su propia época:⁵

los miembros de la *pequeña aristocracia*, desde aproximadamente el *tercer* rango en adelante (considerando que hay cinco rangos desde la más pequeña aristocracia hasta la nobleza más elevada) *fueron todos absorbidos* casi por un solo hombre y con ellos fueron tragados también los pequeños granjeros. Yo diría que solamente los Baring devoraron a treinta o cuarenta miembros de la pequeña aristocracia casi sin darse cuenta. Ellos en verdad absorbieron la mayor estirpe de todas; pero los innumerables propietarios de poca monta también se deslizaron inadvertidos por sus fauces como lo hacen los gobios por la garganta de los tiburones, mientras estos solo *sienten* el paso del bacalao.

Tan claramente como cualquier otro en el conjunto de registros de la época, Cobbett eleva el familiar lamento por la reducción que han sufrido las clases intermedias en la economía rural. Pero, al tiempo que ve lo que ocurre en este sen-

tido, introduce un nuevo criterio de juicio. Identificándose con los labriegos, considerando "siempre mi modelo de referencia" a las muchachas que trabajan en el campo, Cobbett observa la ruina de los pequeños propietarios y de algunos arrendatarios, pero luego opina acerca de la pequeña aristocracia, con nueva dureza:

De modo tal que, mientras fueron los instrumentos activos, celosos y eficientes para impulsar a las clases trabajadoras a someterse a la casi inanición, ellos mismos estaban siendo llevados, de todas formas, a la ruina más abyecta: lo cual agradezco con entusiasmo a Dios.

Y también acerca de los granjeros:

Aquí tengo motivos más que suficientes para regocijarme en la ruina de los granjeros; y lo hago, con todo mi corazón le agradezco por ello a Dios; viendo que parece absolutamente necesario que la actual estirpe de granjeros debe disolverse totalmente, en Sussex, en todo caso, a fin de poner fin a esta crueldad e insolencia en relación con los peones, que son de lejos la gran mayoría.

Esta es la profunda cólera que Cobbett compartía con muchos de los labriegos de su época y manifestaba contra el blanco que tenía más a su alcance. Este es el estado de ánimo que caldeaba los disturbios del Pan y la Sangre al este de Anglia en 1816, o la ampliamente difundida sublevación de los obreros —las campañas de "Captain Swing"— de 1830. Cobbett advertía, en este sentido, que él mismo podría haber "exagerado los azotes sin tener la debida consideración hacia muchos", y reflexionaba:

Nacido en un hogar de granjeros, criado a la sombra del arado, con un blusón frunciendo en la espalda, acostumbrado a sentir gran deleite en todas las actividades de los granjeros, a disfrutar de su sociedad y a tener entre ellos a mis amigos más estimados, yo debería sentirme naturalmente, y me siento, particularmente ansioso por evitar, en lo poco o mucho que pudiera contribuir, esa ruina total que ahora los amenaza. Pero, ¿cómo no experimentar ningún sentimiento por el peón? ¿No era él también un *paisano* mío? ¿Cómo no sentir indignación contra aquellos granjeros que habían tenido la dureza de corazón para colgarles un cencerro en el cuello y habían insultado y degradado así, caprichosamente, a la clase a cuya faena debían su propio bienestar?⁶

Este conflicto de lealtades y, a pesar de todo, la determinación final marcan una etapa crucial. A menudo ocurría que, en casos tales como los de los impuestos forzados a los alimentos, los motines por un salario mínimo, la quema de parvas, el blanco inmediato de la queja, los granjeros tuvieran muy poco para dar, ya que a su vez sufrían la presión de las rentas que ejercían sobre ellos los terratenientes mejor protegidos y establecidos a una distancia prudencial. En verdad es

significativo el hecho de que, en estos disturbios, los granjeros desposeídos, arruinados o fuertemente presionados con frecuencia se unieran a los trabajadores sublevados. Pero esta era la característica de un orden capitalista que se estaba desarrollando en el campo. Los disturbios marcan, en realidad, la última etapa de la confrontación *local*, en términos inmediatos y personales. Tales disturbios inevitablemente darían paso a la organización de clase contra clase, representada por el sindicalismo y sus movimientos políticos asociados. La estructura de sentimiento que se había manifestado mediante la apelación directa y la discriminación moral interna —el juicio moral, la advertencia moral, de poemas tales como los de Goldsmith y Crabbe— se transformaba ahora necesariamente en un orden de pensamiento y de sentimiento diferente. La madurez del capitalismo como sistema estaba impulsando forzosamente una organización sistemática contra él.

Este fenómeno, tan esencial en la historia social de la Inglaterra rural, tiene su consecuencia en un nuevo tipo de literatura campestre, de la cual Cobbett es el precursor: un cambio de la convención que permite comenzar a describir la interacción de clases —ahora el aspecto decisivo de la historia—: una descripción que ya no se limita a la reflexión, sino que consiste en una acción novedosa. Ésta es la marca crucial de la transformación de la ficción en un nuevo estilo de novela que llegaría a ser, a partir de la década de 1830, la forma literaria dominante. Cobbett describía y militaba, primero como reportero y finalmente como tribuno. Su cambio de punto de vista y los cambios a los cuales respondió tan vívidamente constituyen los primeros signos importantes de un nuevo método aplicado en la esfera literaria.

Pero este cambio, que se dio principalmente en la novela, no ocurrió en el tiempo de Cobbett. Cuando él había alcanzado la edad mediana y tenían lugar estos cambios sociales, Jane Austen estaba escribiendo desde un punto de vista muy diferente, desde el interior de las casitas que Cobbett veía al pasar al costado de la carretera. Cuando él hablaba de la desaparición de la pequeña aristocracia, cabalgaba a través de Hampshire, no lejos de Chawton. Fue asimismo en Hampshire donde elaboró su lista de los nuevos propietarios de las casas solariegas y sus propiedades aldeañas, desde aquellos enriquecidos en las colonias a los agiotistas. El mundo ficcional de Jane Austen se nos hace presente cuando Cobbett prosigue su observación:

Algunos grandes, con la intención de salvarse de ser "consumidos vivos" [...] hacen uso de sus *vozes* para obtener, a través de un puesto, una pensión o una sinécure, algún reintegro de los impuestos. Otros, se enamoran de las hijas y viudas de algún hombre de dinero, grandes cervecedores o algo semejante; y a veces sus hijas se enamoran de los hijos de los hombres de dinero, o de los padres de esos hijos; y el hecho de que sean o no judíos tiene muy poca importancia para esa pasión de amor que todo lo avasalla. Pero la *pequeña aristocracia* no tiene recursos.

Este es un tono muy diferente del que impera en cualquiera de las obras escritas por Jane Austen; pero nos obliga a interrogarnos, por así decirlo, desde el otro lado del muro que bordea los parques: ¿cuáles eran las condiciones y presiones que la condujeron a formular su observación igualmente aguda? ¿Cuál era la sustancia social de su preciso e inquisitivo énfasis personal y moral?

Es una verdad universalmente reconocida que Jane Austen optó por ignorar los acontecimientos históricos decisivos de su tiempo. ¿Dónde, suele preguntarse aún hoy, están las guerras napoleónicas, la corriente real de la historia? Pero la historia tiene muchas corrientes y la historia social de las familias de los hacendados ingleses de aquella época estuvo entre las más importantes. A medida que tomamos conciencia de cuáles fueron los procesos reales, nos damos cuenta de que ocuparon un lugar central y estructural en las novelas de Jane Austen. Lo único que nos impide advertirlo es ese tipo habitual de retrospectiva, incluido en Penshurst y Saxham, en Buck's Head, Mansfield Park y Norland y hasta en Poynton, en el cual todas las casas solariegas y sus familias se consideran pertenecientes, efectivamente, a una única tradición: la de la pequeña aristocracia rural cultivada. En esta perspectiva, se ha suprimido la continua construcción y reconstrucción de esas mansiones y sus familias en pos de una abstracción idealizada, de modo tal que el mundo de Jane Austen puede, pues, darse por descontado y hasta a veces tratarse con condescendencia como ejemplo del atraso rural, como si se tratara de un simple escenario "tradicional". Y luego, si el "trasfondo" social se entiende, en este sentido, como algo "establecido", el énfasis puede desplazarse a una ficción de relaciones puramente personales.

Pero semejante énfasis es falso, porque lo que preocupaba a Austen no eran las relaciones personales, en el sentido abstracto de un proceso psicológico observado. Se trata, más bien, de la *conducta* personal: la comprobación y el descubrimiento de los principios morales que gobiernan la conducta humana en ciertas situaciones reales. A las consideraciones sociales ya implícitas en el examen de la conducta —con la profunda sensibilidad y la exploración de la conveniencia de las normas sociales— debemos agregar, partiendo de lo que demuestran sus novelas, una preocupación directa por las propiedades, los ingresos y la posición social, que aparecen representados como elementos indispensables de todas las relaciones que se proyectan y se entablan. Esta tampoco es una preocupación que se despliegue dentro de un mundo fijo y "tradicional"; en realidad, en las novelas de Jane Austen, gran parte del interés y muchas de las fuentes de la acción tienen que ver con los cambios de fortuna —los datos de un cambio general y de cierta movilidad— que estaban afectando a las familias terratenientes de aquella época.

De modo que sería fácil tomar como ejemplo de la antigua pequeña aristocracia establecida de terratenientes a Sir Thomas Bertram, de *Mansfield Park*, y compararlo con los nuevos estilos "londinenses" de los Crawford (esta es una lectura muy común), si no fuera por el hecho de que Bertram es presentado explí-

citamente como lo que Goldsmith habría llamado "un gran antillano": un hacendado colonial con plantaciones de azúcar en la isla de Antigua. Los Crawford podían tener costumbres londinenses, pero los ingresos que los mantenían provenían de la propiedad campestre de Norfolk, y ellos habían sido criados por un tío almirante. Sir Walter Elliott, en *Persuasión*, pertenece a una familia de hacendados que se mudó de Cheshire a Somerset y que había logrado elevarse a una baronía durante la Restauración, pero sus ingresos, en aquel momento, no estaban a la altura de semejante posición; su presunto heredero ha "comprado la independencia uniéndose a una mujer rica de cuna inferior" y el barón se ve obligado a entregar Kellynch Hall a un almirante, puesto que, como le hace notar su abogado:

La paz pondrá en tierra a todos nuestros ricos oficiales navales. Todos ellos querrán tener una casa [...] Muchas nobles fortunas se han forjado durante la guerra.⁷

Sus vecinos, los Musgrove, la segunda familia de terratenientes, están, en cambio,

en un proceso de cambio, quizás de mejoramiento. El padre y la madre se mantenían en el viejo estilo inglés, en tanto que los jóvenes se unían al nuevo.

En *Orgullo y prejuicio*, Darcy es un hacendado establecido durante "muchas generaciones", pero su amigo Bingley ha heredado cien mil libras y está buscando comprar una casa. Sir William Lucas se ha elevado desde la esfera del comercio al título de caballero; Mr. Bennett tiene un ingreso de dos mil libras al año, pero su heredad está sujeta a la prescripción de bien de familia y se ha casado con la hija de un apoderado cuyo hermano se dedica al comercio. En *Emma*, Knightley posee la abadía de Donwell, y Martin, uno de los nuevos granjeros gentilhombres, es su arrendatario. Los Woodhouse tienen una escasa extensión de tierra, pero Emma heredará treinta mil libras "de otras fuentes". Elton, el vicario, tiene alguna propiedad independiente, pero debió abrirse camino como pudo "sin ninguna alianza, sino mediante el comercio". Mr. Weston pertenece a una "familia respetable que durante las últimas dos o tres generaciones ha ido mejorando su posición, tanto en lo que se refiere a buen tono como a posesiones"; contrajo matrimonio, a través de la milicia, con la hija de una "gran familia de Yorkshire" y, cuando esta muere, Mr. Weston se inicia en el mundo de los negocios y compra una "pequeña propiedad". Harriet, cuando finalmente se revela como la hija de un "comerciante, lo suficientemente rico", se casa con su granjero gentilhombre con la razonable "esperanza de prosperar en seguridad, estabilidad y posición económica". Los Cole viven tranquilamente de un ingreso proveniente del comercio, pero cuando este prospera llegan a ser "en fortuna y estilo de vida, los segundos en la vecindad inmediata, solo después de los

Woodhouse". En *Sentido y sensibilidad*, los Dashwood son una familia de terratenientes establecidos que aumentan sus ingresos en virtud de matrimonios y extendiendo las propiedades de sus hijas; también están cercando los terrenos comunes de Norland y comprando fincas vecinas; la necesidad de contar con dinero efectivo para privatizar y monopolizar afecta el nivel de desarrollo inmediato de la familia. En *La abadía de Northanger*, Catherine Morland, la hija de un clérigo con dos buenos beneficios eclesiásticos y una considerable independencia, se va a vivir a Bath con una familia de terratenientes locales, los Allen, y en ese intercambio social agudamente observado, conoce al hijo de la familia que ha estado en posesión de las tierras de la abadía desde la disolución de los monasterios; la hermana del joven se ha casado gracias al "inesperado acceso" de su amante a "título y fortuna".

Abstraer esta historia social es, por supuesto, describir solo el mundo de las novelas en las cuales comienzan y terminan las acciones más particulares. Sin embargo, debe quedar claro que esta no es una sociedad única, fija, sino un proceso activo, complicado y altamente especulativo. Se trata de ese mundo sumamente difícil de describir de la historia social inglesa: una alta sociedad burguesa con poder adquisitivo en el momento de su más evidente interconexión con un capitalismo agrario que a su vez sufre la intermediación de los títulos heredados y de la construcción de los nombres de las familias. En la larga y complicada interacción de los capitales de la tierra y los capitales comerciales, el proceso que observó Cobbett —la llegada de "los nuevos ricos de las colonias, los negreros, los almirantes, los generales", etcétera— se inserta directamente y hasta se da por sentado. Las confusiones y contradicciones sociales de este complicado proceso son, pues, la verdadera fuente de muchos de los problemas de la conducta humana y de la escala de valores que las acciones personales dramatizan. Una sociedad abiertamente adquisitiva, que está también preocupada por la transmisión de la riqueza, intenta juzgarse simultáneamente mediante un código heredado y mediante la moral del progreso económico.

La paradoja de Jane Austen es, pues, el logro de una unidad de tono, de un modo asentado y notablemente seguro de ver y juzgar, en la crónica de la confusión y el cambio. La autora es precisa y cándida, pero de un modo muy particular. Por ejemplo, ofrece datos más minuciosos sobre los ingresos, que es aquello de lo que la persona dispone después de la deducción de impuestos, que de las hectáreas de terreno que deben ser cultivadas. No obstante, al mismo tiempo Austen ve en el campo un valor que no advierte en "otras fuentes" de ingreso. Su manera de observar una casa, un monte, los detalles de las mejoras, es veloz, exacta, monetaria. Sin embargo, el dinero procedente de otro origen, del comercio o de las plantaciones coloniales, no tiene ningún equivalente visual; para que se lo pueda siquiera reconocer como valor debe ser convertido a estos signos de orden. Este modo de ver las cosas es especialmente representativo. La tierra se

entiende primariamente como un índice de los ingresos y la posición; su orden visible y su control son un producto valioso, en tanto que el proceso de cultivarla difícilmente alcance ese rango. De modo que Jane Austen nos recuerda una vez más los dos sentidos del mejoramiento, que si bien estuvieron vinculados históricamente entre sí, en la práctica fueron a menudo contradictorios. Por un lado estaba la idea del mejoramiento del suelo, el ganado, la producción y el trabajo de la tierra. Y, por el otro, el mejoramiento de las mansiones, los parques, los paisajes artificiales, que absorbieron una parte muy importante de la riqueza que en verdad había aumentado. El profesor Habakkuk observó:

Los terratenientes ingleses en su conjunto eran una clase de consumidores y la mayor parte de los préstamos que tomaban iban a satisfacer propósitos no productivos: para ofrecer dotes, cubrir deudas de corto plazo contraídas como resultado de un modo de vida extravagante, para construir mansiones; los préstamos tomados para cercar legalmente un terreno común, por ejemplo, constituían habitualmente una pequeña parte del endeudamiento total.⁸

Esto no equivale a negar la función que cumplieron muchos terratenientes en el mejoramiento agrícola, sino simplemente situar esa función en su verdadero contexto social. Este es el comentario esencial sobre lo que podría resumirse, técnicamente, como la revolución agrícola: es decir, que no hubo ninguna revolución y que, en cambio, lo que se dio fue la consolidación, el mejoramiento, la expansión de una clase social existente.

El cultivo, entendido en términos de mejoramiento, tiene la misma ambigüedad: hay un crecimiento mayor que se convierte en una renta mayor; y luego las rentas se convierten en lo que se considera una sociedad cultivada. Lo que permitió la "revolución" fue precisamente eso: esta calidad de vida aparentemente alcanzable. Jane Austen pudo lograr su notable unidad de tono, esa observación fría y controlada que es la base de su método narrativo —ese manejo levemente distante del acontecimiento, la descripción y el carácter que no necesariamente debe convertirse en una manipulación abierta ni en una participación directa— en virtud de una efectiva fórmula subyacente y aún no percibida: el mejoramiento es o debería ser mejoramiento. El mejoramiento de la producción, que no se ve en absoluto, es el medio para alcanzar el mejoramiento social, que se presenta luego de manera tan aislada que en verdad se lo ve muy claramente.

Y no se lo mira desde una perspectiva lisonjera. La conversión del buen ingreso en buena conducta no era ningún proceso automático. Algunos de los que progresaban deliberadamente son descritos como lo que en realidad eran: materialistas ambiciosos y calculadores. Pero el elemento esencial es que la pretensión moral se asume tan seriamente que llega a convertirse en una crítica: nunca una crítica a la base de la fórmula, sino, fría y determinadamente, a los resultados que esta provoca tanto en el carácter como en la acción. Jane Austen guía a sus he-

roínas, firmemente, hacia los matrimonios convenientes. Establece acuerdos, sola, contra todas las adversidades, como si fuera algún abogado sobrehumano, siempre atendiendo a esa proporción exacta de valor moral que pueda asegurar la continuidad de la fórmula general. Pero, dentro de esta orientación convencional, que es la fuente de la confianza en sí misma de la autora, la discriminación moral es tan insistente que puede entenderse, en efecto, como un valor independiente. A menudo los historiadores literarios han dicho que Austen deriva de Fielding y Richardson, pero el afable *bluff* manipulador de Fielding y el fanatismo exclusivo de Richardson están en realidad muy lejos en el tiempo, en otro mundo. Lo que tiene lugar en *Emma*, en *Persuasión* y en *Mansfield Park* es el desarrollo de una moral cotidiana, no comprometida, que en definitiva puede separarse de su base social y que, en otras manos, puede volverse contra ella. En este sentido, Jane Austen se relaciona con los moralistas victorianos que tuvieron que aprender a asumir con creciente incomodidad, desde Coleridge a George Eliot y Matthew Arnold, que no necesariamente había una correspondencia entre clase y moral; que la supervivencia de la distinción dependía de otro tipo de independencia; que los dos sentidos de la palabra "mejoramiento" no solo debían distinguirse sino oponerse; o, como se advierte primero en Coleridge, que el cultivo de la persona, en su sentido humano, tuvo que presentarse como un principio moral *contra* el proceso social de civilización. En estas manos, decididamente, la fórmula se hizo añicos: el mejoramiento no era el mejoramiento; no solo "no necesariamente" sino, a veces, en contradicción definitiva. Es evidente que Jane Austen nunca llegó tan lejos; si lo hubiera hecho, sus novelas habrían sido muy diferentes, pues incluirían nuevos problemas de estructura y de lenguaje. Pero ella fue quien puso el énfasis que solo necesitó ser trasladado desde los muros exteriores del parque a una experiencia social diferente para transformarse en una crítica no moral sino social. Esta transformación y sus dificultades es lo que hallaremos en George Eliot.

Pero antes debemos volver a hacer hincapié en la importancia de Cobbett. Lo que él menciona, al pasar cabalgando por la carretera, son clases. Jane Austen, desde el interior de esas casas, nunca puede ver eso a pesar de lo intrincado de su descripción social. Comprensiblemente, toda la distinción que ella establece es interna y excluyente. A Austen le preocupa la conducta de la gente que, en las complicaciones del proceso de mejoramiento, trata repetidamente de hacerse un lugar en una clase. Pero cuando se ve una sola clase, no se ven *las* clases. Sus personajes son individuos selectos aunque representativos, que viven bien o mal dentro de una estrecha dimensión social. Por supuesto, Cobbett nunca los vio tan íntima o tan agudamente; pero lo que vio fue lo que aquellos personajes tenían en común: el proceso económico subyacente. Una visión moral de este tipo tenía que provenir del exterior y, por supuesto, cuando se presentó, el lenguaje fue más rudo y severo. La confianza precisa en un mundo establecido dio paso a otras voces inquietantes, agresivas y conflictivas.

Aquella no era una experiencia nueva; había estado allí todo el tiempo, pero rara vez había sido registrada:

Somos hombres formados a semejanza de Cristo y se nos mantiene como a las bestias.

Pues las labores casi no cesan de pesarnos;
El descanso nunca llega, solo los domingos:
Y apenas esto han de permitir nuestros amos.

Aquí estoy, entre la tierra y el cielo, de modo que ¡ayúdame, Dios! Perdería más pronto mi vida que regresar a casa como estoy. Pan quiero y pan he de obtener.

Lo que ahora hemos hecho se eleva por mucho contra nuestra voluntad, pero vuestros corazones son tan duros como el corazón del faraón [...]. De modo que ahora no debéis tomar este fuego como si fuera una afrenta, porque si no lo hubieseis merecido, nosotros no lo habríamos hecho.⁹

La primera voz se remonta al siglo XIV; la segunda a comienzos del siglo XVIII; la tercera y la cuarta corresponden al principio del siglo XIX, época de una nueva crisis general. Este es un moralismo radicalmente diferente del de Jane Austen, pero es insistentemente moral en su propio lenguaje general. Son las voces de hombres que han visto morir de hambre a sus hijos y ahora están ante la vista de las mansiones majestuosas y parques imponentes y los modelos sociales absortos en sí mismos al final de las cuidadas sendas.

Cobbett y Austen marcan dos maneras de ver, dos puntos de vista opuestos, dentro de la misma región. Cada tipo de observación es, sin embargo, social, en el más amplio sentido de la palabra. Pero, mientras hacemos nuestro paseo imaginario por ese triángulo de carreteras, descubrimos, en Gilbert White, un tipo de observación diferente, aunque de no menor significación en el desarrollo de la escritura campestre. Cualquiera que viva en el campo puede a veces experimentar, o puede suponer que experimenta, una naturaleza inmediata: se trata de una conciencia directa y física de los árboles, las aves, las conmovedoras formas de la tierra. Lo nuevo en Gilbert White, o lo que al menos parece nuevo, en su ininterrumpida intensidad, es el desarrollo que hace a partir de tal experiencia; una observación singular y atenta, como si las únicas relaciones de la vida campestre fueran con sus realidades físicas. Este es un nuevo tipo de registro, no solo de los hechos, sino también de una forma de observar los hechos: una manera de mirar que llegaría a llamarse "científica":

El siguiente pájaro que obtuve (el 21 de mayo) era un alcaudón macho de manto rojo, un *lanius collurio*. Mi vecino, quien le había disparado, dice que el ave podría fácilmente haber pasado inadvertida si no fuera porque los gritos y el parloteo de las currucas zarceras y otras aves pequeñas llamaron nuestra atención hacia el arbusto en el que se encontraba: tenía el hueco lleno de patas y alas de escarabajos [...]¹⁰

[...] El mirlo es mayor que el estornino y se alimenta de bayas de espino; pero el último otoño (cuando no había bayas de espino) se alimentó con bayas de tejo: en la primavera basa su sustento en las bayas de hiedra que maduran solo en esa estación, en marzo y abril.

Estas descripciones fueron tomadas de las cartas formales publicadas en *The Natural History of Selborne*. Por el tono y la atención prestada, a lo largo de toda una vida, esas cartas componen un nuevo tipo de escritura. No es que White careciera de lo que podría llamarse el "poder de descripción". Cuando un evento natural incluía una respuesta emocional, como en el terrible verano de 1783, White podía elevarse a la altura de las circunstancias:

El sol, al mediodía, aparecía tan blanco como una luna nublada e irradiaba sobre el terreno y los pisos de las habitaciones una luz ferruginosa del color de la herrumbre; pero se ponía particularmente cárdeno y color sangre al amanecer y al ocaso. Todo el tiempo el calor era tan intenso que la carne de las presas apenas se podía comer un día después de que se las matara y las moscas pululaban de tal modo en los caminos vecinales y los setos que ponían casi frenéticos a los caballos y hacían fastidiosa la cabalgata.¹¹

Lo que ocurre simplemente es que —como lo confirmará la lectura de su *Journal* escrito a lo largo de veinticinco años, desde 1768 a 1793— el modo habitual que tenía White de prestar atención era exterior: observaba, indagaba, anotaba, clasificaba. La calidad del sentimiento experimentado por la vida que lo rodeaba es incuestionable; es el interés devoto y gozoso de toda una vida, una observación de la cual cualquiera que viva en el campo aún puede aprender. Pero no se trata de lo que, basándonos en muchas observaciones previas y algunas posteriores, podríamos confundir con la introducción de una experiencia particular social o personal en las complejidades de las cosas observadas. A veces White puede recordarnos a Arthur Young y los demás colaboradores de los *Annals of Agriculture*, por la precisión íntima y detallada de sus notas y observaciones. Pero lo que White observa no es la agricultura de la producción, salvo incidentalmente; lo que describe es un orden natural, en un sentido nuevo: un mundo físico de criaturas y condiciones. Mientras Cobbett y Jane Austen, cada uno a su modo, estaban absortos en un mundo humano, Gilbert White observaba el transcurso del año y la miríada de vidas físicas que abundan en él: la naturaleza en un sentido que ahora podía separarse del hombre.

Este es un cambio complicado y debemos tratar de establecer su relación con toda una serie de otros cambios que, a lo largo del siglo XVIII y también luego en la generación de Cobbett y Jane Austen (aunque de maneras por completo diferentes), estaban provocando una transformación de las actitudes y los sentimientos que despertaba la naturaleza observada: nuevos tipos de interés en el

Raymond Williams

paisaje, una nueva manera de concebir lo pintoresco y, más allá de estas observaciones y en interacción con otras de índole más social, el nuevo lenguaje, la nueva poesía, de Wordsworth y Clare.

12. Agradables panoramas

Un campo en actividad productiva casi nunca es un paisaje. La idea misma del paisaje implica separación y observación. Se puede y es provechoso indagar las historias contenidas en un paisaje pintado, un paisaje descrito, el paisaje de un jardín finamente diseñado y la arquitectura paisajística, pero, en cualquier análisis definitivo, debemos relacionar estas historias con la historia común de una tierra y su sociedad. Y esto es especialmente necesario, si pretendemos comprender los cambios operados en las actitudes inglesas en relación con el paisaje durante los siglos XVIII y XIX. Tenemos muchas excelentes historias particulares, pero en sus puntos de vista implícitos, y a veces explícitos, habitualmente esas historias forman parte de esa composición social de la tierra —su distribución, sus usos y su control— que fue recibida y sustentada sin ninguna reserva crítica, incluso en nuestro propio siglo, cuando la celebración de sus logros se suma característicamente a una elegía por un estilo de vida perdido.

Además, significativamente, en las versiones más comunes, la historia del paisaje inglés del siglo XVIII se ha presentado en escorzo. Leyendo algunas de estas historias, uno podría hasta llegar a creer —se nos ha insistido tanto sobre eso— que el terrateniente del siglo XVIII, a través de la obra de sus paisajistas contratados y con el apoyo de poetas y pintores, inventó la belleza natural. Y en cierto modo, ¿por qué no creerlo? Según la misma ideología, el hacendado inventó la caridad, las técnicas de mejoramiento de la tierra y las buenas maneras, así como cuando él y los de su estilo viajaron a los países de otros hombres y “descubrieron” dichos países.

Pero la historia real es mucho más compleja. Fue una aplicación, en circunstancias sociales y económicas especiales, de ideas que en sí mismas distaban mucho de ser nuevas. Sin embargo, como siempre ocurre en tales casos, la aplicación particular, en un contexto social determinado, tuvo efectos nuevos y particulares.

“Agradables panoramas”: la frase característica del siglo XVIII tiene el necesario doble sentido. Porque no debemos suponer que el asombro, la significación

y el placer de las formas y los movimientos observados de la tierra fueron inventados por una especialización en el panorama. Desde que existe la literatura, estos sentimientos han sido registrados y podemos estar seguros de que, además de los escritores, muchos otros hombres han mirado con intenso interés todos los rasgos y movimientos del mundo natural: colinas, ríos, árboles, cielos y estrellas. De estas múltiples generaciones de observadores derivaron muchos tipos de significación, filosóficos y prácticos. Pero llegó el momento en el que un tipo diferente de observador sintió que debía dividir estas observaciones en "prácticas" y "estéticas" y que si lo hacía con la suficiente seguridad, podía negarles a todos sus predecesores lo que él entonces describía, en sí mismo, como una "sensibilidad elevada". Lo importante no es tanto que ese observador hiciera tal división, sino que la considerara necesaria y estuviera en posición de hacerla, y que esa necesidad y esa posición fueran partes de una historia social, en el proceso de separación de la producción y el consumo.

El observador consciente de sí mismo: el hombre que no solo observa la tierra, sino que es consciente de que lo está haciendo, como una experiencia en sí misma, y que ha preparado modelos sociales y analogías tomadas de otra parte para justificar la experiencia: esta es la figura que necesitamos buscar; no un tipo de naturaleza, sino un tipo de hombre. Ese hombre tiene una historia larga e intrincada. Está allí, en su propio contexto, en la poesía bucólica y en las primeras églogas. Está allí, claramente identificable, en Petrarca, quien, como nos contó Burckhardt, trepó al Monte Ventoux en Provenza para ver el panorama, pero cuando llegó a la cima recordó una imagen conflictiva de un pasaje de San Agustín:

los hombres avanzan y admiran las encumbradas montañas, los amplios mares y los fragorosos torrentes, el océano y el curso de las estrellas y, al hacerlo, se olvidan de sí mismos.¹

Él está allí en Acneas Sylvius, describiendo el panorama que se observa desde las colinas de Alba y fijando su corte en el Monte Amiata. Los castillos y aldeas fortificadas habían disfrutado desde tiempo atrás del "panorama" del campo que se extendía a sus pies. En tiempos más armoniosos lo que se buscaba explícitamente no era observar el movimiento de los enemigos o los extranjeros, sino la vista misma: la escena consciente. No obstante, debemos recordar que no sabemos —a causa de las épocas de disturbios— qué era lo que se veía desde allí, qué apreciaron generaciones de hombres durante las muchas horas de observación. La mayor parte de los hombres que practicaban tal observación no han dejado registros de ella.

Lo que podemos afirmar con certeza es que, desde los comienzos de la historia, tales vistas no solo fueron halladas incidental o accidentalmente, sino que también fueron conscientemente dispuestas. En Egipto, en la Mesopotamia y en la China se diseñaron paisajes; en Babilonia, especialmente, se proyectaron par-

ques, avenidas, jardines y fuentes. De manera característica, estas disposiciones estuvieron relacionadas con los centros de poder y, hasta la construcción de Versalles y sus imitaciones modernas, tuvieron una larga sucesión formal. Pero también una sucesión menos advertida, hasta llegar a las villas privadas y luego a las casas solariegas de civilizaciones menos centralizadas, menos específicamente jerárquicas. Aquí hay una significativa diferencia social: las villas de Italia, en las cuales se desarrolló gran parte de la creación de la literatura neopastoral, fueron construidas, junto con sus inmediaciones y perspectivas en relación directa con las ciudades, como casas campestres alternativas; mientras en Inglaterra, por ejemplo, los asentamientos territoriales estaban más dispersos, aunque el dinero para construirlos con significativa frecuencia procedía de los beneficios obtenidos en la corte. Los parques, que originalmente eran montes vallados destinados a cotos de caza, en Inglaterra existieron por lo menos desde el siglo X y su número creció significativamente en directa relación con los nuevos palacios campestres del siglo XVI. Gran parte del cercamiento de tierras y de la construcción de mansiones se hizo a expensas de aldeas y sembrados enteros de trigo que fueron parquizados. Los terratenientes ingleses del siglo XVIII, que siguieron los mismos procedimientos, tuvieron estas generaciones de predecesores en la imposición y el robo.

Pero aún hay otra transición desde los montes destinados a la caza al parque paisaje, aunque resulta difícil precisar el período histórico. Tenemos ejemplos (Compton Wynyates y Audley End) de los siglos XVI y XVII, pero la transformación sistemática se dio principalmente a partir del siglo XVIII. En el análisis es posible separar el parque de ciervos, el escenario majestuoso y el panorama paisajístico, pero en muchos casos reales, estos tipos se combinaron, aunque en los últimos siglos los principales cotos de caza —nuevamente con gran perjuicio para la vivienda y el sustento de otros hombres— se fueron extendiendo cada vez más. Precisamente en este complejo establecimiento territorial debemos reinserir el desarrollo autoconsciente del paisaje y de lo que se llama la "invención" del escenario.

El principal argumento es bien conocido. Los terratenientes ingleses del siglo XVIII, al hacer el prolongado viaje por Europa que se consideraba necesario para completar su educación, coleccionaban cuadros de Claude y Poussin y aprendían nuevas maneras de observar el paisaje, de modo que al regresar creaban paisajes semejantes como panoramas con los cuales deleitarse desde sus propias mansiones: crear se usa aquí en el sentido de contratar a Brown ("el campesino"), o a Kent, o a Repton. Ciertamente, debemos advertir un cambio de gusto en la manera de proyectar los terrenos que servían a un propósito decorativo: desde los jardines formales del siglo XVII con fuerte influencia francesa, italiana y holandesa, a los parques paisajísticos propios del mejoramiento general del siglo XVIII. Pero llamar a esto la invención del "paisaje" o del "escenario" es

confundir el desarrollo en su conjunto. Implica una irónica insularidad suponer que los ingleses del siglo XVIII, al imitar conscientemente a los pintores italianos del siglo XVII, estaban “descubriendo” escenarios. Pero, en todo caso, el movimiento fue más general.

La idea inglesa de paisaje fue tomada directamente de la holandesa y vale la pena señalar que la primera gran composición artística del paisaje, en una versión adaptable a las características físicas de la campiña inglesa, fue la escuela holandesa del siglo XVII, de Van Ruysdael y de Hobbema. Los arquitectos ingleses del perfeccionamiento encontraron una clara analogía en este arte que tenía íntimas asociaciones con el mejoramiento burgués y con la indagación científica de la naturaleza y los modos de percepción. Cuando los hombres pudieron producir su propia naturaleza, tanto en virtud de los medios físicos del mejoramiento (el movimiento de tierras mediante las nuevas maquinarias, el drenaje y la irrigación y el bombeo de agua a sitios elevados) como en virtud de la comprensión de las leyes físicas de la luz y, por lo tanto, de los puntos de vista y perspectivas artificiales, hubo de producirse, inevitablemente, un cambio que dejaría atrás la decoración limitada y convencionalmente simbólica e iconográfica de las tierras que se extendían al alcance inmediato de la vista.

El paraíso, originalmente un jardín persa rodeado de muros, ya está presente en Milton:

Un feliz solar rural de variadas vistas²

Y las flores, “merecedoras del Paraíso”,

No arte refinado,
En los arriates y curiosos grupos florales, sino la naturaleza innata
Que avanza, pródiga, a raudales.

Marvell, en Appleton House, donde había un jardín simbólico formal, había dicho a propósito de los prados que bordeaban el río:

Parecen en la bruñida hierba
Un paisaje pintado en un espejo³

Una imagen interesante, no solo porque ve los prados como un paisaje, sino porque el sentido de artificio —en el siglo XVII se utilizaban el espejo y la perspectiva para componer y embellecer el paisaje— está deliberadamente presente. Pope, al ser de los primeros en recomendar un nuevo estilo de jardines, en contra de las simetrías artificiales representadas por la villa de Timon, también era perceptivamente consciente, en un estilo que procedía tanto de la ciencia como del arte:

Uno mira a través de una arcada de árboles en pendiente y ve los veleros que pasan por el río y súbitamente se desvanecen, como a través de un cristal en perspectiva.⁴

Su “genio del lugar”, una aparente norma para la fidelidad “natural” es, si se presta la debida atención, una invitación a ordenar y reordenar la naturaleza de acuerdo con un punto de vista:

No permitáis que cada belleza pueda ser espiada desde cualquier sitio
Donde gran parte de la habilidad es ocultar decentemente.

Porque lo que estaba haciendo esta nueva clase social, con su nuevo capital, su nuevo equipamiento y sus nuevas habilidades para ocultar, era en realidad disponer la “naturaleza” según su propio punto de vista. Si nos preguntamos, finalmente, quién podía ser el genio del lugar, comprobamos que se trataba de su propietario, del terrateniente, de quien mejoraba las tierras. Charles Cotton, en 1687, había escrito acerca de las bellezas de los jardines de Chatsworth y, en el clímax del poema, decía:

Pero lo que corona todo esto, e imparte
Un lustre que trasciende por mucho el poder del arte
Es el gran propietario. Él, cuyo noble espíritu
Sólo para tal fortuna fue destinado.⁵

El genio del lugar consistía en la creación de un sitio: esa palabra socialmente resonante que hizo oír sus ecos durante todo el siglo XVIII y que Jane Austen retomó, irónicamente, en la conversación sobre el mejoramiento que mantiene Henry Crawford en *Mansfield Park*:

Mediante tales mejoras, como he sugerido ya [...] usted puede proporcionarle al lugar un carácter más elevado. Puede erigirlo en un sitio.⁶

El gusto por Claude y Poussin, los terraplenes, los sistemas de aprovisionamiento de agua y la siembra de árboles de Brown, Kent y Repton, las deliberadas creaciones de Stourhead y los Leasowes son, pues, parte de este movimiento más amplio: medios y episodios incluidos. Observando el paisaje desde el punto de vista del arte, podemos ver muchas imitaciones conscientes de escenas particulares: las bandas de luz y sombra y agua, como en las composiciones de una tela; los edificios y bosquillos diseñados para marcar verticalidad y poner énfasis en ciertos puntos; las vistas enmarcadas por un primer plano oscuro de árboles, como en los cuadros de Claude y de Poussin, pero también como en el decorado de un teatro, donde se estaban desarrollando simultáneamente el marco del proscenio y los pisos móviles. Es justo señalar estas similitudes y corresponden-

cias, y el grado de imitación consciente nos dice mucho acerca de la mediocridad cultural de la clase social en cuestión, en el nivel del arte y la literatura reales. Pero, en sus propios términos, ellos no se sentían dependientes. Cotton ya había observado en Chatsworth:

Los bosquecillos cuyos rizados extremos echan sombra sobre cada lago
Crean en todas partes esos paisajes ondulantes
En tanto que el arte perplejo del pintor, por superior que sea
Nunca pudo hacer mover olas y hojas.

Ese tipo de confianza en sí mismos, en poder hacer que la naturaleza se moviera según un diseño bien dispuesto, es la real invención de los terratenientes. De modo que no podemos separar su arte decorativo de su arte productivo; este nuevo observador consciente de sí mismo era muy específicamente el propietario consciente de sí mismo. El desmonte de los parques para convertirlos en paisajes "arcadianos" dependía del sistema ya consumado de explotación de las tierras agrícolas y genuinamente pastorales que se extendían más allá de los límites de los parques. También allí se estaba imponiendo un orden: un orden social y económico, pero también físico. Las cuadrículas matemáticas de los terrenos adjudicados por la privatización, con sus rectos setos y sus derechos caminos, son contemporáneas de las curvas naturales y la dispersión de los parques decorados. Y hasta son aspectos relacionados del mismo proceso: superficialmente opuestos en el gusto, pero solo porque en un caso la tierra estaba organizada en pos de la producción (era el lugar donde habrían de trabajar los arrendatarios y los labriegos), mientras que en el otro, estaba organizada para el consumo: la vista, el reposo ordenado del propietario, el grato panorama. En realidad, de estos ordenados paisajes del siglo XVIII puede decirse no solo —con justicia— que fueron el punto más alto del arte burgués agrario, sino también que sus creadores lograron hacer realidad en la tierra que se extendía debajo de sus ventanas y terrazas lo que Jonson había imaginado idealmente en Penshurst, esto es, un paisaje rural del que se han suprimido las labores campestres y los hombres encargados de realizarlas; un panorama silvestre y húmedo, con numerosas analogías en la pintura y la poesía neopastorales, de las cuales se habían desterrado las realidades de la producción: los caminos y accesos artísticamente ocultos por árboles, de modo tal que el hecho mismo de la comunicación pudiera suprimirse en el plano visual; los graneros y molinos inconvenientes apartados lejos de la vista (en *Clandestine Marriage* de Colman y Garrick, el burgués Sterling había "convertido la vieja lavandería en un invernadero y el lugar donde se destilaban licores y cerveza en un pinar");⁹ las avenidas abiertas a las distantes colinas, donde ningún detalle perturbaba la vista general; y este paisaje, visto desde arriba, desde los nuevos sitios elevados; las amplias ventanas, las terrazas, los prados; las limpias líneas de visión; la expresión de control y dominio. Esta composición social es la que observaba satíricamente Peacock en *Headlong Hall*:

un blanco, pulido y angular edificio se reflejaba en todos sus detalles en este lago sin ondulaciones; y allí está Lord Littlebrain ["cerebro pequeño"] mirando por la ventana.⁸

Pero se trata de un panorama dominante que es, al mismo tiempo, un triunfo de la naturaleza "intacta". Ese es el logro: una mistificación efectiva y aun así majestuosa. Y debemos insistir en este carácter central, aun cuando advirtamos también que atrapadas, utilizadas y disfrutadas dentro de esta composición social, había muchas maneras reales de ver el paisaje que tenían diferentes motivaciones. Dyer compartía la ideología de los arquitectos del mejoramiento:

¡Cercad, cercad, vosotros, zagales!
¡Por qué habrías de deleitaros en los campos comunes...?
...En los campos mantenidos en promiscuidad todo cultivo languidece.⁹

Pero cuando observaba desde la colina de Grongar, tenía una conciencia más ligada al pasado:

Y ved los ríos, cómo corren
Por bosques y prados, a la sombra y al sol;
A veces veloces, a veces lentos,
Ola tras ola prosiguen.
Su variado trayecto hacia la profundidad
Como la vida humana hacia el sueño eterno.¹⁰

Esta no es aún la naturaleza separada de la naturaleza humana, pero en la evolución de la poesía paisajística del siglo XVIII el panorama separado eventualmente terminó siendo un lugar común. Es el momento que Thomson había descrito:

Entretanto, ganas la altura, desde cuya bella cima
El floreciente panorama se extiende inmenso alrededor.¹¹

Esa era la vista para la cual Cowper parece haber inventado la palabra "escenario", y la conciencia de estar observando esas vistas es, dentro de esta convención, intrínseca:

Aquí el Ouse serpentea lentamente a través de la llana planicie:
De espaciosos prados salpicados de reses,
Conduce la mirada a lo largo de su sinuoso curso
Encantado. Allá, fuertemente enraizados en sus riberas
Se elevan, nunca embozados, nuestros olmos predilectos,
Que ocultan la solitaria cabaña del pastor;

Raymond Williams

Mientras mucho más allá, entorpeciendo la corriente
Que, como de cristal fundido, se incrusta en el valle,
El campo en declive se desvanece en las nubes;
Exhibiendo en su variada ladera, la gracia
De las innumerables bellezas de la hilera de setos; la recta torre,
El alto chapitel, desde donde el sonido de las alegres campanas
Ondula hacia el oído atento,
Bosques, brezos y humeantes aldeas, remotas.¹²

Este paisaje cobra forma en el acto mismo de observación; el río "conduce la mirada", el campo en declive "exhibe" su gracia; la corriente "se incrusta" en el valle. Es un hermoso cuadro, en el sentido estricto del término. Su sentido de posesión, desde un punto de vista separado y ventajoso, es una estética genuinamente abstracta y hay cientos de casos similares. El orden que se estaba proyectando, al mismo tiempo se estaba imponiendo. En el centro de la sociedad, la conjunción era directa. En sus observadores marginales se transformaba en una convención poética o pictórica.

Y luego, de manera aparentemente súbita, se plantea una cuestión diferente: quien lo hace es otro poeta que una vez más observa desde arriba la tierra y experimenta su serena composición, solo que encuentra perturbador el hecho mismo de la calma:

¡Es calmo, en verdad! Tan calmo, que perturba
Y contraría la meditación con su extraño
Y extremado silencio. Mar, colina y bosque,
¡Esta aldea populosa! Mar y colina y bosque,
Con todas las innumerables actividades de la vida
Inaudibles como sueños.¹³

Esta perturbadora meditación de Coleridge es un signo de ruptura del orden convencional. Las relaciones reales entre el hombre y la naturaleza, la existencia real del observador y de aquellos hombres a los que él sólo puede ver disueltos en un paisaje vuelven a presentarse como un problema: un problema de identidad, de percepción y de la naturaleza misma.

13. El lenguaje verde

Ahora advertimos el doble carácter de la posesión: la separación entre el control de una tierra y sus panoramas. Pero también hay una separación espiritual: un reconocimiento de las fuerzas de las cuales formamos parte, pero que siempre podemos olvidar, de las cuales debemos aprender, en lugar de tratar de controlar. En estos dos tipos de separación se sostiene y se transforma la idea de la naturaleza.

¿Por qué —preguntó Addison— no se puede convertir toda una propiedad en una especie de jardín mediante plantaciones frecuentes? Un hombre podría hacer un bonito paisaje de sus propias posesiones.¹

Wordsworth, casi un siglo más tarde, puso en el centro de su mundo, no a un hombre posesivo, sino a un niño sorprendido:

Criatura frágil como es, tan desvalida como frágil
Un habitante de este universo activo:
Pues el sentimiento le ha comunicado la fuerza
Que en virtud de las crecientes facultades del sentido
Crea, como un agente del único gran Espíritu
Creador y receptor al mismo tiempo,
Trabajando sólo en alianza con las obras
Que contempla.²

Aquí pueden verse simultáneamente dos principios de la naturaleza. Está la naturaleza como un principio de orden, de la cual la mente ordenadora es parte, y que la actividad humana, mediante los principios reguladores, puede pues reordenar y controlar. Pero también está la naturaleza como principio de creación,

de la cual la mente creativa es parte y de la cual podemos aprender las verdades de nuestra propia naturaleza compasiva.

Esta compasión activa es el verdadero cambio de espíritu, la nueva conciencia, aunque solo se trate de una minoría, que tiene lugar en el período mismo en el que la transformación voluntariosa de la naturaleza —no solo de la tierra y el agua, sino de sus materias primas y elementos esenciales— iba a entrar en una nueva fase, en los procesos que ahora llamamos industriales. En todas partes, la confianza agraria había sido desafiada por los sentimientos de pérdida, melancolía y lamentación: desde la ambivalencia de Thomson a la desesperanza de Goldsmith. Ahora, con Wordsworth, habría de afirmarse potentemente un principio alternativo: una confianza en la naturaleza, en sus propias energías, un sentimiento que, por lo menos al principio, implicaba también una confianza más amplia, más humanitaria, en los hombres.

A primera vista, este movimiento no resulta fácil de distinguir de lo que, en la segunda mitad del siglo XVIII, es una evidente modificación del gusto. Es significativo y comprensible que en el transcurso de un siglo de recuperación de tierra yermas, de drenaje y desmonte se haya desarrollado, como un subproducto, cierto sentimiento de valoración de la naturaleza inalterada, de la tierra agreste: el sentimiento que se conocía en aquella época como gusto por lo "pintoresco". Es bien conocido el modo dramático en que se alteró la visión de los Alpes, desde los "terrenos y peñascos extraños, horrorosos y terribles" que describía Evelyn a mediados de la década de 1640, o las "ruinas sobre ruinas, en monstruosas pilas, y el cielo y la tierra confundidos" que mencionaba Dennis en 1688,¹ hasta la característica alabanza reverencial de los viajeros de mediados y fines del siglo XVIII, del siglo XIX y hasta del siglo XX:

Ni un precipicio ni un torrente ni un risco que no esté preñado de religión y poesía.
(Gray, 1739)²

¡Inmóviles torrentes! ¡Silenciosas cataratas!
¿Quién os hizo tan gloriosas como las puertas del cielo
Bajo la intensa luna llena?

(Coleridge, 1802)³

En el transcurso del cambio, distritos comparables de Gran Bretaña —el distrito Lake, desde la década de 1760, bajo la influencia de Dalton y Brown; el Wye Valley y Gales del Sur, las Tierras Altas de Escocia, los valles del Norte, la región de New Forest desde la década de 1780, bajo la influencia directa de William Gilpin— se convirtieron en lugares de moda, de visita y hasta de peregrinaje. La actitud de Johnson en relación con las Tierras Altas:

la apariencia es la de la materia, incapaz de adquirir forma o de tener utilidad, despojada por la naturaleza de sus cuidados y abandonada en su estado elemental original⁴

parecía haber quedado muy atrás. Aquella naturaleza era una fuerza en pos del mejoramiento, la nueva naturaleza era un original. Pero no debemos olvidar que la mayor parte de los viajeros —aunque no todos— que emprendían esos viajes a lugares agrestes podían hacerlo porque la "naturaleza" no había abandonado sus propias tierras en un "estado elemental original". Los paseos pintorescos —y los poemas, diarios, pinturas y grabados topográficos que los promovían y conmemoraban— se debían a los beneficios que suministraban una agricultura mejorada y el comercio. En este nivel, no hay una variación de la sensibilidad; se trata estrictamente del agregado del gusto. Como ocurría con los parques diseñados como paisajes, en los que cada artificio apuntaba a producir un efecto natural, las regiones agrestes de montaña y bosque eran principalmente objetos de consumo estético ostentoso: haber estado en los lugares que se nombraban, intercambiar y comparar las experiencias de viaje y de contemplación, eran formas de pertenecer a la sociedad de moda. Que en el curso de los viajes se experimentaran otras sensaciones es una realidad que ha quedado bien documentada por Wordsworth y otros, pero es Wordsworth quien hace la que para él es la distinción vital:

hasta en el placer gozado
Indignamente, sintiendo disgusto aquí y gusto allá,
En virtud de reglas de arte mimético transferidas
A las cosas que están por encima de todo arte; pero sobre todo —porque esto,
Aunque es un fuerte contagio de la época,
Nunca fue para mí una gran afición— dando lugar
a una comparación de una escena con otra,
Demasiado empeñado en las cosas superficiales
Regalándome con las exiguas novedades
De color y proporción: insensible a los cambios de humor
del tiempo o la estación, al poder moral,
A los afectos y el espíritu del lugar.⁵

El convencional "temor reverencial" de los lugares salvajes, que Johnson había descrito en las Tierras Altas como

terror sin peligro... uno de los entretenimientos de la fantasía, una agitación voluntaria del espíritu, que uno se permite sólo mientras da placer⁶

es algo que Wordsworth había conocido, cuando

procuraba *aquella* belleza, que, como canta Milton,
Contiene el terror.

Pero Wordsworth había adquirido una percepción más general.⁷

Cuando cada día traía consigo alguna nueva sensación
De exquisita mirada para las cosas comunes.
Y toda la tierra era pródiga en esos dones
De más refinada humanidad...
...un espíritu, encerrado para mí allí,
Para penetrar lo encumbrado y lo humilde.

Este es un movimiento complejo que incluye muchos sentimientos ya familiares, pero que ahora aparecen unidos, hasta forzosamente unidos, a un principio de respeto humano, de comunidad humana.

Es justo señalar que se advierte una continuidad desde Thomson y la tradición del siglo XVIII. Una vez más se emplea el campo, la "naturaleza" como una representación del retiro y el solaz de una sociedad humana y una conciencia humana corriente:

Recuerdo bien que aquellas mismas plumas,
Aquella mala hierba y el alto césped lanceolado en ese muro,
Plateados por la niebla y las silenciosas gotas de lluvia,
Al pasar yo una vez, a mi corazón transmitían
Una imagen de tranquilidad tan inmóvil,
Tan calma e inmóvil, y parecían tan hermosos
En medio de los inquietantes pensamientos que ocupaban mi espíritu,
Que lo que sentimos de pesar y desesperanza
Por las ruinas y el cambio, y toda la aflicción
Que las demostraciones fugaces de Dios dejan atrás
Parecían un sueño inútil.¹⁰

En este fragmento, característicamente, está el observador solitario que "pasa" y lo que ve es una "vida inmóvil": una imagen que se opone a la presión y al cambio.

La continuidad también aparece en una dimensión diferente: el reconocimiento, y hasta la idealización, de los personajes "humildes", en compasión, en caridad y en comunidad. *Michael* tiene por subtítulo "un poema pastoral", y lo es en el sentido más reciente de la descripción de una independencia rural: el pastor y su familia que son

como una encarnación en el valle
De la interminable laboriosidad¹¹

y su disolución a causa de la mala fortuna, la falta de capital y la venta final:

La cabaña que fue bautizada Estrella Vespertina
Ha desaparecido, la reja del arado ha pasado por el terreno

Donde se levantaba; se han efectuado cambios definitivos
En todas las inmediaciones...¹²

Es significativo que Wordsworth vincule la "amable acción" de la naturaleza al sentimiento de solidaridad que lo une con hombres tales como Michael: el mismo vínculo que observábamos en Thomson. Wordsworth a menudo se acerca aún más a los hombres reales, pero también él los ve como desvaneciéndose, como alejándose hacia un pasado que solo unos pocos signos sobrevivientes y el espíritu de la poesía podían evocar. En este sentido, la melancolía de la pérdida y la disolución, que fue tan marcada en la literatura campestre del siglo XVIII, persiste en términos familiares.

Pero en Wordsworth hay además una importante evolución: un nuevo énfasis, correspondiente precisamente a esta visión de la historia, en los desposeídos, los personajes errantes y solitarios, los vagabundos. Es justamente aquí donde la observación social se vincula a las percepciones del observador solitario que es también el poeta. El viejo pordiosero de Cumberland, en el poema que lleva ese título, es una versión posterior del anciano que había observado Crabbe, pero el cambio de punto de vista es notable. Ese hombre ya no constituye una prueba de la ausencia de comunidad, de la aldea como una vida de dolor. Por el contrario, más auténticamente separado de la vida de la aldea en cualquier forma directa, ese pordiosero concentra en sí, en su vagabundeo real, la comunidad y la caridad que son los dictados de la naturaleza. La actitud de darle a ese hombre es lo que mantiene vivo aquel sentimiento de solidaridad. Es "ley de la naturaleza" que nadie exista divorciado de:

un espíritu y el latido del bien,
Una vida y un alma para cada forma de ser
Inseparablemente vinculadas.¹³

El pordiosero es el agente de esta comunidad subyacente, casi perdida:

Y mientras, en esa vasta soledad en la cual
La marea de las cosas lo ha abandonado, él parece
Respirar y vivir sólo para sí,
Sin culparlo ni injurarlo, déjalo llevar
El bien que la benigna ley del cielo
Ha colgado alrededor de él y, mientras su vida le pertenezca,
Déjalo incitar en los aldeanos iletrados
Afectuosos deberes y tristes pensamientos.

El espíritu de comunidad, por decirlo de algún modo, ha sido despojado y aislado en la corporización errante —aunque pasiva, desafiante— en la figura del por-

diosero. El instinto de sentimiento fraternal ya no deriva de la práctica de la comunidad ni del espíritu de protesta ante su insuficiencia, sino de

este ser solitario,
Este vagabundo desvalido.

Así es como el aislamiento, el silencio y la soledad esenciales llegan a convertirse en las únicas portadoras de la naturaleza y la comunidad contra los rigores, la fría abstinencia, el bienestar egoísta de la sociedad corriente.

Estamos ante una compleja estructura de sentimiento, pero su realización inaugura una fase decisiva de lo que aún debe llamarse literatura campestre. Aún está presente el profundo sentido de la naturaleza observada como:

Una región pastoral,
Como una de esas, donde la fantasía podría correr salvajemente,
Aunque bajo ciclos menos generosos y serenos;
Con todo, allí, como para sí, había enmarcado la naturaleza
Una tierra de placer.¹⁴

Pero la evolución decisiva es hacia aquel paisaje en el que:

Los elementos y las estaciones en su cambio
Hallan allí a su labriego amigo más querido,
El corazón del hombre, un distrito que se extiende por todas las laderas
La respiración fragante de la humanidad,
Hombre libre, hombre que trabaja para sí y decide
El momento, el lugar y el objeto.¹⁵

Estos son los términos de una independencia rural auténtica, del mismo tipo que había sido directamente observado en Cumberland y que luego se ve amenazada por el cambio. Pero bajo el nuevo énfasis aparece una simultánea afirmación y abstracción del "hombre", de la "humanidad":

Un objeto solitario y sublime
Por encima de toda altura...
...De modo tal que el hombre aparecía ennoblecido ante mis ojos...
...Apartado y a una distancia que era la adecuada.¹⁶

La figura así entrevista es al principio el pastor, que se mueve y trabaja en las montañas, pero luego es la idea de la naturaleza humana

el pensamiento personificado,
La idea o abstracción de la especie¹⁷

lo que sustenta la posición del poeta contra "las deformidades de la vida en medio del gentío" y las imágenes distorsionadas de los hombres en una sociedad apremiante. El trabajador fusionado ahora con su paisaje, una figura dentro de la figura general de la naturaleza, está visto desde cierta distancia, en la cual la afirmación de la naturaleza procura ser la afirmación esencial del hombre. Es con este espíritu, al mismo tiempo separado y volcado a afirmar una conexión general subyacente

Mar, colina y bosque,
¡Esta aldea populosa! Mar y colina y bosque,
Con todas las innumerables actividades de la vida
Inaudibles como sueños¹⁸

con el que se pone un nuevo énfasis en el acto de la poesía misma, el acto de la creación; como lo describía Wordsworth con tanta frecuencia o como lo expresó Coleridge, desde la perturbación implícita en la aparente calma:

Y contemplaríamos algo, de valor más elevado,
Que ese frío mundo inanimado permitido
A la pobre muchedumbre siempre angustiada y sin amor,
¡Ah!, del alma misma debe surgir
Una luz, una gloria, una bella nube luminosa
Que envuelva la tierra.¹⁹

Ahora no ha de ser la voluntad lo que transforme la naturaleza; será la solitaria imaginación creativa; el hombre impulsado a abandonar el mundo de frialdad que, con su propia percepción natural y su lenguaje, tratará de encontrar y recrear al hombre.

Este es el "lenguaje verde" de la nueva poesía. Quien emplea la frase es en realidad John Clare en un poema llamado, significativamente, *Poesía pastoral*:

Un lenguaje siempre verde
Que los sentimientos hacia todo imparten,
Como los pimpollos del espino, que apenas vistos,
Entregan la primavera a cada corazón.²⁰

La conjunción está presente también en el famoso poema de Wordsworth, *Lines Written a Few Miles above Tintern Abbey*:

Por lo tanto soy aún
Un amante de los prados y los bosques,
Y las montañas; y de todo lo que contemplamos
Desde esta tierra verde; de todo el poderoso mundo

De la vista y el oído, tanto lo que a medias crean
 Como lo que perciben; encantado de reconocer
 En la naturaleza y el lenguaje de los sentidos,
 El ancla de mis pensamientos más puros, la nodriza,
 La guía, el guardián de mi corazón y el alma
 De todo mi ser moral.²¹

Este es, en un nuevo sentido, el "paisaje pastoral verde":

Aquí, si hay necesidad, luchando con las tormentas, y allá
 Sembrando pacíficamente, en la tierra más humilde de la vida, hierbas
 Que son verdes en toda estación y dulces a toda hora.²²

Esta es la conclusión filosófica; el clímax, en *Preludio*, de la formación del "espíritu de un poeta". Pero este era un nuevo estilo de poeta, como también se trataba de un nuevo tipo de naturaleza, que ahora se estaba creando.

John Clare, cuando era un joven trabajador, había experimentado una emoción que superaba todo lo que él podía explicar, al leer algunos versos de *Spring* de Thomson:

Ven, amable primavera, etérea suavidad ven,
 Y desde el seno de aquella rezumante nube,
 Mientras la música se despierta alrededor, velada en una llovizna
 de rosas indistintas, sobre nuestras planicies descende.²³

Estos versos pueden leerse hoy como una invocación teatral: una abstracción simbólica del movimiento exaltado de las estaciones. Pero podemos descubrir una continuidad y también una transformación, si leemos, juntamente con este fragmento, algún elaborado verso de Clare:

Desde las parvas de un verde oscuro entre el rezumante cereal
 La alondra con súbito impulso se pone a cantar
 Y en medio de la humosa lluvia
 Estremece sus bermejas alas.²⁴

La estación personificada se ha transformado en la alondra, vista directamente, pero el movimiento es el mismo: depositar en la naturaleza una cualidad de creación que ahora, en su nueva forma, es interna; de modo tal que cuanto más íntimamente se describe el objeto, tanto más directamente —mediante un lenguaje y un ritmo novedosamente activos— se percibe y se conoce un sentimiento de la vida del observador; y en el poema creado, el ave es el sentimiento.

Una descripción más próxima de la naturaleza —de las aves, los árboles, los efectos del tiempo y de la luz— es un elemento muy marcado en esta nueva escri-

tura. Cualquier antología de las descripciones naturales ha de incluir una alta proporción de la poesía y la prosa escritas a partir de 1780. A menudo se trata de una descripción prolongada, estática, excepcional: una intrincada elaboración de la particularidad, en oposición a la atribución más característica de cualidades singulares identificadoras, propias de una escritura anterior. Esto está en parte claramente relacionado con una observación más intensa, pero basta compararla con los escritos de hombres que solo eran observadores atentos (aunque notablemente atentos) para darse cuenta de cuál es la diferencia que se estaba estableciendo. De modo que sería fácil determinar cierto tipo de correlación entre, digamos, Wordsworth y Clare, por un lado, y Gilbert White de Selborne, por el otro; en los tres hombres se manifiesta una intensa devoción por observar y describir la naturaleza. No obstante, nos basta evocar a Gilbert White para percibir diferencias esenciales:

El mirlo es mayor que el estornino y se alimenta de bayas de espino...

Esa observación y descripción íntimas remiten a un objeto separado, a otra criatura. Esta descripción se sitúa en el polo opuesto de la separación humana de Wordsworth y Clare: una separación atravesada por la proyección del sentimiento personal a una naturaleza subjetivamente particularizada y objetivamente generalizada.

Este movimiento es bien conocido como una realidad de la historia literaria. Pero Clare es en todo sentido una figura profundamente significativa porque en él se reflejan no solo el cambio literario, sino directamente, en su persona y en su historia, la intimidad de la transformación social.

En modo alguno fue Clare el primer poeta-trabajador. Stephen Duck, como ya vimos, había escrito un delicado poema ante la corte y la Iglesia y el neoclasicismo lo promovió y lo mutiló. Hubo otros, después de él; que vivieron bajo un mecenazgo similar: James Woodhouse, el zapatero, que ayudó a Shenstone a diseñar *The Leasowes*; Robert Dodsley, el tejedor; Robert Tattersal, el albañil; Mary Collier, la lavandera; William Falconer, el marinero; Ann Yearsley, la vendedora de leche, que fue alentada a publicar con el nombre de *Lactilla*:

Ningún valle estalla, ningún cereal eleva
 Sus tiernos tallos, para aclamar la hora de mi llegada.²⁵

Robert Bloomfield abandonó, a los catorce años, su trabajo de peón de granja y se fue a Londres, donde se convirtió en zapatero y en 1800 publicaba *The Farmer's Boy*, una obra que produjo un efecto considerable y que incluía una descripción de sí mismo como "nuestro propio, aunque más casto, Teócrito". *The Farmer's Boy* es una honesta imitación de *Seasons* de Thomson. Bloomfield estaba, como él mismo lo afirmó, "determinado a que lo que describiera sobre los

cultivos fuera *experimentalmente* cierto", pero aunque sus detalles tienen esa exactitud que brinda la experiencia, aparecen en el marco de un tipo de observación y explicación externas, como ocurre con la figura general de Giles que ha sido proyectada a partir de sus propios recuerdos más inmediatos:

¿Quién podía resistirse a la invocación que había hecho Giles?
Si no hubiera oído a las aves, si no hubiera visto el sol naciente,
No se habría inclinado la benevolencia, con su rayo de esperanza
Y su grandeza, indulgente para exhibir
Una alabanza que seguramente no correspondía a Giles
Sino a los objetos que inspiraron su canción.²⁶

La humildad servil es un gusto adquirido. Si ahora provoca ira o desdén, no debemos cometer el error de atacar a Bloomfield, sino que corresponde antes bien criticar a los hombres, a la clase, que lo redujo, junto a muchos otros miles, a esta angustiada obediencia. Al expresarse en un modo no poético, Bloomfield expresaba sentimientos muy diferentes, como cuando reaccionó ante una observación de Windham:²⁷

La *gente común* de su país natal, es sin duda un hato de rústicos, pero me disgusta la doctrina según la cual hay que dejarlos sumergidos en la suciedad, porque aunque es un buen método para conservar las patatas, no sería una agradecida reflexión para los buenos espíritus saber que las aptitudes naturales de un hombre han sido sofocadas por no saber leer ni escribir. ¿Cómo podemos coherentemente alabar la inestimable bendición de las letras y no desear extenderla?

Esa tendencia a "sofocar" era en realidad demasiado general y deliberada.

Para hacer que la sociedad sea feliz y la gente esté tranquila, en las peores circunstancias, es necesario que un gran número de personas sean ignorantes además de pobres,

como lo había expresado Mandeville, en una actitud dominante que se extendió hasta bien entrado el siglo XIX. La instauración del mecenazgo parece contradecir esa tendencia a ahogar las ansias de saber, pero en realidad solo era otra forma de sofocarlas. A aquellos poetas-trabajadores se les imponía una definición de la erudición y la cultura y, más puntualmente, una definición de la poesía que, casualmente, era tan mediocre como arrogante. Bloomfield apenas si pudo recurrir a su experiencia real porque había interpuesto deliberadamente una actitud externa:

Que cobren vida, los insignificantes incidentes, y embellezcan mi canción,
Que al más humilde criado pertenecen²⁸

y hasta en sus mejores páginas aparece limitado por una convención poética que es sintácticamente la de un observador antes que la de un participante: la abstracción de la tercera persona y la personificación de otros hombres que trabajan; la ratificación mediante la alusión literaria; la requerida perífrasis:

La leña seca acumulada es su tesoro más rico
Y el humo que la ciñe oscurece su pequeña puerta:
Desde donde arrastrándose se somete al llamado del deber
Y deambula el Crusoe de sus solitarios campos.
Sobre la copa de los espinos y la rosa deshojada
Una fiesta de escarcha en brillante bermellón resplandece;
Donde un racimo de endrina en satinado orden se eleva,
Él corta la cargada rama: un agobiante premio.²⁹

Además, las posibilidades de evolución estaban condicionadas por la realidad del patronazgo; la alabanza extravagante era seguida tan regularmente por negligencia, en una época en la que una independencia decente no era más fácil de mantener en la literatura que en el campo mismo. Bloomfield se volcó a los *Rural Tales* en el estilo más simple de las baladas, y Clare pensaba que su *Richard and Kate* lo había convertido en "el primer bardo rural de este país". También, por dinero, se volcó a los poemas turísticos topográficos: da la casualidad de que lo hizo viajando a mi propia región natal, observando las montañas que he visto toda mi vida. Lo que hace Bloomfield de ese paisaje, en descripciones formales, no es importante; es un catálogo de epítetos pintorescos. Pero, con más sentimiento, pudo decir:

¿Es posible que escenas como estas se extiendan,
Escenas tan magníficamente grandes,
Y millones respiren y pasen junto a ellas
No bendecidos, del principio al fin de su pequeño día,
¿Siquiera con una breve vislumbre? Por el lugar limitados,
¿Habrán muchos ardientes y ansiosos espíritus,
Consagrados a las musas, de menguar su orgullo,
Condenados solo a cantar con las alas cortadas?

Esta es su propia observación de una experiencia real y no resulta sorprendente que el autor se desplace inmediatamente a una posición que contrasta con la de Burns, en una cultura diferente. Pero cuando aborda sus propias limitaciones, en el marco de una experiencia social completa, Bloomfield pone, en verdad, de manifiesto la fuerza que se había propuesto domeñar.

La vida de John Clare debe entenderse en el mismo contexto. Es más trágica, pero también más apremiante: más trágica por haber sido más apremiante. Hasta cierto punto, podemos situarla en el contexto del cambio rural: la asocia-

ción familiar de Clare con la pérdida provocada por las privatizaciones. Pero para comprenderla plenamente deberemos ir un poco más allá, a la experiencia y el desarrollo poético que Clare compartió con Wordsworth, en un cambio social mucho más amplio.

Por supuesto, podemos hallar en Clare, de una manera explícita, respuestas profundamente sentidas a los aspectos visibles del cambio rural reciente. Por ejemplo, en el "Mayo" del *Shepherd's Calendar*:

Antiguo mes de mayo, ¿dónde han ido a parar tus glorias?
Todas idas, cada una te ha dejado
Llegaste a tus viejos lugares y hogares predilectos
Y pasaste inadvertido cómo un extranjero que arriba...
...Mientras lo nuevo que tomó tu lugar
Lleva marchitas sonrisas en el rostro
Y donde nacieron los vallados
Esparcieron el mohó sobre su alegría.²⁰

En "Octubre" observa a los gitanos sobrevivientes:

En los terrenos comunes por ningún granjero reclamados
Y donde ninguna justicia tirana interfiere dominante.

O también, en una exposición más consciente, en *The Village Minstrel*²¹

Alguna vez hubo praderas dejadas a la libertad de la naturaleza,
Alguna vez hubo senderos que cada valle herían.
Los cercados llegaron y todo sendero fue cortado;
Cada tirano fijó su señal donde una senda halló,
Para indicar la infracción que cometía ahora quien cruzaba el campo:
La justicia está hecha para hablar como ellos lo mandan;
La carretera mayor debe ser ahora el límite escatimado.
Cercos privados, tú eres la maldición echada sobre la tierra,
Y de muy mal gusto fue el infeliz que tu existencia planeó...
¡Oh, Inglaterra! Te jactas de ser tierra de libertad,
Ante los extranjeros aún puedes ese título ostentar,
Pero tus pobres esclavos el trastorno ven,
Las muchas pérdidas sufridas les hacen saber la verdad:
Como las aves que emigran, la libertad ha huido,
Mientras patanes mestizos, tan bajos como sus hozadores arados,
Desdénan las leyes para imponer las suyas;
Y cada aldea posee hoy sus propios tiranos,
Y los esclavos de la parroquia deben vivir como los reyes de la parroquia lo permiten

...¡Oh, campos! ¡Oh, escenas tan caras a la mirada de Lubin!

¡Lozanía de las praderas, flores silvestres, adiós!
Arboles desterrados, me hacéis suspirar tan profundamente,
Los cercados llegaron y todas vuestras glorias se desvanecieron.

Hay un interesante matiz de cólera en la descripción de la pequeña aristocracia privatizadora, presentada como un conjunto de "patanes mestizos", pero también, por supuesto, un desplazamiento ya habitual: la antigua libertad de Inglaterra está siendo suprimida, no por los terratenientes visibles y activos, sino por "tiranos", "bajos" y, según parecería, extranjeros. Así había visto Goldsmith una fase anterior del cambio; la Inglaterra rural era entonces

una imagen de la Italia inmediatamente anterior a la conquista de Teodorico el ostrogodo.²²

En la escala real de la conquista regulada de la tierra, que el vallado de los terrenos privatizados —entre otros procedimientos— representaba, esta imagen persistente de bárbaros invasores es comprensible. Pero el hecho más concreto, es decir, que esos bárbaros eran ingleses de buena cuna, se pasa característicamente por alto. Y además es muy significativo que la primera expresión general elegida para describir a los instigadores de la "maldición" de los cercos privados sea "de muy mal gusto". Esta caracterización se conecta con aquella estructura de sentimiento que había comenzado a cobrar forma, desde Goldsmith hasta los poetas del movimiento romántico, y que es particularmente visible en Clare: la pérdida del "antiguo campo" es una pérdida de poesía; el cultivo del sentimiento natural ha sido desterrado por las consecuencias del cultivo mejorado de la tierra; la riqueza no solo es dura y cruel, además es de mal gusto.

Clare era muy joven cuando escribió, en *Helpstone*, una elegía rural familiar y retrospectiva. Sus términos son especialmente interesantes, puesto que es la "industria" (en el sentido de maña o destreza para hacer algo) lo que caracteriza al viejo mundo y la "riqueza" lo que define al nuevo:

¡Dulce sosiego y paz! Vosotros, queridos encantos idos,
Que la industria alguna vez abrigó en sus brazos;
Cuando el bienestar y la plenitud, conocidos ahora solo por unos pocos,
Eran frecuentados por todos, y la faena tenía su recompensa.²³

No nos hace falta preguntar cuándo ocurría esto, porque lo importante del recuerdo es el contraste:

¡Desventurada riqueza! Que te impones a las leyes humanas,
De todo mal sigues siendo la causa:
Víctimas de la necesidad, aquellos desgraciados como yo,

Demasiado sinceramente te atribuimos la desgracia:
Tú eres el obstáculo que nos impide el sustento
y tuya es nuestra pérdida de trabajo y de pan.¹⁴

Como un modo de ver la privación del trabajo en manos del capital, esta descripción es exacta. Pero se la presenta en una estructura de sentimiento según la cual lo que la riqueza está destruyendo, de manera más visible, es la "naturaleza": el conjunto de esa vida campestre como era, en el pasado y en la infancia, que tanto la edad como los cambios destruyen. Aparecen escenas de lo que es realmente una agricultura antigua:

¡Tú, prado lejano, escena hace tiempo desvanecida!
Donde la libertad de la naturaleza extendía su florecido césped...
...Donde el mugiente buey erraba por doquier en busca de alimento,
Y maduraba allí la lanuda carga del pastor...¹⁵

junto con la tierra más primitiva que ha sido alterada directamente: los arroyos han sido desviados, los sauces cortados a causa del drenaje y el desmonte.

Un siglo y medio después puedo reconocer lo que describía Clare: árboles particulares y un arroyo particular, junto al cual jugaba yo cuando era niño, desaparecieron precisamente de este modo, en los últimos años, como consecuencia del mejor uso de una tierra marginal. Lo que uno debe considerar, entonces, es cómo se extiende esta observación —un tipo de pérdida contra un tipo de ganancia— a una pérdida de la "naturaleza". No se trata solo de la pérdida de lo que podría llamarse —a veces con justicia, a veces afectadamente— una parcela "intacta" de campo. Es también, para cualquier hombre en particular, la pérdida de un paisaje específicamente humano e histórico, en el cual la fuente del sentimiento reside, no tanto en que sea un paisaje "natural" sino en que es la tierra "natal":

¡Amado suelo natal! que la extensión del tiempo hace entrañable...
Hasta una estaca, de estilo antiguo, o una roca
Enmohecida por la edad, y marcada de modo singular
Obtendría en mi espíritu un profundo afecto,
Un deseo fervoroso de que permanezcan donde están,
Y todos los viejos sitios favoritos que el afectuoso gusto aprueba,
Me afligió el corazón ser testigo de su destierro.¹⁶

Y luego, lo que se lamenta de manera más apremiante —los "viejos sitios favoritos" aprobados por el "gusto afectuoso"— es la pérdida de la infancia a través de su paisaje inmediato:

Pero ahora, infelizmente, aquellas escenas ya no existen;
El orgullo de la vida que tenías, como el mío, se ha extinguido.

Es por completo comprensible que estos versos hayan sido escritos por Clare a la edad de dieciséis años. Su modo de ver las cosas se conecta con la pérdida de una etapa de la vida, y la asociación de la felicidad con la infancia se desarrolla dentro de una convención en la cual no solo la inocencia y la seguridad, sino también la paz y la plenitud, han quedado grabadas, de manera indeleble, primero en un paisaje particular y luego, en virtud de una potente extensión, en un período particular del pasado rural, que ahora se conecta con una identidad perdida, relaciones perdidas y certezas perdidas, en el recuerdo de lo que se denomina, contra una conciencia presente, la "naturaleza". El primer sentimiento es tan apremiante que se conecta inevitable y ampliamente con otra experiencia:

¡Sus escenas nativas! ¡Oh dulce y entrañable sonido!
Seguro nunca late un corazón, por triste que esté,
Pero el regocijado pecho halló tiernas emociones
Para apreciar el caro lugar donde nació:
Hasta el pobre podador de setos, temprano por la mañana
Al cortar los diseñados arbustos cargados de rocío,
Apenas apoya su mitón en un ramificado espino,
Y una evocación dolorosa ya ha desterrado los pensamientos presentes
Y le recuerda qué días felices conoció cuando era joven.

Luego, la transición pasa casi inadvertida, como se ve en *Joys of Childhood*:

Torpe es aquella memoria, vacío está aquel espíritu,
En los que ninguna dulce visión del pasado aparece.¹⁷

Clare reconocía que, aun cuando creaba, ese sentimiento de conexión que lo embargaba convertía ciertos recuerdos particulares en la generalizadora "dulce visión del pasado". Su reconocimiento más importante, relacionado de manera absolutamente central con la tradición que hemos estado examinando, aparece en otro fragmento del mismo poema:

La fantasía disemina edenes dondequiera que estén.
El mundo se quiebra sobre ellos como una flor que se abre,
Goces verdes y cielos sin nubes es todo lo que ven;
Las horas de la infancia son horas de rosas...

Las imágenes naturales de este edén de la infancia parecen incitar una particular conexión, en el preciso momento de su más amplia generalización. La naturaleza, el pasado y la infancia aparecen, momentánea pero profundamente, fusionados:

En la naturaleza es tan tranquilo el sueño como en el regazo de una madre.

El arado que perturba esta naturaleza se conecta con las emociones más duras de la madurez: la expulsión, el dolor del trabajo, la frialdad del mundo del momento: una totalidad de sentimiento e imaginación entremezclados en la experiencia de este hombre y de cualquier otro; de cada generación personal y de esta generación de la historia. Pero lo que se logra luego, contra esta experiencia de dolor, es un modo de sentir que es también un modo de escribir:

Un lenguaje siempre verde³⁹

el lenguaje de lo que Clare ahora recrea como "poesía pastoral", en el título del poema al que corresponde este verso. Esta es una evolución radical del lenguaje y de la idea de literatura: su fuerza estriba en esa conexión de sentimientos de calidez humana y comunidad en una época de expulsión, desalojo y división social reales; su paradójica debilidad está en el hecho de establecer esta conexión a través del retiro a la "naturaleza", al "edén" del corazón, y a un amor por la humanidad solitario, resignado y contemplativo:

La imperturbable quietud ha extendido
La paz a todo lugar,
Y los bosques descansan a la sombra
Del aislamiento social.

Es por completo comprensible esta evolución de las reacciones ante una historia perturbadora y un paisaje que se modifica: las escenas reales de ambos se disuelven y a la vez se recrean en imágenes que transmiten las significaciones y, sin embargo, constituyen una manera de ver que las suprime. Como ocurre con tanta frecuencia en la poesía romántica, lo que se transmite es la supervivencia del sentimiento humano en un proceso cierto de expulsión:

Aunque tuviera que trillar en el polvoriento granero
O apiñarme en la acequia para ganar
Una pitanza que apenas me permitiría
Una alegría que alisara mi sudorosa frente
Por la que gota tras gota se precipitaría y caería,
Tu presencia triunfaba sobre todo.

La presencia es la de la poesía, que habla por y para la humanidad del podador, el trillador, el hombre que en realidad está alterando el paisaje al servicio de otros y en beneficio de otros; pero convertida, a causa de su propio aislamiento, en una oposición a ese ruido del mundo, el ruido de la explotación real e, irónicamente, en una respuesta directa a tal explotación:

Criados en una aldea colmada de riñas y fragor,
Viejos chismes sin sentido, y jóvenes canallas,
Los labriegos y trilladores, cuyos discursos
No conducían más que a los rudos empleos de la faena,
Sobre el trabajo que se descuida y el alza y la caída de los granos
Y quién estaba a punto de morir y quién a punto de casarse.⁴⁰

Desde esa aldea real, donde una comunidad vive bajo presión, el poeta se retira hacia la tranquilidad de la naturaleza, donde puede hablar de su propia humanidad y de la de los demás, mediante baladas recordadas y escenas contempladas; un silencio que habla y de donde el poeta es arrancado, amarga y desesperadamente, para llevar lo que ha escrito de regreso al ruido del mercado: el beneficio, la malicia, la envidia; un desdén en boga por la sencillez del autor; y luego, pero ahora virtualmente abriendo su espíritu en el silencio hablante del poeta desdénado, el hombre solo con la naturaleza y con la pobreza, que recrea un mundo en su lenguaje verde:

Soy, pero lo que soy,
¿A quién le importa? ¿Quién lo sabe?⁴⁰

Hasta aquí podía desplegarse el espíritu del poeta en el interior de aquella estructura. Cualquier nueva dirección exigía una modificación de la estructura y de la convención esencial. Clare marca el fin de la poesía pastoral, en el momento mismo de su colisión con la experiencia campestre real. Clare no podía aceptar el consejo característico de Lamb, que había dominado a tantos poetas: "trasplanta Arcadia a Helpstone. El verdadero estilo rústico, el inglés arcadiano, creo que debe encontrarse en Shenstone". Clare es, antes bien, la culminación, como un genio arruinado, del movimiento cuyo comienzo podemos remontar a un siglo antes: la separación de la naturaleza respecto de la realidad del trabajo que la está creando, y luego la ruptura de la naturaleza, en las relaciones alteradas y ahora intolerables que se dan entre los hombres. Lo que hallamos en Clare no es la idealización que hacía Jonson de un paisaje que se produce a sí mismo, ni la idealización que hacía Thomson de un orden productivo que disemina y protege la plenitud. Hubo una reacción consciente a esta idealización, en Goldsmith, en Langhorne y en Crabbe. Pero también hubo una reacción inconsciente ante un campo del que se había extirpado decisivamente cualquier orden social aceptable. Clare va más allá de la observación exterior propia de los poemas de protesta y de la mirada retrospectiva melancólica. Lo que ocurre en su caso es que la pérdida es interna. Y lo que habría de sobrevivir de este hombre de pensamiento y de sentimiento, era su necesidad de recurrir al lenguaje verde de la nueva naturaleza.

14. *El cambio en la ciudad*

Pero existe una razón más amplia que explica el acento puesto en el cambio. En el siglo XVIII, los hombres acostumbrados a ver su entorno inmediato a través de formas intelectuales y literarias recibidas, tuvieron que observar otra modificación dramática del paisaje; la de la ciudad que se extendía y transformaba. Es característico que un poeta menor, Charles Jenner (1736-1774) se lanzara a escribir una serie de *Églogas* con los títulos "Town" y "London"; pero en este caso, la ausencia de imágenes pastorales tenía una carga muy diferente:

No diviso ningún claro verde, ningún riachuelo borboteante,
Ninguna fuente burbujeante desde la rocosa colina.

El poeta paseaba por las afueras de una Londres que se expandía:

Dondequiera que se detenga mi errante mirada
Largas y sofocantes hilas de fétidos ladrillos se elevan,
Y nauseabundos estercoleros se hinchan en podridos montones
Mientras la obesa marrana bajo su cobijo duerme.

Y concluye con una sencilla negación:

Puesto que ninguna imagen adorna el llano
Sino las que se encuentran igualmente en el callejón de la taberna de Gray,
Puesto que el polvo y el ruido no inspiran ningún sereno pensamiento
Y las diligencias de tres caballos poco mejoran la escena,
No me esforzaré más por hallar a la errante musa
Sino que me iré más bien a escribir a casa y salvaré mis zapatos.

Es un hecho afortunado que esta sea una respuesta excepcional. En el siglo

XVIII, a medida que Londres crecía, de manera dramática, era intensamente observada como un nuevo tipo de paisaje, como un nuevo tipo de sociedad.

No obstante, al principio hubo cierta dificultad para separar lo que era nuevo de las imágenes tradicionales de la ciudad. En Thomson, por ejemplo, hay una interesante combinación de las nuevas y las viejas actitudes. Por un lado, está presente el contraste convencional con la inocencia del campo, como en *Autumn*:

Esta es la vida que aquellos que se consumen en la culpa
Y las ciudades culpables nunca conocieron: la vida
Que llevaban los tiempos primitivos incorruptos.²

Que se conecta con esta, pero que formula, a su vez, quejas más específicas:

La ciudad bulle intensa. El público ronda,
Colmado de cada tema y caldeado con el discurso mezclado,
Zumbidos indistintos. Los hijos del tumulto fluyen
Siguiendo la desatada corriente del falso regocijo encantado
Para acelerar la destrucción.

(*Winter*)³

Pero esta visión moral, del gasto inútil y la prodigalidad, permite marcar el contraste no solo con la naturaleza inocente, sino también con la laboriosidad civilizada. La celebración de la producción, que se había extendido por el campo, abarca ahora a la ciudad:

Colmadas están tus ciudades, con los hijos del arte;
Y del comercio y la alegría, en cada calle atareada,
Entrémezclados se los oye; hasta el trabajo más penoso
Como el que suda sobre el carro o el que entre el polvo talla
La piedra del palacio, parece alegre.

(*Summer*)

Y Thomson podía extender esta celebración de la laboriosidad a una visión por completo positiva de la ciudad:

De ahí que toda forma de vida cultivada
En orden establecida, protegida e inspirada
En la perfección trabajó. Uniendo a todos,
La sociedad creció numerosa, elevada, amable
Y feliz. Nodriz del arte, la ciudad irguió,
En beato orgullo su testa de torres rodeada;
Y extendiendo calles y más calles, por miles trazadas,
Desde las retorcidas guaridas de madera, o los robustos tejidos
Hasta los arcos bien tensados, sus ambiciosos hijos.

El comercio trajo al paseo público
Al comerciante diligente; los grandes depósitos construyó;
Elevó la poderosa grúa; atascó la cargada calle
De extraña plenitud; y tu corriente, ¡Oh, Támesis,
Amplio, amable, profundo, majestuoso, rey de los torrentes!"
Elegió como su gran recurso.

(*Autumn*)⁴

Esta celebración combina un sentimiento burgués de producción y comercio logrados con un sentido augustal neoclásico del orden civilizado. Y es por esto que da paso, muy rápidamente, a uno de los temores que despierta la ciudad y sobre el que ahora se pone nuevo énfasis: el temor a la muchedumbre unido al antiguo temor a la avaricia propia de la ciudad:

Deja que este se abra su ansioso camino a través de las ciudades
Mediante la ofensa legal y la astucia establecida,
El sentido social extinto; y ese fermento
Que enloquece en tumulto al vulgo sedicioso,
O lo funde en la esclavitud.

La superestructura legal y financiera del alabado comercio y la industria se entiende, pues, como una realidad relacionada con el tumulto y la sedición, cuya actividad se ha transformado en un fermento.

Los observadores del siglo XVIII desarrollaron sus visiones de la ciudad en el marco de esta compleja situación, particularmente compleja porque se trataba de Londres, la principal ciudad del mundo. Voltaire veía la actividad de la industria y el placer urbano como las marcas de la ciudad y, por lo tanto, de la civilización misma. La Edad de Oro y el Jardín del Edén, al carecer de la industria y de estos placeres, no eran virtuosos sino ignorantes: la ciudad, y especialmente Londres, era el símbolo del progreso y la ilustración, y su movilidad social era la escuela de la civilización y la libertad:

Rival de Atenas, Londres, en verdad bendecida,
Que con tus tiranos tuviste la sabiduría de ahuyentar
Los prejuicios que engendraban facciones civiles.
Los hombres expresan sus pensamientos y el valor puede ocupar su lugar...
En Londres, quien tiene talento es un grande.⁵

Adam Smith, de manera bastante diferente, veía la ciudad como una forma de asegurar y extender la industria del campo: un centro de libertad y de orden, pero que, en su dependencia misma como mercado y centro de fabricación, estaba sujeta a engendrar una población inestable e insegura. Esta visión se aproximaba más a las contradicciones reales de Londres. Por un lado, en la literatura cortés,

aparecía una nueva urbanidad que hasta incluía los gestos rurales convencionales propios del mundo de Pope, Johnson y Swift. Pero el de estos autores era una Londres aislada, aunque Johnson, en su imitación de Juvenal, pudo ver la ciudad a través de otra lente. Por otro lado, en Hogarth y Fielding, en Gay y Defoe, se traslucía una realidad más oscura. *Gin Lane* de Hogarth nos aproxima más al Londres de mediados del siglo XVIII que cualquier formulación urbana; y si bien encontramos el contraste moral de su *Industry and Idleness* y el de *The London Merchant* de Lillo, o el vigor ambivalente de la vida de las clases bajas de *Beggar's Opera* de Gay o *Moll Flanders* de Defoe, el sentido de la realidad de Londres está en el polo opuesto respecto del ideal del orden civilizado. La "chusma insolente", "la insolencia de la muchedumbre", los obreros "ociosos, libertinos y viciosos" son lugares comunes de la observación de la clase media. Las tiendas de objetos robados, los burdeles, los antros de timadores, los sótanos fétidos, y los peligrosos edificios de varios pisos, constituían un aspecto bastante significativo de la sensación que producía en el visitante o en el observador de clase media esta "rival de Atenas".

Lo que se combinaba pues en esta visión es una realidad contradictoria: de vicio y protesta, de delito y victimización, de desesperación e independencia. Los contrastes de la riqueza y la pobreza no eran de una variedad diferente de los que caracterizaban el orden rural, pero eran más intensos, más generales y más evidentemente problemáticos por su concentración misma en la ciudad que se expandía febrilmente. La "muchedumbre" a menudo era violenta, impredecible, susceptible de ser utilizada para provocar una reacción, pero también era el nombre con que se ocultaban, como lo mostró George Rudé, "movimientos de protesta social en los cuales el conflicto subyacente de pobres contra ricos"⁶ se advertía claramente. En los tiempos de Wilkes, por ejemplo, estas protestas populares estaban a favor de la libertad, en tanto que el orden civilizado de Londres estaba en contra.

Al propio tiempo, esta complejidad había adquirido en la ciudad una materialización física. Como observaba Fielding en 1751:

Quienquiera que considere las ciudades de Londres y Westminster, con el reciente y vasto crecimiento de sus suburbios, la gran irregularidad de sus edificios, la inmensa cantidad de callejones y callejuelas, cuádras y plazoletas secundarias, debe pensar que si se las hubiera construido con un propósito cierto de ocultamiento, no podrían haber sido mejor ideadas.⁷

Resulta, pues, irónico pensar que gran parte de la sordidez y la complejidad del Londres del siglo XVIII era consecuencia, no simplemente de la rápida expansión, sino de los intentos de controlar tal expansión. Por complejas razones, que van desde el temor a la peste, al miedo, al desorden social (en sí mismo una transferencia a Londres y una concentración en la ciudad de las perturbaciones

de la economía rural), repetidamente se había intentado tomar medidas tendentes a limitar el crecimiento de la ciudad. Desde la primera fase de su rápida expansión, a fines del siglo XVI (ya en 1580 se dictó una proclama contra las nuevas edificaciones) pasando por los controles aplicados al comercio y otras proclamas contra la construcción emitidas durante todo el siglo XVII, hasta el proyecto presentado en 1709 que intentaba detener la edificación de nuevas casas, los intereses de la clase dirigente entablaron una prolongada lucha destinada a restringir el crecimiento de Londres, en particular a impedir que los pobres se establecieran en la ciudad. Habitualmente, en los estatutos y proclamas había una excepción explícita para las mansiones "aptas para los habitantes de la mejor condición". Los pobres y los vagabundos, las víctimas de una economía rural cambiante, así como los que sufrían grandes presiones o ambicionaban una vida mejor y veían en Londres alguna forma de escapar a su destino subordinado, eran el objeto explícito de la exclusión de aquella pujante ciudad. No obstante, los cambios generales eran de un orden tal que hicieron imposible semejante exclusión. No solo los séquitos de sirvientes, sino además muchos miles de personas fluyeron hacia la ciudad y la principal consecuencia de las limitaciones fue una ola prolongada y continua de abarrotadas e inseguras construcciones producto de la especulación, adaptadas a los límites legales: los forzados laberintos y callejuelas de los pobres. Y esto ocurría como parte del mismo proceso que llevaba a construir las grandes mansiones urbanas, el diseño de plazas y de las casas construidas una junto a otra que se habían puesto de moda: el Londres "georgiano" que hoy se concibe con tanta frecuencia como una abstracción. Como verdaderamente sucede a menudo, una clase dominante quería para sí los beneficios de un cambio que ella misma promovía, y pretendía controlar o suprimir las consecuencias menos agradables pero inseparables de aquellos beneficios. Gran parte de las quejas contra Londres (y también de las alabanzas en favor de la ciudad) deben interpretarse según este doble sentido.

Esto es aplicable a la imagen del "Gran Tumor", que ya puede hallarse mucho antes de la famosa descripción de Cobbett:

Londres, la metrópolis de Gran Bretaña, ha sido criticada durante siglos como si fuera una especie de monstruo, con una cabeza enormemente desarrollada, que no guarda proporción alguna con su cuerpo. Y sin embargo, en el momento en que esta queja se expresó por primera vez (hace aproximadamente doscientos años), las edificaciones de Londres apenas se extendían más allá de los límites del centro de la ciudad. [...] Si por entonces, el aumento de los edificios, comenzado en un período tan temprano, se entendía como algo en nada mejor que un tumor o una excrescencia instalada sobre el cuerpo político, ¿qué deberíamos pensar de las innumerables calles y plazas que se han estado agregando desde entonces?⁸

Esto escribía Tucker en 1783. La imagen del "monstruo", del "tumor" maligno, se utilizaría una y otra vez a medida que Londres continuó expandiéndose.

Pero las verdaderas implicaciones de la imagen no se advertían entonces tan claramente como las vio Cobbett. Lo que en verdad indicaba la expansión de Londres era la auténtica condición y evolución de un país en su conjunto. Si se lo veía como un monstruo, o como un crecimiento enfermizo, esto debía atribuirse lógicamente al orden social todo. Pero, por supuesto, resultaba más fácil denunciar las consecuencias e ignorar, o continuar idealizando, la condición general.

En 1660 Londres ya era una ciudad de medio millón de habitantes, en una época en que la segunda ciudad en importancia del país era Bristol, que contaba con una población de aproximadamente treinta mil almas. Entre 1700 y 1820 ese número se elevó a un millón doscientos cincuenta mil habitantes. La centralización del poder político; el reemplazo del feudalismo por una aristocracia agraria y luego por una burguesía agraria, con todos los efectos que tuvo en la modernización de la tierra; el inmenso desarrollo de un comercio mercantil: todos estos fenómenos notables habían adquirido, a lo largo de las generaciones, un ímpetu que ya no podía detenerse, una concentración y una demanda que se retroalimentaban por sí mismas. La ciudad del siglo XIX, en Gran Bretaña como en otras partes, habría de ser la creación del capitalismo industrial. La Londres del siglo XVIII era la asombrosa creación de un capitalismo agrario y mercantil que se desarrollaba dentro de un orden político aristocrático. En cada etapa, este absorbió a gran parte del resto del país: los boyeros que traían su ganado desde Gales o Escocia para satisfacer el consumo de carne; grupos de jovencitas que llegaban a pie desde el norte de Gales para comerciar fresas; y, lo que es más importante, más allá de aquellos viajes que, aunque extraordinarios, estaban relativamente organizados, había que agregar la llegada de miles de personas en busca de trabajo o de un lugar para ocultarse; refugiados de los levantamientos rurales o de una rigidez igualmente intolerable. ¿Qué los inducía, se preguntaba Arthur Young, a "abandonar sus limpios campos saludables para instalarse en una región de suciedad, hedor y ruido"? Young podía encontrar una parte de la respuesta en la condición de las aldeas y en la expulsión de la población que había impuesto el orden social del "mejoramiento". Aunque vio otra parte de la respuesta al tiempo que se hacía aquella pregunta:

Jóvenes hombres y mujeres fijan la mirada en Londres, como la última etapa de su esperanza [...] La cantidad de jovencitas que huyen es increíble.

La desigual interacción entre el campo y la ciudad se extendía y generalizaba. La consolidación y extensión de los hacendados recurría entonces a la ley, al mercado de capitales y al mercado del matrimonio. Otro recurso era la promoción de la destilación, como un remedio a lo que Defoe, en 1713, llamó el "desastre" de la sobreproducción de cereales. En este sentido, Gin Lane regresaba a las casas solariegas ("la destilación de cereales es uno de los modos esenciales de afianzar el interés de los hacendados", *Review*, 9 de mayo de 1713). Hasta en los

alrededores de Londres, el campo se transformaba para proveer a la ciudad: cereales para las personas y heno para los caballos; cerdos en las tierras baldías (como vio Jenner en su *Eclogue*); fruta, verduras y leche. Londres no era el caso más reciente de un centro industrial alimentado por el interior del país. Era el caso de una ciudad capital que reflejaba el carácter de una economía y una sociedad en su extraordinario centro: orden y caos simultáneos.

Porque Londres no era, en el sentido último, una ciudad industrial. Era un centro capital del comercio y la distribución: de hábiles artesanos de los metales y la imprenta; del vestido, el mobiliario y la moda; con todas las tareas ligadas a la navegación y el mercado. Todas estas transacciones evolucionaron durante la expansión de la ciudad, aunque había muchas variaciones locales. Una característica significativa del desarrollo del siglo XVIII fue una expansión de lo que fue registrado en 1749 como "las provechosas ramas de la gestión, la comisión, la tramitación, la negociación y la representación de seguros para otras regiones del reino". Había "agentes, comisionistas, gestores, aseguradores, banqueros, negociadores, operadores de casas de descuento, suscriptores, contratistas, consultores, agentes de viajes, intermediarios de ganado y... una gran variedad de otros traficantes de dinero, cuyos empleos tenían nombres por completo desconocidos para nuestros antepasados".¹⁰ Un "Cómputo del crecimiento de Londres", fechado en 1719, observaba el crecimiento de los fondos públicos como un fenómeno que conducía a la creación de "nuevos organismos y sociedades", causa además de que "gran cantidad de personas vivieran en Londres y sus alrededores". En comparación con los comercios y artesanías establecidas, que a su vez respondían a los aumentos de la riqueza, el comercio y la exhibición, este negocio financiero correspondía a una minoría. Pero subrayaba la significación específica que, combinado con la concentración del poder político, estaba adquiriendo el capital. La nueva ciudad industrial, cuando llegara al norte, sería una creación de uno o dos tipos de trabajo y sus características físicas reflejarían este singular énfasis. Londres, aparte de su variedad histórica, era una ciudad plural y variada: no solo en el sentido de los cientos de comercios diferentes, sino también en el sentido de que estaba manejando y dirigiendo gran cantidad de negocios de otras personas. Una parte dominante de la vida de la nación se reflejaba, pero además se creaba, en aquella ciudad. A medida que su población crecía, Londres comenzó a experimentar carencias, no solo en lo que respecta a los alimentos, sino también en el balance de la producción material; pero este inconveniente estuvo largamente compensado por la realidad de su producción social: la ciudad estaba produciendo y reproduciendo, en un grado superlativo, la realidad social de la nación en su conjunto.

En este sentido, muy propio del siglo XVIII, Blake, él mismo artesano y londinense, vio la ciudad capital:

Vago a través de cada calle contratada,
Cerca de donde fluye el Támesis contratado..."

Originalmente, Blake había escrito "sucia" calle y "sucio" Támesis, y esto hubiera sido suficientemente esclarecedor; pero luego agregó la percepción de la "contratación": la organización de una ciudad en términos comerciales. Súbitamente, siguiendo esta línea de pensamiento, el autor ve la capital bajo una nueva luz: no los tumultos, el ruido o el monstruoso tumor de la observación anterior y contemporánea; la ve como una organización, un estado sistemático del espíritu:

...Y marcadas en cada rostro encuentro...
Las señales de la debilidad, las señales de la aflicción.

En cada grito de cada hombre
En el llanto de temor de cada niño,
En cada voz, en cada prohibición,
Oigo el rumor de los cepos forjados por la mente.

Los gritos, los temores y las prohibiciones habrían sido evidentes, pero Blake los generaliza y los atribuye a una represión organizada impuesta y sin embargo autoimpuesta: "los cepos forjados por la mente". Lo que ve luego, de manera dramática, son las conexiones subyacentes de este sistema de la capital:

Como el grito del deshollinador
Cada ennegrecida iglesia aterra;
Y el suspiro del desventurado soldado
Que controla a sangre los muros del palacio

Pero lo que más oigo al recorrer las calles a medianoche
Es cómo el improperio de la joven ramera
Desencadena las lágrimas del recién nacido
Y destruye con las pestes el dosel mortuario del matrimonio.¹²

Esta descripción dista mucho de la manera tradicional de ver inocencia en el campo y vicio en la ciudad. La inocencia y el vicio están en la ciudad y le pertenecen, en sus relaciones de hecho y espirituales. El palacio que simboliza de manera impresionante el poder debe ser controlado con sangre: la relación real, pero suprimida, se hace manifiesta, como también ocurre con las convenciones de la Iglesia y el matrimonio en oposición a la realidad de aquellos que sufren, los despreciados y marginados. No se trata meramente de una observación de, digamos, el deshollinador; antes de que Blake la escribiera había habido vigorosas y en parte logradas campañas en contra de las espantosas condiciones en que vi-

vían los niños deshollinadores. Aquí se establecen nuevas conexiones, dentro del orden general de la ciudad y del sistema humano que la ciudad concentra y encarna. Este llamado a tomar conciencia de las conexiones suprimidas es, pues, un nuevo modo de ver el orden humano y social en su conjunto. Es, casualmente, un visión previa y precisa de los métodos literarios y los propósitos esenciales de Dickens.

Vale la pena señalar este aspecto en Blake, puesto que aunque él hereda muchas imágenes pastorales del siglo XVIII, en la totalidad de su obra las transforma en elementos de una condición general. El contraste simplificador entre el campo y la ciudad queda, pues, decididamente trascendido. Es significativo que una de sus frases mejor recordadas sea "la verde y agradable tierra de Inglaterra", pero este no es el lenguaje de la mirada retrospectiva o el retiro rurales. Todo el propósito de su lucha es, como lo afirma el propio Blake, construir "Jerusalén/ En la verde y agradable tierra de Inglaterra": construir la ciudad santa en lugar de la ciudad impía.

En Blake hay además interesantes conexiones y contrastes con Wordsworth, cuyo séptimo libro de *Preludio*, "Residence in London", constituye uno de los principales registros tempranos de nuevas maneras de ver la ciudad. La narrativa de Wordsworth incluye experiencias más variadas que las visiones de Blake, pero además hay dos diferencias más inmediatas. Wordsworth ve la ciudad a partir de la propia experiencia campestre que modela su visión; por lo tanto la ve de modos que se relacionan con los de Blake, pero con el carácter específico de la ciudad entendido como un tipo excepcional de organización social, dominante.

Wordsworth comienza con la actitud corriente de aquellos que han vivido a cierta distancia de Londres: "de asombro y oscuro deleite" ante su historia y sus maravillas. Aun así, nos cuenta, no podía dejar de preguntarse:

Cómo podían vivir los hombres
Siendo vecinos de la casa de al lado, como solemos decir, y aun así
Continuar siendo extraños, sin conocer siquiera el nombre del otro.¹³

Pero la sensación de maravilla y atracción era dominante y Wordsworth recuerda el momento de su llegada, cuando "habiendo sorteado el largo laberinto de las aldeas suburbanas" entró en el "vasto dominio" de la ciudad y, asombrado de que algo "exterior a la vida del espíritu pudiera tener tan poderoso ascendiente", sintió el "peso de las edades", "el poder creciendo bajo ese peso". Aquella era

la vasta metrópolis
Manantial del destino de mi país y del destino del mundo;
Ese gran emporio, historial y al mismo tiempo
Lugar de sepultura de las pasiones, su hogar imperial
Su principal lugar de residencia.¹⁴

Este es un modo auténtico de ver no solo una ciudad sino una ciudad capital, que encarna y dirige a todo un país. Pero Wordsworth ve además la ciudad de maneras más antiguas. El amor no florece allí fácilmente:

Entre las estrechas y atestadas guaridas
De las ciudades, donde el corazón humano está enfermo¹⁴

y mientras el fragor continúa en las calles

Escapados como de un enemigo, nos volvemos
Súbitamente hacia algún escondrijo aislado.¹⁶

como había recomendado Thomson, al alabar el campo en oposición a la ciudad, escuchando:

A prudente distancia, el estrépito de la tempestad humana.¹⁷

Pero estos sentimientos no están en el centro de la experiencia londinense de Wordsworth. De maneras por completo novedosas, este autor trata de describir la ciudad como un forma de sociedad; la

interminable corriente de hombres y cosas en movimiento!...
...La vertiginosa danza,
De colores, luces y formas; el ensordecedor estrépito;
Los que vienen y los que van cara a cara.
Cara tras cara.¹⁸

Esta es una observación directa de una nueva serie de relaciones físicas y sensoriales: una nueva forma de ver a los seres humanos en lo que se experimenta como un nuevo tipo de sociedad. En este sentido, lo que refleja Wordsworth es un nuevo tipo de alienación y lo hace de modos que, aunque emparentados, son diferentes de los de Blake:

¡Oh, amigo! Un sentimiento había allí que correspondía
A esta gran ciudad, por derecho exclusivo;
Con cuánta frecuencia en las rebosantes calles,
He avanzado junto con la muchedumbre y me he dicho
"¡El rostro de cada uno que pasa junto a mí es un misterio!"
Así es como he mirado, no he cesado de mirar, oprimido
Por pensamientos sobre qué y adónde, cuándo y cómo,
Hasta que las sombras ante mis ojos se convertían
En una procesión clarividente, tal como se desliza
Sobre las inmóviles montañas o aparece en los sueños.

Y todo el lastre de la vida que me es familiar,
El presente y el pasado; la esperanza y el temor; todo el sostén,
Todas las leyes del hombre que obra, piensa y habla
Me abandonaron, sin conocerme y sin que yo las conociera.¹⁹

Creo que estos importantes versos son la primera expresión de lo que desde entonces llegaría a ser una experiencia dominante de la ciudad. Blake percibía una condición común de "debilidad y aflicción". Wordsworth veía la extrañeza, la pérdida de conexión, al principio no en un sentido social, sino más bien perceptivo; la carencia de identidad en medio de la multitud, y luego, por esa misma senda, una pérdida de la sociedad misma, que termina siendo superada y reemplazada por una procesión de imágenes: "la danza vertiginosa de colores, luces y formas", "cara tras cara" y ninguna otra ley. En la literatura inmediatamente posterior de la ciudad, ninguna experiencia ha ocupado un lugar tan central.

Pero esta confesión de misterio podía presentarse de otra forma, partiendo de esta confusión perceptiva. Wordsworth la extendió inmediatamente a una idea heredada: el misterio de toda vida humana, como lo expresa en el rótulo identificatorio que cuelga alrededor del cuello del pordiosero ciego, que Wordsworth interpreta como un "modelo" de los límites del conocimiento humano. Esto es menos interesante que la disolución original, pero es un factor característico de este tipo de experiencias que no pueden sostenerse fácilmente. Cada tipo de actitud filosófica y social puede caer en el vacío mismo que ha creado. Wordsworth volcó su propia sensación de misterio en el mismo tipo de denuncia de la "multitud" y las "masas" que había llegado a ser tan familiar. La confusión perversa es:

lo que la poderosa ciudad es en sí misma
Para todos salvo para algún vagabundo aquí y allá,
Para todo el enjambre de sus habitantes;
Un mundo indistinto de hombres,
Los esclavos que corren sin pausa tras pequeños afanes,
Viviendo en medio del mismo flujo perpetuo
De objetos triviales, fusionados y reducidos
A una identidad, por diferencias
Que no tienen ley, ni sentido, ni fin.²⁰

En la versión de 1850, Wordsworth atenuó pero no cambió en lo esencial este fragmento desdeñoso; su carácter estereotipado es una modalidad dominante en la cual la confusión social y perceptiva ha desaparecido. Pero hay otro aspecto que también continuó siendo importante. Deslizándose una mirada retrospectiva a la experiencia, Wordsworth propuso un modo diferente de ver que, desde el punto de vista histórico, ha sido crucial:

...que entre las multitudes

De esa enorme ciudad, con frecuencia se veía
Cuidadosamente presentada, más que en cualquier otra parte
Es posible, la unidad de los hombres,
Un espíritu por encima de la ignorancia y el vicio
Predominante, en los buenos y malos corazones
Un sentido para los juicios morales, como un ojo
Para la luz del sol.²¹

Esta percepción históricamente liberadora de nuevos tipos de orden posible, nuevos tipos de unidad humana, en la experiencia transformadora de la ciudad, apareció, significativamente, junto con el reconocimiento de una nueva dimensión que había producido el más familiar retroceso subjetivo. Las fuerzas objetivamente unificadoras y liberadoras eran vistas como parte de la misma actividad que contenía las fuerzas de amenaza, confusión y pérdida de identidad. A lo largo de los siguientes ciento cincuenta años, esta fue la forma en que habría de interpretarse, paradójica y alternativamente, la realidad cada vez más dominante de la ciudad.

Porque la transformación había llegado al punto de hacerse general. Al caso especial de Londres, que sin embargo continuaría siendo de destacada significación, estaban próximos a agregarse muchos otros casos, de maneras que se relacionan y confunden. Londres era una capital, un centro de civilización en el sentido más antiguo de la expresión, como lo había advertido el propio Wordsworth:

Esta ciudad lleva puesta ahora, como una prenda,
La belleza de la mañana; silenciosa, desnuda,
Barcos, torres, cúpulas, teatros y templos yacen
Abiertos hacia los campos y hacia el cielo;
Todo brillante y reluciente en el aire límpido, sin humo.²²

Como dije antes, se trata de la ciudad observada antes del ajetreo y el ruido de la actividad diaria, y también antes del humo de su desarrollo reciente. Pero es un modo habitual de ver cualquier ciudad histórica: sus edificios públicos y sus centros determinantes de cultura y erudición. París, que por entonces todavía tenía la mitad del tamaño de Londres, estaba a punto de entrar en un período de importante crecimiento; Nápoles, Viena, Berlín, Roma, San Petersburgo, Budapest y Moscú habrían de seguirla. Las ciudades de la civilización, en este sentido de ciudades capitales, estaban experimentando una expansión significativamente renovada, al tiempo que adquirían importancia cultural. Pero otro tipo de ciudades estaban creciendo aún más rápidamente. En Inglaterra, en el curso de la Revolución Industrial, hasta el continuo y rápido desarrollo de Londres debe compararse con el crecimiento aún más rápido y explosivo de las nuevas ciuda-

des industriales del norte. Entre 1821 y 1841, Londres creció un veinte por ciento; Manchester, Birmingham, Leeds y Sheffield más de un cuarenta por ciento; Bradford, el sesenta y cinco por ciento. Las maneras de ver la ciudad, como ciudad histórica y como capital, habían sido, como lo hicimos notar antes, variados. El ascenso vertical de Londres, cuando se erigía casi única, había provocado la sensación de una nueva dimensión humana, un nuevo tipo de sociedad. Aunque aún en sus primeras etapas pronunciara, de manera aún más decisiva que el crecimiento de las capitales, el nuevo carácter de la ciudad y las nuevas relaciones entre la ciudad y el campo.

15. Gente de la ciudad

La ciudad de Dickens era Londres, y Londres, como hemos visto, aunque estuviera a la cabeza tanto del desarrollo nacional como del urbano, era en muchos sentidos específica: sentidos que tienen mucho que ver con el particular logro creativo de Dickens. Cuando él observaba las demás ciudades, incluso tipos más nuevos de ciudad —la concentración industrial de Coketown (Preston) en *Tiempos difíciles*— ponía un énfasis más sencillo, más retórico. Coketown era un “triunfo de la realidad”; uno no veía en ella “sino lo severamente laborioso”. Era:

una ciudad de ladrillos rojos, o de ladrillos que habrían sido rojos si el humo y las cenizas lo hubieran consentido; pero, como no era así, la ciudad tenía un extraño color rojinegro, parecido al que usan los salvajes para embadurnarse las caras.¹

Tanto en su paisaje humano como en su paisaje físico, la ciudad, según esta visión, era uniforme:

Tenía varias calles amplias todas muy parecidas entre sí y muchas angostas aún más parecidas entre sí, habitadas por gentes igualmente parecidas entre sí, que entraban y salían a las mismas horas, haciendo el mismo sonido sobre los mismos pavimentos, para realizar el mismo trabajo y para quienes cada día era igual al anterior y al siguiente, y cada año el equivalente del pasado y del que vendría.

Pero, sea cual fuere la exactitud de esta visión uniforme como imagen de un orden industrial nuevo y no natural, la descripción contradice implícitamente el modo característico de Dickens de ver a las personas y sus acciones. En realidad, ese modo característico se advierte en toda la obra de Dickens, hasta en el resto de *Tiempos difíciles*, donde las personas, de manera muy clara, no son “igualmente parecidas entre sí”; donde en realidad sus enfáticas diferencias y contrastes constituyen, finalmente, la organización decisiva de la novela.

Esta contradicción nos recuerda la confusión que prevalecía, en la época de Dickens y aún después, entre la idea de la ciudad y la idea de industria. La identificación entre ellas, que tenía su base social en los nuevos pueblos industriales, ha sido, en muchos aspectos importantes, engañosa, tanto de manera general como en lo que se refiere específicamente a la comprensión acabada de Dickens. Él podía apartarse del camino y denunciar una ciudad como Coketown, pero su compromiso con la experiencia de la ciudad, en el sentido pleno, era un compromiso con la realidad de Londres, por cierto muy diferente, y a ella correspondían sus intereses reales y su talento.

Porque, como hemos visto, una ciudad de las características de Londres no podía ser descrita fácilmente con un gesto retórico de uniformidad represiva. Por el contrario, su diversidad, su variedad atestada, el carácter fortuito de su movimiento, eran los rasgos más evidentes de cualquier visión, especialmente si esta provenía desde el interior mismo de la ciudad.

Es cierto que esa variedad y esa cualidad aleatoria, a fin de cuentas, encarnaban un sistema: un sistema negativo de indiferencia; un sistema positivo de diferenciación, en el plano de las leyes, del poder y del control financiero. Pero la característica de Londres —ciudad capital de una compleja economía nacional y exterior y de una compleja sociedad— era precisamente que tales rasgos no eran, de ningún modo simple, físicamente evidentes. El orden y el sistema de Coketown, aun después de haber tenido en cuenta la retórica de la descripción, eran en realidad por completo evidentes y estaban en la superficie. Las calles y las casas, construidas en un breve período de rápida expansión alrededor de lo que había sido hasta poco tiempo antes una aldea o un pequeño pueblo mercado, eran uniformes y sistemáticas de un modo que, en la época de Dickens, por supuesto no lo eran la mayor parte de las calles londinenses. Las nuevas ciudades industriales se organizaban alrededor de sus puestos decisivos de trabajo —habitualmente un único tipo de trabajo—, un estilo de organización que nunca había existido ni existiría en Londres. De modo que, si bien Dickens experimentaba las imágenes generales de la ciudad como un nuevo tipo de orden social, y en el caso de Coketown y, en los casos de otros pueblos menores podía proyectar tales imágenes, su respuesta central a la nueva experiencia de la ciudad era más variada y, yo diría, incluso más penetrante. La visión de Dickens corresponde, en este sentido, mucho más a la de Blake o a la de Wordsworth que a esas otras más abarcadoras del período posterior a 1870. Pero lo que Dickens veía y lo que aprendió a encarnar en un nuevo tipo de novela, llegaba a la médula misma del problema. Porque lo que Londres tenía para mostrar, más esencialmente —aun para la experiencia moderna— que las ciudades uniformes de los comienzos de la Revolución Industrial, era una contradicción, una paradoja: la coexistencia de la variación y la aparente aleatoriedad con lo que finalmente habría de entenderse como un sistema determinante: las realidades individuales visibles pero, más allá de ellas y a menudo ocultos, la condición y el destino comunes.

La creación por parte de Dickens de un nuevo tipo de novela —un logro creativo que tuvo muchos comienzos fallidos, pero que por último resultó decisivo— puede relacionarse directamente con lo que debemos ver como esta doble condición: lo fortuito y lo sistemático, lo visible y lo oscurecido, que constituyen la auténtica significación de la ciudad y especialmente en ese período de la ciudad capital que representaba la forma social dominante.

Por consiguiente, la visión última que tiene Dickens de Londres no ha de ilustrarse mediante la topografía o el detalle local. Antes bien, esa visión está incorporada en la forma de sus novelas: en su estilo narrativo, en su método de caracterización, en su genio para hacer tipificaciones. En realidad no tiene mucha importancia la manera en que lo digamos: o bien que la experiencia de la ciudad es el método ficcional, o bien que el método ficcional es la experiencia de la ciudad. Lo que importa es que la visión —tampoco la visión simple, sino una dramatización continua— es la forma de la escritura.

Podemos mostrar esto que decimos de un modo decisivo: si nos detenemos para echar una mirada retrospectiva a una novela de Dickens, el movimiento general que recordamos —el movimiento característico— es el paso apresurado aparentemente aleatorio de hombres y mujeres, cada uno de ellos oído en alguna frase fija, visto en alguna expresión fija: un modo de ver a los hombres y a las mujeres que corresponde a la calle. Al principio se advierte una ausencia de la conexión y el desarrollo corrientes. Estos hombres y estas mujeres no se relacionan sino que más bien parecen cruzarse y a veces chocar. Tampoco hablan entre sí de la manera corriente. Se hablan unos a otros o uno delante de otro, y cada uno lo hace, ante todo, intentando definir mediante sus palabras su propia identidad y su propia realidad; en autodescripciones fijas, en voces que se elevan enfáticamente para ser oídas a través o ante otras voces similares. Pero luego, a medida que la acción avanza, relaciones desconocidas y no reconocidas; conexiones profundas y decisivas, reconocimientos y confesiones definitivas y comprometedoras se imponen, por así decirlo, a la conciencia. Estas son las relaciones y conexiones inevitables, los reconocimientos y confesiones necesarios de cualquier sociedad humana. Pero pertenece a una condición oscurecida, complicada, mistificada por el ajetreo, el ruido y la diversidad absolutos de este nuevo y complejo orden social.

Esta creación de conciencia —de reconocimientos y relaciones— puede entenderse, pues, como el propósito último de la evolucionada ficción de Dickens. La necesidad de esa toma de conciencia está en el centro de su visión social y personal:

¿Dónde habrá un alma buena que levante los tejados de las casas con mano más poderosa y mejor intencionada que la del Diablo Cojuelo del cuento, y muestre a los pueblos cristianos qué negras sombras surgen entre sus moradas para ir engrosando el acompañamiento del Ángel Exterminador cuando este se mueve entre ellos? ¿Para ofrecer durante una sola noche la visión de los pálidos fantasmas que surgen del esce-

nario de nuestra ya excesivamente prolongada negligencia, y de la atmósfera pesada y lóbrega en que se propagan juntos el vicio y la fiebre, descargando los flagelos sociales que constantemente llueven sobre nosotros y que se hacen más espesos cada día! ¡Bendita y alegre el alba que dé fin a una noche semejante! Porque entonces los hombres, al no encontrar ya su camino cerrado por obstáculos creados por ellos mismos, y que no son sino motas de polvo en el camino que media entre ellos y la eternidad, se aplicarán, como seres que tienen un origen común, que deben obediencia al Padre de una familia única y que tienden a un fin común, a la tarea de hacer del mundo un lugar mejor.

No menos alegre y bendito será aquel día en que despierten algunos que jamás han contemplado el mundo de la vida humana que los rodea, para que lleguen de ese modo a conocer los lazos que los unen a él y para que adviertan que sus simpatías y apreciaciones actuales constituyen una perversión de la naturaleza, tan grande y sin embargo tan natural en su desarrollo, una vez que empieza, como la más vergonzosa de las degradaciones conocidas.

Pero en la vida del señor Dombey o en la de su esposa no había amanecido aún un día así; y cada cual tenía marcada su ruta.

Esa mano potente y benigna, que levanta los tejados y muestra las formas y los fantasmas que surgen del descuido y la indiferencia; que aclara el aire de modo tal que las personas puedan verse y reconocerse, superando ese obstáculo para la compasión que se opone a la tendencia natural: esa mano es la mano del novelista; es Dickens que se ve a sí mismo. Y es significativo el hecho de que esta idea se presente en medio de una descripción de la ciudad, en ese mismo capítulo cuarenta y siete de *Dombey e hijo*. Dickens describe, en la imagen de una densa nube negra que se cierne sobre la ciudad, las consecuencias morales y humanas de una sociedad indiferente y "no natural". Esta es una imagen a la que el autor regresa con frecuencia: la oscuridad, las tinieblas, la niebla que nos impide ver claramente a los otros y ver las relaciones entre nosotros mismos y nuestras acciones, entre nosotros y los demás.

Porque este es otro aspecto de la originalidad de Dickens. Su capacidad para dramatizar aquellas instituciones y consecuencias sociales que no son accesibles a la observación física corriente. Dickens las toma y las representa como si fueran personas o fenómenos naturales. A veces como la nube negra o como la niebla a través de la cual las personas se buscan mutuamente a tientas. A veces como la Circumlocution Office o el Bleeding Heart Yard, donde un estilo de vida adquiere forma física. A veces como si fueran personajes humanos, como Shares en *Our Mutual Friend* y, por supuesto, las *Grandes esperanzas*. La ley, el servicio civil, la bolsa de valores, las casas financieras, las casas de comercio, se presentan, así, como las fuerzas "impersonales" —las fuerzas humanas alienadas— que son.

Este modo de ver se conecta con su forma moral de nombrar a los personajes: Gradgrind, McChoakumchild, Merdle. Pero también se conecta, de manera menos obvia, con un estilo de observación que también corresponde a la ciudad:

una percepción, podría decirse, de que los habitantes más evidentes de las ciudades son los edificios, y que hay tanto una conexión como una confusión entre las formas y las apariencias de los edificios y las formas y apariencias reales de las personas que viven en ellos.

Como en este pasaje de *La pequeña Dorrit*:

No se proyectaba la sombra de un muro vulgar sobre aquella finca magnífica, la mansión Merdle de la calle Harley, Cavendish Square, sino la de las fachadas de otras mansiones magníficas de la acera de enfrente. Al igual que la intachable alta sociedad, las hileras opuestas de casas de la calle Harley se miraban ceñudas la una a la otra. A decir verdad, las mansiones y sus habitantes se parecían tanto en este aspecto, que era frecuente ver a las personas dispuestas a ambos lados de las mesas de comedor, a la sombra de su propia altivez, mirando a la hilera sentada del otro lado de la mesa con la misma seriedad que las casas se miraban.

Todos saben de qué manera tan parecida a la de la calle se conducen las dos hileras de personas que se sitúan a ambos lados de la mesa de comer de dicha calle. Veinte casas inexpresivas, uniformes, a todas las cuales hay que llamar con la aldaba o tirar de la campanilla de la misma forma, a todas las cuales se entra por idénticas y serias escalinatas, veinte casas con las rejas del patinejo exactamente iguales, todas con las mismas inútiles escaleras para casos de incendio, con los mismos feos adornos en lo alto y todo sin excepción igualmente caro... ¿quién no ha comido con veinte casas así? La casa tan tristemente fuera de toda reparación, la ventana de arco que aparece de cuando en cuando, la casa estucada, la casa a la que se le ha puesto fachada nueva, la casa de esquina con todas sus habitaciones en ángulo, la casa con todas las persianas bajas, la casa que luce siempre el recuadro heráldico funcionario, la casa a la que el cobrador de rentas ha ido en busca de la cuarta parte de una idea, sin encontrar a nadie dentro... ¿quién no ha comido con esa clase de casas?

La casa de la que nadie quiere hacerse cargo y que se puede obtener a cualquier precio..., ¿quién no conoce esa casa? La casa ostentosa que un caballero desilusionado arrendó para toda la vida y en la que se encuentra por completo insatisfecho. ¿Quién no ha tenido trato con semejante casa embrujada?

Esta es una descripción formal que establece directamente una analogía entre las casas y la gente y que, al final, adquiere un tono de broma. Pero la descripción también recurre a percepciones más locales, en las que la casa y la vida que se lleva en ella se vuelven indistinguibles (también este fragmento pertenece a *La pequeña Dorrit*):

La extenuada vieja casa de la ciudad, embozada en su manto de hollín y apoyándose pesadamente en las muletas que habían participado de su decadencia y se habían ido desgastando al mismo paso que ella, no conocía jamás un intervalo de alegría y de salud, ocurriese lo que ocurriese fuera de ella... Allí podías encontrar la lluvia, el gránizo, la escarcha y el deshielo rezagados dentro del melancólico cercado cuando ya habían desaparecido de los demás lugares; y en cuanto a la nieve, podías verla allí du-

rante semanas, cuando ya su color había pasado del amarillo al negro, deshaciendo lentamente en lágrimas su adusta vida. Aquel lugar no tenía otros adictos. En cuanto a los ruidos de la calle, el retumbar de las ruedas no hacía otra cosa que precipitarse dentro por el portalón, cuando el coche pasaba, y volver a salir en el acto, produciendo a la señora Affery, que lo escuchaba, la sensación de que estaba sorda y de que recobraba el oído por ráfagas instantáneas. Y lo mismo ocurría con los silbidos, los cantos, las palabras, las risas y todos los agradables sonidos humanos. Saltaban aquella sima en un instante y seguían su camino.⁴

O también:

Era el verano; un atardecer gris, caluroso, polvoriento. Se hicieron llevar en coche hasta lo alto de Oxford Street, apeándose allí, zambulléndose luego entre las grandes calles de melancólica majestuosidad y las callejuelas que aspiran a ser igualmente majestuosas y solo logran ser más melancólicas. Existía un verdadero laberinto de estas cerca de Park Lane. Soledad de casas de esquina, con bárbaros pórticos viejos y dependencias; fruncían el ceño a la soledad del crepúsculo horribles construcciones que brotaron en la trastornada cabeza de alguna persona en épocas trastornadas, y que siguen exigiendo la ciega admiración de las generaciones subsiguientes, resueltas a ello hasta que se vengán abajo. Entristecían el atardecer pequeñas casas parásitas, encogidas hasta en toda su armazón, desde la enana puerta del vestíbulo. Viviendas canijas, muy de moda, pero incapaces de albergar nada, como no fuese un husmillo lamentable, producían la impresión de ser el último exponente de una genealogía de grandes mansiones, y cuando sus balcones o salientes suplementarios se sostenían sobre columnas de hierro, parecía que se apoyaran en muletas. Aquí y allá, algún blasón de un difunto, en el que se había explayado toda la ciencia heráldica, asomaba encendido hacia la calle, igual que un arzobispo discurriendo sobre la vanidad. Las tiendas, pocas en número, no se exhibían demasiado, porque ninguna importancia daban a la opinión del pueblo.⁵

Este método es muy notable. Se apoya, por supuesto, en ciertas propiedades del lenguaje, percepciones de las relaciones entre las personas y las cosas. Pero en Dickens es un elemento esencial. Es un modo deliberado de ver y de mostrar. La ciudad se presenta como una realidad social y también como un paisaje humano. Y lo que se dramatiza en ella es una estructura de sentimiento muy compleja. Así es como Dickens puede responder cálidamente a la variada animación y colorido de una vida comercial móvil:

Las oficinas del señor Dombey se hallaban situadas en una plazuela interior, en cuya entrada se alzaba desde muy antiguo la tienda de un vendedor de frutas selectas; vendedores ambulantes de uno y otro sexo ofrecían allí a la venta en todo momento, desde las diez de la mañana a las cinco de la tarde, zapaúllas, carteras, esponjas, collares para perros, jabón de Windsor y, en algunas ocasiones, un perro lamido o un cuadro al óleo.

Si el perro lanudo había tomado aquel camino era con vistas a la Bolsa de Comercio, donde el gusto por lo deportivo estaba muy en boga (teniendo por lo general su origen en apuestas de sombreros nuevos).⁶

Es característico que cuando el señor Dombey llega no se le ofrezca ninguna de esas mercancías. Su tipo de comercio, reflejado en su casa —su “casa-apartamento”— se ha establecido de maneras más frías, más estables, más remotas; y entonces se hace visible otro aspecto de la ciudad:

La casa del señor Dombey, muy espaciosa, se alzaba hacia el último trecho de una calle presuntuosa, triste, espantosamente distinguida, de la zona que media entre Portland Place y Bryanstone Square. Formaba esquina y tenía grandes espacios dedicados a sótanos, sobre los que se asomaban ceñudas ventanas enrejadas, a las que miraban de soslayo los torcidos ojos de buey de las puertas que conducían a los arcones de la basura. La casa era de una solemnidad lúgubre; había toda una serie de salones que daban a un patio de grava en el que dos desvaídos árboles, de troncos y ramas ennegrecidos, rechinaban más bien que susurraban, porque sus hojas parecían secadas a humo. El sol del verano sólo daba en la calle por la mañana, a la hora del desayuno, y llegaba al mismo tiempo que los carros aguadores, los traperos, los vendedores de geranios, el paragüero y el hombre que al caminar hacía tintinear la campanilla del reloj holandés. Pronto se iba el sol, y ya no daba en todo el día; se marchaban tras él las bandas de músicos y los teatritos ambulantes de títeres, dejando la calle abandonada a un organillo triston, a las ratitas blancas, y, de cuando en cuando, para variar los entretenimientos, a algún puercoespín; hasta que llegaba el crepúsculo, y los mayordomos, cuyos señores cenaban afuera, empezaban a aparecer en las puertas de las casas, y el farolero fracasaba, como todas las noches, en su intento de alegrar la calle encendiendo las farolas de gas. La casa era tan desolada por dentro como por fuera.⁷

El contraste entre la vivienda sombría y la ambulante variedad de las calles queda muy claramente expuesto. Una vez más, Dickens intercambia deliberadamente las características de las casas y de las personas:

sótanos, sobre los que se asomaban ceñudas ventanas enrejadas, a las que miraban de soslayo los torcidos ojos de buey de las puertas.

Esta trasposición de detalles puede luego extenderse, una vez más con cierto apoyo en la tradición, a una forma de ver la ciudad como un animal destructor, un monstruo, que está muy por encima de la escala humana:

Muchas veces, en momentos así, ella había contemplado con lástima a los caminantes aislados que se dirigían a Londres por la cercana carretera, cansados, con los pies lla-gados, mirando con temor hacia la ciudad que se les presentaba delante, como si presintiesen que su propia miseria sería dentro de ella lo mismo que una gota de agua en el mar, o como un grano de arena en la playa, y que seguían su camino encogidos, aga-

chándose frente al furioso temporal, produciendo la impresión de que hasta los mismos elementos los rechazaban. Día tras día pasaban por delante de la casa aquellos viajeros, pero siempre, pensaba ella, en la misma dirección: hacia la ciudad. Tragados en una u otra etapa de su inmensidad, hacia la cual parecían impulsados por una fascinación desesperada, nunca reaparecían. Alimento para los hospitales, los camposantos, las prisiones, los ríos, la fiebre, la locura, el vicio y la muerte, continuaban pasando hacia el monstruo, que rugía a la distancia, y se perdían para siempre.⁸

Ese es un modo de ver la ciudad; la visión retórica totalizadora desde una perspectiva exterior. Pero Dickens se mueve aún con mayor seguridad por las calles mismas, por esa experiencia de las calles —la multitud de seres extraños— a la que muchos ahora nos hemos acostumbrado, pero que en Blake y en Wordsworth aparecía como ajena y amenazadora. Dickens recrea y extiende esta experiencia, en una nueva gama de sentimientos, cuando Florence Dombey escapa de la oscura casa de su padre:

El alegre panorama de la larga calle, bruñida por la luz matinal, la vista del cielo azul y de las nubes ingravidas, el frescor vigoroso del día, engrdeído y sonrosado por haber conseguido dominar a la noche, nada de eso despertaba un eco en su lastimado corazón. ¡A cualquier parte, a dondequiera, para ocultar su cabeza! ¡A cualquier parte, a dondequiera, en busca de un refugio para no volver a poner jamás los ojos en la casa de donde huía!

Pero por la calle circulaban otras personas; se abrían los comercios y los criados estaban a la puerta de las casas; surgían por todas partes el estrépito y el tumulto de la batalla diaria. Florence vio una expresión de sorpresa y de curiosidad en las caras que se cruzaban a su lado; vio alargarse en el suelo las negras sombras de los que se volvían para acercarse a ella; oyó voces desconocidas que le preguntaban adónde iba, qué le ocurría; pero aunque de momento estas preguntas la asustaron aún más y le hicieron apretar aún más el paso, ejercieron sobre ella el efecto saludable de llamarla a la realidad y de recordarle la necesidad de mayor compostura exterior.

¿Adónde ir? ¡Siempre lo mismo! ¡A cualquier parte! ¡A dondequiera! ¡Adelante siempre!, pero ¿adónde? Recordó la otra ocasión única en que se vio perdida en el ancho desierto de Londres —aunque no iba entonces tan perdida como ahora— y se encaminó en la misma dirección.⁹

Esta calle de la ciudad aparece vista de maneras muy particulares. Es un sitio en el que se desarrollan los negocios cotidianos, no es amenazadora en sí misma, pero contribuye en su efecto combinado a conformar un “ancho desierto”. Es un lugar en el que a Florence le resulta tan difícil relacionarse como en su “casa cerrada”. Pero Dickens pone otra nota: un efecto físico que es también una realidad social, agudamente observada: la misma realidad social contra la cual choca constantemente el esfuerzo de reconocimiento y amabilidad del autor:

el estrépito y el tumulto de la batalla diaria.

La única compañía que encuentra Florence es su perro y continúa avanzando junto a él:

Acompañada del último secuaz que le quedaba, apresuró Florence el paso hacia el centro, mientras la mañana avanzaba y el sol calentaba cada vez más. El estruendo de la calle no tardó en hacerse más ruidoso, los transeúntes más numerosos, los comercios más activos, acabando por sentirse llevada hacia adelante en el torrente de la circulación que iba en aquel sentido, y fluía indiferente, pasando por delante de comercios y mansiones, de cárceles, iglesias, mercados; de la riqueza, de la pobreza, de lo bueno y de lo malo; como el ancho río que, despierto de sus ensueños de juncales, sauces y musgo verde, avanzaba ahora turbio y turbulento, por entre las obras y preocupaciones de los hombres, hacia el mar profundo.¹⁰

Lo que se enfatiza aquí no es solamente el ruido y la actividad cotidiana; no solo la diversidad —“cárceles, iglesias”—; sino también, a través de todos esos elementos, la indiferencia, en un sentido general de desinterés:

el torrente de la circulación que iba en aquel sentido, y fluía indiferente.

Una vez más no se trata de actos o personajes particulares. Es un fenómeno general, una corriente, un estilo de vida. Es allí donde caen Arthur Clennam y su esposa en *La pequeña Dorrit* y donde aprenden, dolorosamente, una conexión humana precaria, pero aun así inviolable:

Descendieron tranquilamente a las calles retumbantes, inseparables ya y felices; y cuando ellos avanzaban por el sol y por la sombra, las gentes ruidosas y las ansiosas, las arrogantes y las insolentes y las vanidosas se agitaban, se irritaban y armaban su barahúnda habitual.¹¹

Las cualidades morales individuales, aunque agudamente observadas, se perciben como producidas colectivamente, por así decirlo, en las “calles retumbantes”. Este es un modo de avanzar en la conciencia que se presenta, directamente, como un cambio en el método ficcional.

Porque debemos relacionar esta visión, no simplemente con la descripción —la descripción inanimada— sino con el poder de dramatizar un mundo social y moral en términos materiales. El mundo material de Dickens nunca está desconectado del hombre. Es una creación del hombre, su construcción, su interpretación. Por ello es tan importante qué forma le ha dado.

El método de Dickens se relaciona en este sentido, muy precisamente, con su período histórico. Fue justamente mediante esta reelaboración del mundo, durante este proceso que resumimos con la expresión “Revolución Industrial”, que los hombres alcanzaron esta crisis de decisión, de la forma humana que debería

estar en la base de la creación material. En cierto momento Dickens puede ver el lado cómico de esta situación:

La tierra había sido hecha para que Dombey e Hijo comerciasen en ella; el sol y la luna para que les diesen luz. Los ríos y los mares se formaron para que en ellos flotasen sus barcos; el arco iris aparecía para prometerles buen tiempo; los vientos soplaban para favorecer u obstaculizar sus empresas; las estrellas y los planetas giraban en sus órbitas para mantener equilibrado un universo del que Dombey e Hijo eran el centro.¹²

Esta es una forma de burlarse de una confianza comercial familiar, pero en modo alguno en nombre de una naturaleza no perturbada. Antes bien, es un modo de ver el tipo de sistema que se ha impuesto, que se ha *hecho* central. Lo que lo caracteriza son precisamente esas otras vidas físicas y esas otras confianzas en las cuales los hombres están construyendo sus propios mundos, llevándolos de aquí para allá consigo, a través del ruido y de la multitud. No se trata solamente de que el poder sea ambiguo, el poder de crear nuevos mundos. También hay una decisión: una elección de la forma humana que ha de adquirir el nuevo ambiente social y físico. O puede haber una decisión —*podemos* estar en posición de elegir— si advertimos, material y moralmente, qué le está ocurriendo a la gente en esta época de cambio sin precedentes:

La primera sacudida de un gran temblor de tierra había destrozado hasta su centro toda aquella vecindad. Veíanse por todas partes rastros del terremoto. Casas venidas abajo; calles abiertas de través y cortadas al tráfico; pozos profundos y zanjas excavadas en el suelo; montones enormes de tierra y de arcilla apilada; construcciones socavadas y tambaleantes entibadas con grandes vigas de madera. Aquí un revoltijo de carros, volcados en montón, yacían al pie de una escarpada colina artificial; más allá, un confuso depósito de hierros roñosos, hundidos en un lugar que se había convertido accidentalmente en estanque. Veíanse por todos lados puentes que no desembocaban en ninguna parte; vías de comunicación del todo intransitables; torres de Babel de chimeneas truncadas de la mitad para arriba; casas provisionales de madera y cercas en las más inverosímiles posiciones; esqueletos de viviendas desastradas, y fragmentos de paredes y de arcos sin terminar, montañas de andamiaje, pilas de ladrillos, formas gigantescas de grúas y trípodes a horcajadas de nada. Lo medio hacer se presentaba allí en cien mil formas y en cien mil objetos, mezclados desatinadamente, fuera de su sitio; lo de arriba abajo, hundido en la tierra, aireándose en la atmósfera, pudriéndose en el agua, tan disparatado todo como una pesadilla. Manantiales calientes y furiosas erupciones, que acompañan habitualmente a los terremotos, contribuían también a la confusión del panorama. El vapor de agua que hervía tumultuosamente silbaba entre paredes derruidas, de las que salía también al exterior el resplandor rugiente de las llamas; montones de ceniza bloqueaban las sendas del camino, trastornando por completo la ley y las costumbres de la vecindad.

Para decirlo en pocas palabras, estaban allí en marcha las obras del ferrocarril no inaugurado todavía, y que, desde el corazón mismo de aquel completo desorden, avanza poco a poco en su grandiosa ruta de civilización y progreso.¹³

Esta es la manera de captar la perturbación directa, pero Dickens va más allá y ve lo que finalmente es más importante: no el desorden del cambio, sino el tipo de nuevo orden que se quiere imponer partiendo de ese desorden:

Los miserables solares abandonados, en los que años ha se amontonaban los materiales de desecho, habían sido engullidos y borrados, viéndose en aquel sitio antes desaseado, hileras de casas de comercio atiborradas de valiosos artículos y de mercancías costosas. En lo que fueron callejuelas, veíase ahora un hormiguero de viajeros y de carruajes de todas clases; las calles en construcción, que se habían detenido descorazonadas en los barrizales y en las huellas de camiones, formaban ahora verdaderas ciudades dentro de sí mismas, dotadas de las mayores comodidades y adelantos que ellas mismas producían y que nadie había disfrutado, ni siquiera pensado en disfrutar, hasta que esas ciudades nacieron. Los puentes que antes no conducían a ninguna parte, llevaban ahora hacia palacetes, jardines, iglesias y paseos públicos muy saludables. Las casas en esqueleto y los comienzos de nuevas vías de comunicación habían avanzado campo adelante a toda velocidad, formando un tren monstruoso que parecía caminar en línea movido a fuerza de vapor.

En cuanto a la vecindad que en aquellos días de extravío se mostró reacia a reconocer el ferrocarril, estaba ya arrepentida y había entrado por el buen camino, como lo hubiera hecho en un caso semejante cualquier cristiano, y en la actualidad se envanecía de aquel pariente rico y poderoso. En las tiendas de paños se veían modelos estilo ferrocarril, en los escaparates de los vendedores de periódicos había diarios del ferrocarril. Había también hoteles del ferrocarril, cafés, casas de pensión y de hospedaje del ferrocarril; y planos, mapas, vistas, fundas, botellas, cajas de bocadillos y horarios del ferrocarril; paradas de carruajes y coches de alquiler del ferrocarril; ómnibus del ferrocarril, calles y edificios del ferrocarril en número incalculable. Había hasta relojes que tenían puesta la hora de acuerdo con el ferrocarril, como si ya el sol no contase para nada. Entre los vencidos figuraba el empresario deshollinador que tan incrédulo se mostró antaño en Staggs's Gardens y que vivía ahora en una casa estucada de tres pisos de altura, con un rótulo barnizado en el que, entre filigranas de oro, figuraba su nombre como contratista para la limpieza a máquina de las chimeneas del ferrocarril. Partiendo del corazón de aquella transformación tan profunda, iba y venía de día y de noche, igual que la sangre vital, una corriente ininterrumpida y palpitante. Muchedumbres de hombres y montañas de mercancías, que se marchaban o que llegaban, decenas y decenas de veces en el espacio de veinticuatro horas, daban lugar en aquel sitio a una fermentación que no se apagaba nunca. Hasta las casas mismas parecían dispuestas a empaquetar sus cosas y salir de viaje. Miembros magníficos del Parlamento que, poco más de veinte años antes, habían tomado a chacota, regocijándose con las disparatadas teorías del ferrocarril expuestas por los ingenieros, a los que habían hecho pasar muy malos momentos con sus divertidas preguntas en las comisiones, se encaminaban ahora, reloj en mano, hacia el norte y enviaban por delante, valiéndose del telégrafo eléctrico, mensajes en los que anunciaban su llegada. Las triunfantes locomotoras se alejaban noche y día con estruendo o avanzaban mansamente hacia el final de su jornada, arrastrándose igual que dragones amaestrados, hasta meterse en los lugares que tenían asignados y que estaban calculados con exactitud matemática para re-

cibirlas; y permanecían allí, estremeciéndose y barbotando, haciendo retemblar los muros, igual que si se dilataran, con la convicción secreta de las grandes posibilidades encerradas en ellas, e insospechadas aún, y con los ambiciosos designios no acabados todavía de realizar.¹⁴

La complejidad de este sentimiento es una verdadera complejidad de la percepción. Todo el orgullo del poder —el nuevo poder de la Revolución Industrial— se siente en el lenguaje: la circulación por el ferrocarril es la “sangre vital”. Pero también hay un reconocimiento de este poder que se impone a todos los demás hábitos y propósitos humanos. Es el mismo reconocimiento que se confirma luego en

el poder que abría camino sobre su vía de hierro —su propia senda— burlándose de todos los demás senderos y carreteras, horadando los obstáculos que se le presentaban y arrastrando en pos de sí a criaturas de todas las castas, todas las edades y todas las categorías.¹⁵

El ferrocarril es a la vez “la sangre vital” y “una reproducción de otro monstruo triunfante, la muerte”. Y en esta declaración dramática Dickens responde a las contradicciones reales —del poder sobre la vida y la muerte; sobre la desintegración, el orden y el falso orden— de las nuevas fuerzas sociales y económicas de su tiempo. Su preocupación es siempre mantener vivos el reconocimiento humano y la bondad humana, a través de estos cambios sin precedentes y dentro de este paisaje irreconociblemente modificado.

Hasta las casas mismas parecían disponerse a empaquetar sus cosas y salir de viaje.¹⁶

Esa es la movilidad, la movilidad crítica que estaba alterando la novela. También es la relación modificada, críticamente modificada, entre los hombres y las cosas, de la cual la ciudad era la materialización social y visual más evidente. Al observar la ciudad, como aquí observa el ferrocarril, es decir, como la consecuencia al propio tiempo apasionante y amenazadora de una nueva movilidad, no solo como un sistema ajeno e indiferente, sino como la suma desconocida, y quizás imposible de conocer, de tantas vidas que se empujan, se chocan, se interrumpen, se ajustan, se reconocen, se establecen y vuelven a mudarse a nuevos espacios, Dickens penetró en el centro, el centro dinámico, de esta experiencia social transformadora.

16. Comunidades conocibles

La mayor parte de las novelas son, en cierto sentido, comunidades conocibles. Corresponde a un método tradicional —una postura y un enfoque subyacentes— que el novelista ofrezca mostrar a los personajes y sus relaciones de maneras esencialmente conocibles y comunicables. El genio de Dickens puede solo comprenderse en forma cabal cuando advertimos que para él, en la experiencia de la ciudad, lo verdaderamente importante y hasta decisivo, no podía conocerse o comunicarse de manera simple, sino que, como ya lo mencioné antes, debía ser revelado, obligado a penetrar en la conciencia. Y solo entonces sería posible establecer un contraste entre la ficción de la ciudad y la ficción del campo. En la ficción de la ciudad, la experiencia y la comunidad serían esencialmente opacas; en la ficción del campo, esencialmente transparentes. Como primera concepción, este contraste resulta útil. No caben dudas, por ejemplo, de que la identidad y la comunidad, como materia de percepción y de valoración, se hacen más problemáticas a medida que aumenta la escala y la complejidad de la organización social característica. Hasta aquí, la transición del campo a la ciudad —de una sociedad predominantemente rural a una sociedad predominantemente urbana— es transformadora y significativa. El crecimiento de los poblados y sobre todo de las ciudades y de una metrópolis, la creciente división y complejidad del trabajo, las relaciones modificadas y críticas entre las diversas clases sociales y dentro de cada una de ellas, todos estos son cambios que hacen cada vez más difícil sostener cualquier supuesto de una comunidad conocible —una comunidad completa, completamente conocible—. Pero esto constituye solo una parte de la historia y, una vez más, al tomar conciencia de la nueva realidad de la ciudad, debemos cuidarnos de no idealizar ni la nueva ni la vieja realidad del campo. Porque lo que se puede conocer no es solamente una función de los objetos, de lo que está allí para ser conocido. Es también una función de los sujetos, de los observadores, de lo que se desea conocer y de lo que necesita ser conocido. Y lo que debemos

entonces ver, como siempre, en la escritura campestre, no es solo la realidad de la comunidad rural; también es la posición que ocupa el observador en ella y su actitud en relación con ella; una posición que es parte de la comunidad que se está dando a conocer.

Así es como aún hoy se dice con frecuencia, bajo la presión de la experiencia urbana y metropolitana y como un contraste directo y hasta convencional, que una comunidad campestre, más típicamente una aldea, es un epítome de las relaciones directas: de los contactos cara a cara en los cuales podemos hallar y evaluar la sustancia real de las relaciones personales. Ciertamente, este aspecto inmediato de la diferencia entre el campo y la ciudad o entre el campo y el suburbio es importante; se trata de una escala más reducida; allí la gente se identifica y se conecta más fácilmente; la estructura de la comunidad es, en muchos sentidos, más visible. Pero una comunidad conocida, en el seno de la vida campestre como en cualquier otra parte, continúa siendo una cuestión de conciencia y de experiencia prolongada y cotidiana. En la aldea, al igual que en la ciudad, existe la división del trabajo, el contraste de las posiciones sociales y, por lo tanto, necesariamente, hay puntos de vista alternativos. Precisamente lo que examinaremos ahora son esos puntos de vista alternativos presentados en la novela campestre del siglo XIX, porque si bien el contraste entre el campo y la ciudad es dramático e importante, la intrincada evolución que se da en la vida campestre y en la literatura campestre es también insoslayable y significativa.

Evoquemos, por un momento, la comunidad conocida de Jane Austen. Es una comunidad notablemente marcada por las relaciones cara a cara; sus crisis se presentan, tanto en el plano material como en el espiritual, precisamente en esos términos: un porte, un gesto, una mirada, una confrontación; y detrás de estas caracterizaciones, la novelista está permanentemente mirando, observando, registrando físicamente y reflexionando. Esa es toda su postura: la gramática de su moralidad. Sin embargo, si bien se trata de una comunidad completamente conocida, dentro de los términos esenciales de la novela, también es una comunidad real muy precisamente selectiva. En las novelas de Jane Austen, los vecinos no son gente que vive realmente cerca; son personas que viven un poco alejadas y que, en virtud del reconocimiento social, pueden visitarse entre sí. Lo que la autora ve a través del campo es una red de casas y familias acaudaladas, pero a través de los huecos de esta trama estrechamente entrelazada, la mayor parte de la gente real sencillamente no se ve. En este mundo, para poder estar frente a frente hay que pertenecer a una clase. En modo alguno es posible conocer alguna otra comunidad, ni en presencia física ni en la realidad social. Lo que ocurre aquí no es solamente que la mayor parte de la gente ha desaparecido, en una estilizada convención tan precisa como la de Ben Jonson. La mayor parte del campo también desaparece y solo llega a hacerse real cuando se relaciona con las mansiones que son los verdaderos nódulos de aquella trama; salvo en esos casos, el campo es la intemperie o un lugar para dar un pasco.

Es oportuno trazar la continuidad del análisis moral desde Jane Austen a George Eliot, pero esto solo puede hacerse de manera inteligente si se reconoce el resto de lo que estaba ocurriendo en esta evolución literaria: un reconocimiento de otros tipos de personas, otros tipos de campo, otros tipos de acción en los cuales debe concentrarse el énfasis moral. Porque, así como la diferencia entre Jonson y Crabbe no es la aparición histórica de los "laboriosos pobres lugareños", sino un cambio en las orientaciones literarias que súbitamente permiten verlos, en el caso de la diferencia entre Jane Austen y George Eliot y entre ambas y Thomas Hardy, lo importante es, no la súbita desintegración de un orden rural tradicional, sino un cambio en la orientación literaria que pone en el centro de la escena una persistente perturbación rural que antes había sido excluida o se había presentado de manera borrosa.

George Eliot sitúa su *Adam Bede* en el período de Jane Austen, en el pasaje del siglo XVIII al XIX. Lo que ella ve es, por supuesto, muy diferente: no primariamente porque el campo haya cambiado, sino porque ella tenía una tradición social diferente.

El germen de *Adam Bede* fue una anécdota que me contó mi tía metodista Samuel [...] una anécdota tomada de su propia experiencia [...] Tiempo después, comencé a pensar en la posibilidad de mezclar este y algunos otros recuerdos de mi tía en un relato que incluyera algunos aspectos de los primeros años y el carácter de mi padre.¹

Así es como la casa acaudalada está todavía presente, en posesión de los Donnithorne. Pero ahora se los ve en actividad, trabajando para obtener su ingreso, teniendo que vérselas con sus arrendatarios:

"¡Qué bella y antigua cocina es esta!", dijo el señor Donnithorne, echando una mirada de admiración alrededor. Siempre hablaba del mismo modo deliberado, bien cincelado y elegante, ya fueran sus palabras acarameladas o venenosas. "Y la mantiene usted tan exquisitamente limpia, señora Poyser. Ya sabe usted que a mí me gustan estas viviendas más que ninguna otra de la propiedad".²

Ya antes habíamos visto este modo "deliberado, bien cincelado y elegante" de hablar, pero ahora no se da entre personas relativamente iguales, como tampoco el modo de observar del antiguo terrateniente es ahora simplemente un aspecto del personaje, sino el modo de ser habitual dentro de una relación social precisa y dominante. Como dice la señora Poyser, parece como "si uno fuera un insecto y él estuviera a punto de darle un papirotazo".

La proposición que se hace, mediante un modo cortés, es en realidad una reorganización del arrendamiento para conveniencia del propietario, que habrá de quedarse con el campo cultivado de los Poyser; además tal proposición se acompaña de una velada amenaza: el nuevo vecino, "que es un hombre de cierto

capital, estaría encantado de hacerse cargo de las dos granjas, ya que ambas funcionarían muy bien juntas. Pero yo no quiero deshacerme de un arrendatario tan bueno como usted”.

Este no es un acontecimiento particularmente dramático, pero es un modo muy directo de admitir la experiencia cotidiana que ha estado presente todo el tiempo y que ahora se advierte desde un nuevo punto de vista. La cortesía del mejoramiento aparece necesariamente contrarrestada por la cruda realidad del poder económico y se vuelve inevitable poner un énfasis moral diferente. Este énfasis luego se extiende. El joven terrateniente está ansioso por mejorar su heredad —heredad que los arrendatarios veían como un lugar donde “habría una abundancia milenaria de nuevas entradas, subsidios para abonar las tierras y dividendos del diez por ciento”³— y contrata a Adam Bede para que se ocupe de sus bosques. Pero, esencialmente con el mismo espíritu, toma a Hetty Sorrel como criada y consigue arruinarle la vida. Ese modo de utilizar a las personas para la propia conveniencia es un aspecto del carácter personal —esta es una cuestión en la que no deja de hacerse hincapié—, pero también es un aspecto de las relaciones sociales y económicas particulares. Y luego, como observa irónicamente George Eliot:

Sería ridículo ponerse curioso y analítico en tales casos, como si uno estuviera indagando el carácter de un empleado de confianza. Utilizamos epítetos rotundos, generales, caballerescos para hablar de un joven de buena cuna y fortuna.⁴

Jane Austen, precisamente, se había mostrado curiosa y analítica, pero siempre dentro de un grupo limitado de personas y de las relaciones que estas mantenían entre sí. El análisis se intensifica ahora sin la limitación de la clase social; las relaciones sociales y económicas se toman, necesariamente, como elementos, a menudo como elementos determinantes, de la conducta.

Es más importante señalar este aspecto del desarrollo de la novela que hace George Eliot, que el sentido documental en que la autora incluyó la nueva experiencia social. Ciertamente es un rasgo positivo mostrar a los granjeros, a los artesanos y casi hasta a los labriegos, como personas presentes en la acción por derecho propio. Pero esto plantea dificultades muy significativas. Con frecuencia se dice de los Poyser de *Adam Bede*, como de los Glegg y los Dodson de *El molino junto al Floss*, que son personajes maravillosamente (cálidamente, ricamente o encantadoramente) elaborados. Pero lo que señala esta apreciación es un problema recurrente en la conciencia social de la escritora. Las conexiones de George Eliot con los granjeros y los artesanos —es decir, las conexiones que mantenía Mary Ann Evans con ellos— pueden oírse una y otra vez en el lenguaje de tales personajes. Es característico que la autora los presente a través del habla. Pero, si bien ellos están presentes como una comunidad en el plano auditivo, cuando emergen en alguna acción significativa, la situación cambia. Lo que di-

cen Adam o Dinah o Hetty, cuando obran como individuos, no es particularmente convincente. En una novela que, sin embargo, se basa en el análisis de la conducta individual, los granjeros y artesanos pueden aparecer incluidos como “campesinos”, pero de manera mucho menos significativa como quienes viven activamente una experiencia personal. Cuando Adam, Dinah y Hetty hablan durante lo que se supone es un momento de crisis personal —o luego, en un caso más notorio, cuando habla Felix Holt—, el relato se desliza claramente hacia el nivel de las actitudes generalizadas o de la declamación. Es decir, aunque George Eliot vuelve a colocar a los habitantes verdaderos de la Inglaterra rural en sus lugares correspondientes dentro de un paisaje hasta entonces socialmente selectivo, no hace mucho más que instalarlos *como parte del paisaje*. Los personajes comienzan a hablar, por decirlo de algún modo, colectivamente, en lo que algunos críticos de clase media aún consideran, ridículamente, una especie de coro, “un elemento de balada”. Pero, en sí mismos, tales personajes solo están socialmente presentes y pueden emerger a la conciencia personal a través de actitudes e ideas formuladas exteriormente.

Yo no insistiría demasiado críticamente en esta cuestión porque la dificultad que afrontaba George Eliot era aguda. Me refiero a la contradicción presente en la forma de la novela, tal como la recibió y la desarrolló Eliot, según la cual el énfasis moral que se ponga en la conducta —y por lo tanto, la estrategia técnica de narrativa unificada y tonos analíticos— debe estar reñido con cualquier sociedad —la “comunidad conocible” de la novela— en la cual los criterios morales se hayan extendido a relaciones sociales sustanciales y conflictivas. Uno no querría de ningún modo perder a los Poyser, a los Glegg y a los Dodson, pero es significativo el hecho de que hablemos de ellos así, en plural, cuando la dirección emocional de la novela apunta a los individuos separados. Una comunidad conocible puede ser, como en el caso de las novelas de Jane Austen, socialmente selecta: lo que pierde en referencia social completa, lo gana en una eficaz unidad del lenguaje en todos sus usos principales. Pero nos basta leer una novela de George Eliot para advertir con qué dificultad coexisten, dentro de una forma, un observador de la conducta analíticamente consciente (con un evolucionado vocabulario analítico) y toda esa gente que, según se la representa, vive y habla de la manera habitual; pues lo que predomina es, no la precisión de la observación detallada, sino un estilo inclusivo, socialmente atractivo, impreciso y repetitivo. Aquí se advierte un nuevo tipo de ruptura en la textura de la novela, una evidente interrupción de la continuidad entre el lenguaje necesario del novelista y el lenguaje registrado de muchos de los personajes.

Este no es, y debemos recalcarlo, un problema de la realidad. La conciencia de los granjeros y comerciantes reales era tan profunda y tan desarrollada como la de los propietarios establecidos y manipuladores del mundo de Jane Austen; estas personas también son —y se las muestra como tales— inclusivas, socialmente

atractivas, imprecisas y repetitivas; esta es una manera común de hablar en cualquier época. Pero mientras en Jane Austen, el lenguaje de la novelista está conectado con el de sus personajes, en George Eliot, el dato más notorio es la desconexión entre ambos, desconexión de la que la novelista misma parece agudamente consciente. En Jane Austen, el habla, la narrativa y el análisis están conectados por una convención *literaria*. Si bien el modismo "deliberado, bien cincelado y educado" es producto de una educación particular y de las relaciones dominantes y acomodadas al servicio de las cuales estaba esa educación, se trata de un modismo que también está idealizado, regido por una convención; los poderes de efecto y precisión de la novelista se transfieren, sin ninguna vacilación, a sus personajes porque, a pesar de toda la discriminación moral individual, ella siente que ellos pertenecen al mismo mundo. En los momentos de crisis emocional y de confrontación esto se manifiesta particularmente y es la novelista quien articula una experiencia personal, de algún modo en consideración a su propio grupo, y para darle un lenguaje. Pero entonces queda claro que George Eliot no se *identifica* por completo con nadie en este sentido: el reconocimiento mismo del conflicto, de la existencia de clases, de divisiones y contrastes de sentimientos y de maneras de hablar, hace imposible que exista una unidad de lenguaje. George Eliot transfiere su propia conciencia, a menudo disfrazada de un dialecto personal, a los personajes con los cuales siente realmente cierta afinidad; pero la tensión de la personificación por lo general es evidente, en Adam, Daniel, Maggie o Felix Holt. A los demás les distribuye una especie de afecto generalizado que puede extenderse a una agudeza generalizada (compárense los Poyser con los Glegg y los Dodson), pero que no puede extender a un reconocimiento de vidas individualmente surgidas de una fuente común; antes bien, como se suele decir en una absurda forma de alabanza, los personajes están "elaborados". Porque frecuentemente George Eliot llega a un punto en el que ella misma advierte que los personajes que está describiendo son "diferentes" de sus probables lectores; entonces ofrece darlos a conocer, hacerlos "conocibles", de una manera para nada auténtica, pero que, en el plano social, tiene éxito. Convirtiendo en ventaja su propia dificultad, Eliot aplica la fórmula que ha sido tan complacientemente potente en la novelística inglesa: los "refinados y antiguos", "queridos y antiguos" personajes campestres de hablar rebuscado y vida honesta. Aunque observa inmediatamente la displicencia del poder económico—"deliberado, bien cincelado, educado" en el ejercicio de sus severos controles—, también ella se desliza a su pesar en una actitud displicente: puesto que a las personas que respeta en general (y por cierto, por buenas razones) no puede respetarlas lo suficiente en particular, salvo que les transfiera, por subrogación, partes de su propia conciencia. Por lo tanto, lo que tenemos son tres formas de hablar que se combinan no muy cómodamente: la fuerza plenamente analítica y a menudo irónica; la componenda entre este estilo y, o bien los intensos sentimientos perturbados, o bien una po-

sición de fuerza moral y, por último, un fondo rústico honesto, tímidamente generalizador.

Puedo sentirme suficientemente conectado con los problemas que afrontaba George Eliot para creer que no habría sido capaz de marcar estas cuestiones en su presencia; aunque en realidad, en cierto sentido lo estoy haciendo en su presencia puesto que su particular inteligencia, en una particular estructura de sentimiento, persiste y sigue conectándose con nosotros. Hace algunos años, un crítico del British Council describía a George Eliot, a Hardy y a Lawrence como "nuestros tres grandes autodidactos". Aquel fue uno de los momentos agudamente reveladores de la historia cultural inglesa. Porque los tres escritores mencionados estaban activamente interesados en la erudición y si bien leían mucho por su cuenta, ninguno carecía de una educación formal. Sus padres fueron un administrador de campos, un constructor y un minero. George Eliot asistió a la escuela hasta los dieciséis años y tuvo que abandonar sus estudios a causa de la muerte de su madre. Hardy concurre a la Dorchester High School hasta la misma edad y luego completó su formación profesional y se recibió de arquitecto. Lawrence estudió hasta el sexto año de la escuela secundaria en la Nottingham High School y después de un tiempo continuó sus estudios en el Nottingham University College. Estos niveles de educación formal no solo eran elevados para los criterios de su época; son absolutamente más elevados que los que alcanzan cuatro de cada cinco personas en la Gran Bretaña actual.

De modo que ese impreciso apodo de "autodidactos" solo puede estar relacionado con un hecho: ninguno de los tres estudió en el sistema de un colegio internado o de Oxbridge que al final del siglo era considerado no simplemente como un tipo de educación, sino como la educación misma: no pertenecer a ese circuito era como no haber recibido ninguna "educación". En otras palabras, una educación "estándar" era aquella que recibía el uno o el dos por ciento de la población; el resto era considerado como persona "no educada" o como "autodidacto"; y era mirado también, por supuesto, o bien como cómicamente ignorante, o bien, cuando pretendía aprender, como terco, vehemente, fanático. Los efectos que ejercieron estas ideas en la imaginación inglesa han sido profundos.

Pero ahora, para muchos de nosotros, George Eliot, Hardy y Lawrence son importantes porque se conectan directamente con nuestro propio tipo de crianza y educación. Pertenecen a una tradición cultural mucho más antigua y más asentada en Gran Bretaña que el circuito comparativamente moderno y deliberadamente exclusivo de las que se llaman las escuelas públicas. Y lo esencial es que en este sentido esos autores continúan conectándose con un período posterior durante el cual algunos de nosotros hemos asistido a Oxford o a Cambridge; conmigo, por ejemplo, que estudié en Cambridge y ahora enseño allí. Porque lo que en realidad está en tela de juicio no es la inteligencia desarrollada—si así fuera, ¿cuántos en el British Council o en alguna otra parte podrían sobrevivir a

una comparación estrictamente intelectual con George Eliot?—. De lo que estamos hablando es de la relación entre la educación —no los grados o títulos, sino la sustancia de una inteligencia desarrollada— y las vidas reales de una mayoría continua de gente afín; personas que no son objeto, por ningún motivo, de registro, estudio o interés, pero que específica, literariamente hablando, son miembros de nuestra propia familia. George Eliot es la primera novelista importante en la que esta cuestión se manifiesta activamente. Es por eso que hablamos ahora de ella con un respeto que nos conecta y con una severidad —una especie de franqueza familiar— que hemos aprendido de nuestra propia experiencia común.

El problema de la comunidad conocible es, pues, en un nuevo sentido, un problema de lenguaje.

Al escribir la historia de familias poco elegantes, corre uno el peligro de adoptar un tono de énfasis que dista mucho de ser el tono de la buena sociedad, en la que los principios y las creencias no solo son de una calidad extremadamente moderada, sino que siempre se saben de antemano, un tono en el que los asuntos que uno puede elegir son solo los susceptibles de ser tratados con una ironía sencilla y llena de gracia. Es cierto que la buena sociedad está acostumbrada a las alfombras de terciopelo, a las invitaciones para las cenas con seis semanas de antelación, a su ópera y a sus fantásticos salones de baile, a sacudir su tedio con paseos a caballo de pura sangre y con visitas al club, a contar, para desplegar los vórtices de miriñaque, con la ciencia de Faraday y a satisfacer su religión con los clérigos de más relieve que frecuentan las mejores casas; ¿cómo en estas condiciones ha de tener tiempo o necesidad de creencia y de énfasis? Pero la buena sociedad, fundada en las alas de gasa de la sutil ironía, resulta muy cara, pues exige nada menos que una vida nacional extensa y ardua, condensada en fábricas malolientes y ensordecedoras, entumecida en las minas, sudando en los hornos, moliendo, martillando, tejiendo en locales cerrados, bajo una opresión mayor o menor de ácido carbónico o desparramada por caminos de cabras y esparcida por chozas y casas solitarias en las tierras arcillosas o calizas de los campos, en los que tan tristes resultan los días lluviosos. Toda esta amplia vida nacional se basa en el énfasis: el énfasis de la necesidad, que la impulsa a realizar todas las actividades indispensables para el mantenimiento de la buena sociedad y la ironía sutil [...].⁶

Este sorprendente fragmento de *El molino junto al Floss* presenta el problema y al propio tiempo da la respuesta. El énfasis en la necesidad en sin duda central en George Eliot y aquí la autora ve el trabajo tal cual es, sin ningún contraste sentimental entre el trabajador de la ciudad y el del campo. El énfasis es presentado como un sentimiento de clase: esto es lo que ella reconoce y acepta. Pero luego hay que señalar que Eliot escribe acerca de esta cuestión con su propia marca de ironía; está a la defensiva y se muestra cohibida en la demostración misma de ese énfasis, de modo tal que en esta estructura de comunicación los muy pobres llegan a ser la gente “poco elegante”. La gravedad central de su tono, aunque se advierte que la autora tiene aguda conciencia de la existencia de otros to-

nos que a menudo congenian con aquel, constituye a la vez una paradoja de lenguaje y una paradoja de comunidad. Volvemos a encontrar esta contradicción en dos pasajes característicos de *Adam Bede*:

Píntanos un ángel, si puedes hacerlo, con un vestido violeta al viento y un rostro palidecido por la luz celestial; píntanos aún con más frecuencia una Madonna, que vuelva su rostro sereno hacia lo alto y abra sus brazos para dar la bienvenida a la gloria divina; pero no nos impongas ninguna regla estética que destierre de la región del arte a aquellas ancianas que escarban la tierra cosechando zanahorias con sus manos ajadas por el trabajo, aquellos pesados patanes que festejan sus días festivos en una sombría cabaña hundida en el suelo, aquellas espaldas encorvadas y tontas caras azotadas por la intemperie que se han inclinado sobre la pala y hecho el áspero trabajo del mundo, aquellas casas con sus diminutas sartenes, sus jarras pardas, sus toscos perros bastardos y sus racimos de cebollas. En ese mundo hay tantas personas de esta basta condición común, que no tienen ninguna desdicha sentimental pintoresca. Sería tan necesario que recordáramos su existencia[...].⁶

No me avergüenzo de conmemorar al viejo Kester: usted y yo estamos en deuda con las duras manos de tales hombres que desde hace tanto tiempo se han mezclado con el suelo que cultivaban con tanta lealtad, obteniendo frugalmente lo mejor que podían de los frutos de la tierra y recibiendo la porción más pequeña de sus propios salarios.⁷

La declaración está hecha una vez más en un tono serio, pero, ¿a quién se dirige la angustiada petición: “no nos impongas ninguna regla estética que destierre...”? ¿Quiénes son “usted y yo”, que deben sentirse tan en deuda? Finalmente, ¿quién provocó la conciencia que requiere el reconocimiento “No me avergüenzo” y junto a él la mención de los “patanes” y las “tontas caras azotadas por la intemperie” y que mezcla además —como lo hace tan extrañamente con la calidez del recuerdo de las cocinas y la verdad sobre los salarios— el firme repudio a “la desdicha sentimental pintoresca”?

En pasajes como este y en las novelas de las que han sido extraídos, George Eliot fue más allá que Crabbe en *The Village* y, sin embargo, se muestra más cohibida, más inquieta en el intento de satisfacer y atraer a lo que parece una imagen dominante de un tipo particular de lector. La comunidad conocible es esta vida común que ella parece encantada de registrar con un énfasis necesario; pero la comunidad conocida es algo más: un compromiso menos cómodo, en el lenguaje, con otro interés y otra sensibilidad.

Lo que es cierto en cuanto al lenguaje, habrá de serlo también en cuanto a la acción. George Eliot extiende las tramas de sus novelas para incluir en ellas a los granjeros, a los artesanos y hasta a los desheredados. Pero así como le resulta difícil individualizar a la gente de trabajo —volviendo a caer en el modo coral, en una descripción generalizadora o en una transferencia de su propia conciencia torpemente proyectada— también le resulta difícil concebir acciones completas

que surjan de la sustancia de esas vidas y que puedan ser desarrolladas en relación con sus intereses. *Adam Bede* es el personaje que más se acerca a ese ideal, pero finalmente se deja dominar por un interés externo; Hetty es un sujeto hasta ese último momento en la carretera cuando abandona a su bebé; pero a partir de entonces es un objeto de confesión y conversión, de actitudes ante el sufrimiento. Esta es la diferencia esencial que la separa de *Tess d'Urbervilles* de Hardy, pues esta tiene la fuerza de mantenerse como un sujeto hasta el final. Adam Bede y Dinah Morris —podría decirse, la dignidad de la autoestima laboral y el entusiasmo religioso— finalmente son más importantes. Hasta el arrepentido y transformado Arthur es más importante que la muchacha a quien el novelista abandona en una acción moral más decisiva que la renuncia al bebé confusa y desesperada de Hetty.

Aun así la historia que escribe Eliot es activa: un hallazgo de continuidad en la tensión de los sentimientos aprendidos. *El molino junto al Floss* es precisamente la crisis de este desarrollo y esta tensión. Es una acción escrita desde el punto de vista del énfasis en la necesidad: pero ahora no ya de la necesidad como impulsora del trabajo corriente sino como privación humana; en los circunspectos, desagradables ritos de supervivencia de los pequeños granjeros, los Dodson, en la temeraria independencia de Tulliver, quebrado por las complicaciones de la ley y la presión económica que él no llega a comprender. En la perspectiva de George Eliot, por ninguno de estos caminos puede alcanzarse la plenitud de la vida, pero tampoco hay otras formas de llegar; solo las evasiones imaginadas, la lectura y la historia y luego la evasión temporal no deliberada del viaje por el río: una fantasía de bienestar. Todo lo que finalmente puede suceder es un retorno a la infancia y al río; un retorno que libera el sentimiento, pero como muerte, no como vida. Desde el punto de vista de la historia social, que había sido considerada determinante, pero solo limitadamente determinante, hay una disminución de la comprensión hacia los individuos expuestos y separados, en los cuales se sitúa la única acción de valor, de cualquier sentimiento humano pleno. De modo que lo que en *El molino junto al Floss* es un aislamiento activo, desesperado, se transforma, según una nueva forma de ver, en una triste resignación.

Porque en sus obras posteriores, a pesar de todas las pruebas que contienen de una creciente madurez y un mayor control —un control basado precisamente en la resignación triste, en una madurez construida como ese sentimiento exacto—, las acciones se vuelven más externas, se vuelcan hacia ese mundo común en el cual el énfasis en la miseria había sido considerado decisivo. Como si vencidas por el peso muerto de los intereses de una clase separada y acomodada, las tramas formales de las últimas obras se situaran en un mundo social diferente. *Felix Holt* gira alrededor de la sucesión de una heredad y esta es una crucial concesión a ese interés típico que mantenía ocupada la imaginación de la clase media del siglo XIX. Por supuesto, al final, Esther rechaza la herencia; el énfasis moral de

George Eliot está demasiado genuinamente comprometido con las ideas del mejoramiento, de la construcción de uno mismo y de la propia vida para permitir que Esther acepte la herencia y halle la salida "de moda". La corrupción de ese mundo de herederos, en el cual el precio de la seguridad es la intriga, se muestra con gran potencia en la señora Transome y Jermyn. Pero el énfasis en la necesidad se coloca especialmente en Felix Holt: en el individuo expuesto, separado, potencialmente móvil. Esto es parte de una historia crucial en el desarrollo de la novela, en la cual la comunidad conocible —el mundo extendido y empático de una verdadera Inglaterra rural y luego industrial— llega a conocerse primariamente como un problema de relación ambivalente: de cómo el individuo separado, con una conciencia dividida de pertenencia y no pertenencia, construye su propia historia moral.

Esta es la fuente de la perturbación, la inquietud, la construcción dividida de las últimas novelas de George Eliot (la excepción es *Middlemarch*, significativamente otra novela de una comunidad única, un pequeño poblado en la etapa inmediatamente anterior a los decisivos cambios históricos). No obstante, basta comparar a George Eliot con su contemporáneo, Anthony Trollope, para advertir la importancia de esta perturbación. Trollope, en sus novelas de Bassetshire, se siente cómodo con los esquemas de las herencias, con la interacción de las diferentes clases y los diversos intereses, con el descubrimiento afortunado y el matrimonio conveniente y acaudalado. Todo el interés de Trollope se centra en cómo ocurren estas cosas, cómo se realizan. Un tono narrativo uniforme, fácil, con un mínimo de análisis indagador, puede pues lograr todo lo que se pretende de él: una observación registrada, una explicación en ese nivel de la mecánica social. Leer *Doctor Thorne* junto a *Felix Holt* permite descubrir en Trollope no solo tranquilidad donde George Eliot trasunta perturbación, sino también un nivel de interés que se corresponde con la trama en lugar de luchar para liberarse de una complicación externa que se sostiene sumisamente; y puede hallarse, además, el final feliz convencional en el que la propiedad y la dicha pueden coexistir y ser celebrados, en vez de una desagradable, insistente e insatisfecha resignación. Esa lectura comparativa permite ver además, de manera por completo evidente, la fuente de estas diferencias en una historia social real.

A poco de comenzar *Doctor Thorne*, Trollope anuncia, con la confianza característica de la época, cuál es el estado de su Inglaterra rural:⁸

Sus verdes prados, su ondulante trigo, sus profundos, sombreados y —permítasenos agregar— sucios caminos vecinales, sus senderos y escalerillas para pasar las cercas, sus iglesias rurales bien construidas y del color del ámbar oscuro, sus avenidas de hayas y sus frecuentes mansiones estilo Tudor, sus constantes cabañas condales, sus elegancias sociales y el aire de clan que las impregna la han convertido para sus propios habitantes en una afortunada tierra prometida. Es puramente agrícola: agrícola es su producción, agrícolas son sus pobres y agrícolas son sus placeres.

Aquí la extensión del realismo se reduce a la concesión amanerada de que los caminos vecinales están sucios. Por lo demás, lo que se ve es una estructura social con adornos pastorales. Los pobres agrícolas aparecen cómodamente colocados entre el producto y los placeres del campo. Y mientras esta relación fácil se sostenga, no hay ningún problema moral de consecuencias que perturbe la tenue y aconsejable construcción.

Inglaterra no es aún un país comercial en el sentido en el cual se le aplica ese epíteto; y esperemos que no llegue a serlo tampoco muy pronto. Seguramente también podría llamársela Inglaterra feudal o Inglaterra caballeresca. Si en la Europa occidental civilizada existe una nación en la que pueden hallarse grandes señores y en la que los propietarios de la tierra constituyen la auténtica aristocracia, la aristocracia que se tiene con confianza como la mejor y que más se ajusta a la regla, esa nación es la inglesa.

Como descripción de la Inglaterra de mediados del siglo XIX este fragmento resulta ridículo; pero como un modo de verla más bien superficial es perfecto. Esta visión da por sentados los valores y así puede luego estudiar con una persistente exactitud las dificultades internas de la clase y especialmente el problema de la relación entre las familias acomodadas herederas y algunos profesionales y cadetes militares en ascenso, con buenas conexiones en la sociedad. Trollope comparte ese interés por penetrar en esa clase, que es para lo que siempre había servido principalmente la trama de la herencia, y puede describir sus procesos sin agregar más ilusión, una vez que ya había sido aceptada la ilusión básica de describir a los terratenientes como a una aristocracia. George Eliot, en cambio, al cuestionar con profundo sentido moral las relaciones reales y supuestas entre propiedad y calidad humana, acepta el énfasis en la herencia como la acción central y luego se ve obligada a hacerlo externo, contradictorio y, finalmente, inadecuado, a medida que su interés real se transfiere al individuo expuesto y separado que termina resignándose tristemente o abandonando el lugar. Lo que ocurre con la tierra de los Transome en *Felix Holt* o con la de los Grandcourt en *Daniel Deronda*, ya no es decisivo; sin embargo, alrededor de las complicaciones que suscita este tipo de interés se construye una parte sustancial de cada novela. En este sentido, las novelas de George Eliot constituyen una transición entre la forma que había terminado con una serie de acuerdos, en la cual las soluciones sociales y económicas y los logros personales se hallaban en una misma dimensión, y la forma que, extendiendo, complicando y finalmente derrumbando esta dimensión, termina enfocando a una sola persona que parte por su cuenta, habiendo logrado su crecimiento moral mediante el distanciamiento o la liberación. Lo que aquí se presenta es una conciencia dividida de pertenencia y no pertenencia; porque las soluciones sociales aún se toman seriamente hasta el último punto de la crisis personal y luego lo que se logra como desarrollo moral personal debe expresarse en cierto tipo de renovación física o espiritual: una emigración, a la vez

resignada y esperanzada, de lo que había sido ofrecido como un mundo social decisivo.

Las complicaciones que plantea la trama de la herencia, con el supuesto subyacente de una relación definida entre la propiedad y la calidad humana, había sido utilizada en realidad en una notable novela, significativamente basada en toda una acción antes que en el análisis individual. *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë es trascendente porque aborda la crisis de la herencia en todo su valor humano, sin desplazarse a las actitudes externas y representativas de clases desencarnadas. Hay un contraste formal de valores entre las cumbres expuestas y laboriosas y la casa solariega protegida y rentable, y las complicadas relaciones entre sus familias están constantemente determinadas por la fuerza y la resistencia de las cumbres. Sin embargo, la creación es tan absoluta que el mecanismo social de la herencia queda trascendido. Lo que divide a Heathcliff de Cathy es la clase y la riqueza, y la modificación positiva de estas relaciones es lo que permite llegar a una solución en la segunda generación. Pero en ningún momento se concibe la solución humana a través del cambio social. Lo que se crea y se sostiene es una especie de intensidad y conexión humanas que es la base de la vida que continúa. No afectadas por los acuerdos, estas virtudes sobreviven y, en un trágico énfasis familiar, sobreviven y se vuelven a aprender a través de la muerte. Esta trágica separación entre la intensidad humana y cualquier acuerdo social posible es aceptada desde el comienzo en todo el diseño y el lenguaje de la novela. La complicación de la trama se sostiene, pues, en virtud de un único sentimiento que es el acto de trascendencia. George Eliot, en cambio, al moverse en un mundo más críticamente realista concibe soluciones sociales aceptables que luego no puede sostener; lo que queda entonces no es la trascendencia sino una triste resignación en la cual la autora termina por descansar. Como historia creativa, cada una de estas soluciones tiene una importancia decisiva, porque cada una de ellas fue reelaborada por los significativos sucesores de George Eliot y de Emily Brontë: Thomas Hardy y D. H. Lawrence.

La acción campestre de *Daniel Deronda* de George Eliot se sitúa en Wessex. Pero mientras las regiones de Loamshire y Stonyshire de *Felix Holt* habían sido la Inglaterra de George Eliot, el Wessex de *Daniel Deronda* podría ser el Hampshire o el Derbyshire de Jane Austen: las grandes mansiones y las no tan grandes, y la selecta "comunidad conocida" como posteriormente se la ha de hallar en Henry James y en otras "novelas de casas solariegas" de nuestro propio siglo. George Eliot terminó de escribir *Daniel Deronda* en 1876, pero en aquella época ya había un nuevo Wessex en la novela: el campo de Hardy. Pasar de uno a otro es repetir, irónicamente, el movimiento desde el mundo alrededor de Chawton al mundo de *Adam Bede*: una reaparición, una reelaboración de la vida general, con su comunidad conocida y su fuerte énfasis en la miseria.

Porque George Eliot, al escribir la única novela que situó en su propio tiempo, se había apartado significativamente del mundo pleno y conocido de sus pri-

meras obras. La autora tenía sus claras razones para hacerlo. Si la historia decisiva era la del carácter y la frustración del impulso humano que provocaba un mundo inaceptable y aun así inevitable, Eliot necesitaba crear solamente las condiciones para este tipo de historia moral, intelectual e ideal. Las condiciones sociales para una historia más generalmente valorativa estaban, en todo sentido real, detrás de ella.

Y creo que esta es la manera adecuada de introducir la cuestión de las importantes actitudes de George Eliot en relación con el pasado, especialmente con el pasado rural. En *Adam Bede*, por ejemplo, la autora había echado una mirada retrospectiva con un afecto generalizador hacia los primeros años del siglo XIX, "aquellos viejos y calmos tiempos" y llegaba a la conclusión de que:

El ocio ha partido al lugar adonde partieron las ruecas de hilar y los caballos de carga, las lentas carretas y los vendedores ambulantes que llevaban su negociación hasta las puertas de las casas en las tardes soleadas. Ingeniosos filósofos tal vez te digan que la gran labor de la máquina de vapor es brindar ocio a la humanidad. No les creas: esa máquina solo crea un vacío que pronto será ocupado por pensamientos impacientes. Hasta la holganza hoy es impaciente—impaciente por la diversión: inclinada a emprender excursiones en trenes, a visitar museos de arte, a leer periódicos y novelas interesantes—, aficionada hasta a las teorías científicas y los vistazos rápidos a través del microscopio. El Antiguo Ocio era un personaje por completo diferente: leía un solo periódico, ignorante de los líderes y libre de esa periodicidad de sensaciones que llamamos tiempo libre. Era un caballero contemplativo, bastante corpulento, de excelente digestión, de percepción discreta no malograda por las hipótesis: feliz en su incapacidad de saber las causas de las cosas, prefería las cosas mismas. Vivía principalmente en el campo, entre agradables casas solariegas y granjas y era aficionado a pasearse tranquilamente junto al muro de árboles frutales, sintiendo el aroma de los albaricoques, caldeados por el sol matinal, o a cobijarse bajo las ramas del huerto al mediodía, cuando caían las peras del verano. No sabía nada de los servicios de los días de semana y no le caía mal el sermón del domingo en tanto le permitiera dormir desde el texto hasta la bendición (prefería el sermón vespertino porque en él las plegarias eran más breves y no se avergonzaba de reconocerlo; porque tenía una conciencia tranquila y jovial, de espaldas anchas como él mismo y capaz de cargar una gran cantidad de cerveza y vino de Oporto), y no abrigaba dudas, escrúpulos, ni grandiosas aspiraciones que lo hicieran remilgado. Para él la vida era una sinecura más que una tarea; jugueteaba con las guineas que llevaba en su bolsillo, degustaba sus cenas y dormía el sueño de los irresponsables, ¡porque no mantenía sus fueros asistiendo a la iglesia los domingos por la tarde!

¡Refinado antiguo ocio! No seas severo con él ni lo juzgues según nuestros criterios modernos; él nunca fue a Exeter Hall, ni oyó a un predicador popular, ni leyó *Tracts for the Times* o *Sartor Resartus*.⁹

Esta es una meditación irónica—escrita de manera lo bastante sutil—sobre el pasado, que se ha extendido a cierto tipo de historia; una personificación que re-

curre al artificio más simple de la ficción y que, significativamente, es muy diferente de las personificaciones activas de Dickens: las modeladoras fuerzas contemporáneas. El antiguo ocio ya es historia, es un tiempo y un período; pero con sus albaricoques y sus perales, su único periódico, su vino de Oporto y sus guineas en el bolsillo, constituye la figura de una clase que puede permitirse pasear tranquila, que basa su ocio precisamente en el sudor de la labor de otros hombres. Esta perspectiva en escorzo, esta selección, esta indulgencia especial son características de lo que ha llegado a ser la forma principal de la retrospectiva rural moderna.

Sin embargo, al estar presentada de manera liviana y transmitir una clara pintura siempre dispuesta a calificar, a sonreír, a seguir avanzando, esta narrativa parece protegida contra los sentimientos verdaderos, incluso contra el énfasis en la necesidad, que ahora ya no es inmediato y hasta se ha suprimido. Porque lo que perturbaba al Antiguo Ocio, mientras jugueteaba con sus guineas, no era *Tracts for the Times* o *Sartor Resartus*, ni los periódicos, ni la ciencia. Lo que lo perturbaba—aunque, ¿puede uno decirlo, mientras continúa la sonriente reminiscencia?—eran los hombres que precisamente en aquellos años estaban siendo destruidos por el trabajo interminable y la necesidad de pan; el Antiguo Ocio, el carretero; Antiguo Ocio con la letra que identificaba a los paupérrimos en su espalda; Antiguo Ocio en el asilo para ancianos como recompensa por cincuenta años de trabajo en los campos. Sin embargo, hay otro ocio, un ocio calmo, de algunos días de la infancia y de un padre dormido una tarde de domingo, que puede súbitamente, inadvertidamente, llegar a ser todo un pasado y un esquema histórico.

La mirada retrospectiva rural más extendida de George Eliot—importante porque no se presenta como una ensoñación junto al fuego, sino como una interpretación histórica deliberada—es la introducción de *Felix Holt*. Es más persuasiva y más sustancial que el sueño de Antiguo Ocio, pero en el conjunto de su organización muestra aún más claramente la estructura de sentimiento que se había proyectado sobre el campo. La descripción de las praderas y los setos tiene la calidez de la observación y el recuerdo; es el lenguaje verde de Clare. Pero el pasajero que viaja sobre el cofre del carruaje y a través de cuyos ojos se orienta nuestra mirada, es más que un poeta de la naturaleza; en él se combinan, diríamos naturalmente, estas percepciones con una serie completamente sólida de supuestos sociales. Cuando el viajero ve al pastor "que anda lentamente y con la cabeza gacha", sabe, en virtud de cierta alquimia, que el pastor no siente "ninguna amargura salvo en lo que atañe a los labriegos paupérrimos y la mala suerte que le envió estaciones adversas y corrompió a sus ovejas".

¿Cuál es la amargura relacionada con los "labriegos paupérrimos"? ¿Que él mismo llegara a ser uno de ellos, lo cual siempre era posible y hasta probable? ¿O que constituían una molestia para los contribuyentes? En este momento de ob-

servación, cuando el tranquilo paisaje tiene una "inmovilidad imperturbable, como si el tiempo mismo se hubiera detenido" y cuando "era fácil para el viajero concebir que la ciudad y el campo no tenían un pulso en común", se presenta una súbita combinación, un estereotipo, de "ingleses rurales" cuya "noción de la Reforma era una confusa mezcla de incendiarios, sindicatos, revueltas en Nottingham y, en general, todo lo necesario para increpar a los pequeños propietarios rurales".

¿Quiénes eran, pues, podría preguntarse el viajero mientras el tiempo se detenía, los pequeños propietarios rurales increpados en su propia cara? ¿Quiénes—siempre en alguna otra parte—estaban quemando las parvas o asociándose ante la amenaza de deportación? Esos "otros", en virtud de la combinación de "ingleses rurales", quedan efectivamente abolidos.¹⁰

El viajero sentado sobre el cofre podía ver que este era el distrito de prominentes optimistas, seguros de que la antigua Inglaterra era el mejor de los países posibles, y de que, si hubiera algunas realidades que hubiesen pasado inadvertidas a su observación, seguramente eran realidades que no merecían ser observadas: el distrito de limpias y pequeñas ciudades mercados, sin fábricas, de buenas vidas, un clero aristocrático y bajos niveles de pobreza.

Y esta es, pues, no la comunidad conocida, sino la comunidad conocible: una sociedad selecta vista desde un punto de vista selecto. Los bajos niveles de pobreza, aquel índice del énfasis en la necesidad, ¿son una ironía o un consuelo? Porque cuando súbitamente aparecen los pobres, no lo hacen como personas sino como "un pauperismo fornido y que se reproduce abundantemente": esa palabra, "reproducen", que George Eliot utiliza con tanta frecuencia cuando lo que está en cuestión son los pobres, como si se tratara de animales; en todo caso, no son hombres, sino una condición, un "ismo". ¿Y "fornido"? Haciéndose fuerte y obeso en virtud de los niveles de pobreza.

De pronto se advierte la causa de esta ilusión complaciente: son las fábricas y el ferrocarril lo que destruye a esta antigua Inglaterra. El mito plenamente moderno aparece agudamente enfocado.

El aliento de la ciudad fabril que crea un día anubarrado y una penumbra roja sobre el horizonte por las noches, se difundía por los campos vecinos, llenando el aire de una impaciente inquietud. Aquí hay una población que no está convencida de que la antigua Inglaterra fuera el mejor de los mundos posibles.

Esto equivale a decir que la inquietud es producto de la industrialización; al situarla de ese modo, después del idilio campestre, también se la puede rechazar de plano. Lo que se acepta desde este punto de vista, desde el asiento del carruaje, es un consuelo político: una posición que admite una serie de causas del radi-

calismo, pero que establece un cómodo contraste con la satisfacción calmada del antiguo orden rural. La posición social del observador queda, pues, claramente expuesta: en los distritos industriales se admite la realidad en su conjunto; en los rurales, una realidad escogida.

Después de que hubiera traqueteado sobre el pavimento de un pueblo fabril, ante la escena de las revueltas y las reuniones sindicales, el carruaje lo llevaría, en otros diez minutos, a una región rural, donde la vecindad de la ciudad solo se sentía en las ventajas de contar con un mercado cercano para el trigo, el queso y el heno, y donde los hombres con una considerable cuenta bancaria estaban acostumbrados a decir que "nunca se mezclaban en política".

Por supuesto, porque la inquietud visible de la ciudad, en una completa acción, se compara, no con la comunidad conocible de la región rural en su conjunto, sino con la condición y el punto de vista de "hombres con una considerable cuenta bancaria". Una ilusión complaciente, arrulladora, de la vieja vida campestre pagaba ahora sus dividendos políticos. Así se compara una tranquilidad campestre natural con un malestar urbano no natural. El "mundo moderno", tanto en su sufrimiento como, esencialmente, en su protesta contra el sufrimiento, aparece a través de una mediación, por referencia a una condición perdida que es mejor que ambos y que puede reemplazarlos: una condición imaginada a partir de un paisaje y de una observación y una memoria selectivas.

Esta es, pues, la estructura sobre la que debemos fijar nuestra atención, porque se conecta de manera crucial con la evolución de George Eliot. Una sociedad que puede valorarse, la condición común de una comunidad conocible, corresponde idealmente al pasado. Y solo allí puede ser recreada para ejercer una acción moral de amplio alcance. Pero el verdadero paso que se da es una renuncia a dar cualquier respuesta completa a una sociedad existente. El valor está en el pasado, como una condición retrospectiva general, y en el presente solo está como una sensibilidad particular y privada, es decir, la acción moral individual.

La combinación de estas dos conclusiones tuvo una influencia poderosa; modeló y formó toda una tradición literaria. Y esta es la significación del Wessex de George Eliot, en la única novela que la autora situó en su propia época: una reducción de los personajes y las situaciones a aquellos capaces, en términos tradicionales, de limitarse a ejercer una acción moral individual; todos los demás quedan desdibujados, lo mismo que había sucedido con la mayor parte de la gente del campo en la visión del viajero de la diligencia; la recreación—después de todo el énfasis puesto anteriormente en la necesidad—de una Inglaterra de casas solariegas, una Inglaterra de clases en la cual solo ciertas historias tienen importancia, historias a las cuales se puede adaptar convenientemente la sensibilidad—amarga y franca—del observador moral aislado. George Eliot puede estrechar deliberadamente la gama de sus personajes porque supuestamente la comunidad

más amplia y el énfasis cotidiano en la necesidad pertenecen a la vieja Inglaterra y se han ido con ella. Todo lo que queda es una serie de relaciones personales y de percepciones intelectuales y morales, en una historia que, para cualquier propósito valorativo, desgraciadamente ha terminado.

Podemos advertir, pues, por qué el señor Leavis, el más distinguido exponente moderno de esta misma estructura de sentimiento, debería continuar trazando la gran tradición que va desde George Eliot a Henry James. Hay una transición evidente entre aquella Inglaterra de casas solariegas que vemos en *Daniel Deronda* (por supuesto, con extensiones continentales y con ideas, como la del sionismo de Deronda, sobre muchos otros lugares) y la Inglaterra de casas solariegas de James. Pero la evolución más importante de la novela inglesa no es la que nos lleva a James; en realidad se produce dentro de ese mismo Wessex, en el retorno de una historia general e ineludible, y culmina en las novelas de Hardy.

17. El campo eclipsado

Si echamos una mirada a la verdadera Inglaterra rural de comienzos del siglo XIX, resulta en realidad fácil ver cómo el tumultuoso desarrollo de un nuevo sistema industrial eclipsa casi por completo el viejo estilo de vida. Las fuerzas decisivas de la economía rural eran la evolución industrial y financiera generales y las crisis del comercio. En cierto sentido, la Inglaterra rural era el lugar que absorbía las últimas sacudidas, el sitio donde se pagaban los costos finales. Pero ello no se debía a que la agricultura, como actividad aislada, estuviera declinando. Todavía en la década de 1830, la población nacional continuaba expandiéndose velozmente y bastante más del noventa por ciento de la demanda de grano se satisfacía con la producción nacional; por lo demás, la producción de alimentos en general continuaba el prolongado ascenso que experimentara desde los mejoramientos del siglo XVIII. Sin embargo, la situación que soportaban los labriegos y los pobres de las aldeas fue, desde 1815, tan difícil como la sufrida en los muchos siglos de explotación y degradación. Para la mayor parte de los observadores, parecía ser la peor condición de la que hubieran tenido noticias.

En verdad es muy difícil discernir las causas fundamentales de esta aparente paradoja. Básicamente, la pobreza y el sufrimiento, que alcanzaron un nivel crítico a partir de 1815, fueron la consecuencia del establecimiento de un orden capitalista en la agricultura: aquella larga transformación que, a mediados del siglo XVIII, estaba ya decididamente establecida. Desde entonces, hemos tenido suficiente experiencia de la economía del capitalismo para saber que, dentro de sus términos y su orden, el hecho de coexistir una producción creciente, un desempleo extendido y una pauperización sustancial no es ninguna paradoja. Porque el hecho de someter una economía a las disciplinas del trabajo asalariado y del mercado, hace que, a medida que se imponen las crisis del crédito y de los precios propias de tal sistema, los hombres queden expuestos a nuevos tipos de riesgos. No obstante, en el capitalismo agrario inglés siempre hubo una contra-

dicción: su economía era la de un orden de mercado; su política, la de una su-puesta aristocracia y una alta burguesía rural que ejercían disciplinas y controles "tradicionales" por completo diferentes. Esta contradicción fue considerada (por Hobsbawm y Rudé)¹ como la explicación más convincente del famoso sistema Speenhamland y de sus efectos. Este sistema, que comenzó a instaurarse en 1795, fue un último y —como después pudo verse— desastroso intento de conservar el orden social de las aldeas subsidiando bajos salarios con dinero de los impuestos municipales y sobre la base de una escala que se calculaba según el precio del pan y la cantidad de hijos. Fue un reflejo político que respondía a un estilo más antiguo de sociedad: el "derecho a vivir" por el mero hecho de existir y ser miembro —por subordinada que fuera la condición— de una comunidad local. Como impulso, tal sistema tenía mucho a su favor, sobre todo si se lo compara, por ejemplo, con la Ley de Pobres específicamente capitalista de la década de 1830. Pero no fue más que un reflejo moral posterior al evento decisivamente inmoral: una pretendida garantía para todos aquellos trabajadores y pobres que, en virtud de las prolongadas y repetidas acciones de la misma clase propietaria que hacía subir los precios de su producción, de sus tierras y de sus rentas, habían quedado desposeídos y expuestos. No es necesario idealizar la condición previa de los trabajadores para advertir qué caro debían pagar ahora la confusión de sus señores. En todas las situaciones previas el trabajador había tenido que cargar con el costo de la expansión y el mejoramiento; pero ahora debía soportarlo, cada vez más intensamente, como un pobre, un objeto de caridad: este era un destino que había sido presagiado aquí y allá, en este período y en otros, a lo largo de muchas generaciones anteriores, pero que ahora, en medio de la crisis que se extendía, se transformaba en una especie de sistema. Y en todas las épocas, a los trabajadores sin tierra y a los granjeros desplazados se habían unido los pequeños arrendatarios obligados a dejar los terrenos alquilados en virtud de los largos procesos de monopolio y concentración de la propiedad y aumento de las rentas. Muchos de estos pequeños granjeros habían sufrido las consecuencias del período de altos precios de las guerras napoleónicas. En la depresión de posguerra miles de ellos quebraron, y la cantidad de desposeídos y de inmigrantes desesperados aumentó muy rápidamente.

Hacer que muchos hombres se volvieran pobres y dependientes y luego ofrecerles un alivio caritativo quizá pueda considerarse humano. Pero la clase de los terratenientes exigía dependencia, en el plano social y político tanto como en el llanamente económico. Poco a poco, durante este período, comenzó en muchas aldeas una lucha política directa. La provisión y el control de la ayuda para los más pobres coincidió con la intensificación de la importancia y de la aplicación de las Leyes de Caza. La figura de lo que aún se llama el "cazador furtivo" se volvió característica. Era la última apropiación de la naturaleza, de la antigua vida silvestre que ahora se regía por el concepto de la "preservación" con fines "deportivos"; los hombres que vivían y hallaban su sustento en su propia región, en

su propio campo, se opusieron directa y repetidamente a tal apropiación, pero ahora, en virtud de la arbitrariedad de la ley, esos mismos hombres se convertían en delincuentes, en pillos, en marginales.

La historia de las leyes de caza y de los hombres que las desafiaron es un rasgo central de la lucha de clases de la sociedad rural del siglo XIX. En las versiones ortodoxas, fueron ampliamente alabadas la moral y la estética de los llamados propietarios, quienes, precisamente en ese período, desarrollaban sus ociosos ritos de tiro y caza. Y mucho tiempo después —cuando la cuestión ya no fue tan importante— hubo una especie de culto menor del "cazador furtivo", como "personaje"; el pillo atrayente y errante. Pero siempre hubo una moral diferente que yo mismo recuerdo haber oído en las charlas de los pequeños granjeros y labriegos. La inmensa presunción de esta propiedad señorial de conejos, peces y aves

Y cada bestia se llegó hasta allí para ofrendarse²

se afirmaba ferozmente y a la vez había quienes la desafiaban con destreza. He oído a mi abuelo hablar de la "cena del labriego", con lo que a mí me parecía entonces, como ahora, un orgullo comprensible: un conejo abatido tras un seto, un nabo arrancado en el borde del sendero: una comida para ocho niños. Si hay alguien dispuesto a lamentar la pérdida de un estilo de vida campestre, seguramente ha de ser el "cazador furtivo", quien, cuando era atrapado, recibía un castigo brutal, y esto continuó siendo así hasta que una conciencia urbana diferente comenzó a ejercer algunos controles. Y si hay quienes merecen ser culpados por haber destruido los hábitos campestres, son sin duda los ladrones que transformaron lo que era la mera búsqueda de sustento en hurto.

Es difícil decirlo, pero, a pesar de todo lo que se ha hablado de la degradación del labriego (y de las condiciones objetivas que se le imponían que están más allá de cualquier situación que hoy llamaríamos "deshumanizante"), lo que yo advierto principalmente, en este terrible período, es una evolución del espíritu y la aptitud. Con frecuencia se dice, en relación con todo el proceso de industrialización y urbanismo, que todas las personas capaces se marchaban a las fábricas y a las ciudades o decidían emigrar, con lo cual solo quedaban en el campo los torpes, los irresponsables y los ignorantes. Hasta los historiadores radicales hablan del "osado campesinado" del siglo XVIII y del "desanimado proletariado rural" del siglo XIX. Hombres quebrados y abatidos los había y por millares; también ellos habían tenido sus predecesores durante muchas generaciones. Pero, ¿en qué momento del siglo XVIII podemos encontrar hombres de la fuerza y el carácter de aquellos que organizaron la campaña de Swing con la quema de parvas, las confrontaciones de "pan o sangre", la destrucción de las trilladoras o el sindicato Tolpuddle?

La historia rural del siglo XIX ha sido considerada con excesiva frecuencia desde una perspectiva liberal y desdeñosa: la única alternativa aparente a la perspectiva reaccionaria que idealiza el campo en desmedro de la ciudad. Pero, aunque el sufrimiento y la pobreza eran profundos y prolongados, los trabajadores rurales manifestaron en ese siglo más espíritu, más capacidad de organizarse entre sí y, finalmente, más logros que sus aparentemente mejor vistos antecesores. Supongo que lo que provocó la confusión fue la queja de parvas. ¡Actos desesperados de hombres desesperados e ignorantes! Yo lo dudo. Eran hombres que sobrevivían con salarios de inanición. Veían a diario las enormes riquezas que los rodeaban y la ley protegía esas groseras desigualdades. Solo querían lo necesario para poder vivir "y lo tendremos, por medios justos o por medios ruines". Lo que más me impresiona —porque implica un espíritu creativo— es la valentía y la disposición a actuar de estos hombres, su capacidad de hallar formas de obrar que surtieran algún efecto, en procura de mitigar la pobreza y el hambre extremos, condiciones que hoy (pero hoy ya no importa; sus hijos tenían hambre entonces) nadie soportaría.

Hoy no existen personas tan absolutamente sumergidas (gente tan sumisa) como había entonces.¹

Estas son las palabras que le dirige un carretero a los magistrados en 1830. Es la voz de muchos y debe ser respetada. ¿La violencia no resuelve nada? Tampoco la sumisión resuelve nada. Lord Littlebrain asentía respetuosamente y mandaba añadir un ala nueva a su mansión.

Si nunca hubiera habido ningún incendio, nuestros salarios nunca habrían sobrepasado los diez chelines; ahora alcanzan los once chelines.²

Esta es la conclusión a la que llegaron los trabajadores de Norfolk. Un cura de Kent informaba lo que se solía decir en su aldea:

Las revueltas e incendios dieron grandes ventajas a los pobres.

Ciertamente, los labriegos obtuvieron algunas ventajas, pero al analizar la historia en su conjunto, se advierte que en modo alguno fueron suficientes. Las campañas de Swing y las revueltas de "pan o sangre" fueron solo el comienzo de lo que sería, necesariamente, un larga lucha contra la codicia de los terratenientes y contra las condiciones aparentemente objetivas de un sistema agrícola que estaba permanentemente en crisis. En la época de Swing, la mayor parte de los hombres que trabajaban la tierra ya eran labriegos desposeídos: había cinco de ellos por cada dos arrendatarios o dueños de campos. En los condados rurales la población había aumentado: entre 1750 y 1830 se duplicó, y en los años de crisis

subsiguientes creció aún más rápidamente. Los fracasos y confusiones de la sociedad rural habían provocado un amplio desempleo, y en este período la tasa de emigración fue mucho menor que la tasa de crecimiento natural de la población. De las 686.000 familias de trabajadores agrícolas, unas 300.000 personas recibían la ayuda que se brindaba a los pobres. Los que estaban empleados percibían salarios en alto grado variables que a menudo dependían, irónicamente, de la distancia a la que estaban sus aldeas de los nuevos trabajos urbanos e industriales: así, en las granjas de la zona industrial de West Riding el salario ascendía a catorce chelines por semana mientras que en el otro extremo de la escala, en los condados del sur y el oeste, que todavía eran completa o principalmente agrícolas, el salario era de siete chelines por semana y raras veces alcanzaba los nueve.

Estas eran las verdaderas condiciones de la mayor parte de las familias de la "antigua Inglaterra". Por encima de ellas, la estructura social del capitalismo agrario continuaba desarrollándose. La mano de obra agrícola aún continuaba aumentando, aunque en una proporción cada vez menor en relación con una población total en inquietante aumento. Como ocurría con las grandes propiedades, había una tendencia lenta pero general al establecimiento de granjas de mayor tamaño; aunque la mitad de los granjeros aún se las arreglaba trabajando la tierra con su propia familia. En 1851, las granjas con más de 120 hectáreas ocupaban más de un tercio de la tierra cultivada, en tanto que las granjas con menos de 40 hectáreas abarcaban solo alrededor de un quinto. Al mismo tiempo, existía el ya mencionado nivel de las clases medias rurales: los pequeños granjeros (cuyas granjas llegaban a las 40 hectáreas) sumaban un total de 134.000 familias; los granjeros medios (con fracciones de tierra entre 40 y 120 hectáreas) alcanzaban las 64.000 familias; los grandes granjeros (con propiedades de más de 120 hectáreas) solo eran 17.000 familias. A comienzos del siglo XIX, de todos estos, los arrendatarios residentes poseían el veinte por ciento de la tierra; a fines de ese mismo siglo, solo tenían el doce por ciento.

En la cúspide de esta estructura se hallaban los grandes terratenientes. En el siglo XVIII, alrededor de la mitad de la tierra cultivada pertenecía a cinco mil familias y aproximadamente un cuarto sólo a cuatrocientas familias. En 1873, era evidente el mismo tipo de predominio: con una población rural de unos diez millones de personas, la mitad de la tierra estaba en manos de unas siete mil personas. A lo largo del siglo XIX, en virtud de la reforma electoral, el poder político de los terratenientes disminuyó, aunque no lo hizo de manera decisiva hasta la década de 1870. No obstante, por entonces la estructura social de la Inglaterra rural ya no podía considerarse aislada de la estructura social del país en su conjunto. Esto es así por el simple hecho de que, siguiendo la Revolución Industrial, la agricultura, aunque no disminuía en sí misma, comenzó a formar una parte cada vez más pequeña de la economía total. A comienzos del siglo XIX, aportaba el cuarenta por ciento del producto nacional; a mediados del siglo, el veinte por ciento, y en las postrimerías no llegaba a contribuir con el diez por ciento. A co-

mienzos del siglo, la agricultura empleaba un tercio del total de los trabajadores; al promediar el siglo, solo un quinto, y al final, menos del diez por ciento; si bien es cierto que la cantidad de personas empleadas en realidad no había cambiado mucho: las cifras de 1801 y 1881 -1.700.000- son idénticas. Pero dentro de este proceso no podemos hacer una clara distinción entre el lugar que ocupaban la clase de los terratenientes y la clase de los industriales en el sistema capitalista que se estaba desarrollando. Los propietarios de tierras del siglo XVIII ya estaban participando de las primeras industrias de extracción y manufacturas. En el curso del siglo XIX, el ingreso de los terratenientes provenientes de otras fuentes,

valores bancarios y del gobierno, acciones de los canales y el ferrocarril, rentas sobre terrenos urbanos, beneficios y regalías obtenidos por los servicios portuarios, diversas minas, canteras, herrerías, hornos de ladrillos y otras empresas [...].¹

fue haciéndose gradualmente más importante. Los terratenientes tampoco eran una clase exclusiva. Como ocurría desde el siglo XVI, había un intercambio constante entre la propiedad de la tierra y otros tipos de propiedad e ingresos. El historiador de la sociedad terrateniente inglesa del siglo XIX, F. M. L. Thompson, observó que la incorporación dentro del interés de los terratenientes de otros tipos de hombres y propiedades

debe tomarse en consideración como una razón esencial de que la escisión entre capitalistas y terratenientes no se profundizara hasta el punto de volverse insalvable.²

Las complicaciones que trajo consigo esta interacción -como se manifestó, por ejemplo, en la controversia sobre las Leyes de Granos- no nos permiten concebir una simple "Inglaterra rural" opuesta a una simple "Inglaterra industrial". Por el contrario, precisamente a causa de la naturaleza de su propio desarrollo en el seno del capitalismo agrario, la agricultura, si bien conservaba muchos intereses específicos contrarios a otros tipos de producción y, por supuesto, aunque incluía en sí misma conflictivos intereses específicos (como las diferencias entre campos de pastoreo y campos de cultivo), no ofrecía ninguna base que permitiera establecer el contraste de todo un estilo de vida con todo otro estilo. La crisis social de la Inglaterra del siglo XIX tuvo sus matices específicos y sus cuestiones particulares en la esfera rural, pero aun así se trató de una crisis general, a causa de las intrincadas interconexiones entre la propiedad urbana y la propiedad rural, entre la producción industrial y la producción agrícola, entre el trabajo y los convenios industriales y agrícolas. La crisis de la Inglaterra rural del siglo XIX adquirió diversas formas: la larga lucha por las rentas y los arrendamientos, entre propietarios e inquilinos; la larga lucha por los precios, en la relación que había entre producción nacional y exportaciones dentro de una economía de libre comercio en pleno desarrollo; la larga lucha entre empleadores y trabajadores,

por los salarios y el derecho a formar sindicatos; la larga lucha entre la demanda de mano de obra más barata y los derechos de los hombres, las mujeres y los niños y, específicamente, el derecho a la educación. Cada una de estas batallas se libraba en las estructuras sociales de la Inglaterra rural, pero no se trata solamente de que cada una de ellas se librara en el contexto y la presión de la sociedad y la economía en su conjunto; también es importante señalar que cada batalla era un aspecto de una sociedad y una economía específicamente capitalistas y que cada vez más se la entendía en esos términos.

De modo que toda la situación sufrió profundamente los efectos de la disminución de la importancia que tenía la agricultura como parte proporcional de la economía, disminución que ya señaláramos antes. Pero la relación clave, en la consecuente interacción entre la Inglaterra urbana y rural y entre la Inglaterra industrial y agrícola, fue indudablemente el mercado. A fines del siglo se había alcanzado un punto en el que el desarrollo de la producción industrial y los consecuentes cambios de la política económica nacional configuraron una situación en la que se exportaban los productos manufacturados y se importaban alimentos extranjeros baratos. Esto, por supuesto, nunca constituyó un patrón general. Todavía en 1868, alrededor del ochenta por ciento de los alimentos procedía de la producción del país. Las importaciones comenzaron a aumentar verticalmente a partir de la década de 1870, pero dentro de un mercado que aún estaba en expansión, tanto en lo referente a la población en su conjunto, como en lo referente a la demanda cada vez mayor de carne y de productos lácteos en detrimento de la demanda de farináceos, fenómeno que era el resultado de un creciente nivel general de vida. Este proceso tuvo importantes efectos en la agricultura y aceleró su decadencia relativa. Pero no fue un proceso sencillo. Los efectos fueron más notables en la esfera de los granos (afectados por la apertura de los campos de pastoreo y por los buques de vapor y el ferrocarril) que en la de la carne y los productos lácteos, donde la demanda crecía y los precios no caían tanto. Luego hubo variaciones regionales cruciales en los efectos de estas alteraciones del mercado: las zonas de cultivo de trigo del sur y del este se encontraron en una posición muy diferente de la de los condados de pastoreo del norte y el oeste; asimismo, bajo la presión del mercado, se dio un movimiento general en perjuicio de los granos y a favor del ganado. La gran depresión que se inició en la década de 1870 y se prolongó hasta la de 1890, y de la que tanto se ha hablado en las historias convencionales, fue un fenómeno muy complejo, en el cual, de un modo general, podría decirse que los productores de granos perdieron su ventaja y que los productores de ganado (en parte a causa del mercado que estaba en expansión; en parte por la caída del costo del alimento, debido a la pérdida misma de los productores de granos) ganaron. Lo que tuvo lugar, dentro de este cambio en el mercado, fue una reorientación de la producción agrícola y esta a su vez se produjo en el marco de la crisis social y económica que sufría la sociedad rural en el seno de una Inglaterra capitalista.

En suma, los altibajos del mercado, que afectaron de manera diferente la agricultura como forma de producción capitalista, continuaron ejerciendo su efecto a través de toda una estructura económica y social en la cual los problemas clásicos de la Inglaterra rural —la propiedad de la tierra, los medios de producción, la posesión y función del capital para la inversión y los persistentes problemas de los salarios, la vivienda y la educación— eran también los problemas predominantes de toda la sociedad inglesa. Hay un aspecto importante en este sentido: ciertas estructuras sociales, de índole establecida, impedían que la comunidad advirtiera la existencia de estos problemas entre trabajadores rurales y urbanos. Aunque eventualmente se logró cierta conexión. Desde la década de 1850 hasta la de 1890, la emigración desde las aldeas a las ciudades, especialmente en ciertas regiones del país, llegó a ser abrumadora. No fue un éxodo rural en el sentido estricto, aunque unos pocos condados sufrieron pérdidas permanentes absolutas. De manera más general se puede decir que lo que ocurrió fue que la población rural no crecía, mientras que la población urbana continuaba manifestando un crecimiento notable, dentro de un panorama general de aumento de la población y mientras crecía acentuadamente la emigración a otras tierras.

Es significativo que las familias que en este período abandonaban las aldeas fueran, primero, los labriegos sin tierra y, después, muchos de los artesanos de más edad que estaban siendo desplazados por nuevas formas de producción industrial. Podría decirse que la estructura existente de propiedad de la tierra se ponía de manifiesto, en un aspecto bastante importante, en el carácter de la emigración. Esta forma característica de abandonar el campo mostraba, dramáticamente, cómo había estado distribuida la tierra hasta entonces.

Con todo, a fines del siglo XIX vivía más gente en los distritos rurales que la que habitaba en toda la nación un siglo antes. Y, a pesar de todos los cambios, aún continuaban viviendo en un orden rural capitalista: unos pocos eran propietarios y muchos eran, o bien arrendatarios, o bien labriegos sin tierra. Ese sistema fue el que imperó en la “edad de oro” comprendida entre la década de 1850 y la de 1870 y también el que predominó en la “gran depresión” que sobrevino inmediatamente después y que se prolongó hasta fines de la década de 1880. El comercio ventajoso o el comercio ruinoso se filtraban por igual a través de este sistema dominante. Eventualmente, y esto es algo que debemos celebrar, aunque moderadamente, muchos de los terratenientes abandonaron el campo, pero esto solo ocurrió en el siglo XX: la mayor transferencia de propiedad a manos de los granjeros se dio después de 1914; en un lapso de trece años, un cuarto de la tierra de Inglaterra y de Gales pasó de los grandes propietarios a los pequeños granjeros arrendatarios. Pero esto, por supuesto, tuvo su precio: lo que se llamó una realización de capital en procura de invertirlo de manera más rentable en otro sector.

Durante toda esta cambiante historia los trabajadores rurales estuvieron siempre presentes: constituían una proporción mucho menor del total de la po-

blación laboral, a medida que crecía el empleo urbano e industrial, pero aun así, a fines del siglo XIX, sumaban una cantidad semejante a la que había habido cien años antes. Estos eran los hombres y las mujeres que aparecieron en la literatura como “Hodge”, una versión rural del nombre “Roger”.

Podemos oír hablar a algunos de ellos en *Whistler at the Plough* (1852) de Alexander Somerville. Este autor era hijo de un labriego escocés: un trabajador de graneros y carretillas, parte de una familia de pequeños granjeros, labradores, artesanos, cuyas mujeres trabajaban la tierra junto a ellos. El relato de los días de su infancia en *Autobiography of a Working Man* (1848) es un clásico, no solo por los detalles —sus padres poseían una pequeña placa de vidrio que llevaban consigo como ventana de una “casa” a otra, de una choza a un cobertizo— sino por la descripción de ese mundo de trabajo marginal que se estaba modificando. El destino del propio Somerville fue extraordinario; después de años de trabajo en el campo y de caza furtiva, se alistó en el ejército huyendo del desempleo y, siendo ya soldado, escribió una carta a un periódico anunciando que las tropas no cargarían contra una manifestación en apoyo del proyecto de Reforma. Fue descubierto y azotado cruelmente. Así se transformó en un héroe en los círculos radicales, pero una vida sin rumbo fijo terminó transformándolo en delator. *Whistler at the Plough* fue escrito por intercesión de la Liga contra la Ley de Granos. Tiempo después, Somerville emigró al Canadá.

Esta es en sí misma una historia significativa y nos recuerda la ambigüedad de algunos de los elocuentes observadores de la laboriosa vida rural. Como en el caso de los “poetas campesinos”, su forma de publicar y su empleo dependían por completo del mecenazgo; la única expresión de opinión plenamente independiente de Somerville fue ferozmente castigada. No obstante, lo que él y otros registraron, a pesar de las dificultades, es parte del archivo esencial que descubre, en sus duros detalles reales, el “antiguo ocio” y la “antigua Inglaterra”. La realidad del temor, en el contexto de una dependencia vergonzosa, nunca puede olvidarse. Y está presente en su relato de un labriego que habla en Wiltshire:

Perry me pareció un hombre de unos treinta y cinco años. Era de mediana estatura, llevaba un sombrero de paja, un pañuelo rojo y un abrigo de algodón y lanilla resistente [...] Al principio estaba bastante agitado y vacilaba tanto que uno de sus vecinos le dijo: “No tengas miedo de hablar, William”. A esto se refería al decir que no había razón para que temiera hablar [...]

[...] El hombre tenía cinco hijos, el mayor de diez años, los otros de ocho, seis, cuatro y tres. Percibía siete chelines por semana para mantener a su familia [...] Aquel día había marchado cinco kilómetros hasta su lugar de trabajo. Llevó consigo un mendrugo de pan y había tomado un sorbo de agua; aún conservaba un trozo al regresar a casa. (“Todos sabemos que esto es verdad.” Una voz: “¿Por qué tiembles así?”.) Si yo hubiese permanecido en casa, dijo Perry, comiendo una buena cena y bebiendo un litro de buena cerveza, no temblaría.⁷

Otro vecino de la vecindad se lamentaba de que en la zona no se aplicaran todavía las medidas de preservación de la caza; si se aplicaran "no nos resultaría tan difícil correr tras las vituallas".

Pero, ¿y la cárcel? —dije yo—, podrían atraparte y enviarte a prisión. Y bien —respondieron ellos—, la prisión misma no será tan mala como el asilo; y es mejor hacer algo que morir de hambre.⁸

Cuando Somerville visitó tiempo después a Perry, se enteró de que el granjero que lo empleaba había estado allí y le había dicho a la mujer de Perry que, a pesar de la cantidad de hijos pequeños que tenía, debía salir a trabajar en el campo; "él necesitaba más manos para el heno". El granjero había agregado:

solo quería descubrir quiénes habían sido los hombres que habían comenzado a hablar en la asamblea; ya encontraría él los medios de que lo lamentaran.⁹

Sin embargo, Perry no se opuso a que Somerville publicara su relato.

Pensaban que no podían llegar a estar peor de lo que estaban.

Este es un informe no solo de las condiciones, que es necesario recordar, sino de lo difícil que resultaba para la mayor parte de los hombres compartir sus ideas en una reunión. Yo mismo he oído muchas de estas historias que han pasado de boca en boca hasta la generación de mi padre y creo que son esencialmente verdaderas. Ciertamente deberíamos poner el acento en el sufrimiento de los labradores y sus familias, pero seríamos muy injustos con ellos si supusiéramos, como las versiones ortodoxas, que eran hombres abatidos e ignorantes. Conocí muy bien al padre de mi padre. Cuando fue expulsado de su cabaña, antes de 1914, habló de lo que le había sucedido en una asamblea de la aldea y mi padre me contaba que escuchó a ese hombre enérgico y fuerte y que se quedó atónito al verlo quebrarse y llorar en medio de su discurso. El linaje de los hombres como William Perry es muy extenso.

Pensemos en Joseph Arch, nacido en 1826; su padre a menudo se hallaba desempleado; su madre, como ocurría con tanta frecuencia, era una ex sirvienta que criaba a su familia lavando ropa ajena en su casa y cortaba rebanadas de pan de cebada para sus hijos. Nunca había carne fresca, salvo si era el producto de la caza furtiva; "es una exageración decir que todo otro hombre que usted haya conocido era un cazador furtivo" y Arch los defiende. En 1872, Arch y otros hombres iniciaron el sindicato:

Me paré sobre mi taburete y hablé en voz alta y enérgica a favor del sindicato.¹⁰

Finalmente, Arch fue a parar al Parlamento, gracias al apoyo electoral de los labriegos de Norfolk, después de la última extensión del derecho masculino al voto. Gran parte de su espíritu inicial había terminado por ceder y doblegarse, como solía suceder con la mayor parte de los representantes de los obreros urbanos. Pero, al leer en su *Autobiography* sus arengas, su manera de organizar a los trabajadores y el modo en que hizo frente a las amenazas, sentimos que estamos en contacto con una fuerza extraordinaria.

O pensemos en Joseph Ashby de Tysoe, cuya vida fue tan notablemente registrada por su hija M. K. Ashby. Joseph nació en 1859 y era el hijo ilegítimo de un sirviente. Trabajó en su aldea y en su distrito no solo con tesón y valentía, sino con una inteligencia descollante y una impresionante capacidad para instruirse a sí mismo. Su colección de historias locales es parte de esta cultura eclipsada; y sus aptitudes democráticas son en verdad notables. En los pequeños poblados, al igual que en las ciudades industriales, había muchos hombres como Ashby: inteligentes, autodidactos, fuertes y honorables. Además de trabajar duramente durante toda su vida en un empleo mal pagado, se las arreglaban también para trabajar por su gente.

Es necesario recordarlos cuando, siguiendo nuestra trayectoria, llegamos a leer a Richard Jefferies, quien, de un modo muy diferente, llegó a ocupar un lugar en la tradición literaria. Cuando Joseph Arch fundaba el sindicato y se difundía una amplia controversia nacional, *The Times* publicaba tres cartas enviadas por Richard Jefferies, de la granja de Coate, cerca de Swindon, y las alababa en un artículo destacado. ¿Qué decían aquellas cartas?

Ni una sola vez en toda mi observación oí a una mujer o un hombre de trabajo hacer algún comentario agradecido; y sin embargo puedo decir con confianza que no hay en Inglaterra una clase de personas que reciban tantas atenciones y beneficios de sus superiores como los trabajadores agrícolas.¹¹

Esta era la melodía que se tocaba en contra de Arch. Pero, ¿quién había escrito aquello?

Jefferies había nacido en 1848 en Coate, cerca de Swindon. Su bisabuelo era molinero y panadero de Swindon y en 1800 compró unas dieciséis hectáreas de tierra a unos cuatro kilómetros del pueblo. El abuelo de Richard se hizo cargo del negocio de Swindon en 1816 y se mudó allí desde Londres. En 1822 construyó una casa en Coate que no fue ocupada durante algunos años. Como escribió más tarde el padre de Richard:

Yo fui el primero que vivió en ella, al dejar la escuela a los trece años; mi hermana mayor cumplía para mi padre las funciones de ama de casa y lechera.¹²

Al comentar luego la descripción de Coate que había hecho Richard, su padre afirmó:

No puedo imaginar cómo pudo ocurrírsele describir a Coate como un lugar tan placentero y engañoso; en realidad casi nada de lo que él menciona de Coate es cierto; lo único cierto es que no era un sitio agradable, Snodshill era el nombre de mi carricoche y mi carreta y lo que él llamó pomposamente Granja Coate no merecía ese nombre, ya que no eran más de dieciséis hectáreas de tierra.

Cinco de esas hectáreas debieron ser vendidas en la década de 1860, y en 1878, pocos meses antes de que Jefferies comenzara a escribir *Hodge and his Masters*, su padre vendió el resto y se mudó a Bath, donde se hizo jardinero por un jornal diario. Cuando Richard tenía cuatro años, fue enviado a vivir con una tía en Sydenham y permaneció allí hasta los nueve, aunque todos los años pasaba unas vacaciones de un mes en Coate. Una vez que hubo regresado a casa de sus padres, fue enviado a pequeñas escuelas privadas de Swindon. A los dieciséis años se escapó de su casa junto con un primo, estuvo en Francia durante una semana y finalmente fue apresado por la policía en Liverpool y enviado nuevamente a Swindon. Tuvo su primer trabajo como reportero del *North Wiltshire Herald*, un nuevo periódico conservador de Swindon donde colaboró intermitentemente desde 1866 hasta 1868; luego trabajó en el *Wiltshire and Gloucestershire Standard*, también de manera discontinua hasta 1873. En 1874 se casó con la hija de un granjero vecino y se mudó a Swindon. Sus cartas a *The Times* le abrieron mayores oportunidades como redactor de artículos sobre agricultura y vida campestre; transcurrió gran parte de 1875 en Surbiton, en casa de la misma tía con quien había pasado la primera infancia. En 1877 se mudó con su propia familia a Swindon y allí escribió *Hodge and his Masters*. En la década de 1870, además de una serie de artículos, publicó tres novelas, *The Scarlet Shawl*, *Restless Human Hearts* y *World's End*, y tres libros campestres: *The Gamekeeper at Home*, *Wild Life in a Southern County* y *The Amateur Poacher*. En el momento de escribir *Hodge*, Jefferies había llegado a ser un autor razonablemente establecido, después de sufrir años de pobreza e incertidumbre. En la década de 1880, continuó escribiendo artículos y publicó muchos libros: *Wood Magic* y *Bevis*; *Nature near London*, *The Life of the Fields*, *The Open Air*; *Greene Ferne Farm*, *The Dewy Morn*, *After London*, *Amaryllis at the Fair*, *The Story of My Heart*. Pero la enfermedad que lo había acosado desde su juventud comenzó a agravarse desde comienzos de la década de 1880. Se mudó a Sussex y murió en Goring el 14 de agosto de 1887. La causa de la muerte quedó registrada como "tisis fibroma crónica, agotamiento". Tenía treinta y ocho años.

Vale la pena recordar esta historia social y personal al tratar de comprender el carácter y la evolución de su obra. Jefferies contribuyó de manera esencial a la historia social de la Inglaterra rural. Con todo, se trata de una historia social que, declaradamente y no declaradamente, es una obra de arte; escrita —como ha sido significativamente el caso— por hombres cuyas relaciones con el material que describen han sido en muchos sentidos marginales y paradójicas. Existe un mito en

torno a Jefferies, un mito que los libros mismos contribuyen a crear: el hombre que vivió toda su vida en el campo, hijo de generaciones de pequeños propietarios rurales, imbuido de lo que se llama "la importancia moral de un modelo agrícola inmemorial subyacente". La realidad es diferente y más interesante. El escritor y periodista suburbano, que recreaba el campo de su adolescencia desde el punto de vista de los pequeños granjeros luchadores; el hombre enfermo, quizás el observador más brillantemente imaginativo de árboles, animales, flores y clima de su siglo, que continuó observando y describiendo hasta terminar diciendo: "nada es para el hombre en la naturaleza... salvo en el Más Allá", o, en su último ensayo, "quizás, con el correr del tiempo yo descubra también, cuando expire, físicamente, que en realidad nunca hubo ninguna tierra"; el joven ambicioso y esforzado que escribía a favor de los intereses de los terratenientes y los empleadores, quien, desde "Coate Farm", Swindon, dio a conocer, en sus cartas a *The Times* "las declaraciones hechas por «El hijo de un labriego de Wiltshire» [...] así como me siento obligado a reflejar los sentimientos de los granjeros de este país".

La realidad social es igualmente significativa. Estas son las regiones de North Wiltshire y South Gloucestershire, donde se había inventado la trilladora portátil y donde los labriegos sublevados —poco después de que el padre de Jefferies se mudara a Coate— habían librado batallas campales con los pequeños propietarios rurales de la zona. Estamos hablando de Swindon donde, muy cerca de la carretera, se hallaba en plena construcción un taller del ferrocarril; una aldea que se estaba convirtiendo rápidamente en un centro de empalme y reparación; una región que, cuando Jefferies era un joven reportero, estaba comenzando el largo período de la depresión de la agricultura. Como el propio Jefferies escribió:

Los cambios que se habían estado acumulando en el último medio siglo habían sido tan numerosos y tan importantes que habría sido casi razonable suponer que en aquel momento se había alcanzado el límite y que las siguientes generaciones inmediatas estarían suficientemente ocupadas en adaptarse a las nuevas condiciones de existencia. Pero, lejos de tal situación, todos los datos de la hora conducían irresistiblemente hacia la conclusión de que la era del desarrollo no había hecho más que comenzar."

La mayor parte del material de *Hodge and his Masters* fue reunido cuando Jefferies era un joven reportero del *Wiltshire and Gloucestershire Standard*, a comienzos de la década de 1870: el "antiguo periódico" que aparece mencionado en el capítulo tres del segundo volumen es precisamente ese, así como "Fleeceborough" es Cirencester y "la región de Juke" son los alrededores de Badminton. Jefferies no era considerado un reportero particularmente bueno, pero por entonces él prefería hacer sus propias observaciones, seguir sus propios intereses. Así pasaba desde la observación precisa de un efecto de la luz sobre el paisaje —como se ve en la brillante descripción que aparece poco después del comienzo de

"Hodge's Fields"—incluyendo acontecimientos tales como el traslado de la leche al tren que vemos en "Haymaking", la descripción de una estación de tren rural, en "Mademoiselle, the Governess", o una serie de observaciones que completan el cuadro de una institución, como en "The Solicitor" o "The Bank", hasta una especie de observación compuesta que se mueve entre diversos personajes y un estilo de vida, como podemos apreciar en "Leaving his Farm", "Going Down-hill", "An Ambitious Squire" o "Hodge's Last Masters". En cada una de estas formas literaria Jefferies pone de manifiesto su talento, y particularmente en el último título citado ya podemos advertir esencialmente al novelista. Es característico que Jefferies se hubiese preparado para publicar *Amaryllis at the Fair*, o bien como "novela", o bien como "escenas de la vida campestre". Tales elementos que, en su ficción explícita, el autor agregaba a la fuerza imaginativa, las conexiones profundamente percibidas entre el personaje, la sociedad y el ambiente físico que lo rodeaba, que aparecen en sus ensayos y bosquejos, dan fe tanto de la debilidad de la novela de su época como de una flaqueza personal, en cierta tendencia a una idealización y un romanticismo lábiles, tardíos, prerrafaelistas. Por otra parte, cuando leemos la primera frase de *Hodge and his Masters*, a la entrada de "la posada de Jason en Woodbury", sentimos que estamos ante la presencia de las fuerzas de la tradición de la novela realista.

A medida que avanzamos, estos límites se hacen manifiestos, y especialmente uno de ellos debe ser definido. A pesar de toda su pretensión de estar guiado por un "espíritu justo e imparcial", Jefferies no era un observador neutral. En ciertas ocasiones, era un escritor comprometido que había conocido en profundidad toda la crisis de esta civilización rural y cuyas adhesiones eran firmes y claras. Pero en otras ocasiones era también el cronista de una clase social y hasta un escritorzuelo partidario que pasaba de la desagradable adulación antojadiza de las últimas páginas de "Fleeceborough" a la áspera postura vociferante del final de "A Winter's Morning" o a los estereotipos de la sección de cartas como en "The Cottage Girls". Otras veces, evidentemente, escribía lo que sus lectores querían leer durante una crisis social, como fue el caso de sus cartas a *The Times*, que habían constituido una intervención contra Arch y el Sindicato de Trabajadores Agrícolas. Lo que sus lectores veían, y lo que a veces el propio Jefferies veía, eran, no hombres y mujeres marcados (como lo hacía firmemente en el caso de los granjeros) por la "individualidad del personaje", sino figuras trazadas a grandes rasgos, una abstracción de "la mano de obra" o de "Hodge".

Para comprender este proceso, las apariencias evidentes y a veces patéticas, las adhesiones contradictorias y sin embargo con frecuencia potentes, debemos ver a Jefferies en toda la ambigüedad de su posición social: él mismo era hijo de un pequeño propietario emprendedor que finalmente tuvo que vender su tierra y convertirse en un jornalero más; esa inseguridad de la posición con harta frecuencia produce la adulación hacia arriba y el desdén y la denigración hacia abajo, lo que en las ciudades se llamaría la postura del pequeño burgués. Pero

también debemos ver, como en el caso de Lawrence, al joven talentoso que creaba su propia manera de escribir partiendo de toda esa situación, dirigiéndose a lectores que socialmente estaban por encima de él, un joven sobre quien pesaban complejas, severas y prolongadas presiones.

Porque Jefferies no terminó donde había comenzado. En sus últimos ensayos (y la misma evolución se manifestó en Lawrence) se advierte una posición diferente:

¿Vale la pena tener un dinero ganado con tal desgaste de energía? Observad el brazo de una mujer que trabaja en la cosecha—delgado, musculoso, nervudo, casi negro, nos habla de la constante tensión—. Después de mucho sufrir estas presiones, la mujer termina por verse privada de sus formas, el cuello pierde su redondez y muestra los tendones, el pecho se achata... El trigo tiene tanto para ofrecer, hay libros de meditación en él, es caro al corazón. Detrás de estos bellos aspectos se halla la realidad de la labor humana: horas y horas de calor y tensión; esa es la realidad de una vida áspera y al final apenas si alcanza la ganancia. El trigo es hermoso, pero la vida humana es trabajo.¹⁴

A este reconocimiento humanitario, Jefferies agrega —y no es sorprendente que este aspecto se haya señalado tan poco— una perspectiva económica y política que se ha endurecido. En *Thoughts on the Labour Question*¹⁵ y especialmente en la segunda sección, "The Divine Right of Capital", no se limita solamente a observar el rigor del trabajo:

Pero se les paga para hacerlo —dice Confortable Respetabilidad— [...] Vaya usted mismo a sumergirse en el pozo [...] ¿Por qué lo hacen? Porque el hambre y la sed los obligan: estos son los temibles azotes, látigos peores que los de muchas lenguas que sostienen al Capital y que son los que le dan su poder.

Al ver los cambios políticos que trajo consigo la extensión del derecho a voto, Jefferies evocaba el antiguo sistema y la opinión que de él tenían los labriegos:¹⁶

Dicho claramente, el gobierno del párroco y el hacendado, del arrendatario y el guardián es para ellos repugnante en estos días. Preferirían abandonar el lugar.

Jefferies abogaba por el desarrollo de la democracia rural:

La ausencia total de una autoridad, de un centro común, tiende a alimentar lo que parece ser una gran indiferencia.

Pero un

sentido de independencia sólo podrá surgir cuando la aldea se gobierne a sí misma mediante su propio consejo, independiente del párroco, el hacendado, el arrendatario y el guardián.

Un consejo parroquial, un salón de lectura, un gimnasio, cabañas municipales, un instituto de mujeres: esos fueron algunos de los medios para alcanzar una nueva independencia rural.

Este es un reconocimiento esencial. Y se conecta con mi propio sentimiento, con lo que aprendí en una familia que había vivido estas experiencias: hay más comunidad real en el pequeño poblado moderno que en cualquier otro período del pasado que recordemos. Los cambios que se dieron, en virtud del desarrollo democrático y de la lucha económica, dulcificaron y purificaron el antiguo orden. Sin embargo, atenerse a esta realidad es reconocer una conexión más amplia, porque esta no es de ningún modo una visión rural, en el sentido estricto. O por lo menos no lo parece cuando la comparamos con aquella estructura de sentimiento que, en cierto modo, deriva del Jefferies de la primera época.

Yo mismo tuve que ordenar esta idea en mi espíritu, en una especie de autoanálisis, y Jefferies, más que ningún otro autor, ofrece la forma de ponerse en contacto con ella. Existe una intensidad, una solitaria intensidad, en los sentimientos que abriga por el mundo físico: el lenguaje verde que lo conecta con Clare y con Lawrence. Pero el laborioso mundo rural, donde pueden hallarse más comúnmente las experiencias físicas, se está modificando de manera decisiva. Los trabajadores del campo están firmemente a favor del cambio. Entonces puede darse un error en todo el ordenamiento mental y se puede llegar a confundir profundamente la defensa de un "campo que se desvanece" —"el aire libre", "la vida de las praderas"— con la defensa del antiguo orden rural que es la que en todo caso están expresando los señores de la tierra, los rentistas y sus simpatizantes literarios. El aborrecimiento físico del ruido y del ajetreo de la ciudad puede convertirse así —como sucede en *After London* de Jefferies— en una visión potente pero acre de la metrópolis, entarquinada por el pantano y la reaparición de una sociedad feudal de los bosques (el equivalente rural del "medievalismo" de William Morris). Así es como, en una extraña relación, mediante la activa delectación en flores y aves, se establece una extensión virtualmente inconsciente hacia los valores y adhesiones de una sociedad arbitraria e injusta: "Los setos de espino ya no están, ya no están los hacendados": yo mismo he oído hablar de este modo, como si se tratara de un único proceso. Las raíces de esta confusión aún hoy se manifiestan muy enmarañadas y tenaces.

Jefferies no vivió para resolver plenamente esta dificultad, que aparece, con toda la fuerza que tenía en aquella época, cuando recordamos la estructura social corriente de las "defensas del campo", como cuando Jefferies describe amargamente, en uno de sus últimos ensayos, *Primrose Gold in Our Villages*, las nuevas formaciones políticas de los conservadores en la Inglaterra rural: los herederos de aquellos que se habían opuesto al voto de los trabajadores, ahora se adelantaban, tan hábilmente, para organizar ese mismo voto. "Primrose Gold", "el oro de las rosas amarillas": la frase es de una absoluta exactitud. La sencilla flor co-

mo divisa de la maniobra política; el amarillo de la flor y del dinero que es la verdadera fuente del poder; la inocencia natural, el dominio político: todo esta allí.

Flores y privilegio; el humo de las fábricas y la democracia. Este conjunto de imágenes que estaba formándose en un campo eclipsado por el crecimiento de la industria y las ciudades, ha sido persistente; pero siempre hubo otra tradición: Cobbett, Arch, Ashby, el Jefferies de sus últimas obras; Thomas Hardy.

18. Wessex y la frontera

Thomas Hardy nació a unos pocos kilómetros de Tolpuddle, unos años después de la expulsión de los trabajadores agrícolas que se habían unido para formar un sindicato. Este mero hecho debería recordarnos que Hardy nació en una sociedad rural cambiante y luchadora, antes que en ese remanso sin tiempo al que con tanta frecuencia se lo confina. También nos recuerda que Hardy escribió en un período en el cual, si bien aún existían las comunidades rurales, había asimismo una red visible y vigorosa que atravesaba la sociedad como un todo: la ley y la economía; el ferrocarril, los periódicos y el correo de un penique; un nuevo tipo de educación y un nuevo tipo de política.

El campo de Hardy es, por supuesto, Wessex: lo cual equivale a decir, mayormente, Dorset y los condados vecinos. Pero el campo real de Hardy, como lo veremos seguidamente, es esa región de frontera en la que tantos de nosotros hemos vivido: entre las costumbres y la instrucción, entre el trabajo y las ideas, entre el amor al lugar y una experiencia de transformación. No puede abrigarse ninguna duda en cuanto al compromiso de Hardy con su región y, de un modo natural, con el pasado de tal región, como podemos apreciarlo en su insistencia por nombrar a Wessex. Pero sus novelas fueron gradualmente comprometiéndose más con el cambio. Todas ellas se sitúan en el período comprendido entre la época inmediatamente anterior a su nacimiento y el momento real en que las escribía: sus últimas novelas, y también las más profundas, *Tess* y *Jude el oscuro*, son significativamente las más contemporáneas. En todas ellas siempre aparece una parte importante de un antiguo mundo rural; antiguo en las costumbres y antiguo en el recuerdo, pero también antiguo en un sentido que corresponde a los nuevos tiempos de la educación consciente, la antigüedad de la historia y, en realidad, de la prehistoria: la conciencia instruida de las realidades de la transformación. En sus principales novelas, de maneras diversas, son centrales y hasta decisivas las experiencias del cambio y de la dificultad de elección.

Precisamente ese carácter central del cambio y las complicaciones que acarrea es lo que se pasa por alto cuando se considera a Hardy un novelista regional: el incomparable cronista de su Wessex, la última voz de una antigua civilización rural. Ese reconocimiento y hasta ese cálido homenaje generalmente provocan la sensación de que la sustancia de su obra se aleja cada vez más de nosotros: la sensación de que Hardy no es un hombre de nuestro mundo o del mundo del siglo XIX, sino sencillamente el último representante de la antigua Inglaterra rural o del campesinado.

Los sentimientos e ideas en verdad complejos de las novelas de Hardy, que incluyen complicados sentimientos e ideas acerca de la vida y la gente del campo, corresponden en alto grado a un mundo que no ha desaparecido. Hardy escribe más consecuentemente y más profundamente que cualquier otro de nuestros novelistas sobre algo que continúa estando muy próximo a nosotros, dondequiera que vivamos: algo que, de manera abstracta, podría denominarse el problema de la relación entre la vida de las costumbres y la vida instruida; entre el sentimiento y la manera de pensar de la vida de las costumbres y el sentimiento y la manera de pensar que despierta en nosotros la educación. Este es el problema que ya vimos en George Eliot y que volveremos a ver en Lawrence. Problema que constituye el fundamento de la significativa conexión entre todos ellos.

Muchos de nosotros, antes de recibir cualquier tipo de instrucción literaria, conocimos y valoramos una vida de costumbres y hasta sentimos sus tensiones. Miramos y aprendemos según la manera en que viven y se ganan su sustento nuestras familias; un mundo de trabajo, de ubicación física y de creencias tan profundamente incorporadas a las acciones cotidianas que al principio ni siquiera sabemos que se trata de creencias, sujetas a cambios y a desafíos. Con harta frecuencia, nuestra educación nos ofrece una manera de observar esa vida que nos permite ver otros valores más allá de ella: como Jude los veía cuando miraba las torres de Christminster, que se alzaban al otro lado del campo. A menudo sabemos en nuestro interior, muy profundamente, hasta qué punto esos valores adquiridos, esas búsquedas intelectuales, se hacen imperiosamente necesarios cuando la costumbre significa estancamiento o cuando aún se repiten antiguos errores como si fueran verdades eternas. Sabemos en especial hasta qué punto son necesarios para comprender los cambios, los cambios que se producen en el corazón mismo de los sitios en los que hemos vivido, trabajado y crecido.

Por supuesto, tenemos acceso a las ideas, los valores, los métodos de la educación si vamos a un lugar como Christminster: si se nos permite entrar, cosa que no se le permitió a Jude. Pero con el ofrecimiento, una y otra vez, aparece otra idea: la de que el mundo del trabajo cotidiano y de las familias corrientes es inferior, distante; la idea de que ahora que conocemos el mundo del espíritu, ya no podemos sentir ningún respeto —y por supuesto ningún afecto— por ese otro mundo que aún nos resulta familiar. Si conservamos algún afecto, Christminster

tiene un nombre para identificarlo: nostalgia. Si conservamos algún respeto, Christminster tiene otro nombre: política, o el aún más terrible, "sociología".

Pero esto supone algo más que elegir términos o matices. Se trata de lo que nos pasa, de lo que en verdad nos pasa, cuando tratamos de encontrar un punto intermedio entre estos dos mundos en contraste: cuando nos detenemos a mirar como Jude, solo que como un Jude a quien se le ha permitido entrar; o cuando regresamos a nuestro terruño, a nuestra familia, y comprendemos qué significa, en cuanto a ideas y en cuanto a sentimientos, "el regreso del nativo" al lugar de origen. Esto tiene una importancia especial para una generación particular, la de quienes partieron hacia la universidad desde una familia común y corriente y tienen que descubrir, a lo largo de una vida, qué significa esa experiencia. Pero tiene además una importancia mucho más general; porque en Gran Bretaña generalmente es esto lo que ha estado sucediendo: un proceso de distanciamiento respecto de estilos y lugares antiguos, de viejos sentimientos e ideas; un descubrimiento en lo novedoso de ciertos problemas no descados, crisis inesperadas y muy agudas, conflictos de deseos y posibilidades.

En este mundo característico, arraigado y móvil, familiar y sin embargo capaz de despertar una nueva conciencia y autoconciencia, Thomas Hardy se erige como una figura señera. Ya no nos habla, entonces, desde un antiguo mundo rural o desde una región remota; lo hace desde una experiencia aún activa, de lo familiar y lo cambiante, que podemos captar como idea, pero que finalmente es importante en lo que sobrevive como una serie de presiones personales —la formación y el fracaso de las relaciones, las crisis de personalidad física y mental— y que Hardy, en su condición de novelista, describe y a la vez experimenta.

Pero, por supuesto, todo esto se nos escapa o, si lo descubrimos, no sabemos como referirnos a ello ni cómo evaluarlo, si hemos seleccionado, aquí y allá, el tono del Hardy subestimado. Cosa que hoy es muy común hacer.

Quando las señoras se retiraron al salón, me hallé sentado junto a Thomas Hardy. Recuerdo a un hombre pequeño con una cara terrosa. A pesar de su traje elegante, su camisa almidonada y su cuello duro, conservaba aún un extraño aspecto de terruño.¹

Quien así habla es Somerset Maugham en uno de sus característicos relatos de sobremesa. Uno podría pensar que este es un mundo al que Hardy nunca debería haberse acercado, al que nunca debió exponerse. Pero el tono y la respuesta son reveladores, en la distancia que separa esa mesa de comedor y ese salón del "aspecto de terruño". La distancia que hay, para muchos de nosotros, hasta la tierra, hasta el campo, hasta el trabajo que se manifiesta en forma de minerales o de vegetales, o hasta la gente de trabajo que se acerca a esa otra gente —la gente civilizada de costumbre— con lo que esta percibe como una cara terrosa. Así es como Henry James habla del "buen pequeño Thomas Hardy" o F. R. Leavis dice que *Jude el oscuro* es impresionante "en su estilo desmañado".

Un tono de desdén social, sustentado por duras y directas suposiciones sobre el origen, se conecta de manera interesante con un tono de menosprecio literario y con modos que apuntan deliberadamente a ser perjudiciales en virtud de una suposición intensa y directa sobre la sustancia de la ficción de Hardy. Si aquel era un hombre de campo, un campesino, un hombre con aspecto del terruño, luego ese era el punto de vista, la perspectiva literaria esencial, de sus novelas. Es decir, que la ficción no se refiere únicamente a los campesinos de Wessex, sino que fue elaborada por uno de ellos, alguien que, por supuesto, se las ha arreglado para obtener algo de educación, aunque no la suficiente. De modo que es necesario hacer algunas distinciones de tono y de hecho.

En primer lugar, deberíamos descartar de plano la palabra "campesino". En la región en la que Hardy vivía y trabajaba, como en casi todas las demás zonas de Inglaterra, virtualmente no había, como vimos, campesinos, aunque los escritores aún empleaban la expresión "campesinado" como palabra genérica adoptada para designar a la gente del campo. La gente real del campo eran los terratenientes, los granjeros arrendatarios, los comerciantes, los artesanos y los labriegos, y esa estructura social —el verdadero material, en un sentido social, de las novelas— es radicalmente diferente (tanto en su variedad y sus matices, como en muchas de sus actitudes humanas básicas) de la estructura de un campesinado. En segundo lugar, Hardy no forma parte de ninguno de esos grupos humanos. Además de cumplir su tarea de escritor, Hardy era uno de los muchos profesionales que trabajaban dentro de esa estructura, a menudo con cierta incertidumbre acerca del lugar que en verdad les correspondía en ella. Una lenta estratificación de las clases es característica del capitalismo de cualquier parte y muy claramente del capitalismo rural. El padre de Hardy era un constructor que empleaba a cinco o seis obreros, y a Hardy no le gustaba que se dijera que su casa era una "cabaña", porque era consciente de esa posición de empleador que ocupaba su padre. En realidad, la vivienda era bastante pequeña, pero detrás tenía una ventanilla a través de la cual se les pagaba a los obreros, y las cabañas que se alzaban a la vera del camino vecinal eran por cierto más pequeñas. Al mismo tiempo, cuando recorría la distancia desde su casa a la escuela, Hardy podía ver la mansión de Kingston Maurward (que ahora, afortunadamente, es un instituto de enseñanza agrícola), de cuya construcción había participado su padre, y tal visión le mostraba una súbita diferencia de grado que hacía que la otra distinción fuera comparativamente menor, aunque aun así no del todo insignificante. Al recibirse de arquitecto y trabar amistad con la familia de un vicario (el tipo de familia de la cual provenía también su esposa), Hardy se desplazó a otro punto dentro de la estructura social y entabló relaciones con la clase instruida, aunque no la de los grandes propietarios, y también, a través de su familia, mantuvo conexiones con ese cuerpo cambiante de pequeños empleadores, comerciantes, artesanos y cabañeros que no eran en sí mismos completamente diferentes, en cuanto a sus familias, de los labriegos.

En el interior de su obra, la posición de Hardy es similar. El autor no es ni un propietario, ni un arrendatario, no es un comerciante ni un labrador, sino que es un observador y cronista que también siente con frecuencia cierta incertidumbre sobre la verdadera relación que tiene con ellos. Además, Hardy no escribía para ellos, sino sobre ellos, y sus textos estaban dirigidos principalmente a un público literario metropolitano y desconectado de aquella realidad. Estos dos aspectos terminan por devolver la atención a donde realmente corresponde, es decir, al intento de Hardy de describir y valorar un estilo de vida con el cual estaba estrechamente conectado, aunque de manera un tanto incierta, y a los métodos literarios derivados de la naturaleza de este intento. Como ocurre con tanta frecuencia cuando se dejan de lado los estereotipos sociales en boga, el problema crítico se presenta claramente bajo una nueva luz.

Es el problema crítico que presenta gran parte de la ficción inglesa desde la época de la movilidad social real, aunque incompleta y ambigua, del siglo XIX. Y es una cuestión tanto de sustancia como de método. Es habitual reducir la ficción de Hardy al impacto que produce la extrañeza de lo urbano en la "configuración atemporal" de la vida rural inglesa. Sin embargo, aunque a veces esta es la realidad que se muestra, el patrón más común es la relación entre la naturaleza cambiante de la vida campestre, determinada tanto por sus propias presiones como por las presiones del "exterior", y uno o más personajes que hasta cierto punto han quedado separados de esa vida y que sin embargo, por ciertos lazos familiares, permanecen ineludiblemente unidos a ella. En ese contexto se dramatizan de maneras muy complejas los valores sociales y es allí donde parece surgir la mayor parte de los problemas de los escritos de Hardy.

Un breve fragmento y otro más extenso pueden ilustrar, de manera preliminar, lo que sostengo. Casi todos parecen tratar a Tess meramente como la apasionada muchacha campesina seducida por un extraño, de modo que resulta sorprendente leer casi al comienzo de la novela una de las declaraciones más claras de lo que ha llegado a ser una experiencia clásica de movilidad:

La señora Durbeyfield habitualmente hablaba en dialecto; su hija, que había aprobado el sexto nivel en la Escuela Nacional educada por una institutriz formada en Londres, hablaba dos lenguas: en casa, principalmente en dialecto; fuera de su casa y con las personas de alcurnia, normalmente lo hacía en inglés.¹

Grace en *The Woodlanders*, Clym en *The Return of the Native*, representan esta experiencia de manera aún más completa, pero de todos modos es un tema que reaparece permanentemente, en un nivel que sin duda excede las trivialidades del acento. Y cuando observamos esto no tenemos que caer en la tentación, como vemos con tanta frecuencia y tan significativamente en la crítica reciente, de identificar a *Jude el oscuro* como un tipo de novela completamente separada.

Un ejemplo más notable de lo que significa e implica este tipo de separación

es una descripción de Clym en *The Return of the Native* que se corresponde de manera por completo esencial con la argumentación que desarrollé en *Culture and Society*:

Yeobright amaba su especie. Tenía la convicción de que el deseo de la mayor parte de los hombres era alcanzar el conocimiento que brinda sabiduría antes que prosperidad. Deseaba elevar la clase a expensas de los individuos antes que a los individuos a expensas de la clase. Y más aún, estaba dispuesto a convertirse de inmediato en la primera unidad sacrificada.¹

La idea de sacrificio remite, en la acción general, al tema familiar de una vocación frustrada o perjudicada por un matrimonio equivocado, y más adelante volveremos a observar este callejón sin salida característico de Hardy. Pero esa idea del sacrificio se relaciona también con la acción general del cambio que es un tema social persistente. Como ocurre en las principales obras de ficción realistas, la calidad y el destino de las personas y la calidad y el destino de todo un estilo de vida se conciben en una misma dimensión y no como cuestiones separadas. Es Hardy el observador quien traza este contexto para el fracaso personal:

Al pasar de la vida bucólica a la intelectual, habitualmente hay por lo menos dos estadios intermedios, aunque frecuentemente hay muchos más; y uno de esos estadios es seguramente el progreso mundano. Difícilmente podemos imaginar el paso apresurado de la placidez bucólica a los objetivos intelectuales sin imaginar, como fase de transición, los propósitos locales de Yeobright era que, aunque se esforzaba por tener un pensamiento elevado, continuaba aún adherido a una forma de vida sencilla —mejor dicho, a una forma de vida agreste y exigua en muchos sentidos— y a la fraternidad con los patanes. Era un Juan Bautista cuyo tema era más el ennoblecimiento que el arrepentimiento. Mentalmente se situaba en un futuro provinciano, es decir, en muchos sentidos estaba al corriente de las ideas que expresaban los principales pensadores de la ciudad de su tiempo [...] Como consecuencia de esta posición relativamente avanzada, Yeobright podría haberse considerado desafortunado. El mundo rural no estaba maduro para él. Un hombre debería adelantarse solo parcialmente a su época; estar completamente en la vanguardia en cuanto a aspiraciones es fatal para la propia reputación [...] Un hombre que defiende el esfuerzo estético y desaprueba el esfuerzo social solo tiene probabilidad de ser comprendido por una clase para la cual el esfuerzo social ha llegado a ser un asunto anticuado. Hablar a favor de la posibilidad de cultura antes que de lujo a un mundo bucólico puede ser una argumentación válida, pero es un intento de perturbar una secuencia a la que la humanidad está acostumbrada desde hace mucho tiempo.²

La sutileza e inteligencia de esta declaración escrita a fines de la década de 1870 procede de un espíritu acostumbrado al pensamiento relativista e histórico, no meramente en el plano abstracto, como Hardy había aprendido de Mill o de Darwin, sino en el proceso de observación de una experiencia personal de movi-

lidad. Aquí no estamos ante el contraste del campo contra la ciudad, ni siquiera, de manera sencilla, de la costumbre contra la inteligencia consciente. Este es el proceso histórico más complicado y más apremiante en el cual la educación se vincula con el ascenso social dentro de una sociedad de clases, de modo tal que resulta difícil, salvo mediante una extraña demostración personal, estar a favor tanto de la educación como de la solidaridad social ("él deseaba elevar la clase"). Este es también el proceso en el cual la cultura y la prosperidad llegan a ser reconocidas como objetivos alternativos, sea cual fuere el precio que haya que pagar por ambas, y el irónico reconocimiento de que, en cualquier historia real, la última ocupará siempre el primer lugar en la decisión.

La relación entre el migrante y su grupo anterior es, pues, excepcionalmente compleja. Su lealtad lo lleva a realizar actos que pueden parecerle disparatados a aquel grupo ya que el hombre expresa abiertamente valores que respaldan la asociación de la educación con el progreso personal que su nuevo grupo ya ha alcanzado, pero que por esa misma razón él no puede aceptar.

—Me asombra, Clym. ¿Cómo pretendes hacer mejor las cosas de como las has hecho hasta ahora?

—Pero, odio mi negocio... Quiero hacer algo valioso antes de morir.

—Después de todo lo que ha costado ofrecerte un comienzo y cuando solo hace falta mantener la línea recta hacia la prosperidad, dices que... Realmente me molesta, Clym, ver que has regresado a casa con semejantes pensamientos... No tenía la menor idea de que tu intención fuera retroceder en el mundo por propia decisión...

—No puedo evitarlo —dijo Clym, con un tono perturbado.

—¿Por qué no puedes hacer lo que hacen los demás?

—No lo sé, lo único que sé es que hay muchas cosas por las que las demás personas se preocupan y yo no...

—Y sin embargo tú podrías haber sido un hombre adinerado si solo hubieses perseverado... Supongo que serás como tu padre. Como él, te estás cansando de prosperar.

—Madre, ¿qué significa prosperar?

El asunto nos resulta familiar, a pesar de todos los años transcurridos ningún otro asunto es más importante ni más radical. Dentro de estas complejas presiones, el regreso del lugareño tiene cierta inevitable nulidad y las únicas abiertas acciones que este puede realizar llegan a parecer meramente perversas. Así es como la necesidad de una identificación social con los trabajadores produce la característica identificación negativa con ellos; al transformarse él mismo en un trabajador hace mucho más difícil su empresa original: "la monotonía de su ocupación lo tranquilizó y constituyó en sí misma un placer".

Hardy comprende y controla todo esto, pero la presión tiene otros efectos adicionales y menos deliberados. La elección del trabajo físico que hace Levin en *Anna Karenina* incluye algunas motivaciones similares, pero al final es una elección de la gente antes que de una naturaleza abstracta: una elección de los hom-

bres con quienes trabajar antes que una fuerza natural en la cual extraviarse. No obstante, esta distinción crucial aparece oscurecida por la discusión corriente del apego de Hardy a la vida campestre, que se presentará junto con los páramos, los bosques "eternos" y los hombres que trabajan en ellos. El impulso humanista original —"amaba a su especie"— puede terminar en realidad haciéndose antihumano: los hombres pueden llegar a verse como criaturas que se arrastran en esa extensión atemporal, como lo sugieren tan vigorosamente la metáfora del páramo y el trabajo de Clym en él. Esta es una transición muy común en la literatura de ese período, pero Hardy nunca parece sentirse muy a sus anchas en ella y el impulso original, como en *Jude el oscuro*, continúa regresando y generando identificaciones más precisas.

Al mismo tiempo, la separación del natural de la región que ha regresado no es solamente una separación de los criterios de un mundo "exterior" educado y próspero. También es, hasta cierto grado inevitable, una separación de la gente que no ha hecho el mismo viaje; o con más frecuencia, una separación que puede aparecer enmascarada como un apego romántico a un estilo de vida en el cual la gente no es más que un mero instrumento: figuras en un paisaje o, cuando el tono literario se debilita, figuras en una balada. Resulta pues fácil observar, en un estilo aparentemente afectuoso y en beneficio de otros, la rusticidad y las limitaciones, pero también el carácter pintoresco, el humor tosco, la inocencia con ropa de trabajo de "lo bucólico". Donde más se manifiesta la complejidad de la ficción de Hardy es precisamente en esa manera de recorrer la gama completa que va desde una observación externa de las costumbres y el pintoresquismo, modulados por un afecto claramente paternalista (como se ve en *Under the Greenwood Tree*), pasa por una identificación muy positiva de intuiciones de la naturaleza y de los valores del trabajo compartido con la profundidad y la fidelidad humanas (como en *The Woodlanders*), hasta la percepción humana —mucho más impresionante pero también mucho más difícil— de limitaciones que no pueden resolverse en virtud de la nostalgia o el encanto o la simple mistificación de la naturaleza, pero que los personajes experimentan en la vida real a la que todos pertenecen, las limitaciones de las personas instruidas y acaudaladas que mantienen una relación orgánica con las limitaciones de los ignorantes y los pobres (como en algunas partes de *Return of the Native* y en *Tess* y *Jude*). Pero, para hacer estas distinciones y ver con la necesaria claridad las variaciones de reacción, tenemos que ir más allá de los estereotipos del autodidacto y el hombre de campo y ver a Hardy en su verdadera identidad: no solo al observador instruido, sino también al participante apasionado, en un período de cambio general y radical.

La escritura de Hardy o lo que de manera abstracta puede llamarse su estilo, se ve obviamente afectado por la crisis —el regreso del hombre del lugar— que he estado describiendo. Sabemos que Hardy se preocupaba por su prosa y que estaba limitado, a causa de los supuestos propios de la gente educada de su tiempo, a

estudiar a Defoe, Fielding, Addison, Scott y *The Times*, como si todo ello hubiese podido ser de alguna ayuda para él. La compleja posición de Hardy como autor que escribía sobre la vida campestre para personas que casi inevitablemente veían el campo como una naturaleza vacía o como un lugar de trabajo de gente inferior, fue en todo caso crítica para él en la cuestión del lenguaje. Los que se han considerado sus puntos fuertes —la narrativa en forma de balada, la prolongada imitación literaria de formas tradicionales del habla— a mí me parecen más que nada puntos débiles. Este es el tipo de literatura para la cual estaban preparados aquellos lectores: la manifestación de una tradición antes que la de seres humanos. De todos modos, tales recursos no pudieron contribuir a la creación de su ficción principal, donde precisamente lo que Hardy quería comunicar era la perturbación y no la continuidad. Sería fácil relacionar el problema de estilo de Hardy con los dos lenguajes de Tess: el conscientemente educado y el inconscientemente habitual. Pero esta comparación, aunque sugestiva, es inadecuada, porque lo cierto es que ninguno de estos dos lenguajes servía para comunicar la experiencia de Hardy, puesto que ninguno de los dos estaba finalmente lo bastante articulado: el lenguaje instruido carecía de la suficiente intensidad y estaba limitado en cuanto a humanidad; el lenguaje de la costumbre quedaba malogrado por la ignorancia y se complacía en los hábitos. Ciertamente, en Hardy están presentes las señales de una rendición a cada uno de estos modos, pero el cuerpo principal de su obra madura es un experimento más difícil y más complicado. Por ejemplo:

La estación evolucionaba y maduraba. Una nueva entrega anual de flores, de hojas, de ruiseñores, de zorzales, de pinzones y de criaturas igualmente efímeras tomaba su posición donde solo un año antes otras semejantes habían ocupado su lugar y cuando estas no eran más que gérmenes y partículas inorgánicas. Rayos de luz solar hacían estallar los brotes y los extendían en largos tallos, elevaban la savia en corrientes silenciosas, abrían pétalos y despedían fragancias en efusiones y hálitos invisibles.

Los hombres y mujeres del personal doméstico del lechero Crick vivían allí cómoda, plácida y hasta felizmente. Gozaban de una posición que quizás fuera la más dichosa de todas en la escala social, pues estaban por encima de la línea donde termina la necesidad y por debajo de la línea desde la cual las *convenances* [en francés en el original] comienzan a cohibir el sentimiento natural y la presión de una elegancia raída hace que lo suficiente parezca muy poco.

De este modo pasó el tiempo frondoso, cuando la arborescencia parecía ser la única cosa en la que se podía fijar la mirada puertas afuera. Tess y Clare se estudiaban uno al otro inconscientemente, siempre en equilibrio al borde de la pasión, pero manteniéndose aparentemente apartados de ella. Durante todo el rato ambos estuvieron convergiendo, como obedeciendo a una ley irresistible, con la misma seguridad de dos corrientes en un valle.⁶

Este pasaje no es el mejor ni tampoco el peor de Hardy. Antes bien, muestra

las diversas y complicadas presiones que están en juego en lo que debe parecer una única intención. "El tiempo frondoso cuando la arborescencia" es un ejemplo de exageración tendente a desarrollar un estilo "instruido", pero el uso de "convenances", que podría parecer meramente una palabra de moda, aporta un sentimiento preciso. Los términos "entrega" y "efímeras" se emplean también de una manera precisa dentro de una frase que muestra principalmente la fuerza de lo que debemos llamar un punto de vista "educado". La conciencia del proceso natural, en "gérmenes y partículas inorgánicas" (Hardy había aprendido todo esto, por supuesto, de Darwin, quien, junto con Mill, fue su principal influencia intelectual) es, para lo que se propone Hardy, un acompañamiento necesario de las vistas y fragancias de la primavera, más directas y más gozosas. El texto de Hardy pierde en lugar de ganar cuando se vuelve hacia la abstracción más simple y más tosca de "el personal doméstico del lechero Crick" que da lugar a suponer superficialmente que quien habla es el hombre de campo, cuando en realidad es la voz del observador desapegado que manifiesta un bajo nivel de interés. Cuanto más plenamente utiliza Hardy los recursos de todo el lenguaje, como un observador preciso, tanto más adecuada resulta su escritura. Hay más fuerza en "se estudiaban uno al otro inconscientemente", que es a la vez una expresión educada y comprometida, que en "dos corrientes en un valle", que comparte con el gesto "ley irresistible" una cualidad sintética, en este caso, la del autor que desempeña el papel del novelista que es además un hombre de campo.

El estilo maduro de Hardy está amenazado, en un sentido, por un "latinismo" voluntario de la dicción o la construcción, latinismo del que pueden hallarse muchos ejemplos particulares (y todos nosotros lo hemos hecho, al tomarnos muy en serio nuestra educación), pero, en otro sentido, está amenazado por este elemento de artificio mucho menos advertido y que se acepta demasiado fácilmente, dentro del paternalismo que ya hemos analizado, que es el del hablante campestre (a veces es en realidad, literalmente, el hombre de campo quien habla, en un pintoresquismo efectista que es ahora la mirada displicente del novelista sobre sus personajes rurales). El estilo maduro mismo es, sin ambigüedades, un estilo educado, en el cual la riqueza del vocabulario y la complicación de la construcción son necesarias para dar intensidad y precisión a la observación que es la posición y el atributo esencial de Hardy.

Los tonos grises del amanecer no son los medios tonos grises del ocaso, aunque el grado de su sombra pueda ser el mismo. En el crepúsculo matutino, la luz parece activa y la oscuridad pasiva; en el crepúsculo vespertino, es la oscuridad la que se vuelve activa y creciente y la luz su soñoliento revés.⁷

Este es el observador educado, aún profundamente implicado en el mundo que está observando, y la índole local de su escritura es el tono decisivo de la ficción principal.

El problema estriba en que esta es una posición muy difícil y expuesta que a

Hardy le cuesta mantener. Sin las revelaciones de la historia conscientemente aprendida ni la comprensión instruida de la naturaleza y la conducta, el autor no puede realmente observar nada, en un nivel de respeto humano extendido. Hasta el sentido de lo que hoy se llama "eterno" —en realidad el sentido de historia, de túmulos, de vestigios romanos, el ascenso y la caída de las familias, las tablillas y los monumentos de las iglesias— es, como ya dije, una función de la educación. Esta percepción real de la tradición solo es accesible para el hombre que ha leído acerca de ella, aunque lo que luego vea en virtud de esa percepción sea su campo natal, al cual ya está profundamente vinculado por recuerdos y experiencias de otro tipo: una familia y una infancia; una intensa asociación de personas y lugares que ha sido su propia historia. Poder ver la tradición en ambos sentidos es en verdad un don especial de Hardy: el lugar y la experiencia de sus orígenes, pero también la instrucción, la indagación consciente. No obstante, observar luego a las personas reales, dentro de esta complicada sensación de pasado y presente, genera un nuevo problema. Hardy ve como un participante que es al propio tiempo un observador; esta es la fuente de la tensión. Porque el proceso que le permite observar es muy claramente en la época de Hardy un proceso que incluye, en su adhesión a los sentimientos de clase y a las distinciones de clase, una alienación decisiva.

Si bien ellos dos notaron la ineptitud social creciente de Angel, él a su vez advirtió las crecientes limitaciones mentales de estos. Felix le parecía todo Iglesia; Cuthbert, todo Universidad. Para uno de ellos, su Sínodo Diocesano y sus Visitaciones eran los principales motivos del mundo; para el otro, lo era Cambridge. Cada hermano reconocía cándidamente que había unos pocos insignificantes millones de personas que quedaban fuera de la sociedad civilizada, personas que no eran gente de la Universidad ni gente de la Iglesia; pero tales seres debían ser tolerados antes que estimados y respetados.⁸

Esto es lo que a veces se reconoce como el rencor de Hardy, pero en realidad no es más que una observación sobria y justa. Lo que Hardy ve y siente acerca del mundo instruido de su tiempo, encerrado en sus profundos prejuicios sociales y en su consecuente alienación humana, es tan claramente cierto que la única sorpresa consiste en descubrir que los críticos actuales aún deben sentirse identificados con ese mundo —el mundo que grosera y fríamente desdeñaba a Jude y a millones de otros hombres— para estar dispuestos a aplicar el equivalente literario de la más anticuada de las tácticas políticas: la transferencia del rencor, de un modo meramente clasista de pensar, desde quienes excluyen a quienes protestan. Pero el aislamiento que puede resultar de ello —porque si bien el observador se atiene a los procedimientos instruidos, no es capaz de sentir lo mismo que la clase instruida— es importante. No se trata sencillamente del hombre de campo, incómodo en sus ropas de ciudad, sino de la tensión más significativa —que inclu-

ye por supuesto esa incomodidad y sus arranques de amargura y nostalgia— del hombre atrapado en virtud de su historia personal en la crisis general de las relaciones entre educación y clase, relaciones que, en la práctica, se dan entre la inteligencia y el sentimiento solidario. Como cuando Hardy observa a los hermanos de Clare:

Quizás, como les ocurre a muchos hombres, no tenían oportunidades de observación tan buenas como sus oportunidades de expresión.⁹

En suma, detrás de todo está la nulidad, en una época en la cual la educación tenía la finalidad de entrenar a los miembros de una clase para que se separaran de los demás hombres con la misma firmeza con la que debían separarse de sus propias pasiones (porque los dos procesos están profundamente conectados). Hardy puede presenciar este proceso en los demás, en una clase social, pero la historia real de su obra es que él mismo conocía, interiormente, la experiencia de la separación: una separación paradójica, porque aún estaba cercana y era muy real una experiencia más común.

De modo que debemos observar el campo que describe Hardy teniendo presente esta compleja presión. Hardy podía reaccionar tan íntimamente porque su propia movilidad se daba en una sociedad móvil y cambiante. Así es como él veía a los demás en su excelente ensayo sobre *Dorsetshire Labourer* (que puede compararse con el de Jefferies sobre el *Wiltshire Labourer*):

Están perdiendo su individualidad, pero están ensanchando el espectro de sus ideas y ganando libertad. Sería demasiado esperar que permanezcan estancados y arcaicos para el placer de los espectadores románticos.¹⁰

Este movimiento doble, de pérdida y liberación, de desprotección y ventaja, es la característica que comparte con su verdadero mundo rural.

Un Wessex moderno de ferrocarriles, de correo a un penique, de máquinas trilladoras y segadoras, de asilos del sindicato, de cerillas de fósforo, obreros que sabían leer y escribir y niños que asistían a la escuela nacional.¹¹

Lo importante es, no solo que Hardy reconozca esta modernidad, sino el hecho de que virtualmente cada rasgo de ella que él enumera fue anterior a su propia vida (el ferrocarril llegó a Dorchester cuando Hardy tenía siete años de edad). Los efectos de los cambios, por supuesto, continuaron y también fueron penetrando lentamente los complejos efectos del movimiento de la economía general, además de sus efectos contrastantes en diferentes esferas y sectores de una sociedad rural, desde la cual todavía tenía lugar un movimiento general hacia las ciudades. El campo no era "eterno" ni atemporal, y tampoco era estático; en

realidad, la crisis adquirió sus formas particulares precisamente porque el proceso de cambio fue prolongado (y Hardy sabía que lo era). Él registró y explicó este proceso con finos detalles, observando los efectos generales desde el punto de vista de la sociedad como un todo, pero también los procesos internos y sus complicados efectos en la estructura social rural, como vemos en este fragmento de *Tess*:

Todas las mutaciones de vida de los poblados, que se hacían cada vez más discernibles, no se originaron enteramente en el malestar agrícola. También estaba dándose un proceso de éxodo. Anteriormente la aldea había incluido, junto a los trabajadores agrícolas, una clase interesante y mejor informada, que se elevaba distintamente por encima de la anterior —la clase a la que habían pertenecido el padre y la madre de Tess— en la que se contaban el carpintero, el herrero, el zapatero, el vendedor ambulante, junto con obreros no calificados diferentes de los labriegos; una serie de personas que debían la estabilidad de propósitos y de conducta que tenían al hecho de contar con el usufructo de alguna propiedad de por vida, como el padre de Tess, o con algún título que les daba derecho sobre una porción de tierra u, ocasionalmente, con una pequeña heredad. Pero cuando los derechos de posesión de larga data prescribían, las tierras rara vez eran cedidas a arrendatarios similares y mayormente quedaban desatendidas salvo en el caso en que el terrateniente las requiriera absolutamente para explotarla por sí mismo. Los cabañeros que no estaban directamente empleados en los trabajos agrícolas eran mal vistos y el destierro de algunos mató el comercio de otros que así se vieron obligados a seguir los pasos de aquellos. Estas familias, que en el pasado habían constituido la columna vertebral de la vida aldeana, que eran las depositarias de las tradiciones del poblado, tuvieron que buscar refugio en centros más importantes; el proceso —que los estadistas designaban humorísticamente como "la tendencia de la población rural a trasladarse a las grandes ciudades"— era en realidad la tendencia que tiene el agua a fluir hacia la cima de la montaña cuando una máquina la obliga a hacerlo.¹²

Aquí podemos ver mucho más que la versión burda y sentimental de la profanación del campo por parte de la ciudad. El autor observa agudamente las presiones que se originaron en el seno de la sociedad rural misma y las coloca en una dimensión humana y social antes que mecánica.

En realidad, nos perdemos casi todo lo que Hardy tiene para mostrarnos si teñimos las relaciones verdaderas que él describe con la convención neopastoral del hombre de campo entendido como una figura antigua, o con la visión de un campo próspero que se está desintegrando como consecuencia de la revocación de la Ley de Granos o del ferrocarril o de la maquinaria agrícola. No se trata solo, por ejemplo, de que la revocación de la Ley de Granos y las importaciones de cereales a precios más bajos tuvieran menos efectos en Dorset, un condado dedicado principalmente al pastoreo y a la granja mixta, para el cual la llegada del ferrocarril significó una ventaja comercial directa en el suministro de leche a

Londres. Este es el proceso económico descrito con la exactitud característica de Hardy en *Tess*:

Llegaron hasta la débil luz que surgía de la humeante lámpara de una pequeña estación de ferrocarril, una estrella terrestre lo bastante pobre y sin embargo, en un sentido, de más importancia para el lechero Talbothays y la humanidad que las estrellas celestiales contra las cuales se mantenía en humillante contraste. Descargaron las latas de leche fresca en el tren y Tess consiguió un menudo refugio bajo un muerdago de las inmediaciones [...]

—Los londinenses la beberán mañana en el desayuno, ¿no es cierto? —preguntó—. ¿Personas extrañas a las que nunca hemos visto? [...] ¿Personas que no saben nada de nosotros, ni de dónde proviene la leche, ni piensan en cómo esta noche conducimos kilómetros a través del páramo, bajo la lluvia, para que ellos la reciban a tiempo?”

La nueva conexión real y, sin embargo, dentro de ella, las discontinuidades del conocimiento y la condición, son las formas específicas de este mundo rural moderno. Lo que estaba ocurriendo entonces en la economía en general, en un mercado urbano e industrial cada vez más organizado, tenía sus efectos en parte ciegos —una nueva demanda allí, el colapso y la caída de los precios por allá— en una economía rural esencialmente subordinada y ahora solo parcialmente nacional. Pero las fuerzas del mercado que actuaban y pesaban a la distancia estaban también profundamente basadas en la economía rural misma: en el sistema de renta y comercio; en los vaivenes de la propiedad y los arrendamientos; en las condiciones diversas que ofrecía el trabajo en las zonas de buena tierra y en las de tierra yerma, o en la diferente conformación social de las aldeas (como se ve en el contraste entre los Talbothay y los Flintcomb Ash); y en lo que le ocurría a las personas y a las familias en la interacción entre las fuerzas generales y las historias personales, esa compleja esfera de la ruina o la supervivencia, la desprotección o la continuidad. Esta era la auténtica sociedad de Hardy y no podemos suprimirla en beneficio de un “estilo de vida campestre” abstracto y homogéneo.

Es cierto que había ciertas continuidades más allá de esta situación social dominante, en las vidas de comunidades particulares (aunque dos o tres generaciones, en una cultura aún en parte oral, podían a menudo proyectar una apariencia de atemporalidad). También es evidente que en la mayor parte de los paisajes rurales hay rasgos físicos muy antiguos y con frecuencia inalterados que sustentan una escala de tiempo por completo diferente. Hardy asigna gran importancia a esta cuestión y esto no es en verdad sorprendente si consideramos la totalidad de su estructura de sentimiento. Pero todos estos elementos estuvieron dominados, como debe ser en el caso de cualquier novelista de su tipo, por las relaciones reales e inmediatas entre las personas, relaciones que se daban en el marco de las presiones existentes contemporáneas y que, a lo sumo, se modulaban e interpretaban a través de las continuidades disponibles.

Las presiones a las que están sometidos los personajes de Hardy son, pues, presiones que proceden del interior de un sistema de vida, sistema que ahora está en todas partes incluido dentro de un sistema más amplio. Aquí no hay ninguna imagen simple de un ruralismo interno y un urbanismo externo. No se trata de urbanismo sino de las peripecias del cultivo de pequeño capital que hace que Gabriel Oak pase de ser un granjero independiente a ser un labriego contratado y luego un administrador de campo. Henchard no fue destruido por un tipo nuevo y extraño de comercio, sino por un desarrollo del comercio que él mismo había introducido. Es el mismo Henchard quien en Casterbridge especula con los granos como había especulado con las personas; él es, en todo sentido, dentro del estilo de vida observado, un traficante y un traficante destructivo, cuya fuerza está comprometida por esa misma situación. Grace Melbury no es una muchacha del campo “seducida” por el mundillo elegante, sino la hija de un comerciante de madera que tiene éxito en su negocio y cuyas propias expectativas sociales, a esta altura de sus logros, incluyen una educación “a la moda” para su hija. Tess no es la muchacha campesina seducida por el hacendado; es la hija de un pequeño comerciante con derechos vitalicios sobre su tierra seducida por el hijo de un fabricante retirado. Este último adquiere una mansión campestre y un apellido de alcurnia. A causa de las presiones, el padre de Tess y la propia Tess resultan perjudicados por un proceso similar que tiene dos caras: por un lado, los títulos y el orgullo y, por el otro, la inseguridad de quienes están sometidos a él. Que una familia se derrumbe y la otra se eleve es la historia común y lamentable de lo que había estado ocurriendo durante siglos con la propiedad y con aquellas personas sujetas a ella. Las migraciones de Lady Day, las ferias de contratación de personal, el clérigo intelectualmente arrogante, la dama terrateniente que gasta su riqueza en otra parte: todos estos son aspectos del “estilo de vida campestre”, como también lo son el artesano dedicado, el grupo de labriegos y las danzas en el prado. Hardy no solo ve las realidades de la tarea laboriosa, como cuando describe las manos de Marty South sobre el espato y a Tess en el campo de nabos. También observa la severidad de los procesos económicos, en las herencias, el capital, el arrendamiento y el comercio, dentro de la continuidad de los procesos naturales y penetrando persistentemente en ellos. El proceso social que se crea en esta interacción es un proceso de clase y de separación, como también de una inseguridad crónica que se instala a medida que este estilo de cultivo y comercio capitalista sigue su curso. Las profundas perturbaciones que Hardy registra no pueden entonces considerarse en los términos sentimentales del estilo neopastoral: el contraste entre el campo y la ciudad. Los individuos expuestos y aislados a quienes Hardy sitúa en el centro de su ficción, son solo los casos más destacados de una desprotección y un aislamiento generales. Con todo, nunca son meras ilustraciones de este cambio en el estilo de vida. Cada uno de ellos tiene una historia personal dominante que, en términos psicológicos, mantiene una relación directa con el carácter social del cambio.

Uno de los efectos más inmediatos de la movilidad, dentro de una estructura que es en sí misma inestable, es la complicada naturaleza de la elección matrimonial. Esta situación se repite constantemente en términos que son a la vez personales y sociales: Bathsheba elige entre Boldwood y Oak; Grace, entre Giles y Fitzpiers; Jude, entre Arabella y Sue. El elemento específico de clase y los efectos que tiene sobre este una economía incierta inciden en la elección personal que es, después de todo, primariamente la elección de un estilo de vida, de una identidad, puesto que se trata de la identificación con esta o aquella persona. Y aquí, significativamente, el matrimonio equivocado (tema que preocupa a Hardy regular y profundamente) puede realizarse en los dos sentidos: hacia la frialdad educada de Fitzpiers o hacia la tosquedad de Arabella. Allí se muestra profundamente la condición dramática del migrante interno. La alienación social invade la personalidad y destruye la capacidad de alcanzar cualquier satisfacción amorosa. El matrimonio de Oak y Bathsheba es un ejemplo de estabilidad eventual, lograda luego de mucho malestar, pero hasta ese hecho tiene un aire de inevitable resignación y solución tardía. Es cierto que Hardy, ante la presión, a veces llega a generalizar y proyectar estos fracasos muy específicos en un fatalismo para el cual, en el pensamiento decadente de su época, había siempre una excesiva disposición. Del mismo modo, viendo la intimidad del hombre y la tierra malograda por los problemas agrícolas, Hardy a veces proyectaba su insistencia en la intimidad y la continuidad, en las imágenes finalmente negativas de una naturaleza vacía y el pasado tribal de Stonehenge y los páramos, donde el observador solitario, por lo menos, podía sentir el flujo directo del conocimiento. No obstante, hasta estas imágenes, en su deliberado rigor —los brezales incultivables, las reliquias de piedra desnuda— confirman las negaciones humanas, en lo que parece ser una inversión intencionada de lo pastoral. En ellas la alienación general tiene sus monumentos característicos, por más que estos se hallen muy distantes en el tiempo y en el espacio de la perturbación inmediata dominante.

Pero lo más significativo en el caso de Hardy, en estas dificultades y a través de ellas, es que él, más que ningún otro novelista importante desde que comenzó esta ardua movilidad, logró, contra todas las presiones, centrar sus principales novelas en los procesos corrientes de la vida y el trabajo. Esto es precisamente lo que se pasa por alto cuando, al servicio de una visión total alienante —una abstracción de las fuerzas rurales contra las fuerzas urbanas— se separa deliberadamente lo que él deliberadamente conectó. El caso más conocido es la famosa descripción que hace en Tess de la máquina trilladora, que frecuentemente ha sido abstraída para sostener que el movimiento esencial de la ficción es el industrialismo extraño contra la humanidad rural:

Cerca del cobijo que formaban los aleros del almiar y hasta entonces apenas visible, estaba el rojo tirano al que las mujeres habían tenido que rendirse —una construcción sobre soportes de madera con correas y ruedas conectadas—: la máquina trilladora que,

cuando estaba en funcionamiento, imponía una despótica demanda a la resistencia de sus músculos y nervios.

Algo apartada había otra figura indistinta; esta era negra, y emitía un silbido sostenido que sugería una gran reserva de fuerza. La larga chimenea, que se elevaba junto a un olivo, y el calor que irradiaba el sitio, explicaban sin que fuera necesaria la luz del día que allí estaba el motor que habría de actuar como el movilizador primario de este pequeño mundo. Junto a la locomotora se erguía una oscura figura inmóvil, una encarnación mugrienta y cubierta de hollín de la altura, en una especie de estado hipnótico, con una pila de carbón a su lado: era el fogonero. El aislamiento de su porte y color le prestaban la apariencia de una criatura del infierno, que se hubiese extraviado en la diáfana transparencia sin humo de esta región de cereales amarillos y suelos pálidos, con la cual no tenía nada en común, para asombrar y desconcertar a los naturales del lugar.¹⁴

Pero esta vigorosa visión de una máquina extraña no debe ocultar el hecho de que esta es también una acción dentro del relato: la acción de una máquina trilladora real. Está en ese campo y trabaja tantas horas porque ha sido contratada no por el industrialismo, sino por un granjero. Y allí hay también seres humanos tratando de adecuarse a la máquina y al granjero:

Así se extendía interminable la tarde. La parva de trigo se reducía y la de paja crecía, mientras se acarreaban los costales de grano.

A las seis, la parva de trigo llegaba a la altura del hombro. Pero las gavillas no trilladas que permanecían intactas parecían todavía innumerables a pesar de la enorme cantidad que ya había sido engullida por la insaciable tragadora, alimentada por el hombre y por Tess, a través de cuyas jóvenes manos había pasado la mayor parte de ellas [...]

Un jadeante quejido atravesó la parva. El hombre que alimentaba la máquina estaba fatigado, y Tess pudo verle en la nuca y el cuello enrojecidos incrustaciones de suciedad y cascabillos de trigo. Ella permaneció en su puesto, con la cara arrebolada y sudorosa cubierta de partículas de trigo y la cofia blanca oscurecida por el polvo. Tess era la única mujer que ocupaba un lugar sobre la máquina, que le sacudía todo el cuerpo con sus movimientos giratorios; además, la disminución de la hacinada la separaba ahora de Marian y de Izz y le impedía intercambiar tareas con ellas como lo habían hecho antes. El incesante estremecimiento, del cual participaba cada fibra de su ser, la había sumergido en una ensoñación estupefacta por lo cual sus brazos trabajaban independientemente de su conciencia.¹⁵

Aquí podemos ver la relación con Crabbe en la atención prestada a los rostros y los cuerpos de los trabajadores, pero también la evolución que ha habido desde aquel autor: una evolución decisiva hacia una individuación que sin embargo no excluye la condición común. Porque aquí están Tess y el labriego: la ruptura entre su conciencia y sus actos constituye una parte de su vida emocional tanto como de su vida laboral. Mientras trabaja, aquí y allá, Tess toma sus deci-

siones emocionales más críticas; es allí, entre el dolor sostenido y el polvo de la máquina trilladora, donde vuelve a ver a Alec. Hardy logra así una integridad que es completamente novedosa, por su profundidad, en toda la literatura campestre: el amor y el trabajo, los padecimientos de la labor y de la elección, se presentan en una única dimensión.

Lo que advertimos no es solo un énfasis en la presión o el dolor. Hardy a menudo ve el trabajo, con fina percepción, como un aspecto central del aprendizaje y la relación:

Habían plantado uno junto al otro y juntos habían talado; juntos habían recolectado mentalmente, con el correr de los años, aquellos signos y símbolos más remotos que vistos por separado son de una oscuridad rúnica, pero que reunidos conforman un alfabeto. Por el leve azote de las ramitas sobre sus rostros cuando las rozaban al pasar en la oscuridad, podían nombrar las especies de los árboles por donde se extendieran; por la calidad del murmullo del viento al pasar a través de las ramas, podían, de igual forma, nombrar a la distancia su variedad.¹⁶

Este fragmento de *The Woodlanders* es el lenguaje de la captación inmediata de la "naturaleza", pero es también, más específicamente, el lenguaje del trabajo compartido, con "el correr de los años". A pesar de sentir con absoluta agudeza la prolongada crisis de separación y de llegar al final a catástrofes más trágicamente aisladas que cualesquiera otras dentro de esta tradición, Hardy recreaba continuamente la fuerza y la calidez de la gente que compartía la vida: en el trabajo y en el amor, en la realidad física de un lugar.

Permanecer trabajando lentamente en un campo y sentir cómo se desliza la lluvia, primero sobre las piernas y los hombros, luego sobre los muslos y la cabeza, luego sobre la espalda, el frente y los costados y aun así continuar trabajando hasta que la luz plomiza disminuye y señala que el sol está en el ocaso, exige un mínimo de estoicismo, hasta de valor. Sin embargo, ellos no sentían la humedad tanto como podría suponerse. Ambos eran jóvenes y hablaban de los tiempos en que vivían juntos y gozaban del amor en el tambo de Talbothays, aquella feliz porción de tierra verde en la que el verano había sido pródigo en dones: en prosperidad para todos, emocionalmente para ellos dos.¹⁷

En Hardy, la estructura de sentimiento general sería mucho menos convincente si solo estuvieran presentes la alienación, la frustración, la separación y el aislamiento, las catástrofes finales. Lo que ha sido doblegado aunque no destruido, al final de *The Woodlanders* o al final de *Tess* o al final de *Jude*, es una calidez, una seriedad, una persistencia en el amor y en el trabajo que son la definición necesaria de lo que Hardy reconoce, y lamenta, como una pérdida. Esencialmente —y esto es lo que lo diferencia de Lawrence, como veremos luego; en una diferencia de generación y de historia, pero también de carácter— Hardy no celebra

el aislamiento y la separación. Los lamenta y sin embargo siempre lo hace con la valentía de mirarlos francamente a la cara. Las pérdidas son reales y desoladoras porque los deseos eran reales, el trabajo compartido era real y los impulsos insatisfechos también lo eran. El trabajo y el desco están conectados de manera muy profunda con toda la imaginación del autor. La pasión de Marty o la de Tess o la de Jude son una fuerza positiva que surge de un mundo de trabajo y de relaciones; una fuerza que, de diferentes modos, procura alcanzar la plenitud vital. Que todos esos deseos se frustren es la acción esencial: quedan frustrados por procesos muy complicados de división, separación y rechazo. Las personas eligen erradamente, pero lo hacen bajo diversas presiones: las confusiones de clase, los malentendidos, los rechazos calculados de un mundo dividido que las separa.

Es importante, en cierto sentido, que Hardy se atenga a un mundo corriente y lo tome como base de su principal ficción. Las presiones para que se apartara de él, para que penetrara en una vida más negociable, por cuanto era menos exigente y menos dividida, pesaban por supuesto fuertemente. Pero es aún más importante, como acto de afirmación pura, que básicamente Hardy permanezca junto a sus figuras centrales; en realidad lo que hace es acercarse cada vez más a ellas en su evolución real como autor, de modo tal que la afirmación de Tess y de Jude —una afirmación que se da dentro y a través de las derrotas que Hardy describe y lamenta— es la más vigorosa de toda su obra.

"Menospreciado y perdurable": no la historia de un hombre como en verdad era, distante, limitado, pintoresco; sino menospreciado en una lucha por crecer, por amar, por trabajar en algo significativo, por aprender y enseñar; perdurable en la condición común de este impulso, que se abre camino a través y más allá de separaciones y derrotas particulares. Esta es la continuidad no solo de una región sino de una historia y un pueblo.

19. Ciudades de oscuridad y de luz

En 1887, y en Londres, Hardy escribió:

Parece *no verse a sí misma*. Cada individuo es consciente de *sí mismo*, pero nadie es consciente de todos colectivamente, salvo tal vez algún pobre boquiabierto que se queda mirando alrededor con aspecto medio idiota.¹

Esta manera de ver Londres tiene una clara continuidad con la de Wordsworth en *Preudio*, aunque llega a ser más enfática. Además, en la idea contrastante de una "conciencia colectiva", esta descripción ha sido alterada y extendida por la experiencia democrática e industrial y el lenguaje del siglo XIX. Sin embargo, se advierte todavía el sentido de paradoja: que en la gran ciudad misma, el lugar y la manifestación —o eso parecería, al menos— de la conciencia colectiva es una ausencia de sentimiento común, una subjetividad excesiva que parece ser característica.

Este sentimiento tampoco es exclusivo de Hardy. Una crítica social más aguda y modificada, también en una línea que se remonta a Wordsworth, había comenzado con Carlyle. En Coleridge y en Southey la revolución industrial y urbana había sido considerada una consecuencia de la atomización social. Carlyle, en 1831, había escrito sobre Londres:

¡Qué prisa tienen los hombres aquí!; ¡cómo se los ve perseguidos y terriblemente precipitados en una carrera de doble velocidad; de modo tal que como autodefensa *no deben* detenerse a mirarse entre sí!²

Y continuaba diagnosticando el aislamiento de las personas en la ciudad, un aislamiento dentro de lo que ahora se llamaba, característicamente, "suma de individualidades":

Allí en sus pequeñas celdas, divididos por separadores de ladrillo o de tabiques, están sentados como extraños [...] Es una enorme suma de pequeños sistemas —cada uno de los cuales es además una pequeña anarquía—, cuyos miembros no *trabajan* juntos sino que *luchan* en constante arrebataña unos contra otros.³

Aunque en una tradición muy común, esta descripción suele tildarse demasiado apresuradamente de antiurbanismo romántico, es conveniente advertir su directa continuación en Engels, en *La condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844*:

El fárrago mismo de las calles tiene algo de repulsivo, algo contra lo cual la naturaleza humana se rebela. Los cientos de miles de seres de todas las clases y todas las condiciones empujándose unos a otros, ¿no son acaso seres humanos todos ellos, con las mismas cualidades y fuerzas y con el mismo interés en ser felices? ¿Y no tienen, finalmente, que procurarse la felicidad del mismo modo, por los mismos medios? Y aun así se apretujan uno junto al otro como si no tuvieran nada en común, nada que ver unos con otros, y el único acuerdo que los relaciona es ese convenio tácito de que cada uno conserve su lado de la acera para no atrasar las corrientes de la multitud que se dirigen en sentido contrario mientras a ningún hombre se le ocurre honrar a otro con siquiera una ojeada. La brutal indiferencia, el aislamiento insensible de cada uno en su interés privado llegan a ser tanto más repelentes y ofensivos cuanto que estos individuos se apiñan dentro de un espacio limitado. Y por más que uno comprenda que este aislamiento del individuo, esta estrecha búsqueda personal, es el principio de nuestra sociedad en todas partes, en ningún lado tal característica es tan descaradamente desvergonzada, tan consciente de sí misma, como lo es precisamente aquí, en el atestado ajeteo de la gran ciudad. La disolución de la humanidad en mónadas, cada una de las cuales tiene un principio separado, el mundo de átomos, se manifiesta aquí hasta su último extremo.⁴

Este es un nuevo tipo de argumentación. La confusión y la ambivalencia de la percepción que Wordsworth expresaba explícitamente, ha sido simplificada y desarrollada hasta una imagen de la condición humana en el seno del capitalismo industrial y urbano. Dickens, al observar esa condición, se había esforzado por revelar una conexión práctica subyacente, en el amor humano y la compasión. Engels y Marx, al continuar observando, se esforzaron por revelar una condición subyacente diferente: una nueva conciencia y una autoconciencia proletaria colectiva que transformaría la sociedad desde sus bases en el campo de la industria y en las ciudades. Con todo, lo que aún se veía habitualmente, en la experiencia inmediata, era una disolución social en el proceso mismo de suma de individualidades.

Por supuesto, también persistían maneras más antiguas de ver la ciudad. Hardy miraba a Londres como a "un monstruo cuyo cuerpo tiene cuatro millones de cabezas y ocho millones de ojos", y en 1879 escribió esta memorable des-

cripción de una muchedumbre en ocasión de la ceremonia de asunción del alcalde:

A medida que la multitud se hace más densa pierde su carácter de una suma de innumerables unidades y se convierte en un todo orgánico, en una criatura, especie de molusco negro, que nada tiene en común con la humanidad, que adquiere la forma de las calles por las que se ha desparramado y extiende horribles excrecencias y miembros por las callejuelas vecinas; una criatura cuya voz surge de su pelambre escamosa y que tiene un ojo en cada poro de su cuerpo. Los balcones, quioscos y puentes del ferrocarril están ocupados por pequeñas formas separadas del mismo tejido, pero de movimientos más suaves, como si entre ellos formaran las huevas del monstruo.⁵

La distancia del observador, que ya no se sitúa en las calles sino física o espiritualmente por encima de lo observado, es un elemento nuevo, pero el evidente temor por las multitudes, con la persistencia de una imagen de lo inhumano y lo monstruoso, continúa y se conecta con aquella reacción ante el gentío que se había manifestado tan claramente durante muchos siglos y que el vasto desarrollo de la ciudad aguzaba tan punzantemente. Todavía a comienzos del siglo XX, una importante reacción ante la ciudad —tan evidente aunque en tonos diferentes, incluso en Dickens o en Hardy, así como en el político o el magistrado más reaccionario— identificaba al gentío de las ciudades con una fuente de peligro social: desde la pérdida de los habituales sentimientos humanos a la construcción de una fuerza masiva, irracional, explosiva.

A mediados del siglo XIX la población urbana de Inglaterra era mayor que la población rural; era la primera vez en la historia humana que había ocurrido esto en algún lugar de la tierra. Como señal de un cambio hacia un nuevo estilo de civilización, la fecha tiene una significación inolvidable. A fines del siglo XIX, la población urbana conformaba las tres cuartas partes del total. Además, este no era solo el resultado de traslados internos; la población en su conjunto estaba aumentando de manera dramática. Los nueve millones de habitantes de 1801 se habían duplicado en 1851, y para 1911 la cifra había vuelto a duplicarse. Sin embargo, para comprender más íntimamente todo este proceso debemos extender algo más la clasificación general de "urbanización". Esto es particularmente importante si pretendemos entender la significación de la ciudad. Todavía en 1871 más de la mitad de la población vivía en aldeas o en poblados de menos de veinte mil habitantes. Solo un poco más de un cuarto habitaba en ciudades y en este cálculo hablamos de ciudades de cien mil habitantes, que atendiendo a los desarrollos recientes, eran todavía comparativamente pequeñas. Cuando ya en la década de 1840 algunos escritores comenzaron a hablar del período como "la edad de las grandes ciudades" (el título de un libro de Robert Vaughan de 1843), lo hacían, no tanto en un sentido absoluto, sino más bien desde el punto de vista de la novedad y el dominio económico significativo de

tales centros. La vida de la ciudad, hasta nuestro propio siglo, incluso en una sociedad altamente industrial, era todavía una experiencia minoritaria, pero se la consideraba amplia y acertadamente como una experiencia decisiva que tenía efectos mucho más que proporcionales sobre el carácter de la sociedad en su conjunto.

Al mismo tiempo, al analizar el desarrollo de la literatura del siglo XIX no debemos perder de vista las etapas reales del proceso de urbanización. Gran parte de esa evolución estaba todavía en el campo y en los pequeños poblados (Hardy señalaba a propósito de George Eliot: "Ella nunca había estado en contacto con la vida de la campiña; sus personajes campestres me parecieron también a mí más parecidos a la gente de las aldeas que a los rústicos"). La persistencia de los asentamientos rurales y de los pequeños poblados es completamente comprensible si recordamos el proceso real, aunque también hay que tener presente la persistencia formal y tradicional. Pero entonces, al tiempo que sucedía esto, en alguna proporción cierta con el crecimiento de las grandes ciudades, se estaba desarrollando velozmente un nuevo estilo de literatura.

Los textos sobre Londres de principios del siglo XIX ponían el acento en su variedad: la absoluta heterogeneidad y el goce peripatético de *Life in London* (1821) de Pierce Egan, por ejemplo. Hay un intenso interés en la disparidad de las ocupaciones y en los personajes excéntricos, que continuaba la tradición de las novelas por entregas y que halló su equivalente urbano organizado en los nuevos periódicos del domingo. Del mismo modo hay interés en los delitos: la tradición de "Newgate", como se ve en *St. Giles and St. James* de Jerrold. Es fácil ver cuántos de estos elementos populares aparecían ya como la materia prima de Dickens: su desarrollo creativo es esencialmente la transformación de tales elementos. Pero la influencia de estos es más amplia. Hay una relación directa, por ejemplo, entre el tipo de observación de tono festivo de Egan y la observación de varios miles de trabajadores londinenses que hace Henry Mayhew en *London Labour and the London Poor* (1861) y en otros artículos que publicó en *Morning Chronicle*. Pero, tanto en Mayhew como en Dickens, el modo recibido se transforma: los trabajadores y los pobres llegan a ser más que "fulanos reales"; aunque hablando para sí, en los incomparables registros de conversaciones de Mayhew, estos personajes aún parecen saltar de las páginas con extraordinaria vivacidad:

Cuando ya puedo comprar tres peniques de berros, los separo en todos los paquetitos que puedo. Tienen que parecer grandotes, porque si no la gente no los compra, algunos los abultan todo lo que dan. Todo el dinero que yo gano lo pongo en una porra y sólo saco para comprarme ropa. Es mejor que gastarlo en dulces, para los que tenemos que ganarnos la vida. Además es de niños preocuparse por las golosinas y no de gente que tiene que ganarse la vida y lo más necesario. No soy una niña y no seré una mujer hasta que cumpla los veinte, pero tengo más de ocho, eso es lo que tengo.⁶

Las casas que limpiamos, todos dicen que es de lejos lo mejor que se puede hacer, lo

mejor para nosotros. "Nunca más el trabajo nocturno", dicen. Usted lo ve, señor, nuestra tarea es la que menos molesta a la gente de la casa y no hay olor, por lo menos yo nunca encontré ningún olor, y además es más barato. Cuando desaparezca el trabajo de noche, en ese momento llegarán muchos nuevos trucos, siempre los de las clases trabajadoras son seres arruinados. Si no hay más vapor, siempre habrá algo que les quite el pan de la boca tan rápido como siempre.⁷

Lo que advertimos no es solo la manera de hablar convincente. También es el alcance y el interés de Mayhew por los detalles de tantos tipos diferentes de trabajo, por el dinero y la manera de gastarlo y por los estilos de vida. También vemos su clara comprensión de que:

La moral con 5.000 libras al año en Belgrave Square es algo muy diferente de la moral con salarios de migajas en Bethnal Green.⁸

Sin embargo, Dickens fue el único que pudo transformar esta experiencia en novelas. El hermano de Henry Mayhew, Augustus, escribió varias novelas de la vida londinense: *Kitty Lamere* (1855), *Paved with Gold* (1858), *The Finest Girl in Bloomsbury* (1861), y en colaboración con Henry escribió además *The Greatest Plague of Life* (sobre una dama que trata de conseguir un sirviente, 1847) y *Living for Appearances* (1855). Pero, aunque frecuentemente se puede apreciar la exactitud de los datos, la transición al tema —en los detalles de la trama y en la descripción de los personajes— aparece limitada por modelos y estructuras anteriores. *Alton Locke* (1850), de Kingsley, es un caso diferente. Constituye una potente e indignante exposición de las fábricas textiles donde se explota a los obreros, y sus vistas generales del Londres de extramuros son repugnantes y apocalípticas, al estilo de la visión que tenía Dickens de Coketown. Este es el modo retórico y externo de *Coningsby* o *Sybil*, de Disraeli, que pintan las ciudades industriales del norte; un escenario social generalizado con personajes representativos cuyos destinos están determinados por una moral política abstracta. Significativamente, Dickens se aproxima más a este modo en *Tiempos difíciles*. En las novelas que transcurren en Londres, como ya vimos, su visión es más íntima y más complicada: los elementos de repudio dependen, fundamentalmente, de los elementos de aceptación; y esto es válido tanto en el caso de las personas como en el de los escenarios más generales de las calles y la ciudad.

La única novelista de mediados del siglo XIX que se acerca tanto como Dickens a las complicaciones y paradojas de la experiencia urbana es Elizabeth Gaskell. Sin embargo, lo que ella logra es diferente porque su ciudad es diferente: Manchester está en el centro de cierto tipo de conflictos industriales explícitos que no se producen en Londres. Esto no equivale a decir, por supuesto, que el conflicto industrial estuviese ausente de Londres, pero por la variedad de los negocios y por el hecho de ser el centro del gobierno, la ley y las finanzas, la capital ofrecía

una perspectiva menos aislada. Las descripciones del trabajo de Dickens, a las que, según se ha dicho a menudo, no les prestaba suficiente atención, corresponden a esta compleja situación. Elizabeth Gaskell escribe en una ciudad en la cual la producción industrial y el dominio del mercado son los rasgos determinantes y en la cual, aunque de un modo por completo diferente del londinense, surge un nuevo lenguaje duro de clase contra clase. *María Barton* (1848) representa, en un nivel muy profundo aunque confuso, las graves consecuencias humanas de la lucha de clases. Es un relato, menos de los pobres y los excluidos que de trabajadores y familias que pasan hambre, que comienzan a tomar conciencia de la condición común que comparten y se unen para remediarla. Es significativo que la creadora de John Barton, "la persona por la que sentí la mayor de las simpatías",⁹ se apartara, a causa de la presión ejercida por sus editores y debido a sus propias incertidumbres comprensibles, de una identificación plenamente imaginativa con el acto de violencia consciente contra un opresor: la manifestación explícita e inusual de la fuerza de la nueva organización de la clase obrera. Pero el hecho de que haya podido penetrar tan profundamente como lo hizo en un mundo de necesaria conciencia de clase, sin perder sin embargo contacto con los individuos que se ven obligados por la explotación sistemática a aprender nuevos modos de pensar, es profundamente impresionante y marca el verdadero hito de un cambio radical.

Porque en este período se hace visible la diferencia entre Londres y las nuevas ciudades industriales. Londres tenía una larga historia de radicalismo político, cuya base, significativamente, estaba conformada sobre todo por habilidosos artesanos y operarios especializados: el tipo más antiguo de clase trabajadora. El radicalismo industrial con una conciencia de clase correspondía mucho más a las ciudades que se estaban construyendo siguiendo un modelo unitario y visible y en la primera mitad del siglo esa era la tendencia dominante. El aumento de la tasa de población de Manchester, Leeds, Bradford, Birmingham, Liverpool y Sheffield, fue, especialmente entre 1820 y 1850, descomunal en el sentido estricto de la palabra (algunas de estas ciudades crecieron en una década más del cuarenta por ciento). Pero no se trataba únicamente de una cuestión de números: eran ciudades construidas como sitios de trabajo; esto era evidente, en el plano puramente físico, por el dominio de las molineras y maquinarias, el humo que ennegrecía los edificios y los desechos que ennegrecían los ríos y, en el plano social, por la organización de sus casas —"viviendas"— alrededor de los lugares de trabajo, de modo tal que la relación dominante estaba siempre a la vista. No es sorprendente, pues, que muchos investigadores y visitantes informaran que no se advertía "ninguna confianza mutua, ningún vínculo de adhesión [...] entre las clases más elevadas y las inferiores de la sociedad", y que los empleadores, quizás aun antes que los "operarios", se concibieran a sí mismos, en su empleo común y competitivo, como una clase social. En Londres había barrios bajos que eran peores que

cualquier zona de Manchester, pero en la gran ciudad las relaciones eran más complejas, más desconcertantes, y, en consecuencia, no solo menos accesibles a la observación general, sino además susceptibles siempre de ser interpretadas según los términos más antiguos de "ricos" y "pobres" antes que de "empleadores" y "empleados".

Esta diferencia es fundamental en la evolución de la literatura del siglo XIX. Para poder observar la Revolución Industrial, que por cierto también estaba ya modificando Londres, los escritores se trasladaban, comprensiblemente, a las ciudades industriales del norte. Solo tiempo después —en el Dickens tardío de *Our Mutual Friend* y en la mayor parte de los escritores más próximos al final del siglo— comenzaron a verse otros aspectos además de los fenómenos de la producción industrial y sus inmediatas consecuencias sociales. Asimismo, en Londres el verdadero reflejo de este proceso —el crecimiento de las grandes zonas portuarias y de las industrias en gran escala asociadas a estas, la expansión de la banca, la nueva importancia financiera de las cotizaciones de la bolsa— era menos dramáticamente visible. Cobbet había interpretado todo esto como un sistema político en su primera denuncia del "tumulto". Dickens lo vio como un sistema financiero, al comprender cada vez más acabadamente las fuerzas impersonales del dinero y las acciones. Pero solo cuando el siglo estaba mucho más avanzado, se hizo evidente de un modo más general como una imagen a interpretar aquel contraste físico que se había estado desarrollando desde tiempo atrás. En la década de 1880, aparentemente, cualquiera podía ver el East End y el West End y advertir en el contraste entre ambos la forma dramática de la nueva sociedad que se había creado en toda la nación.

No obstante, ya en el siglo XVII teníamos noticias de esta significativa división interna de Londres. En 1662, Petty explicaba el crecimiento de Londres hacia el oeste como una forma de escapar, a causa de la preponderancia de los vientos del oeste, de los "humos, vapores y hedores de toda la pira del este".¹⁰ Un observador de 1780, Archenholz, hacía notar:

En el lapso de veinte años ha habido una verdadera migración desde el extremo este de Londres hacia el oeste [...] donde la tierra fértil y los jardines más agradables se están metamorfoseando diariamente en mansiones y calles.¹¹

En estos sectores del oeste, el modelo de propiedad de la tierra —de grandes posesiones aristocráticas— era diferente de la posesión limitada y variada del este y las consecuencias físicas, en el espacio correspondiente, eran siempre evidentes. Pero en el siglo XIX también hubo un marcado desplazamiento de la industria hacia el este. El Londres del este se transformó, en efecto, en una ciudad industrial, tanto por el desarrollo transformador de los muelles que se produjo entre 1800 y 1850, como por el de los canales y ferrocarriles asociados con aquellos. La división social entre el extremo este y el extremo oeste, que ya había si-

do señalada por algunos observadores desde comienzos del siglo, se profundizó y llegó a ser ineludiblemente visible. A mediados del siglo, las condiciones del East End se describían como “desconocidas” e “inexploradas” (es decir, así las describían aquellos que tenían acceso a la imprenta), y en las décadas de 1880 y 1890 se utilizaba convencionalmente la expresión “el Londres más oscuro”, para referirse a esa zona. Después de *Ragged London in 1861* de John Hollingshead, *A Night in a Workhouse* (1866) y *The Wilds of London* (1874) de James Greenwood aparecieron *How the Poor Live* (1883) de George Sims, *Children of Gibeon* (1886) de Walter Besant y *Tales of Mean Streets* (1894) de Arthur Morrison. Las investigaciones de la Federación Social Democrática (publicadas en la *Pall Mall Gazette* en 1883) precedieron los extensos estudios de Charles Booth que comenzaron con el primer volumen de *Life and Labour of the People in London* de 1889 (una indagación basada en estadísticas, emprendida originalmente porque Booth dudaba de los informes radicales anteriores) y la obra del Ejército de Salvación, descrita en *In Darkest London* (1890) de William Booth. La imagen predominante de la oscuridad y la pobreza de la ciudad, cuyo ejemplo simbólico era el Londres del este, llegó a ocupar un lugar central en el pensamiento literario y social.

Aquel era un reconocimiento abrumador y memorable. Pero es importante precisamente por ello advertir los estilos muy diferentes que adoptó la literatura para expresarlo. Ya hay un cambio notable entre, digamos, *London Labour and the London Poor*, escrito por Mayhew a mediados del siglo, y *Life and Labour of People of London* de Charles Booth. Hoy con frecuencia se prefiere a Mayhew y en verdad este autor es más accesible y legible. Sus estudios se basaron en contactos directos con gente que contaba sus propias historias con sus propias palabras y aunque Mayhew proyectó cubrir sistemáticamente toda la gama de situaciones y a menudo ponía a prueba sus hallazgos con aquellos sobre quienes escribía, su modo de ver las cosas correspondía a un mundo previo, anterior al período en que la intensidad del problema y la consideración constante de remedios sistemáticos hubiera alterado la visión social. El deliberado estilo impersonal de Booth —que trazaba mapas y clasificaba antes de visitar; su contabilización sistemática— es menos legible y menos atractivo, pero corresponde a un modo de mirar que la nueva sociedad misma estaba produciendo: esa versión empírica de la imaginación sociológica que luego habrían de desarrollar Rowntree, Webbs y los investigadores sociales de nuestro tiempo. El enfoque es deficiente en muchos sentidos: en su manera intrínseca de reducir a los pobres a objetos de estudio; en su forma de despersonalizar mediante clasificaciones y gradaciones; en su falta de ideas generales acerca del carácter de la sociedad. Pero tiene dos virtudes correspondientes. Es un modo de describir que se corresponde con la sustitución de la caridad fortuita por los servicios sociales: los servicios mismos (administrados entonces como ahora con el mismo espíritu de las investigaciones, pero aun así administrados y difundidos) son una respuesta de un nuevo estilo a los problemas

de la ciudad. Además, el modo estadístico mismo, que a Dickens y a otros humanistas de los primeros tiempos victorianos les había parecido destructivo y odioso, era una reacción necesaria a una civilización de estas dimensiones y esta complejidad. No es sorprendente que el modo estadístico de la moderna investigación social haya comenzado efectivamente en Manchester, en la década de 1830; es parte de esa versión del mundo. Pero sin él, sin embargo, gran parte de lo que era necesario advertir, en una sociedad compleja, a menudo opaca y generalmente dividida, no podría haber sido percibido en absoluto como base de una experiencia y una reacción común.

Porque en muchos espíritus el sentido de la gran ciudad era por entonces tan abrumador que su gente se consideraba frecuentemente de una sola manera: como una muchedumbre, como “masas” o como una “fuerza laboral”. La imagen podía presentarse de un color o de otro, es decir, con simpatía o con desprecio, pero su carácter indiferenciado era persistente y vigoroso. George Gissing, en *Demos* (1886) y *The Nether World* (1889), vio en la gran mayoría de la gente esta calidad o condición única y, bajo el peso de esta experiencia, el problema del individuo y la sociedad adquirió, como veremos, una nueva y amarga dimensión. El individuo era la persona que debía escapar o tratar de escapar de esta masa repulsiva y degradante. Gissing evocaba a Dickens y reconocía que él “le enseñó a los ingleses cierta manera de mirar la enorme ciudad”, pero en Gissing mismo y quizás en el Londres de la década de 1880, el paradójico movimiento dickensiano de indignación y reconocimiento se había dividido en una estructura más simple: observación indignada o asqueada de los hombres en general; reconocimiento excepcional y retraído de unos pocos individuos. Dentro de esta estructura, Gissing demuestra una visión muy aguda, como en esta observación de la más evidente organización del trabajo:

Era la hora en que se soltaba el yugo de los obreros. En las carreteras y en los caminos apartados de Clerkenwell había un tropel de trabajadores liberados, de jóvenes y viejos, de hombres y mujeres. Fluían desde las fábricas y los talleres ansiosos por aprovechar al máximo las pocas horas en que podían vivir para sí. Muchos estaban todavía inclinados sobre su tarea y pasarían horas antes de que salieran, pero la mayor parte había partido y enderezaba sus pasos hacia la cuadra. Por las calles principales, los carriles de las ruedas eran peligrosos; cada ómnibus que traqueteaba por ellas estaba sobrecargado de pasajeros; el alquitranado destellaba sobre las rodillas de los que se sentaban en la parte exterior. Aquí y allá las luces se diluían en un brumoso resplandor; adelante solo la mera oscuridad, por donde caía el azote de la lluvia. Había una incesante dispersión de lodo; había detenciones en el tránsito acompañadas por bromas groseras o coléricas imprecaciones; había empujones sobre la acera atestada. Las casas públicas comenzaban a animarse, a bullir, preparándose para el negocio nocturno. Calles que habían sido una colmena de actividad desde las primeras horas de la mañana iban quedando abandonadas al silencio, la oscuridad y el impetuoso viento.¹⁷

Pero este no es el genio de las observaciones anteriores. Un movimiento predecible, aunque atropellado y caótico, ha reemplazado la sensación de alcañon y variedad. De modo que la gente es observada ahora a través de su condición general: "la mayor parte había partido y enderezaba sus pasos hacia la cuadra" es una denuncia irónica pero también un modo de ver un movimiento general desesperanzado e imperioso.

El aspecto físico de la ciudad también se ve de un modo diferente; no la variedad del Londres anterior, sino una uniformidad opresiva y utilitaria.

¡Qué terribles cuarteles aquellos edificios de Farrington Road! Vastos muros lisos no interrumpidos siquiera por un intento de ornamento; hileras sobre hileras de ventanas en una superficie del color del lodo, hacia arriba, hacia arriba, ojos sin vida, aberturas nebulosas que sugieren la desnudez, el desorden y la incomodidad de su interior [...] Kilómetros de estos edificios en los que el tinte de la mugre delata las fechas relativas de su erección; millones de tonos de ladrillo y cemento en bruto, que desmoronan el espíritu del que les echa una mirada. Y en verdad son cuarteles; viviendas para alojar el ejército del industrialismo, un ejército que lucha consigo mismo, soldado raso contra soldado raso, hombre contra hombre, y cuyos sobrevivientes quizás tengan dónde alimentarse.¹³

Esta observación y esta interpretación sistemáticas del Londres industrial, relativamente reciente, se sitúa a tal distancia del caos y la variedad anterior que Gissing llega a decir en el medio de su descripción, en relación con un estilo más antiguo de edificación:

Uno se siente tentado de decir que los jardines de Shooter son una morada preferible. Un patio interior, asfaltado, limpiamente barrido...

Sin embargo, también este lugar está incluido ahora dentro del sistema:

...al levantar la mirada hacia el cielo como desde una prisión.

Hasta cuando reconoce la capacidad de Dickens para ver la ciudad, Gissing cambia el efecto general:

Londres como un lugar de miserable misterio y terror, de lo inexorablemente grotesco, de oscuridad laberíntica y de fantástica fascinación.¹⁴

Esto parece corresponder más a Reynolds o a Augustus Mayhew que a Dickens, pero en todo caso es el viejo Londres que incluye "misterio" y "oscuridad". La visión del propio Gissing, aun cuando está describiendo la manera de ver de Dickens, es más sencilla y más organizada:

Una gran ciudad tenebrosa, entretrejida y enredada, diríase, por la hilandería de una enorme araña ponzoñosa;¹⁵

o, en un estado de ánimo diferente, Londres es una ciudad "lóbrega, pululante, corrompida".¹⁶ Hasta las variaciones de condición ilustran la desesperanza general antes que las diferencias positivas:

Hacia el sur está Hoxton, una región de calles con mercados malolientes, de fábricas, de aserraderos, de horribles almacenes, de callejones pululantes de pequeños comercios y artesanías, de patios y pasajes que conducen a una pestilente penumbra; en todas partes el trabajo aparece representado en sus formas más degradantes; las calzadas que retumban por el peso de las carretas cargadas hasta el tope, las aceras pisoteadas por la gente de trabajo del tipo más tosco, las esquinas y los rincones escondidos muestran la indigencia en su faz más desagradable. Si se dirige hacia el norte, el explorador se halla en un aire más libre, en medio de calles más amplias, en un distrito únicamente residencial; las avenidas parecen libradas a los lecheros, los comerciantes de carne y los vendedores ambulantes. Aquí encontrará calles en las que cada ventana luce un aviso de oferta de alojamiento; otras, con pretensiones de mayor respetabilidad, tienen casas un poco retiradas tras pequeñas parcelas de jardín y ocasionalmente muestran columnas de argamasa y un balcón. Así se pasa de la lucha indecorosa por la subsistencia a un ocio mezquino y deprimente; aquí se retiran los miembros mejor pagados del gran ejército de esclavos cuando quedan libres para comer y dormir.¹⁷

Un destino es diferente del otro, pero no mucho mejor. La única salida es para el individuo excepcional, pero su suerte es una movilidad confusa y ambigua en la cual las más de las veces caerá después de años de esfuerzo (Reardon o Biffen en *New Grub Street*), o prosperará pero a costa de un gran deterioro moral (Mortimer en *Demos*, Milvain en *New Grub Street*), puesto que partiendo de la condición general destructiva, las únicas formas posibles de hacer una carrera de éxito conducen a una explotación del trabajo o el espíritu de otros, y esta explotación misma solo es posible a causa de la estupidez, la indiferencia o la brutalidad de los explotados.

Esta es una manera amarga y sombría de observar, solo atenuada hacia el final por algunos destellos procedentes de los antiguos estilos de vida intelectual y del campo que son, explícitamente, formas de retirarse o de salvarse. Gissing escribió la historia del migrante interno tan vigorosamente como Hardy, pero de manera aún más amarga. El Mortimer de *Demos* puede compararse con Clym Yeobright de *Return of the Native*, pero hay una distancia de época y de espíritu que es en parte la distancia real que existe entre la ciudad y el campo en esta sociedad que se transforma velozmente; una distancia que aparece también cuando Jude se muda desde Marygreen a Christminster. En la ciudad hay más asuntos, es más lo que está en juego; sus influencias son más precarias y más peligrosas; sus breves puntos de apoyo menos discernibles; sus formas de éxito y de fracaso,

de un tipo nuevo y más problemático. En *Born in Exile* y en *The Unclassed Gissing* escribió, desde adentro, versiones clásicas de esa migración interna que desde entonces llegó a ser tan ampliamente significativa. El problema que ya se había planteado en Dickens y en George Eliot –en Dickens como parte de una condición general; en George Eliot como un desafío moral ineludible– era, una generación después, más severo y confuso. Podemos ver su despliegue en una línea que va desde el rencor de Gissing y la visión sombría de Mark Rutherford a la tragedia de Hardy y la desafiante y desenvuelta confianza de Wells. Autores de nuestro propio siglo habrían de recibir la herencia directa de todos estos estados de ánimo, que se formaron en esta época de asentamiento, de movilidad limitada y de transformación.

Lo que distinguí a Gissing de aquellos otros escritores que escribieron sobre Londres en las décadas de 1880 y 1890, a quienes se designó, de modo característico, como la escuela Cockney, es la conciencia de los problemas de movilidad, y a partir de ella, aunque a menudo indirectamente, la conciencia de los problemas del observador:

Billy Chope, que venía encorvado en la dirección opuesta, avanzó por la acera hasta que se encontraron, y sacando la mano del bolsillo la tomó del brazo, se lo retorció y la hizo dar contra el muro.

–Bueno –dijo Lizerunt, muy complacida–, “vamo” [“le’ go”]. –Porque sabía que aquello era amor.

–¿Adónde quieres ir? [Where yer auf to], Lizer?*

Este es un nuevo sonido de la ciudad. Tiene una energía y un carácter narrativo muy directo, que llega a hacerse característico de las novelas y especialmente de los cuentos breves de la década de 1890. La conciencia o autoconciencia del narrador, en cualquiera de sus modos desde Jane Austen a George Eliot y desde Dickens hasta Gissing, ha desaparecido y ha sido reemplazada por lo que se transforma en una forma de narración profesional y completamente estándar. Elizabeth Hunt se ha convertido no solo en Liza Hunt sino en Lizerunt, en este modo agudamente memorable. Ella “sabía” que el retorcimiento del brazo y el empujón contra la pared “eran amor” porque estaba preparada para saberlo, por ser exactamente un tipo de personaje, agudo y conciso, como su nombre. El modo del habla no está atenuado ni ridiculizado entre paréntesis (como a veces suele hacer Gissing); ha surgido, podríamos decir, por derecho propio, pero un derecho que depende de la nueva convención general de distancia de la narración.

La cuidadosa simulación ortográfica es una marca importante del cambio. La relación entre la ortografía inglesa y las muchas variedades de pronunciación del inglés ha sido siempre –y hasta notablemente– problemática. Podemos hallar ejemplos de ortografía modificada deliberadamente ya en los isabelinos: el mismo Shakespeare apeló a este recurso cuando quienes hablaban eran galceses o

franceses, y las versiones de un dialecto “rural” –una combinación de regiones– también llegó a ser un lugar común. Dickens seleccionó algunas de las variaciones del habla londinense. Pero la convención sistemática de los modos de hablar según la clase corresponde, efectivamente, al fin del siglo XIX, a un período en el que evidentemente crece una conciencia de clase que se estaba extendiendo incluso hasta estos aspectos del comportamiento. Algunas reconstrucciones ortográficas fueron hechas afectuosamente, como en los poemas de Dorset de William Barnes. Pero es significativo el hecho de que Hardy se decidiera en contra de esta práctica, por lo menos que se negara a utilizar el recurso de manera sistemática y sostuviera que lo hacía por considerarlo un efecto falsamente distante que reducía a las personas a meros tipos. En este sentido exacto, el cuidadosamente representado “dialecto cockney” de Arthur Morrison, quien escribió *Lezerunt* en 1893, o el de Kipling en *The Record of Badalia Herodsfoot* (1890) y en sus baladas de soldados, llegaron a ser convencionales. También en Gissing se advierte una reducción debida justamente al modo de observación y de relación al que se oponía Hardy. Sus lectores aprendieron a rastrear sus detalles con lo que creían que era un respeto afectuoso y con lo que también creían que era distancia.

“Where yer auf to, Lizer?” Pero la palabra *where* está escrita con la ortografía convencional corriente, diferente casi de cualquier pronunciación; el “yer” y “Lizer” reproducen un hábito general del habla; el “auf” continúa hoy siendo dudoso como su variante “orf”, puesto que la “o” larga con la posibilidad de un sonido “r” ha sido ampliamente difundida en modos del habla tan variados como el cockney y el lenguaje de la clase media alta. Ninguno de los detalles puede nunca darse por sentado ya que las relaciones subyacentes entre la ortografía y cualquier forma de pronunciación inglesa son demasiado complejas. Pero es una señal significativa de un modo de ver que ha sido alabado por su naturalismo y por la manera aparente de excluir el comentario autoconsciente del autor. El hecho cierto es que el “comentario” está ahora plenamente incorporado; es parte de todo un modo de ver, desde una distancia “sociológica”. Los estilos sólidos, atractivos, de estos narradores victorianos tardíos y eduardinos depende, en el curso mismo de su éxito frecuentemente muy real, de ese naturalismo descriptivo, representativo, cuidadosamente observado, en el cual se dejan de lado los problemas de conciencia y los problemas que plantean las ideas explícitas y controvertidas. Allí están las personas: patéticas o resistentes; la violencia y sus víctimas, trozos asequibles de la vida, las famosas disecciones naturalistas de la vida.

Este es un tono que corresponde a la nueva experiencia de la ciudad pero que, visto en una perspectiva crítica, es también una forma directa de interpretación. En *The St. George of Rochester* (1894) de Henry Nevinson o en *A Small Talk Exchange* (1895) de Edwin Pugh hay más continuidad con los registros de lo que escuchaba y con las observaciones de Mayhew; pero en Kipling y en Morrison este recurso evoluciona hacia la presentación, con marcadas diferencias de efecto, y

en otros escritores tales como Adcock y Rook lo que hallamos es una mezcla de ambos modos: por momentos el registro directo, por momentos la presentación de la gente de la ciudad. Es revelador que Morrison, quien, al comienzo, comparaba mucho con Gissing en cuanto a sus observaciones generales, haya tenido que prestar tanta atención, en *A Child of the Jago* y *The Hole in the Wall*, a la criminalidad y a la violencia. Esta última estaba ampliamente presente, tanto en la ciudad nueva como en la vieja, pero característicamente era más presentable, más adecuada para un relato que la textura completa y más variada. Esta elección de la violencia en la ficción urbana puede remontarse, en una dimensión, a la prolongada tradición de la "picaresca"; pero en su predominio cada vez más marcado resulta más adecuado interpretarla como un modo de experimentar la vida urbana que capta en sus zonas e incidentes aislados, no solo un estilo comprensible de respetable interés (la fascinación y el horror, en un modo sencillo de tomar distancia), sino también la forma de acción más explícita e individualizable que se logra cuando lo que se observa y describe no es una sociedad sino una población.

Con todo, en su persistente atención, la ficción de Morrison tiene una sustancia que, en última instancia, es muy diferente de la de Kipling, el creador de mitos; o, para hacer una comparación contemporánea y elocuente dentro del contexto londinense, diferente de la sustancia de Conan Doyle. En los relatos de Sherlock Holmes, Londres vuelve a ser la ciudad de "oscuridad laberíntica y de fantástica fascinación". En realidad, el detective urbano, prefigurado de un modo menor en Dickens y en Wilkie Collins, ahora comienza a emerger como una figura determinante y representativa: el hombre que puede abrirse camino a través de la niebla, que puede penetrar los intrincados vericuetos de las calles. La complejidad opaca de la vida de la ciudad moderna está representada por el crimen; el explorador de una sociedad queda reducido a un descubridor de causas simples, al agente aislable y sobre todo a sus medios, su técnica. El Londres de Conan Doyle ha adquirido, con el correr del tiempo, una atmósfera romántica que algunos evocan con una nostalgia tan evidente y sistemática como la de cualquier retrospectiva rural: la niebla, la luz de gas, los coches cabriolé de alquiler, los pilluelos de la calle y, a través de todos ellos, esta aguda mente excéntrica, esta inteligencia casi desencarnada pero dotada de una cantidad de detalles locales, capaz de descarnar la complejidad, determinar el modo de actuar local y luego, porque allí se detiene la indagación, entregar sus resultados a la policía y a los tribunales: el claro sistema abstracto más allá del bullicio y la confusión.

Aquel era un modo de mirar que tuvo gran influencia local. Como en Gissing, Morrison y los demás, ha dejado muchas imágenes memorables de esa ciudad particular. Pero, así como hay otra historia, hay otras imágenes. La ciudad de la penumbra, de la opresión, del crimen y la sordidez, de una humanidad reducida, fue experimentada, por supuesto, de manera diferente: no solo en la vivacidad de relatos como *Billy the Snide* (1899) de Rook, sino muy notablemente en Wells,

quien, en este sentido como también en otros, se inscribe en una historia que las imágenes más simplemente recordables reducen o excluyen.

Porque la ciudad puede también concebirse como una ciudad de luz. Y lo era en el más simple de los sentidos físicos. Ya en 1780 Archenholz había escrito:

Las lámparas que tienen dos o cuatro brazos están encerradas en globos de cristal y fijadas a postes colocados a poca distancia uno de otro. Se las enciende cuando cae el sol, en invierno lo mismo que en verano, brille o no la luna. Solo en Oxford Road hay más lámparas que en toda la ciudad de París. Hasta las grandes avenidas están atestadas por diez o doce kilómetros de estas luces que producen el efecto de una excesiva majestuosidad.¹⁹

Desde comienzos del siglo XIX la iluminación de gas se había utilizado para causar efecto y por un afán de exhibición tanto como por su utilidad, y muchos residentes y visitantes compartían la impresión que tuvo Hans Christian Andersen a mediados del siglo:²⁰

El mapa trazado en fuego de la metrópolis más grande del mundo, a mis pies.

A fin del siglo, Le Gallienne escribía:

Londres, Londres, nuestro deleite,
Gran flor que se abre solo de noche.
Gran ciudad del sol de medianoche,
Cuyo día comienza cuando el día muere.

Lámpara tras lámpara contra el cielo
Abre un súbito ojo radiante,
Encendiendo de un brinco una luz a cada lado de la calle
Los lirios de hierro de la ribera.

Esta luz era una imagen obvia de la impresionante civilización de la capital que crecía visiblemente en riquezas y en efecto público deliberado. Ocurriera lo que ocurriera en el East End, y a menudo en una consciente relación con ello, el West End continuaba adoptando nuevos diseños y mejoras: Trafalgar Square, un nuevo palacio, las nuevas Cámaras del Parlamento, nuevos parques y nuevas avenidas. Un visitante norteamericano, Colman, señalaba los contrastes evidentes:

En medio de la más extraordinaria abundancia, hay aquí hombres, mujeres y niños que mueren de inanición; y corren junto al espléndido carruaje de dorados adornos, revestimientos de seda y lacayo de librea; son pobres desamparados, abandonados, harapientos casi desnudos, que tienen el aspecto de meros fragmentos de humanidad.²¹

La exhibición y la magnificencia enfáticas de las mansiones campestres del siglo XVIII, aquella sobreimposición sobre la pobreza evidente de la mayoría sometida, se estaba repitiendo ahora en una escala mucho mayor en esta opulenta ciudad dividida en clases. Como centro de comercio e influencia política, la capital estaba atrayendo además, de un modo que ya resultaba familiar, a todo tipo de personas de talento de muchas partes del mundo. La percepción del "Londres más oscuro" que se le adjudicaba al extremo este, en alto grado separado, era una consecuencia del resplandor con que brillaba la luz en la parte de la ciudad que ya era una capital nacional e internacional. Es característico que Conan Doyle, que había presentado en Sherlock Holmes una versión de inteligencia pura que penetraba la oscuridad, que desconcertaba a los hombres corrientes, haya tenido que reunir pruebas estadísticas de la preeminencia intelectual de Londres, debida tanto a los naturales del lugar como al resultado de la centralización de "los intelectos más brillantes de cada esfera de la vida".²² Esta versión de una cultura metropolitana deslumbrante y dominante contaba con la suficiente evidencia para sustentar una idea tradicional de la ciudad, considerada como un centro de luz y erudición, pero ahora en una escala sin precedentes. La centralización cultural de Inglaterra ya era en esta época más notable, en todos los niveles, que la de cualquier sociedad comparable. Hasta para oponerse y repudiar a la ciudad, los hombres iban a la ciudad; no había otra forma de hacerlo.

Pero este, aunque importante, es un efecto comparativamente superficial. La cultura metropolitana con frecuencia confunde su preeminencia como agente o como consumidor de los dones humanos con sus fuentes reales, a menudo diferentes y más variadas. Lo que puede decirse más seriamente, al evaluar la nueva civilización, es que en su seno se estaban creando nuevos estilos distintivos de pensamiento y organización social, ya fuera como respuesta a su caos, ya fuera porque su estímulo evidente intensificaba las facultades de las personas. Hardy había deplorado que Londres careciera de una "conciencia colectiva", pero las nuevas formas e ideas democráticas se estaban extendiendo decididamente desde las ciudades de Inglaterra, tanto las ciudades industriales como la capital. Podemos ver un aspecto de este fenómeno en Wells, quien estaba horrorizado como nadie por las condiciones sociales de las ciudades y especialmente por las condiciones de las viviendas, que "alentaban el desastre... la masacre, la degeneración y la incapacidad de las vidas". Con el mismo estado de ánimo de Gissing, Wells vio las

calle siempre cubiertas de un delgado barniz de lodo grasiento y resbaloso, bajo cielos grises que no mostraban ni un rayo de esperanza (a una ilimitada multitud de gente sórdida) sino solo la sordidez hasta el momento de la muerte.²³

Wells vio el East End como un "desierto de aspecto sórdido" en el cual la gente tenía "la piel de un blanco apagado que parecía degenerada y siniestra a los

ojos de los habitantes del West End". No era una población trágica, sino débil y angustiada, desposeída. Con frecuencia la idea de escapar de esta vida menesterosa y limitada del East End o de los suburbios más respetables y más preocupados se representaba como el retiro al campo o el idealizado refugio jovial. Pero también, como se ve con la mayor claridad en *Tono-Bungay*, Wells comprendió el orden verdadero de la Inglaterra rural: la Inglaterra de grandes casas solariegas que describió en *Bladesover*:

La gran mansión, la iglesia, la aldea, los labriegos y los sirvientes en sus posiciones y puestos... un sistema social cerrado y completo. En las inmediaciones había otros poblados y grandes propiedades, y de una mansión a la otra, entrelazándose, relacionados entre sí, los elegantes olímpicos —la pequeña aristocracia— iban y venían.

Cualesquiera que hubieran sido los cambios de las revoluciones industrial y urbana, este sistema social predominante había sobrevivido. Los cambios visibles no eran más que una intrusión o un lustre superficial. En el centro de Londres los rasgos esenciales de tal sistema eran todavía tan marcados como en las aldeas. Y habían impedido todo crecimiento verdadero. Lo que se había manifestado pues en la ciudad era en realidad una excrecencia, una proyección, de ese orden más simple. Como tal, era un cáncer:

La sustancia inorgánica, abundante, de algún proceso de crecimiento tumoral, un proceso que en realidad excede todos los límites del cuerpo afectado.²⁴

Este es el aspecto enfermizo de una ciudad y una civilización. Pero el monstruo es ahora menos satánico; tiene una forma más humana. Es:

Como un lacayo gordo y arrogante, como el orgullo, la indolencia y todo lo que en la vida produce penumbra, pesadez y obstrucción. Es materia y oscuridad, es lo contrario del alma, es el poder dominante de esta tierra, la estupidez.

Ver la ciudad en esta perspectiva implica poner un énfasis muy diferente. Wells, más claramente que ningún otro escritor anterior a él, percibió la conexión que había entre el poder dominante de la ciudad y el poder dominante de las mansiones campestres. Y si bien los factores comunes de estos poderes eran la arrogancia, la indolencia y la estupidez, había una forma diferente de oponerse a ellos: no mediante la inocencia de la mirada retrospectiva, sino mediante el progreso consciente: a través de la educación, la ciencia y el socialismo.

En consecuencia, Wells recogió y unió tradiciones que, a lo largo del siglo, habían sido muy diferentes y hasta contrarias. Si la fealdad y la mezquindad del industrialismo y el urbanismo eran los resultados cancerosos de un sistema que había crecido en exceso, pero que aún continuaba siendo rígido y estúpido, había una nueva forma de oponerse a la ciudad que no solo no se apoyaba en una

versión idealizada del orden rural, sino que además entendía ese orden como parte de la enfermedad misma. Además, si esto era realmente así, existían verdaderas fuerzas asequibles y activas para combatirlo: las fuerzas liberadas por las nuevas energías civilizadoras, pero refrenadas por un falso orden social.

Esta visión wellsiana, que no puede reducirse a la sencilla proposición de una tecnología fútil e ilimitada (aunque esta estaba siempre latente y en las auténticas dificultades sociales a veces podía aparecer como una abstracción), se conecta con la visión socialista que había estado desarrollándose con firmeza. Porque los elementos que prometían una civilización nueva no eran únicamente los logros de la ciencia y de la producción material. También era esencial el crecimiento, dentro de las ciudades, de nuevas formas de organización social. Este aspecto, en realidad, había sido ampliamente pasado por alto en muchas de las denuncias más generales. Por cierto, como lo habían sugerido Carlyle y otros, había mucha suma de individualidades, mucha atomización. Pero esta no era en modo alguno la historia completa. También se estaba dando una lucha por crear nuevas formas de gobierno local: una respuesta a la superpoblación y el caos pero que también se presentaba como una alternativa mucho mejor que la antigua arbitrariedad local de los terratenientes, el único sistema previo. También estaba la lucha por el voto y por la reforma del Parlamento, concentrada asimismo en las ciudades. Y estaba la lucha por la educación, conducida desde las ciudades e impuesta finalmente, aunque con gran dificultad, en las zonas rurales aún gobernadas por los terratenientes y sus parientes, quienes tenían deliberado interés en mantener la ignorancia. Otro fenómeno importante era el crecimiento activo de la cultura tanto municipal como metropolitana: la lucha por obtener nuevas ventajas —las bibliotecas y los institutos— acordes con las nuevas necesidades de las ciudades. Y había algo más, en una dimensión diferente de este impresionante mejoramiento liberal. Me refiero a la creciente organización de la clase trabajadora misma, a la gran reacción civilizadora ante la tiranía industrial y la anarquía: la creación de sindicatos independientes de la red de sociedades benéficas y solidarias y, más allá de esta expresión de una nueva y activa buena vecindad, la visión de la mutualidad como una nueva forma de sociedad: las cooperativas, el socialismo, de las nuevas ciudades. Creciendo firmemente contra toda oposición, a lo largo del siglo, en la década de 1880 este movimiento había llegado incluso hasta el East End de Londres: esa simbólica tierra baldía descrita por Gissing y otros. Para Engels se estaba produciendo un cambio:

Esas inmensas guaridas de miseria ya no es el pozo estancado que era hace seis años. Se ha sacudido su apática desesperanza, ha recobrado la vida y se ha transformado en el hogar de lo que se llama el "nuevo sindicalismo"; esto es, de la organización de las grandes masas de obreros "no calificados".³

Aquellos eran los días de la organización de los trabajadores de la compañía de gas, de la huelga de las obreras de las fábricas de cerillas, de la gran huelga de

los muelles de 1889. Y, como sostenía Engels, estos nuevos sindicatos y estas nuevas luchas se desarrollaban en una dimensión diferente respecto del gremio de los artesanos propio de un período anterior:

La fe en la eternidad del sistema de salarios se estaba conmoviendo profundamente; sus fundadores y promotores eran socialistas, o bien conscientemente, o bien en el sentimiento.

Como consecuencia del caos mismo y de la miseria de la nueva metrópolis, y difundándose desde ella para dar nueva vida a un sentimiento nacional, la fuerza civilizadora de una nueva visión de la sociedad había surgido como resultado de una lucha, había reunido el sufrimiento y las esperanzas de generaciones de seres oprimidos y explotados y, de esta forma inesperada y desafiante, constituía la respuesta humana de la ciudad a la inhumanidad que durante tanto tiempo había caracterizado a la ciudad y al campo.

Wordsworth había vislumbrado en la ciudad, en sus condiciones disolventes y transformadoras, una nueva posibilidad de "unidad del hombre". En muchos aspectos, este sentido de formas superiores de organización y cooperación social se había mantenido vivo y había hallado nuevos modos de manifestarse en las ciudades mismas, donde la explotación y la inhumanidad no solo se habían concentrado más, sino que eran más evidentes. A pesar de haber sufrido muchos fracasos y haber perdido muchas veces la esperanza, ese sentido había persistido y crecido; la educación, la cooperación, la democracia, el socialismo: ideas e instituciones que lentamente habían estado reuniendo fuerzas. Gissing, que conocía este proceso y que al principio lo apoyó, llegó a creer, como podría haberlo creído cualquiera, que aquel sentido sería aplastado y corrompido por la pura masa de ignorancia y deformidad que las ciudades estaban multiplicando. Gissing vio "aquellas fuerzas brutas de la sociedad que llenan de destrucción el abismo del bajo mundo". En ese abismo desaparecerían además los sueños de cambio. *Demos*, ese "cuento del socialismo inglés", desaprueba, con una clásica acritud, la posibilidad del idealismo socialista. Precisamente este segundo estadio de la miseria, no solo el sufrimiento crudo, sino el derrumbe de ese tipo de esperanza, es lo que lo retrotrae al sueño de "leer a Homero bajo el techo de una cabaña". Wells, más vigoroso y más seguro de sí, vio este y otros peligros: el triunfo de la demagogia comercial, en el mundo de *Tono-Bungay*, así como Gissing había visto el triunfo de una prensa y una literatura comerciales en *New Grub Street*. Las nuevas libertades y la nueva educación podían corromperse o ser incorporadas y la ciudad generaría sus sustitutos degradados en una escala inimaginable. Hasta los nuevos movimientos sociales y políticos, los portadores de la civilización podían confundirse, corromperse, incorporarse: el crecimiento canceroso podía arrollarlos.

Pero en Wells, al menos, como en el nuevo socialismo, existía todavía el sentido de la posibilidad; la idea de que la historia podía resolverse en un sentido o

en el otro; de que la única alternativa al nuevo orden social era un caos creciente en el que las ciudades terminarían fragmentándose en mil pedazos. Casi un siglo después, esta continúa siendo una lucha que no termina. Y que debe volver a ser examinada. Pero, al llegar el nuevo siglo, las palabras de Hardy pueden evocarse aunque con un sentido diferente. Las nuevas organizaciones del movimiento laboral, las nuevas instituciones de la educación y la democracia, eran los modos en que Londres, las otras grandes ciudades y la nación que ellas ahora dominaban, estaban comenzando a verse a sí mismas: a ser conscientes de sí mismas y en esta conciencia misma —una conciencia colectiva— a ver las formas de una sociedad diferente.

20. Una figura en la ciudad

La percepción de las nuevas cualidades de la ciudad moderna se había asociado, desde el comienzo, con un hombre que pasea a pie, como si estuviera solo, por sus calles. Ese caminante ya aparece en Blake:

Vago a través de cada calle contratada,
Cerca de donde fluye el Támesis contratado.¹

Y en Wordsworth:

Con cuanta frecuencia en las rebosantes calles,
He avanzado junto con la muchedumbre y me he dicho
“¡El rostro de cada uno
Que pasa junto a mí es un misterio!”...
...Hasta que las sombras ante mis ojos se convertían
En una procesión clarividente, tal como se desliza
Sobre las inmóviles montañas o aparece en los sueños.²

En los novelistas urbanos,³ esta experiencia fue recreada frecuentemente en un personaje, como en la Florence Dombey de Dickens:

[...] el creciente estrépito y el tumulto de la batalla diaria [...] sorpresa y curiosidad en las caras que se cruzaban a su lado; [...] las negras sombras de los que se volvían para acercarse a ella; [...] voces desconocidas que le preguntaban adónde iba [...] ¿Adónde ir? ¡Siempre lo mismo! ¡A cualquier parte! ¡A dondequiera! ¡Adelante siempre!, pero ¿adónde? Recordó la otra ocasión única en que se vio perdida en el ancho desierto de Londres [...].⁴

En Elizabeth Gaskell el aislamiento está relacionado con el contraste social:

Pasear por una calle de tiendas iluminadas ofrece una bonita vista; las brillantes luces de gas, la exhibición de mercancías mostradas mucho más vívidamente que durante el día; de todas las tiendas la del farmacéutico es la que más se parece a los cuentos de nuestra infancia, desde el jardín de frutas encantadas de Aladino a la fascinante Rosamunda con su tinaja púrpura.

Barton no hacía ninguna de tales asociaciones; sin embargo sentía el contraste entre las tiendas bien provistas, bien iluminadas y el sótano lóbrego y oscuro. Lo encolerizaba el hecho de que existieran semejantes contrastes. No solo para él estos son el misterioso problema de la vida. Barton se preguntaba si alguien en toda esa apresurada multitud provenía de una casa semejante de aflicción. Pensó que todos parecían alegres y ese pensamiento le despertó cierto rencor. Pero no podía, nadie puede, leer el destino de aquellos con quienes diariamente se cruza en la calle.⁷

Este es el estado de ánimo de Dickens, aunque en una forma menos compleja y menos dramática: cierta insistencia en la simpatía humana, precisamente porque pueden verse con tanta claridad los obstáculos, las contradicciones y los misterios. Esto habitualmente es aplicable también a aquellos episodios frecuentes, desde Dickens a Wells, en los cuales un personaje entra en una ciudad dormida y se siente abrumado por el pensamiento de todas esas vidas ocultas que se encuentran tan próximas a él. Sin embargo, esta experiencia puede derivar en un sentido o en otro: o bien en una afirmación de la humanidad común, más allá de las barreras que impone el anonimato, la ajenidad en medio de la multitud, o bien en un énfasis del aislamiento, del misterio, un sentimiento corriente que puede llegar a convertirse en terror. Wordsworth indagó ambos tipos de reacción y la literatura del siglo XIX extendió esta indagación en ambas direcciones.

En la literatura universal, en Balzac, en Baudelaire y, aunque de un modo diferente, en Dostoievski, la imagen de la ciudad creció hasta alcanzar una especie de dominio. Balzac había mostrado la complejidad social de la ciudad y su contrastante movilidad; puesto que su propósito era describir precisamente ese aspecto, la imagen consecuente es, aunque compleja, clara. Dostoievski, por su parte, puso el acento en los elementos de misterio, de extrañeza y de pérdida de conexión; en un estilo que puede compararse con el de Dickens, aunque inspirándose en reacciones últimas diferentes, apuntó luego a crear reconocimientos. Lo que lo diferencia de Dickens es que la fuente del reconocimiento no es un sentido sofocante de la sociedad, sino una comunión espiritual, en el extremo opuesto de la desesperanza aislada. Baudelaire, en tanto, invirtió estos dos valores. El aislamiento y la pérdida de conexión eran las condiciones de una percepción nueva y vívida:

Multitud y soledad: términos que un poeta fértil y activo puede igualar y hacer intercambiables.⁸

La ciudad era una "juerga de vitalidad", un mundo instantáneo y transitorio de "febriles goces". La ciudad le enseñaba al alma a

entregarse por completo, con toda su poesía y compasión, a quien surgía inesperadamente, al transeúnte desconocido.⁷

Había un nuevo tipo de placer, un nuevo ensanchamiento de la identidad, en aquella experiencia que él llamaba "sumergirse en la multitud".⁸

En el siglo XX, esta habría de llegar a ser una de las reacciones principales. Ese carácter social de la ciudad —su condición transitoria, inesperada, su aislamiento esencial y apasionante, la procesión de personas y acontecimientos— se entendía como la realidad de toda vida humana. Con frecuencia lo que se ofrecía no era la aceptación alegre de Baudelaire, pero en el fatalismo religioso posterior, en un desapego estético o en sentidos más cotidianos del placer que provocan la variedad y la instantaneidad, esta visión se extendió y hasta llegó a ser predominante en gran parte de la literatura occidental. Aún podía darse un contraste entre la ciudad y el campo, inspirado en sentidos más antiguos de la armonía y la inocencia rurales. Pero el contraste se marcaría en otros sentidos: entre la conciencia y la ignorancia; entre la vitalidad y la rutina; entre el presente y lo real y el pasado o la pérdida. La experiencia de la ciudad había llegado a difundirse hasta tal punto y los escritores estaban tan desproporcionada y profundamente implicados en ella que cualquier otro modo de vida parecía carente de realidad; todas las fuentes de percepción parecían comenzar y terminar en la ciudad y si había algo más allá, ese algo estaba más allá de la vida.

Es importante señalar las tendencias muy diferentes de esta respuesta. En Gissing, como ya dijimos, la figura solitaria que deambula por las calles se siente abrumada por el gentío y la fealdad. Como él observó, más precisamente de sí mismo que de Dickens, su fuente nominal era esa:

Lóbrego, pululante, corrompido Londres, una maravillosa entrega de la impresión recibida por cualquier persona imaginativa que, con el espíritu alicaído, ha tenido la ocasión de errar por las calles de Londres.⁹

En los pasajes que cité antes, en los que Gissing describía Londres, omití este énfasis en el aislamiento, de modo tal que ahora pueda advertirse más claramente. Después de una caminata por Hoxton hacia el norte:

Andar por un barrio como este es el ejercicio más espantoso al que un hombre pueda someterse. El corazón se siente acongojado por la uniformidad de una decente indigencia; uno recuerda que cada una de esas casas de aspecto mortuario, a menudo cada persiana separada, representa un "hogar" y las asociaciones de la palabra susurran profunda desesperanza.¹⁰

O al pasar por los edificios de Farringdon Road que comparó con cuarteles:

Pasa junto a ellos de noche y debe esforzar la imaginación para representarse la confusa masa del abatimiento humano, de la bestialidad, del dolor inmerecido, de la esperanza sin esperanza, de la capitulación aniquilada, reunidas en desorden dentro del espacio que encierran esos lúgubres muros.¹¹

Con todo, Gissing, como el más confiado Wells, estaba todavía directamente implicado en la observación social de una ciudad real. Sin embargo, antes de que él escribiera, una desesperanza semejante había hallado un modo literario diferente: el de la ciudad como símbolo.

La ciudad había tenido desde mucho tiempo atrás una dimensión simbólica, cuya imagen más poderosa era la religiosa de la Ciudad Santa, la Ciudad de Dios. William Blake vio a Londres y a Inglaterra según una variante de este enfoque y quiso construir Jerusalén. Pero ahora se percibía un cambio radical. En inglés, la expresión más clara de ese cambio son los poemas de James Thomson: *The Doom of a City*, escrito en 1875, y *The City of Dreadful Night*, escrito entre 1870 y 1873. Cuando leemos estos notables poemas podemos hallar conexiones sustanciales con algunos de los demás fragmentos literarios que hemos analizado. A menudo nos recuerdan a Dickens y también pueden recordarnos la visión mejor conocida y posterior de la destrucción de una ciudad de Richard Jefferies, *After London* (1885). En estos autores muy diferentes se estaba formando, de modos distinguibles, una estructura común de sentimiento. Pero, una vez que se han advertido todas las conexiones, lo diferente que se descubre en Thomson es que su ciudad es una proyección significativamente total: es una visión simbólica de la condición de la vida humana.

The City of Dreadful Night es más famoso, pero *The Doom of a City*, escrito cuando Thomson tenía solo veintitrés años, posee una fuerza impresionante. En este poema, de manera más deliberada, el autor pasa de una ciudad real a una ciudad imaginaria, la Ciudad de la Muerte. Abandona la casa que era su jaula, donde:

La poderosa ciudad en vasto silencio dormía,
Soñando lejos de su tumulto, su esfuerzo, su lucha;
Pero el dormir y los ricos sueños que este depara no eran para mí,
Desdichado de mí, a quién el terror y el dolor
De confusos anhelos y fámelica desdicha...
...Hacían avanzar como-un poseído.¹²

Este es un nuevo tipo de errar solitario, a través de las calles de la ciudad:

Pasé por calles desiertas, detrás del resplandor
De lámparas que solo iluminan mi ruinosa vida...

...Dentro del laberinto de piedra de una ciudad sepultada;
Los cadáveres que la pueblan, si bien sueñan siempre
Con el nacimiento y la muerte —de una vida complicada
Cuyos días, meses y años
Son un frenesí de risas, gemidos y lágrimas,
Mientras contra sí mismos y la Muerte
Libran, con pérdida o ganancia, una incesante lucha—,
En realidad, yacen inmóviles en el interior de su tumba.¹³

El caminante cruza el “mar desierto”, “ignorante de cartas de navegación y estrellas” y llega a una ciudad en la cual esa visión se hace realidad; una ciudad de inquietud y maldad que se ha convertido en piedra:

Estatuas de piedra del principio al fin de calles y plazas,
Agrupadas como si mantuvieran una conversación social o solas;
Oscuros comerciantes pétreos ofreciendo sus ricas mercancías
para atraer la elección de compradores de piedra.¹⁴

Esta es la ciudad silenciosa que el hombre se ha visto obligado a hallar:

En mi antiguo mundo común, bien rodeado
De miríadas de vidas que se adaptaban bien a la mía,
El terror y la angustia mortal me traicionaron
Y me lanzaron a la busca de lo desconocido pavoroso.¹⁵

Esta es la “amplia y populosa soledad” del reino de la Muerte, pero una muerte que es una forma de detener una vida turbulenta:

Todo el vasto mar de la vida alrededor de mí se extiende,
La vida apasionada, densa, inquieta, resonante...
...Detenida en pleno fragor de su lucha.¹⁶

Esta, finalmente, es la *cosmopolis*. Un hombre llega a ella en virtud del aislamiento:

Los cordones umbilicales de la simpatía, que deberían haberme ligado
En dulce comunicación con la fraternidad de la Tierra
Atraía yo con firmeza y más firmeza aún alrededor de mí mismo.
Ahogando la posibilidad de hallarle alivio a mi existencia perdida.¹⁷

Lo que aquí se transmite es la “soledad en medio de una gran ciudad”, en la que cada “acto, cada palabra, cada mirada y cada gesto” se expanden a través de la miríada de sus habitantes y afectan a todos los demás seres; pero la misteriosa

unión se ha quebrado y la consecuencia es la ciudad de la muerte. Lo que ve luego Thomson es la destrucción de la ciudad, a causa del fuego y la tormenta y de la llegada de las bestias. Sus habitantes, que son todos de piedra, quedan destruidos junto con los edificios con los cuales se han mezclado:

Del vasto orgullo palaciego de la ciudad
De todas las obras realizadas por los hombres en cada parte...
...No quedó ningún vestigio.¹⁸

Cuando regresa a su propia ciudad

La atrocidad de la vida oprimió mi alma;
Hasta el aire mismo ya no parecía libre,
Sino denso y sofocante en el riguroso control
De tan poderosa nube de aliento humano,
Las casas informes y los barcos monstruosos
Eran amenazadores nubarrones que podían eclipsar
El abrasador sol del día.¹⁹

También aquí habría de llegar la tormenta. La ciudad canta que es "rica y fuerte... sabia, buena y libre"; pero su maldad es tan evidente como su poderío, su culpabilidad y su opulencia. Posee una vasta y rica herencia, pero

Sus principales leyes sociales parecen estrictamente enmarcadas para garantizar
Que uno sea corruptamente rico, otro amargamente pobre,
Y otro muera de inanición;
La arrogancia de templos y mansiones
Está asediada por inmundas casuchas donde pobres desventurados
Se apiñan...

Sus

resplandecientes calles cada noche ofenden los pacientes cielos
Con un holocausto de infortunios, pecados, lujurias y blasfemias.²⁰

De modo tal que esta ciudad, este Londres, está condenado, salvo que se arrepienta.

En *The City of Dreadful Night* la proyección es más completa.

La ciudad es de la noche, pero no del sueño;
Allí el dulce sueño no es para el cerebro fatigado;
Las implacables horas se arrastran como años y eras,
Una noche parece un interminable infierno. Esta espantosa tensión

Del pensamiento y la conciencia que nunca cesa,
O que algún estupor del momento solo aumenta,
Esto, más que el infortunio, vuelve insensatos a los desdichados.²¹

Se trata de una ciudad imaginada en la cual un modo particular de ser, específicamente la "espantosa tensión del pensamiento y la conciencia", se hace realidad.

Nadie puede saber claramente cómo llega allí...
Pero estando en ella uno se siente un ciudadano...
Pobre desgraciado, quien alguna vez recorrió esta doliente ciudad
Habrá de recorrerla con frecuencia, condenado más allá de toda piedad.²²

Ahora es una condición común a todos los habitantes de esta ciudad de la noche

Que sean más racionales y sin embargo insensatos
Una locura exterior que no puede ser controlada;
Una perfecta razón en un cerebro central
Que no tiene ningún poder, sino que se sienta triste y fría,
A ver la locura y a prever de manera igualmente clara
La ruina de su rumbo y trata vanamente
De engañarse a sí misma negándose a contemplar.²³

Ricos y pobres son:

Los hombres más tristes y hastiados de la tierra.²⁴

Pero, ¿podría algo impulsar a "nuestras unidades aisladas" "a actuar juntas con algún propósito común"? Una larga procesión llega a la catedral, para realizar todo tipo de actividad humana y allí todos reciben un nuevo sentido de la vida que es una percepción del engaño:

¡Oh, hermanos de melancolía, oscuridad, oscuridad, oscuridad!
...Era la oscura ilusión de un sueño...
...Esta pequeña vida es todo lo que debemos soportar...
...Nos inclinamos ante las leyes universales
Que nunca tuvieron para el hombre una cláusula especial.²⁵

Una pérdida de la creencia en los falsos sueños de Dios o de inmortalidad o de cualquier propósito de vida convincente es ahora la condición de la ciudad y la condición del hombre. No obstante, esa pérdida de propósitos se da dentro de una proximidad humana sin precedentes;

Dondequiera que haya hombres reunidos, todo el aire
Está cargado de sentimiento humano, de pensamiento humano;
Cada grito, cada llanto, cada risa, cada maldición y cada plegaria,
Se agita seguramente en sus vibraciones;
La pasión no expresada, la meditación sin palabras
Se incorporan a él con nuestra respiración;
Está cargado y sobrecargado con nuestra vida.
De modo tal que allí ningún hombre respira el simple aliento de la tierra,
Como cuando está solo en las montañas o los amplios mares;
Sino que alimenta la cálida vida o precipita la muerte
Con alegrías y aflicciones, con salud o loca enfermedad,
La sabiduría y la locura, los trabajos buenos y malos
Incesantes de sus multitudinarios vecinos;
Y él a su vez los afecta a todos ellos.

Esa atmósfera de la ciudad es oscura y densa,
Aunque no muchos exiliados deambulan por allí,
Con potente influencia de maldad,
Cada uno agrega algún veneno al envenenado aire;
Infecciones de indecible tristeza,
Infecciones de incalculable locura,
Infecciones de incurable desesperación.²⁶

Esta vigorosa visión reúne, en una estructura inmensamente influyente, aunque no muy frecuentemente reconocida, la realidad de la ciudad y de la nueva conciencia angustiada. La lucha, la indiferencia, la pérdida de un propósito, la pérdida de sentido —los rasgos de la experiencia social del siglo XIX y de una interpretación común de la nueva cosmovisión científica— han encontrado en la ciudad una morada y un nombre. Porque en esta visión, la ciudad es, no solo una forma de vida moderna: es la encarnación material de una decisiva conciencia moderna.

Pueden seguirse los pasos de esta visión, presentada de variadas maneras en la literatura del siglo XX y directamente en T. S. Eliot.

Ciudad irreal,
Bajo la pardusca niebla de un atardecer de invierno,
Una multitud fluía sobre el Puente de Londres, tantos,
No creía yo que la muerte hubiese arruinado a tantos.
Las miradas, breves e infrecuentes, apenas se exhalaban,
Y cada hombre fijaba la vista ante sus pies.
Fluía hacia la colina y bajaba por King William Street,
Hacia donde Saint Mary Woolnoth daba las horas
Con un toque de difuntos en el último golpe de las nueve.²⁷

Esta es la ciudad de la muerte en vida, como la había visto Thomson. Esta es

la moderna tierra baldía y, a través de ella, una potente convención de la metáfora urbana que llega a ser casi un lugar común. Las primeras imágenes de Eliot²⁸ están más particularizadas y más aisladas, pero la continuidad es evidente:

Los finales incendiados de días cargados de humo.
Y ahora una lluvia borrascosa envuelve
Los sucios fragmentos
De hojas marchitas alrededor de los pies
Y periódicos traídos desde terrenos desocupados...
...La mañana se hace presente en la conciencia
De efluvios rancios y apenas perceptibles de cerveza
Desde la calle de aserrín pisoteado
Por todos los pies fangosos que avanzan
Hacia los tempranos puestos de café.
Con las demás mascaradas,
Que ese momento reanuda,
Uno piensa en todas las manos
Que están levantando tristes sombras
En un millar de habitaciones amobladas.²⁹

Al final, esta visión es tan implacable y tan convencional como la pastoral. En realidad lo que está vigente es una metáfora neourbana del mismo estilo literario que la imagen neopastoral aislada. Un paisaje urbano seleccionado transmite al observador aislado una desesperanza general. Significativamente también transmite un desprecio social que es aún más agrio que el de Gissing:

Se oye un tintineo de platos para el desayuno en las cocinas del sótano,
Y en la calle, al borde de pisoteadas aceras,
Descubro las desalentadas almas de las sirvientas
Que, con aire triste, se elevan en las puertas de los patios.³⁰

En sus últimos poemas, Eliot relacionó la pérdida de sentido que hay en la ciudad con la pérdida de Dios. Por implicación, o de manera abiertamente declarada, Eliot atribuye a las agrupaciones humanas del pasado una significación diferente, y los asentamientos rurales —aislados y remotos, visitados desde la ciudad— adquieren, aunque solo sea por ausencia, una significación tradicional. Esta asociación bastante habitual del estilo de vida rural con el pasado y con la tradición y, luego, por una asociación más simbólica que histórica, con la fe religiosa, llega a constituir un lugar común. Aparentemente, la ciudad era lo que los hombres habían hecho en ausencia de Dios.

¿Puedes conservar la ciudad en la que el Señor no está contigo?
Un millar de policías dirige el tránsito

Y no pueden decirnos de dónde venimos ni a dónde vamos...
 ...Donde no hay ningún templo, no debería haber ninguna casa,
 Aunque hay refugios e instituciones,
 Precarios alojamientos, mientras se pague el alquiler,
 Sótanos hundidos donde se alimentan las ratas
 O moradas higiénicas con puertas numeradas
 O una casa apenas mejor que la del vecino;
 Cuando el Forastero dice: "¿Cuál es el sentido de esta ciudad?
 ¿Se acurrucan ustedes tan juntos porque se aman?"
 ¿Qué responderás? "Vivimos todos juntos
 Para quitarnos el dinero unos a otros" o "Esto es una comunidad"
 Y el Forastero desaparecerá y regresará al desierto."

El forastero pertenece a Thomson, pero la ideología está ahora más desarrollada. La pregunta del forastero nunca se formula, por ejemplo, en la aldea de Crabbe. Esta "ciudad cronometrada" se compara implícitamente con los ritmos naturales de la sangre, el día, la noche y las estaciones; el pasado rural se combina con la fe y la inocencia: una nueva versión de lo pastoral en virtud de los aspectos negativos de la ciudad. La experiencia de las calles, de un forastero incierto, se desarrolla, pues, desde su confusión social y perceptiva original hasta una analogía con el purgatorio:

En ese instante incierto que precede a la aurora
 Cuando se acercaba el final de la interminable noche
 Ese repetido final de lo inacabable
 Cuando la oscura paloma con su parloteo entrecortado
 había cruzado el horizonte de su querencia
 Mientras las hojas muertas repiqueteaban aún como latas
 Sobre el asfalto, donde no se oía ningún otro sonido,
 Entre tres arrabales envueltos en humo
 Encontré a un caminante que erraba apresurado
 Impulsado hacia mí como las hojas metálicas,
 Dócil ante el viento urbano del amanecer.
 Y cuando fijé en sus ojos bajos
 El agudo escrutinio con el cual desafiamos
 Al primer transeúnte que encontramos en la sombra menguante,
 Capté la mirada súbita de algún maestro muerto
 A quien yo había conocido, olvidado, a medias recordado.
 A la vez uno y muchos; en sus rasgos tostados
 Los ojos de un fantasma compuesto y familiar,
 Íntimo y a la vez inidentificable.
 Por lo tanto, representando un papel doble, grité
 Y oí la voz del otro: "¿Cómo, usted está aquí?"
 Aunque en realidad no estábamos. Yo era el mismo de siempre

Consciente de mí y a la vez otro
 Y él todavía un rostro inconcluso; pero bastaron esas palabras
 para impulsar el reconocimiento inmediato.
 Así, obedientes ambos al viento común,
 Demasiado desconocidos el uno para el otro para un malentendido
 En armonía, en ese instante de intersección,
 De encontrarse en ninguna parte, sin un antes ni un después,
 Recorrimos la acera en una ronda inútil."

El pesimismo escéptico de Thomson, el pesimismo social de Gissing y el pesimismo religioso de Eliot: cada uno de ellos encuentra su paisaje en la ciudad. Pero las metáforas características de la preocupación urbana se desarrollaron también de otros modos. En Virginia Woolf, la discontinuidad y la atomización de la ciudad se viven estéticamente, como un problema de percepción que plantea problemas de identidad y que, de manera característica, se resuelven con la llegada al campo:"

El viejo Kent Road estaba de lo más concurrido el jueves 11 de octubre de 1928. La gente desbordaba las veredas. Había mujeres con sacos repletos de compras. Chicos corriendo. Había saldos en las tiendas de paños. Las calles se angostaban y se ensanchaban. Largas perspectivas que se encogían. Aquí un mercado. Aquí un entierro. Aquí una manifestación con banderas en las que se leía *Ra-Un*. Pero, ¿qué otra cosa? La carne era muy roja. Los carniceros estaban a la puerta. Las mujeres casi habían perdido sus tacones. Amor Vin; eso estaba sobre una puerta. Una mujer miraba por la ventana de un dormitorio, profundamente pensativa y muy quieta. Applejohn y Applebed, Empre... Nada se leía entero, nada se podía leer del principio al fin. Se veía el principio —como dos amigos cruzando la calle para encontrarse— y nunca el fin, el encuentro. A los veinte minutos el cuerpo y el espíritu eran como papel picado que va cayendo de una bolsa. Realmente el hecho de correr en automóvil por Londres se parece tanto al desmenuzamiento de la identidad personal que precede al estado inconsciente y quizás a la muerte, que es difícil saber hasta qué punto Orlando existía entonces. Sinceramente la consideraríamos una persona del todo dispersa, si no fuera por una pantalla verde que se descorrió a la derecha, donde los trocitos de papel golpeaban más despacio, y luego otra pantalla a la izquierda que dejaba ver cada pedacito girando y descendiendo en el aire; y luego hubo continuas pantallas verdes y su espíritu recuperó la ilusión de contener las cosas y vio una cabaña, un gallinero y cuatro vacas, todo exactamente de tamaño natural.

Esta experiencia fragmentaria —ahora acelerada por el hecho de "correr en automóvil"— ha continuado siendo una condición perceptiva que está profundamente vinculada con varias formas características del imaginario moderno, de modo más evidente en la pintura y especialmente en el cine que, como medio, contiene gran parte del movimiento interno de tal imaginario. En verdad hay una relación directa entre la imagen en movimiento, especialmente en su desarrollo

durante el corte y montaje, y el movimiento característico de un observador en el entorno íntimo y variado de las calles. Pero esto debería recordarnos que la experiencia perceptiva misma no implica necesariamente ningún estado de ánimo particular y mucho menos una ideología. Esta experiencia del movimiento urbano ha sido utilizada, en todos los niveles de seriedad o de juego, para expresar una gama de sentimientos que van desde la desesperación hasta el deleite. La visión sencilla del imaginario característico de Eliot, de humo, papeles, mugre, sordidez, ha sido muy vigorosa, pero no abrumadora. Podemos advertir más claramente esta característica si observamos *Ulises* de Joyce, que es la concreción más extensa y memorable de nuestra literatura de esos modos de percepción y de identidad fundamentalmente alterados.

Wordsworth, casi al comienzo, había perdido sus orientaciones familiares:

Todas las leyes del hombre que obra, piensa y habla
Me abandonaron, sin conocerme y sin que yo las conociera."

Pero, al tiempo que se prolongaba la experiencia, quedó claro que la palabra "leyes" debía interpretarse como "convenciones". Generaciones de hombres y de mujeres aprendieron a ver de modos diferentes, aunque fue necesario el talento de Joyce para que esos nuevos modos penetraran en la sustancia profunda del método literario mismo. En Joyce, las leyes y las convenciones de la observación y la comunicación tradicionales aparentemente habían desaparecido. La conciencia que se alcanza en consecuencia es intensa y fragmentaria, primariamente subjetiva, aunque en la forma misma de su subjetividad incluya otras que ahora son, junto con los edificios, los ruidos, las vistas y los olores de la ciudad, parte de esta conciencia única y acelerada. Podemos participar de esta experiencia precisa cuando Bloom camina por Dublín:

Cruzó al lado soleado de la calle para evitar la entrada del sótano del número setenta y cinco. El sol se acercaba al campanario de la iglesia de St. George. Me parece que hoy hará calor. Sobre todo lo siento por esta ropa oscura. El negro conduce, refleja (¿se dice refracta?) el calor. Pero no podría andar con aquel traje claro. Parecería que voy a un día de campo. Por momentos, sus párpados se cerraban apaciblemente mientras andaba por la dulce tibieza. Las camionetas de Boland entregando en bandejas el pan nuestro de cada día; pero ella prefiere el de ayer, bocadillos de cortezas tostadas calientes. Hacen que uno se sienta joven. En alguna parte en el este: mañana temprano; partir al amanecer, viajar en redondo frente al sol, robarle al menos un día de marcha. Seguir siempre así, envejeciendo, técnicamente, sólo un día. Vagar a lo largo de la costa de un país desconocido, llegar a la puerta de la ciudad, un centinela allí, veterano de las filas también; los grandes mostachos del viejo Tweedy apoyados sobre una larga especie de lanza. Errar a través de las calles con toldos. Rostros con turbantes que pasan. Oscuras cuevas donde se venden alfombras, un hombre corpulento, Turco el terrible, sentado con las piernas cruzadas, fumando su narguile. Gritos de vendedo-

res en la calle. Beber agua perfumada con anís, sorbetes. Deambular a la deriva todo el día. Encontrarse tal vez con uno o dos ladrones. Bueno, enfréntalo. Se aproxima el crepúsculo. Las sombras de las mezcuitas a lo largo de las columnas; un sacerdote con su pliego de pergamino arrollado. Un estremecimiento de los árboles, señal, el viento del atardecer. Continúo. El cielo de oro se desvanece. Una madre vigila desde la puerta. Llama a sus hijos para que regresen a casa en un lenguaje oscuro. Pared alta: más allá puntear de cuerdas. Noche de cielo con luna, violeta, el color de las ligas nuevas de Molly. Cuerdas. Escucha. Una joven tocando uno de esos instrumentos, ¿cómo se llaman?: salterios. Paso."

Aquí la fantasía de la ciudad oriental comienza con el olor del pan en la camioneta de Boland, pero cada visión o cada sonido o cada aroma es un disparador de las preocupaciones privadas de Bloom. Ante la presión de sus necesidades, una ciudad es, al pasar, tan real como la otra.

Esta constituye una profunda modificación. Las fuerzas de la acción se han hecho internas y, en cierto sentido, ya no hay una ciudad, solo hay un hombre que camina por ella. Recordemos que Elizabeth Gaskell pasó de la vidriera del farmacéutico al "jardín de frutas encantadas de Aladino", pero siempre dentro de un marco objetivo rígidamente controlado: "los cuentos de nuestra infancia"; la escritora y el lector pueden compartir este recuerdo ("Bartón no hacía ninguna de tales asociaciones"); el personaje, visto objetivamente, separado por la situación y la cultura, se destaca agudamente como alguien distinto. En *Ulises* la relación entre la acción y la conciencia, pero también la relación entre el narrador y el personaje, ha sido modulada hasta lograr que toda la forma del lenguaje cambie:

Se acercó a lo de Harry O'Rourke. Por la ventana enrejada del sótano salía a borbotones el débil olor de la cerveza. A través de la puerta abierta el bar lanzaba bocanadas de jengibre, polvillo de té, masa de bizcochos. Buen establecimiento, no obstante: justo donde termina el tráfico de la ciudad. Por ejemplo el de M'Auley más abajo: nada bueno, en cuanto a ubicación. Evidentemente, si se tendiera una línea de tranvías a lo largo de la circunvalación norte, desde el mercado de hacienda hasta los muelles, su valor se dispararía como un tiro.

Cabeza calva por encima de la persiana. Lindo vejete. No vale la pena sondearlo para un anuncio publicitario. Sin embargo, es quien mejor conoce su negocio. Allí está, no hay duda, mi valiente Larry, apoyado contra la caja del dinero, en mangas de camisa, observando a su ayudante en delantal fregar con el cubo y el estropajo. Simon Dedalus lo imita exactamente haciendo girar los ojos. ¿Sabes qué te voy a decir? ¿Y eso qué importa, señor O'Rourke? ¿Sabe qué? Los rusos no serían más que un desayuno liviano para los japoneses.

Detenerme y decir algunas palabras: tal vez sobre el entierro. ¡Qué triste lo del pobre Dignam, señor O'Rourke!

Al doblar por la calle Dorset dijo con tono alegre, saludando a través de la puerta: -Buen día, señor O'Rourke.

- Buen día tenga usted.
-Qué clima tan agradable, señor.
-Por cierto.¹⁶

Aquí el contraste de dimensiones es directo: la sustancia de las observaciones, las especulaciones y los recuerdos de Bloom –en un hilo de acción narrativa– es un intercambio activo, hasta una comunidad activa, dentro del discurso imaginado del pensamiento, mientras que lo que en realidad se dice cuando Bloom y O'Rourke se encuentran es chato y externo: en esto se han convertido las convenciones recibidas. La realidad sustancial, la variedad vívida de la ciudad, está en la mente del caminante:¹⁷

Caminó a lo largo del cordón de la vereda. Corriente de vida [...]
La población entera de una ciudad fallece, otra la reemplaza y también fallece: otra que llega y se va. Casas, hileras de casas, kilómetros de pavimento, ladrillos apilados, piedras. Que cambian de manos. Este propietario, aquel otro. Dicen que el propietario nunca muere. Otro ocupa su lugar cuando llega el aviso de partir. Compran el lugar con oro y sin embargo todavía poseen todo el oro. Lo consiguen con estafas en alguna parte. Acumulado en ciudades, gastado era tras era. Pirámides en la arena. Construidas sobre pan y cebollas. Esclavos. La muralla china. Babilonia. Solo quedan grandes piedras. Torres redondas. El resto no son más que ripio, suburbios desparramados, edificados de cualquier modo, las casas hongos de Kerwan, construidas de viento. Refugio para la noche.
Nadie es nada.

La originalidad de Joyce en estos fragmentos de su obra es notable. Es una innovación que resultaba necesaria para poder dar forma real a esta nueva manera de ver –fragmentaria, múltiple, aislada– en una nueva estructura de lenguaje.

La genialidad de *Ulises* estriba en que la obra dramatiza tres formas de conciencia (y en este sentido tres personajes): Bloom, Stephen y Molly. La interacción entre ellos, pero también la falta de conexión entre ellos, es la tensión de la composición de la ciudad misma. Porque lo que cada uno representa para el otro es un rol simbólico y la realidad con la que en última instancia pueden relacionarse ya no es un lugar ni un momento, a pesar de todos los angustiosos encuentros de ese día en Dublín. Es un modelo abstracto o, más estrictamente, inmanente de hombre y de mujer, de padre y de hijo; una familia, pero que no es una familia, cuyos miembros no pueden ponerse en contacto y se buscan recíprocamente a través de un mito y una historia. La historia no ocurre en esta ciudad, sino en la pérdida de una ciudad, la pérdida de las relaciones. La única comunidad concebible está en la necesidad, el deseo, de formas de conciencia separadas y en fuga.

Con todo, lo que también debe decirse, al observar esta nueva estructura, es que la comunidad humana más profundamente conocida es el lenguaje mismo.

Es una paradoja que en *Ulises*, a través de sus patrones de pérdida y frustración, haya no solo búsqueda, sino también descubrimiento: el descubrimiento de un lenguaje corriente, oído más claramente que en ninguna otra parte en la novela realista que lo precedió; un flujo positivo de ese modo de hablar humano más amplio, que las convenciones sociales predominantes habían tamizado y forzado, convenciones de separación y reducción, en la historia real. La grandeza de *Ulises* reside en esta comunidad de habla. Y esto es lo que diferencia esta obra de *Finnegans Wake*, en la cual una voz única, una voz que se ofrece para hablar en nombre de todos y de todo, "Aquí llega Todos", lleva consigo la disolución hacia un cambio de calidad en el cual las tendencias ya evidentes en las últimas partes de *Ulises* (antes del último monólogo) han aumentado hasta tal punto que el intercambio de voces –públicas y privadas, las voces de una ciudad escuchada y también oída al pasar– han dado paso a un lenguaje sustituto, un lenguaje aislado universal. Si *Ulises* marcó el punto culminante, *Finnegans Wake* es la crisis de la evolución que hemos estado examinando: de la novela y la ciudad; la novela del "hombre que obra, piensa y habla".

Pero esta evolución tiene otra significación. Nos retrotrae a la observación que hacía Hardy de Londres, en donde:

Cada individuo es consciente de *sí mismo*, pero nadie es consciente de todos colectivamente.¹⁸

Como ya vimos, la intensa conciencia de sí mismo, la subjetividad perceptiva, fue desarrollada vigorosamente como recurso literario. Esto se relaciona, directamente, no solo con lo que se llama la "corriente de la conciencia" o el "monólogo interior", sino también con esa versión más modernista del "simbolismo" en la cual el aislamiento y la proyección de objetos significativos es consecuencia de la subjetividad separada del observador. Estos procesos componen una enérgica reacción ante lo que se conoce, incluso convencionalmente, como la experiencia de la ciudad, pero aun cuando se los lleve a niveles que parecen puramente estéticos, están profundamente relacionados con modelos subyacentes de vida y sociedad; de manera tan clara, como cuando se superponen en forma explícita con versiones ideológicas de un aislamiento, una alienación y una pérdida de comunidad esenciales. Resulta, pues, irónico que la mayor parte de las versiones modernas del pasado rural hayan sido elementos convencionales y subsidiarios precisamente de esos métodos e ideologías: proyecciones retóricas de conexión o comunidad o creencia.

No obstante, hay otro tipo de desarrollo que se vincula más con Joyce. A pesar del aislamiento, de una subjetividad aparentemente infranqueable, reaparece una "conciencia colectiva", pero en una forma modificada; se trata del "inconsciente colectivo" de Jung. En las intensas subjetividades y a través de ellas, se su-

pone la existencia de una "comunidad" metafísica o psicológica, comunidad que, característicamente, es universal, aunque solo lo sea en estructuras abstractas; los términos medios de las sociedades reales quedan excluidos porque se los considera efímeros, superficiales o, en el mejor de los casos, contingentes y secundarios. Así es como, de algún modo, la pérdida de reconocimiento y conciencia social se transforma en una virtud: en una condición para la comprensión y la percepción íntima. Se establece, pues, una conexión directa entre la intensa subjetividad y la realidad atemporal: una es un medio para la otra y los términos alternativos no son más que distracciones. El problema históricamente variable de "individuo y sociedad" llega a ser una abstracción y lo colectivo fluye únicamente a través de los canales más íntimos. Se reúnen así, no solo las experiencias corrientes de aparente aislamiento, sino además toda una gama de técnicas de autoaislamiento, con el fin de sustentar la experiencia paradójica de una colectividad última que está más allá y por encima de la comunidad. Las versiones sociales de la comunidad se entienden, pues, como variantes del "mito" —la significación codificada— que, de una forma u otra, es la única conciencia colectiva asequible. Hay un lenguaje de la mente —con frecuencia, más estrictamente, del cuerpo— y está además este presunto lenguaje universal. Entre ellos, como objetos, como signos, como material, como agentes, están las ciudades, los poblados, las aldeas: las sociedades humanas reales.

En el siglo XX se ha dado y continúa dándose un conflicto profundo y confuso entre esta reaparición de lo colectivo, en sus formas metafísicas y psicológicas, y esa otra respuesta que, también dentro de las ciudades, ofrecía crear, a través de nuevas instituciones y nuevas ideas sociales, aquello cuya ausencia habían señalado Hardy y otros: una conciencia colectiva que pudiera percibir no solo a los individuos, sino también sus relaciones modificadas y cambiantes, y que, al percibir las relaciones y sus causas sociales, hallara los medios sociales de producir un cambio.

En realidad, fue de las ciudades de donde surgieron estas dos grandes ideas modernas transformadoras: el mito, en sus formas variables, y la revolución, en sus formas variables. Bajo presión, cada uno de ellos ofrece convertir al otro a sus propios términos. Pero es mejor considerarlos como respuestas alternativas, puesto que en miles de ciudades, aunque en formas confusas, estas dos ideas están en conflicto agudo, directo y necesario.

21. Sobrevivientes del campo

La Gran Bretaña rural era secundaria y sabía que lo era desde fines del siglo XIX. Pero el pasado del campo, sus sentimientos y su literatura estaban implicados hasta tal punto con la experiencia rural y tantas ideas referentes a lo que significaba vivir bien —desde el buen tono de la mansión solariega a la simplicidad de la cabaña— persistieron y hasta se reforzaron, que en el siglo XIX se dio casi una proporción inversa entre la importancia relativa de la economía del trabajo rural y la importancia cultural de las ideas rurales. Esta inversión tuvo sus efectos en la manera en que se expresaron y desarrollaron las ideas, pero fueron efectos complejos, con resultados tanto positivos como negativos.

Pueden trazarse tres líneas diferentes dentro de este desarrollo, todas ellas complejas. Por un lado, persistió y evolucionó lo que llegó a llamarse la novela "regional", que tuvo algunas de sus raíces en George Eliot y en Hardy, aunque con un alcance limitado. Este estilo se complicó, como veremos luego, en virtud de la continuidad y degradación de la "novela de la mansión solariega". Por otro lado, surgió un estilo, probablemente iniciado por Meredith, basado principalmente en la expresión de sentimientos acerca de la tierra y la vegetación natural, que en cierto modo constituyó una continuación de las formas de descripción del paisaje y de la poesía de la naturaleza, estilo que correspondería al lenguaje verde de Clare, pero que incluía además todo un imaginario de las relaciones humanas y especialmente del amor y el deseo. En tercer lugar y superponiéndose con la descripción natural, se dio un importante desarrollo de recuerdos, observaciones y relatos de la vida rural: muchos de ellos estaban teñidos por una sensación de pasado que se desvanece y, en este sentido, evolucionaron hacia la recolección de relatos tradicionales y hasta folclóricos; otros, en cambio, se concentraron en los usos y abusos de la tierra, en las relaciones con un mundo natural amenazado y en las condiciones de un ambiente humano. No es fácil juzgar de manera unívoca ninguna de estas tres líneas narrativas, porque, en realidad, muchos de

los problemas que se presentan tienen su origen en el hecho de que los sentimientos falsos y los sentimientos verdaderos, las ideas falsas y las ideas verdaderas, las historias falsas y las historias verdaderas se presentan íntimamente unidos, con frecuencia dentro de la misma obra.

Lo que sí puede detectarse de inmediato es una forma inequívocamente decadente. En el mundo de las casonas solariegas de *Daniel Deronda* ya se advierte claramente que está emergiendo una forma nueva y débil: la mansión campestre que corresponde, no a la tierra, sino al capital. Decir esto no equivale a idealizar las mansiones solariegas anteriores; sabemos lo bastante de su realidad para no caer en esa tentación. Pero hay un cambio evidente en, por ejemplo, las mansiones campestres de Henry James, que se han convertido en el placentero lugar de reunión de una rutina social metropolitana e internacional, en los escenarios de un drama social más general. Y esta diferencia no es una invención forzada de James; la vida que él veía, a menudo con mirada crítica, estaba allí. Ahora su dimensión determinante es, no la tierra sino el dinero; las casas, los parques y el mobiliario son objetos explícitos de consumo e intercambio. Las personas negocian entre sí, se explotan y utilizan mutuamente y estas casonas son el refugio de la ambición y la intriga que las caracteriza. El dinero procedente de otra parte es un tema explícito y dominante. Cultivar la sociabilidad, un hábito que en Jane Austen aún está vinculado al proceso general de mejoramiento, es ahora un complicado proceso que fluye de una sociedad más amplia. El capital independiente, el ingreso independiente, el consumo independiente, el trato social independiente están allí por un tiempo y desaparecen, visitan y abandonan estas mansiones incidentalmente sobrevivientes y transformadas. La capitalización, el consumo y la indiferencia ante los verdaderos vecinos, que hasta ahora habían sido internos, se vuelven externos y móviles, con lo cual se acentúan todos sus vicios inherentes. Las casonas solariegas son lugares donde ocurren transitoria e intrincadamente eventos preparados en otra parte y que luego continúan en otra parte.

Se ha dicho que James no conoció o no comprendió la auténtica Inglaterra de las mansiones campestres, pero yo tengo la impresión de que la conoció muy bien. Porque la cáscara, la fachada, de un estilo de vida por completo diferente era ahora la realidad. Por supuesto, se podía sellar firmemente el cascarón para concentrarse, meticulosamente, en sus involuciones internas, como lo hicieron Ivy Compton-Burnett y algunos otros sucesores. Pero lo más común fue presentar la fachada con rasgos cada vez más gruesos y las angustias morales de James quedaron reducidas a una transitoriedad y una complejidad mecánicas. Cualquiera que quisiera aislar las relaciones humanas contaba ahora con este escenario teatral y aislante para representarlas. Dentro de nuestra propia generación ha habido algunos ejemplos ridículos en novelas con pretensiones de seriedad. También hubo algunas pocas idealizaciones deliberadamente reaccionarias de esta supuesta clase y su supuesto estilo de vida, como en el caso de las obras de Evelyn Waugh.

Pero el verdadero destino de la novela de las grandes mansiones campestres fue su evolución hacia la novela policial de clase media. En virtud de esa condición misma de abstracción y, sin embargo, de supervivencia superficialmente impresionante, la casona solariega pudo convertirse en el lugar de reunión aislada de un grupo de personas cuyas relaciones inmediatas y fugaces solo podían descifrarse mediante un modo abstracto de reconstrucción, antes que a través del análisis completo y conectado de cualquier comprensión más general. A veces la fórmula es meramente instrumental, como en las novelas de Agatha Christie y otros autores. A veces, como en el caso de Dorothy Sayers, esa misma fórmula se combina con ciertas fantasías de clase media sobre la naturaleza humana de los habitantes tradicionales de aquellas mansiones. Pero, en otras obras, la tradición se reduce a la antigua arquitectura, los añosos árboles y el ocasional fantasma. Me parece muy adecuado que una forma de analizar las relaciones humanas que surgió de Baker Street, de la niebla de una ciudad efímera, hallara un lugar de reposo temporario en este estilo de vida de apariencia superficial, antes de regresar eventualmente al lugar que le correspondía en las calles. Porque la casona campestre, si bien conservaba su fuerza emocional, era en realidad un sitio conveniente para hacer que transcurrieran en ella situaciones de una opacidad que solo podía penetrarse en una única dimensión: se dejaban de lado todas las cuestiones reales relativas a la relación social y personal, salvo aquellas que podían ser utilizadas instrumentalmente para descifrar el misterio. En tiempos muy recientes, este tipo de escenario ha sido retomado como centro de proyectos criminales, espionaje o actividades de la policía secreta. Pero lo que hay que destacar es que en el siglo XX la mansión campestre tiene precisamente esa condición de disponibilidad abstracta e indiferencia de función. Las casas reales se han convertido en cualquier cosa, desde escuelas, institutos superiores y hospitales a lugares de retiro para gente de negocios, oficinas inmobiliarias y museos subvencionados. Del mismo modo, en un enfoque más sensacionalista, pueden ser o bien centros de poder, corrupción e intriga aislados, o bien lo que se suele llamar "símbolos de *status*" —es decir, abstracciones— del éxito, el poder y el dinero que se consigue en otra parte, pero se mantiene convenientemente oculto. Este no es un final triste, es un final apropiado. Los rasgos esenciales estuvieron siempre allí y gran parte de la historia que cambió esas mansiones surgió de ellas mismas, en virtud de su dominación y su alienación originales y persistentes.

Ya las casonas solariegas de Meredith son precarias: la imagen tradicional aparece mezclada con una admisión creciente de confusión y de culpa. El radicalismo genuino de Meredith comenzó y terminó dentro de los límites de esa dimensión. Pero en sus márgenes se estaba desarrollando un fenómeno interesante: una versión de las virtudes de la "gente común". Esta versión fue, desde el comienzo, ambigua, como lo había sido en algunos fragmentos de George Eliot, quien ejerció poderosa influencia en Meredith mediante una de las peores cosas

que escribió: un ensayo de 1856 titulado *The Natural History of German Life*, que significativamente ha sido resucitado por cierta crítica reciente. George Eliot presentaba su análisis de Riehl dentro de una descripción del "campesino" que ha tenido una interesante progenie:

Para él la costumbre ocupaba el lugar del sentimiento, de la teoría y en muchos casos del afecto [...]. El campesino nunca cuestiona la obligación de los vínculos familiares —nunca pone en tela de juicio ninguna tradición—, y el afecto emotivo, tal como existe entre los miembros refinados de la humanidad, le es casi tan desconocido como las manos blancas y las uñas en forma de almendra.¹

La transición, carente de sentido crítico que hace Eliot desde Alemania a Inglaterra, donde no había "campesinos", es bastante notable. Pero aún más importante es el hecho de que, a través de sus meticulosas frases, va surgiendo una figura tipo, cuyos gruñidos hemos estado oyendo desde entonces. Por cierto, son gruñidos honestos; y eso es habitualmente lo más destacable. Este personaje no es la simple figura natural de Wordsworth; es alguien que casi se podría tildar de elemental. Tierra tosca, tosca lucha esforzada con la naturaleza, toscos sentimientos, tosca honestidad. Es un personaje que aún puede ser mirado por encima del hombro, del modo en que Maugham miraba a Hardy; "una cara terrosa... un extraño aspecto de terruño". Pero esta figura, lo sepa ella o no, tiene un destino romántico. ¿Qué son acaso las blancas manos y las uñas almendradas en comparación con estos brazos fuertes tostados por el sol, este rostro magro curtido por la intemperie, esta familiaridad íntima con las corrientes del apasionado desarrollo del toro y el trigo?

En sus novelas, Meredith se atiene principalmente a las limitaciones: el hombre de campo es duro, tenaz, resistente y limitado. Pero las virtudes de la Tierra, en el nuevo sentido fértil, estaban a punto de abrirse camino. Si uno lee *Rhoda Fleming* ya puede advertir los lineamientos de muchas novelas posteriores, pero si uno lee los poemas se puede oír el nuevo ritmo:

Enséñame a sentirme el árbol
Y no la hoja marchita.
Estoy preparado y espero la futura noche.
Y ¡Oh, verde y generosa Tierra,
Madre sacerdotisa de Baco! Severa con aquellos
Que no viven en tu corazón de regocijo;
¿Me acobardaré ante la muerte si te amo?...
...La tierra no conoce la desolación
Huele a regeneración
Hasta en el aliento húmedo de la podredumbre.²

Esta es la *Ode to the Spirit of Earth in Autumn*. Es un texto que podemos ha-

cer remontar, como tantos otros, a Wordsworth y al movimiento romántico temprano, no obstante podemos advertir aquí una acción nueva y más sugestiva que se vuelve particularmente significativa en *Modern Love*:

Pero en la extensión de la tierra crepuscular
Nuestros espíritus se elevaron mientras caminábamos uno junto al otro
La hora fue su marido y también mi esposa.³

O en su colección *A Reading of Earth*:

Ella tamiza, tamiza torpemente; cierne
Para bañar a su elegido en su fuente.⁴

Podemos comprender qué quería decir Charles Sorley cuando en 1912 escribía mirando retrospectivamente:

Tennyson es predominantemente insignificante y superficial cuando le canta a la naturaleza y la tierra. No tarda mucho en cercarla con el bien torneado corsé de la verbosidad aliterada. Meredith fue el primero en superar esta barrera y descubrirla en su verdad.⁵

Esta relación ahora deliberada con la tierra llegó a constituir, en su fusión con el imaginario agrícola y sexual (véanse, por ejemplo, las descripciones que hace Lawrence de la labranza y el ordeño en el primer capítulo de *El arco iris*) un estilo dominante; dominante también en el sentido especial que implica que el imaginario es masculino y la tierra una mujer. La base emocional del amante campesino rústico, las profundas pasiones de la vida del terruño, han de encontrarse aquí, pero no son sus únicos elementos.

Porque en las figuras campestres observadas hay además una proyección y esto se acentúa en virtud del contraste recibido con el frenético materialismo de las ciudades. Hay mucha distancia entre la simplicidad de las figuras pastorales observadas por Wordsworth y las de Meredith:

Jane, la viuda de un esforzado zagal,
Tuvo una revelación:
Su cuerpo tembló primero bruscamente,
Luego toda ella fue un arpa
Y los vientos soplaron entre sus cuerdas; pudo oír
Aunque no había ni sonos ni palabras.⁶

Pero esta silenciosa condición física, una liberación de la energía "elemental" contra las frustraciones de una civilización mecánica, pulsaban una cuerda profunda en una imaginación confusa. Estaba el simple acto físico, el pulso vital de

la tierra, y luego, igualmente asequible, estaba la reincidencia desnuda, la tranquilizadora convergencia:

Incrustados en una tierra de codicia,
De temblores de Mamón, tan espantosos como los de la Tierra,
Sólo me preocupaba yo por calmar mi necesidad;
En paz entre las pequeñas cosas valiosas.⁷

Es decir, el campo laborioso se estaba convirtiendo, una vez más, pero de un modo diferente, en un lugar de regeneración física y espiritual. Se trataba ahora de la rebosante vida de una naturaleza aislada o del ritmo estacional de los procesos fundamentales de la vida. Ninguna de estas sensaciones era nueva en sí misma. Lo nuevo era su fusión dentro de una estructura de sentimiento en la que la tierra y sus criaturas —animales y campesinos casi por igual— constituían una afirmación de vitalidad y la posibilidad de reposar en el contraste consciente con el orden mecánico, las rutinas artificiales, de las ciudades. En su aspecto más vigoroso, este estilo era una adaptación social del panteísmo. En su aspecto más extraño, era un desplazamiento del sentimiento sexual, en el dificultoso curso de la liberación victoriana: una serie de imágenes de transición, en las cuales el sexo era la labranza de la tierra, un macizo de jacintos eran unos pechos; ni la actividad expresada completamente, ni los rasgos vistos por entero; solo la intensidad de su confuso secreto. Sin embargo, en caso de duda, allí estaba la sangre fría y malsana del dinero y de la ciudad; la represión y la mezquindad; la frustración de las convenciones y rutinas mundanas.

Lo que llegó a llamarse la novela regional no fue solo esto, aunque se advierte en ella una significativa y persistente corriente subterránea de la metáfora rural-sexual: en Lawrence, evidentemente; en T. F. Powys, aunque sus fábulas corresponden a una dimensión de la observación más irónica; en toda una serie de novelas de pasiones sumergidas en los paisajes; en una tradición vívida de anécdotas de sensualidad rural. Lawrence y Powys tenían intereses más amplios, pero en las formas más evidentes hay, en efecto, una disgregación y luego una explotación de lo que se había logrado en el siglo XIX. Algunos de los ejemplos más vulnerables llegan a la parodia evidente de *Cold Comfort Farm*, pero lo que hay que decir sobre esta extraña obra no es fácil. Los gestos excesivos de algunas de las novelas regionales conducen directamente a este tipo de sátira, pero lo que también se proyecta en ellas es un malestar suburbano, una tensión de atracción y repulsión, un ingenio frágil que es una forma de evasión a través de la caricatura. *Cold Comfort Farm* se suele incluir dentro de un grupo indeterminado de obras compuestas por novelistas mujeres —Mary Webb y Sheila Kaye-Smith se cuentan entre los nombres obvios—, pero en realidad debería leerse en el mismo plano de, digamos, *Cumbres borrascosas*, *Adam Bede*, *Tess d'Urbervilles*. Porque es fácil pasar por alto lo ocurrido si se compara un síntoma con otro —romance con

parodia—, en lugar de indagar las causas de la pérdida compartida de una realidad.

En parte, se trata simplemente de la pérdida de un mundo común creíble. El grado de aislamiento, que es real en las novelas del siglo XIX, en sus aparentes sucesoras puede transformarse fácilmente en algo ficticio. *Cumbres borrascosas* no habría sido lo que es, en su tensión real, si solo hubieran estado las Cumbres y no la Mansión. George Eliot y Hardy, a pesar de las dificultades que, como vimos, debieron afrontar, admitían e indagaban la tensión de una sociedad cada vez más intrincada y entrelazada: exploraron no solo los cambios del urbanismo y el industrialismo, sino también la nueva movilidad social, las nuevas ideas, la educación y una cultura que se extendía. En su aspecto más débil —que debería entenderse como un reflejo defensivo—, la novela “regional”, al excluir todo aquello que no fuera su propia región, excluía no solo otros lugares, sino además estas profundas fuerzas sociales y humanas que estaban explícitamente activas en su región misma. Había un vuelo permanente hacia los límites de la isla, hacia Cornwall o Cumberland, donde la acción podría parecer más plausible. Pero, así como el Dorset de Powys, casi dos generaciones después de Hardy, es una abstracción deliberadamente imaginaria mucho más alejada en el pasado y fuera de época que cualquier situación que haya descrito Hardy, del mismo modo, en estos paisajes observados más cuidadosamente y a menudo apasionadamente, hay una exclusión de lo que —para continuar con la metáfora de la naturaleza y el contraste con las ciudades— debe interpretarse como ajeno. Cuando se lo incluye explícitamente, como en Francis Brett-Young, se lo utiliza solamente como punto de partida, como una base desde donde explorar lo que se halla en estado natural; véase el caso de *Mr. Lucton's Freedom*. Los lugares queridos son los lugares “naturales” y nadie coincide más con esta visión que quienes viven en los lugares “arruinados”.

Por momentos esta es una perspectiva inocente, al menos en la intención; en cierto sentido, cuanto más completa es la exclusión imaginaria, tanto más convincente resulta la concentración simple. Pero, en algunos casos, se da una corriente subterránea muy diferente: en el plano social muy semejante a algunos elementos de la recepción de los niños evacuados desde las ciudades bombardeadas durante la Segunda Guerra Mundial. Bajo este hechizo de las praderas, los habitantes de la ciudad aparecen como gente grosera o como niños malcriados: no solo en las formas obvias de la basura, los daños y el ruido que producen, sino también en las formas sociales más profundas de aborrecimiento a las masas, a los sindicatos, a los subversivos de la “antigua Inglaterra”. Todo esto habría sido más negociable si, dentro del modo rural, la exclusión de los cambios reales que se producían dentro de esas mismas campiñas y junto a ellas, no hubiese sido tan completa. Pero la vida rural tenía que servir para algo más que para reflejar una imagen de las pasiones naturales. Se transformó también en la perfecta sede de una reacción inconsciente y luego, con un matiz más severo, en la sede de esa reacción consciente que fue, o bien el conservadurismo militante interno

o, en uno o dos casos significativos, una aproximación al fascismo y una asociación con este.

La Inglaterra rural sobreviviente merecía un destino mucho mejor. En general no apareció en las novelas, aunque para apreciar la novela regional en su mejor expresión podemos leer a Constance Holme y encontrar en *The Lonely Plough* una tensión elocuente entre el modo que la autora describe como "las puertas verdes de la visión" —un resabio auténtico pero especializado del lenguaje verde de Clare— y una observación bastante aguda, precisa e informada de la gente y los acontecimientos, observación que, si bien tiene por objeto lo específicamente rural, corresponde en la perspectiva y el tono a otro mundo social: el lenguaje del observador de clase media.

Con todo, la descripción de los lugares y la gente del campo hallan su forma más oportuna y exitosa en los periódicos y las memorias. Cuando leemos W. H. Hudson, en *A Shepherd's Life* o en *Far Away and Long Ago*, hallamos una simplicidad vigorosa y genuina y una intensidad de la mirada que siempre aparecen atemperadas por el pensamiento. Cuando leemos las metáforas de la tierra de Meredith, Foster y Lawrence, o el animismo simple de algunos autores del período georgiano, lo mejor que podemos hacer es releer el capítulo de Hudson sobre "El animismo de un niño" en *Far Away and Long Ago*, donde la fuerza del impulso, vulnerable como lo es siempre a una agudeza urbana afectada, aparece tan convincentemente registrada, reconsiderada, modestamente evaluada, que en lugar de llevarnos a una capitulación, un rechazo o una parodia carentes de sentido crítico, nos incita a establecer conexiones con experiencias que muchos de nosotros hemos vividos y podemos recordar: experiencias que necesitan la descripción y la mirada de la pluma de Hudson.

Esta es también la manera adecuada de releer a los autores del período georgiano. En sus obras es mucho lo que se puede criticar, pero tal crítica debe hacerse con sumo cuidado. Hay puntos débiles evidentes y memorables en ese modo literario que, como vimos, adquirió forma en Meredith. En Abercrombie, por ejemplo:

Al pasar ella junto a una extensión inadvertida de la zarza
Abordó su pecho una fibra erizada de púas
Con ansiosas espinas que desgarraron su vestido para capturar
Y herir sus blancas y ocultas virginidades.⁸

Los gestos ampulosos en los que la zarza es culpable y el cielo "una gran ceremonia azul" son aún más reveladores. Esto mismo es lo que ocurre en *Moonlit Apples* de John Drinkwater, cuando las manzanas que aparecen en hileras por encima del techo de la casa se convierten casi inevitablemente en "manzanas de los sueños iluminadas por la luna" y

en las ramas del huerto
Se dan cita con la luna.⁹

Esta es una conjunción específica de lo hogareño y coloquial con un tipo de fantasía indecisa. La observación intensa de personas y objetos se disuelve, sin transición, en formas de fantasía que, en realidad, finalmente son más significativas desde un punto de vista histórico. Pero conviene observar este movimiento en su aspecto más vigoroso, por ejemplo, en Edward Thomas.

En el trabajo con el que se ganaba la vida, Thomas continuó, aunque con ciertas modificaciones, algunos de los modos de observación de Jefferies (aun cuando el suyo fuera un campo menos específicamente laboral). Thomas comprendió el estilo de Cobbett, pero se concentró más directamente en el mundo de Stevenson y Borrow que se remonta, en sus formas más simples, a Gilpin. Esa amalgama de impulsos contradictorios que —aunque breve en el tiempo— es el verdadero modo georgiano, se aprecia muy claramente en la prosa.

Aunque rondaba los setenta años, era un hombre incondicional y derecho que pasaba la mayor parte del día montado a caballo, con su calmo y amplio rostro de piedra arenisca y rasgos marcados [...]

Esta es una observación evolucionada; solo la palabra "incondicional" evoca el estilo anterior. Pero antes de que termine el párrafo, este granjero:

[...] sugiere la idea de un centauro [...] Treinta siglos antes un hombre semejante, en tan maravillosa armonía con la tierra, habría quedado en la memoria de los hombres como un semidiós o como el fauno más amado [...] Sus chanzas inundan la habitación o el camino vecinal a la luz de una edad de oro [...]

Salvo que (¿o se ha hecho la salvedad?) este hombre:

Se vuelve luego sin un suspiro, llevando una larga bota de sidra al frío granero, la bebe hasta el fondo. Se levanta temprano y sin embargo está tan alegre cuando parte muy lejos a la mañana como cuando regresa al lecho.

En este párrafo, tomado de *The Heart of England*,¹⁰ está reflejado el corazón del problema georgiano. La observación es con mucha frecuencia clara e intensa, pero a medida que se va construyendo un estilo irrumpe un conjunto de imágenes extrañas: ese conjunto de ideas sobre lo "rural" y lo "pastoral", que se filtraron a través de una versión de la tradición clásica que no se asemeja a ninguna literatura rural clásica pero que, en las primeras décadas del siglo (con algunas prolongaciones sobrevivientes que llegaron hasta nuestra época), fue una convicción intelectual profunda aunque convencional: una lente que fue elevada,

deliberada y orgullosamente, hasta el ojo honestamente observador. Faunos, Pan, centauros, la edad de oro, los pastores, Lcidas, el zagal, la cita, los campesinos incondicionales, las iglesias, la historia inmemorial, los semidioses, las apariciones, el ritmo atemporal de las estaciones. Si todo esto no hubiera sido vivido, en un desarrollo que pudiera ser descubierto, habría sido imposible deducir esta extraordinaria coubicación. "El regreso al campo", habían estado diciendo algunos críticos del industrialismo. Pero cuando los poetas georgianos se instalaron cerca de Ledbury y comenzó la elaboración de *New Numbers*, había algo más: una evasión de las ciudades, por cierto; una honesta apreciación de la belleza y el sosiego del campo; un respeto por la gente de trabajo. Se había dado el significativo caso de Edward Carpenter: el hombre sensible que renunció al privilegio y al intelectualismo de rutina a favor de la simplicidad y la conexión con una vida corriente: un sentimiento de apego por la sencillez, un sentimiento por lo espiritual; un sentimiento por la democracia, el socialismo y la educación popular que debía brindárseles a los pobres; un sentimiento a favor de la libertad sexual y, en el mismo movimiento, la sexualidad presentada en relación directa con la naturaleza.

Tales hombres se *llegaron hasta* el campo: este es el aspecto esencial. Los nervios estaban ya tensos, los espíritus ya forrados. Jonson había visto dríades en los bosques de Kent, pero en una forma convencional, no forzada. Estos nuevos hombres estaban agotados; por eso se habían ido. Y el impulso se conectaba y se conectaba con las vidas de muchos otros hombres: la experiencia real de aquello a lo que se le había dado la espalda. Si ellos hubieran podido ir simplemente a observar, como a veces ocurría, el estilo habría sido diferente. Pero estos hombres habían llevado consigo, desde las ciudades y desde las escuelas y universidades, una versión de la historia rural que ahora se amalgamaba extraordinariamente con una interpretación literaria traducida de manera distante. El honesto pasado, el espíritu pagano; todo esto estaba no solo en los georgianos, sino que era una combinación que se estuvo forjando en dos o tres generaciones de intelectuales y observadores literarios. Y esto no habría sido tan importante, ni habría podido ser tan persistente a lo largo de muchos autores y estilos diferentes, si no hubiese captado, en esta literatura única, ampliamente asquible, lo que se veía, en esta versión y a través de ella, de una Inglaterra rural aún presente y laboriosa.

El hombre de campo está desapareciendo y cuando oímos su voz, como en *Bettesworth Book* de George Bourne, nos resulta más extranjera que el francés.¹¹

Ese tono triste y repetido es importante a causa de la referencia a libros como el de Bourne, detallados registros escritos para otros. La población campesina real era en realidad una minoría; el lugar que ocupaba la agricultura había llegado a ser marginal. Pero este otro modo elegíaco, neopastoral, estaba ya establecido; esto es lo que los escritores se decían entre sí, o lo que los críticos se decían entre sí, citando libros como el de Bourne.

Cuando se comenzó a escribir *New Numbers*, en las cabañas de los alrededores de Ledbury, mi familia por parte materna estaba trabajando en las granjas de la región y yo mismo he oído hablar a muchos de sus miembros. Su lengua no era para mí "más extranjera que el francés" y no era en absoluto extraña dentro de esa auténtica comunidad rural de trabajo. No era, en cuanto a eso, nada tan extraño como los centauros o la Edad de Oro. Pero, mientras algunos la oían al pasar como el habla local o de los palurdos, estos poetas alcanzaban a oírlos por casualidad —y hasta a veces la escuchaban— con un espíritu de respeto, casi de reverencia, que luego fue unánimemente atenuado por un sentimiento de pesar histórico general: la pérdida de los buenos viejos tiempos. Mi familia decía siempre que los tiempos habían mejorado: los viejos días eran la mala época; las aldeas eran ahora menos opresivas y estaban menos desvalidas; contaban con el voto, los trenes, las escuelas. Quizás mis parientes estuvieran equivocados; había cosas que estaban más allá de su experiencia. Pero ellos no eran ni son imágenes de decadencia. La crisis de la Gran Bretaña rural, que ellos debieron soportar en sus verdaderas consecuencias, no era la que se había proyectado desde las ciudades y las universidades. Era la crisis de los salarios, de las condiciones de trabajo, de los precios; del uso de la tierra y de las tareas en el campo. Los poetas oían todo esto al pasar, por casualidad, como una queja o un refunfuño, y a menudo sentían compasión. Pero era algo que se situaba en una dimensión diferente de la pérdida de las dríades o del encuentro con tales ninfas. El hecho es que —y se trata de una pérdida real en ambos sentidos— los lugareños hablaban mayormente entre sí y los observadores georgianos, en sus viajes y oyendo al pasar el lenguaje local, hablaban principalmente *entre sí*; así era la sociedad de la que estamos hablando.

El estereotipo histórico dejó muchas marcas literarias. Pienso, por ejemplo, en *Lob* de Edward Thomas. Aquí, de manera característica, el poeta ve:

El rostro de un anciano, surcado por la vida y la intemperie
Y de color: rugoso, pardo, dulce como cualquier nuez¹²

pero pierde contacto. Al tratar de hallar nuevamente al hombre y preguntarles a aquellos que podrían haber conocido a "mi anciano", obtiene eventualmente una respuesta del hijo de un terrateniente, la descripción de una antigua figura:

...tan inglés como esta verja, estas flores, este fango,¹³

que fue quien dio a las flores su nombre local, quien inventó los dichos locales, quien murió en Waterloo, Hastings, Agincourt y Sedgemoor y que tuvo todos los nombres del país desde Robin Hood y Jack Cade a *Lob-lie-by-the-fire*. Ciertamente ha habido un desplazamiento desde el gitano erudito de Arnold —el intelectual errante—, pero es un desplazamiento hacia una proyección no menos

intelectual: una versión de la historia que logra suprimir la historia. Todos los hombres de campo, de todas las condiciones y en todos los períodos, se fusionan en una singular figura legendaria. Los variados dialectos de comunidades campesinas específicas —las flores, por ejemplo, tienen muchos nombres locales— quedan reducidos, no solo a un único lenguaje “campestre”, sino además a un inventor legendario, atemporal, que es más fácil de ver que cualquier persona real. Y este es el punto en el que la imaginación georgiana se debilita; el respeto a la observación auténtica es vencido por una fantasía subintelectual: el hombre de trabajo se transforma en “mi anciano” y luego en la figura casual de un sueño de Inglaterra, en el cual las tareas rurales y la rebelión rural, las guerras extranjeras y las guerras dinásticas internas, la historia, la leyenda y la literatura, se agrupan indiscriminadamente en un único gesto emocional. *Lob* o *Lud*, campesino o granjero o labriego inmemorial: la figura había quedado fijada y su nombre significaba Antigua Inglaterra. El patriotismo egoísta del período del alto imperialismo inglés halló la más dulce e insidiosa de sus formas en una versión del pasado rural.

Esta perspectiva es esencialmente diferente de, digamos, la de Hardy:

Solo delgado humo sin llama
Se eleva desde las parvas de hierba rastrera;
Sin embargo está continuará siendo igual
Aunque las dinastías pasen.¹⁴

Aquel era el sentimiento de la persistencia del trabajo rural a través de lo que se entendía como los accidentes distantes de la historia política. Pero la versión georgiana empleó la Inglaterra rural como una imagen para expresar sus propios sentimientos íntimos y sus propias ideas.

En el período se dio mucho esta elaboración oblicua procedente de muchas fuentes aparentemente diferentes. Por un lado, estaba la antropología literaria abstracta carente de sentido crítico, en la cual los relatos folclóricos y las leyendas llegaron a formar parte de un pasado no histórico y no localizado; por otro lado, hubo un interés en el mito, igualmente falto de sentido crítico, que transformó la tierra y a la gente en un escenario y en personajes sobre los cuales podía proyectarse cualquier cosa, con la inclusión de fragmentos de una educación clásica o sin ella. Hubo además un extraordinario desarrollo de una fantasía basada en el campo, desde *Barrie* y *Kenneth Grahame*, pasando por *J. C. Powys* y *T. H. White*, para llegar a *Tolkien*. También debemos tener en cuenta la definición abstracta y limitada de la “canción folclórica”, que en el caso de *Cecil Sharp* se basó en todo el mito rural de lo que quedaba del “campesinado”¹⁵ y que excluyó explícitamente —como no lo hizo con el folclore— los persistentes cánticos de los trabajadores industriales y urbanos, quienes no se ajustaban a la imagen pero que continuaban construyendo, en una auténtica cultura popular, lo que a este

período y a esta clase le convenía simular que era un mundo perdido. No se trata entonces solamente de que se estuvieran falseando el campo y su gente; se estaba pintarrajeando y casi ocultando a la vista una Inglaterra tradicional y sobreviviente mediante lo que no eran más que garabatos suburbanos y a medias educados.

Este es un daño que no puede olvidarse nunca. Pero resulta irónico que parte de ese daño haya sido infligido por hombres que aprendieron a observar en la Inglaterra rural y que, como *Edward Thomas*, experimentaban tantos sentimientos genuinos. El propio *Thomas* decía en la primera *Georgian Anthology*:

Muestra gran belleza, fuerza, misterio y cierta magia —mucho aspiración, menos desafío, ninguna rebelión— y pone de manifiesto con gran habilidad muchos aspectos del amor moderno de lo simple y primitivo, como se ve en los niños, los campesinos, los salvajes, los primeros hombres, los animales y la naturaleza en general.¹⁶

Difícilmente podría expresarse la idea de una manera más ambivalente. Con todo, la disposición de ánimo de *Lob* no estaba aislada, hasta podemos ver cómo se formó. El muchacho de la ciudad es llevado al campo y ve a una mujer en una carreta que va al mercado:

Con sus modos alegres y su pícaro torpeza, era ella tan extraña y atractiva como lo sería cualquiera de las mujeres de los poetas y autores románticos que vinieron después, igualmente alejada de mi mundo.¹⁷

Al observar y tomar parte de las tareas del campo, ve, según las palabras de su esposa:

Los lentos y experimentados labriegos, que obtuvieron su conocimiento como los robles obtuvieron sus bellotas, que adquirieron su habilidad como la golondrina adquirió la suya, que se sienten satisfechos en su dura vida como lo están los robles y las golondrinas en las suyas.¹⁸

Así es como un respeto cierto se convirtió en una forma de alabanza que excluía la crudición humana y que reducía a los labriegos a una condición “natural” antes que humana. Otra vez, más tarde durante sus viajes, *Thomas* observaba:

La segadora, el hombre que rotura con la azada la parcela de cebolla [...] la soledad misma de la carretera nos ha preparado para que todas estas nos parezcan criaturas de sueño [...] No son más reales que los hombres y las mujeres de la literatura pastoral [...] Los habitantes más crebles son *Mertilla*, *Florimel*, *Corin*, *Amarilis*, *Dorilus*, *Doron*, *Dafne*, *Silvia* y *Aminta* y los pastores que les cantan a sus rebaños.¹⁹

Si esto fuera todo, podríamos olvidarlo. Pero, también se incluye una reacción emocional más real:

El empinado techo de la granja,
Con tejas que resplandecen en la paz crepuscular...²⁰

Un sentimiento de paz y de armonía que además, como si fuera inevitable, termina cayendo en el estereotipo:

Puesto que
Esta Inglaterra, ya antigua, fue llamada Feliz.

En los poemas, una y otra vez, el interés se centra en la manera en que estos conceptos previos externos tienen la cosa observada:

Habían quitado el aguilón del techo de arcilla
Que cubría el extenso rímero de nabos. Habían dejado entrar el sol
Que descubrió el blanco, el oro y el púrpura de la fronda ensortijada
Antes en sombras.²¹

Pero, aun cuando todo esto es algo que se ve y se recuerda, se lo compara con el descenso a una tumba egipcia, donde "desde mucho tiempo atrás yace muerto y sin sueños Amen-hotep". Un crítico moderno ha dicho, aparentemente en tono de alabanza, que "los signos discretos se acumulan y finalmente uno advierte que la escena exterior es accesoria respecto de un teatro interior".²² En verdad accesoria, porque lo que realmente hay que decir es que los detalles observados son siempre convincentes y que lo que está a punto de destruirlos es esa serie de convenciones sobre el "teatro interior". Thomas anotó en su cuaderno de apuntes:

La hierba que crece después de segada o "recién segada"
bellamente verde tras una apresurada lluvia...²³

En la época en que Thomas escribió el poema, esto aparece en un dudoso parentesis:

Rezumante y perfecta pradera otra vez. "La nueva hierba
será de la buena." Así dijo el forastero,
Un hombre errante. Aunque permanecí tranquilo
Arrebolado por el deseo me sentía yo.²⁴

Hay un ejemplo aún más elocuente de este mismo proceso de desarrollo, tomado de un cuaderno de apuntes sobre "la barba de un anciano", para el poema *Old Man*, en el que la planta se vuelve recuerdo y pérdida. El "teatro interior" estaba abarrotado de relatos y costumbres antiguos, pero la observación y el sentimiento continuaban abriéndose camino esforzadamente a través de él: en *The*

Source, en *Haymaking*, tan exquisitamente observada y descrita, la imagen de un mundo atemporal:

Más antiguo que Clare y Cobbett, Morland y Crome²⁵

una referencia que llega con la habitual inevitabilidad pero que ahora se considera y reconoce como una aspiración, una aspiración real: "Todos nosotros quedamos fuera del alcance del cambio". El sentimiento reaparece en *As the Team's Head-Brass*: una tierra delicadamente observada; los fragmentos de una charla convincente;

Y por última vez
Observé los terrones desmenuzados y derribados
Tras la reja del arado y el grupo que marchaba a los tumbos.²⁶

"Última vez" porque Thomas debía regresar a la guerra; la experiencia que grabó este recuerdo de trabajo y paz corrientes.

En *February Afternoon*, al escuchar los estorninos, el autor siente la tensión en medio de una impresión de atemporalidad:

Los hombres oyeron este alboroto...
Mil años antes imperturbables como ahora²⁷

y la percepción de la guerra en la cual, en un sentido diferente, "El tiempo se desliza ante mí". Más allá de los recursos y alusiones convencionales, hay un sentimiento más profundo de pérdida, como en *I never saw that land before*: el campo real y el campo imaginado.²⁸

El ganado, la hierba, los fresnos desnudos...
...Los endrinos a lo largo del arroyo
Con heridas amarillas como el azafrán
Donde ayer el garfio del labriego
Los rebanó limpiamente

Y en esos dos campos y a través de ellos, la incertidumbre verdadera:

No esperaba yo nada
Ni recordaba aún; sólo algún propósito
que alcancé luego...

Pareciera que hay una fuerza que atrae hacia el pasado, hacia un lenguaje oculto, "un lenguaje que no debe traicionarse", una alienación que no se puede

expresar. Este sentimiento más profundo y complicado aparece, finalmente, en *For These*, donde las imágenes convencionales del retiro georgiano —“un acre de tierra entre la costa y las colinas”, la casa, el jardín— se repiten, aunque al final se rechazan:

No pido estas cosas, sino, ni demasiado tarde
Y sin embargo tampoco demasiado pronto,
Lo que los hombres llaman satisfacción,
Y también que me pueda ser enviado algo
Con lo cual contentarme, le pido al destino.²⁹

Esto, llevado al límite, es la aspiración más firme y más necesaria.

El patrón subyacente es, pues, evidente. Se expresaba una crítica a toda una dimensión de la vida moderna y, con ella, muchos otros cuestionamientos generales, pero todo se reducía a una convención que adquirió la forma de una versión detallada de una Inglaterra rural en parte imaginada y en parte observada. Esta es una convención que desde entonces ejerció gran influencia en muchos autores. A lo largo de nuestro propio siglo, tenemos ejemplos de una literatura campestre que pasa, a veces bruscamente, a veces de manera imperceptible, del registro a la convención y viceversa, hasta obtener una mezcla aparentemente inextricable. Esto es así incluso en los géneros más sencillos como el de las memorias y el periodístico. Al leer a George Bourne se tiene una clara experiencia de esta fusión de registro detallado, como en *The Wheelwright's Shop*, con una versión de la historia ingeniosa y presentada convencionalmente en escorzo, como es el caso de *Change in the Village*. Hay algunos registros insustituibles, como *Lark Rise to Candleford* de Flora Thompson y el reciente *Akenfield* de Ronald Blythe. Estos son relatos personales más limitados, como *Corduroy*, *Silver Ley* y *Cherry Tree* de Adrian Bell. Pero luego, en un cóctel que combina una parte de registro y dos partes de ideología, están los libros convencionales entre los cuales *The English Countryman* de Massingham es el ejemplo más vivo. En el siglo XX son muy pocos los escritores campestres que pudieron rehuir por completo esta extraña formación en la cual la observación, el mito, el registro y la historia contada a medias se entrelazan tan estrechamente. George Ewart Evans, uno de los escritores que mejor registró los detalles de la vida campestre, es el autor de quien tomé la observación acerca de la continuidad que se remonta a Virgilio, y la ironía que esto representa me resulta profundamente enristecedora. Escritores con quienes compartí mucho, tanto en lo referente a las experiencias como a los recuerdos, se convierten (por una alusión instantánea o por un modo diferente de mirar la historia) en extraños, cuando no deberían serlo. Y la ironía más profunda es que la historia real, por lo que sabemos de ella, respaldaría tanto más que la observación real, el sentimiento auténtico que esos escritores mantienen vivo.

La cuestión puede ponerse a prueba de la manera más simple. Si leemos cualquier ejemplar de ese periódico notable que es *The Countryman*, cuya circulación misma es un índice significativo, hallamos reunidos, en una convención única, estos diferentes elementos. Es imposible leer cualquier número de ese periódico sin aprender algo acerca de los árboles, las aves, los animales en general; como también es imposible hallar solo la historia natural; siempre aparecen allí muchos de los procesos del trabajo campestre. Sin embargo, unido a todo esto hay un aspecto muy diferente: una notación de clase media de refranes típicos de los viejos hombres de campo, en esa ortografía mistificada convencionalmente entrecortada, esto es, el lenguaje de los lugareños oído al pasar. ¿Quiénes son, pues, los hombres de campo, dentro de esta convención? Empleadores de mano de obra, contratantes de sirvientes, observadores de tejos, cultivadores de frutas. Esta es, por supuesto, una formación de clase; una clase que casi acaparó de manera excluyente la idea del campo. Una antología, *The Countryman Book*, es el registro más exacto que yo conozco de lo que, dentro de esta convención, se logró que llegara a ser la escritura campestre; las reminiscencias al aire libre de primeros ministros; las historias de la comunidad; las antiguas recetas; los cuentos de brujas y supersticiones; las cabañas campestres de los autores; los cómicos dichos rústicos; bellas fotografías y dibujos. Ante esta extraordinaria amalgama podríamos caer en la tentación de abandonar nuestro propósito. Finalmente, el campo habría quedado absorbido por una clase y todas las cosas reales habrían quedado incluidas en esa visión.

Pero esta no es en modo alguno la historia completa. Hubo otras voces. Alfred Williams de Swindon escribió sobre el campo mientras trabajaba en un taller del ferrocarril y las conexiones que estableció fueron más reales y generales. En cuando al “dialecto”, Williams observó:

La gente de la ciudad no lo habla, pero siente gusto por leerlo [...] los aldeanos lo hablan, pero no sienten gusto por leerlo.³⁰

Contamos además, afortunadamente, con la autobiografía aún más significativa de un labriego moderno: *A la par de nuestro hermano, el bucy* (1939) de Fred Kitchen, aunque, por requerimiento del editor, el libro tiene como prefacio una absurda carta elogiosa del duque de Portland, a la manera del antiguo mecenazgo de los poetas campesinos. Pero Fred Kitchen puede escribir solo. Lo que resulta más notable, para cualquiera que haya estado leyendo las obras que se inscriben dentro de la convención rural de clase media, es el registro claro y sencillo de todo tipo de tareas y condiciones rurales, el amor auténtico por el campo y sus criaturas, sin ninguno de los gestos estatutarios sobre el pasado o lo pastoral. Fred Kitchen vive en las cabañas del campo y habla sobre ellas como lo hace la mayor parte de la gente del campo, incluyendo el moho y las ratas. Vive en una finca de un pueblo minero y ofrece una versión ingeniosa y positiva de la

moderna comunidad de este tipo de poblados. Describe el trabajo en el ferrocarril y en los hornos de coque; aunque Kitchen elige el trabajo de la granja, una vez más se advierte una continuidad entre los diferentes tipos de labores, que la convención logró ensombrecer. Además Kitchen mira a su vez a los observadores, como el clérigo que, cuando se entera de que a Kitchen le gusta leer, primero lo duda y luego le dice, aunque no muy amablemente, que lea a los clásicos; Kitchen investiga en una biblioteca para hallar *The Classics* pero tiene que volver a leer los autores que puede conseguir, entre los que se cuentan Dickens y George Eliot. Cuando se pone en contacto con el mundo cultivado, Kitchen también está en posición de observar:

Los artistas han plasmado algunas imágenes agradables del pastor que lleva su rebaño a las colinas cubiertas de pastura o mira pensativo la puesta de sol, pero no tenemos cuadros del pastor en el fangoso campo de nabos; del pastor y su joven ayudante resbalando en los cédiles de ovejas con cubos de nabos cortados; o del muchacho inclinado limpiando los bebederos y recibiendo un galante topetazo en el trasero de un carnero demasiado juguetón [...] Esta es, pues, la imagen del pastor como yo la vi; y aunque en el cuadro él tenía una choza, solo podía utilizarla como refugio a la hora de la comida.¹¹

En su registro real, de días duros y días buenos, de frustraciones y satisfacciones, *A la par de nuestro hermano, el buey* es la voz verdadera del hombre de campo sobreviviente; el hombre de campo que sobrevive en un mundo principalmente urbano e industrial al cual entra y del cual sale mediante las conexiones reales del trabajo y la comunidad. Lo que impresiona es, no solamente la ausencia de mitos, alusiones e historia falsa, sino el sentido auténtico de contexto: los diferentes modos en que los hombres sin tierra y sin dinero pasan de un trabajo a otro, en el marco de una economía cambiante; experimentando de manera directa lo que normalmente se presentó como una abstracción, hasta en la historia verdadera. Este es el mundo reconocible del trabajador lúcidamente observador del siglo XX que, en este caso, es un peón de granja durante la mayor parte —aunque no totalidad— de su vida laboral. El minero, los obreros del coque, el bracero están junto a él y aparecen ingeniosamente observados, sin preconceptos de clase. Y resulta, pues, revelador que, después de años de leer por su cuenta, Fred Kitchen sea alentado a escribir en una clase de la Asociación Educacional para Trabajadores que, casualmente, comenzó a formarse en las ciudades con la finalidad de servir a todos esos hombres de la mina, la fábrica o la granja.

A la par de nuestro hermano, el buey, uno de los pocos relatos directos e inmediatos de la vida de los peones rurales, tuvo, en este sentido, que esperar la llegada del siglo XX y de un proceso histórico diferente. Pero, después de todo, la suya es la manera en que la mayor parte de la gente de trabajo rural ve aún su propia historia; desde las ferias de contratación de personal cuya desaparición nadie

lamenta y a las que Kitchen asistió cuando era niño, hasta el Acta de Salarios Agrícolas y la prolongada lucha de esa mayoría sin tierras ni dinero por alcanzar un nivel de vida decente trabajando la tierra. Una historia particular, meticulosamente observada, se une, como debe ser, a una historia común.

22. Otra vez, la frontera

Es fácil separar el campo y la ciudad y luego sus estilos literarios: el rural o regional y el urbano o metropolitano. En el siglo XX, la existencia misma de estos dos modos separados es representativa de una manera de reaccionar ante una historia que conecta ambos ámbitos. Pero siempre hay algunos escritores que insisten en señalar las conexiones y entre ellos hay unos pocos que consideran la transición misma como un momento decisivo, como una interacción compleja y un conflicto de valores.

En este sentido, es interesante comparar a D. H. Lawrence y Lewis Grassie Gibbon. La obra de Lawrence es de un alcance tanto más amplio y tanto más famosa que en algunos aspectos la comparación se hace difícil. Pero cada uno de estos autores se volcó, con particular intensidad, a reflejar una versión del abandono del campo en dirección a la ciudad y cada uno de ellos fue activamente consciente de la crisis: de una difícil zona de frontera y de los límites que había que cruzar.

Lawrence creció en lo que llamó "una singular confusión de la antigua Inglaterra y la nueva": los poblados mineros diseminados entre los campos de cultivo.

La vida era un curioso cruce del industrialismo y la antigua Inglaterra agrícola de Shakespeare y Milton, de Fielding y George Eliot.¹

Es interesante y característico el hecho de que la "antigua Inglaterra" aparezca a los ojos de Lawrence a través de sus escritores. Pero el autor vivía en una frontera que no era solo la frontera física entre granjas y minas. En su propia evolución, sobre la que escribe una y otra vez, Lawrence se hallaba en una frontera cultural. Debía elegir, no entre la mina o la granja, sino entre ambas y el mundo de la educación y el arte que se abría ante él. En este aspecto, es un sucesor directo de George Eliot y de Hardy, pero, finalmente, Lawrence observa la crisis de movilidad y la historia de la que esta forma parte de un modo muy diferente.

En *Hijos y amantes* se evocan directamente los dos paisajes, los dos tipos de trabajo, los dos estilos de vida, pero el conflicto que se desarrolla con ese telón de fondo es interno y subjetivo; es la historia de alguien que crece y parte; de su lucha por hallar la propia identidad y tener la capacidad de relacionarse en el marco del esfuerzo de sus padres y el mundo que los frustra. La difícil y absorbente relación del protagonista con su madre es tan estrecha que al final termina por aplastar la condición más general que se había descrito. En su siguiente novela, *El arco iris*, Lawrence comienza por exponer la condición general, pero en una versión particular que nunca puede separarse por completo de lo que él había aprendido en su propia familia. El relato sigue a la familia Brangwen a través de varias generaciones hasta la ya usual crisis de educación, relación e identidad que, en este caso, sufre Ursula. Pero las formas de esta crisis plantean la necesidad de rever la interpretación de la historia.

El capítulo inicial de *El arco iris* es muy conmovedor, pero si se lo lee con alguna conciencia de cómo sucedieron las cosas y de las reacciones anteriores a esa realidad, resulta a la vez original y sorprendente. Por un lado, está la famosa invocación de la vida natural en las generaciones de los agricultores:

El cielo y la tierra se agrupaban alrededor de ellos y ¿cómo podría cesar esto? [...] Ellos conocían la relación entre el cielo y la tierra, la luz del sol que entraba en el pecho y las entrañas, la lluvia absorbida durante el día, la desnudez que provocaba el viento del otoño [...] Sus vidas y sus relaciones eran de esta suerte: sentir el pulso y el cuerpo del suelo, que se abría en el surco para recibir el grano, se volvía liso y suave después de la labranza y se hundía bajo el peso de los pies con una presión que atraía como el deseo [...] Montaban sus caballos y sostenían la vida con la fuerza de sus rodillas...¹

Es fácil reconocer los antecedentes de este estilo de descripción. Son las metáforas sexuales de la tierra y del suelo cultivado que aparecen con Meredith y continúan con los novelistas regionales. Pero, más particularmente, se trata del imaginario sexual masculino y este dato es decisivo en la versión de la historia:

Para los hombres era suficiente que la tierra palpitar y les abriera sus surcos [...] Pero las mujeres querían otra clase de vida diferente, algo que no era la intimidad de la sangre [...] Ella se detuvo a mirar el mundo lejano de las ciudades y los gobiernos y el propósito activo del hombre [...] Se dirigió al exterior, a donde los hombres se movían dominantes y creativos, habiéndole vuelto la espalda al calor palpitante de la creación.²

De modo que la vida de los cultivos es ya una metáfora, pero una metáfora que adquiere una posición histórica, para un particular modo de ser: activo, físico, inconsciente; el cuerpo en oposición al espíritu, inseparable de los procesos de la naturaleza. Otros hombres cambiaron este estilo de vida por el "mundo de las ciudades y los gobiernos", prefirieron "ampliar sus propios objetivos, su ran-

go y su libertad". Observando su realidad desde lo que ella considera un ambiente natural limitado, la mujer alienta a sus hijos a procurarse una educación:

Era esto, esta educación, esta forma superior de ser, lo que la madre quería brindarles a sus hijos, de modo tal que también ellos pudieran disfrutar de la vida suprema sobre la tierra.³

Pero este sentimiento ya aparecía mezclado con una concepción de clase: las vidas del párroco y el coadjutor, la esposa del terrateniente, que la mujer consideraba superiores:

Sus hijos, al menos los hijos de su corazón, eran de una naturaleza tan completa que deberían estar en un pie de igualdad con la gente más vital y dinámica de la región, en lugar de quedarse en la oscuridad entre los labriegos.⁴

Estas ideas se presentan en la forma aparente de una narrativa histórica; aunque resulta difícil no ver en ella una proyección de las actitudes de la propia madre de Lawrence que el autor ya había descrito directamente en *Hijos y amantes*. Pero lo más interesante es observar cómo, a través de esta forma particular, se han reelaborado creativamente las verdaderas tensiones de la historia. La vitalidad es una virtud que se interpreta a la vez en ambas direcciones: en la vida irreflexiva del trabajo físico activo y en el espíritu indagador. El llamado de esta indagación es irresistible, pero seguirlo sólo conduce a una tierra baldía de fealdad y vacío: el sistema industrial y sus hábitos mentales mecánicos. Lo que eventualmente habría de reemplazarlo es un nuevo estilo de vida que rompiera con este mundo cruel, desintegrado y alienado:

Nuevos, limpios, cuerpos desnudos surgirían a una nueva germinación, a un nuevo crecimiento.⁵

Con todo, lo que Lawrence tiene que decirnos nunca puede reducirse a un mero argumento. Para él es importante construir un esquema histórico que reaparece constantemente de diversas formas, pero lo que principalmente quiere decirnos tiene que ver con la vida y la muerte en las relaciones, relaciones en las que están presentes las fuerzas sociales e históricas, pero reelaboradas en formas de vida y de muerte. Permanentemente, el industrialismo y sus condiciones de propiedad y posesión aparecen como signos de muerte. Sin embargo, a lo largo de la obra de Lawrence, lo opuesto a ellos no es la comunidad agrícola, sino, antes bien, un primitivismo que a veces se presenta con una base social o histórica, como en el caso de los indios de Nuevo México, pero con mayor frecuencia resulta más significativamente accesible como una forma de vida en contacto directo con los procesos naturales: los animales, las aves, los árboles y las flores, pero también el cuerpo humano, la exploración y la relación desnudas.

El reflejo aparentemente familiar de la "antigua Inglaterra agrícola", aunque se halle presente, debe considerarse, pues, como un tema menor. Esta es la manera en que se presenta convencionalmente la historia, pero solo es una forma, a veces engañosa, del énfasis esencialmente diferente que le interesa a Lawrence. Esto puede advertirse con más claridad cuando observamos lo que el autor tiene que decir acerca de la ciudad:

La gran ciudad significa belleza, dignidad y cierto esplendor. Este es el aspecto de los ingleses que se ha frustrado y que fue escandalosamente traicionado.⁷

O también:

Vivimos en las ciudades por elección, cuando nos adherimos a nuestra gran forma civilizada. La nostalgia del campo *no* es tan importante. Lo importante es que nuestras ciudades son *falsas* ciudades: cada calle es una bofetada, cada esquina una puñalada.

Y esto debe cotejarse con su insistencia más convencional:

La verdadera tragedia de Inglaterra, me parece a mí, es la tragedia de la fealdad. El país es tan encantador; la Inglaterra hecha por el hombre es tan detestable.⁸

Porque el síntoma de la fealdad no es la ciudad sino la falsa ciudad, y la raíz de su falsedad está en el sistema y el espíritu del individualismo posesivo, que ha

fustrado ese instinto de comunidad que nos habría unido en el orgullo y la dignidad del gesto más grande del ciudadano, no del aldeano.

La alabanza que hace Lawrence de las ciudades —acompañada por la queja de que el "carácter inglés no haya sido capaz de desarrollar el verdadero costado *urbano* del hombre, el costado cívico"— no se limita a las ciudades italianas de las cuales con frecuencia toma sus ejemplos. En un momento llega a decir:

Las nuevas ciudades de América son ciudades mucho más genuinas, en el sentido romano, que Londres o Manchester.⁹

Y a esta condena a las ciudades inglesas se suma una observación habitual del siglo XIX:

Nottingham es un vasto sitio que se desparrama para abarcar casi un millón de habitantes y no es más que una aglomeración amorfa. No hay una Nottingham en el sentido en que hay una Siena.¹⁰

La solución propuesta es la reconstrucción:

Echar abajo mi aldea nativa hasta el último ladrillo. Proyectar un núcleo. Establecer un foco. Hacer un gesto desenvuelto de radiación desde ese foco. Y luego levantar grandes edificios, elegantes, que se extiendan majestuosos hacia el centro cívico.¹¹

Es revelador que una de las publicaciones en las que apareció este programa fuera la *Architectural Review*. Pero, por supuesto, no es fácil conciliar este énfasis constructor y urbano con la profunda y prolongada insistencia de Lawrence en recuperar el contacto físico con la naturaleza y en los procesos más simples de la vida. Y no es fácil conciliarlos porque lo que propone Lawrence no es en última instancia un argumento, una posición; es el registro creativo de los muchos impulsos que provocaban las presiones contradictorias de la época. Lawrence observó casi todo con una insistencia apasionada pero lacerante. Se sentía profundamente desgarrado entre un compromiso físico, que él logró describir más intensa y convincentemente que ningún otro autor de su generación, y un compromiso intelectual, que lo obligaba a reaccionar y discurrir en un ámbito crítico. Por una parte, está el mundo de la flor, tal como Lawrence lo describió con tanta frecuencia, pero, por otra parte, está también el mundo de la célula, vista a través del microscopio, que ofrece una nueva percepción de los procesos más profundos de la vida. Las contradicciones sociales —el ser inconsciente, la comunidad consciente— son intensas y rigurosas.

Puede decirse que Lawrence redujo tales contradicciones a un énfasis en el descubrimiento de la relación primaria, pero en *Mujeres enamoradas*, obra en la que más parece confirmarse esta idea, aún están muy próximas las presiones de otras dimensiones y, como resultado de ello, el descubrimiento es finalmente problemático. *El amante de Lady Chatterley* constituye un descubrimiento físico necesario que está vinculado con el repudio a la fealdad de la ciudad industrial y con una preocupación por los impulsos directos de la vida natural. Sin embargo, el descubrimiento no es el clímax y el problema continúa siendo cómo mantener viva esa llama de vida, en un mundo necesariamente laboral. En el muy tardío *Autobiographical Fragment*, Lawrence volvió, siguiendo una modalidad propia de ese período, a soñar con el futuro. El autor ve transformado su pueblo minero nativo:

Yo sabía, aun cuando lo estaba observando, que aquel era el lugar donde yo había nacido, el desagradable pueblito de minas de carbón y sucios ladrillos rojos. Hasta cuando era niño, al regresar a casa desde Moorgreen, había levantado la vista para mirar el damero que formaban las viviendas de los mineros, construidas por la compañía, que se elevaban desde lo alto de la colina a la luz de la tarde como los muros de Jerusalén, y había deseado que fuera una ciudad de oro.¹²

Esta visión se parece mucho a la de Morris, en *Noticias de ninguna parte* y, de manera significativa y contradictoria, es, al final, una ciudad, pero también una aldea agrícola: hay un énfasis físico en la observación "blanda y dorada como la carne dorada de una ciudad".

Lo que Lawrence logró concentrar en su obra fue ese conjunto irresuelto de impulsos y adhesiones del cual, en el siglo XX, la relación entre el campo y la ciudad, como estados del espíritu y del sentimiento, fue la forma más evidentemente asequible. Si pasamos de Lawrence al Grassic Gibbon de *A Scots Quair*, encontramos muchas semejanzas, pero, finalmente, una importante diferencia; en realidad una diferencia esencial para el subsecuente desarrollo precisamente de tales ideas. Lo que Lawrence rechaza repetidamente —aunque el hecho de que se sienta impulsado continuamente a considerarlo es en sí mismo elocuente— es la idea y la práctica de las organizaciones sociales destinadas a producir el cambio. Lawrence siempre vacila entre una idea de regeneración y una idea de revolución. Pone el acento mucho más en el futuro que en el pasado y considera que el cambio debe ser absoluto, de raíz. Pero el movimiento revolucionario que observa no es para él más que una serie de luchas por la propiedad y quiere imponer una visión diferente, un nuevo sentido de la vida, ante el cual él se compromete; porque de otro modo no habrá regeneración sino un derrumbe final.

Scots Quair, de Grassic Gibbon, es una trilogía que recorre el proceso histórico clásico del campo a la ciudad. Comienza en una pequeña granja de la colina y termina en las calles con las marchas del hambre. El primer libro, *Sunset Song*, es, en este sentido, una expresión clásica de lo que se entiende como la disolución del campesinado. Y es significativo que Grassic Gibbon viera la historia en esta perspectiva. La larga transformación de la Inglaterra rural que provocó, antes que en ninguna otra parte, la disolución de un verdadero campesinado y que lo reemplazó con las formaciones de arrendamiento y salario propias de la agricultura capitalista, había dejado en sus márgenes, zonas socialmente distinguibles: en Irlanda y en algunas partes de Escocia y de Gales. Si leemos la literatura irlandesa, escocesa y galesa de comienzos del siglo XX encontramos estilos de vida que ya casi no existían en las aldeas inglesas después de los cambios producidos en el siglo XVIII. Pero esta diferencia puede conducir a la exageración. Esos estilos de vida tienen mucho que ver con un sistema de terratenientes ausentes y foráneos y con un sentido nacional y de comunidad que sobrevivió con fuerza, así como también con las diferencias acentuadas por la evidencia de una tierra marginal. Lo que nunca se dio en modo alguno en esas regiones, aunque en Escocia y Gales la penetración fue mayor (y la industrialización extensiva de partes de esos países produjo sus propios cambios) es la integración social —por más que se haya intentado imponerla amargamente— propia del orden rural capitalista inglés. Diversas versiones de comunidad lograron persistir durante más tiempo alimentadas por sentimientos nacionalistas específicos que a su vez se fortalecían gracias a esa persistencia. No se trataba exactamente de un campesinado, sino más bien de una comunidad rural subordinada y relativamente aislada, consciente —a la antigua usanza, pero también a la nueva— de su vida dura, pero indepen-

diente. Al leer a los autores rurales irlandeses y galeses, más allá de todo el abanico emocional que va desde lo pintoresco a lo amargo, uno descubre, en todas sus formas, una autosubsistencia espiritual, creativa y destructiva a la vez, que, mucho más que el sistema real de propiedad, constituye el modo social decisivo.

Grassic Gibbon nos muestra también esto dentro de un sistema agrícola que sigue el patrón habitual de los arrendamientos, los alquileres y las propiedades heredadas de la pequeña aristocracia. En realidad, comienza con una historia que refleja esta evolución estándar. Pero dentro de ella aparece una idea social diferente: la de los "táciturnos pequeños arrendatarios de la estirpe de los antiguos pictos"¹³ y es el espíritu de tales antepasados el que sobrevive en quienes explotan esas granjas mixtas en una tierra hasta. Esa versión de una historia espiritual, la continuidad efectiva desde los tiempos prehistóricos que se evoca en las reacciones ante las rocas erguidas, es el elemento emocional dominante de la descripción de esta comunidad del siglo XX que se considera terminada con la Primera Guerra Mundial. Los amargos recuerdos del desmonte, los lamentos de las Tierras Altas, las leyendas de la prehistoria se entretajan en un paño que oculta y a la vez desafía la pobreza. Este es el énfasis nacionalista característico: una auto-definición que, por razones contemporáneas, se inspira en cualquier elemento —por improbable que sea— que pueda considerarse inherente a una tierra particular. En este caso, el recurso alcanza su objeto mediante una prosa específica y vigorosa basada en los ritmos y palabras locales. Todo esto crea un mundo contemporáneo vívido, aún espiritualmente autosuficiente, en el proceso mismo de absorber elementos familiares de la retrospectiva rural más dependiente. Hasta la edad de oro está presente:

Los cazadores habían errado por estas colinas, desnudas y brillantes, en una edad de oro, sin temor ni esperanza, sin odio ni amor, viviendo en lo alto de la corriente del viento y de la corriente de la vida.¹⁴

Esto es lo que había imaginado Lawrence y lo que quiso recrear, contra lo que Grassic Gibbon llama "todas las oscuras, locas esperanzas". Pero la fuerza de *Sunset Song* no está en este tipo de gesto; es la fuerza de los personajes vívidos: Chae Strachan, Long Rob, Chris Guthrie. Las demandas de la guerra alcanzan y quiebran esta armonía y el lamento por "el último de los campesinos, el último de los antiguos escoceses" es el modo de hacer el duelo, cuando este debe hacerse.

Pero lo más interesante es que en el movimiento siguiente hacia el municipio y la ciudad, la herencia espiritual se entiende como un elemento sobreviviente en las condiciones radicalmente transformadas. Un sistema nuevo y depredador se ha apoderado de la gente para usarla en sus guerras, las ha arrancado de su tierra, pero:

¿hace falta dudar de qué lado de la batalla se alistarían si vivieran hoy?"

Esta es una estructura de sentimiento decisivamente diferente. El sentimiento espiritual por la tierra y por el trabajo, el énfasis "pagano" que siempre está latente en las metáforas de la tierra (muy similares, a través de sus diferentes ritmos, a las de Lawrence en el comienzo de *El arco iris*) ahora aparece y se fortalece en las nuevas luchas: a través de la huelga general, en el período de *Cloud Howe*, hasta los días de las marchas del hambre, en el período de *Grey Granite*. Hasta las leyendas sustentan la transición, porque su énfasis espiritual permite repudiar a la Iglesia que se alinea abiertamente con la propiedad y la opresión. En una perspectiva más histórica y más convincente, la independencia radical de los pequeños granjeros, los artesanos y los labriegos se considera como una transición a la militancia de los obreros industriales. La forma de la historia en su conjunto se transforma, pues, de manera decisiva.

Chris Guthrie, la hija de la tierra, entiende el cambio como el destino que "ningún sueño de los hombres podría frenar";¹⁶ solo la tierra resiste. Pero su hijo es un revolucionario, no idealizado; las dificultades y debilidades se reconocen en una narrativa que, más que ninguna otra novela, encarna el movimiento obrero de la década de 1930.

Es esta transición lo que hace interesante la comparación con Lawrence y con un amplio espectro de la literatura sobre la pérdida y la memoria rural. Porque no se trata solo de reordenar una idea. Es una manera de prestar atención a una etapa real de nuestra historia que durante mucho tiempo no fue registrada, pero que indudablemente estaba allí, en la prolongada transición. Los trabajadores, artesanos y pequeños granjeros desplazados no descubrieron el radicalismo al llegar a las ciudades. Aprendieron, en condiciones severamente modificadas, nuevos tipos de organización, nuevas ideas rectoras, que confirmaron y ampliaron un prolongado sentimiento de rencor, independencia y aspiración.

Esta es una divergencia decisiva dentro de la tradición en su conjunto. Los hombres y mujeres que llegaron desde el campo a las ciudades no necesitaban que nadie les dijera lo que habían perdido, como tampoco necesitaban que se les dijera por qué debían luchar en su nuevo mundo. Pero entonces tenía mucha importancia determinar si la experiencia del campo —en toda su realidad, desde el amor por la tierra y sus placeres naturales al dolor impuesto por las privaciones, el trabajo pesado y mal pagado, la pérdida del trabajo y del lugar propio— constituía una ventaja o una desventaja en el proceso de adaptación. Cierta selección de la experiencia —la visión del terrateniente o del propietario residente, las descripciones "pastorales" y "tradicionales"— en realidad se elaboró y utilizó como una idea abstracta, en contra de sus hijos, y de los hijos de sus hijos: contra la democracia, contra la educación, contra el movimiento obrero. En esta particular forma moderna la retrospectiva rural llegó a ser explícitamente reaccionaria y, te-

niendo en cuenta la ruptura de la continuidad, fueron muy pocas las voces que se agruparon en el otro bando. Por ello Grassie Gibbon es especialmente importante, porque habla en nombre de muchos que nunca tuvieron oportunidad de que su voz fuera registrada.

Esto también sugiere, volviendo a Lawrence, una cuestión esencial, importante precisamente a causa del talento del autor. Como vimos, con la simple retrospectiva rural, Lawrence sólo tuvo tratos convencionales. Pero, más allá de ella, avanzó hacia ideas de independencia y renovación naturales y reconoció claramente como un enemigo al sistema industrial capitalista y materialista. Pero es característico y significativo que luego haya sumado a las ideas de independencia y renovación humanas —las ideas de la naturaleza misma— una oposición a la democracia, a la educación y al movimiento obrero: una oposición turbulenta y a menudo contradictoria que tuvo su manifestación más agria entre los años de la guerra y mediados de la década de 1920 y que fue repensada y en ciertos aspectos corregida, con un sentido más real de conexión, en los reflexivos ensayos de sus últimos años. El caso de Lawrence es un nudo demasiado complejo para que hoy sea posible desatarlo, el nudo de una vida signada por abrumadoras contradicciones y presiones. Pero cuando vi que se lo incluía dentro de lo que hoy es una convención —en la educación literaria especialmente—, lo sentí como una ofensa, parte de una crisis continua y en una persistente frontera. El canto de la tierra, el canto del trabajo rural, el canto del deleite en las muchas formas de una vida con la cual todos compartimos nuestro mundo físico, es demasiado importante para ser entregado mansamente, en una rencorosa traición, a los confiados enemigos de toda independencia y renovación significativas y reales.

23. La ciudad y el futuro

De la experiencia de las ciudades surgió la experiencia del futuro. Ante la crisis de la experiencia metropolitana, los relatos del futuro sufrieron un cambio cualitativo. Ya había modelos tradicionales para expresar este tipo de proyección. En todos los registros literarios había existido alguna región situada más allá de la muerte: un paraíso o un infierno. En los siglos de exploración y viajes se descubrieron nuevas sociedades, prometedoras o amenazantes, que habitaban las nuevas tierras, con frecuencia islas: a menudo la isla feliz, que en sí misma constituyó un elemento determinante del mito. Pero, dentro de la experiencia metropolitana, estos elementos, aunque ofrecieron amplia inspiración, eventualmente fueron transformándose. El hombre no avanzaba hacia su destino ni descubría el lugar de su fortuna; sino que vislumbraba, arrogante o erradamente, su propia capacidad para transformarse y transformar colectivamente su mundo.

Ya en el siglo XVIII, Louis Sébastien Mercier realizaba un trabajo topográfico contemporáneo, *Tableau de Paris* (1782-1789) y escribía un relato del futuro secular, *L'An 2440* (1770). Pero la transformación profunda se produjo a fines del siglo XIX y, característicamente, en Londres. Podemos advertirla en escritores tan diferentes como William Morris y H. G. Wells. Cada uno, a su manera, se inspiró en la experiencia transformadora del Londres contemporáneo, que por entonces ocupaba el centro de la atención social y literaria. Cada uno de ellos, también a su manera, se basó en la nueva conciencia colectiva que es el producto social de la experiencia urbana, aun cuando el impulso primario fuera la crítica y el repudio. Morris, en *Noticias de ninguna parte* (1890), hace que su observador se despierte, durante una noche intranquila después de una disputa política, y se halle en el Londres del siglo XXI. Dos aspectos son, pues, significativos: el tipo de ciudad que presagió Morris, que marca una ruptura cualitativa; y las ideas y sentimientos sociales que la crearon, que se inscriben en la misma línea del movimiento socialista de su época. Si solo miramos ese Londres imaginado, encontramos al Morris soñador y a menudo melancólico:

Las fábricas de jabón, con sus chimeneas que vomitaban humo, han desaparecido; las obras de ingeniería han desaparecido; las obras de plomería han desaparecido; y el viento del oeste que llega desde los terrenos de Thorney no trae ningún sonido de remaches ni martillos. Pero ¿y el puente? Quizás soñé ese puente, pero nunca había visto uno semejante en un libro ilustrado [...]

Volví a abrir los ojos a la luz solar, miré alrededor y grité en medio del murmullo de los árboles y los perfumados capullos, "¡Trafalgar Square!".¹

Londres ha sido descentralizado; se han mantenido algunas de las mejores zonas antiguas, pero algunos de los barrios bajos han vuelto a conformar pequeños poblados y aldeas separados. Las ciudades fabriles industriales han desaparecido "como el desierto de ladrillo y cemento de Londres".² La mayor parte de los pueblos más pequeños han sobrevivido y sus centros han sido despejados; los suburbios "se han dispersado en el campo circundante".³ Esta es una combinación de lo que fue esencialmente la recuperación, un retroceso de la historia basado en los modelos medievales y rurales, y lo que habría de expresarse formalmente como la planificación de la ciudad, la creación del orden y el control urbanos. Este es un Londres antiguo e imaginado, anterior al industrialismo y a la expansión metropolitana y un Londres nuevo proyectado, en el sentido contemporáneo de la ciudad jardín. Estos impulsos contradictorios nunca se resolvieron por entero y en realidad no pueden resolverse sin considerar lo que se ofrece en todas partes como el espíritu rector: las nuevas ideas sociales. Porque se considera que las energías del cambio, energías de encolerizado repudio, de nueva cooperación y confianza, se generaron en virtud de la esforzada miseria del Londres del siglo XIX y en virtud del movimiento socialista que emergió como respuesta a ella. El nuevo movimiento social, que alguna vez fuera solo una visión, se hace más duro en la lucha, como en la experiencia del Domingo Sangriento de Trafalgar Square, y luego encuentra organizadores que pueden conducirlo a través de la necesaria guerra civil, hacia una sociedad nueva y pacífica.

Basta comparar esta concepción con, digamos, *Doom of a City* y *City of Dreadful Night* de Thomson para advertir el cambio esencial producido. Los juicios son similares, como ocurre en la convención narrativa, pero lo que aparece como elemento nuevo y transforma la experiencia es justamente este sentido histórico del crecimiento de un movimiento. La crítica social de Thomson es severa, pero su observador permanece aislado. En Morris, la energía negativa ha encontrado una causa positiva.⁴

La visión de Wells es aún más severa. Wells agregó no solo una dimensión histórica sino además una dimensión evolutiva. Como dice él mismo de *When the Sleeper Awakes*, 1899 (una obra en la que había desarrollado el modo narrativo formal de Thomson o Morris, pero acentuando aún más, en la línea de Edward Bellamy, la importancia del movimiento histórico), el libro es:

Esencialmente una exageración de las tendencias contemporáneas: edificios más altos, ciudades más grandes, capitalistas más inicuos y mano de obra más oprimida y desesperada que nunca.⁵

Pero más específicamente, como se ve en *A Story of the Days to Come* (1899), hay un despliegue directo de una visión más antigua de la ciudad:

Un vasto crecimiento lunático que produce un torrente cada vez más profundo de salvajismo en las capas inferiores, y en las superiores un buen tono cada vez más endeble y un despilfarro más insensato.

Esta es la visión a la que se le da una dimensión evolutiva en *La máquina del tiempo* (1899), cuando el "salvajismo de las capas inferiores", propio de los trabajadores pobres, evoluciona para convertirse en los ciegos y brutales Morlocks y la débil insensatez de los ricos evoluciona para encarnarse en la Eloi de aspecto de muñeca, los juguetes que también son el alimento de los Morlocks. Esta imagen reaparece con frecuencia bajo formas diversas: el "bajo mundo" de Gissing se ha transformado en la región subterránea de los obreros esclavizados. La visión sombría del hombre dividido entre el trabajo bruto y el consumo trivial y, por lo tanto, de la ciudad materializada para encarnar esos mundos se manifiesta una y otra vez. Este modo de ver las cosas habría de ejercer gran influencia. Uno de sus sucesores más notables es la película *Metrópolis* de Lang, en la década de 1920.

La sombría visión de Wells es, pues, el polo opuesto de la visión más amable e idílica de Morris. Pero así como el ideal de Morris no puede aislarse de su percepción de un nuevo movimiento social, el apocalipsis de Wells no puede separarse de su percepción de una nueva idea social. Cada una de esas visiones, en sus formas diversas, procede de la experiencia de la ciudad. En Wells la solución es, solo en parte, la tecnología, aunque se pone gran énfasis en ella: los nuevos medios de comunicación y transporte habrán de disolver la horrible concentración del desarrollo industrial y metropolitano del siglo XIX; los seres humanos podrán disponer entonces de nuevas formas de agruparse física y socialmente. Pero esto depende fundamentalmente de un nuevo sentido de sociedad, lo que Wells llama la "ecología humana": una nueva conciencia colectiva, científica y social, capaz de tomar el control del ambiente de manera total y enderezarlo hacia el logro humano. Esta dimensión del pensamiento es nueva y procede de observar cómo un desarrollo ignorante, agresivo y no planificado ha estado perjudicando a hombres y a animales, el campo y la ciudad. La nueva ciudad, cuando exista, será un mundo nuevo, guiado por el nuevo estilo de la ciencia.

Es importante examinar estas reacciones de Morris y de Wells en el contexto de la crisis de la civilización metropolitana e industrial. A menudo se ha conside-

rado que sus visiones no eran más que ensoñaciones ociosas o una proyección espontánea y arrogante. Sin embargo, estos autores se aproximaron más a la crisis real que continuó y se profundizó, que algunos de los escritores que se limitaron a reaccionar contra ella.

Aún hoy con frecuencia se mencionan *Un mundo feliz* de Huxley (1931) y *1984* de Orwell (1949) como necesarias versiones corregidas de la propuesta de Wells. Pero estas dos obras también constituyen una visión corregida de la postura de Morris y, en realidad, de todo aquel movimiento positivo del cambio social. Huxley muestra un mundo que ha alcanzado el tipo de bienestar que proponía Morris apelando a medios wellsianos (reproducción científica, producción y transporte mejorados, drogas, un orden social científico). Huxley diagnostica el vacío de ese mundo y lo compara con una visión primitiva: una nueva versión, que le debe algo a Lawrence, de una vitalidad rural simple, que ahora ya no es inocente sino salvaje: los ritmos de la sangre. Orwell hace añicos la versión al mostrar el movimiento socialista que alcanza su punto culminante en Ingsoc, con su sistema totalitario de mentira, tortura y policía del pensamiento, establecido en una ciudad sucia, a medias derruida y reducida a guerras perpetuas. En el siglo XX estas posturas tuvieron sin duda sus fundamentos, pero es revelador que la crisis central, ante la que reaccionaron tan enérgicamente Morris y Wells, se pase ahora, hasta cierto punto, por alto. Los movimientos de cambio, antes que las condiciones que los provocaron, constituyen ahora los centros del interés crítico. Orwell, casualmente, había seguido en muchos sentidos a Gissing: en sus exploraciones deliberadas de la sordidez urbana, a la cual respondió con un disgusto angustioso semejante pero, al final, con una humanidad mucho más sensible y generosa: una resolución que alcanzó su punto culminante en su celebración de Barcelona, la ciudad revolucionaria. Con la profunda desilusión que le provocó el desarrollo del socialismo, Orwell regresó en su última obra, así como en *Subir a por aire* (1939) a una visión del campo, del antiguo campo impoluto, al que define como un lugar de retiro y sosiego humano, una inocencia que la nueva civilización, capitalista o socialista, había destruido agresivamente. La ciudad gastada, fea, desprotegida y solitaria de *1984* es el resultado de una perversión de la idea colectiva.

Estos fueron importantes desplazamientos dentro de un movimiento de ideas. Sin embargo, todo el tiempo la crisis misma se fue haciendo cada vez más aguda y difundida. Lo que a comienzos del siglo XIX era un fenómeno principalmente inglés se estaba volviendo internacional y, en cierto sentido, universal, pues a fines del siglo XIX y comienzos del XX se extendía a la Europa occidental y a la Norteamérica industrializadas, y en la primera mitad del siglo XX ya había llegado a Asia y a Latinoamérica. En los Estados Unidos, que por entonces se consideraban frecuentemente como un modelo de civilización metropolitana, todavía en 1910 la población rural aún excedía a la urbana y esta distribución so-

lo se modificó entre las dos guerras. En el mundo en general, la población que vivía en ciudades relativamente pequeñas (de más de cinco mil habitantes) se elevó entre 1850 y 1950 del siete a casi el treinta por ciento. Y lo que es más significativo: en la primera mitad del siglo XX la población que vivía en grandes ciudades (de más de cien mil habitantes) se elevó en una proporción del doscientos cincuenta por ciento. En muchas partes del mundo, las ciudades más antiguas pasaron a la etapa metropolitana durante un período de rápido aumento de la población total. Aquello no solo fue una transformación fundamental de la configuración de los asentamientos humanos, sino que también constituyó una nueva manera de poner de manifiesto otras cuestiones: los problemas del uso de la tierra y la contaminación y —lo que afectó profundamente la imaginación— los tipos de ataques físicos masivos, como los bombardeos arrasadores de la Segunda Guerra Mundial y, ya en su máxima expresión, la destrucción de ciudades provocada por las bombas atómicas. James Thomson había imaginado una tormenta natural que destruía la ciudad habitada por hombres de piedra. Wells había imaginado un ataque marciano a Londres, con el “Humo negro” y el “Rayo de calor”: los habitantes de la ciudad, paralizados, quedaban expuestos a esta destrucción aplastante y solo se salvaban gracias al accidente de una infección bacteriana diferencial. En una época de guerras, de poblaciones en continuo crecimiento y de crisis social internacional, la imagen de la ciudad experimentó entonces una rápida evolución.

Esto se hace particularmente evidente en lo que hoy llamamos la ficción científica o los libros de “ciencia-ficción”: descendientes directos de la reacción que tuvo Wells ante la ciudad. Y hubo un elemento más, desarrollado a partir de Wells: las civilizaciones alternativas de otros planetas y otros sistemas solares. James Thomson, mirando las estrellas desde la ciudad, había escrito:

Si pudiéramos acercarnos a ellas por trayectorias no recorridas,
Solo encontraríamos mundos tan tristes como este,
O soles que se consumen como el nuestro
Circundados por mundos planetarios igualmente caóticos.⁶

En la novela científica declarada, el sentimiento opuesto —las estrellas entendidas como la nueva frontera para la expansión y el progreso del hombre— fue un elemento frecuente. Se imaginaron ciudades resplandecientes en mil planetas, con todo tipo de maravillas técnicas. (Un ejemplo representativo, tomado directamente de las ideas wellsianas es *The Underprivileged* de Brian Aldiss; también podemos citar el caso de *La ciudad y las estrellas* de Arthur C. Clarke.) También hubo invenciones significativas de civilizaciones que evolucionaron más allá de sus etapas urbanas y técnicas: personas que vivían en lo que podemos reconocer como antiguos sitios pastorales —el campo abierto, las pequeñas aldeas— pero que

poseían grandes poderes porque habían incorporado las capacidades de comunicación y producción de la etapa urbana, científica e industrial (*Forgetfulness*, de Don A. Stuart, es uno de los muchos ejemplos posibles). De diversas maneras, se proyectaron todos los elementos de la prolongada historia de la relación entre el campo y la ciudad.

Sin embargo, es importante notar además la presencia de una proyección profundamente pesimista de la ciudad misma. Proyección que hoy ya es una convención. Una antología de relatos futuristas, compilada por Damon Knight con el convencional título de *Cities of Wonder*, contiene varios ejemplos que son, en efecto, descendientes directos de la ficción urbana del siglo XIX y de su transmutación a través de Wells. Tenemos, por ejemplo, el caso de *Bilennium* de J. G. Ballard, en donde

el noventa y cinco por ciento de la población estaba permanentemente atrapada en vastas concentraciones urbanas [...] El campo, como tal, ya no existía. En cada centímetro cuadrado de terreno brotaba un cultivo de algún tipo. Lo que alguna vez fueron los campos y praderas del mundo eran, en efecto, pisos de una fábrica.⁷

Otra variedad es la ciudad en alto grado destruida por los bombardeos y la radiación de *Dumb Waiter* de Walter M. Miller:⁸ una ciudad que aún funciona, físicamente, mediante el control electrónico del Coordinador del Servicio Central, pero que es un lugar peligroso para los hombres que se aventuran a volver a ella para salvar algo de las ruinas. Es una ciudad que para resolver sus propios problemas internos de agua, alimento, energía y desechos se ha vuelto, en *Jesting Pilot* de Henry Ruttner, "tan artificial que nadie puede usarla", y sus habitantes solo pueden sobrevivir gracias a la hipnosis colectiva. Semejantes ciudades automáticas encerradas en sí mismas, a cuyos habitantes les cuesta creer en la existencia de un mundo exterior a sus muros, fueron imaginadas una y otra vez, en historias que, frecuentemente, incluían el tema del intento de evasión hacia el campo agreste que se extendía fuera de ellas. Uno de los primeros ejemplos es *The Machine Stops* de E. M. Forster, que termina con la destrucción "de toda la ciudad... abierta como un panal", mientras, afuera, en "la bruma de los pantanos", otras personas, los vagabundos sin hogar, esperan para tomar posesión de ella, pero no para reconstruir la máquina destructora. También está la ciudad que llega a convertirse en un organismo, como se ve en *Single Combat* de Robert Abernethy.⁹

Durante trescientos años la ciudad había estado creciendo [...] como un cáncer que se expande a partir de unas pocas células enloquecidas [...] A medida que crecía tomaba su alimento de un millar de kilómetros de tierras interiores; para proveerla el campo le entregaba su opulencia y los bosques eran segados como espigas; hombres y animales por igual vivían para saciar su hambruna cada vez más intensa [...] Mientras se nutría, la ciudad evacuaba sus desechos en el mar y lanzaba al aire sus venenos; a medida

que se hacía más poderosa, se volvía más sucia. Gradualmente desarrolló un sistema nervioso de alambres extendidos y cables subterráneos [...] Evolucionó de modo tal que pasó de ser una enormidad invertebrada de salvaje crecimiento a constituir una criatura superior con atributos tangibles que armonizan con los conceptos subjetivos de *voluntad, propósito y conciencia* [...].

Finalmente, a través de los viajes a Utopía y a otras partes de la galaxia, aparecen las ciudades naves de *Earthman, Come Home* de James Blish,¹⁰ que se dirigen a mundos nuevos pero que, dentro de sus ambientes totales, revisan cada fase de la historia humana.

En la imaginación, estas ficciones de las ciudades del futuro entran en interacción con las largas ficciones de lo pastoral. Pero, mientras que en el desarrollo de lo pastoral había un distanciamiento de las realidades de la vida campestre, en la ficción de la ciudad hay una superposición evidente con actividades por completo diferentes: la sociología y la planificación urbanas, los estudios sobre el gobierno de las ciudades, los trabajos realizados en el medio físico de una civilización industrial y metropolitana: en todas ellas, aunque con diverso énfasis, los problemas de la ciudad—desde el tránsito hasta la contaminación, desde los efectos sociales a los psicológicos—se presentan como dificultades abrumadoras y, según algunas visiones, insolubles.

Esta es una situación extraña puesto que coexiste no solo con un crecimiento metropolitano muy veloz y a menudo no planificado, sino además con la planificación específica en una escala aún más amplia: ciudades lineales de hasta ciento cincuenta kilómetros; nuevas ciudades concebidas y construidas con una confianza incondicional en los mapas y las proyecciones. Hay una evidente disparidad en la conciencia dominante. En cierto sentido parecería que toda idea sobre la ciudad, desde la visión magnífica hasta la apocalíptica, puede sostenerse a la vez. Una de las razones de esta disparidad de enfoques es la complejidad de las presiones y los problemas. Pero otra razón, más difícil de precisar, es la abstracción de la ciudad, entendida como un enorme problema aislado, abstracción que las imágenes tradicionales contribuyeron en gran medida a respaldar. Porque lo que no debemos pasar por alto, al observar las realidades y las imágenes de la ciudad, es que ambas se desarrollaron dentro de una historia mundial más amplia en la cual, en una sorprendente nueva dimensión, se establecieron nuevas, y al principio apenas reconocidas, definiciones no solo de la ciudad sino también del campo.

24. *La nueva metrópolis*

En las descripciones actuales del mundo con frecuencia se caracterizan las principales sociedades industriales como "metropolitanas". A primera vista, esto puede considerarse una simple descripción del desarrollo interno de tales sociedades, en las cuales las ciudades metropolitanas han llegado a ser dominantes. Pero cuando observamos más atentamente la expresión, en su evolución histórica real, advertimos que lo que representa es una extensión a todo el mundo de aquella división de funciones que en el siglo XIX era una división de funciones dentro de un único estado. Las sociedades "metropolitanas" de la Europa occidental y de Norteamérica son los estados "avanzados", "desarrollados", industrializados; los centros del poder económico, político y cultural. En agudo contraste con ellos, aunque hay muchos estadios intermedios, están las demás sociedades, consideradas "subdesarrolladas": sociedades que continúan siendo principalmente agrícolas y "subindustrializadas". Los estados metropolitanos, mediante un sistema de comercio, pero también mediante un conjunto de controles económicos y políticos, extraen alimento y, lo que es aún más importante, materias primas, de esas regiones de suministro, esta eficaz "tierra interior" que ocupa además la mayor parte de la superficie terrestre y que contiene a la gran mayoría de la población. Así es como un modelo de ciudad y campo, en cuanto a las relaciones económicas y políticas, sobrepasó los límites del estado nación y se considera como un modelo del mundo, aunque esta visión tenga sus opositores.

Es muy significativo que, en sus formas modernas, este modelo haya comenzado en Inglaterra. Gran parte de la historia real del campo y la ciudad, dentro de la misma Inglaterra, es desde épocas muy remotas, la historia de la extensión de un modelo dominante de desarrollo capitalista que apuntó a incluir otras regiones del mundo. Y este no fue, como se sugiere a veces hoy, un caso de "desarrollo" aquí e "incapacidad de desarrollo" en otra parte. Lo que estaba ocurriendo

en la "ciudad", la economía "metropolitana", determinaba lo que sucedía en el "campo" —que primero se limitó a las tierras del interior del país y luego se extendió a vastas regiones alejadas, a las tierras de otros pueblos— y esto, a su vez, determinaba aquella economía urbana. Lo que ocurría en Inglaterra ha estado sucediendo desde entonces, en una escala mucho más amplia, en las nuevas relaciones dependientes entre todas las naciones industrializadas y los demás países "subdesarrollados", pero importantes desde el punto de vista económico. De modo que uno de los últimos modelos de las relaciones entre "ciudad y campo" es el sistema que hoy conocemos como imperialismo.

Ya en los siglos XVI y XVII la expansión europea hacia el resto del mundo había redituado importantes riquezas que se abrieron camino en el sistema interno. Entre los siglos XVI y XVIII, una proporción importante del sistema de las mansiones campestres se construyó gracias a los beneficios de aquel comercio. Especies, azúcar, té, café, tabaco, oro y plata: estos productos contribuyeron, como beneficios mercantiles, al sostenimiento del sistema social inglés mucho más que el rédito proveniente del ganado y los cultivos ingleses. En esta etapa, eran principalmente beneficios producidos por el comercio, por el mero mecanismo de trasladar mercancías de un tipo de economía a otro, aunque con frecuencia respaldado por la fuerza física. Las casas solariegas, que constituyeron la cumbre de un sistema local de explotación, tenían pues muchas conexiones con esas tierras distantes. Pero ya se había puesto en marcha otro proceso: otro tipo de "mejoramiento". La demanda de estas mercancías valiosas y exóticas estaba aumentando firmemente y las sociedades europeas y sus colonos emigrantes estaban comenzando a organizarse para incrementar la producción: Para hacerlo, empezaron a organizar en las regiones tropicales la "mano de obra": ese eufemismo utilizado para referirse al tráfico de esclavos provenientes de África, nada menos que tres millones de esclavos durante el siglo XVII, cifra que alcanzó los siete millones en el siglo XVIII. La nueva economía rural de las plantaciones tropicales —azúcar, café, algodón— se construyó sobre la base de este comercio de seres humanos y, una vez más, los beneficios se incorporaron al sistema de las mansiones campestres: no solo los beneficios sobre las mercancías, sino también, hasta fines del siglo XVIII, sobre los esclavos mismos. En 1700, el quince por ciento del comercio de Gran Bretaña se mantenía con las colonias. En 1775 esa proporción se había elevado a un tercio. En un intrincado proceso de interacción económica, respaldado por guerras entre las naciones comerciantes para obtener el control de las zonas de suministro, un sistema colonial organizado y el desarrollo de una economía industrial terminaron por modificar sustancialmente la naturaleza de la sociedad británica.

Los acontecimientos sin precedentes producidos en el siglo XIX, que hicieron de Gran Bretaña una sociedad predominantemente industrial y urbana cuya agricultura había quedado reducida a una posición marginal, no podrían expli-

carse y ni siquiera habrían ocurrido sin este desarrollo colonial. La nueva producción industrial comenzó a exportarse masivamente. Gran Bretaña transportaba gran parte del comercio mundial y además ofrecía otros servicios desde su nueva posición dominante en la navegación, la banca y los seguros: la nueva "city" de Londres. Haciendo estos provechosos negocios, dejando frecuentemente de lado otros cursos posibles, a mediados del siglo XIX la economía inglesa había alcanzado un punto tal que la producción nacional ya no alcanzaba para alimentar a la población del país. De modo que se instauró, pero esta vez en una escala internacional, la tradicional relación entre ciudad y campo. Las tierras distantes se convirtieron en las zonas rurales de la Gran Bretaña industrial, lo cual tuvo pesadas consecuencias para sus propias regiones rurales sobrevivientes. Al mismo tiempo, el impulso por obtener mercados industriales y por conseguir materias primas llevó al sector más activo de la sociedad a recorrer medio mundo. Ya en el siglo XVIII la más importante de las colonias de América del Norte había logrado su independencia y eventualmente habría de seguir, aún de manera más dramática, los pasos de la madre patria. Especialmente a partir de la década de 1879 se desarrolló una intensa competencia entre las sociedades industriales emergentes; competían por los mercados, por las materias primas y por las zonas de influencia. Esa competencia se libraba en el comercio pero también en varias guerras coloniales. Como consecuencia de ello, en Gran Bretaña se establecieron formalmente nuevos tipos de control político sobre las regiones coloniales: el imperio británico en su sentido político. Ya en el siglo XX, la misma rivalidad se dirimió en sus bases europeas con la Primera Guerra Mundial.

Los efectos que tuvo este proceso en la imaginación inglesa fueron tan profundos que no es fácil identificarlos en su totalidad. Permanentemente, mientras se producían estos acontecimientos, en el interior de Gran Bretaña continuaba desarrollándose la interacción entre el campo y la ciudad de la que hemos visto tantos ejemplos. Pero, por lo menos desde mediados del siglo XIX y con varias instancias importantes previas, existía este contexto más amplio que afectaba consciente e inconscientemente todas las ideas e imágenes. En las novelas industriales de mediados del siglo podemos advertir cómo la idea de la emigración a las colonias se entendía como una solución a la pobreza y a la superpoblación de las ciudades. Miles de trabajadores rurales desplazados ya habían partido con ese rumbo. *María Barton* de Elizabeth Gaskell termina en Canadá, en un tono de idilio y evasión rural más vigoroso que cualquier otra imagen inglesa anterior. En *Cumbres borrascosas*, *Grandes esperanzas*, *Alton Locke* y muchas otras novelas de ese período siempre está presente la evasión hacia regiones distantes como un modo de escapar a la lucha dentro de la sociedad inglesa; una evasión que implica, no únicamente huir hacia una nueva tierra, sino también la posibilidad —como ocurrió en muchos casos reales— de adquirir una fortuna para reingresar a la lucha desde una posición más elevada. Alexander Somerville y varios de los mártires de

Tolpuddle, víctimas de la crisis urbana, como los líderes chartistas, siguieron el mismo camino. Las tierras del imperio eran un lugar de retiro idílico, un modo de escapar de las deudas o la vergüenza, o una oportunidad de hacer fortuna. Cuando la guerra y la administración en esas tierras distantes llegó a organizarse mejor, una clase media en expansión encontró el modo de seguir una carrera estable en el exterior. Las nuevas sociedades rurales penetraron en la imaginación inglesa a la sombra del control político y económico: los mundos de las plantaciones de Kipling y Maughan y el Orwell de sus comienzos; los mundos comerciales de Conrad y Joyce Cary.

Aproximadamente a partir de la década de 1880 se dio, pues, esta impresionante extensión del paisaje y las relaciones sociales. También se desarrolló notablemente la idea de Inglaterra como el "hogar", en ese sentido particular según el cual el "hogar" es un recuerdo y un ideal. Algunas de las imágenes de este "hogar" corresponden al Londres central: la poderosa y prestigiosa capital, centro del consumo. Pero muchas otras corresponden a una idea de la Inglaterra rural: la paz de sus praderas en contraste con las regiones áridas y tropicales donde se realiza el trabajo real; un sentimiento de pertenencia, de comunidad, idealizado por el contraste con las tensiones del gobierno colonial y el hecho de habitar una región extraña y aislada. Podemos reencontrar la fuerza de esta idea en muchas imágenes de la Inglaterra rural del siglo XX. La sociedad de la que aquellas personas habían partido era, después de todo, la más urbana e industrializada del mundo y habitualmente ellos la habían abandonado precisamente al servicio de tales propósitos. Quizás esta situación no hiciera más que acentuar la nostalgia y la idealización. Además, en términos prácticos, la recompensa por el servicio, aunque más a menudo imaginada de antemano que efectivamente obtenida, era un regreso a una residencia rural dentro de esta Inglaterra urbana e industrial: la Inglaterra rural "residencial", el "pequeño lugar en el campo"; salvo que el servicio hubiera resultado tan provechoso que permitiera seguir el antiguo movimiento hacia la "mansión campestre", el sitio verdadero. Las aves, los árboles y los ríos de Inglaterra, el habla de los naturales de la región, más o menos, el lenguaje de uno mismo: estos eran los términos en los que se concebían muchos de los sitios de residencia imaginados y reales. El campo era entonces un lugar para retirarse.

Este ideal se manifiesta claramente en las generaciones de los militares coloniales, de los funcionarios civiles, de los administradores y comerciantes de las plantaciones. Pero, dentro de su propia clase, estos hombres eran los que habían tenido menos éxito. La aristocracia terrateniente había perdido gran parte de su identidad particular y de su poder político en el curso del desarrollo industrial e imperialista. Pero su imaginario social continuaba siendo predominante. La red de ingresos procedentes de la propiedad y la especulación ahora era no solo industrial sino también imperial. Y, como había ocurrido antes con tanta frecuen-

cia, se incorporaba a un estilo rural de exhibición muy consciente de sí mismo. Las mansiones campestres de las últimas obras de George Eliot, de Henry James y de sus anodinos sucesores son, como ya vimos, las mansiones del capital y no de la tierra. Más significativa y ritualmente que nunca, se desarrolló un estilo rural —como una especie de superestructura cultural— basado en las ganancias producidas por el desarrollo industrial e imperial. Este era un estilo que involucraba actividades placenteras, la fácil concreción de las antiguas imágenes de Penshurst: deportes campestres, pesca y sobre todo caballos; a menudo, con el agregado de un interés marginal por la conservación y el "antiguo estilo campestre".

Mientras tanto, dentro de Gran Bretaña, aún existía un pequeño proletariado rural y los granjeros, como ya vimos, se iban convirtiendo, cada vez en mayor número, en propietarios residentes; se estaban ajustando, frecuentemente con dificultad, a la posición subordinada de la agricultura nacional, pero también estaban aumentando su eficiencia gracias a los recursos de una sociedad científica e industrial. En un tono menor, algunas de las antiguas imágenes reales subsistieron. Pero ahora las nuevas imágenes, transmutadas por sus cambiantes funciones, finalmente las superaban en número. El lugar tranquilo adonde retirarse o el lugar donde vivir con un estilo campestre. Estas eran ahora las imágenes dominantes, tanto en la literatura como en la historia real.

No obstante, durante todo este tiempo, en las tierras distantes, fuera del alcance de la vista, se había estado formando un enorme proletariado. Como escribió Orwell en 1939 después de haber visitado algunas de esas regiones:

Lo que siempre olvidamos es que la abrumadora mayoría del proletariado británico no vive en Gran Bretaña, sino que está en Asia y África.¹

Este era en verdad el sistema que se había estado desarrollando. Millones de esclavos, millones de peones contratados y tomados como aprendices; millones de trabajadores rurales mantenidos con salarios tan bajos que apenas les alcanzaban para mantenerse pobremente. De esas regiones "campestres" habrían de surgir eventualmente, a fuerza de sangre y lucha, movimientos por la independencia política. En varias etapas, con la intención de perpetuar semejante orden, funcionarios jóvenes, provenientes de las mansiones solariegas, enviaron a otros compatriotas y a irlandeses, escoceses y galeses expropiados a combatir en las batallas coloniales, donde murieron en gran número. Destino extraño. El hombre desempleado de los barrios bajos de las ciudades, los superfluos peones sin tierra, los labriegos desposeídos: todos ellos hallaron empleo matando y castigando a los campesinos pobres de los países subordinados.

Hoy con frecuencia se dice, en tono culpable, que los británicos en su conjunto se beneficiaron gracias al sistema del imperialismo. Si agregamos a esto las cifras del movimiento de riquezas no nos cabe duda de que es cierto. El aumen-

to del nivel de vida general dependió, en gran medida, de la explotación de millones de personas consideradas simplemente como gente atrasada, como "nativos". Gran parte de la culpa, el aborrecimiento y los prejuicios alimentados durante aquellas generaciones estaba vivo aun cuando, irónicamente, el desempleo en las colonias impulsó una migración en sentido contrario, siguiendo el antiguo modelo de desplazamiento de mucha gente desde "el campo", en pos de la riqueza y de lo que se decía de ella, hacia el centro "metropolitano", donde pronto fue empujada, apiñada junto con los pobres indigentes, como había ocurrido a lo largo de toda la historia del crecimiento de las ciudades. Sin embargo, no debemos olvidar que la riqueza total que ingresó y que aún continúa ingresando, no se distribuyó equitativamente. Londres pasaba por uno de sus mejores momentos como ciudad imperial cuando al mismo tiempo creaba en su interior un centro desesperado de pobreza y miseria en el East End. Porque la riqueza proveniente del imperio, canalizada a través de unas pocas manos, era una fuente esencial del poder político y económico que la misma clase dirigente continuaba ejerciendo. Las ventajas que implicaba vivir en una sociedad industrial desarrollada, aun en los niveles más bajos de la escala, se habían diseminado, por supuesto, de manera más amplia. Aun así, internamente, estos trabajadores sufrían una explotación directa. Los obreros británicos debían pagar por muchas de estas ventajas; y lo hacían con sangre en repetidas guerras que tenían muy poco o nada que ver con sus intereses inmediatos; y también las pagaban con la confusión, la pérdida del sentido de sus vidas y la deformación del espíritu. Esta es la historia de la ciudad y el campo manifestada en su forma más severa que ahora se presentaba en una escala inimaginablemente compleja.

Actualmente en Gran Bretaña está ampliamente difundida la creencia de que este sistema ha terminado. Pero el imperialismo político fue solo una etapa, precedida por los controles económicos y comerciales y respaldada cuando era necesario por la fuerza. Sus sucesores efectivos son los controles económicos, monetarios y comerciales que además, cada vez que alguien ofrece resistencia, se garantizan inmediatamente mediante la intervención política, cultural y militar. Las relaciones dominantes actuales todavía son, en este sentido, las de una ciudad y un campo, en el momento de su máxima explotación.

Lo que se ofrece como idea, para ocultar esta explotación, es una versión moderna de la antigua idea del "mejoramiento": una escala de sociedades humanas que, teóricamente, culmina en la industrialización universal. Todo el "campo" llegará a convertirse en "ciudad": esta es la lógica de su desarrollo, una simple escala lineal a lo largo de la cual pueden marcarse los distintos grados de "desarrollo" y "subdesarrollo". Pero la realidad es completamente diferente. Muchas de las sociedades "subdesarrolladas" han evolucionado precisamente para cubrir las necesidades de las países "metropolitanos". Personas que algunas vez practicaron una agricultura de subsistencia tuvieron que desplazarse, obligadas por la presión

política y económica, a una economía de hacienda, a la explotación minera y a los mercados de monocultivo. La fijación de precios, con los cuales estas zonas especializadas en las necesidades metropolitanas tienen que tratar de vivir, está controlada de manera decisiva por los mercados de mercancías metropolitanos. Las inversiones masivas en este tipo de suministros y en su infraestructura económica y política producen un importante flujo de riqueza desde esas zonas "rurales" especializadas, fenómeno que acentúa aún más las interrelaciones dominantes. El proceso es esencialmente el mismo, así se trate de café o cobre, caucho o estaño, cacao, algodón o petróleo. Y lo que se denomina "ayuda" a los países pobres es, salvo raras excepciones, una acentuación de este proceso: el desarrollo de sus economías a favor de las necesidades metropolitanas; la preservación de los mercados y las esferas de influencia o la permanencia del control político indirecto: mediante el apoyo a un régimen colaboracionista, mediante la oposición —si es necesario a través de la intervención militar— a todo movimiento que pudiera ofrecer a estas sociedades un desarrollo independiente y primariamente autodirigido. Gran parte de la historia de mediados del siglo XX es esta relación decisiva y sus turbulentas consecuencias. Todo el proceso se cubre ideológicamente con la idea abstracta del "desarrollo": un país pobre está "en camino" de convertirse en uno rico, tal como ocurrió en la Gran Bretaña industrial durante el siglo XIX, cuando un hombre pobre podía considerarse como alguien que gracias a las ideas y el esfuerzo adecuados "estaba en camino" de convertirse en un hombre rico, pero que, por el momento, permanecía en la etapa inicial de ese desarrollo. Pero la realidad es que la brecha se amplía y que sus consecuencias se han extendido tanto que están decidiendo la historia del mundo.

Dentro de esta vasta acción, las antiguas imágenes de la ciudad y el campo parecen desmoronarse. Pero algunas son todavía pertinentes; la historia y las ideas son pertinentes. Aún podemos hallar literatura rural de los estilos más tradicionales, pero cada vez debemos ir más lejos para encontrarla. Hay relatos de tierras distantes y, sin embargo, podemos reconocer en ellas algunas de nuestras propias experiencias tradicionales. Los detalles locales son diferentes, como es natural tratándose de gente diferente, pero muchas de las experiencias históricas son esencialmente semejantes. Si leemos la exquisita novela de los recolectores migrantes de Anatolia, *The Wind from the Plain* de Yashar Kemal, podemos ver una forma de la experiencia compartida por muchos de nuestros propios compatriotas: una comunidad que ha llegado a ser mano de obra disponible para una empresa estacional especulativa de otra región, las privaciones del largo trayecto, el fraude habitual al final del recorrido. Podemos leer acerca del conflicto entre dos tipos de personas, dos estilos de vida rural, en *The River Between* (1965) de James Ngugi. Acerca del mundo de la aldea en *The Concubine* (1966) de Elchi Amadi o sobre los arrozales de Guyana en *The Far Journey of Oudin* (1961) de Wilson Harris. Hallamos la vida rural de la India del sur en *Swami and Friends*

(1935) de R. K. Narayan, y el conflicto rural en *The Village* (1939) de Mulk Raj Anand.

Muchas de estas narraciones incluyen temas característicos: las luchas contra los terratenientes, el fracaso de la cosecha y las deudas, la penetración del capital en las comunidades campesinas. Estas, en todas las variaciones de las diferentes sociedades y tradiciones, son tensiones internas que podemos reconocer como formas características, que a menudo se remontan muy lejos en nuestra historia. Pero el interés más apremiante que tienen para nosotros estas historias reside en las situaciones en que se describe la experiencia imperialista y colonial. En Gran Bretaña, dentro de las islas mismas, el proceso colonial se remonta a una época tan antigua que ni siquiera está registrado, aunque pueden advertirse las consecuencias ulteriores de ese proceso en la literatura rural de Escocia y Gales y, especialmente, de Irlanda. Es un proceso que ha llegado a formar parte de la prolongada situación que se ha idealizado como la Antigua Inglaterra o la economía natural: el producto de siglos de penetración y dominación sucesivas. Lo importante en esta literatura moderna de los pueblos coloniales es que en ella podemos ver cómo ocurre la historia, como se la construye, sobre la base de una Inglaterra que, dentro de nuestra propia literatura, fue descrita de modo tan diferente.

Así nos encontramos con experiencias amargamente recordadas en el extremo receptor del proceso que creó las fortunas que se convirtieron, en Inglaterra, en las mansiones campestres y en aquel estilo de vida: experiencias de las plantaciones de azúcar y del tráfico de esclavos. Hay muchos relatos directos de este proceso en desarrollo, cuando se hallaba en su estadio más organizado y expansivo. Ya estamos familiarizados con la obra de autores ingleses que experimentaron las tensiones de tal proceso: *Pasaje a la India*, de E. M. Forster, *Burmese Days* de Orwell, las importantes novelas africanas de Joyce Cary: *Aissa Saved*, *The African Witch*, *Mister Johnson*. Característicamente, estas son formas liberales de ver la experiencia, propias de la generación crítica posterior a Kipling, que se cuestionaba a sí misma. Pero basta recorrer las obras de escritores indios, africanos y de las Indias Occidentales para acceder a una perspectiva diferente y necesaria. La plantación de té aparece presentada desde el punto de vista opuesto en *Two Leaves and a Bud* (1937) de Mulk Raj Anand. *Things Fall Apart* (1958) de Chinua Achebe concluye con un hombre blanco que reúne material para escribir un libro sobre "La pacificación de las tribus primitivas del bajo Níger" y este irónico desafío es eficaz porque todos nosotros hemos leído ese tipo de relatos; pero ahora vemos el proceso desde el interior de la comunidad rural, cuando los hombres blancos —los misioneros, los funcionarios de distrito— llegan con sus soldados mercenarios y su policía. Lo más impresionante de *Things Fall Apart* es que, como ocurre en cierta literatura del cambio rural, tan tardía como la de Hardy, las tensiones internas de la sociedad se manifiestan claramente, de modo tal que pode-

mos comprender las formas de penetración que en cualquier caso habrían de sobrevenir en ese proceso de expansión. Los primeros conversos a la religión extranjera eran personas marginales de la sociedad tradicional. La ley y la religión extranjeras despertaron amargo resentimiento y resistencia, pero el puesto comercial de aceite de palma fue bien recibido como un agregado a la agricultura de rozas y quema de batatas que apenas alcanzaba para la subsistencia. El hombre más fuerte, Okonkwo, termina siendo destruido por un proceso muy complicado de contradicciones internas e invasión externa.

Podemos ver estas mismas complicaciones en un estadio posterior y en diferentes sociedades, en los movimientos de resistencia de la gente del campo contra el poder inglés, en la Kenya de James Ngugi reflejada en *Weep Not, Child* y *A Grain of Wheat*, o en la Malasia de Han Suyin de *And the Rain My Drink*. Lo que se presentó oficialmente a los lectores ingleses como salvajismo seguido por terrorismo, se percibe aquí en sus términos reales: muchas sociedades rurales diferentes —no idealizadas, presentadas con sus propias miserias— invadidas y transformadas por un sistema extranjero incomprendido y frecuentemente brutal. Es significativo que, en la moderna tradición de clase media inglesa, la idealización del campesino no se extendiera, cuando podría haber sido importante que lo hiciera, a los labriegos, los peones de las plantaciones, los culis de estas sociedades ocupadas. No obstante, en un sentido nuevo y universal esta era la penetración, transformación y sojuzgamiento de "el campo" por parte de "la ciudad": comunidades rurales establecidas desde mucho tiempo atrás desarraigadas y re-dirigidas por el poder militar y económico de un imperialismo metropolitano en desarrollo. Tampoco es este un proceso que corresponda al pasado, ni al pasado reciente; basta leer las obras del escritor sudafricano Ezekiel Mphahlele para comprender que no ha terminado.

Pero lo que observamos además es un proceso secundario aún más complicado. En el sentido más general, por debajo de la descripción de las naciones imperialistas como "metropolitanas", puede advertirse que la imagen del campo —penetrado, transformado y sojuzgado por la ciudad, que aprende a devolver los golpes con antiguas tácticas y también con otras más nuevas, aún es válida. Pero uno de los efectos de la dominación imperialista fue la iniciación, dentro de las sociedades dominadas, de procesos que luego siguieron, en la esfera interna, las líneas del desarrollo extranjero. Lo que se da, a menudo dramáticamente, dentro de las sociedades coloniales y neocoloniales es una historia interna de la relación entre campo y ciudad. Esto es particularmente irónico puesto que, en el pensamiento occidental, la ciudad se asocia actualmente con sus formas más modernas de desarrollo, cuando en realidad, en la escala mundial, el crecimiento más notable de ciudades registrado durante el siglo XX ocurrió en los continentes "subdesarrollados" o "en vías de desarrollo". Dentro de las sociedades industrializadas, la urbanización ha continuado avanzando, aunque en sociedades como la británica,

las proporciones se mantuvieron relativamente estables durante algún tiempo. En realidad ha habido cierto importante movimiento de alejamiento de las ciudades en el sentido antiguo, a medida que los centros se reservaban para el desarrollo comercial y administrativo, y a medida que crecían los suburbios, los nuevos poblados y los centros industriales en zonas rurales y semirurales, respondiendo a una política de dispersión relativa. En las sociedades industriales, la ciudad concentrada ya está experimentando un proceso de redistribución en virtud de lo que es, en efecto, una red de transporte: el conurbano, la región metropolitana, el eje Londres-Birmingham. Así es como la ciudad pasa a una etapa terciaria de su evolución y se transforma en una provincia y hasta en un estado.

Mientras tanto, en el otro extremo del proceso imperialista, las ciudades intensamente superpobladas se están desarrollando como resultado directo del sistema económico impuesto y de sus consecuencias internas. Habiendo comenzado como centros del comercio y la administración colonial, estas ciudades atrajeron, como sucedió en nuestra propia historia, a la población excedente y los peones desarraigados de las zonas rurales. Este es un proceso continuo y a largo plazo que se intensificó a causa del rápido crecimiento de la población general. Los problemas que ya nos resultan familiares relacionados con la expansión caótica de la ciudad se repiten en todo el mundo y en los países más pobres. Quienes hablan de la crisis de las ciudades teniendo presentes los casos de Londres, Nueva York o Los Ángeles, deberían pensar también en las crisis aún más profundas de Calcuta, Manila o un centenar de otras ciudades de Asia, África y América Latina. Una población desplazada anteriormente rural se muda y traslada hacia los centros de una economía monetaria dirigida por intereses que distan mucho de los de estos migrantes. La última imagen de la ciudad, en el mundo ex colonial y neocolonial, es la capital política o el puerto comercial rodeado de barrios pobres, las *barriadas* que con frecuencia crecen a una increíble velocidad. En Perú, mientras escribo esto, unas pocas hectáreas de desierto se transformaron, de la noche a la mañana, en una "ciudad" de treinta mil habitantes, y este es solo un ejemplo particular en la larga interacción entre comunidades rurales alteradas y quebradas y un proceso de agricultura e industrialización capitalistas que a veces tuvo una dirección interna, pero que más a menudo estuvo dirigido desde el exterior.

De modo que es demasiado tarde para que las sociedades industriales ricas hagan advertencias sobre las consecuencias de este dramático proceso. Hay una postura reaccionaria y falsamente conservacionista que preferiría, en efecto, como lo observó Hardy en el caso de la Inglaterra rural, que las sociedades en vías de desarrollo permanecieran como están, pintorescas y pobres, para beneficio de sus observadores. Aun cuando esto se proponga seriamente, como cuando se advierte razonablemente sobre las profundas consecuencias humanas, hay cierta mala fe si se sostiene que el proceso debería detenerse en un estadio más o menos semejante al de los niveles actuales de ventajas y desventajas relativas. Porque lo que hay que reconocer, como una realidad no solo histórica, sino

contemporánea, es que las líneas del desarrollo, tanto en sus consecuencias deliberadas como en las no deliberadas, se dirigen hacia los centros del poder económico, político y militar imperialistas. Las sociedades rurales destruidas incluyen no solo las economías de Latinoamérica, sino también las devastadas por bombas e incendios de Vietnam. El desarrollo independiente, por el que hay que luchar amargamente, ofrece la única oportunidad de cualquier crecimiento posible dirigido en pos del interés de la mayoría. Y, si bien es cierto que si sumamos todos los éxitos y todos los fracasos del desarrollo, la crisis global es aterradora, hay que admitir que se trata de un proceso que no puede interrumpirse en ninguno de sus estadios. En realidad, los cambios decisivos, si es que han de producirse efectivamente, tendrán que originarse en los países "metropolitanos", cuyo poder deforma actualmente todo el proceso e impide la instauración de cualquier sistema genuino de interés y control común. No obstante, cuando observamos el poder y el ímpetu de las tendencias metropolitanas, con frecuencia aceleradas por sus propias crisis internas, no nos cabe duda de que un cambio de rumbo, suponiendo que fuera posible, tendrá que implicar necesariamente un cambio revolucionario. La profundidad de la crisis y el poder de aquellos que continúan dominándola, son demasiado grandes para que podamos concebir un camino más fácil o de mayor consenso.

Dentro de esta vasta movilidad actual, que es la historia cotidiana de nuestro mundo, la literatura continúa encarnando experiencias e interpretaciones casi infinitamente variadas. Podemos recordar nuestra propia literatura temprana de la movilidad y del proceso corruptor de las ciudades y ver cómo muchos de sus temas reaparecen en la literatura africana, asiática y de las Indias Occidentales, obras escritas, característicamente, en los lenguajes metropolitanos que son en sí mismos una de las consecuencias de la movilidad. Podemos leer acerca de las desaseguradas aldeas de tantos países lejanos en *Danda*, de Nkem Nwankwo o en *In the Castle of My Skin*, de George Lamming. En *New Day* de V. S. Reid aparece un lenguaje mixto, aprendido en virtud de la movilidad. Chinua Achebe, por su parte, que en *Things Fall Apart* y en *Arrow of God* describió la llegada del sistema extranjero a las aldeas, nos muestra el complicado proceso de la movilidad educacional y los nuevos tipos de trabajo de la ciudad en *No Longer at Ease* y en *Man of the People*. Con todo, nos hemos acostumbrado hasta tal punto a pensar en las experiencias comunes a través de las pantallas alienantes de la extranjería y la raza que con excesiva frecuencia consideramos la particularidad de estos relatos como meramente exótica. Allí, en una sociedad que al principio nos resulta extraña, se está dando un proceso social y ese es el aspecto más importante del asunto. Pero, a medida que ampliamos nuestra perspectiva teniendo en cuenta la larga historia de la literatura del campo y la ciudad, podemos ver en qué medida, en diferentes épocas y en diferentes lugares, existe un proceso similar, en lo que en última instancia debe entenderse como una historia común.

25. Ciudades y campos

I

El campo y la ciudad son realidades históricas variables, tanto en sí mismas como en las relaciones que mantienen entre sí. Además, en nuestro propio mundo, representan solo dos tipos de asentamientos humanos. Nuestra experiencia social real no se limita únicamente al campo y la ciudad, en sus formas más singulares, sino que existen muchos tipos de organizaciones intermedias y nuevos tipos de formaciones sociales y físicas.

Con todo, las ideas y las imágenes del campo y la ciudad conservan una gran intensidad. Esta persistencia tiene una significación solo equiparable a la gran variación real, social e histórica, de las ideas mismas. Está claro que el contraste entre el campo y la ciudad es una de las principales formas que tenemos de tomar conciencia de una parte central de nuestra experiencia y de la crisis de nuestra sociedad. Pero cuando somos conscientes de ello, solemos caer en la tentación de reducir la variedad histórica de las formas de interpretación a lo que, sin mucho rigor, se llaman símbolos o arquetipos; es decir, a abstraer incluso aquellas formas sociales más evidentes y darles una jerarquía primariamente psicológica o metafísica. Solemos caer en esta reducción cuando comprobamos que ciertas formas, imágenes e ideas importantes persisten a través de periodos de grandes cambios. Sin embargo, si somos capaces de ver que la persistencia se debe a que también esas formas, imágenes e ideas cambian —aunque a menudo lo hagan sutil, internamente y a veces inconscientemente—, podremos advertir también que la persistencia indica alguna necesidad efectivamente permanente a la que responden las interpretaciones cambiantes. Creo que en realidad tal necesidad existe y que es consecuencia de los procesos de una historia particular. Pero si no vemos esos procesos o los percibimos solo incidentalmente, recaemos en formas de pensamiento que parecen poder crear la permanencia sin la historia. Podemos

hallar satisfacción emocional o intelectual en esto, pero solo tendremos que vérnoslas con la mitad del problema, porque en todas estas interpretaciones principales coexisten—lo cual es en realidad sorprendente e interesante— la persistencia y el cambio, y esto debe explicarse sin limitarse a decir que uno es una forma del otro. O, para decirlo en un lenguaje más teórico, tenemos que poder explicar, en términos que se relacionen entre sí, tanto la persistencia como la historicidad de los conceptos.

Las ideas de la ciudad y el campo constituyen uno de los casos en que mejor se aplica este dilema. Está claro, por ejemplo, que una idea derivada de la experiencia de la ciudad medieval no puede tomarse, en una continuidad meramente nominal, como una idea sobre una metrópolis del siglo XX, tanto como no puede tomarse una idea pastoral de la Beocia rural como una interpretación adecuada de la Norfolk moderna. Pero, del mismo modo, no podemos decir que la idea de la inocencia pastoral o de la ciudad como instancia civilizadora, que surge, como cada una de ellas lo hace, en tantos períodos y formas, es un simple espejismo que solo puede exponerse o contradecirse. La exposición y la contradicción a menudo son necesarias en el plano crítico, si nos atenemos únicamente a las ideas que ya conocemos, a la persistencia comparable de las ideas sobre la necesidad rural o sobre la ciudad como un lugar de corrupción. Solo que después tenemos que formularnos otras preguntas: ¿qué tipos de experiencias parecen interpretar las ideas? Y ¿por qué ciertas formas se dan o reaparecen en este o aquel período?

Para responder estas preguntas nos hace falta rastrear, histórica y críticamente, las diversas formas de las ideas. Pero también es conveniente detenerse en ciertos puntos y considerar algunos planos de intersección particulares: preguntarnos no solamente qué está ocurriendo, en un período, con las ideas del campo y la ciudad, sino además, con qué otras ideas se asocian las primeras, en el marco de una estructura más general. Por ejemplo, tenemos que reconocer la asociación de ideas que se da regularmente entre los siglos XVI y XVII entre la ciudad, el dinero y la ley; la asociación que se establece en el siglo XVIII de la ciudad con la riqueza y el lujo; la persistente asociación—que alcanza su punto culminante a fines del siglo XVIII y en el XIX— de la ciudad con el gentío y las masas; la asociación reiterada, ya en el siglo XIX y en el XX, de la ciudad con la movilidad y el aislamiento. Cada una de estas ideas tiene cierta persistencia, pero el aislamiento, por ejemplo, solo emerge como tema principal durante la fase metropolitana del desarrollo, en tanto que la reacción ante la ciudad como centro del dinero va desde los tipos aislados de corrupción e intriga a la percepción de un sistema comercial y político. Podemos observar diferencias radicales semejantes en el caso de las asociaciones de ideas referentes al campo: la idea del asentamiento humano, por ejemplo, en oposición a la idea del retiro rural que implica movilidad. Cada una de estas ideas puede hallarse en períodos muy diversos y parece

depender de variaciones de clase, en tanto que el otro contraste obvio entre una idea del campo cultivado, en la que del cultivo deriva el progreso honesto, y la idea del campo en estado agreste o intacto, es decir, no el cultivo, sino la naturaleza aislada, tiene una perspectiva histórica más clara, puesto que la última incluye de manera por completo evidente una respuesta a todo un estilo de vida determinado, en gran medida, en otra parte. La medida en que se aborda la realidad del trabajo, al observar un campo laborioso, está asimismo, como vimos, condicionada históricamente. Sin embargo, aun dentro de un mismo período, podemos apreciar cómo en una idea como la de la Edad de Oro, una similitud aparente termina por ocultar diferentes ideas reales, como ocurre con los usos alternativos que hacen de ella la aristocracia, los pequeños propietarios y los desposeídos. Frecuentemente, en estos casos de asociación y variación interna, importa más qué se dice entre líneas que lo que se dice del campo; así como en el siglo XIX y en el XX a menudo importa más qué se dice entre líneas que lo que se dice, de manera convencional, sobre la ciudad.

Esta complejidad alcanza niveles muy profundos. Es provechoso, por ejemplo, observar tres períodos principales del lamento rural en los cuales se invoca explícitamente un pasado más feliz: el período de fines del siglo XVI y comienzos del XVII; el de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX y el de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Así se advierte bastante claramente que cada una de esas etapas corresponde a un período de cambio excepcional de la economía rural que vemos reflejado de diversas maneras. Pero no se trata solamente de que cada uno de esos reflejos incluya otras ideas sociales y metafísicas. Lo importante es también que la convención del campo como un estilo de vida arraigado perturbado por un cambio no deseado y externo se complica, en nuestro propio siglo, a causa de la aparición de ideas muy similares sobre los grandes poblados y la ciudades. Las quejas por los cambios sufridos en el campo podían provenir de los pequeños propietarios amenazados o de los ocupantes de terrenos comunes o hasta, en el siglo XX mismo, de una clase de terratenientes, pero es sugestivo oír algunas de esas mismas frases—acerca de la destrucción de una comunidad local, del desalojo de los pequeños productores, de la indiferencia ante estilos y costumbres arraigados— en las innumerables campañas en contra de los efectos de la reestructuración, la planificación urbana, los sistemas de aeropuertos y autopistas, en muchas ciudades del siglo XX y hasta, con gran vigor, en partes de Londres. He oído una defensa del Covent Garden, contra ciertos planes de desarrollo, que repetía en casi todos sus detalles la defensa que hacían los ocupantes de tierras comunes en el período de las privatizaciones parlamentarias. Está claro que las ideas acerca del campo y de la ciudad tienen contenidos e historias específicas, pero también es igualmente claro que, a veces, estas son formas de aislar e identificar procesos más generales. A menudo se habla de “la ciudad” cuando se quiere hacer referencia al capitalismo, la burocracia o el poder

centralizado, en tanto que "el campo", como ya vimos, a veces puede significar cualquier cosa, desde independencia hasta privación, y desde las fuerzas de una imaginación activa a una forma de liberación de la conciencia. En cada ocasión debemos cotejar estas ideas con las realidades históricas: a veces para confirmarlas, a veces para negarlas. Pero también, al ver el proceso en su totalidad, tenemos necesidad de cotejar las realidades históricas con las ideas, porque a veces estas expresan —no solo a través de un disfraz o una sustitución, sino ejerciendo una mediación efectiva u ofreciendo una trascendencia en ocasiones efectiva— intereses y propósitos humanos que no disponen de otro vocabulario inmediato. No se trata únicamente de estar lejos o carecer de términos y conceptos más específicos; lo que ocurre es que en el campo y en la ciudad, físicamente presentes y sustanciales, la experiencia encuentra un material que permite corporizar los pensamientos.

He delineado estos procesos que considero fundamentales en sus principales variaciones dentro de una única literatura y una única sociedad: la literatura inglesa que quizás sea más rica que ninguna otra en lo tocante a la completa gama de temas sobre el campo y la ciudad; una sociedad que experimentó, muy pronto y de manera general, un proceso de desarrollo histórico en economías y comunidades primero rurales y luego industriales y urbanas; aunque esta continúa siendo una historia particular, también ha llegado a ser, en ciertos aspectos centrales, un modelo dominante de desarrollo en muchas partes del mundo. Cada fase de esta historia puede indagarse más profundamente y aún quedan otras formas de describir la secuencia, la interacción y el desarrollo. Es evidente la necesidad de hacer más estudios comparativos: ya hay un rico material en la literatura francesa y en la rusa, en las que tanto el campo como la ciudad tienen significaciones esenciales relacionadas pero específicas; en el pensamiento y la literatura alemanes, donde la idea de la ciudad como centro cultural siguió un rumbo especialmente positivo; en la literatura y la cultura norteamericanas, donde la velocidad y el alcance del proceso creó ideas e imágenes muy vigorosas y en ocasiones universales; en la cultura italiana, no solo como fuente, sino en el carácter dramático de su transición contemporánea; en la literatura, como vimos, del mundo en vías de desarrollo, donde formas diferentes de ver un proceso semejante llegan a articularse. Tengo la esperanza, seguramente bien fundada, de que todo esto será objeto de estudios específicos y comparativos.

II

Pero esta no es, ni nunca lo fue, solo una cuestión de estudio. El hecho mismo de que el proceso histórico, en algunos de sus rasgos principales, sea hoy efectivamente internacional significa que tenemos algo más que material para

efectuar interesantes comparaciones. Estamos abordando, y sabemos que lo estamos haciendo, formas de una crisis general. Al mirar, por ejemplo, retrospectivamente la historia inglesa y especialmente su culminación en imperialismo, puedo ver en este proceso de relaciones cambiantes entre el campo y la ciudad la fuerza rectora de un modo de producción que en verdad transformó el mundo. De modo que estoy dispuesto a entender la ciudad como sede del capitalismo, como tantos hacen hoy, si también se me permite decir que este modo de producción comenzó, específicamente, en la economía rural inglesa y provocó allí muchos de los efectos característicos —aumentos de producción, reordenamiento físico de un mundo totalmente disponible, desplazamiento de asentamientos humanos consuetudinarios, una fuerza humana sobrante que se transformó en un proletariado— que desde entonces se han reproducido, en muchas formas extendidas, en ciudades y colonias y en un sistema internacional conjunto. Por consiguiente, no me sorprende que las quejas del Covent Garden se hagan eco de las quejas de los ocupantes de terrenos comunes, puesto que las fuerzas del mejoramiento y el desarrollo, en aquellas formas específicas —una amalgama de poder financiero y político que persigue propósitos diferentes de los de cualquier comunidad local pero que tiene su propia y específica razón interna— son, en un sentido fundamental, semejantes, como fases de la empresa capitalista.

Lo que hacen las empresas petroleras o las empresas mineras es lo que hacían los terratenientes, lo que hacían y continúan haciendo los dueños de grandes plantaciones. Y son muchos los que concuerdan con ellos y ven la tierra y sus propiedades como una explotación disponible y provechosa: se trata de un beneficio tan evidente que las necesidades por completo diferentes de las poblaciones y la comunidad locales se dejan de lado, a menudo implacablemente. Teniendo en cuenta lo difícil y complejo que es este proceso, puesto que los aumentos de la producción y el incremento de nuevas formas de trabajo y de riqueza son indudablemente reales, en general es más necesario percibir éste tipo de contraste —entre formas de asentamiento y formas de explotación— que poner el acento en el contraste más convencional entre desarrollo agrícola y desarrollo industrial: el campo entendido como cooperación con la naturaleza y la ciudad y la industria entendidas como formas de invalidarla y transformarla. Hay una diferencia cualitativa visible entre los resultados de los cultivos y los resultados de la minería, pero si solo vemos el contraste, percibimos solo algunos de esos resultados. Los efectos de ambos en los asentamientos humanos, en los estilos de vida consuetudinarios o localmente autodeterminados, son con frecuencia muy similares. La tierra, ya sea por su fertilidad o por su riqueza minera, se considera en ambos casos de manera abstracta. Se la utiliza en una empresa que, por ahora, pasa por alto toda otra consideración. Desde que se registraron las dramáticas transformaciones materiales de la Revolución Industrial nos ha resultado fácil olvidar con cuánta profundidad y de manera aún visible la agricultura modificó la tierra. Al-

gunos de los primeros y más notables efectos ambientales, tanto negativos como positivos, fueron consecuencia de la práctica agrícola: fertilizar la tierra, pero también, en algunos lugares, hollándola hasta convertirla en un desierto; desmontar terrenos productivos, pero también, en ciertos lugares, talando árboles en exceso, lo cual destruye el bosque y provoca erosión. Algunos de estos usos fueron anteriores a cualquier orden capitalista, pero el modo capitalista de producción continúa siendo, en la historia mundial, el agente más poderoso y efectivo de todos estos tipos de transformaciones físicas y sociales. La ciudad es solo uno de los modos, aunque hoy es el más convencional, de ver este tipo de cambio; y el campo, como lo sabemos casi todos nosotros, es indudablemente otro. En realidad, el cambio de actitud desde la admiración del campo cultivado a la intensa adhesión a los lugares "intactos" es un registro preciso de este persistente proceso y de sus efectos en sus etapas más activas.

Pero debemos además hacer una distinción entre tales técnicas de producción y el modo de producción que constituye la forma social particular de esas técnicas. Llamamos mejoramiento y progreso a los cambios técnicos, damos la bienvenida a algunos de sus efectos y deploramos otros y podemos manifestarnos, o bien insensibles, o bien divididos; un estado del espíritu en el cual, una y otra vez, las ideas más abstractas e ilusorias del estilo de vida rural natural nos tientan o, al menos, nos seducen. O bien, podemos optar por decir que esta es la condición humana: la elección irresoluble entre un materialismo necesario y una humanidad necesaria. Frecuentemente tratamos de resolverla dividiendo trabajo y ocio, o sociedad e individuo, o ciudad y campo, no solo en nuestros espíritus, sino también en los suburbios y las ciudades jardines, en las casas de la ciudad y las cabañas campestres, en la semana laboral y los fines de semana. Pero, entonces, habitualmente comprobamos que los directores del progreso, los capitanes del cambio, llegaron antes y se instalaron más profundamente; es decir, en realidad hicieron una autodivisión más eficiente. La mansión campestre, como vimos, fue una de las primeras formas de esta resolución temporal, y en el siglo XIX, muchas de ellas fueron construidas por los nuevos señores de la producción capitalista como formas sobrevivientes, mejoradas —desde las épocas de los antiguos señores de la tierra, a veces sus antepasados— del cambio agrícola. Continúa siendo un fenómeno notable que muchas de estas moradas hayan sido físicamente imitadas, hasta en los mínimos detalles, en villas semiapartadas y estilos de ocio y tiempo libre. Un capitalismo inmensamente productivo, en todas sus etapas, se extendió no solo a los recursos, sino también a los modos en que —aunque de manera desigual— ofrece y contiene formas de respuesta a sus efectos.

De modo que a menudo resulta difícil reconocer adecuadamente, más allá de este proceso continuo que contiene la sustancia de una parte tan importante de nuestras vidas, el carácter específico del modo capitalista de producción, que no es el uso de máquinas o técnicas de mejoramiento, sino el hecho de que su pro-

piedad esté en manos de una minoría. En realidad, a medida que la concentración persistente de la propiedad, primero de la tierra y luego de todos los medios principales de producción, se constituyó en un sistema y un estado, con sus propias instituciones de mediación política y cultural, fue fácil percibir una disminución cuando lo cierto es que el fenómeno estaba aumentando. Muchos ruralistas modernos, muchos conservacionistas urbanos, consideran que "el estado" o "los planificadores" son sus principales enemigos, cuando es por completo evidente que aquello que administra el estado y que organizan los planificadores es un sistema económico capitalista en todos sus propósitos, procedimientos y criterios. El sistema de autopistas, la nueva distribución de las viviendas lejos del centro, los edificios de oficinas y los supermercados que reemplazan las calles con hogares y tiendas, pueden materializarse en la forma de un plan social, pero no hay ningún caso en el que no se hayan incluido, desde el principio, las prioridades del sistema capitalista. Ya se trate de un simple desarrollo industrial, ya se trate de un proyecto minero, la decisión siempre habrá sido tomada originalmente —y será finalmente determinada— por propietarios que calculan sus beneficios. El sistema de carreteras seguramente incluirá las necesidades y preferencias de esos señores en cuanto a los modos de distribución y transporte, y es a estos a los que se les da prioridad, sea en el caso de camiones contra trenes, sea en la situación más general en que las tierras mismas se consideran, de manera abstracta, como una red de transporte, del mismo modo que, en otras partes, se la considera, también de manera abstracta, como una oportunidad de producción. La construcción de viviendas lejos del centro y, en general, la crisis de la vivienda están relacionadas por igual con una distribución de los asentamientos humanos que ha sido el resultado de una serie de decisiones de una minoría sobre dónde deben ubicarse los lugares de trabajo, según criterios de provecho y conveniencia internos. Lo que se ha dado en llamar políticas regionales son remedios paliativos que se aplican en el marco de estas prioridades antes que medidas que se opongan decisivamente a ellas. El equilibrio entre producción industrial y producción agrícola, en todas sus formas físicas de relación entre ciudad y campo, es el producto, aunque mediato, de una serie de decisiones sobre la inversión de capital hecha por la minoría que controla el capital y que determina su uso mediante cálculos de rentabilidad.

Cuando se ha vivido el tiempo suficiente bajo semejante régimen, es fácil confundirlo con una realidad necesaria y práctica, por más que consideremos objetables muchos de los elementos de su proceso. Y aquí no nos estamos refiriendo únicamente al hecho de que las historias específicas del campo y la ciudad y sus interrelaciones inmediatas hayan estado determinadas, en Gran Bretaña, por el capitalismo. Lo esencial es que el carácter total de lo que conocemos como sociedad moderna ha sido determinado de manera semejante. Podemos considerar que hay una profunda relación entre la indiferencia competitiva y la sensación de

aislamiento que se experimenta en las ciudades y los tipos de competencia y alienación social que alienta semejante sistema. Estas experiencias nunca son las únicas posibles, puesto que dentro de las presiones y límites, las personas hacen otros acuerdos, descubren otras adhesiones y tratan de vivir según otros valores. Pero el impulso central continúa estando presente.

Además, actualmente una cantidad suficiente de personas ha estado viviendo durante un período suficientemente largo en las ciudades para que los nuevos tipos de comunicación lleguen a ser necesarios; y estos, a su vez, revelan, por un lado, la extensión y movilidad de los procesos industriales y urbanos y, por otro, el modo en que esos mismos medios han sido apropiados y explotados con propósitos capitalistas. Y con esto no me refiero solo a la publicidad, aunque esa es una deformación específica de la ciudad capitalista. Tampoco me refiero únicamente a la propiedad y los propósitos minoritarios de la prensa. Lo que quiero decir es que asistimos a la conversión de un modo social necesario en formas específicas. Es muy llamativo que, como reacción a la ciudad y a una sociedad y un mundo más profundamente interrelacionados, hayamos desarrollado respuestas habituales a la información, en un sentido alterado. El periódico de la mañana, el programa de radio de las primeras horas, la televisión vespertina son, en este sentido, formas de orientación que solicitan y confirman, de maneras específicas y limitadas, nuestro sentido social central.

Wordsworth advirtió que cuando sentimos incertidumbre en un mundo de gente aparentemente extraña que, sin embargo, ejerce decisivamente un efecto común en nosotros, y cuando las fuerzas que habrán de alterar nuestras vidas se mueven permanentemente alrededor de nosotros en formas aparentemente externas e irreconocibles, podemos, o bien retirarnos, por seguridad, a una profunda subjetividad, o bien mirar alrededor en busca de imágenes sociales, signos sociales, mensajes sociales con los cuales, característicamente, tratamos de relacionarnos como individuos pero también con la intención de descubrir, de algún modo, una comunidad. Gran parte de la satisfacción que producen las comunicaciones modernas es este tipo de sustituto de las relaciones directamente reconocibles y transitivas del mundo. Esto puede vincularse apropiadamente con la escala y la complejidad de la sociedad moderna, de la cual la ciudad es siempre el ejemplo más evidente. Pero en realidad es un fenómeno que se ha hecho general y alcanza las regiones rurales más remotas. Es una forma de conciencia compartida antes que meramente un conjunto de técnicas. Y, como forma de conciencia, no puede ser comprendida en virtud de analogías retóricas como la "aldea global". Nada más alejado de la experiencia de cualquier tipo de aldea o comunidad activa arraigada. Porque en sus principales usos se trata de una forma de conciencia desigualmente compartida acerca de acontecimientos persistentemente externos. Esto es lo que aparentemente ocurre, de maneras poderosamente transmitidas y mediatizadas, en un mundo con el cual no tenemos otras conexiones perceptibles

pero que sentimos como algo a la vez central y marginal en relación con nuestras vidas. Este conjunto paradójico de relaciones en una sola dirección, que determina por sí mismo qué información y qué noticias consideramos relevantes, es pues una forma específica de conciencia inherente a un modo dominante de producción, en el cual, de maneras notablemente semejantes, nuestras aptitudes, nuestras energías, el ordenamiento cotidiano de nuestras vidas, nuestras percepciones sobre la configuración de toda una vida quedan definidos y determinados, en un grado alarmante, por formulaciones externas de una realidad necesaria: esa realidad externa, ordenada —externa porque sus medios están en manos de una minoría—, de la cual, durante gran parte de nuestras vidas, nos parece que no tenemos otra opción más que aprender.

Las relaciones sociales subyacentes con frecuencia se manifiestan en estas formas habituales y convencionales de comunicación. El sistema de comunicaciones está constituido no solo por la red de información, sino también por la de transporte. La ciudad, evidentemente, siempre ha estado asociada con la concentración del tránsito. Es bien sabido que en los sistemas de transporte moderno, esto continúa siendo así y el problema a menudo parece insoluble. Pero el tránsito no es solamente una técnica: es una forma de conciencia y una forma de las relaciones sociales. No aludo aquí solamente al hecho evidente de que muchos de los problemas de tránsito derivan de una serie de decisiones relativas a la ubicación de los lugares de trabajo y a la centralización del poder político; decisiones que nunca se tomaron, en ningún sentido real, teniendo en cuenta los aspectos sociales, sino que fueron impuestas según las prioridades de un modo de producción. Me refiero también a las formas del tránsito moderno. Es imposible leer las primeras descripciones de las calles metropolitanas atestadas —la gente vista como átomos aislados que fluyen de un lado al otro; un torrente común de identidades y direcciones separadas— sin ver, más allá de ellas, este modo de relación encarnado en el automóvil moderno: privado, encerrado, un vehículo individual desplazándose dentro de una corriente común apremiante que es solo una suma de unidades; ciertas convenciones subyacentes del control externo, pero dentro de ellas, la rápida sucesión de señales de advertencia, prohibición, concesión, irritación, a medida que seguimos nuestros rumbos, en última instancia separados, pero de un modo común. Y este ya no es solo un rasgo de la ciudad, aunque allí se hace más manifiesto. Sobre una completa red terrestre esta es la manera en que, en cierto nivel, nos relacionamos hoy; en realidad, es una forma de asentamiento que entra en intersección y a menudo afecta profundamente nuestra concepción de lo que son los asentamientos —las ciudades, los poblados, las aldeas— según los criterios más antiguos.

En todas estas relaciones sociales y formas de conciencia reales, las ideas sobre el campo y la ciudad, frecuentemente ajustadas a un estilo anterior, continúan actuando como intérpretes parciales. Pero no siempre advertimos que en sus

orientaciones principales son formas de respuesta a un sistema social en su conjunto. De manera más evidente a partir de la Revolución Industrial, pero según mi opinión, también desde el comienzo del modo de producción capitalista agrario, nuestras vigorosas imágenes del campo y de la ciudad han sido modos de responder a todo un desarrollo social. Es por ello, finalmente, que no debemos limitarnos a percibir su contraste, sino que tenemos que dar un paso más y ver sus interrelaciones y, a través de ellas, la configuración real de la crisis subyacente.

Es significativo, por ejemplo, que actualmente la imagen común del campo sea una imagen del pasado y que la imagen común de la ciudad sea una imagen del futuro. Si las aislamos, nos queda un presente indefinido. La atracción que ejerce la idea del campo tiene que ver con estilos antiguos, naturales, humanos. La atracción de la idea de la ciudad, en cambio, estriba en el progreso, la modernización, el desarrollo. En lo que es, pues, una tensión, un presente experimentado como tensión, apelamos al contraste entre el campo y la ciudad para ratificar una división y un conflicto de impulsos irresueltos, que sería mejor abordar en sus propios términos.

De modo que ciertos aspectos de la historia de las ideas pueden sernos útiles. Ya hemos visto con cuánta frecuencia una idea del campo se transforma en una idea de la infancia: no solo los recuerdos locales o la memoria comunitaria idealmente compartida, sino el sentimiento de la infancia, el quedar absortos en el deleite de nuestro propio mundo, del cual, eventualmente, en el curso de nuestro crecimiento nos distanciamos y separamos, a fin de que tanto ese mundo como el mundo en general se conviertan en cosas que podamos observar. En Wordsworth y Clare y en muchos otros autores, esta estructura de sentimiento aparece expresada vigorosamente y hemos visto con cuánta frecuencia se transforma luego en un conjunto de ideas ilusorias del pasado rural: aquellas sucesivas e interminablemente repetidas "felices Inglaterra de mi infancia". Pero lo que resulta más interesante es que contamos con suficientes relatos y recuerdos de las infancias urbanas para percibir el mismo patrón. La antigua comunidad de la clase obrera urbana; las delicias de las tiendas de la esquina; la luz de gas, los carruajes tirados por caballos, los tranvías, los puestos de venta de pasteles: todo parece haber desaparecido en las sucesivas generaciones. Estos estilos y objetos urbanos aparentemente tienen, en la literatura, la misma sustancia emocional que los arroyos, los terrenos comunales, los setos, las cabañas y los festivales del escenario rural. Al decir esto no pretendo desaprobar ni subestimar ninguno de estos dos tipos de sentimiento; solo quiero señalar que el cambio real sobre el que tanto se ha escrito es parte de un proceso común.

Porque lo que está en juego, en todos estos casos, es un crecimiento y una alteración de la conciencia: una historia repetida en muchas vidas y en muchos lugares que es fundamentalmente una alteración de la percepción y la relación. Lo que alguna vez fue íntimo, absorbente, aceptado, familiar, internamente experi-

mentado se transforma en algo distante, distinguible, crítico, cambiante, externamente observado. Este proceso se produce en todas partes, en los terrenos comunales o en las callejuelas secundarias, en la aldea o en el barrio de la ciudad. Podemos decir, por supuesto, que es un proceso inevitable; que esta madurez de la conciencia adulta es profundamente necesaria; aunque solo sea para ver que estos mundos valiosos fueron creados y continúan siendo creados por los hombres. Pero también tenemos que decir que la aldea o el barrio urbano de un niño no es ni puede ser la aldea o el barrio urbano del adulto trabajador contemporáneo. La gran confusión se produce si uno proyecta incondicionalmente los recuerdos de la infancia real como si fueran historia. Sin embargo, lo que finalmente tenemos que decir es que vivimos en un mundo en el que el modo de producción y las relaciones sociales dominantes enseñan, inculcan, hasta volverlos normales y hasta rígidos, modos de percepción y acción desapegados, distantes, externos: modos de utilizar y consumir, antes que de aceptar y gozar de las personas y las cosas. La estructura de sentimiento de los recuerdos es, pues, significativa, e indispensable como una respuesta a esta deformación social específica. No obstante, solo podemos reconocer su importancia cuando hemos hecho el correspondiente juicio histórico: es decir, cuando reconocemos, no solo que esas son visiones de la infancia, que la experiencia adulta contradice o atenúa, sino también que el proceso de crecimiento humano ha sido deformado en sí mismo en virtud de estas profundas orientaciones internas de lo que debe ser una conciencia adulta, en este tipo de mundo que usa, consume y abstrae. Lo realmente significativo no es tanto la antigua aldea o el antiguo barrio urbano, como la percepción y afirmación de un mundo en el cual uno mismo no es necesariamente un extraño ni un agente, sino que puede ser un miembro, un descubridor, en una fuente de vida compartida. Tomada de manera aislada, esta percepción, por supuesto, nunca es suficiente. En realidad, el hecho de sustituirla por fantasías sobre las antiguas aldeas o los antiguos barrios urbanos hasta puede disminuir su importancia inmediata. Concebir un mundo adulto y de trabajo de este tipo implicaría tener una aguda conciencia crítica y una constante participación activa. Con todo, podemos ver aquí, en un ejemplo central, la verdadera etiología de algunas de las poderosas imágenes del campo y de la ciudad, cuando la experiencia no alienada es el pasado rural y la experiencia realista es el futuro urbano. Si tomamos únicamente las imágenes, podemos oscilar entre una y otra, pero sin llegar a comprender la esencia del asunto. Porque lo que en verdad debemos observar, en el campo y en la ciudad por igual, son los procesos sociales reales de alienación, separación, externalidad y abstracción. Y debemos hacerlo, no solo en el plano crítico, en la historia necesaria del capitalismo rural y urbano, sino sustancialmente, afirmando las experiencias que muchos millones de personas descubren y redescubren, las más de las veces bajo presión: experiencias de franqueza, de conexión, de solidaridad, de participación que, en definitiva, son las únicas que pueden definir cuál puede ser la verdadera deformación.

III

A fines de la década de 1940, supe que finalmente me había separado de la aldea en la que crecí. Comencé a escribir lo que creía que había sido esta experiencia en las siete versiones que eventualmente llegaron a constituir la novela *Border Country*. No solo a través de aquellas versiones comprobé que yo conectaba tal experiencia con una historia más general de movilidad física y social y, más allá de ellas, con una crisis de educación y de clase social que, una vez que la hube elaborado suficientemente, volví a descubrir, como si fuera la primera vez, leyendo a George Eliot, a Hardy y a Lawrence. También me ocurría que tenía que rever mi aldea y establecer cierta tensión entre mis recuerdos de infancia y la experiencia del trabajador adulto propia de la generación de mi padre. Pero nada de esto era suficiente. Muchos lectores supusieron que Harry Price, el señalero que además tenía sus huertas, era un retrato de mi padre; pero en realidad esto no es cierto. Yo me di cuenta de que para captar el movimiento real, tenía que dividir los impulsos y actitudes conflictivos que había visto reflejados en mi padre y mostrar el contraste entre ellos. Tenía que crear otro personaje, Morgan Rosser, el político y comerciante, quien, en su relación con Harry Price pudiera expresar y representar lo que yo creía haber visto como un conflicto interno. Para exponer acabadamente el complicado desarrollo de la vida de la aldea yo debía expresar los modos de contemplación y de acción, de trabajo absorto y de cambio móvil y crítico en el interior de una relación. Más allá de esa relación estaba el hijo, el observador, más específicamente apartado; vinculado a estos dos modos, estas dos figuras paternas, quien traslada aquella acción continuada al mundo de su trabajo en la ciudad.

En una novela de la ciudad, *Second Generation*, que representaba esencialmente el mismo movimiento pero en un ambiente diferente, utilicé este mismo método de dividir y luego conectar para expresar esta crisis interna. Aquella era una imagen del tránsito, de las relaciones entendidas como una especie de tránsito, y de los persistentes intentos de establecer otro tipo de relaciones, una imagen tan clara como la de *Border Country*, con su forma más sencilla del ferrocarril y sus cambios. Desde entonces, aunque con un enfoque más general, ese es el modo en que he concebido todo el problema. Las experiencias representadas en las novelas llegaron a constituir las cuestiones que le planteo a la tradición.

Pero en una época, cuando estaba escribiendo *Border Country*, sentí una súbita tristeza, aparentemente independiente del tema que estaba tratando. Sentí, porque creo que me lo dijeron, que la experiencia rural, el campo laborioso, había desaparecido; que en Gran Bretaña no era más que algo marginal y que, a medida que pasara el tiempo, lo mismo sucedería en todas partes. En cierto nivel, acepté esa visión porque hace tiempo que parece posible. Ahora puedo darme cuenta de que esa idea era uno de los impulsos que continuaba induciéndome a

volver una y otra vez a la antigua literatura y la historia rurales. Y no puedo recordar claramente en qué momento, súbitamente, tomé conciencia de que aquello no era en modo alguno cierto. Aun cuando en las novelas yo estaba mostrando una experiencia diferente y persistente, aquella visión negativa seguía rondando por mi cabeza. Cuando finalmente me di cuenta de que era falsa, supe que tenía que buscar sus fuentes. Aquellas fuentes no eran solo, como podría imaginarse, los ruralistas sentimentales, aunque precisamente a causa de mi experiencia, yo tuviera que vérmelas con ellos. También eran, y de manera esencial, los enérgicos progresistas metropolitanos, muchos de ellos supuestamente internacionalistas y socialistas, cuyo desprecio por las sociedades rurales solo era comparable con su confianza en el futuro industrial urbano que estaban a punto de convertir, de un modo u otro —mediante la modernización, el impulso candente de la tecnología, la revolución— en el socialismo. En realidad, son tantos los escritores y pensadores de cada uno de estos tipos que exigiría una gran inversión de tiempo y esfuerzo echar una mirada alrededor y decir que la idea común a todos ellos de una economía rural perdida es falsa.

¿O acaso no lo es? ¿No es evidente que en Gran Bretaña la agricultura ocupa un lugar marginal? Esa fue la primera forma de error que aprendí a percibir: una persistencia inadvertida, en los antiguos países imperialistas, de cierto tipo de chovinismo abstracto según el cual lo que les pasaba a ellos era lo que les estaba pasando —o lo que les pasaría— a todos los demás. Todavía la mayor parte de los países del mundo eran predominantemente rurales, pero, dentro de la división imperialista del mundo, en realidad no contaban, no ocupaban un lugar importante. Aun aquellos países que advertían que estaban siendo explotados, en el marco de la división imperialista del mundo, no siempre se percataban de que, en virtud de esa condición y de sus luchas, el trabajo agrícola, la economía rural en cualquiera de sus formas posibles, sencillamente tenía que persistir: en los países explotados mismos, pero también, si disminuían ciertos elementos de la explotación, en los países que, de manera abstracta, se concebían como las naciones metropolitanas desarrolladas. Tal vez hoy seamos más quienes sabemos esto. Los datos de la crisis de alimentos y población han sido amplia y adecuadamente difundidos. Para poder sobrevivir, tendremos que desarrollar y extender los trabajos agrícolas. La idea común de un mundo rural perdido es, pues, no solo una abstracción de tal o cual etapa de una historia que no ha terminado (y podemos alegrarnos de que algunas de esas etapas hayan sido superadas o estén a punto de ser superadas), sino que además es una contradicción directa con respecto a cualquier configuración efectiva de nuestro futuro, en el cual la labranza ha de aumentar su importancia hasta adquirir una posición central, antes que disminuirla. El hecho de que una de nuestras actividades más esenciales, apremiantes y necesarias haya tenido que ser desplazada, en el espacio, en el tiempo o en ambos, hasta el punto de que se la asocie plausiblemente solo con el pasado o con tierras distantes, es una de las deformaciones más llamativas del capitalismo industrial.

Actualmente, algo de todo esto está cambiando, aun dentro de la vieja Europa imperialista. Pero aún se da el caso de que el futuro de la agricultura, tanto aquí como en el Tercer Mundo, se concibe en una forma principalmente capitalista y, especialmente, como una situación que implicará un desplazamiento social masivo. Las cosas podrían hacerse de un modo por completo diferente y, de hecho, se hacen así en otras partes. Y la premura para que se hagan, de una manera que rompa con el capitalismo, está vinculada con ese otro aspecto complementario de la crisis: la condición y el futuro de las ciudades y de la industria. Uno de los méritos auténticos de ciertos escritores rurales, con frecuencia pasado por alto a causa de la importancia de otros elementos presentes, es la insistencia en la complejidad del ambiente natural vivo. Hoy, cuando los peligros que acechan a ese ambiente se han hecho más visibles, nuestras ideas, una vez más, tienen que modificarse. Algunas de las imágenes más oscuras de la ciudad tienen que admitirse como futuros completamente literales. Una confianza desmedida e insensata en los poderes especializados del industrialismo metropolitano nos ha conducido a una situación en la que, por más que podamos evaluarla con precisión, el riesgo para la supervivencia humana se ha hecho evidente y en la que —en caso de que sobrevivamos, cosa que considero muy posible— afrontamos la clara imposibilidad de continuar como estamos.

Es necesario decir estas cosas, en medio de la crisis cada vez más profunda del estilo de vida metropolitano e industrial moderno y de la crisis aún más seria de una pobreza persistente y aparentemente insoluble del resto del mundo, aun sabiendo que pueden ser interpretadas como otro de los tantos cánticos fúnebres rurales o como una manifestación de fatalismo cínico. Es importante recordar cuánto daño ha provocado y sigue provocando al medio ambiente el método de agricultura progresiva; no se trata únicamente de la crisis de la industria manufacturera. De modo semejante, tenemos que aceptar que reconocer la crisis y casi todas las formas posibles de resolverla son funciones de la conciencia: de una capacidad flexible y en alto grado móvil de observar e intervenir en las técnicas y formas de planificación y conservación, pero también, esencialmente, en la esfera que ha de decidir realmente nuestro futuro, la esfera de decisión misma. Al percibir el ambiente en su totalidad y registrar las consecuencias de tantas actividades abstractas y separadas, comenzamos a darnos cuenta de que todas las decisiones reales suponen modos de interés y control sociales. Comenzamos a ver, en realidad, que los poderes activos del capital en manos de una minoría, en todas sus formas posibles, son nuestros enemigos más diligentes y que no solo habrá que persuadirlos sino que es necesario derrotarlos y suplantarlos por otros. La escala y conexión de las decisiones necesarias exige poderes sociales y recursos sociales que el capitalismo en cualquiera de sus formas niega, disputa o enajena. La conciencia social diferente de los trabajadores rurales desposeídos y de los obreros urbanos, nacida de la protesta y la desesperación, debe manifestarse de mo-

dos nuevos para generar una sociedad colectivamente responsable. Ni la ciudad ha de salvar al campo ni el campo ha de salvar a la ciudad. Antes bien lo que puede ocurrir es que la larga batalla librada dentro de ambas esferas se transforme en una lucha general, como, en cierto sentido, siempre ha sucedido.

Tenemos más asuntos que afrontar de los que habitualmente reconocemos. Se dice que la Inglaterra rural pertenece al pasado y, por supuesto, los cambios son evidentes. Pero si apartamos la mirada de esa visión y la dirigimos nuevamente al campo, podemos apreciar en qué medida está todavía presente, incluso en esta nación excepcionalmente industrializada y urbanizada. Cuatro quintos de la superficie de nuestra tierra es tierra cultivada, la mayor parte de ella mejor mantenida de lo que lo estuvo nunca; la tierra agreste es hoy mucho más accesible en virtud de un complicado proceso de presión y apertura. La mayoría de las experiencias naturales y laborales que han sido celebradas tan vigorosamente en nuestra literatura rural pueden vivirse hoy directamente. En muchos lugares pervive todavía un hermoso campo y muchos de nosotros podemos, de diferentes modos, mantenerlo y mejorarlo. Yo mismo tuve la suerte de aclarar un bosque y ver reaparecer las primulas, las campanillas y las dedaleras, de reparar y reconstruir viejos muros secos, de mejorar setos y zanjas descuidados durante años y aprender de hombres habilidosos cómo se deben hacer los trabajos. Y si nos apartamos de la idea convencional de la ciudad, encontramos en medio de extraordinarias presiones un gran empeño diligente y talentoso enderezado a hacer de las ciudades sitios más limpios y agradables, a construir y poner de manifiesto las mejores cualidades de los grandes centros urbanos. Conocer directamente cualquiera de estos aspectos es también comprender, muy íntimamente, la constante amenaza de destrucción deliberada e indiferente. Pero cada proceso es una realidad; en el mejor y en el peor de los casos no es ni una causa perdida ni una causa ganada; es una lucha activa, inmediata y persistente. Y también es, como veremos, una lucha muy complicada que alcanza todas las facetas de nuestras vidas.

IV

He estado sosteniendo que el capitalismo, como modo de producción, es el proceso básico de la mayor parte de lo que conocemos como la historia del campo y la ciudad. Sus impulsos económicos abstractos, sus prioridades fundamentales en lo que respecta a las relaciones sociales, sus criterios de crecimiento, de ganancia y pérdida han modificado durante varios siglos nuestro campo y han creado los tipos de ciudades que tenemos hoy. En sus formas finales, como imperialismo, ha terminado por alterar todo nuestro mundo.

Observando la historia desde esta perspectiva, estoy pues completamente convencido de que la resistencia al capitalismo es la forma decisiva de la necesaria defensa humana. Muchas defensas particulares se detienen poco después de

advertir la existencia de este proceso decisivo y es preciso que se las desafíe para que lleven adelante ideas y sentimientos. Muchas otras, sin embargo, se introducen como defensas, como formas de oposición a lo que se llama el mundo moderno —en el cual pueden estar incluidos el capitalismo o la tecnología—, pero sin un propósito específico: el reflejo es en verdad fundamentalmente defensivo, pues no tiene la confianza suficiente en ningún otro estilo de vida diferente o reemplaza esa confianza por visiones apocalípticas o utópicas, que en ningún caso pueden conectarse con ninguna práctica o movimiento social inmediato. La pregunta suele ser: ¿qué otro movimiento serio podría haber? Miremos el socialismo o el comunismo: históricamente eran los enemigos del capitalismo, pero en los detalles y a menudo en los principios, en las cuestiones relacionadas con el campo y la ciudad, continuaron y hasta intensificaron algunos de los mismos procesos fundamentales.

Esta es una dificultad histórica y política genuina. Trotsky decía que la historia del capitalismo era la historia de la victoria de la ciudad sobre el campo.¹ Y luego procedió, en los primeros años críticos de la Revolución Rusa, a trazar un programa destinado a lograr precisamente tal victoria, en una escala masiva, como una manera de derrotar el capitalismo y preservar el socialismo. Stalin llevó adelante gran parte de aquel programa, en una escala y con una brutalidad que hicieron que esa “victoria” sobre los campesinos constituyera una de las etapas más terribles de toda la historia de la sociedad rural. Las necesidades y prioridades locales eran desesperadas: una economía hecha añicos y una espantosa escasez de alimentos; el capitalismo rural adquirió nuevas formas e indudablemente continuó extendiéndose. Pero el modo en que se cumplió este proceso y el espíritu con que se cumplió no solamente fueron brutales; además se inspiraron en un rasgo ambiguo del marxismo que, a su vez, tuvo consecuencias masivas en el carácter de la sociedad en su conjunto.

Como vimos, Engels fue uno de los primeros que vio la ciudad moderna como una consecuencia social y física del capitalismo: construida según sus criterios y que vivía ateniéndose a ellos. Más tarde, agregó la idea decisiva de que los procesos mismos de perturbación y desprotección, en estas formas particulares, habían creado un movimiento proletario y socialista que podía terminar con el capitalismo y establecer relaciones sociales diferentes y estilos de asentamientos humanos diferentes. En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels sostenían que “la burguesía ha sometido el campo a la dominación de las ciudades [...] ha creado enormes centros urbanos [...] ha hecho que países bárbaros y semibárbaros dependan de las naciones civilizadas”;² la historia habitual del capitalismo y el imperialismo. Marx y Engels argumentaban además que estas relaciones de centralización y dependencia habían creado las condiciones para la revolución; y en cierto sentido estaban en lo cierto.

Pero en la médula misma del argumento había una ambigüedad. Ellos denunciaban lo que estaba provocando el lacerante progreso del capitalismo y el impe-

rialismo; insistían en que los hombres debían luchar para reemplazar estos sistemas y mostraban algunos de los caminos posibles para lograrlo. Pero implícita en la denuncia había otra serie de juicios de valor: la burguesía había “rescatado a una parte considerable de la población de la necesidad de la vida rural”;³ las naciones sometidas eran “bárbaras y semibárbaras” y las potencias dominantes, “civilizadas”. De modo tal que sobre este tipo de confianza en los valores singulares de la modernización y la civilización se construyó una de las mayores distorsiones de la historia del comunismo. El proletariado urbano desprotegido aprendería a crear formas nuevas y superiores de sociedad; si se hubieran limitado a decir solo eso, las cosas habrían sido muy diferentes. Pero si las formas del desarrollo burgués contenían, por contradictorio que pareciera, valores superiores a la “necesidad rural” o la “barbarie”, entonces podía justificarse e imponerse casi cualquier programa en nombre del proletariado urbano. La terrible ironía ha sido que los procesos reales de absoluta prioridad urbana e industrial y de la prioridad, vinculada a esta, de las naciones avanzadas y civilizadas continuaron desarrollándose hasta perjudicar no solo a los “necios rurales” y a los bárbaros y semibárbaros de las colonias, sino, en el corazón mismo del sistema, a los propios proletarios urbanos y a las sociedades avanzadas y civilizadas sobre las cuales, a su vez, las prioridades ejercieron su dominación en un extraño giro dialéctico. Ver en la desprotección la base de la revolución era una cosa; creer que más de lo mismo habría de producir algo por completo diferente era, en el mejor de los casos, una esperanza apocalíptica.

Esta dificultad continuó extendiéndose, de manera sorprendente, en nuestro propio siglo. Las revoluciones no se verificaron en los países “desarrollados”, sino en los “subdesarrollados”. La revolución china, derrotada en las ciudades, se trasladó al campo y allí obtuvo su fuerza última. La revolución cubana partió de la ciudad y se extendió al campo donde se forjó su verdadera fuerza. En toda una época de batallas de liberación nacional y social, las poblaciones rurales y coloniales explotadas llegaron a constituir las fuentes principales de una rebelión continuada. En la famosa frase china sobre la revolución mundial, el “campo” rodeaba “las ciudades”. De modo que los “necios rurales” y los “bárbaros y semibárbaros” han sido, durante los últimos cuarenta años, la principal fuerza revolucionaria del mundo.

A partir de esta experiencia real histórica, podemos, pues, volver a revisar una de las formas subyacentes de la idea de revolución. En parte del pensamiento fundamental de la tradición socialista —dentro de la cual se incluye el de Marx y Engels— hay una manifestación que es a la vez la más emocionante, la más apropiada y, sin embargo, la menos desarrollada dentro del conjunto de la argumentación revolucionaria. Engels escribió que el socialismo estaba “aboliendo el contraste entre ciudad y campo que ha sido llevado a su punto extremo por la sociedad capitalista de nuestros días”. Marx y Engels escribieron que la cuestión de

la vivienda nunca podría resolverse en tanto se mantuvieran las "grandes ciudades modernas" y que solo con el socialismo podría restablecerse "la conexión íntima entre la producción industrial y la producción agrícola". Los socialistas utópicos habían hecho muchas propuestas para crear nuevos tipos de comunidades y sociedades equilibradas; William Morris, como vimos, continuaba pensando de ese modo. Pero en el siglo XX, ante las muchas presiones que abarcaban desde el impulso físico directo del capitalismo y el imperialismo a los hábitos clasistas de pensamiento de los intelectuales socialistas metropolitanos, este énfasis extraordinario virtualmente se perdió. Sus ideas continuaron recordándose, pero como un sueño antiguo, poco práctico e infantil. No obstante, aquella era una posición que está resurgiendo hoy. Ha sido declarada uno de los objetivos de la política de la revolución china y goza significativamente de la adhesión de muchos de los socialistas revolucionarios occidentales, como una respuesta a la crisis de la civilización industrial y de las concentraciones urbanas entendidas como megalópolis.

En el plano teórico, esta postura puede volver a proponerse. La división y oposición de ciudad y campo, de industria y agricultura, en sus formas modernas, son la culminación crítica de la división y la especialización del trabajo que, aunque no comenzaron con el capitalismo, bajo su influencia llegaron a desarrollarse hasta un grado extraordinario y transformador. La separación entre trabajo mental y trabajo manual, entre administración y operación, entre política y vida social son otras formas de la misma división fundamental. Los síntomas de esta división pueden hallarse en cada faceta de la que ahora es nuestra vida común: en la idea y la práctica de las clases sociales, en las definiciones convencionales de trabajo y educación, en la distribución física de los asentamientos humanos, y en la organización temporal del día, la semana, el año y la vida entera. Gran parte del pensamiento creativo de nuestra época es un intento de reexaminar cada uno de estos conceptos y prácticas, sostenido por la convicción de que el sistema que los genera y que está compuesto por ellos es intolerable y no sobrevivirá. En muchas esferas de este pensamiento hay una respuesta no solo analítica sino también programática: referida a nuevas formas de tomar decisiones, nuevos estilos de educación, nuevas definiciones y prácticas del trabajo, nuevos modos de distribución de la población y de usos de la tierra.

Ahora puedo remontarme a una generación atrás, a los años inmediatos posteriores a la guerra, y recordar mi sentimiento de que —salvo por ciertos tipos simples de mirada retrospectiva idealizante— no había ninguna corriente importante de pensamiento en el mundo que no se hubiera incorporado en las formas fundamentales del sistema capitalista e imperialista. El comunismo ortodoxo y la democracia social ortodoxa —sus oponentes tradicionales— mostraban en realidad muchos rasgos de este sistema en sus formas más poderosas, situación tanto más preocupante por cuanto estas posiciones políticas estaban íntimamente asociadas

con las permanentes aspiraciones a la liberación y el desarrollo sociales. Pero sentir esto equivalía a caer en el subjetivismo y el fatalismo extremos que por entonces, y durante toda una generación, dominaba nuestro pensamiento. Muchas descripciones de nuestra crisis actual se inscribían y aún se inscriben dentro de estas formas subjetivistas y fatalistas.

Con todo, hoy un cambio más profundo se está haciendo por completo evidente. Se vuelven a cuestionar todas las prioridades convencionales. Otras formas de respuesta social y de análisis social se han abierto camino y, aunque a menudo se presenten en formas confusas y aún no acabadas, conservan cierta iniciativa. La confianza teórica, si no ya práctica, de los defensores del sistema existente ha desaparecido. La posición en el plano de las ideas vuelve a estar completamente abierta, irónicamente en el preciso momento en que las presiones prácticas son casi abrumadoras.

Este cambio de las ideas y las cuestiones básicas, especialmente en los movimientos socialistas y revolucionarios, ha sido para mí la conexión que había estado buscando durante tantos años, a través de las formas locales de una crisis particular y personal y a través de la indagación extendida que adquirió muchas formas pero que finalmente se resolvió, como es el caso de esta investigación sobre el campo y la ciudad. Hay muchas cuestiones que eran una única cuestión, que alguna vez se movió con la velocidad de la luz: una experiencia personal, por las razones que describí, pero que ahora es también una experiencia social que me conecta, cada vez más, con muchos otros. Esta es la posición, el sentido del modelo por el cual he trabajado. Sin embargo es un modo que aún ahora solo está comenzando a formarse. Es lo que se está haciendo y lo que resta por hacer, antes que algo que finalmente se ha logrado.

Porque ahora no hay nada más apremiante que abordar la idea fundamental, el problema de superar la división del trabajo y someterlo a las pruebas del análisis riguroso, la propuesta rigurosa y la práctica rigurosa. Y esto solo puede lograrse mediante nuevas formas de esfuerzo cooperativo. Si lo que ya se está vislumbrando como el bosquejo de un movimiento llega a abrirse camino con la comprensión y la fuerza necesarias, tendremos que decir qué se puede hacer en detalle en el plano práctico, dentro de una vasta gama de esferas que van desde la planificación regional y las inversiones hasta un millar de procesos relacionados con el trabajo, la educación y la comunidad. Los efectos negativos continuarán apareciendo con una fuerza poderosa y aparentemente irresistible: los efectos físicos sobre el ambiente; una crisis simultánea de ciudades atestadas y de campos despoblados, no solo dentro de las naciones, sino entre ellas; presiones físicas y nerviosas características de ciertos tipos de oficios y de ciertos tipos de carreras; la brecha cada vez más amplia entre los ricos y los pobres del mundo, en el marco de la amenazadora crisis de población y recursos; la brecha que se extiende de manera similar entre la preocupación y la decisión, en un mundo en

en el que todas las "lluvias radiactivas" militares, técnicas y sociales, serán finalmente ineludibles. Y ver los efectos negativos, más o menos apremiantes, a veces solo paraliza la voluntad. El efecto último de la división del trabajo es esta brecha que se abre en nuestro ser íntimo, cuando lo que podemos hacer y lo que realmente deseamos y creemos se convierten en dos esferas que nos parecen intolerablemente separadas.

La única manera que tenemos de superar esa división es negarnos a ser divididos. Esa es una decisión personal, pero luego debe convertirse en una acción social. Yo sólo puedo registrar lo que yo mismo aprendí. Otros lo aprenderán de un modo por completo diferente. Pero crecí, como ya dije, en un lugar donde la división era visible, en una tierra y en una familia. Me mudé del campo a la ciudad y ahora vivo y trabajo en ambos sitios. Aprendí, de muchas maneras, las configuraciones de esta historia, cómo se reflejan sus ideas y sus imágenes en la sociedad y la literatura, que fue la primera actividad en la que se registró, y de la manera más completa, un cambio que habría de ser universal o, por lo menos, que habría de ofrecer un modelo de desarrollo universal. Ese aprendizaje dejó en mi espíritu todo tipo de preguntas y pensamientos intrincados, de modo que tuve que volver a rastrear, lentamente, la experiencia, dentro de mí y en mis registros escritos, como un modo de capturar el presente y el futuro mediante una comprensión diferente de un pasado decisivo y fascinante.

Siempre fue una indagación limitada: el campo y la ciudad en el marco de una única tradición. Pero esa búsqueda me condujo a una posición desde la cual puedo ofrecerles a otros sus significaciones, sus implicaciones y sus conexiones: para analizarlas y corregirlas; para emprender muchos tipos de trabajos cooperativos posibles; pero, sobre todo, para poner énfasis—el sentido de una experiencia y de las maneras de cambiarla— en los muchos campos y ciudades en los que vivimos.

Apéndice

La palabra inglesa *country* deriva de la latina *contra* (enfrentado, opuesto) y tiene el sentido original de tierra que se extiende frente al observador. En el siglo XIII adquirió sus sentidos modernos de zona o región y también de territorio o nación. En Tindale, en 1526, se marca el contraste con la ciudad: "se relataba en la ciudad [cyte] y en el campo [countre]" (Mark V, 14). La palabra *city* [ciudad] se utilizaba ya en aquella época normalmente para designar las grandes poblaciones, aunque derivaba de *civitas*, que a su vez procedía de *civis* (un ciudadano en el sentido de persona perteneciente a una ciudad). *Civitas* había significado comunidad y se la aplicaba en ese sentido a las tribus de la Galia; más tarde fue el nombre de un distrito eclesiástico. En inglés antiguo adquirió un sentido idéntico e intercambiable con *burh* y se la utilizaba más comúnmente que *urbs*, que había tenido un sentido más semejante al moderno. En el inglés intermedio llegó a ser una palabra común, y durante el reinado de Enrique VIII se la utilizó para designar la sede de una catedral, un uso desde entonces eclipsado.

Desde fines del siglo XVI, como podría esperarse por el desarrollo de la historia general, comienzan a aparecer contrastes más frecuentes y puntuales entre "ciudad" y "campo". Las palabras *countryman* [campesino] y *country people* [gente del campo], en el sentido rural, datan de este período, como lo hacen las palabras *country-house* [casa solariega] y *country-seat* [mansión rural o campestre]. *Country-field* [extensión de campo] se utiliza por primera vez en el siglo XVII; *bumpkin* y *country bumpkin* [patán] también aparecen en el mismo período. *Countryside* [una porción de campo, especialmente rural] es una forma de los siglos XVIII y XIX, ya con su sentido moderno. Las palabras *rural* y *rústico* están presentes como descripciones físicas ya desde el siglo XV, pero adquieren implicaciones sociales, principalmente poniendo el acento en lo rústico y la rusticidad, desde fines del siglo XVI. La palabra *urbano*, que se extendió de modo semejante desde su sentido físico del siglo XVI a sus modernas implicaciones sociales, fue registrada por primera vez a comienzos del siglo XVII.

Metropolis [metrópolis] ha significado, desde el siglo XVI, la ciudad principal o la sede de un obispado; el término *metropolitano* tiene todavía un sentido principalmente físico hasta el siglo XVIII, cuando comienza a adquirir sus implicaciones sociales modernas. *Suburban* [suburbano], de modo similar, tiene un sentido físico desde comienzos del siglo XVII y adquiere un sentido social a comienzos del siglo XIX.

Farm [granja] designaba originalmente un pago fijo, luego, a partir del siglo XVI, por extensión, la tenencia de una tierra arrendada, y desde allí adoptó su significación moderna. *Commuter* [las afueras] es un término del ferrocarril de fines del siglo XIX que se origina en el nombre del pasaje de ida y vuelta comprado por quienes vivían en las afueras. *Conurbation* [conurbano] es una palabra que aparece a mediados del siglo XX. *Pastoral* [pastoral] que tiene la misma raíz que pastoreo, comienza a utilizarse comúnmente para designar el mundo de los pastores a partir del siglo XIV y tiene una significación contemporánea casi análoga pero con referencia a los sacerdotes. "Pastoral", en sus sentidos social y literario, procede de fines del siglo XVI, período que puede considerarse decisivo para la formación de la estructura de las significaciones de las palabras que describen mi tema principal.

CAPÍTULO 1: El campo y la ciudad

1. *Composed upon Westminster Bridge, Sept. 3, 1803*, en E. de Selincourt y H. Darbishire (eds.), *The Poetical Works of William, Wordsworth*, Oxford, 1940-1949, vol. III.
2. Daniel Defoe: *Tour Through the Whole Island of Great Britain* (ed. de G. D. H. Cole y D. C. Browning), ed. revisada por Everyman, 1962, 83.
3. Citado en A. Defries: *Sheep and Turnips; being the Life and Times of Arthur Young*, 1938, 150-151.
4. *Tour*, 87.
5. *Op. cit.*, 177-178.
6. William Cobbett: *Rural Rides* (ed. de G. D. H. y M. Cole), 3 vols., Oxford, 1930, 76.

CAPÍTULO 2: Un problema de perspectiva

1. Ewart G. Evans: *The Pattern under the Plough*, Londres, 1966, 17.
2. F. R. Leavis y Denys Thompson: *Culture and Environment*, Londres, 1933, 87.
3. George Sturt (George Bourne): *Change in the Village*, Londres, 1912, 7.
4. John Clare: *Helpstone*, en *Poems* (ed. de J. W. Tibble), 2 vols., Londres, 1935.
5. George Crabbe: *The Village*, en *Poetical Works of George Crabbe* (ed. de A. J. y R. M. Carlyle), Oxford, 1914.
6. Oliver Goldsmith: *The Deserted Village*, en *Complete Poetical Works* (ed. de A. Dobson), Oxford, 1906.

7. Philip Massinger: *The City Madam*, acto IV, esc. IV.
8. *Utopia* (ed. de H. Lupton), Oxford, 1895, 39-40.
9. *Selected Letters of Innocent III* (ed. de Cheney y Semple), Edimburgo, 1953.

CAPÍTULO 3: Poesía pastoral y contrapastoral

1. *The Village*, *op. cit.*
2. La prueba de esta enmienda está en Boswell: *Life of Samuel Johnson* (ed. de J. W. Crocker), Londres, 1831, vol. V, 55.
3. Hesíodo, *Works* (ed. y trad. de H. G. Evelyn White), Londres, 1914; reimpr. 1954, 11.
4. *The Greek Bucolic Poets* (ed. y trad. de A. S. F. Gow), Cambridge, 1953, 30.
5. *Ibid.*, 39-40.
6. *Ibid.*, 47.
7. T. F. Higham y C. M. Bowra: *Oxford Book of Greek Verse in Translation*, Oxford, 1938, 144-145.
8. W. Headlam: *A Book of Greek Verse*, Cambridge, 1907, 213.
9. *The Eclogues of Virgil* (trad. de C. Day Lewis), Londres, 1963, 11.
10. *Ibid.*, 11.
11. *Ibid.*, 41.
12. *Georgics*, II, 459-501, *passim*.
13. *Eclogues*, *op. cit.*, 23-24.
14. *Odes of Horace* (trad. de A. D. Godley), Londres, 1898.
15. Existen algunas excepciones para esta "extirpación" convencional. Elizabeth Duthie me ha señalado como ejemplos los *Poems on Several Occasions* de Jonathan Smedley (1730) y los *Poems* de William Somerville (1727).
16. *Selected Poetry and Prose of S. T. Coleridge* (ed. de S. Potter), Londres, 1950, 58.
17. Pope, Twickenham Edition, vol. I, 27.
18. *The Village*, *op. cit.*
19. *Ibid.*
20. *Op. cit.*, 26.
21. G. Puttenham: *The Art of English Poesie* (ed. de G. De Willcock y A. Walker), Cambridge, 1936, 38.
22. *The Ploughman's Song*, en E. K. Chambers (ed.), *Oxford Book of 16th Century Verse*, Oxford, 1932, 410.
23. *The Passionate Shepherd to his Love*, en Marlowe, *Poems* (ed. de M. Maclean), Londres, 1968, 257.
24. *The Nymph's Reply to the Shepherd*, en *Poems of Sir Walter Raleigh* (ed. de Agnes M. C. Latham), Londres, 1929, 40.

25. *The Works of Michael Drayton* (ed. de J. William Heber), Oxford, 1931, vol. II, 363.
26. En *Oxford Book of 17th Century Verse* (ed. de H. J. C. Grierson y G. Bullough), Oxford, 1934, 954.
27. *Poems of Abraham Cowley* (ed. de A. R. Waller), Cambridge, 1905, 88.
28. En *Oxford Book of 17th Century Verse*, *op. cit.*, 798.
29. *Poems of Richard Lovelace* (ed. de C. H. Wilkinson), Oxford, 1930, 58.
30. *The Choice*, en *Poems*, Londres, 1792.
31. Pope: *Ode on Solitude*, *op. cit.*, vol. VI.
32. *A Cure for the Spleen*, en *Oxford Book*, *op. cit.*, 286.
33. En *Oxford Book of 17th Century Verse*, *op. cit.*, 713.
34. *Ode upon occasion of His Majesty's Proclamation in the year 1630. Comanding the Gentry to reside upon their estates in the Country*. En *Oxford Book*, *op. cit.*, 448.
35. John Milton: *The Readie and Easie Way to Establish a Free Commonwealth*, Londres, 1660, 2a ed. rev.; reimpr. *Prose of Milton* (ed. de R. Garnett), Londres, 1921, 156.
36. *To Sir Robert Wroth* y *To Penshurst* fueron publicados por primera vez en *The Forrest* (1616) y reimpresos en *Ben Jonson, Works* (ed. de C. H. Herford y P. y E. Simpson), Oxford, 1925-52, vol. VII.
37. *Ibid.*
38. En *Poems of Thomas Carew* (ed. de R. Dunlop), Oxford, 1949.
39. *Op. cit.*, ll. 27-30.
40. *Op. cit.*, ll. 23-28.
41. *Op. cit.*, ll. 65-69.
42. *Luxemburg: Socialism and the Churches*, citado por A. Cunningham: *Catholics and the Left*, Londres, 1966, pp. 83-84.
43. *Ibid*, *The Failure of the Christian Revolution*.
44. *Op. cit.* ll. 41-45.
45. *The Garden*, en *Poems and Letters of Andrew Marvell* (ed. de H. M. Margoliouth), ed. rev. de P. Legouis y E. E. Duncan-Jones, Oxford, 1971, vol. I.
46. *The Thresher's Labour*, en Stephen Duck, *Poems on Several Occasions*, Londres, 1736.
47. *Op. cit.*, ll. 1-2 y 5-10.
48. En *The Poetical Works of Robert Herrick* (ed. de F. W. Moorman), Oxford, 1921, 100.
49. *Ibid.*

CAPÍTULO 4: Edades de oro

1. Herrick, *op. cit.*

2. K. Marx y F. Engels: *Manifiesto of the Communist Party*, Londres, 1934, 14.
3. Citado por M. H. Dobb: *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, 1946, 44.
4. *Little Saxham Parish Registers*, 1559-1850, Woodbridge, 1907.
5. *Volpone*, acto I, esc. I.
6. Citado por A. L. Morton: *A People's History of England*, Londres, 1938, 119.
7. *The Georgics of Virgil* (trad. de L. P. Wilkinson), Cambridge, 1969.
8. En *Works of Edmund Spenser* (ed. de Osgood y Lotspeich), Baltimore, 1932-1949, *Minor Poems*, vol. II, 110.
9. G. Champan: *Dramatic Works*, vol. III, Londres, 1873, 117.
10. *Utopia*, op. cit., 35-36.
11. *Ibid.*, 39-40.
12. *Ibid.*, 42.
13. *Ibid.*, 43.

CAPÍTULO 5: Ciudad y campo

1. *Juvenal: the Sixteen Satires* (trad. de P. Green), Londres, 1967, 88.
2. *Ibid.*, 269.
3. *Ibid.*, 75.
4. *Ibid.*, 127.
5. *Ibid.*, 127.
6. *Ibid.*, 87.
7. *Ibid.*, 286-287.
8. William Harrison: *Description of England* (ed. de F. Furnivall), Londres, 1887, 131.
9. *Select Works of Robert Crowley* (Crole) (ed. de J. M. Cowper), Londres, 1871.
10. *The Devil is an Ass*, acto II, esc. I.
11. George Etherege: *The Man of Mode*, Londres, 1676, acto V, esc. II, ll. 217-218.
12. *Ibid.*, ll. 492-493.
13. John Vanbrugh: *The Relapse*, Londres, 1696, acto III, esc. III, ll. 1-10.
14. *The Man of Mode*, acto IV, esc. II, ll. 217-218.
15. William Congreve: *The Way of the World*, Londres, 1700, acto V, esc. I, ll. 550-552.
16. William Wycherley: *The Plain Dealer*, Londres, 1676, acto V, esc. III, ll. 183-186.

CAPÍTULO 6: Elegir el propio destino

1. *Upon Appleton House*, en Marvell, ed. cit.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*
6. *Ibid.*
7. *Ibid.*
8. *Ibid.*
9. *Horatian Ode*, en Marvell, ed. cit.
10. *Epistle to Bathurst*, en Twickenham (ed.), vol. III, ii, 111.
11. *Epistle to Burlington*, *ibid.*, 154-155.
12. *To Bathurst*, *ibid.*, 118-119.
13. *To Burlington*, *ibid.*, 142.

CAPÍTULO 7: La moral del mejoramiento

1. *Tom Jones*, libro VI, cap. VII.
2. *Ibid.*, libro VI, cap. III.
3. *Ibid.*
4. *Ibid.*, libro XVIII, cap. XIII.
5. *Clarissa*, vol. I, cartas 13 y 17.
6. *Tom Jones*, libro VI, cap. VII.
7. *Annals of Agriculture*, XXVI, 214.

CAPÍTULO 8: Los hilos de la naturaleza

1. *The Deserted Village*, op. cit., ll. 397-398.
2. *The Seasons*, en *Complete Poetical Works of James Thomson* (ed. de J. L. Robertson), Oxford, 1908, 48-49.
3. *Ibid.* 13n.
4. *Ibid.* *Autumn*, ll. 1235-1238.
5. *Ibid.*, *Winter*, ll. 663-665.
6. *Ibid.*, *Castle of Indolence*, I, VI, 255.
7. *Ibid.*, XXVII, 288.
8. *Ibid.*, *Spring*, ll. 67 y 74-77.
9. *Ibid.*, *Summer*, ll. 1442 y 1448-1456, cf. 106n.
10. *Ibid.*, 119n.

11. *Ibid.*, ll. 1764-1767.
12. *Ibid.*, *Autumn*, ll. 162-164.
13. *Ibid.*, ll. 169-174.
14. *Ibid.*, ll. 350-352.
15. *Ibid.*, *Summer*, ll. 516-517 y 522.
16. *Ibid.*, *Autumn*, ll. 970-973.
17. *Ibid.*, ll. 1003-1005 y 1031.
18. *Yardley Oak*, ll. 80-85, en *The Late Augustans: Longer Poems of the Later Eighteenth Century* (ed. de D. Davie), Londres, 1958, 95.
19. *A Thanksgiving*, en Herrick, *op. cit.*
20. *The School Mistress*, ll. 1-2, en *Poetical Works of William Shenstone* (ed. de G. Gilfillan), Edimburgo, 1854.
21. *Rural Elegance*, en Shenstone, *op. cit.*
22. *Elegy written in a country churchyard*, vv. 9, 19 y 13, en Davie, *op. cit.*
23. *The Deserted Village*, *op. cit.*, ll. 57-58.
24. *Ibid.*, ll. 63-64.
25. *Dedication to The Deserted Village*, citado en *New Essays by Oliver Goldsmith* (ed. de R. S. Crane). Chicago, 1927; 120n.
26. Cf. Crane, *op. cit.*
27. Reimpr. como *The Revolution in Low Life*, en Crane, *op. cit.*, 120.
28. *The Deserted Village*, ll. 39 y 275-278.
29. *Ibid.*, ll. 305-308.
30. *Ibid.*, ll. 309-310.
31. *Ibid.*, ll. 342.
32. *Ibid.*, ll. 1-4.
33. *Ibid.*, ll. 5-6.
34. *Ibid.*, ll. 9-14.
35. *Ibid.*, ll. 17-18.
36. *Ibid.*, ll. 31-32.
37. *Ibid.*, ll. 105-106.
38. *Ibid.*, ll. 95-96.
39. *Ibid.*, ll. 407-414.
40. *Ibid.*, ll. 39-46.
41. *Ibid.*, ll. 421-422.
42. *Ibid.*, ll. 427-430.
43. *The Country Justice*, Parte I, ll. 17-20, en Davie, *op. cit.*, 71-92.
44. *Ibid.*, Parte I, ll. 31-54, *passim* y l. 80.
45. *Ibid.*, ll. 61-64.
46. *Ibid.*, ll. 73-74.
47. *Ibid.*, ll. 167-168.
48. *Ibid.*, Parte II, ll. 35-60.

49. *Ibid.*, ll. 95-96 y 99-100.
50. *Ibid.*, ll. 123-134.
51. *Ibid.*, l. 115.
52. *Notes towards the Definition of Culture*, T. S. Eliot, Londres, 1948, 52.
53. *The Village*, *op. cit.*

CAPÍTULO 9: Criado para labrar la tierra

1. *The Village*, *op. cit.*, libro II.
2. *Ibid.*, libro I.
3. *The Thresher's Labour*, *op. cit.*
4. *Ibid.*
5. *On Poverty*, *op. cit.*
6. *Gratitude*, *op. cit.*
7. *On Richmond Park*, *op. cit.*
8. *The Village*, *op. cit.*
9. *Ibid.*
10. *Ibid.*
11. *Ibid.*
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*
14. *Ibid.*

CAPÍTULO 10: Privatizaciones, tierras comunes y comunidades

1. "The Agricultural Revolution in English History: a reconsideration", en *Essays in Agrarian History* (ed. de Minchinton), vol. 2, Newton Abbot, 1968.
2. *Opinions of William Cobbett* (ed. de G. D. H. Cole), Londres, 1944, 86.
3. *Memoir of Thomas Bewick*, Londres, 1961, 27-28.
4. *Ibid.*, 28 y 29.
5. *Ibid.*, 32.
6. Cf. *Village Life in the 18th Century*, G. E. Fussell, Worcester, 1948, cap. II.
7. M. K. Ashby: *Joseph Ashby of Tysoe*, Cambridge, 1961, cap. XIX.
8. *Culture and Anarchy*, cap. III.

CAPÍTULO 11: Tres plumas en los alrededores de Farnham

1. *Rural Rides*, *op. cit.*, 13 y 15.
2. *Ibid.*, 17 y 233.

3. *Ibid.*, 207, 221, 234.
4. *Ibid.*, 311, 313, 313-314.
5. *Ibid.*, 65-66, 67.
6. *Ibid.*, 313.
7. *Persuasion*, cap. I, III y V.
8. "Economic Functions of English Landowners in the 17th and 18th Centuries", en *Essays in Agrarian History* (ed. de Minchinton), vol. I, Newton Abbot, 1968.
9. *The Great Society*, citado por Morton, *op. cit.*, 119, *Stephen Duk*, y citado en E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Londres, 1963, cap. VII.
10. En *Writings of Gilbert White of Selborne* (ed. de H. J. Massingham), Londres, 1938, 63-64.
11. *Ibid.*, 300-301.

CAPÍTULO 12: Agradables panoramas

1. *The Civilization of the Renaissance in Italy*, J. Burckhardt, trad. de Middlemore, Londres, 1929, 296.
2. *Paradise Lost*, libro IV.
3. *Upon Appleton House*, *op. cit.*
4. Pope, citado en E. Malins, *English Landscaping and Literature*, Londres, 1966.
5. *Poems of Charles Cotton*, E. Buxton (ed.); Londres, 1958.
6. *Mansfield Park*, cap. XXV.
7. *Clañdestine Marriage*, acto II, esc. II.
8. *Headlong Hall*, cap. VI.
9. *The Fleece*, libro II, *Poems of John Dyer* (ed. de E. Thomas), Londres, 1903.
10. *Grongar Hill*, *op. cit.*
11. *Spring*, *op. cit.*, II: 950-951.
12. *The Task*, libro I.
13. *Frost at Midnight*, *op. cit.*

CAPÍTULO 13: El lenguaje verde

1. Citado en C. Hussey: *The Picturesque*, Londres, 1927, 128.
2. *Prelude*, libro II (1850).
3. Citado en Hussey, *op. cit.*, 86, 87.
4. *Correspondece of Thomas Gray* (ed. de Paget Toynbee y L. Whibble), Oxford, 1935, rev. 1971, vol. I, 128.
5. *Hymn before Sunrise, in the Vale of Chamouni*, 1802, en Coleridge, *op. cit.*

6. Johnson, citado en Hussey, *op. cit.*, 112.
7. *Prelude*, libro XII (1850).
8. Johnson, citado en Hussey, *op. cit.*, 113.
9. *Prelude*, libro XIV (1850).
10. *Ibid.*
11. *Michael*, en Wordsworth, *op. cit.*, vol. II.
12. *Ibid.*
13. *The Old Cumberland Beggar*, *op. cit.*, vol. IV.
14. *Prelude*, libro VIII (1805).
15. *Ibid.*, libro VII (1805).
16. *Ibid.*, libro VIII (1805).
17. *Ibid.*, libro VIII (1805).
18. *Frost at Midnight*, *op. cit.*
19. *Dejection*, *op. cit.*
20. *Pastoral Poesy*, en *Poems of John Clare* (ed. de J. W. Tibble), 2 vols., Londres, 1935, vol. II.
21. *Lines Written a few Miles above Tintern Abbey*, *op. cit.*, vol. II.
22. *Prelude*, libro XIV.
23. *Spring*, *op. cit.*
24. Citado en *Selected Poems of John Clare* (introducción de G. Grigson), 1950, 2.
25. Citado en R. Unwin: *The Rural Muse*, Londres, 1954, 78.
26. *The Poetical Works of Robert Bloomfield and Henry Kirke White*, Londres, 1871, 27-28.
27. Citado en Unwin, *op. cit.*, 48 y 105.
28. *The Farmer's Boy: Spring*, *op. cit.*, 28.
29. *Ibid.*, *Autumn*, 66.
30. *The Shepherd's Calendar* (ed. de E. Robinson y G. Summerfield), Londres, 1964.
31. *The Village Minstrel*, *op. cit.*
32. *The Revolution in Low Life*, *op. cit.*, 123.
33. *Helpstone*, *op. cit.*
34. *Ibid.*
35. *Ibid.*
36. *The Village Minstrel*, CVI, *op. cit.*
37. *Joys of Childhood*, *op. cit.*
38. *Pastoral Poesy*, *op. cit.*
39. *The Progress of Rhyme*, *op. cit.*
40. *I am*, *op. cit.*

CAPÍTULO 14: El cambio en la ciudad

1. C. Jenner: *Town Eclogues*, Londres 1772; Égloga IV, *The Poet*, 27-28.
2. Thomson, *op. cit.*, 108, 209.
3. *Ibid.*, 106, 137-138.
4. *Ibid.*, 178-179.
5. *Verses on the Death of Adrienne Lecouvreur (La Mort de Mlle Lecouvreur, célèbre actrice)*, en H. N. Brailsford, *Voltaire*, Oxford, 1935, 54.
6. Cf. G. Rudé: *The Crowd in History*, Nueva York, 1964.
7. *Inquiry into the Cause of the Late Increase of Robbers*, Londres, 1751, 76.
8. *Four Letters to the Earl of Shelburne*, Londres, 2a ed., 1783, 44.
9. M. D. George: *The Farmer's Letters to the People of England*, Londres, 1925, 323.
10. Citado en M. D. George: *London Life in the XVIIIth Century*, Londres, 1925, 323.
11. *London*, en *Poems of Blake* (ed. de Binyon), Londres, 1931, 59.
12. *Ibid.*
13. *The Prelude, a parallel text* (ed. de J. C. Maxwell), Londres, 1971, 256.
14. *Ibid.*, 339.
15. *Ibid.*, 499.
16. *Ibid.*, 260-261.
17. Thomson, *op. cit.*, *Autumn*, l. 1301.
18. *Prelude*, ed. cit., 259, 261.
19. *Ibid.*, 286.
20. *Ibid.*, 292.
21. *Ibid.*, 343.
22. *Composed upon Westminster Bridge*, *op. cit.*, vol. III.

CAPÍTULO 15: Gente de la ciudad

1. *Hard Times*, libro I, cap. V.
2. *Dombey and Son*, cap. XLVII.
3. *Little Dorrit*, libro I, cap. XXI.
4. *Ibid.*, cap. XV.
5. *Ibid.*, cap. XXVII.
6. *Dombey and Son*, cap. XIII.
7. *Ibid.*, cap. III.
8. *Ibid.*, cap. XXXIII.
9. *Ibid.*, cap. XLVIII.
10. *Ibid.*

11. *Little Dorrit*, libro II, cap. XXXIV.
12. *Dombey and Son*, cap. I.
13. *Ibid.*, cap. VI.
14. *Ibid.*, XV.
15. *Ibid.*, XX.
16. *Ibid.*, XV.

CAPÍTULO 16: Comunidades conocibles

1. *George Eliot's Life*, (ed. de J. W. Cross) Edimburgo y Londres, 1885, 254.
2. *Adam Bede*, cap. XXXII.
3. *Ibid.*, cap. VII.
4. *Ibid.*, cap. XII.
5. *The Mill on the Floss*, libro IV, cap. III.
6. *Adam Bede*, cap. XVII.
7. *Ibid.*, cap. LIII.
8. *Doctor Thorne*, cap. I.
9. *Adam Bede*, cap. LII.
10. *Felix Holt the Radical: Introduction*.

CAPÍTULO 17: El campo eclipsado

1. Cf. E. J. Hobsbawm y G. Rudé: *Captain Swing*, Londres, 1969, cap. II.
2. *To Penshurst*, *op. cit.*
3. Citado en Hobsbawm y Rudé, *op. cit.*, 138.
4. *Ibid.*, 298.
5. G. E. Mingay y J. D. Chambers: *The Agricultural Revolution*, Londres, 1966, 166-167.
6. "The Land Market in the 19th Century", en *Essays in Agrarian History* (ed. de Minchinton), vol. 2, Newton Abbot, 1968.
7. Alexander Somerville: *The Whistler at the Plough*, Manchester, 1852, 383-384.
8. *Ibid.*, 387.
9. *Ibid.*, 388.
10. *Autobiography of Joseph Arch*, Londres, 1966, 43.
11. *The Times*, 14 de noviembre de 1872.
12. Citado en Richard Jefferies, *Man of the Fields* (ed. de S. J. Looker y C. Porteous), Londres, 1965, 4 y 6.
13. Prefacio de *Hodge and his Masters*.
14. *One of the New Voters*; reimpr. *The Open Air*, Londres, 1885.

15. "Thoughts on the Labour Question", *Pall Mall Gazette*, 10 de noviembre de 1891.
16. En *The Hills and the Vale*, Londres, 1909.
17. "Primrose Gold in Our Villages", *Pall Mall Gazette*, 8 de junio de 1887, en *Field and Farm* (ed. de S. J. Looker), Londres, 1957.

CAPÍTULO 18: Wessex y la frontera

1. En *Preface de Cakes and Ale*, 1970.
2. *Tess of the D'Urbervilles*, cap. III.
3. *The Return of the Native*, libro III, cap. II.
4. *Ibid.*
5. *Ibid.*
6. *Tess of the D'Urbeville*, cap. XX.
7. *Ibid.*
8. *Ibid.*, cap. XXV.
9. *Ibid.*
10. En *Hardy's Personal Writings* (ed. de H. Orel), Londres, 1967, 181.
11. Del prefacio de *Far from the Madding Crowd*.
12. *Tess of the D'Urbeville*, cap. LI.
13. *Ibid.*, cap. XXX.
14. *Ibid.*, cap. XLVII.
15. *Ibid.*, cap. XLVIII.
16. *The Woodlanders*, cap. XLIV.
17. *Tess of the D'Urbervilles*, cap. XLIII.

CAPÍTULO 19: Ciudades de oscuridad y de luz

1. F. E. Hardy: *The Early Life of Thomas Hardy*, Londres, 1928, 271.
2. *Journal of 1831*, citado en J. A. Froude, *Thomas Carlyle*, Londres, 1882, vol. II, cap. IX.
3. Citado en Froude, *op. cit.*, vol. II, cap. IX.
4. F. Engels: *The Condition of the Working Class in England in 1884* (trad. de F. K. Wischnewetzky), Londres, 1934, 24.
5. *Early Life*, 179.
6. En *Mayhew's Characters* (ed. de P. Quennell), Londres, 1969, 96.
7. *Ibid.*, 176.
8. Citado en *The Unknown Mayhew* (ed. de Thompson y Yeo), Londres, 1971.

9. Citado en A. B. Hopkins: *Elizabeth Gaskell*, Londres, 1952, 77.
10. *Taxes and Contributions*, citado en George, *op. cit.*, 64.
11. W. Archenholz: *A Picture of England*, Dublin, 1971.
12. *The Nether World*, Londres, 1889, 23-24.
13. *Ibid.*, 58-59.
14. G. Gissing: *Introduction to Oliver Twist*, Rochester Edition, 1900, XVII.
15. *Introduction to Bleak House*, Rochester Edition, 1900, XIV.
16. *Ibid.*, XX.
17. *Demos*, Londres, 1886, 178.
18. P. J. Keating (ed.): *Working Class Stories of The 1890s*, Londres, 1971, 29.
19. Archenholz, *op. cit.*
20. Citado en C. Trent: *Greater London*, Londres, 1965, 200.
21. Colman: *European Life and Manners*, Boston, 1849, vol. I, 155.
22. A. Conan Doyle: *The Geographical Distribution of British Intellect*, en *The Nineteenth Century*, agosto de 1888.
23. Citado en Asa Briggs: *Victorian Cities*, Londres, 1963, 17, 358.
24. *Tono-Bungay*, libro I, cap. I; libro II, cap. I.
25. Engels, *op. cit.*, XVIII, prefacio del 11 de enero de 1892.

CAPÍTULO 20: Una figura en la ciudad

1. *London*, *op. cit.*, 59.
2. *Prelude*, *op. cit.*, 286.
3. Cf. "Tis solitude in cities, crowds all move like living death"; Clare, *Child Harold*, canto III, XXVI.
4. *Dombey and Son*, cap. XLVIII.
5. *Mary Barton*, cap. VI.
6. *Short Poems in Prose*, en *The Essence of Laughter* (ed. de P. Quennell), Nueva York, 1956, 139.
7. *Ibid.*, 140.
8. Cf. M. Turnell: *Baudelaire*, Londres, 1953, 193.
9. *Introduction to Bleak House*, ed. cit., XX.
10. *Demos*, 178.
11. *The Nether World*, 59.
12. *Poems and some letters of James Thomson* (ed. de A. Ridler), Londres, 1963, 12.
13. *Ibid.*, 13.
14. *Ibid.*, 25.
15. *Ibid.*, 21.
16. *Ibid.*, 23.
17. *Ibid.*, 25.

18. *Ibid.*, 31.
19. *Ibid.*, 39.
20. *Ibid.*, 52.
21. *Ibid.*, 180.
22. *Ibid.*, 184-185.
23. *Ibid.*, 191.
24. *Ibid.*, 192.
25. *Ibid.*, 195.
26. *Ibid.*, 196-197.
27. *The Waste Land*, en *Collected Poems, 1909-35*, Londres, 1944, 63.
28. "Preludes", *op. cit.*, 21.
29. "Preludes", *op. cit.*, 22.
30. "Morning at the Window", *op. cit.*, 27.
31. *Closures from "The Rock"*, *op. cit.*, 166-167.
32. *Four Quartets*, Londres, 1944, 38.
33. *Orlando*, Londres (1942), 176-177.
34. *Prelude*, *op. cit.*, 286.
35. *Ulysses*, Londres (1947), 50.
36. *Ibid.*, 50-51.
37. *Ibid.*, 144 y 153.
38. *Early Life*, 271.

CAPÍTULO 21: Sobrevivientes del campo

1. "The natural History of German Life", *Westminster Review*, 1856.
2. *Poetical Works of George Meredith* (ed. de G. M. Trevelyan), Londres, 1912, 176-177.
3. *Ibid.*, 154.
4. *Ibid.*, *Hard Weather*, 320.
5. Sorley, citado en J. Lindsay, *George Meredith*, Londres, 1956, 373.
6. *Op. cit.*, *Jump-to-Glory-Jane*, 372.
7. *Ibid.*, *The Flourish in February*, 328.
8. *Oxford Book of Modern Verse* (ed. de W. B. Yeats), Oxford, 1936, 208.
9. *Ibid.*, 215-216.
10. *The Heart of England*, Londres, 1906, 73-74.
11. *The Country*, Londres, 1913, 21.
12. *Collected Poems of Edward Thomas*, Londres, 1961, 54.
13. *Ibid.*, 55.
14. "In 'Time of the 'Breaking of the Nations' ", en *Selected Poems of Thomas Hardy* (ed. de G. M. Young), 1940, 67.

15. Cf. David Harker, Introducción a la reimpresión de *Rhymes of Northern Bards*, Newcastle, 1971, XLIX-L.
16. *Daily Chronicle*, 14 de enero de 1913.
17. *The Childhood of Edward Thomas*, Londres, 1938, 53.
18. Helen Thomas: *World Without End*, Londres, 1956, 107.
19. *The Heart of England*, Londres, 1906, 62-63.
20. *Poems*, *op. cit.*, 25.
21. *Ibid.*, 27.
22. F. R. Leavis: *New Bearings in English Poetry*, Londres, 1936, 69.
23. Citado en W. Cooke, *Edward Thomas*, Londres, 1970, 106.
24. *Collected Poems*, 69.
25. *Ibid.*, 71-72.
26. *Ibid.*, 30.
27. *Ibid.*, 108.
28. *Ibid.*, 100.
29. Citado en Cooke, *op. cit.*, 224-225.
30. Cf. L. Clark, *Alfred Williams, his life and world*, Newton Abbot, 1969.
31. F. Kitchen: *Brother to the Ox*, Londres, 1940, 125.

CAPÍTULO 22: Otra vez la frontera

1. *Phoenix*, Londres, 1936, 135.
2. *The Rainbow*, Londres (1949), 7-8.
3. *Ibid.*, 8-9.
4. *Ibid.*, 10.
5. *Ibid.*, 496.
6. *Phoenix*, 139.
7. *Letters to Bertrand Russell* (ed. de H. Moore), Londres, 1948, 80.
8. *Phoenix*, 137.
9. *Ibid.*, 139.
10. *Ibid.*, 139.
11. *Ibid.*, 140.
12. *Ibid.*, 829.
13. *A Scots Quair*, Londres, 1950, 17.
14. *Ibid.*, 300.
15. *Ibid.*, 193.
16. *Ibid.*, 496.

Raymond Williams

CAPÍTULO 23: La ciudad y el futuro

1. *News from Nowhere*, en *Morris Centenary Edition* (ed. de G. D. H. Cole), Londres, 1946, 8.
2. *Ibid.*, 39.
3. *Ibid.*, 64.
4. *Experiment in Autobiography*, Londres, 1969, vol. II, 645.
5. *Complete Short Stories of H. G. Wells*, Londres, 1948, 786.
6. Thomson, *op. cit.*, 199.
7. *Cities of Wonder* (ed. de D. Knight), Londres, 1970, 92.
8. *Ibid.*, 64.
9. *Ibid.*, 168.
10. *Ibid.*, 15-16.

CAPÍTULO 24: La nueva metrópolis

1. *Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, Londres, 1968, vol. I, 397.

CAPÍTULO 25: Ciudades y campos

1. Cf. I. Deutscher: *The Prophet Unarmed*, Londres, 1959.
2. *Manifiesto*, ed. cit., 13-14.
3. *Ibid.*, 14.

Bibliografía*

- A: *Literatura*
B: *Estudios de historia y afines*
C: *Estudios de literatura, arte y pensamiento*

A. *Literatura*
Capítulos 1-8

- Alamanni, L.: *La Coltivazione*, 1780.
Bastard, T.: *Chrestoleros*, en A. B. Grosart, 1880.
Carew, T.: *Poems*, ed. de R. Dunlap, Oxford, 1949.
Chambers, E. K.: *Oxford Book of 16th Century Verse*, Oxford, 1932.
Cole, G. D. H.: *Defoe's Tour Thro' the Whole Island of Great Britain*, 1927.
Congreve, W.: *Works*, ed. de F. W. Bateson, Oxford, 1930.
Creech, T.: *The Idylliums of Theocritus with Rapin's Discourse of Pastorals*, 1684.
Crole, R. (Crowley): *Select Works*, ed. de J. M. Cowper, 1872.
Davie, D.: *The Late Augustans: Longer Poems of the Later 18th Century*, 1958.
Defoe, D.: *Novels and Selected Writings*, Oxford, 1927-1928.
Duck, S.: *Poems on Several Occasions*, 1736.
Dyer, J.: *Poems*, ed. de E. Thomas, 1903.
Edmonds, J. M.: *The Greek Bucolic Poets*, 1912.
Etherege, G.: *Works*, ed. de H. F. B. Brett-Smith, Oxford, 1927.
Fausset, H. P. A.: *Minor Poets of the 18th Century*, 1930.

* El lugar de edición, a menos que se indique otro lugar, es Londres. Se ha destacado con itálicas a los editores de la obra.

- Fielding, H.: *Novels*, Oxford, 1926.
 Fontenelle, B.: *Discours sur la nature de l'éplogue*, París, 1688.
 Goldsmith, O.: *Complete Poetical Works*, ed. de A. Dobson, Oxford, 1906.
 Gow, A. S. F.: *The Greek Bucolic Poets*, Cambridge, 1953.
 Gowper, W.: *Poems*, ed. de H. I. A. Fausset, 1931.
 Gray T. y Collins, W.: *Poetical Works*, ed. de A. L. Poole, rev. de L., Whibley, Oxford, 1937.
 Grierson, H. J. C. y Bullough, G.: *Oxford Book of 17th Century Verse*, Oxford, 1934.
 Headlam, W. A.: *Book of Greek Verse*, Cambridge, 1907.
 Herrick, R.: *Poetical Works*, ed. de F. W. Moorman, Oxford, 1921.
 Hesiodo: *Works and Days*, ed. de T. A., Sinclair, 1932.
 Higham, T. F. y Bowra, C. M.: *Oxford Book of Greek Verse in Translation*, Oxford, 1938.
 Horacio: *Odes*, trad. de A. D. Godley, 1898.
 Jonson, B.: *Works*, ed. de C. H. Herford y P. E., Simpson, Oxford, 1925-1952. [Trad. cast. tomada de *Vólpone*, acto 1, escena 1 (trad. de María Martínez Sierra), Clásicos Hachette, s/d.]
 Juvenal: *Sixteen Satires*, trad. de P. Green, 1967.
 Kermode, J. F.: *English Pastoral Poetry, from the beginnings to Marvell*, 1952.
 Knott, T. A. y Fowler, D. C.: *Piers the Plowman*, Baltimore, 1952.
 Langhorne, J.: *Poetical Works*, ed. de J. T. Langhorne, 1804.
 Marlowe, C.: *Works*, ed. de R. H. Case, 1933.
 Marvell, A.: *Poems and Letters*, ed. de H. M., Margoliouth, Oxford, 1952.
 Massinger, P.: *Plays*, ed. de A. Symons, 1887-1889.
 Middleton, T.: *Plays*, ed. de A. C. Swinburne y H., Ellis, 1887-1890.
 Milton, J.: *Complete Poetry and Selected Prose*, ed. de E. H. Visiak, Nueva York, 1938.
 Milton, J.: *The Readie and Easie Way to Establish a Free Commonwealth*, 2ª ed. rev., 1660.
 Moro, T.: *Utopia*, ed. de G. Sampson y A., Guthkelch, 1910. [Trad. cast. tomada de *Utopía* (trad. de Claudio Roquette de Fonvielle), Barcelona, Sopena, 1941.]
 Motteux, P. A.: *Of Pastorals*, 1695.
 Nettleton, G. H. y Case, A.: *British Dramatists from Dryden to Sheridan*, 1939.
 Philips, A.: *Poems*, ed. de Segar M. G., Oxford, 1937.
 Poliziano, Angelo A.: *Rusticus*, 1672.
 Pollard, A. W.: *English Miracle Plays, Moralities and Interludes*, Oxford, rev. 1927.
 Pomfret, J.: *Poems*, 1792.
 Pope, A.: *Poems*, ed. de J. Butt, vols. I, III ii, IV; 1961, 1951, 1953.
 Rapin, R.: *Disertatio de Carmine Pastoralis Eclogae Sacrae*, París, 1659.
 Richardson, S.: *Novels*, Oxford, 1930.

- Sannazaro, G.: *Arcadia*, Napoli, 1966.
 Shenstone, W.: *Poetical Works*, ed. de W. Gilfillan, Edimburgo, 1854.
 Sidney, P.: *Arcadia*, ed. de E. A. Baker, 1907.
 Smith, D. N.: *Oxford Book of 18th Century Verse*, Oxford, 1926.
 Spenser, E.: *The Shepheardes Calendar*, ed. de C. H., Herford, 1895.
 Tasso, T.: *Aminta*, ed. de B. T. Sozzi, Padua, 1957.
 Teócrito: *Works*, ed. de A. S. F. Gow, Cambridge, 1952. [Trad. cast. tomada de *Idilio IX* (trad. de Ipanandro Aeaico, Ignacio Montes de Oca y Obregón), Biblioteca Clásica, t. XXIX, Librería de la Viuda de Hernando, Madrid, 1912]
 Vanburgh, J.: *Complete Works*, ed. de B. Dobrée y G., Webb, 1927.
 Virgilio: *Eclogues*, trad. de C. Day Lewis, 196. [Trad. cast. tomada de *Las bucólicas* (trad. de Emilio Gómez de Miguel), Madrid, Librería Bergna, s/d.]
 Virgilio: *Georgics*, trad. de C. Day Lewis, 1940.
 Wycherley, W.: *Plays*, ed. de W. C. Ward 1888.
 Young, A.: *A Framers's Letters to the People of England*, 1768.
 Young, A.: *Autobiography*, ed. de M. Betham-Edwards, 1898.

Capítulos 9-17

- Addison, J.: *Essays*, ed. de J. G. Frazer, 1915.
 Arch, J.: *Life*, 1898.
 Austen, J.: *Novels*, ed. de R. W. Chapman, 1923-1954.
 Bewick, T.: *Memoir Written by Himself*, 1882-1888, reimpr., 1961.
 Blake, W.: *Complete Poetry*, ed. de R. S. Hillyer, Nueva York, 1941.
 Bloomfield, R.: *Poetical Works (of Robert Bloomfield and Henry Kirke-White)*, 1871.
 Boswell, J.: *Life of Samuel Johnson*, ed. de G. B. Hill, rev. de L. F. Powell, Oxford, 1934-1950.
 Brontë, C.: *Shirley*, 1849.
 Brontë, E.: *Wuthering Heights*, 1847.
 Clare, J.: *Poems*, ed. de J. W. Tibble, 1935.
 Cobbett, W.: *Rural Rides*, ed. de G. D. H. y M. Cole, Oxford, 1930.
 Coleridge, S. T.: *Poetical Works*, ed. de E. H. Coleridge, Oxford, 1912.
 Constable, J.: *Lectures at the Royal Institution*, 1836.
 Crabbe, G.: *Poetical Works*, ed. de A. J. y R. M. Carlyle, Oxford, 1914.
 Cross, J. W.: *Life of George Eliot*, Edimburgo, 1885.
 Dickens, C.: *Old Curiosity Shop*, 1841; *Nicholas Nickleby*, 1839; *Dombey and Son*, 1848; *Hard Times*, 1854; *Little Dorrit*, 1857; *Our Mutual Friend*, 1865. [Trad. cast. tomada de *Obras completas* (trad. de José Méndez Herrera), Madrid, Aguilar, 1950, 6 vols.]
 Disraeli, B.: *Coningsby*, 1844; *Sybil*, 1845.

- Dolby, T.: *Floreston*, 1839.
 Eliot, G.: *Adam Bede*, Edimburgo, 1859; *Mill on the Floss*, Edimburgo, 1860; *Felix Holt*, 1866; *Middlemarch*, Edimburgo, 1871-1873; *Daniel Deronda*, Edimburgo, 1876.
 Evelyn, J.: *Diary*, ed. de E. de S. Beer, Oxford, 1955.
 Galt, J.: *Annals of the Parish*, ed. de G. S. Gordon, 1908.
 Gaskell, E.: *Mary Barton*, 1848; *Cranford*, 1853; *North and South*, 1855; *Wives and Daughters*, 1866.
 Gilpin, W.: *Observations*, 6 vol., 1782-1798; *Three Essays*, 1792.
 Jefferies, R.: *Hodge and his Masters*, 1880; *The Dewy Morn*, 1884; *The Life of the Fields*, 1884; *After London*, 1885; *The Open Air*, 1885; *Amurysyllis at the Fair*, 1887; *Toilers of the Field*, 1892.
 Jenner, C.: *Town Eclogues*, 1772.
 Johnson, S.: *Prose and Poetry*, ed. de R. W. Chapman, 1922.
 Kent, N.: *Hints to Gentlemen of Landed Property*, 1775.
 Kingsley, C.: *Yeast*, 1851; *Aton Locke*, 1852.
 Lillo, J.: *The London Merchant*, ed. de A. W. Ward, Oxford, 1906.
 Looker, S. J.: *Richard Jefferies: Field and Farm*, 1957.
 Maxwell, J. C.: *The Prelude: a parallel text*, 1971.
 Peacock, T. L.: *Novels*, ed. de D. Garnett, 1948.
 Repton, H.: *An Enquiry into the Changes in Landscape Gardening*, 1806.
 Somerville, A.: *Autobiography of a Working Man*, 1848; *The Whistler at the Plough*, Manchester, 1852.
 Surtees, R. S.: *Jaunts and Jollities*, 1838.
 Thomas, E.: *Hills and the Vale: Richard Jefferies*, 1909.
 Trollope, A.: *Doctor Thorne*, 1858; *The Barsetshire Novels*, ed. de F. Harrison, 1906-28.
 Watson, J.: *Confessions of a Poacher*, 1890; *Poachers and Poaching*, 1891.
 White, G.: *Writings*, ed. de H. J. Massingham, 1938.
 Wordsworth, W.: *Poetical Works*, ed. de E. de Selincourt y H. Darbishire, Oxford, 1940-1949.

Capítulos 18-25

- Abercrombie, L.: *Collected Poems*, 1930.
 Achebe, C.: *Things Fall Apart*, 1958; *Arrow of God*, 1964; *No Longer at Ease*, 1960, *Man of the People*, 1966.
 Aldiss, B.: *Omnibus*, 1969.
 Amadi, E.: *The Concubine*, 1966.
 Anand, M. R.: *Two Leaves and a Bud*, 1937; *The Village*, 1939.

- Barnes, W.: *Poems of Rural Life, in the Dorset Dialect*, 1844.
 Barrie, J. M.: *A Window in Thrums*, 1889.
 Baudelaire, C. P.: *Oeuvres*, París, 1954.
 Bell, A.: *Corduroy*, 1930; *Silver Ley*, 1931; *Cherry Tree*, 1932.
 Bell, A.: *The Open Air*, 1936.
 Besant, W.: *Children of Gibeon*, 1886.
 Blythe, R.: *Akenfield*, 1969.
 Booth, W.: *In Darkest England*, 1890.
 Borrow, G.: *Wild Wales*, 1862.
 Bourne, G.: *Memoirs of a Surrey Labourer*, 1907; *Change in the Village*, 1912; *The Wheelwright's Shop*, Cambridge, 1923.
 Carlyle, T.: *Collected Works*, 1857-1888.
 Carpenter, E.: *Towards Democracy*, 1885; *Civilization, its Cause and Cure*, 1889.
 Cary, J.: *Aissa Saved*, 1932; *The African Witch*, 1936; *Mister Johnson*, 1939.
 Christie, A.: *The Body in the Library*, 1942.
 Clarke, A. C.: *The City and the Stars*, 1957.
 Conan-Doyle, A.: *Memoirs of Sherlock Holmes*, 1894.
 Dostoiévski, F.: *Crime and Punishment*, 1886.
 Drinkwater, J.: *Collected Poems*, 1923.
 Egan, P.: *Life in London*, 1821.
 Eliot, T. S.: *Collected Poems*, 1936; *Idea of a Christian Society*, 1939; *Four Quartets*, 1944; *Notes towards the Definition of Culture*, 1948.
 Evans, G. E.: *The Pattern under the Plough*, 1966.
 Forster, E. M.: *The Longest Journey*, 1907; *Howard's End*, 1910; *A Passage to India*, 1924.
 Gibbon, L. G.: *A Scots Quair*, 1950.
 Gibbons, S.: *Cold Comfort Farm*, 1938.
 Gissing, G.: *Workers in the Dawn*, 1880; *The Unclassed*, 1884; *Demos*, 1886; *The Nether World*, 1889; *New Grub Street*, 1891; *Born in Exile*, 1892; *In the Year of Jubilee*, 1894.
 Grahame, K.: *The Wind in the Willows*, 1908.
 Greenwood, J.: *A Night in a Workhouse*, 1866.
 Han Suyin: *And the Rain my Drink*, 1956.
 Hardy, F. E.: *The Early Life of Thomas Hardy*, 1928.
 Hardy, T.: *Under the Greenwood Tree*, 1872; *Far From the Mudding Crowd*, 1874; *The Return of the Native*, 1878; *The Mayor of Casterbridge*, 1886; *The Woodlanders*, 1887; *Tess of the D'Urbervilles*, 1891; *Jude the Obscure*, 1896.
 Harris, W.: *The Far Journey of Oudin*, 1961.
 Hollingshead, J.: *Ragged London in 1861*, 1961.
 Holme, C.: *The Lonely Plough*, 1914.
 Hudson, W. H.: *A Shepherd's Life*, 1910; *Far Away and Long Ago*, 1918.

- Huxley, A.: *Brave New World*, 1932.
 James, H.: *Portrait of a Lady*, 1881; *The Spoils of Poynton*, 1897; *The Golden Bowl*, 1904.
 Joyce, J.: *Dubliners*, 1914; *Portrait of the Artist as a Young Man*, 1916; *Ulysses*, 1922; *Finnegans Wake*, 1939.
 Kafka, F.: *The Trial*, 1956; *The Castle*, 1953.
 Keating, P. J.: *Working-class Stories of the 1890s*, 1971.
 Kemal, Y.: *The Wind from the Plain*, 1964; *Anatolian Tales*, 1968.
 Kilvert, F.: *Diary, 1870-9* (1938-1940).
 Kitchen, F.: *Brother to the Ox*, 1939.
 Knight, D.: *Cities of Wonder*, 1970.
 Lamming, G.: *In the Castle of My Skin*, 1953.
 Lawrence, D. H.: *Sons and Lovers*, 1913; *The Rainbow*, 1915; *Women in Love*, 1921; *Lady Chatterley's Lover*, (1961); *Phoenix*, 1936; *Phoenix II*, 1968.
 Le Gallienne, R.: *English Poems*, 1892.
 Marsh, E.: *Georgian Poetry*, 1911-1922.
 Martin, E. W.: *The Secret People*, 1954.
 Massingham, H.: *The English Countryman*, 1942.
 Mayhew, A. y Mayhew, H.: *The Greatest Plague of Life*, 1847; *Living for Appearances*, 1855.
 Mayhew, A.: *Kitty Lamere*, 1855; *Paved with Gold*, 1858.
 Mercier, L. S.: *Tableau de Paris*, 1929; *L'An 2440*, Neuchâtel, 1772.
 Meredith, G.: *The Ordeal of Richard Feverel*, 1859; *Rhoda Fleming*, 1865; *Poems and Lyrics of the Joy of Earth*, 1883; *A Reading of Earth*, 1888.
 Morris, W.: *News from Nowhere*, 1891.
 Morrison, A.: *Tales of Mean Streets*, 1894; *A Child of the Jago*, 1896; *Pall Mall Gazette*, 1885.
 Mphahlele, E.: *Man Must Live*, Cape Town, 1946.
 Narayan, R. K.: *Swami and Friends*, 1935.
 Ngugi, J.: *Weep not, Child*, 1964; *A Grain of Wheat*, 1967; *The River Between*, 1965.
 Nwankwo, N.: *Danda*, 1964.
 Orel, H.: *Thomas Hardy: Personal Writings*, 1967.
 Orwell, G.: *Down and Out in Paris and London*, 1933; *Burmese Days*, 1934; *Clergyman's Daughter*, 1935; *Keep the Aspidochelone Flying*, 1936; *The Road to Wigan Pier*, 1937; *Coming up for Air*, 1939; *Animal Farm*, 1945; *Nineteen Eighty-Four* 1949; *Collected Essays, Journalism and Letters*, 1969.
 Phillpotts, E.: *Dartmoor Omnibus*, 1933.
 Powys, J. C.: *A Glastonbury Romance*, 1933.
 Powys, T. F.: *Fables*, 1929; *Mr Weston's Good Wine*, 1927.
 Reid, V. S.: *New Day*, 1950.
 Rutherford, M.: *The Revolution in Tanner's Lane*, 1887.

- Sayers, D. L.: *The Nine Tailors*, 1934.
 Scott, J. R.: *The Countryman Book*, 1948.
 Sims, G.: *How the Poor Live*, 1883.
 Stevenson, R. L.: *Inland Voyage*, 1878; *Travels with a Donkey in the Cevennes*, 1879.
 Thomas, E.: *Collected Poems*, 1936.
 Thompson, F.: *Lark Rise to Candleford*, 1945.
 Thomson, J.: *Poems and Some Letters*, 1963.
 Tolkien, J. R.: *Lord of the Rings*, 1966.
 Tressall, R.: *The Ragged Trousered Philanthropists*, 1927.
 Wells, H. G.: *The Time Machine*, 1895; *The War of the Worlds*, 1898; *Tono-Bungay*, 1909; *Experiment in Autobiography*, 1934; *Complete Short Stories*, 1927.
 White, T. H.: *The Sword in the Stone*, 1938.
 Williamson, H.: *Collected Nature Stories*, 1970.
 Woolf, V.: *Mrs. Dalloway*, 1925; *To the Lighthouse*, 1927; *Orlando*, 1929; *The Waves*, 1931; *Between the Acts*, 1941.
 Young, F. B.: *Mr Lucton's Freedom*, 1940.

Estudios de historia y afines

- Archenholz, J. W. von: *A Picture of England*, Dublín, 1790.
 Ashley, M. R.: *Joseph Ashley of Tysoe*, 1961.
 Bennett, H. S.: *Life on the English Manor, 1150-1400*, 1937.
 Beresford, M. W.: *New Towns of the Middle Ages*, 1967.
 Bloch, M.: *La Société Féodale*, París, 1940.
 Bonser, K. J.: *The Drovers*, 1970.
 Booth, C.: *Life and Labour of the People in London, 1889-1903*.
 Briggs, A.: *Victorian Cities*, 1963.
 Caird, J.: *English Agriculture in 1850-1, 1852; The British Land Question*, 1881.
 Chambers, J. D. y Mingay, G. E.: *The Agricultural Revolution, 1750-1880*, 1966.
 Clapham, J. H.: *Economic History of Modern Britain*, Cambridge, 1927.
 Coulton, G. C.: *Social Life in Britain from the Conquest to the Reformation*, 1918.
 Deane, P. M. y Cole, W. A.: *British Economic Growth, 1688-1959*, Cambridge, 1962.
 Defries, A.: *Sheep and Turnips, being the Life and Times of Arthur Young*, 1938.
 Dickinson, R. E.: *The West European City*, 1951.
 Dobb, M. H.: *Studies in the Development of Capitalism*, 1946.
 Engels, F.: *The Condition of the Working Class in England, 1844*, 1892.
 Fairbrother, N.: *New Lives, New Landscapes*, 1970.
 Fussell, G. E. y Fussell, K. R.: *The English Countryman*, 1955.

- Fussell, G. E.: *Village Life in the 18th Century*, 1948; *The English Rural Labourer*, 1949.
- Habakkuk, H. J.: *American and British Technology in the 19th Century*, 1962.
- Hammond, J. L. y Hammond, B.: *The Village Labourer*, 1911; *The Skilled Labourer*, 1919.
- Handlin, O. y Burchard, J.: *The Historian and the City*, Cambridge, Mass., 1966.
- Harden, D. B.: *Dark Age England*, 1838.
- Hasbach, W.: *A History of the English Agricultural Labourer*, 1908.
- Hobsbawm, E. J. y Rudé, G.: *Captain Swing*, 1969.
- Hobsbawm, E. J.: *The Age of Revolution*, 1962; *Industry and Empire*, 1968.
- Hoskins, W. G.: *The Making of the English Landscape*, 1957.
- Howitt, W.: *The Rural Life of England*, 1938.
- Jones, E.: *Towns and Cities*, 1966.
- Marshall, W.: *Rural Economy*, 1787-1798.
- Marx, K.: *Capital*, 1887.
- Mayhew, H.: *London Labour and the London Poor*, 1861.
- Minchinton, W. E. (ed.): *Essays in Agrarian History*, 2 vols., Newton Abbot, 1968.
- Mingay, G. E.: *English Landed Society in the 18th Century*, 1963.
- Mumford, L.: *The Culture of Cities*, 1938; *Technics and Civilisation*, 1938.
- Orwin, C. S. y Whetham, E. H.: *History of British Agriculture, 1846-1914*, 1964.
- Peacock, A. J.: *Bread or Blood*, 1965.
- Pirenne, N.: *Medieval Cities*, Nueva York, 1925.
- Prothero, R. (Ernle): *English Farming Past and Present*, 6ª ed. rev. por D. Hall e introd. de G. E. Fussell y O. R. McGregor, 1961.
- Rosenau, H.: *The Ideal City*, 1959.
- Rubinstein, S.: *Historians of London*, 1968.
- Saville, J.: *Rural Depopulation in England and Wales, 1851-1951*, 1957.
- Sheppard, F.: *London, 1808-70; The Infernal Wen*, 1971.
- Slater, G.: *The English Peasantry and the Enclosure of Common Fields*, 1907.
- Tawney, R. H.: *The Agrarian Problem in the 16th Century*, 1912.
- Thirsk, J.: *The Agrarian History of England and Wales, Vol. IV*, 1967.
- Thompson, F. M. L.: *English Landed Society in the 19th Century*, 1963.
- Trent, C.: *Greater London*, 1965.
- Vaughan, R.: *The Age of Great Cities*, 1848.
- Vinogradoff, P.: *Villeinage in England*, 1968.
- Voltaire: *Oeuvres*, vol. X, París, 1877.
- Whitelock, D.: *The Beginnings of English Society*, 1963.
- Young, A.: *A Farmer's Letters to the People of England*, 1768; *Annals of Agriculture*.

C. Estudios de literatura, arte y pensamiento

- Arnold, M.: *Culture and Anarchy*, 1869.
- Barrell, J.: *The Idea of Landscape and the Sense of Place*, 1972.
- Burckhardt, J.: *The Civilisation of the Renaissance in Italy*, trad. de Middlemore, 1929.
- Congleton, J. E.: *Theories of Pastoral Poetry in England, 1684-1798*, 1952.
- Cooper, E. H.: *The Medieval Background of English Renaissance Pastoral Literature* (tesis de doctorado), Cambridge, 1972.
- Duckworth, A. M.: *The Improvement of the Estate*, 1972.
- Empson, W.: *Some Versions of Pastoral*, 1935.
- Hibbard, G. H.: *Journal of the Warburg Institute*, XIX, 1-2 (1954).
- Hill, C.: *Puritanism and Revolution*, 1958.
- Hopkins, A. B.: *Elizabeth Gaskell: her life and work*, 1952.
- Hussey, C.: *The Picturesque: studies in a point of view*, 1927.
- Knights, L. C.: *Drama and Society in the Age of Jonson*, 1937.
- Leavis, F. R. y Thompson, D.: *Culture and Environment*, 1933.
- Leavis, F. R.: *The Great Tradition*, 1948.
- Leavis, Q. D.: *Fiction and the Reading Public*, 1932.
- Lindsay, J.: *George Meredith*, 1956.
- Mack, M.: *The Garden and the City*, Londres, 1969.
- Malins, E.: *English Landscaping and Literature*, 1966.
- Rostvig, M.-S.: *The Happy Man*, 2 vols., Oslo, 1954 y 1958.
- Smith, G.: *Dickens, Money and Society*, Berkeley, 1968.
- Unwin, R.: *The Rural Muse*, 1954.
- Welsh, A.: *The City of Dickens*, 1971.
- Wilkinson, L. P.: *The Georgics of Virgil*, 1969.
- Williams, M.: *Thomas Hardy and Rural England*, 1972.

Índice analítico

- Abadía de Northanger, La (Northanger Abbey)*, 157
Abercrombie, L., 314
Abernethy, R., 342
Achebe, C., 252
Adam Bede, 217-218, 220, 223, 224, 227-228, 312
Addison, J., 171, 279
Aeneas Sylvius, 164
After London, 248, 294
Akenfield, 322
Alamanni, 46, 47
A la par de nuestro hermano, el bucy (Brother to the Ox), 323, 324
Aldiss, B., 341
Alton Locke, 275, 347
Amadi, E., 351
Amante de Lady Chatterley, El (Lady Chatterley's Lover), 331
Aminta, 47
Anand, M. R., 352
Andersen, H. C., 285
Anna Karenina, 257
Annals of Agriculture, 118, 161
Appleton House, Upon, 85-86, 90, 166
Arcadia (Sannazzaro), 47
Arcadia (Sidney), 49, 110
Arch, J., 144, 242-243, 249
Archenholz, J., 277, 285
Arco iris, El (The Rainbow), 328-330, 334
Arnold, M., 145, 159
Ashby, J., 243, 249
Ashby, M. K., 143-144, 243
Austen, J., 149, 154-158, 167, 216, 217, 218, 282; 308
Autobiography of a Working Man, 241
Ballard, J. G., 23
Balzac, H., 292
Barnes, W., 283
Barrie, J. M., 318
Bastard, T., 35
Bathurst, Epistle to, 89; 90
Baudelaire, C., 292
Beggar's Opera, The, 192
Bell, A., 322
Besant, W., 278
Bewick, T., 34-35, 139
Blake, W., 114, 195-199, 204, 210, 291, 294
Blish, J., 343
Bloomfield, R., 179-182
Blythe, R., 322

- Boccaccio, G., 47
 Booth, C., 278
 Booth, W., 278
Border Country, 368
Born in Exile, 282
 Borrow, G., 315
 Bourne (Sturt), G.; véase Sturt, G.
 Breton, N., 49
 Brett Young, F., 313
 Brontë, E., 227
 Brown, 165, 167
 Bunyan, J., 31
 Burckhardt, J., 164
Burlington, Epistle to, 89, 90
 "Campo", 25
 Carew, T., 55-62, 68-69, 89
 Carlyle, T., 271, 288
 Carpenter, E., 316
 Cary, J., 348, 352
Castle of Indolence, 102
Change in the Village, 33, 322
 Chapman, G., 71
Chrestoleros, 35
 Christie, A., 309
City Madam, The, 35
City of Dreadful Night, The, 294, 338
Cities of Wonder, 342
 "Ciudad", 25
Clandestine Marriage, 168
 Clare, J., 34, 98, 162, 177-187, 248, 307, 314
Clarissa, 93, 96
 Clarke, A., 341
 Claude (Lorrain), 167
 Cobbett, W., 32, 34, 93, 127, 138-139, 149-154, 159-161, 193-194, 249, 277, 315
Cold Comfort Farm, 312
 Coleridge, S. T., 46, 159, 170, 172, 177, 271
 Collier, M., 179
 Collins, W., 284
Coltivazione, La, 47
 Comedia del reinado de Jacobo I, 81, 92
Manifiesto Comunista, 372
 Compton-Burnett, I., 308
 Conan Doyle, A., 284, 286
 Condición de la clase obrera en Inglaterra en 1844, La, 272
 Congreve, W., 83
Coningsby, 275
 Conrad, J., 348
 Cotton, C., 51, 167, 168
Country Justice, The, 114-117
Countryman, The, 323
Countryman Book, The, 323
 Cowley, A., 51, 54, 55
 Cowper, W., 105, 138, 169
 Crabbe, G., 34, 39-40, 45, 46, 48, 53, 121, 123, 127-133, 135, 138, 150, 154, 187, 217, 223
 Crole, R., 78-79
Culture and Anarchy, 145
Culture and Environment, 33
Culture and Society, 256
Cumbres borrascosas (Wuthering Heights), 227, 312, 313, 347
 Cunningham, A., 58
Cyber, 102
Daniel Deronda, 220, 226-227, 232, 308
 Darwin, C., 257, 260
 Defoe, D., 31, 94, 192, 194, 259
Demonio es un asno, El (The Devil is An Ass), 79
Demos, 279-281
Deserted Village, The, 141
 Dickens, C., 203-215, 273, 275, 277, 279, 280, 282, 284, 291, 292, 293, 294

- Disraeli, B., 275
Doctor Thorne, 225
 Dodsley, R., 179
Dombey e hijo (Dombey and Son), 205-214, 291
Doom of a City, The, 294, 338
Dorsetshire Labourer, The, 262
 Dostoievski, F., 292
 Drayton, M., 50
 Drinkwater, J., 314
 Duck, S., 60, 123-126, 139, 179
 Dyer, J., 102, 169
 Églogas, 42-44, 45, 72
 Egan, P., 274
Elegy Written in a Country Churchyard, 106, 108
 Eliot, G., 34, 159, 217-232, 252, 274
 Eliot, T. S., 119, 298-301, 302
Emma, 156, 159
 Engels, F., 272, 288-289, 372, 373-374
English Countryman, The, 322
 Etherage, G.,
 Evans, G. E., 322
 Evelyn, J., 172
 Falconer, W., 179
 Fanshawe, R., 54
Far Away and Long Ago, 314
Far From the Maddening Crowd, 262
Felix Holt, 34, 224-225, 226, 227, 229
 Fielding, H., 93-94, 101, 122, 159, 192, 220, 259, 327
Finnegans Wake, 305
Fleece, The, 102
 Fontenelle, B., 46
 Forster, E. M., 314, 342, 352
Garden, The, 59
 Gaskell, E., 275-276, 291-292, 303, 347
 Gay, T., 192
Georgian Anthology, 319
Geórgicas, 43-44, 46-47, 71
 Gibbon, L. G., 327, 332-335
 Gilpin, W., 172, 315
 Gissing, G., 112, 279-282, 284, 288, 289, 293-294, 299, 301, 339, 340
 Goldsmith, O., 34, 101, 103, 109-114, 123, 128, 139, 142, 154, 172, 183, 187
 Gran Sociedad, 70-72
 Grahame, K., 318
Gratitude, A Pastoral, 125
 Gray, T., 108, 172
Grandes esperanzas (Great Expectations), 208, 347
 Green, M., 53
 Greenwood, J., 278
 Habakkuk, J., 158
 Hall, J., 52
 Han, Suyin, 353
 Hardy, T., 29, 34, 217, 221, 225, 232, 249, 251-269, 271, 272-273, 281, 290, 307, 310, 313, 327, 352, 368
 Harris, W., 351
Heart of England, The, 315
Helpstone, 183-184
 Herrick, R., 61-62, 106-107
 Hesiodo, 40-41, 42, 43, 45, 48, 71
Hijos y amantes (Sons and Lovers), 328, 329
 Hobbema, M., 166
 Hobsbawm, E. J., 234
Hock-Cart, The, 61-62, 107, 123
Hodge and his Masters, 244-246
 Hogarth, W., 192
 Hollingshead, J., 278
 Holme, C., 314
 Horacio, 45, 52
 Hoskins, W. G., 141

- Hudson, W. H., 314
 Huxley, A., 340
- Idilios*, 41
 Innocencio III, 36
- James, H., 232, 253, 308
 Jefferies, R., 34, 242-249, 294, 315, 349
 Jenner, C., 189, 195
 Jerrold, D., 274
 Johnson, S., 173, 192
 Jonson, B., 55-62, 68, 70, 78, 79-80, 106, 131, 168, 187, 216, 217, 316
 Joyce, J., 302-305
Joy of Childhood, 185
Jude el oscuro (Jude the Obscure), 251, 253, 255, 258
 Juvenal, 75-77, 192
- Kaye-Smith, S., 312
 Kemal, Y., 351
 Kent, N., 166, 167
 Kingsley, C., 275
 Kipling, R., 283, 348, 352
 Kitchen, F., 323-325
 Knight, D., 342
- Lamb, C., 187
 Lamming, G., 355
 Lang, F., 339
 Langhorne, J., 114-118, 120, 121, 123, 127, 138, 187
 Langland, W., 36, 73
Lark Rise to Candleford, 322
 Lawrence, D. H., 221, 246, 248, 252, 268, 311, 312, 327-332, 333-335, 368
 Le Gallienne, R., 285
 Leavis, F. R., 33, 254
Life and Labour of People in London, 278
Life in London, 274
Lizertunt, 282-283
- Lob*, 317-319
London Labour and the London Poor, 274, 278
London Merchant, The, 192
 Londres, 195-197
Lonely Plough, The, 314
Los trabajos y los días (Works and Days), 40
 Lovelace, R., 52, 96
Love's Labour's Lost, 50
 Lucrecio, 71
 Luxemburgo, R., 58
- Mandeville, B., 180
Mansfield Park, 155, 159, 167
Máquina del tiempo, La (The Time Machine), 339
 María Barton (*Mary Barton*), 276, 292, 347
 Marlowe, C., 49
 Marshall, W., 93
 Marvell, A., 59, 85-88, 104-405
 Marx, K., 65, 272, 372, 373-374
 Massinger, P., 35, 81
 Massingham, H., 322
 Maugham, W. S., 253, 310, 348
 Mayhew, A., 274, 280
 Mayhew, H., 274, 275, 278, 283
Mayor of Casterbridge, The, 265
 Mercier, L. S., 337
 Meredith, G., 307, 309-311, 314
Metropolis, 339
Michael, 174
Middlemarch, 225
 Middleton, T., 81
 Mill, J. S., 257, 260
 Miller, W. M., 342
 Milton, J., 54, 166
 Mingay, G. E., 137
Malino junto al Floss, El (The Mill on the Floss), 34, 218, 222, 224
Moll Flanders, 94, 192

- Moro, T., 35, 72-74
 Morris, W., 248, 331, 337-340, 374
 Morrison, A., 278, 283-284
 Mosco, 41
 Mphahlele, E., 353
Mr Lucton's Freedom, 313
Mujeres enamoradas (Women in Love), 331
- Narayan, R. K., 352
Natural History of Selborne, The, 161
Nether World, The, 279-281
 Nevinson, H., 283
New Grub Street, 281, 289
New Numbers, 316-317
New Way to Pay Old Debts, 35, 81
 Ngugi, J., 351, 353
 1984, 340
Noticias de ninguna parte (News from Nowhere), 311, 337-338
 Nwankwo, N., 355
- Old Cumberland Beggar, The*, 175
Orgullo y prejuicio (Pride and Prejudice), 156
 Orwell, G., 112, 340, 348, 349, 352
Our Mutual Friend, 206, 277
- Pall Mall Gazette*, 278
Pamela, 98
Pastoral Poesy, 140
 Peacock, T. L., 168
Penshurst, to 55, 59, 62, 79, 85, 117, 123, 155, 168
Pequeña Dorrit, La (Little Dorrit), 206-207, 211
Persuasión (Persuasion), 156, 159
 Petrarca, 164
 Philips, A., 102
 Pirenne, N., 77
 Poliziano, A. 46-47
- Pomfret, J., 52
 Pope, A., 46, 47, 52, 85, 89, 92, 166
 Poussin, N., 164
 Powys, J. C., 318
 Powys, T. F., 312-313
Preludio (The Prelude), 178, 197-200, 271, 291
Primrose Gold in Our Villages, 248-249
 Pugh, E., 283
 Pottenham, G., 47
- Quintiliano, 75
- Raleigh, W., 50
 Rapin, R., 46
 Reid, V. S., 355
 Repton, H., 165, 167
Return of the Native, The, 255-256, 258, 281
 Reynolds, G. W. M., 280
 Richardson, S., 92, 96, 101, 159
Richmond Park and Royal Gardens, On, 126
Robinson Crusoe, 94
 Rook, C., 284
 Rowntree, S., 278
 Rudé, G., 192, 234
Rural Elegance, 107-108
Rural Rides, 127, 149-155
Rusticus, 47
 Rutherford, M., 282
 Ruttner, H., 342
 Ruysdael, S. van, 166
- Sannazzaro, J., 47
Saxham, To, 55-62, 69, 117
 Sayers, D. L., 309
School Mistress, The, 106
Scots Quair, 332-335
 Scott, W., 259
Seasons, The, 101-105, 180, 190-191

Raymond Williams

- Second Generation*, 368
Secunda Pastorum, 49
Sentido y sensibilidad (Sense and Sensibility), 157
 Sharp, C., 318
 Shelley, P. B., 114
 Shenstone, W., 106, 107-109, 179, 187
Shepherd's Calendar, The (Clare), 182
Shepherd's Calendar, The (Spenser), 49
Shepherd's Life, A., 314
 Sims, G., 278
 Smith, A., 191
 Somerville, A., 241-242, 347
 Sorley, C., 311
 Southey, R., 271
 Spenser, E., 49, 71, 108
 Stalin, J., 372
 Stevenson, R. L., 315
 Stuart, D. A., 342
 Sturt, (Bourne), G., 33-34, 316-317, 322; véase también Bourne
Subir a por aire (Coming up for Air), 340
 Swift, J., 192
 "Swing, Captain", 144, 153, 235-236
Sybil, 275

 Tasso, T., 47
 Tate, N., 52
 Tatarsal, R., 179
 Teatro de la Restauración, 81-82, 92
Tess d'Urbervilles (Tess of the D'Urbervilles), 224, 251, 258, 263-264, 266-268, 312
Thanksgiving, 106
 Teócrito, 41-42, 45, 179
Things Fall Apart, 352
 Thomas, E., 316-321
 Thompson, D., 33
 Thompson, F., 322
 Thompson, F. M. C., 238
 Thomson, J., (1700-48), 85, 101-105, 112, 169, 172, 174, 178, 180, 187, 190-191
 Thomson, J., (1834-82), 294-298, 300-301, 338, 341
Thoughts on the Labour Question, 247
Thresher's Labour, The, 124-125
Tiempos difíciles (Hard Times), 203, 275
 "Tierra", 25
 Tolkien, J. R., 318
 Tolstoy, L., 257
Tom Jones, 92
Tono-Bungay, 287, 289
Tour of England and Wales, 31-93
Town Eclogues, 189
Trick to Catch the Old One, A, 81
 Trollope, A., 225-226
 Trotsky, L., 372

 Ulises (*Ulysses*), 302-305
Unclassed, The, 282
Under the Greenwood Tree, 258
Un mundo feliz (Brave New World), 340
Utopía, 35, 72-73

 Vanbrugh, J., 82
 Vaughan, R., 273
Village, The, 34, 39, 128-133, 223, 352
Village Minstrel, The, 182-183
 Virgilio, 33, 40, 42-45, 46, 48, 54, 71, 322
Volpone, 70
 Voltaire, 191

Waste Land, The, 298
 Waugh, E., 309
 Webb, B. y S., 335
 Webb, M., 312
 Wells, H. G., 30, 282, 284-285, 286-288, 289-290, 292, 294, 337-339, 341
Wheelwright's Shop, The, 322
Whistler at the Plough, The, 241-242
 White, G., 149, 160-161, 179
 White, T. H., 318
 Williams, A., 323

Índice analítico

- Wiltshire Labourer, The*, 262
Wind from the Plain, The, 351
 Woodhouse, J., 179
Woodlanders, The, 255, 258, 268
 Woolf, V., 301
 Wordsworth, W., 29-30, 114, 172, 173-179, 197-200, 204, 210, 271, 272, 289, 291, 294, 310-311

Wroth, Sir Robert, To, 55, 59, 106
 Wycherley, W., 83

Yardley Oak, 105
 Yearsley, A., 179
 Young, A., 31-32, 93, 97-99, 107, 128, 135, 138, 149, 161, 194